

M. J. MARAVEND

Vuelve la nueva
Cenicienta.

Rebelde
& REAL



Vol. 2

M.J. Maravend

Rebeldē
& REAL

VOL. 2

Rebelde & Real

Volumen 2

M. J. Maravend

Todos los derechos © M. J. Maravend, 2017

Diseño de cubierta e interior: H. Kramer

Fotografía de cubierta: ©Can Stock Photo Inc./Subbotina

Primera edición: marzo 2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Agradecimientos](#)

A **Solange Camauër**, mi querida profesora.
¡Gracias *infinitas*!

*Soy una moneda en la fuente,
tú mi deseo pendiente,
mis ganas de revivir.
Tengo una mañana constante
y una acuarela esperando
verte pintado de azul.
Tengo tu amor y tu suerte
y un caminito empinado^[1]*

Prólogo

Muchas mujeres soñamos con conocer un príncipe azul. Para Adriana Mora, este sueño se cumple: por medio de un chat, encuentra al rebelde Henry y vive un romance apasionado que la lleva a enamorarse.

Quizás, aquí convendría mencionar que no siempre la historia de amor soñada es como en los cuentos de hadas. Muchas veces, tenemos que despertar y poner los pies en la tierra. Es lo que intenta hacer nuestra querida Adriana, luego de su desengaño. Pero el destino, cuyo propósito desconocemos, tiene sus propios planes.

«Falta poco para que la rueda de la fortuna vuelva a girar» dice una sabia gitana. ¡Y cuánta razón tiene!

Comencé la lectura de esta segunda parte con el ferviente deseo de ver el reencuentro de Adriana con su príncipe. Me comí las uñas. Me enojé con Chelsy. Reí a carcajadas y me enamoré, pero no de Henry. Quien me robó el corazón fue su leal y glamoroso asistente: Tony Pacheco O'Higgins, una especie de hada madrina nada convencional. Él y el coiffeur Xavier, forman un dúo dinámico desopilante. Me atrevo a decir que con ellos —y con el extravagante amigo del príncipe, el carismático Robbie Shott— la diversión queda asegurada. Creo que el punto fuerte de esta novela son sus personajes; algunos, entrañables y tan reales que podríamos cruzarnos con ellos a la vuelta de la esquina, como Don Roberto Domingo Mora, el papá de Adriana.

Las relaciones familiares juegan un papel de suma importancia en la vida de Henry y Adriana. Dispuestos a dar el siguiente paso en su relación,

cada uno se esforzará por ganar el aprecio de la familia del otro. La tarea no será nada sencilla. El padre de Henry, el príncipe Edward, no aceptará tan fácilmente que su hijo se case con una plebeya.

¿Quieres saber cómo termina esta divertida historia de amor? Prepárate para reír. Prepárate para enamorarte. Prepárate para soñar. A veces, los cuentos se vuelven realidad. Solo hace falta creer. Si algo me ha enseñado Adriana Mora es que no importa de dónde provengamos; cada una de nosotras puede ser una princesa.

Karen Delorbe, escritora.

Capítulo 1

Si fuéramos a vuelo de pájaro recorriendo París, podríamos admirar sus monumentos más preciados: el Louvre, la Torre Eiffel, el Arco del Triunfo... Una ciudad plagada de gente y con una riqueza cultural que sigue siendo admiración del mundo entero. Si dicho vuelo se sigue haciendo pero a pocos metros del suelo, podrá observarse a los transeúntes, miles de ellos llenando las calles, saliendo de sus trabajos, bajando o subiendo de taxis, del subterráneo, entrando a negocios, mirando escaparates de tiendas... Y en medio de toda aquella muchedumbre de las cinco de la tarde: yo.

Estaba tan distraída que choqué con la barriga de un grueso oficinista parisiense de mediana edad, plantándole también un taco aguja de mi propiedad en medio del pie.

—*Excuse moi* —murmuré para después desaparecer a toda velocidad de su vista. No aminoré la marcha hasta que llegué a mi departamento. Una sonrisa gigante invadió mi cara cuando me encontré con Xavier. Pese a tener su propia casa, en la que me instalé apenas llegué a Francia, tenía en su poder las llaves de la mía.

—¡Ah! —exclamamos los dos muy contentos mientras nos tomábamos de las manos.

—*Ma chérie*, ¿hace cuánto que no nos vemos? Algo así como, ¿dos semanas y tres días? Es demasiado —dijo el *coiffeur* muy contento.

—¿Cuándo llegaste?

—Llegué hoy por la mañana. ¿Algún chisme jugoso en la oficina?

—Nada interesante.

—Andá a darte un baño mientras preparo la cena, ¿descorcho un vino?
¿Tenés?

—No tuve tiempo para comprar nada en el camino.

—No te preocupes, pasé por una tienda y traje algunas cositas para cocinar, además de una botellita de malbec. ¿Dispongo todo para que cenemos pronto?

—Xav, quedé en ir a tomar una copa con Dimitri, lo siento mucho.

Dimitri era mi nuevo “*peor es nada*”: Alto, de treinta y dos años, rubio como el sol, de ojos castaños, buen porte y engreído como él solo. Salía conmigo a razón de dos o tres veces por semana, y algún que otro sábado o domingo. Nada serio había entre nosotros, yo no quería compromisos y él mucho menos. La pasábamos muy bien juntos. ¿Qué más? Hacíamos el amor con intenso ardor; Dimitri no era un amante egoísta, eso es lo que debo reconocerle como un buen punto a favor... Y nada más.

—Ah... ese —dijo Xavier con una mueca—. Más bien deberíamos llamarlo *Jean François* en lugar de Dimitri, porque es un casanova.

—¿No vas a reconocer que está buenísimo?

—Bien podrías haberte conseguido algo mejorcito. ¿A qué hora vendrá a buscarte?

—En una hora y media.

—Algo de tiempo tenemos para charlar.

Mientras dejaba que el agua caliente de la ducha relajara mis músculos, pensaba que todo estaba bien en mi vida. Tenía un muy buen trabajo, vivía en un departamento de muy bonita apariencia y tenía un amiguito con derecho a roce que estaba bárbaro. Aun así no lograba sacarme la angustiante idea de que algo me faltaba. ¿Qué más pretendés de la vida, Adriana? Dimitri me llenaba de atenciones, pero nunca había conseguido llenar el vacío que Henry había dejado en mi vida, había pasado ya un año, pero ese vacío seguía acompañándome aunque el tiempo transcurrió muy rápido.

Recordé una noche que disfrutábamos de una relajante sesión de besos en el *jacuzzi* de su casa, Dimitri dijo a mi oído, cubriéndome de caricias:

—¡Ah, Adrienne! —exclamó con deleite—: *Cara, caríssima mía...* —aquellas mismas palabras con las que Henry me demostraba su amor. Carajo.

El excitante momento se evaporó como por arte de magia. Con el disgusto dibujado en las facciones, salí del agua y me cubrí con una toalla.

Dimitri me miró con sorpresa.

—*Chèrie*, ¿qué pasó? ¿Por qué te vas? ¿Dije algo inapropiado?

—Me voy a mi casa.

—Pero quiero saber qué te molestó. *Alors*, hablemos —buscó su propia salida de baño y me condujo a la sala de estar.

—No me hagas caso, fue una tontería de mi parte haberme portado de esa manera —dije mientras apoyaba la cabeza en su pecho—. Pero se me fueron las ganas de que hagamos el amor.

—*Ma belle* —me tomó del mentón con ternura—. No soy un bruto, la cuestión es que los dos lo disfrutemos. Los dos estamos cansados, si no quieres sexo, lo entenderé.

—No es por eso, pero quiero pedirte una cosa.

—Dime.

—Nunca, pero nunca más, vuelvas a decirme “*cara*”, “*cara mía*” o “*caríssima*”.

Con Dimitri nunca tocamos el tema “Henry” e ignoraba si estaba enterado de mi anterior noviazgo. Sospeché que le importaba poco y nada mi pasado, y mi presente tenía cierto sentido para él nada más que cuando estábamos juntos.

—*D'accord*.

Salí de la ducha sacudiéndome aquel mal recuerdo. Me cambié, fui casi volando a mi habitación y me engalané para mi salida con Dimitri. Volví al

living junto a Xavier y lo encontré mirando retazos de películas de Disney por *DVD*. Enseguida se hizo cargo de mi cabello.

—Me dio tanta pena que te cortaras el cabello, por poco asesino a la peluquera que hizo tamaño ultraje. —exclamó pasándome el cepillo con delicadeza y acomodando mi húmedo flequillo hacia el costado.

—Quería hacerme un cambio —dije. Xav no agregó nada más sobre el tema y empecé a mirar el video—: ¿Qué haces mirando estas *pelis* tan viejas?

—Necesito una inspiración para mi próxima colección de nuevos peinados. ¿Quizás algo medieval estaría bueno, no? —Xavier buscó su enorme pupa de maquillaje y empezó a pasarme base de tono tierra por la frente y mejillas.

—Si se me ocurre algo, te cuento.

—Primero cierra ese ojo que quiero ponerte un poco de rímel, ¿te parece bien que marque tendencia para la próxima temporada con tonos castaños o rubio oscuro?

—Yo diría que los castaños, quizás con una especie de iluminación en hebras muy finas. ¿O no?

—Ajá. Ahora cierra el otro ojo. Creo que voy a seguir con lo que me recomiendas. ¿Pongo una sombra negra en los párpados y la esfumo un poquito así resalto tu mirada, quieres?

—*OK* —algo me llamó atención. El video de “*Blancanieves*” había concluido y volqué mi mirada en el tramo de “*La Bella Durmiente*”, justo cuando la blonda y espigada Aurora exclamaba con admiración en medio del bosque:

—Adriana, cuánto lo siento. Ahora mismo lo sacaré —dijo un apenado Xavier. Recordó que cualquier cosa que se refiera a un príncipe, aunque sea un inocente video de Disney, me afectaba evocando el recuerdo de Henry.

—Dejalo —Con ansiedad busqué una caja de bombones que tenía cerca y

engullí dos chocolates juntos.

En la película, el príncipe reemplazaba a los animalitos del bosque para ocupar su lugar cerca de la doncella; mientras Aurora cantaba extasiada, él la tomaba de la cintura.

Tomé dos bombones más de la caja.

Otra vez volví a ser la misma Adriana alias *la salvaje*, porque no vacilé en arrojar la bendita caja de bombones contra el *Smart tv*.

Impasible, el coro de la película seguía entonando esa condenada y exasperante cancioncilla romántica mientras Aurora bailaba un *vals* con su príncipe.

—¡Mentiroso, igualito al otro! —exclamé—: ¡Príncipe azul, *ja*, todos destiñen por igual!

Tony dio un respingo y terminó de despabilarse. La luz de la luna entraba por la ventana.

“¿*Qué hora es?*”, se preguntó extendiendo la muñeca para poder contemplar su reloj pulsera. Las cuatro de la mañana. Entonces se acordó de lo que en verdad lo preocupaba, a tal punto de despertarlo de un profundo sueño. “*A que todavía no volvió de su paseo*”, murmuró para sí sintiéndose un jodido niño. A regañadientes, buscó la bata y se deslizó por los oscuros pasillos de la casa. Claro, un niño de un hombre de más de treinta años.

Desde la calle se oyó pasar un vehículo a toda velocidad que se detuvo en la calle siguiente. En medio del ensordecedor ruido de música y voces que hablaban a los gritos y también reían. De pronto alguien del grupo, una voz sospechosamente conocida para Tony, se destacó con un característico enojo de índole etílico:

—¡Te pasaste, estúpido! Mi casa es en la calle anterior.

—Me dijiste que era aquí —replicó otra voz con el talante propio de alguien que tampoco está del todo despabilado—. ¿Es que ya ni te acuerdas ni dónde vives?

—Debes retroceder, te dije que mi casa es en la otra calle.

Amargado, Tony se tomó la sien con una mano. El que discutía no era otro que Henry con alguno de sus compañeros de juerga. El coche retrocedió para estacionar en la calle correcta.

—¡Que alguien ayude a Henry que acaba de aterrizar de culo en medio de la calle! —dijo uno de los del auto. Resonaron algunas carcajadas.

—No me ayuden que yo puedo solo.

—Estás borracho —comentó otro.

—No me caí, tan solo me resbalé.

El guardia de seguridad de entrada de la mansión se apresuró a abrirle la puerta. Tony escuchó que, luego de varios intentos fallidos de poner la llave en la cerradura, acompañado de algunas maldiciones, Henry logró entrar a la casa. Pateó con furia el piso y estuvo a punto de caerse de nuevo.

—Esta alfombra de mierda siempre cruzándose en mi camino. ¡Y eso que ya di la orden de que la quiten!

—Mi señor, otra vez llega tarde. Recuerde que mañana, mejor dicho en un par de horas... —prendió la luz de la sala. Henry se tapó los ojos.

—¿Qué haces despierto? Fuera esa luz que me mata la vista.

Tony apagó la luz.

—Alteza, usted dijo que volvería temprano. Recuerde el evento de mañana, es muy importante.

—Estás pareciéndote a mi padre y a Louis. Sabes que tuve que salir porque fue la despedida de mi primo Charlie, él se irá de viaje.

—Señor —dijo Tony con calma—, la despedida de su primo Charles, el futuro duque de Worcester, se viene extendiendo desde hace siete días.

Tony reflexionó que Robbie Shott, el excéntrico millonario y entrañable amigo de su señor, era San Francisco de Asís comparado con Charles.

—Es que fuimos por unas pocas copas y se armaron unas juergas divertidísimas.

—Me lo imagino, y lo que usted me cuenta me regocija el alma. Vaya a acostarse. Buenas noches. ¿Puede subir las escaleras?

—Claro que puedo, ¿o te piensas que soy un borracho perdido que puede caerse en el primer escalón? —con esfuerzo, Henry se dirigió en dirección a las escaleras.

—Nada más lejos de mí pensar semejante locura de su aspecto, mi señor. Buenas noches.

Cada uno fue marchándose en dirección a sus habitaciones cuando escucharon que un coche estacionaba en la puerta de la casa. Se escuchó que una voz femenina se quejó:

—¡*Byron*, te dije que estoy en condiciones de manejar! Ahora vuelve a la casa que me quedaré a dormir aquí.

El auto se alejó de la calle.

—¿Chelsy? —dudó Henry con fastidio.

—Bravo —dijo Tony con sarcasmo. La noche iba a ser muy larga.

Se escucharon ruidos del portón de entrada al abrirse y pasos ligeros en dirección a la puerta. Tony corrió a abrirla antes de que la visita hiciera más escándalo de lo debido. Se apareció Chelsy, pero caminaba con tal torpeza que terminó tropezando con la alfombra de la entrada.

Emitió una exclamación y quedó sentada en el piso. Se acomodó la bandana sobre la cabeza con alambres de metal, que terminaba en dos antenas con estrellitas rosas que despedían luces de brillantina desde las puntas.

Mientras se reía, Henry se balanceó de un lado al otro como si el viento intentara moverlo.

El asistente la asió por el brazo ayudándola a levantarse. Cuando ella estuvo de nuevo de pie, señaló con dedo acusador a su novio.

—¿Cómo osaste dejarme abandonada en el *pub*? Había varios fotógrafos en la puerta que pudieron darse cuenta de ese pequeño detalle. —en realidad a la Owen-Keller no se le pasó por la cabeza que ella también había olvidado algo en el *pub*: nada menos que a su amiga Carol. Chelsy tenía en su cartera el móvil, las llaves y la billetera de su confidente del alma. La pobre debería volverse a pie a su casa, que se encontraba a un par de kilómetros del centro de Londres.

—Chelsy, ¡nadie te invitó a la despedida de mi primo! ¿Por qué te apareciste allá? —preguntó Henry con mala cara.

—Ese vago y bueno para nada de tu primo —dijo la rubia.

Al hablar se le trababa la lengua, tal vez por la cantidad de copas que se tomó:

—Tuve suerte de que Carol estuviera allí.

—¡Cuándo no! La tonta de tu amiga secundándote en tus planes de persecución.

Chelsy posó los puños sobre los ojos y simuló sollozar. La bandana lanzó destellos en la oscuridad. Y para sorpresa del Príncipe y de su asistente, la rubia subió los escalones y se metió en los aposentos de Henry. Antes de cerrar la puerta con acritud, gritó:

—Dormiré sola aquí y no quiero que vengas a tocarme con tus sucias manos de borracho.

Tanto como se lo permitió su estado de embriaguez, Henry la siguió y empezó a golpear la puerta de la habitación con mucha energía.

—¡Chelsy, deberías hacerte la ofendida pero en tu casa! —Vociferó de muy mal humor, mientras aporreaba la puerta—. Para tu información, *ese* es mi cuarto y esta también es *mi* casa. Te lo advierto porque tiraré esta puerta

abajo.

Tres horas después, Tony Pacheco desayunaba en el *living* soportando las quejas de Chelsy por su terrible dolor de cabeza; ella sostenía una bolsa llena de cubitos de hielo sobre su rubio cabello.

—¡Idiota! Quiero que reemplaces los cubitos que ya se derritieron. ¡Ay, cómo me duele la cabeza! —reprendió a una de las mucamas para volver después a sus gemidos lastimeros.

—Chelsy querida, la jaqueca habrá sido por la cantidad de copas que consumiste anoche

—¡Silencio, plumífera! Estás hablando en un tono muy alto de voz. ¿No ves que siento que una cuadrilla de guardias del palacio está caminando dentro de mi cabeza?

Apareció Henry en la mesa. Vestido de traje y corbata, acompañado por sus grandes ojeras y su larga cara de descontento, tomó un sorbo de café.

—Basta de quejarte, Chelsy. Por tu ocurrencia de adueñarte de mi habitación tuve que dormir en un cuarto de huéspedes.

—¡Es tu culpa! Y también estás gritando.

—Quiero verte fuera de esta casa cuando vuelva. Ve a lo de tu amiga Carol, a probarte vestidos al *shopping* o a adornar tus uñas a la francesa.

—Qué comentario más idiota. Ahora iré por una muda nueva de ropa a mi casa, así te acompañaré al evento al cual vas.

—No quiero que vayas. ¿Qué es lo que no estás entendiendo de lo que recién te dije?

—Hen, la gente hablará. ¿Y cuándo nos comprometeremos? Imagino que será pronto.

Henry lanzó una carcajada salpicada de ironía.

Tony escuchó los insultos de la pareja con tranquilidad, después hizo gesto

disimulado llamando a una de las mucamas.

—Diga, *míster* Pacheco —dijo una de las jóvenes acercándose.

—Necesito que traigas algunas cosas para mí. ¿Podrá ser?

Pacheco buscó un pequeño *bloc* y empezó a anotar. Cuando terminó con la tarea, dijo algo al oído de la mucama mientras Henry y Chelsy estaban en el apogeo de su pelea. En cierto momento, Chelsy arrojó una tostada con mermelada en dirección a Henry, pero con tan poca puntería que fue a dar a una de las paredes.

—Necesito otras cosas, aunque dudo que puedas conseguírmelas —dijo Tony cuando terminó de anotar.

—Dígame y yo buscaré todo —dijo la mucama.

—Necesitaría también un poco de armonía en esta casa, algo de amor, pasión y una pizca de ternura.

Cuando Henry se retiró de la mesa dejándola con la palabra en la boca, la Owen-Keller se puso a llorar con desconsuelo y sus sollozos resonaron por casi toda la casa. Cuando otra mucama reemplazó su bolsita de hielo por una que tenía su contenido recién sacado del *freezer*, emitió un chillido de sorpresa, además de gritarle en la cara:

—¡Estúpida! ¿Nadie te dijo que deberías ser más delicada?

Los días pasaron y Charlie, futuro duque de Worcester y primo de Henry, por fin hizo su anunciado viaje. No comentó que, después de tomarse unas largas vacaciones de placer en Venezuela, su curiosidad también lo hizo desembarcar en Buenos Aires. ¿Qué pretendía conseguir allí? Conocer a la tan mencionada Adrienne, exnovia de su real pariente. Le costó bastante obtener la dirección de ella, y le valió miles de fallidos artilugios al intentar

persuadir a su primo, quien ni siquiera deseaba oír mencionar el nombre de su anterior pareja.

A la salida del trabajo, Ximena se dejó caer en casa de Alejandra. Ella disfrutaba de los pocos meses que le quedaban de soltería porque pronto uniría su vida a la de su amado y queridísimo Patricio, su novio de hacía casi cuatro años.

—¿Me bancás que me doy una ducha? Así charlamos —dijo Alejandra.

—OK, te espero. Necesito contarte algo.

—Seguro que de tu nuevo amiguito con derechos. ¿Te dijo de ser novios?

Ximena sacudió la cabeza con amargura.

—Todo lo contrario, me dijo que no está preparado para un compromiso.

—Xime, cuánto lo siento —Alejandra la abrazó—. Esperame diez minutos que ya salgo. ¿Dale?

—Claro, si total no tengo nada qué hacer. Andá tranqui que mientras pido una pizza.

—Diez minutos y estoy con vos —prometió Alejandra.

Pasaron cuarenta y cinco minutos. Alejandra seguía canturreando en la ducha y Ximena se entretuvo como pudo: miró un programa de televisión y llamó a un *delivery* para encargar pizza y empanadas. El timbre sonó en el departamento. Raro.

—¿Sí?

—Pizza —anunciaron y ella abrió la puerta.

Un sujeto de pelo castaño y ojos verdes sostenía el paquete del pedido. Era extraño que no tuviese puesto algún uniforme con el logo de la empresa en donde trabajaba. Y los *delivery* de pizza no tenían camisas impecables ni pulcros pantalones de vestir, tampoco usaban caros zapatos a medida. De

manera inconsciente, Ximena se apuró a alisar uno de sus rizos.

—Gracias —dijo con una sonrisa.

El falso *delivery* respondió al gesto. Sus dotes de seductor volvieron a encenderse como un cartel de neón y no pudo dejar de felicitarse por el ardid que había empleado para llegar hasta la casa de la ex de su primo. No se le había ocurrido que Adrienne tuviese amigas tan lindas.

—De nada —dijo él y agregó en inglés—: ¿Puedo entrar?

Ximena, quien no sabía ni una palabra de ese idioma, lo miró con más curiosidad aún.

—Vos no sos el *delivery*, ¿verdad?

—Perdón, no entiendo español.

—Y yo no sé inglés.

Charlie largó una insinuante carcajada. “*Qué lindos dientes*”, reflexionó Ximena.

—¿Viene a robarme? Quiero confesarle que tengo muchísimas deudas y como estamos a fin de mes no tengo un centavo. Pero le aconsejo que asalte la casa de al lado, hay una viejita que vive de manera muy acomodada.

—¿Qué? —dudó Charlie cuando comprendió lo que significaba “robo”, y se apresuró a agregar —: Vengo a conocer a Adrienne.

Ximena no entendió de la frase más que “Adrienne”, pensó que era algún amigo de ella recién llegado de Francia y lo llevó a sentarse a la sala.

—Decime, ¿qué hacés en Buenos Aires? —preguntó ella no pasando por alto que el desconocido la miraba con muchísima admiración, lo cual hacía muy bien a su alicaída autoestima.

—Un viaje de placer, y entonces se me ocurrió conocer a Adrienne.

—¡Ah, Adriana! ¿Viniste a traernos noticias de ella? Cuánta amabilidad de tu parte. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llaman Charlie, ¿y tú?

Aquella conversación parecía el juego del teléfono descompuesto, pero tanto Ximena como Charles se sentían tan fascinados uno del otro, que a ninguno pareció importarle aquel detalle. De la pizza y de las empanadas, nadie se acordaba ya.

—¿Cómo te llamás?

—¿Mi nombre? Me llamo Ximena.

Alejandra por fin salió del baño con el pelo mojado y una bata sobre el camisón.

—Lamento la tardanza, Xime —miró con curiosidad a Charlie—. ¿Quién es este tipo?

—¿Qué tal? Me llamo Charles.

Alejandra lo miró muy seria y le respondió en inglés:

—Tu cara me hace acordar a alguien. ¿De dónde eres?

—De Inglaterra, soy el futuro duque de Worcester. Mucho gusto, ¿cómo te llamas?

Alejandra se volvió indignada hacia Ximena.

—¡Es un pariente de Henry! ¿Cómo dejaste que entrara a mi casa?

—Yo pensé que era un amigo de Adriana. Sabés muy bien que no entiendo inglés.

Alejandra alzó un brazo señalándole la puerta a Charlie.

—¿Vino a burlarse de mi amiga?

—No vine a burlarme de nadie.

—¡Fuera! Ella necesita olvidarse de toda aquella familia suya.

—Déjame explicarte —pidió Charlie tratando de remediar la situación.

—¡Váyase!

Charles hizo una inclinación de cabeza y se fue. Alejandra cerró la puerta de un manotazo. Con los labios apretados por causa del enojo, miró de nuevo a Ximena.

—No tiene vergüenza. ¿Por qué lo habría mandado Henry para acá?

—No creo que Henry lo haya mandado, quizás no deberías haberlo echado sin antes dejarlo hablar —murmuró Ximena todavía conmocionada por la visita de Charlie.

—No me interesa lo que haya querido decir acerca de su visita. ¿Dónde está la pizza? Decime cuánto salió, así te pago la mitad.

—No me salió nada, él la dejó en la mesada de la cocina.

—Si hubiera sabido ese detalle hasta le tiraba los billetes en la cara. Traé los platos a la mesa que caliento la comida.

Luego de comer y contarle a Alejandra, muy distraídamente, la ruptura con su amante, Ximena sintió ganas de irse.

—¿Ya? ¿Tan temprano?

—Es que me atacó un fuerte dolor de cabeza.

—Ha de ser por la visita de aquel individuo pariente de Henry. Y no te amargues porque el idiota con el que salías no quiera nada formal con vos. Él se lo pierde.

—Sí —agregó Ximena sin ganas—. Me voy —después de darle un ligero beso de despedida en la mejilla a su amiga, bajó por el ascensor y sacó la llave de la puerta de entrada. Pensó en ir a tomar un taxi.

—Me alegro de que hayas bajado, ya empezaba a aburrirme esperándote —dijo una voz cuando salió a la vereda. Ximena contempló con sorpresa la cara de Charles.

—¿Sos un tramposo, al final sabés español! ¿Qué querés de mí?

—Hablar, ¿quieres ir a tomar una copa? Alquilé un auto; lo que sí, guíame por la ciudad. Estuve aquí varias veces de visita pero no recuerdo las calles.

Ximena lo miró a los ojos. ¿Por qué no? ¿Qué tenía de interesante ir a su casa? En cambio podía tomarse una copa con el tal Charles y averiguar acerca de su misteriosa visita.

—Está bien —respondió mientras se subía al auto de alquiler. Él le sonrió mientras la ayudaba a ubicarse el cinturón de seguridad y hacía lo mismo para sí.

—Ahora indicame dónde podríamos ir.

—Depende de dónde quieras llevarme.

Charlie la miró acercándose un poco para hablarle en un susurro seductor.

—Donde quieras, un lugar al que pueda llevarte y poder lucir tu belleza.

“*No puedo caer en sus redes. No puedo, no puedo*”, se repitió Ximena como un mantra pensando en lo que haría Alejandra si la viese muy acomodada y sonriente al lado de él.

—¿Y?

—Yo te indico. Doblá por esta calle y seguí derecho, por ahí llegamos a la avenida.

—OK.

Salí del trabajo en compañía de Vivienne, otra colega de la oficina. Caminábamos cuando una gitana se nos cruzó en el camino. Pensé en ignorar sus inútiles presagios, pero Vivienne se detuvo frente a la vieja.

—Adri, ¿podrías esperarme? —preguntó con ansiedad mientras la mujer le leía la mano. Cuando le pronosticó toda suerte de hermosos y poco improbables hechos en su vida, la oscura mirada de la vieja, rodeada por millones de patas de gallo, se posó sobre mí. *Aggg*, otra vez.

—Usted. Deme su mano.

Para no perder más tiempo e irme lo más rápido posible, extendí una mano en la cara de la vieja, quien se detuvo a leer las líneas de mi palma con atención. Parecía muy corta de vista, porque en un momento me tomó de la muñeca y la inclinó hacia un costado para poder leer con la luz del farol de la

calle.

—Qué destino deslumbrante tiene usted —dijo con una vocecilla de bruja que me heló la sangre. Cuando levantó su apergaminado rostro para mirarme a la cara, agregó:

—Un amor volverá del pasado, un amor que usted nunca olvidó, este retornará a su vida con fuerza. ¡Esta vez será dichosa, porque se lo merece después de haber derramado tantas lágrimas por haberlo perdido!

Tragué saliva. A lo lejos vi acercarse un auto, cuando el vehículo se detuvo en nuestra misma acera, reconocí a Dimitri. No me sorprendió verlo; sin previo aviso, a veces, venía a buscarme a la salida del trabajo. Al darse cuenta de que era yo la que estaba parada en la calle junto a Vivienne, hizo un guiño con las luces delanteras del auto. Quise sacar la mano que tenía agarrada la vieja para leer mi futuro, pero ella la retuvo una vez más. Cuando le arrojé unos pocos billetes de dinero con la mano que tenía libre, sonrió y agregó con voz fatal:

—Diviértase con este mientras dure —dijo mirando con sarcasmo en dirección a Dimitri—, porque no falta mucho para que la rueda de la fortuna vuelva a girar para unirla a su antiguo y verdadero amor.

Saqué la mano de entre las de la vieja como si una serpiente me hubiera mordido. Me despedí de mi compañera Vivienne y corrí para subir al auto de Dimitri. La gitana aún me miraba cuando mi *amiguito* encendió el motor de su auto y pude leerle los labios: “*Recuerde, falta poco para que la rueda de la fortuna vuelva a girar. Recuerde*”. Sumida en mis pensamientos, mientras Dimitri hablaba algo sobre ir a cenar a un nuevo *restó* que habían inaugurado esa misma tarde, no dejé de reflexionar todo lo que la gitana me había comentado.

Después de la cena, ya acomodada en mi cama, no podía dormir porque el eco de la voz de la gitana se repetía en mi cabeza como una maldición”. Me

tapé la cabeza con una de las almohadas intentando dormir, pero la última palabra me perseguía en forma de cántico medieval: “*Recuerde. Recuerde. Recuerde. Recuerde. Recuerde. Recuerde*”.

—¡Vieja bruja! —dije en la soledad de mi casa. Me levanté de un salto y fui a prepararme una taza de leche tibia para alentar el sueño.

Media hora después encendí el *Smart tv* de mi cuarto y dejé en volumen bajo un canal de videos musicales. Cuando por fin pude conciliar el sueño, la cara de la gitana volvió a atormentarme esta vez de manera onírica.

Capítulo 2

Mientras miraba algunos informes que Vivienne me había alcanzado, observé que varios folletos cayeron en mi escritorio. Alcé la mirada hacia quien los había arrojado.

—*Xav!* ¿Qué es esto que me traés?

—Fundaciones, asilos —me miró con más atención—. ¿Y esas ojeras tan espantosas que tienes?

Me pasé la mano por la frente con fastidio.

—Ha de ser el exceso de trabajo —respondió Xavier sin darme tiempo a contestar—. Ni bien termines esa tarea que estás haciendo y observes los folletos que te alcancé, nos vamos a almorzar y basta por hoy. ¿Te parece? El jefe acá soy yo.

—*OK* —deslicé la mirada en los folletos. Había varias organizaciones famosas: Comité Internacional de la Cruz Roja, UNICEF, Médicos Sin Fronteras, *Save The Children*, y levanté el folleto que hizo que me temblara hasta la última fibra de mi cuerpo.

—*Xav*, prefiero prescindir de esta, por favor —dije levantando el papel que decía en grandes letras doradas “Fundación príncipes de Gales”.

—Se habrá mezclado con los demás papeles sin que me diera cuenta, ya mismo lo desaparezco —y lo guardó en un bolsillo.

Hice un esfuerzo sobrehumano para enfocar mi mente en el lugar correcto, y pregunté:

—¿Qué necesitás que haga?

—Investiga, porque me gustaría colaborar en alguna de estas organizaciones. Y, por qué no en un futuro no muy lejano, también tener mi fundación. ¡Imagínate cuánto *glamour!* —exclamó con entusiasmo haciendo

grandes gestos de manos, como si construyera castillos en el aire.

Por la noche, y a punto de ir a dormir, puse un canal de modas. Siempre me gustaba mirar algún programa que me relajara, ya sea de gastronomía o sobre viajes. Mientras no hacía caso ni a los elegantes vestidos que llevaban las “esqueléticas” modelos ni a los zapatos que paseaban sus huesudos pies por la pasarela, busqué un cuadernillo de la mesita de luz y me puse a garabatear algo similar a unos esbozos. Siempre me había gustado dibujar, esa pasión la tenía desde muy chica, pero con el correr de los años, y por falta de tiempo, dejé de lado ese *hobby* que tanto adoraba. Pero ahora pude observar cómo el carboncillo del lápiz empezaba a hacer ágiles trazos sobre el papel. Sin pensar en lo que quería dibujar, empecé a imaginarme un par de zapatos. ¿Qué accesorio podía agregarle? ¿Cómo amaría usarlos? ¿De taco aguja? Seguro. ¿Con cintas que fueran atadas alrededor de las piernas como usaban los romanos? Sí. En una hora reuní varios dibujos. Cuando miré el reloj me horroricé, debía dormir porque al día siguiente me sentiría como sepultada bajo un montón de escombros, y no sé por qué también intuía que *míster* Dimitri se aparecería de “sorpresa” a la salida de la oficina para exigir su noche de salida semanal. Apagué la luz y me dediqué a impedir que la visión de la gitana que me había cruzado hacía un par de días en la calle volviera a atormentarme. ¿Qué pasó? Fallé porque ni bien cerré los ojos pude ver el apergaminado rostro de la vieja. Con hastío, me revolví inquieta en mi lecho y pude soñar con mis imaginarios zapatos dibujados.

Henry conocía de sobra a su novia, sabía que ella comenzaría a protestar. Así fue.

—¿Cruzarme con aquel tipo tan vulgar? ¿Es necesario? —chilló Chelsy.

—Chelsy, nadie te obligó a que vinieras —respondió Henry en el mismo mal tono.

—¿Y quedarme en mi casa? Ni lo sueñes, no quiero seguir llevando los cuernos más grandes de Europa.

El príncipe tuvo la tentación de abrir la puerta del auto y empujar a Chelsy, en pleno viaje, hacia la calle, para que ella junto con sus *stiletos* puntiagudos y la cartera incluidos, rodaran hasta llegar a los Acantilados de Dover. Se contuvo muy bien de no hacerlo. Chelsy, que nada sospechaba de las intenciones de su futuro prometido, siguió parloteando:

—Hasta Bambi me envidiaría por el tamaño de cuernos que llevaría.

—Basta por Dios, Chelsy. Basta —pidió Henry.

—Alteza, ya llegamos —dijo el chofer. Estaba más que acostumbrado a las constantes guerras que armaba la pareja en el auto; ya no temía desconcentrarse y terminar en un accidente.

—Y no quiero que pasemos más que unos minutos en compañía de ese bruto amigo tuyo. No lo soporto —dijo la Owen-Keller caminando junto a su novio para llegar a la discoteca.

—Lo saludarás con una gran sonrisa aunque te cueste a horrores, Chelsy. Después podrás perderte de vista. Es más, si tuvieras tal gesto, te lo agradecería infinitamente.

Chelsy lo golpeó en la espalda con su sobre de cuero blanco.

—¡Miserable! ¡Te voy a...!

Un fotógrafo de un programa de chismes se les presentó de sorpresa. La rubia dibujó una tierna sonrisa y abrazó a Henry, apoyando el mentón sobre el hombro de él. Las luces de las cámaras también brillaron al compás de los *flashes*.

—Solo unas palabras —pidió un reportero acercando el micrófono a la pareja.

—Lo resumo en una: felicidad— respondió una radiante Chelsy mientras Henry miraba para otro lado.

—Esta pareja pasa por su mejor momento, no nos cabe la menor duda — dijo con entusiasmo otro periodista de chismes mientras hacía señas a un camarógrafo para que apuntara la luz de la lente en dirección a ellos—. ¿Para cuándo el compromiso, alteza?

—Eh... —dudó Henry y entonces la rubia le “robó” el micrófono al periodista y habló en dirección al expectante público que miraría al día siguiente ese programa de chismes.

—Es muy pronto aún para hablar de eso, ¡pero casi no podemos esperar! —dijo al borde de las lágrimas. Henry quería cavar un hoyo y hundirse en dirección al centro de la Tierra. Y la Owen-Keller gritó con infinita alegría:

—Somos respetuosos del protocolo, ¿pero se imaginan cuando estemos ya casados y tengamos una pequeña princesita igual a mí, con mi encantador carácter?

—No quiero ni pensarlo —dijo Henry en voz muy baja.

—¿Decía, alteza? —preguntó un periodista.

—Que no alcanza a imaginar tamaña alegría —se apuró a replicar Chelsy.

—Chelsy, vámonos. Ni tu padre ni el mío estarán de acuerdo con semejante exposición. Deberías recordarlo.

—¿Pueden excusarnos? Ya que debemos entrar a la fiesta a saludar al querido amigo de mi novio. Lo adoro tanto que no puedo esperar a verlo — explicó Chelsy siempre sonriente plantando un taco aguja con total intención en el pie de Henry.

—Ay —protestó Henry—, estás haciéndole un agujero a mi dedo gordo.

—Es lo menos que te mereces —dijo ella con fingida ternura, mientras le daba un beso en la mejilla. Por fin apartó el pie del de su novio, devolvió el micrófono robado y corrieron en dirección al imponente castillo donde se

ofrecía una fiesta en honor a Robbie Shott:

*“Mami, es Robbie Shott un aluvión,
Es Robbie Shott, Shott, Shott,
Es Robbie Shott un ventarrón...”*

Entonó un reconocido cantante de *reggaetón* al compás de la música desde un imponente escenario en el centro del salón. Varias chicas bailaban rodeándolo con movimientos de caderas.

—¡Cuánta vulgaridad! —se quejó Chelsy haciéndose oír a través del ruido del lugar.

*“No canta, no filma, no escribe,
Y sin embargo es como una estrella de cine.
Se abraza con Clooney, besa a Angelina.
Es Robbie Shott, un aluvión,
Es Robbie Shott, Shott, Shott, baby...”*

Un mayordomo los recibió conduciéndolos en dirección a una de las mesas cercanas al escenario. El anfitrión los recibió con una sonrisa.

—¡Principito! —dijo Robbie a los gritos mientras se abalanzaba a abrazarlo y tiraba su abanico en dirección a uno de sus amigos para que lo alcanzaran en el aire.

—Gracias por haberme invitado a tu fiesta —dijo Henry—. Es espectacular, lo mismo que el tema que te hicieron. Hasta ahora nadie compuso ningún tema para mí.

—Entonces escucha esta parte que se trata de ti —dijo el magnate.

*“Convence al modisto Benito para poderse vestir,
Con esa fabulosa ropa que le gusta lucir.
Ordena su empresa y vuelta de viaje,
Y se va de fiesta con el Principito de Gales...”*

—Ya no nos vamos de fiesta hace tiempo —dijo Henry.

—Ahora no puedo, soy un hombre comprometido. ¿Te acuerdas de Miranda? —detrás de Robbie hizo aparición su espectacular novia, y con la Owen-Keller se saludaron con repugnancia.

—Es hora de que te diviertas en grande —dijo Shott y por fin se dio cuenta de que Chelsy estaba también allí—. Que se diviertan en grande, quise decir. Qué bueno verte, *Betsy*.

—Chelsy —corrigió ella con enojo.

—Creo que tu amiga Carol se encuentra por allá, según oí decir —informó Robbie recuperando por fin su abanico. El exótico traje símil leopardo que llevaba parecía hacerle sentir mucho calor, así que empezó a abanicarse con prontitud.

—¿Carol, aquí?

—No sé dónde diablos se habrá metido —gritó en dirección a su gente—: Que alguien ordene que suban la potencia de ese aire acondicionado de porquería que me estoy sofocando. ¡Rápido, inútiles!

Uno de los mayordomos hizo una inclinación hacia a los invitados y una reverencia exagerada a Henry.

—Señor —dijo hablando a Shott—, llegaron las señoritas. ¿Vienen a esta mesa?

—Por supuesto. Hagan lugar que vienen ellas —con un revoleo de abanico desalojó a varios de sus amigos.

—¿Quiénes? —se interesó Henry.

— ¡Nosotras! —gritaron a su lado casi dejándolo sordo.

—¿Alysa y Alysia Sfakianakis? —dudó el príncipe con sorpresa.

—¡Henry! ¡Henry! —gritaron las chicas abalanzándose sobre él para cubrirlo de besos y abrazos ante la atónita y ácida mirada de Chelsy.

Alysa y Alysia eran conocidas en el mundo como las gemelas griegas, hijas de Cyrano Sfakianakis, un empresario multimillonario. El viejo abandonó su condición de solterón tardíamente y quedó viudo al poco tiempo, y mimó en exceso a sus hijas. Revoltosas, inquietas y muy simpáticas, estas jóvenes de veinticinco años deambulaban de aquí para allá en busca de diversión constante y descabelladas aventuras. Eran dos gotas de agua: altas, delgadas, de tez mate, largo cabello castaño enrulado, ojos oscuros y grandes sonrisas.

—Pero, ¿será posible que ni bien lo ven a este se olvidan de su querido amigo Robbie? —dijo el magnate cruzándose de brazos simulando sufrir de celos.

Se dirigieron a él en medio de un popurrí de exclamaciones, gritos y saltitos para saludarlo. Chelsy casi se ahoga con su copa de vino.

—¿También deberemos aguantar a estos pajarracos bocones que no paran de gritar y reírse? —dijo a Carol.

—Pero tienen tanto dinero, Chel —agregó Carol—. Onassis era un pobretón al lado de la fortuna que heredarán estas dos cuando el viejo estire la pata. Empezamos a charlar enseguida, son muy divertidas; planean un crucero por una de sus islas privadas y me invitaron.

—Que no pensarás ir, por supuesto. Me caen muy mal.

—Claro que no, amiga —se apresuró a responder Carol ante la severa mirada celeste de Chelsy.

En la otra punta de la mesa, las gemelas charlaban con Henry:

—¿Y dónde está tu primo Charlie? —consultó una de ellas.

—Se fue de viaje, Alysia.

—Soy Alysa.

—El *champagne* está empezando a nublar-me el cerebro, así que si me

confundo, sepan disculparme.

—Mentira, acertaste, Principito. ¡Soy Alysia! —gritó ella riéndose.

Alysa, también entre risas, sacó de su voluminoso bolso, idéntico al de su hermana, un par de coronitas y luego de darle una a Alysia, se ubicó la joya en medio de su maraña de bucles castaños. La otra hizo lo mismo.

—Ahora somos todos príncipes y princesas —chillaron las dos sonrientes con las coronas puestas, cruzándose de piernas al mismo tiempo.

—Ah —dijo Henry sin saber muy bien qué decir. Las Sfakianakis no solían decir cosas demasiado profundas. Lo ideal, era elegir un lugar donde no habría oportunidad de hablar demasiado, porque ellas saltaban de una conversación a otra.

—Charlie seguro se alegraría mucho de verlas.

—Me destrozó el corazón —lloriqueó Alysia muy compungida—. Pensé que le gustaba mucho.

—¿Cómo que te destrozó el corazón, tonta? ¡Él estaba enamorado de mí!

—¿Y decías que eras solo su amiga, traidora?

—Lo mismo digo, te metiste con mi chico.

Qué raro Charlie en medio de un lío de faldas. No era difícil pensar que se las había arreglado para salir con las dos, incluso con tanta habilidad como para que una no se diera cuenta de que salía a la vez con la otra. Las gemelas seguían peleándose:

—¡Mentirosa roba novios!

—¡Mala hermana!

Pero al oír un conocido tema de baile, cesó la pelea y se levantaron como un resorte.

—¡Es mi tema favorito, vamos a bailar!

—¡También es mi tema favorito, querida hermana!

—¡A bailar!

—¡A bailar! ¡Henry, vamos a bailar!

—Gracias, pero estoy un poco cansado.

—¡Vamos, vamos! ¡Estás a punto de volverte tan serio como tu hermano Louis! —bramó Alysia tirando del otro brazo de Henry.

O se caía de la silla o iba a bailar con ellas, así que optó por lo segundo ante las boquiabiertas Carol y Chelsy.

—¿No te da celos? —preguntó Carol—. Porque oí decir que no dejan títere con cabeza, se comenta que se prestan los novios.

—Si él quiere, por mí que hagan un *ménage a trois* —murmuró Chelsy eligiendo un canapé de la bandeja. Ese dúo de personajes de dibujos animados griegos no la amedrentaban en lo más mínimo.

—Ganaste. Ahora eres tú la que te vas a casar con Henry —dijo Carol sin darse cuenta de que Miranda, con disimulo, se acercaba hacia las sillas de las dos amigas para escuchar parte de la conversación.

—Menos mal que el inútil de Henry se creyó que lo acompañé en lugar de Adrienne, en toda su convalecencia luego del secuestro. ¡Imagínate eso, ni muerta!

Al oír lo que Chelsy y su amiga, Miranda ahogó una exclamación. ¡Entonces así habían sucedido las cosas! Haciéndose la tonta siguió de cerca lo que conversaban las dos amigas.

—Vámonos, Carol. Esta fiesta me hace doler la cabeza —exigió Chelsy.

—Pero si nos vamos ahora van a decir que somos unas desagradecidas.

—¿Estás de mi parte o de esta gentuza?

—Déjame saludar por lo menos a Robbie y a Miranda —Carol se dirigió con amabilidad al millonario y a su novia—. Agradezco la invitación.

—Gracias, querida —Robbie después miró a su novia, hablándole en español con modismos argentinos—. ¿Y a vos qué te pasa que tenés esa cara de asustada?

—Escuché una conversación entre Carol y su amiga Chelsy que me heló la sangre de las venas.

Miranda iba a contar lo que escuchó cuando volvió Henry a la mesa en compañía de las Sfakianakis.

—¿Qué era lo que debías contarme de la conversación que tuvieron la tal Chelsy y Carol? —preguntó Robbie en español y Miranda no supo qué hacer.

—Después hablamos, es muy serio —dijo Miranda a Shott en el mismo idioma.

En mi hora de almuerzo, en lugar de comer, me dediqué a seguir con mis “diseños” de zapatos. Entusiasmada como una nena, compré una caja de lápices de acuarelas y comencé a darle color a mis bocetos. Era el colmo de la imbecilidad hacer todo aquello sabiendo que el tiempo que tenía para descansar en el duro trabajo de oficina era muy corto, pero me parecía tan relajante como pintar mandalas.

—¿Interrumpo? —dijo Xavier entrando de sopetón a mi oficina.

Escondí mis dibujos hechos en carboncillo y colores detrás de un libro de cuentas.

—¿Cómo estás, mi reina?

—Muy bien —me apresuré a hablar de trabajo—. Cualquiera de estos organismos necesita ayuda, *Xav*. ¿Por cuál te inclinas más?

El *coiffeur* se mostró dubitativo.

—Tal vez deberíamos revisarlo con los abogados de la empresa, pero ya pensé en mi representante.

—¿Quién será? —pregunté con una sonrisa.

—Tú, por supuesto.

—Pero no sé nada de fundaciones de beneficencia.

—No te preocupes por eso, Adrianita. Es una idea que todavía no termina de materializarse en mi cabeza.

—Está bien, en cuanto decidas de qué forma podemos ayudar, avísame. ¿Voy a buscar un poco de café? —fui en dirección a la cocina.

—Para mí un té, por favor.

Xavier empezó a hurgar en los papeles del escritorio de Adriana. “*¡Qué bueno que encontré los impresos de las finanzas del mes anterior! Se los voy a llevar al contador*”, pensó al ver una carpeta en el escritorio, y cuando la levantó, se cayeron varios papeles. El *coiffeur* los miró atónito.

Volví con una bandeja y dejé en su lugar del escritorio la taza de té que había pedido y mi enésima ingesta de café, siempre presente.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Tus bocetos son fantásticos.

—¿Qué? —dudé pensando que había escuchado mal.

—Que los esbozos son bárbaros, tienes mucho talento. ¿Nunca pensaste en dedicarte a diseñar?

Varios días después de la resonada fiesta de Robbie Shott, Chelsy recibió un paquete con un mensaje que decía: “Mi señor está muy disgustado porque desairaste al magnate Shott y a su novia. Entonces, querida Chelsy: ¿no es hora de que actúes con inteligencia? Aquí te envío el anillo de su madre, en cuanto puedas deberías usarlo. Pensarás que esto que te digo es para causarte un perjuicio, pero lejos de mí está seguir peleándome contigo. Sin más que decir, te saluda.

Tony Pacheco O’ Higgins”

Chelsy estrujó el mensaje y lo tiró a un costado. Era cierto que no creyó ni una sola palabra de todo lo que Tony le aconsejó en la misiva. Pero, ¿qué hacer? También era cierto que Henry se había negado a verla y hasta responder sus llamadas y sus frenéticos mensajes de *WhatsApp*, al parecer esta vez se había enojado en serio. Por fin comprendió que el haber alejado a Adrienne de los brazos de su ¿futuro? prometido no significó su total victoria. El noviazgo se estaba yendo a pique y no había manera de remontarlo. Casi sin respirar abrió el estuche y se calzó el anillo. Todo desapareció: la enorme cama, las mesitas de luz, el tocador, el gran espejo al costado de su habitación, y una voz de mujer gritó enfurecida: “*¡Ese anillo no te pertenece!*”. Temerosa de ver algo a través del enorme espejo, se quitó la alhaja y la arrojó a un costado de la sala. No la ayudó a sentirse mejor que afuera lloviera con intensidad y que solo se viera el jardín de la casa sumido en una densa oscuridad y los árboles movidos por una furiosa ventolina. “*Es solo mi imaginación. Estoy aterrada por ideas idiotas. Nada más que eso. Calma, Chel, calma*”, se repitió frotándose los brazos.

—Permiso —dijo Carol entrando en la habitación.

—¡Ah!

—¿Qué te pasa?

—¿Nadie te enseñó modales? Me diste un susto enorme.

Carol se sentó a un costado de la cama. Chelsy respiraba con celeridad.

—Vine porque estaba cerca, mi chofer me trajo. ¿Qué ocurrió?

—El anillo de la muerta, otra vez escuché su voz —clamó la rubia señalando la joya. Carol se levantó y fue a recogerlo.

—Chel, no seas ridícula —dijo a su amiga y lo tomó entre dos dedos, mostrándoselo.

—Quema y mucho.

—Si no te conociera pensaría que estás loca de atar.

Chelsy empezó a llorar y no por eso dejó de gritar. Ahora sí parecía loca de verdad.

—No estoy loca. La plumífera de Tony, ese asqueroso sirviente rosa, me envió el anillo de ella.

—Necesitas calmarte. ¿Te traigo un vaso de agua?

—Quiero un trago de *whisky* de mi padre.

—Entonces iré a la sala a buscarlo o llamaré al mayordomo.

—¡No! —Chelsy tenía lágrimas de histeria que le corrían por las mejillas —. ¡No me dejes en compañía de ese anillo!

—No me iré de tu lado, no te preocupes —Carol maldijo el momento en que se le ocurrió ir a visitarla.

Chelsy se levantó de la cama y empezó a buscar ropa en su gigantesco *placard*. Pantalones, sacos, blusas y faldas volaron por el aire.

—¿A dónde vas?

—A casa de Henry.

—Pero, Chel, él no quiere ni escucharte.

—No me importa, porque no dormiré sola en esta habitación. De paso iré a devolverle el anillo, ¡ni loca dejaré que se quede en mi casa!

Afuera, y a través de las ventanas, la tormenta se desataba con más furia. Carol lamentó haberle dicho a su chofer que se fuera. Pensaba pedirle a Byron que la alcanzara a su casa luego de dejar a Chelsy en la casa de Henry. O en el peor de los casos, pediría un taxi y esperaría en la sala de estar en compañía de la servidumbre. Tanto hablar de muertos, incluso, se sentía un poco perseguida. Cambiada de ropa y maquillada, Chelsy empezó a peinarse. Aún le temblaban las manos. Para cambiar de conversación, Carol la consultó:

—Chel, ¿hace cuánto que tú y Henry no tienen intimidad?

—Más de un mes —Chelsy dejó de pasarse el cepillo y la miró de reojo.

—Es mucho.

—Demasiado. Y pienso en Byron, con lo atractivo que es.

—¿Otra vez con eso de tu chofer?

La rubia terminó de prender una hebilla de plata en su cabellera y la miró con expresión burlona.

—Ahora lo pienso más que antes.

Las dos clavaron la mirada en la araña de cristal del techo, e interrumpieron la charla. La luz empezó a titilar y se apagó. La habitación quedó a oscuras.

—El corte de luz seguro que lo provocó la muerta. ¿Dónde mierda quedó el anillo?

—Aquí lo tengo, Chelsy. ¿Te lo doy?

—¡Ahora no, estúpida! No lo quiero.

—Lo guardo... ¿En dónde?

—¡Lo dejas en su maldito estuche y después me lo das!

Bajaron las escaleras en dirección a la sala principal. Los relámpagos de la tormenta les iluminaba el camino. Mientras corría como llevada por el diablo en dirección a la entrada de la casa, Chelsy llamó desde su celular al chofer.

—¡Te quiero ahora mismo en el maldito *garage*!

Cuando abrió la puerta lo que vio la paralizó por completo, era “ella”. La mujer se quitó la capucha del impermeable para que la viera y que no le quedaran dudas: El blanco de la piel, sus grandes ojos azules sonriéndole sin sonreír como una nueva Gioconda, sus labios finos de natural tono rosado y los marfileños dientes parejos. El viento de la tempestad movía el fino y rubio cabello.

—¡*Ahhhhhhh!* —gritó Chelsy al borde del desmayo y corrió en dirección a su habitación.

—¡Ahhhhhhh! —la secundó Carol al ver aquella inesperada aparición.

Ante semejante escándalo, se hizo presente el mayordomo y miró cómo las dos amigas desaparecían en las escaleras del primer piso.

Con la educación propia de su rango, le habló a la extraña en voz alta para que se escuchara desde el piso de arriba, donde Chelsy y su amiga Carol estarían refugiadas debajo de la cama:

—¿Qué le hizo usted a las señoritas para que se fueran de esa manera?

—Nada —respondió la extraña encogiéndose de hombros.

La luz invadió de nuevo toda la sala. El mucamo suspiró con alivio.

—¡Hasta que por fin este bendito de Donovan pudo arreglar lo del corte de luz! Ahora dígame, ¿quién es usted?

—Soy la doncella que pidieron para esta casa.

—¡Ah! —El mayordomo se palmeó la frente—. Debería haber ingresado por la puerta de servicio.

—Discúlpeme usted, no tenía idea. Soy Mary Brewer, un gusto —le tendió una fina y muy delicada mano al mayordomo. Difícil pensar que se encontraba hecha para realizar trabajos domésticos.

—Yo me llamo James. Pase a la cocina, la presentaré a todo el personal de servicio. ¿Nunca le dijeron que su parecido con la fallecida madre del futuro rey es asombroso?

Mary Brewer lanzó una risita.

—Sí, en algunas oportunidades.

James le devolvió la sonrisa y, al borde de la carcajada, miró en dirección al primer piso. La señorita Chelsy sentía pánico por la imagen de “La Princesa de Corazones”. Como James odiaba con toda su alma a la Owen-Keller, al igual que los demás sirvientes de la mansión, se divirtió con la sola idea de pensar que se había llevado un buen susto. A los cinco minutos envió un *WhatsApp* a Tony avisándole que el plan había tenido éxito. Una vez en la

cocina, y sin peligro de que se descubriera la mentira, pagó a la falsa mucama y la despidió por la puerta de servicio.

Miranda no tuvo oportunidad de contarle a Robbie lo que escuchó en la fiesta que Henry había estado presente. Por eso, una semana después, el millonario cuestionó eso a su novia.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Ya pasó bastante tiempo, pero igual es mi deber contárselo a Henry. ¿Vos que opinás?

—Esa espantosa mujer, la tal Chelsy, arruinó la vida de Adriana; y casándose con ella, Henry también arruinará la suya.

—Por eso volvió con esa tipa, como en un acto de gratitud, cuando en realidad nada de lo que ella le dijo fue cierto. ¡Qué amigo más compasivo e imbécil que tengo! Yo me voy a encargar de sacarle la venda de los ojos —dijo mientras tomaba el teléfono para llamarlo—: Hen, tengo que contarte algo.

Después de enterarse de la verdad, Henry permaneció en silencio durante un largo rato. Shott hasta llegó a pensar que había colgado.

—¿Por qué Tony ni mi hermano me lo dijeron?

—No lo sé. Solo me dejó llevar por la conversación que escuchó Miranda. Me sorprendió confirmar que no supieras la verdad sobre Adriana.

A Henry se le hacía inconcebible que Chelsy lo haya manipulado de aquella manera. ¿Cómo su propio hermano, Tony y hasta Amy pudieron hacerle algo así? Era Robbie quien estaba equivocado. Miranda, que mantenía una estrecha amistad con Adrienne, había armado ese plan con la intención de... Sin poder contenerse, le gritó con furia a Shott:

—¡No quiero escuchar esas falsedades!

—A ver, Henry, ¿qué gano con mentirte?

—Adiós, Robbie —cortó dejando a su amigo con el ruido de tono.

Contrario a su volcánico temperamento, Robbie no se enojó.

—¿No te creyó? —dudó Miranda consternada.

—No lo sé, porque estaba furioso. Tal vez porque hubo mucha gente empeñada en ocultarle la verdad. Pero no faltará oportunidad para refrescarle esta charla.

Capítulo 3

Golpearon la puerta de su habitación y Byron fue a abrir. Era Chelsy.

—Le dije que no estaba aún en condiciones, señorita —se disculpó con vergüenza porque estaba con el torso desnudo, descalzo y vestido con pantalón de dormir. Hacía poco que se había duchado y gotitas de agua le brillaban en el pelo.

La Owen-Keller lo miró con deseo. Se acercó a él y se regocijó con el perfume varonil que emanaba de su piel, luego clavó sus celestes ojos en los de él. Cerró la puerta con un solo ademán.

—Muy bien, ahora estoy donde quiero —dijo rodeando con sus brazos el cuello de Byron.

El chofer no la apartó sino que respondió al beso con mayor delirio que el de ella.

Finalizada la conversación con Robbie, Henry dejó el teléfono de la sala y miró interrogativamente a su asistente.

—Tony, ¿siempre me contarás todo?

—Por supuesto, mi señor. ¿A qué viene eso?

—Necesito saber si me dirías siempre la verdad.

Tony hizo una pausa antes de hablar.

—Mire, mi señor: usted sabe que más que ser su consejero y asistente, lo considero un amigo. Si dependiera de mí, le diría absolutamente todo, siempre y cuando no hubiese fuerzas superiores que me lo impidiesen.

“No dijo que siempre me diría todo. Sin duda, si lo de Chelsy y Adrienne es cierto, pero si de por medio hubiese estado la mano de mi padre, y por qué

no también la voz de mi hermano, se callaría... y eso fue lo que sucedió”, pensó Henry.

—Señor, ¿se siente bien?

—Necesito que me saques de dudas.

—Dígame y yo le responderé.

Lo interrumpió la llegada de Mathew, el mayordomo.

—Alteza, vienen a buscarlo.

Tony arqueó una ceja y mientras lo miraba se preguntó: “*¿Qué habrá querido decirme? ¿Alguien le habrá contado la verdad sobre Adriana y Chelsy?*”

Quienes habían ido a buscar a Henry fueron las hermanas Sfakianakis. En el *pub* a donde se dirigieron después, no les habló una sola palabra. Las chicas ni se preocuparon por eso, porque conocían a mucha gente en el lugar y pronto se olvidaron de él. El príncipe quería averiguar todo y, en caso de que se hubieran complotado para ocultarle la verdad, se mostraría implacable con ellos. No habría perdón para su padre ni para Louis. Una mano se posó en su hombro, era Alysa.

—Hen, vamos a otro sitio a bailar. Este lugar nos aburrió.

Él se levantó del taburete contiguo a la barra donde se había acomodado, se puso la campera y se calzó una gorra con visera. Siempre que salía a algún lugar público hacía lo mismo, era para despistar a la prensa y a los *paparazzi*.

—¡Ey! ¿Por qué te vas? —pregunta la Sfakianakis.

—Discúlpame, pero tengo algo importante que hacer. Despídeme de tu hermana y te pido perdón por irme así. Después las llamaré para vernos otro día.

La rubia se cubrió la espalda desnuda con la bata de raso. Byron la miraba

sintiéndose un idiota, ella era preciosa. Aun con la paupérrima luz de su cuarto, la piel de Chelsy brillaba y la larga cabellera rubia resplandecía. Chelsy lo sorprendió observándola con devoción y esbozó una media sonrisa.

—¿Qué pasa, querido? —preguntó.

—Nada... ¿Ya te vas?

Ella lanzó una risita y le dio un ligero beso en el hombro.

—Mis padres llegarán temprano de su viaje y no creo que vean con buenos ojos que salga de la habitación de un sirviente.

Al joven chofer le dolió esa palabra, no tenía vergüenza de su trabajo, pero Chelsy lo manifestó como si fuera una bajeza que los padres la vieran con él haciendo algo más que estar sentada en el asiento de atrás y dejarse conducir en uno de los autos de la familia.

—Está bien —dijo viendo como la Owen-Keller lo dejaba solo sin siquiera despedirse.

Cuando iba a dormirse, sonaron golpes en la puerta. ¿Ahora quién era? Grande fue su sorpresa cuando se encontró con Donovan, el cocinero de la casa. Era un hombre de pocas palabras, de mediana edad, rostro cetrino y delgado como una vara. El cocinero no era aficionado a adherirse al chismorreo de los demás mucamos de la casa y por eso lo dejó pasar a su reducto.

—Vi salir a la señorita de esta habitación —dijo Donovan acomodándose en una silla. El chofer tomó asiento en la cama deshecha, frente a él, y arqueó las cejas con sorpresa.

Donovan tomó una expresión grave.

—Hace años que trabajo en esta casa y conozco a cada miembro de la familia. Por eso me di cuenta de que ni bien entraste aquí a trabajar, quedaste deslumbrado por la señorita Chelsy. ¿No es cierto?

Byron siguió sin poder responderle y Donovan lanzó una carcajada

despectiva.

—Vamos, Bruno —dijo llamándolo por su verdadero nombre—, todos los que trabajamos aquí nos enteramos de que la ayudaste a traer al príncipe Henry cuando él estaba desvanecido luego del casamiento de su hermano y que, gracias a eso, se produjo el rompimiento de su noviazgo con aquella sudamericana. Entonces hasta ahí pude esperar que todo terminaría en ese punto. ¡Por Dios, chico! ¡Deberías despertar de ese sueño! ¿Piensas que ella te tratará mejor ahora porque te convirtió en su amante?

—Donovan, ya sé que debí ser más discreto, pero ella entró aquí y...

—La señorita Chelsy tiene un solo objetivo: Mezclar su sangre azul con quienes le parecen de su misma condición, y eso te excluye. El príncipe se le metió entre los ojos y no parará hasta ver realizada esa aspiración. Por otro lado están sus padres. ¿Qué hará Andrew Owen-Keller si se enterase de este bonito episodio? Dejarte con el culo en la calle en menos de lo que cante un gallo.

—Lo sé. Por supuesto que no se van a enterar de esto. La señorita es la menos interesada en que esto se sepa.

—¡Ajá! ¿Por qué? ¿Qué te dijo?

—Que se iba rápido porque sabía que sus padres no verían con buenos ojos que la vieran salir de la habitación de un sirviente.

—¿Lo ves? Remarca la diferencia social que hay entre ustedes por si se te olvida.

Byron hizo una mueca de tristeza, entonces el cocinero se apiadó de él.

—No pienses que hago esto por crueldad, Bruno. Solo quiero ponerte al tanto y sacarte la venda de los ojos antes de que Chelsy te humille de la peor forma.

El chofer asintió. Deseaba que su visita se fuera y quedarse a solas para dormir.

—Gracias por los consejos —dijo Byron con pocas ganas.

Las frases del cocinero tuvieron para él el mismo sabor de dos vasos de vino en mal estado, pero sabía que Donovan se encontraba en lo cierto.

—De nada. Ahora a descansar porque mañana viene el resto de la familia y debemos empezar todos bien temprano. ¡Uf!

Byron se quedó por fin con su amargura como única compañía.

Louis logró abrir el otro ojo y contempló el antiguo reloj de la mesita de luz.

—¿Quién viene a molestarnos a esta hora?

—Me dijeron que es tu hermano —respondió Amy con la sorpresa pintada en la cara.

Descalzo, en bata de dormir y con un humor de los mil demonios, Louis se encaminó al despacho. Henry iba a escucharlo con atención, ¿se pensaba que no tenía nada qué hacer? Seguro venía a lucir su borrachera en medio de la madrugada con alguna idiotez que podía esperar hasta la mañana siguiente.

No tuvo tiempo de decir nada porque Henry le plantó un puño en una de las mejillas, haciéndolo trastabillar. Louis había recibido entrenamiento militar y era tan alto como su hermano, pero el golpe lo había tomado por sorpresa.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? ¿Te volviste loco?

—¿Cómo pudieron engañarme de esa manera?

—¿De qué me hablas? Estás borracho.

—¡Estoy sobrio y muy consciente de lo que digo! Al único que debo agradecerle es a Robbie por abrirme los ojos.

Amy llegó corriendo y empujó la puerta del despacho para entrar.

—¡Louis! ¡Henry! ¿Qué son esos gritos? —preguntó mirando a los dos

con angustia.

Henry la señaló.

—También tienes culpa en todo esto. ¡Haciendo el papel de caritativa tuviste el tupé de ir a ver a Adrienne para brindarle tu apoyo y también te hiciste partícipe de toda esta asquerosa mentira!

—Hen, no es tan cierto lo que dices...Yo... Nosotros...

—¿Qué vas a decirme? ¿Otra mentira más? —Henry la interrumpió con furia.

Louis estaba tan enojado como él y vociferó:

—Adrienne no es una mujer que pueda encajar en el papel de esposa tuya. Hay tradiciones en nuestra familia que ella no sería capaz de...

Henry lanzó una amarga carcajada interrumpiendo el discurso de su hermano. Pero Louis ya estaba arrepentido de lo que había dicho.

—¿Nunca se detuvieron a pensar que con el apoyo de ustedes dos, papá hubiera terminado cediendo? —preguntó con ironía y luego volvió a la carga con su enojo—. ¡Ella podría haber aprendido todas nuestras inmundas costumbres y protocolos, así como tu esposa, igual de plebeya que mi novia, pudo hacerlo!

Amy dejó el espacio cercano que ocupaba al lado de su esposo y dio un paso en dirección a su cuñado.

—Henry, deja que te expliquemos cómo fueron las cosas en realidad.

—No pienses que te provocaré problemas —dijo Henry a su hermano ignorando a Amy—. Cumpliré con todos mis compromisos por más que tenga que soportar tu presencia, la de tu esposa y la de nuestro padre. Lo que sí, fundaré mi propia entidad de beneficencia.

Louis no podía creer lo que escuchaba.

—Estamos siguiendo la tarea que dejó nuestra madre. ¡Esa era su fundación!

—Puedo seguir la obra de madre sin contar con tu presencia. Me voy.

Cuando por fin quedaron solos, Louis se derrumbó en la silla y escondió la cara entre las manos apoyándose en la mesa de su despacho. Amy lo abrazó.

—Tenías razón —dijo a su esposa—, siempre me dijiste que esto se descubriría en algún momento y sufriríamos las consecuencias.

Amy acarició con ternura la espalda de su marido.

—Lou, no importa lo que dije. ¿Podemos volver atrás? No. Entonces ahora es necesario hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Lo primero sería ir a buscar hielo para tu cara. Lo segundo, tratar de remediar el error que cometimos.

—Hen nunca va a perdonarme, ¿podré remediar lo que hice?

—No lo sé, amor mío. Pero te hago una pregunta: si te hubiera hecho lo mismo, ¿lo perdonarías?

—¡Jamás!

Amy volvió a sonreír con suficiencia.

—Déjame a mí, tengo una idea —y se sintió feliz no solo por hacer justicia sino por tener la maravillosa oportunidad de quitar a Chelsy del medio. ¡Doble justicia!

Ni bien escuchó lo que le dijo Amy por teléfono, Tony fue por un té a la cocina. Luego empezó a hacer su maleta. Los días como colaborador de Henry habían terminado, ¿por qué esperar a que lo echara a la calle acusándolo de traidor? Aguardaría con el equipaje hecho y se despediría de él. Su jefe llegó y por fin se encontraron cara a cara, hubo un extenso silencio. Tony tomó la maleta y se colgó del hombro una mochila.

—No te vayas —pidió Henry con tranquilidad—. Quiero que me cuentes

algo.

—Lo que ordene, mi señor.

—Cuéntame qué pasó esa noche en Dubai cuando yo desperté luego de la operación y encontré a Chelsy a mi lado.

Tony se acomodó frente a su jefe y empezó a relatar cómo le suplicó a Louis para que dijera la verdad desenmascarando a Chelsy. El príncipe primero se opuso, dado el delicado estado de salud de su hermano. Por poco convenció a Louis cuando se presentó el padre de este, el príncipe Edward, para complicar las cosas, negándose a colaborar en aquella causa; para él era preciso que Henry creyera en la mentira de la Owen-Keller y se case con ella. Henry seguía serio y entonces solicitó:

—Ahora quiero que me cuentes todo lo que pasó desde que Adrianne supo lo de mi secuestro.

—Ella ya lo sabía antes de que se lo dijera, mi señor. Cuando le avisé lo que había ocurrido, estaba en camino hacia Afganistán en compañía de su guardaespaldas, el que usted contrató para que cuidara a ella, el tal Mike.

Henry estaba sorprendido.

—¿Cómo lo supo?

—Dijo que tuvo una pesadilla o premonición, entonces decidió viajar junto a Mike haciendo conexiones hasta llegar a Afganistán. Adriana también me dijo que el anillo que usted le regaló le reveló algo.

—Fui un estúpido. La verdad estuvo todo el tiempo ante mis ojos y no supe verla —pensó el príncipe en voz alta.

—Ahora que sabe todo, creo que es hora de irme —dijo Tony.

—¡No vas a irte nada! Quiero que me cuentes absolutamente todo.

Tony se cruzó de piernas y cumplió: contó cómo Adriana se desesperó por llegar a su lado, sus lágrimas, cómo enfrentó a los *paparazzi* del mundo entero, que viajó a Dubai en el *jet* privado que Robbie Shott había alquilado

para trasladarlo al lujoso sanatorio de esa ciudad. Tony tampoco ocultó que Chelsy la humilló, logrando que ella escapara corriendo, envuelta en un mar de llanto. El príncipe siguió callado, conmovido. Tenía en la cara una expresión de vergüenza. Al fin y al cabo, no solo su padre y Louis tenían culpa en ello, él también quiso creer en lo que le dijeron.

Pacheco volvió a ponerse de pie para salir de allí junto a su equipaje.

—¿Se puede saber dónde mierda te vas tan apurado?

—Fue un gusto trabajar con usted —se calzó de nuevo la mochila al hombro.

—No te irás a ningún lado —de un manotazo le tiró la mochila al piso.

—Mi señor... yo me callé y me dejé llevar por las amenazas de su padre, podría haber hablado y no lo hice.

—Mi padre te amenazó —después de permanecer serio en toda la conversación, sonrió un poquito. Tony pudo ver el brillo en sus ojos luego de tanto tiempo. Ese brillo solo lo tenía cuando miraba a Adriana: —Me ayudarás a recuperar a Adrienne, ¿entendido?

—De eso estuve ocupándome desde que usted volvió de Dubai, mi señor.

—No te comprendo.

—Lo que acaba de oír. Estuve actuando paso a paso e incluso también estuve poniéndole el pie en muchas ocasiones a la queridísima Chelsy.

Henry sonrió un poquito más, ahora lo comprendió todo. Tony siempre supo que Chelsy odiaba los trabajos domésticos y por eso armó un viaje para la construcción del orfanato. La Owen-Keller había vuelto horrorizada. La histeria le había durado varios días. ¿Y el anillo de su madre? Ella le tenía pavor, ¿por qué? El anillo entonces... ¿lo tenía ella?

—¿Dónde está el anillo de mi mamá?

—El anillo de su querida madre, *Lady Daria*, Princesa de Gales, se lo envié a Chelsy. ¿A dónde piensa ir a esta hora?

—A hacer dos cosas muy importantes: cortar de cuajo el noviazgo que me une a Chelsy y recuperar el anillo.

—¿Ahora? Señor, son las ocho de la mañana y no durmió en absoluto.

—Ahora mismo —Henry se fue sin dar mayores explicaciones.

Tony acomodó la ropa de las maletas en el *placard* de su habitación y, rápido como un rayo, mandó un *WhatsApp* de voz a Amy: “*Mi reina: se viene algo similar a la caída del Imperio otomano. La gorda Chelsy no sabe lo que le espera. Esto amerita un brindis, así que por la noche pasaré por Kensington. Elegiré la mejor cosecha de champagne y chocaremos nuestras copas hasta que se quiebren. Cariños. Tony*”.

Contento de comunicarle a su alteza real, la Duquesa de Cambridge, lo que seguro le alegraría el día, telefoneó a Xavier. El peluquero acababa de despertarse.

—Xav, prepara un almohadón y déjalo en el piso, porque con lo que voy a contarte te vas a caer de culo, amigo mío.

Donna, la doncella espía, escuchó todo y llamó a Chelsy para avisarle.

El mayordomo llegó a la mesa.

—Señorita, tiene un llamado, es la doncella de la casa de Su alteza real, el príncipe Henry.

La rubia le arrebató el inalámbrico.

—¿Qué pasa, tonta? Estoy ocupada. ¡Más te vale que sea para algo importante! —Chelsy pegó tal salto que Carol por poco se ahoga con su taza de café—. No, no puede ser —cortó la comunicación, dejando el teléfono a un costado de la mesa.

—¿Qué pasó?— se interesó Carol.

—Henry se enteró de toda la verdad. Estoy perdida.

—¿Qué verdad?

—El asqueroso plebeyo de Robbie Shott le dijo todo, Donna escuchó la conversación que tuvo Henry con aquella plumífera inmunda de Tony, y ahora mi novio está viniendo para acá.

Justo en ese momento llegó Henry.

—Amor mío, gracias por venir a desayunar conmigo —dijo Chelsy con dulzura—. Carol ya se va.

—Dame el anillo de mi madre—pidió Henry secamente.

—¿Por qué? —Se dirigió después a una de las doncellas—: ¡Rápido, estúpida! No te quedes mirándome con esa cara de nada, ve a buscar el anillo de la madre de Su Alteza Real, mi novio me pide.

—¿Tu novio, dijiste? Nuestro noviazgo queda concluido a partir de ahora, Chelsy.

—¿Pero qué estás diciendo? Ese ridículo de Shott te envenenó con sus mentiras porque me odia.

—Robbie me hizo el mejor de los favores enterándome de la verdad.

Chelsy estalló en un histérico mar de lágrimas. Carol vio con terror que su amiga empezaba a tirarse de los cabellos con fuerza.

—¡No permitiré que me dejes como una servilleta usada! Se lo voy a contar a mi papá.

Henry la miraba casi divertido. Sabía que Chelsy no iba a aceptar el rompimiento del noviazgo de brazos cruzados.

—Me importa muy poco lo que diga tu papá. Lo nuestro terminó, Chelsy.

—Seguramente irás en busca de esa india sucia que nadie de tu familia quiere. ¡Y si vuelven, les haré la vida imposible!

La sirvienta le entregó el estuche con el anillo. Henry lo guardó en el bolsillo de la chaqueta, y la muchacha corrió en dirección a la cocina para no verse enredada en la pelea de la pareja.

—Me voy, Chelsy. Adiós para siempre.

La rubia se abalanzó sobre él e intentó acariciarle la cara.

—Te quiero, idiota. ¿No entiendes que te amo con locura? ¡Yo soy mejor que esa Adrienne, soy bella, distinguida y de sangre noble! ¡Yo soy mejor, mucho mejor! —cayó de rodillas y se abrazó a los pies de Henry.

—¡Basta, Chelsy! ¿No te da vergüenza rebajarte de esa manera?

Chelsy quedó tendida en el piso sin dejar de llorar. Henry fue hacia la salida, el mayordomo hizo una inclinación y le abrió la puerta.

—¡Yo era virgen! ¡Te entregué absolutamente todo y me lo pagas de esta manera! ¡Se van a arrepentir, esa maldita muerte de hambre y sobre todo tú!

Cuando Henry salió de la casa, la Owen-Keller se levantó con tranquilidad, secó sus lágrimas y siguió con el desayuno. Carol creyó que su amiga había perdido el juicio.

—Qué me miras así?

—No entiendo algo.

—Dime.

—¿Qué harás ahora?

La rubia la miró como si fuera una enferma mental.

—Hablar con mi padre, que él consiga enfurecer a Edward. Esta vez la guerra empezó en serio. Henry no sabe lo que le espera, si vuelve con esa mujer los voy a destruir a los dos. Ya lo verás.

—Tampoco entiendo otra cosa.

—¡Ya basta de preguntas, estúpida! ¿Ahora qué?

—¿Por qué le dijiste a Henry que eras virgen cuando empezaron a salir?

—Es la pura verdad.

—Pero si no eras virgen, Chel.

Agarró a su amiga de los hombros y empezó a zarandearla.

—Claro que era virgen. ¡Era muy pura y todavía lo soy! ¡Voy a casarme

virgen con él! ¿Escuchaste?

Alejandra sorprendió a Ximena tocándola en el hombro. Xime hacía rato que la esperaba mientras observaba el trajín constante de la gente por el *shopping*.

—Qué suerte que viniste a buscarme a la salida del trabajo —dijo al ver a su amiga.

—Lo decís como si no tuvieras ropa. Tu *placard* explota —y preguntó—: ¿A qué viene estrenar algo? Ya me dijiste que el vestido de fiesta para mi casamiento lo tenías y ¿entonces? ¿Tenés nuevo galán y no me contaste nada?

Ximena por poco escupe el sorbo de gaseosa *light* que estaba tomando y empezó a titubear.

—Digamos que sí.

—¿Por qué no me lo contaste, perra?

—Era muy pronto, Solo tuvimos un par de salidas.

—¡Ximena! —exclamó Ale entrando junto a ella al Alto Palermo—. Siempre me contaste todo desde el minuto cero que empezás a salir con un tipo. ¿Es casado?

—No —Ximena entró a una *boutique* y empezó a buscar entre las perchas de vestidos en exhibición alguno que le gustara lo suficiente como para hacer explotar su tarjeta de crédito.

—Estás muy rara. ¿En qué te metiste, querida?

Ximena no le hizo caso y le dijo a una vendedora de la tienda:

—Quiero este vestido. Me lo voy a probar —corrió a uno de los vestidores.

Cuando salió del probador, Alejandra la contempló muy satisfecha.

—Te queda muy bien, y el escote está bueno. El rojo siempre te sentó muy bien. Lo que sí... —se inclinó para leer el precio de la etiqueta—: ¡Estás loca! Vale una fortuna.

Desde su corta estatura, Ximena se encogió de hombros.

—Tengo que buscar unas sandalias que hagan juego.

—OK.

Después de impedir que su amiga terminara más pobre que un ratón, Alejandra le sugirió que fueran a tomar un par de capuchinos en uno de los bares del patio de comidas.

—¿Y?

—¿Qué te pasa? Dejá de acosarme —pidió Ximena.

Alejandra se acercó un poco.

—Vas a contarme con quién estás saliendo. ¿Es un político o alguien tan conocido que ni a mí podés decírmelo?

El interrogatorio fue interrumpido por el sonido del celular de Ximena que no pudo evitar una sonrisa cuando vio la pantalla del teléfono. Alejandra la veía demasiado ilusionada. ¿Quién sería de verdad el tipo?

—¿Qué tal, linda? —Era Charlie—. ¿Qué andas haciendo?

—Tomando un capuchino con mi amiga Alejandra. Vine de comprar un vestidito.

El primo de Henry la recordó, Alejandra era aquella que por poco lo había echado a patadas del departamento.

—Qué bueno. Estaba pensando en invitar a salir a tu vestido nuevo, ¿estará libre en un par de horas? Claro que puedes venir tú también.

Era un chiste muy tonto, pero Ximena lanzó una carcajada. Alejandra la miró con curiosidad.

—Mi vestido y yo estaremos libres en un par de horas. Te espero en casa.
Bye.

—Qué poco tierna. ¿No me enviarás siquiera un beso?

—Bueno, te mando un besito —dijo Ximena enrojeciendo. No quería que Alejandra se diera cuenta de lo entusiasmada que se sentía por Charles.

—OK, yo te mando otro donde más quieras. *Bye*.

Antes de que Alejandra la pusiera nerviosa con preguntas capciosas, Ximena tomó su bolso y dijo:

—Me voy un segundo al baño, ya vuelvo —desapareció dejando con la palabra en la boca a su amiga.

Alejandra siguió sorbiendo su capuchino y escuchó un sonido. Era el celular que Ximena se había olvidado en la mesa y sonó con un *WhatsApp*. No era necesario que desbloqueara la pantalla, porque leyó el mensaje.

“*¡Qué tonto soy! Olvidé decirte que venía un amigo a visitarme y me demoraré un poco más de la cuenta. ¿Qué te parece si paso por ti en tres horas? Un besito en el cuello*”. Alejandra terminó de leer con indiferencia hasta que sus ojos se tropezaron con el nombre del remitente: “Charlie”. Una horrible certeza le dio un escalofrío: ¿Sería el mismo Charlie, primo de Henry? ¿Ximena era estúpida o estudiaba para conseguir un doctorado en pelotudez? ¿Verse enredada con esa familia de nuevo! A Alejandra la atacó una especie de *dejá vu*. ¿Otra vez pasaría lo mismo de Adriana con Henry? ¿Esa tarada no aprendió lo que sufrió la pobre por dejarse llevar por las mentiras del príncipe? ¿Qué tenían esos fulanos que hacía que sus dos mejores amigas perdieran la cabeza por ellos?

—Volví —clamó Ximena con entusiasmo y Alejandra le plantó el celular en la cara.

—Llegó un *Whats* de tu amiguito.

—Ale, yo voy a explicarte...

—¿Qué me vas a explicar? ¡Dejá de andar con ese tipo! ¿Tan desesperada estás que dejás que él te vea la cara, como su primo lo hizo con Adriana? Ella

pagó un precio muy alto. ¿Estás dispuesta a pagarlo también?

—Pero él se va en unos días. ¿Qué tiene de malo divertirme un poco? Me dice cosas tiernísimas, me invita a lugares re *top*, y hasta me regaló un...

—¿También un anillo de *Bvlgari*, tarada?

—No, un reloj —mostró la muñeca, la joya era soberbia—. ¡Es monísimo! ¿Viste que no todo es igual a lo de Adriana?

—Despertá, idiota, o te voy a pegar un golpe así te hago reaccionar.

Ximena parecía confusa, algo de lo que Alejandra decía repercutió en ella pero... ¿Dejar de ver a Charlie? ¿Por qué?

—Vos no vas a decirme lo que tengo que hacer. ¿Sirvieron de algo las advertencias que le hiciste a Adriana? No. ¿Por qué? Porque simplemente debía pasar, ese era su destino.

Alejandra, ya muy ofuscada, levantó un índice.

—¡No me vengas con jueguitos de palabras! ¿Qué más necesitás para darte cuenta de que las cosas entre vos y ese individuo no van a ser mejores que con Henry y Adriana?

—¡A ver si me entendés, nena! ¡Yo no quiero casarme con nadie, quiero divertirme un poco! ¿Eso es un pecado?

—Con tantos tipos que hay en el país, ¿justo venís a enredarte con este que es un atorrante?

Eso fue demasiado para Ximena que cazó la cartera, la bolsa con el vestido y los zapatos y entonces vociferó:

—¡Ya fue suficiente, no quiero escucharte más! —de un manotazo plantó varios billetes en la mesa para pagar el capuchino.

Alejandra la vio irse pero, antes de que Ximena se alejara lo suficiente, alcanzó a gritar:

—¡Mismo destino! ¡Vas a tener el mismo destino de Adriana! Ya lo vas a ver.

Capítulo 4

—¿Hace mucho frío en Nueva York? Acá no la pasamos mejor. Te informo que ya empezó a nevar —dijo Tony sentado en el sillón de trabajo de Henry.

Mientras hablaba por teléfono, apoyó los pies en un pequeño banco y un codo en la mesa de trabajo del despacho de su jefe. Siguió su charla con total tranquilidad—: ¿Y cuándo venís a Inglaterra? Ahhh, entiendo; mucho trabajo y estudio, por supuesto.

Henry hizo aparición en el despacho y miró a su asistente. Tony le dirigió una rápida mirada de cortesía y prosiguió con su perorata—: Todo está bien por acá.

—¿Puedo sentarme? —pidió Henry con sarcasmo. Pacheco le hizo un gesto para que tomara asiento frente a él.

—Gracias, Tony —dijo el príncipe y le ofreció sus propios habanos. Tony sacó su cigarrera de platino y prendió un cigarrillo aspirando la primera bocanada con deleite. Pero al volver a mirar a su jefe tomó conciencia del lugar que ocupaba y le dijo a la voz con la que hablaba por teléfono—. Mi señor acaba de llegar y creo que debo desocupar su despacho y su silla. Hace cuarenta y cinco minutos que estamos hablando.

Para sorpresa de Henry, Pacheco dijo el nombre del individuo con quien había hablado:

—¡Adiós, señor Capitán Benjamín Hascott! —Le tendió el teléfono—: Llamó para hablar con usted pero nos quedamos charlando. Debo seguir con mis quehaceres, con permiso.

Henry se lo quedó mirando. Tony Pacheco era todo un personaje, si el padre de Henry, el príncipe Edward, lo hubiera encontrado en su sala de

trabajo sin demora hubiera descolgado una de las armas que utilizaba en sus amados torneos de caza para echarlo a tiros por su excesiva confianza, además de gritarle que estaba despedido. Pero Henry se divertía con las locuras de su asistente.

El príncipe tomó posesión de su lugar y empezó a hablar por teléfono:

—¿Se puede saber qué hacía usted, Capitán Hascott, en alegre charla con mi asesor? —preguntó en broma a su amigo, aquel a quien había conocido hacía un tiempo en Kabul. Días después, cuando Henry cayó en manos de sus secuestradores, Hascott proporcionó valiosísima información al negociador Franco De Aguirre, alias *Sir Adkins*, y el príncipe sospechaba que sin aquella importante data, su destino hubiera sido trágico.

Volviendo a la actual conversación, y luego de aquella consulta, Benjamín pareció algo incómodo y entonces el otro prosiguió—: Cuidado con distraerlo de sus quehaceres. ¿Qué estás apurado? ¡Claro! Resulta que tuviste tiempo de sobra para estar de divertido parloteo con él y luego, cuando atiendo yo, me dices que debes irte rápido. Bueno, tengo novedades: no son buenas pero luego te cuento. ¿Qué te adelanta algo ahora? Dejé a Chelsy porque descubrí que estuvo mintiéndome todo este tiempo y yo, como buen idiota, recién ahora vengo a enterarme de la verdad. Ojala esté a tiempo de recuperar a Adrienne.

Ben no daba crédito a sus oídos y se deshizo en una interminable catarata de preguntas.

—Te caíste de culo, ¿no? —preguntó Henry—. Yo no tuve tiempo de hacerlo, reaccioné lo suficientemente rápido para ajustar cuentas con Chelsy y también con mi hermano y su mujer.

Cuando su amigo indagó más acerca del futuro rey, Henry perdió el buen humor y vociferó—: Ben, no quiero escuchar ningún tipo de juicio con respecto a mi enfrentamiento con Louis. ¡No voy a perdonarlo! —Hascott

entonces aprovechó la oportunidad para informarle que estaba con poco tiempo disponible y prometió llamarlo en breve para enterarse de todo.

—Dime una cosa —consultó el príncipe con aparente inocencia—, ¿vas a llamarme a mí porque deseas saber más en detalle de lo que te conté o en realidad para escuchar la voz de Tony?

Hascott lo tachó de idiota y cortó la comunicación. Henry se reía a carcajadas.

Tony apareció con un sobre en la mano.

—Mi señor, llegó una notificación para usted. Es de la Cruz Roja internacional.

Henry recibió la misiva e hizo girar el papel con la carta.

—¿Cruz Roja? Esto no tiene ningún sello. ¿Cómo sabes eso?

—Resulta que en cuanto recibí el sobre, quise venir para avisárselo y de tanto entusiasmo no miré bien y tropecé con la alfombra de entrada al punto de caerme —explicó.

Henry sonrió divertido.

—Te dije miles de veces que mandes a sacar esa ridícula alfombra. En varias oportunidades estuve a punto de caerme cuando vine tarde —Henry iba a decir “borracho” pero entonces animó a su consejero a seguir con lo anterior—. Ajá, te tropezaste con la alfombra, ¿y entonces?

—Busqué y busqué, se imagina mi desesperación, alteza. Hasta que...

—Lo encontraste.

—¡Sí! Pero como soy corto de vista, acerqué el sobre a la lamparita del velador y...

—Ya sé. Viste a contraluz, que en el interior del sobre estaba el sello... Y esto fue casual, claro.

Tony chasqueó los dedos.

—Usted me lee la mente como un libro abierto, mi señor.

—Estoy asombrado, casi pienso que en otra vida fui adivino. ¿No es cierto, Tony?

—No lo sé, alteza.

—Está bien. La Cruz Roja me otorgará un premio por mi fundación benéfica en su sede central, Suiza.

—Felicitaciones. Incluso leí que el evento es la próxima semana... — cuando Henry arqueó una ceja en señal de desconfianza, Tony titubeó un poco—. Ha de ser que la fecha habría de estar cerca del sello, y como se leer al revés...

—Distinguiste el día y la hora exacta.

—¡A las 11.45 a.m.! —exclamó sin poder contenerse. Luego arrugó un poco la nariz, esta vez sí que se la había mandado—. Tal vez leí mal.

—Es una buena noticia. ¿No me dijiste que Adrienne está en París trabajando para tu amigo Xavier?

—Sí, señor.

—Pero quizás Xavier pueda informarle que hay demasiado trabajo en su cadena de peluquerías, que necesita de su ayuda y luego le ofrezca la oportunidad de reencontrarse con vos e irse los tres a Suiza, ¿no? Porque no llegaría a tiempo para irse a Buenos Aires para Navidad —lo que decía Henry no era un simple comentario, sino una orden.

—Y usted estará allí, claro. ¡Qué astuto soy, por Dios!

—Exacto.

—Alteza, ya me lo decía mi abuelita: Realmente yo doy para mucho más.

—Bueno, ahora que casi no podrías pasar por la puerta con semejante regocijo, te informo que lo más difícil será convencer a Adrienne. Ella no es muy sumisa que digamos.

—No será fácil, pero para Tony Pacheco O'Higgins no hay imposibles. Deberé hablar con Xavier, porque sabe que el pobrecito tiene una lengua muy

larga, meterá la pata y se nos irá al demonio todo nuestro hermoso plan.

Henry asintió y Tony siguió hablando:

—Todo deberá estar bien planeado, porque Adriana hizo lo imposible para olvidarse de usted y no creo que esté de acuerdo en volver a verlo.

—Lo sé, además tiene un novio.

—¡Bah! A ese yo lo saco del medio, no se inquiete. Además tiene más mujeres que el rey Salomón.

—¿Se hace el galán con otras tipas teniendo a mi Adrienne? ¡Lo voy a matar!

Henry no se acordó de que estando con Adriana se dio el lujo de caer en las redes de Chelsy y hasta citar en su propia casa a cierta anónima y tonta mujercita de nombre Rubí. Tony no abrió la boca para mencionárselo. ¿Y qué había para comentar acerca de su corto pero muy apasionado idilio con la cantante Lady Gaga, luego de su mediática ruptura con Adriana y posterior secuestro? Pero esta vez, cuando retornara por fin con Adriana, nadie iba a separarlos, ni siquiera una aventura con alguna fulana, Tony se juró eso a sí mismo.

Cuando Xavier me anunció que no podría viajar a Buenos Aires, lo miré desilusionada. ¿Pero qué podía hacer? Su cadena de peluquerías crecía a pasos agigantados y no me daba la cara para rehusarme a su petición de quedarme en Europa.

—No pasa nada, Xav. Voy a Buenos Aires después de las fiestas — respondí con tranquilidad.

Mi amigo sonrió un poquito y se sentó frente a mí, eran las once de la mañana y nos encontrábamos tomando un café en mi oficina. Él anunció con alegría:

—Ya que aceptaste hacerme el favor de quedarte para Navidad, ¿qué te parece si nos hacemos una escapada a Suiza?

—Por supuesto que me fascinaría conocer Suiza. ¿No vas a ir a Londres a pasar Navidad con tu familia?

—¿Y dejarte sola en París? Ni muerto. Y como sé que no te gustaría poner un pie en Inglaterra...

—Claro que no. Pero todo esto me parece raro, Xav. No pensé que habría tanto trabajo en una época como esta.

—Debemos aprovechar este momento, Adrianita, mi empresa crece cada vez más. Y te tengo una noticia.

—¿Cuál?

—¿Viste que cierta vez te dije que tus diseños de zapatos me gustaron mucho? Bueno, se los envié a la mujer del presidente de Francia. Quedó encantada.

—¿Cómo se te ocurrió hacer eso? Sobre todo a alguien tan importante como esa señora que viera mis pobres bocetos.

—Por eso quiero que trabajemos más. Necesito un dinero extra porque en el próximo desfile, además de presentar mis famosos peinados de temporada, también lanzaré tu propia línea de zapatos.

De la emoción no sabía si reírme o llorar, contemplé a Xavier con admiración. ¿Era posible que alguien tuviera tanta fe en mi “talento”, al punto de arriesgar dinero de su propio bolsillo para darme una oportunidad tan valiosa como aquella? Le di un abrazo de oso.

—No seas melosa. ¿No ves que vas a estropearme el peinado? Ahora me voy a mi casa a arreglar mi equipaje. Tengo que estar en Londres para ayudar a Amy en su tocado para una importante gala.

Me dejó con una mezcla de embeleso y ansiedad a la vez, pero pese a no compartir la Navidad en Buenos Aires junto a los míos, experimenté un

excelente humor.

Xavier tomó un taxi hacia su casa y, mientras iba en camino dispuesto a hacer las valijas, llamó por teléfono y ni bien respondieron dijo:

—Alteza, todo acordado tal cual lo planeamos, y no metí la pata —al contar la comunicación lanzó su clásica risita de duende.

Durante varios días, Xav y yo trabajamos mucho; el desfile fue un éxito. Luego del evento brindamos con *champagne* hasta terminar los dos con un espantoso dolor de cabeza. La noche anterior a nuestra partida a Suiza, mientras hacía las valijas, sonó el timbre. ¿Sería Dimitri? Imposible. Había dicho que se encontraba en la campiña esperando la Navidad en compañía de su familia. Por supuesto que no le creí en absoluto. “Familia”, claro... Tal vez ese era el nombre de su nueva amante. Decidí no esperar más y abrí la puerta: era Colette, mi vecina del piso de arriba, y llevaba en brazos a su hijito de un año y dos meses, el precioso y pelirrojo Jacques.

—Adrienne, *chérie*. Necesito hacer unas compras y salí con retraso de mi oficina.

—Colette, podrías haberme mandado un *WhatsApp* y hubiera ido al mercado a buscar todo lo que necesitabas.

—Es cierto, pero me distraje y escuché que habías llegado. ¿Podrías hacerme el favor de quedarte unos minutos con mi niño?

—Puedo ir yo por tus compras —ofrecí. Adoro a los chicos, ¿pero qué tal si el nene se ponía a llorar a moco tendido al ver que su madre no estaba?

—No, iré yo. Además quiero llevar un par de abrigos a la tintorería, y no quiero abusar de tu confianza.

Me tendió al querubín, que se acomodó en mi pecho. Lo sostuve como si fuera una bomba de relojería a punto de estallar. Colette se rio ante mi inexperiencia.

—Voy a hacerlo jugar un poco si llega a despertarse.

—Volveré en menos de una hora. ¡Gracias, qué amable eres!

Mecí a la criatura, que se despabiló por completo, y entonces lo senté en el piso. Me acomodé junto a él con las piernas cruzadas. Mediante balbuceos y medias palabras, Jacques me dijo qué quería.

—Ah, esto —y le tendí un cubo de madera.

—*Buuuuu* —protestó.

Desesperada, señalé su mamadera.

—*Iiiiiii* —muy contento, opinó aplaudiendo y mostrando un total de cuatro dientes, era precioso.

—¡Ja, glotón! Ya nos vamos entendiendo, pero tenemos que calentar la leche.

—*Buuuuuuu* —censuró Jacques a punto de llorar.

Alcé al gordito y me dispuse a calentar su preciada mema. Entonces sonó el timbre de nuevo.

Dejé a Jacques en el piso y me dirigí a la puerta.

—¡Adrianilla!

—Tony, qué sorpresa. Pensé que estarías con... con él —dije con cierto esfuerzo evitando nombrar a Henry.

—Se fue de viaje y yo... estoy libre por unos días. Cuando Xavier me habló de ese viaje que harían mañana a Suiza, pensé en venir a visitar a un pariente aquí en París, y luego irme con ustedes. ¿Pero, tengo que quedarme en la puerta? ¿No vas a invitarme a entrar, desgraciada?

—¡Uy, perdón! Por supuesto, pasá —me hice a un lado para que pudiera entrar—. ¿Tu equipaje?

—Lo dejé en la casa de Xavier. Traje una muda de ropa en caso de quedarme a dormir en tu casa y... ¡Ahhhhhh! ¿Qué es eso? —dijo con una expresión de terror como si hubiese visto a un fantasma.

—¿Qué?

—Eso —señaló a Jacques, a quien le pareció tan divertido el susto de Tony que empezó a reírse a carcajadas, como si se burlara de él.

—Es Jacques.

—¿Cómo se te ocurre ponerle un nombre francés, insensata? ¡Este chico tiene sangre real! Es el hijo de mi jefe, no me cabe ninguna duda. ¡Hasta sacó el mismo tono de pelo! Tiene su risa. ¡Es su hijo, su hijoooo! Me siento un personaje de una novela mexicana, San Jorge de mi corazón.

—Jacques no es mi hijo. Y bajá la voz porque vas a asustarlo.

—Y te atreves a seguir negándolo. Yo te mataré y después te meteré al horno para servirte en la mesa como un pavo de Navidad.

—¡Sorpresa! —dijo Xavier haciendo aparición justo en ese momento.

Pacheco descargó toda su furia animal en él. Lo agarró del cuello y lo tiró al sillón más cercano para ahorcarlo.

—¡Tú eres el culpable de todo! Tejiste esta mentira complotándote con ella. Este niño tendría que figurar en la línea de sucesión al trono de una de las casas reales más importantes del mundo y privaste a su padre de la verdad. ¡Lo separaste de su hijo, eres un monstruo! ¡Te voy a matar!

—Basta, Tony. Te dije que Jacques no es mi hijo ¡Basta!

—Mejor no te mato, mi señor se encargará de ti, pero ya verás. ¡Ya vas a ver cuándo le cuente, ya vas a ver! —dijo Tony por fin apartando las manos del cuello del *coiffeur* que emitió una cascada de toses y se fue corriendo a la cocina para tomar agua.

—Te digo que este nene no es hijo mío. ¡No quedé embarazada de Henry!

—Tú no digas más nada, mentirosa. Este chiquilín hasta tiene los ojos del

padre, la evidencia salta la vista. Ahora mismo me fijo... ¡No tiene ojos azules, sino grises! ¿Quién demonios tiene ojos grises en la familia real?

—Este tema me tiene harta. ¡El nene no es mi hijo! Me viste después que Henry y yo nos separamos y no tenía panza. Luego cuando nos encontramos para ir a Kabul. ¿Te pensás que hubiera viajado embarazada? Algo ya se me hubiera notado.

Con el pelo mojado y frotándose las marcas de las manos de Tony en su propio cuello, Xavier volvió desde la cocina y se sentó en el sofá. Tony corrió en dirección a él.

—¿Me perdonas? ¡Fue sin querer!

—Claro que te perdono, solo quisiste matarme. Cositas sin importancia — ironizó Xavier.

Chelsy dejó pasar a Byron y cerró la puerta.

—¿Qué desea la señorita? ¿No piensa que es peligroso que sus padres sepan que estoy en su cuarto?

—No seas tonto. ¿Por qué siempre que quiero ir a tu cuarto pones excusas? ¿Ya no te gusto?

—La señorita es muy hermosa, tan bella como un ángel del cielo. Pero yo no soy un juguete. El pobre y modesto Byron puede ser un simple chofer, un recadero, pero nunca un juguete, señorita.

—Sabes que me gustas mucho —dijo Chelsy ajustándose el salto de cama a su cuerpo—. Puedo ser caprichosa, insolente, pero he demostrado cuánto me gustas.

—Usted dice amar a Su Alteza Real el príncipe Henry de Gales. Si lo ama y teje intrigas para volver con él, entonces para usted soy un divertimento y eso no me gusta.

Chelsy clavó sus hermosos ojos en él.

—Te confesaré algo: No amo a Henry. Si me caso con él algún día lo haré obligada. Soy solo una mercancía valiosa para mi familia. Ellos me utilizan para salvarse de la ruina. ¡No puedo negarme! ¿Entiendes?

—Por favor, no llore. No quise provocarle pena.

—Parezco mala pero te juro que no lo soy, Byron. ¡La gente no me entiende!

—Yo sí la entiendo, señorita. Sabe que usted puede contar conmigo.

—No te vas a ir, ¿verdad?

—No me iré nunca de su lado. ¿Sabe por qué? Porque yo la amo.

Chelsy buscó refugio en los fuertes brazos de su chofer. A través de sus falsas lágrimas, una sonrisa iba aflorando. Si Byron la amaba, tenía el corazón del joven en sus manos. ¿Qué era capaz de hacer un hombre enamorado? Cualquier cosa, y ella lo sabía.

Llegamos a Suiza al mediodía, el aeropuerto se ubicaba a diez kilómetros de Berna.

—Miren cómo cae nieve —dije señalando una de los enormes ventanales del aeropuerto.

—Me hubiera gustado irme al caribe y no haber venido a esta ciudad —dijo Tony.

—Yo pensaba justo en ese destino hasta que me comunicaste lo del plan —se apresuró a decir Xavier.

¡*Plaf!* Sonó el golpe que le brindó Tony a Xavier en la cabeza.

—Perdón, me equivoqué.

—Vamos ya por nuestro equipaje. ¡Blanca Navidad! ¡Blanca, jodida y fría Navidad!

—No entendí lo del plan —quise saber cuándo tuvimos nuestras valijas al alcance.

—*Xavito* se refería a que no se imaginó que iba a tener tanto trabajo en sus peluquerías y armó un plan para juntar dinero, Adriana.

Arqueando una ceja, desconfié. Era una explicación demasiado compleja, pero al segundo deseché la idea de un engaño. ¿Para qué me mentirían?

—Está bien. ¿Dónde vamos a alojarnos?

—Alquilaremos un coche —propuso Xavier—. Podemos recorrer el país con el auto y hospedarnos esta noche en Satigny.

Satigny es el municipio vitivinícola más grande del país, me informaron Tony y Xavier, además agregaron que producía treinta variedades de manzanas y es el primer productor de tomates en Suiza. Terminamos en un hospedaje rural denominado “*Château Vieux*” y saboreamos un exquisito almuerzo con vino blanco y una variedad de quesos y tomates carnosos.

—Quiero dormir una siesta, me siento muy cansado —replicó el *coiffeur* restregándose los ojos.

—Qué siesta ni que ocho cuartos, ¡vamos a Berna! —lo retó Tony.

Otra vez en el auto, pasamos por un coqueto *bistró* del centro, al lado del hotel de Ville, donde se había fundado la Cruz Roja. Un lujoso automóvil con placas de la embajada y vidrios ahumados pasó cerca de nuestro coche y estacionó en la entrada de aquel hotel. Imposible saber quién se encontraba en su interior porque las ventanillas del auto no dejaban ver nada. Pacheco tragó saliva, su señor había llegado a Suiza precisamente en ese momento.

—¿Quién será? —quise saber.

—Alguien importante —dijo Tony con el alma en vilo.

—¡Y qué importante! —aseguró Xavier y su amigo tuvo el impulso de esconder el rostro del peluquero en la nieve para ahogarlo, pero si eso

ocurría, debería hacerse cargo él mismo del volante y le disgustaba conducir.

El auto de alquiler que ocupábamos, para desesperación de Xavier, se detuvo. Tony escribió frenéticamente en su celular mientras Adriana miraba abstraída por la ventanilla: “¡Mi señor, no salga todavía del auto que nuestro maldito coche de alquiler se averió!”.

—¿A quién le escribís?

—A un amigo, Adrianita —y miró al *coiffeur* con disgusto—: ¡Qué estás haciendo, inútil! ¡Vámonos ya!

—No es culpa mía, Tony. El auto no arranca —dijo Xavier.

—¡Nooo! —gritó Tony. Adriana lo miró con curiosidad y él cambió de actitud, hablando ya con voz más amable—: No vas a salir con semejante frío, ¡no te lo permito! Mejor llamaremos a la grúa.

Henry respondió el *WhatsApp*: “*Estoy viendo a Adrienne, saldré del auto ahora mismo*”. Tony tipeó: “*Alteza, NO BAJE AHORA del auto. Adriana no está preparada para verlo. Será mañana en la entrega de premios celebrada en su honor, esta noche me encargaré de predisponerla para este encuentro y conseguir que ella vaya al lugar ¡Hágame caso!*”. A lo que Henry respondió: “*Tarde. Warren acaba de bajar de mi auto a ofrecer su ayuda*”. Tony salió disparado del coche para recibir al guardaespaldas.

—Señor Pacheco, qué sorpresa —dijo Gigantón 2 con una enorme sonrisa—. No sabía que usted se encontraba aquí en Suiza.

—Quiero que te tapes la cara, está Adriana en el auto y si te reconoce se pudre todo el plan que Su alteza y yo conseguimos armar.

—¿La señorita Adrienne? ¡Qué gusto volver a verla! —con disimulo miró para lado de ella—. Está tan guapa como siempre.

—Envuelve la bufanda en torno a tu cara hasta taparte la nariz.

—¿Como un beduino? ¿Así?

—En lo posible trata de no taparte los ojos, ¿sabes? —Le bajó la bufanda hasta el puente de la nariz—. Ahora empuja esta porquería de coche mientras Xavier lo hace arrancar.

El hombre con la cara envuelta con la bufanda hizo lo que le pidieron y el auto por fin pudo arrancar.

—Xavier, ¿podrías dejar de papar moscas?

—¡Tony, no soy tu chofer!

Cuando el auto se alejó, Henry mandó a bajar la ventanilla y se asomó. A duras penas pudo contener el ansia de correr hacia ella y abrazarla, pero se quedó en su sitio, esperaría hasta el día siguiente, tal como aconsejó Tony.

Al volver al *Château* me negué a cenar y decidí tomar una taza de chocolate en compañía de mis amigos.

—¿Qué pasa, querida? Tienes una carita muy triste.

—Es como si tuviera la sospecha de que algo fuera a pasar. Ustedes saben que a veces tengo ciertas corazonadas. Cuando fue lo de Kabul, ¿se acuerdan?

—Un sexto sentido, sin ninguna duda —acotó Xavier.

—Adrianita, sabes que puedes confiar en nosotros —me animó Tony.

—A veces pienso que nunca lo voy a olvidar. Me costó tanto rearmarme como si fuera una muñeca rota, juntar los pedazos y seguir adelante. A veces tengo la sensación de estar incompleta y no sé por qué. A esta altura de mi vida, con todo el tiempo que pasó, debería estar recuperada. Hago lo que puedo pero no es suficiente.

—¿Y si te digo que Henry tampoco te olvidó? —dijo Tony—. ¿Que él nunca pudo, tampoco, recuperarse y que sigue amándote como el primer día?

—Te digo que no lo creo —dije con voz queda y con los ojos enrojecidos—. Se portó muy mal conmigo, acusándome en su último *mail* que lo defraudé.

—Querida, hace muy poco que se enteró de todo. Chelsy se las arregló para hacerle creer que veló por su salud todo el tiempo.

—Me alegro que sepa que no soy tan despreciable como pensó en su momento, pero que sea feliz haciendo su vida mientras yo hago la mía. Cada cual por su lado —sentencié.

—Olvidé decirte que también dejó a Chelsy. Ahora él está libre, Adriana. Y dispuesto a que ustedes vuelvan a verse.

—¿Para qué? ¿Para que su familia vuelva a humillarme y deje que Chelsy me diga que soy fea, insignificante y que aspiré a mucho más de lo que merezco? ¡No, Tony! ¡Nunca más!

—Adriana, escucha a Tony, mi querida —pidió Xavier.

—¡Qué egoístas son! Hicieron que, con este artilugio, me quede en Europa para que Henry una vez más triunfe. ¿Qué estaban dispuestos a hacer? ¿Llevarme una de estas noches como una simple puta al hotel donde está hospedado? Porque ya entendí que se encuentra en Suiza. ¡Pensé que me querían!

—Por supuesto que te queremos, tonta —dijo Xavier atrayéndome hacia su pecho para abrazarme—. Nunca digas eso ni en broma, Adriana.

—Querida, es una pena que sigan separados por una vieja mentira que ya no existe. Dale una oportunidad, mi señor está loco por verte. ¿Sabes?

—¿Entonces qué vas a hacer? ¿Vas a ir a ver a Henry mañana? —quiso saber el *coiffeur*.

—Díganle que lo felicito, que me siento orgullosa de él y que siga adelante con la labor que dejó pendiente su mamá, pero no voy. Ahora si me perdonan, voy a descansar. Hasta mañana —y me retiré a mi habitación con

los ojos de Xavier y Tony siguiéndome.

Se arregló la corbata frente al espejo y unos golpes suaves resonaron en la puerta.

—Alteza —dijo Gigantón 1 asomándose a la *suite*.

Recibiría el premio de la Cruz Roja y quería saber si en verdad Adrienne se encontraría allí. Si la viese aunque fuera de lejos, tendría la certeza de que la había recuperado y que el amor que ella sentía por él se encontraba intacto. Cuando bajó al *lobby* del hotel junto a los guardaespaldas, ya lo esperaba Tony.

—¿Y? —le consultó mientras esperaban la limusina que los llevaría a la sede central de la Cruz Roja.

—No lo sé, señor. Me dijo que no iría a verlo, pero no estoy seguro.

—¿Le dejaste el pase para que pueda entrar al evento?

—Sí, pero la vi muy confusa. Esta vez nos acompañará el libre albedrío.

—¿Libre albedrío? —repitió Henry con sarcasmo—. Esta vez voy a recuperarla porque me doy cuenta de que no puedo vivir sin ella.

—Alteza, ya es la hora —dijo el jefe de prensa. Fueron hacia el auto que los llevaría a su destino.

Después de la rueda de prensa, Tony tomó el micrófono. *Flashes* y luces de cámaras de televisión locales y de varias partes del mundo tomaban detalle del príncipe Henry y sus palabras.

—Su alteza real conversará con Dudley Barton. Gracias a todos ustedes por esta rueda de prensa. Hasta luego.

El periodista se levantó de un salto y poco faltó para que tirara su silla, en su camino tropezó con un colega y, al pisarlo, le sacó un zapato.

—Ay, Barton... No sé si te entrenas para ser cada día peor —protestó el otro mientras se ponía el zapato de nuevo.

—¡Perdón, perdón! ¿Dónde dejé mi móvil? Creo que volví a perderlo.

—Acá está, Dudley —dijo una conocida entrevistadora, sonriendo, mientras le devolvía el celular.

—Gracias —intentó seguir a Henry que ya se encaminaba a un despacho cerrado para celebrar la entrevista.

—Dudley —llamó la entrevistadora agitando un objeto envuelto en una funda de cuero—. No olvides tu otro celular ni la cámara.

—Ah cierto. Gracias, Minerva.

—Señor Barton, ¿puede hacernos el favor de apresurarse un poco? ¡Su alteza real solo dispone de quince minutos! —dijo Tony con pocas pulgas.

—Ya voy —se apuró a contestar Dudley haciéndose un lío como siempre con la cámara, sus credenciales de autorización, y los teléfonos celulares. Cada objeto que tenía en la mano pendía de una cinta, pero todas se enredaron y cayeron al piso en un confuso ovillo.

—Uf —gruñó Tony desde el micrófono al ver ese espectáculo.

Dudley llegó a su encuentro con el príncipe, quien lo esperaba impaciente.

—Alteza, ¡cuánto gusto de verlo!

—Basta de formalidades. ¿OK?

—Perfecto.

—Siéntate, por favor. Hablemos.

El periodista tomó asiento y Henry se concentró en las preguntas. Barton sentía la garganta seca y se sirvió un poco de agua. Luego notó su error.

—Debería haberle servido a usted primero, Su alteza majestad —y con su habitual falta de coordinación, con la jarra de agua mojó la mesa y la camisa del príncipe. Henry se levantó a limpiarse con una servilleta.

—Soy muy torpe, siempre me pasa lo mismo. Perdón, señor.

—Eres siempre igual, Dudley. No cambiarás nunca.

Una vez reparado el desastre, siguieron con la entrevista:

—¿Qué tal se encuentra de amores, señor? Oí decir que se separó de su novia, Chelsy Owen-Keller, e incluso se habla de gritos y sollozos histéricos provenientes de la mansión de la señorita.

—No es verdad que hubo un escándalo. Tuvimos una civilizada charla y decidimos qué era lo mejor para ambos. Chel es un modelo de dulzura y jamás me hubiera gritado. Ella es una chica tranquila, muy tierna y de buenas maneras.

—Claro —dijo Dudley muy confuso, pero no quiso contradecirlo, entonces decidió otro giro al cuestionario—: ¿Habrá otra chica por allí?

—No quiero ese tipo de preguntas

—¿Una chica nueva o una de antes? —preguntó Barton, era muy hábil para entrevistar.

—No pienso decir nada porque aún es muy pronto.

—Pero usted no cumplió una vez con su palabra. ¡No me dijo nada de su novia argentina! —recordó Dudley.

—Deseaba comprometerme con ella y darte la exclusiva, aunque mi padre no estuviera de acuerdo. Después todo se fue al demonio y... ya está. Pero esta vez no ocurrirá lo mismo. Ya vas a ver.

Entonces Dudley lo percibió. ¡El príncipe deseaba recuperar a Adriana! Eso no saldría en la revista, no quería defraudar la confianza que Henry tenía depositada en él.

Tony se apareció detrás de la enorme humanidad del guardaespaldas, aplaudiendo con impaciencia.

—Señor Barton, la entrevista terminó. Gracias por su tiempo. Alteza, ya lo están esperando.

Bajé del taxi y miré el edificio con curiosidad. Un hombre con uniforme de policía se acercó.

—¿Señorita?

Le mostré la credencial colgada de mi cuello.

—Vaya allá, junto a ese hombre que tiene una lista, señorita Devon.

Muchas gracias.

Abriéndome paso entre colegas y curiosos, pude llegar al policía que tenía un listado. Verificó mi identidad y buscó en sus papeles.

—Señorita Devon, pase usted. Muchas gracias.

Empecé a caminar en dirección al salón central del edificio. Había varios carteles identificativos pero siempre encontraba a alguien dispuesto a ayudar: “Por aquí, señorita Devon.”, “Pase por aquí, Francine”, “¡Llega tarde, señorita Devon! ¡Apúrese! ¡El príncipe está a punto de recibir el premio!”

La falsa Francine se apuró, pero primero se ajustó un poco la bufanda tejida por ella misma y se tapó la cara.

Finalmente lo vi: rodeado por las cámaras de televisión y los estallidos de los *flashes* de las cámaras de fotos. ¡Se lo veía tan lindo con su traje negro, corbata del mismo color y camisa a rayas! Cuando el embajador de Suiza, en conjunto con el británico, le otorgó el galardón, hubo aplausos a lo largo de todo el salón central. Me quedé en la mitad del gentío para que no me viera.

—Estoy muy agradecido por este premio y prometo seguir trabajando — dijo Henry en inglés, francés, alemán e italiano; de acuerdo a las lenguas que se manejaban en Suiza—. Y aprovecharé para solicitar toda la ayuda que puedan proporcionar a la entidad que presido —se acercó un camarero para alcanzarle una copa de *champagne*, Henry la alzó y agregó—: Por un mejor año para todos ustedes y los niños del mundo entero.

Siempre con la bufanda apretada en la cara, me sobresalté cuando un camarero puso ante mis ojos la bandeja con copas de *champagne*. Mirando de

un costado a otro como si fuera una delincuente, dudé durante una milésima de segundo y agarré la copa. Estaba tan nerviosa que merecía una copita para relajarme un poco.

—Este año y toda mi vida continuaré con el trabajo humanitario que comenzó mi madre, y seguiré juntando fondos para esta causa. Gracias a todos, y ¡feliz Navidad y Año Nuevo!

Todos alzamos las copas. Sintiéndome segura, aparté un poco la bufanda y tomé un largo trago. Qué bueno, hasta me vendría bien achisparme. De repente sentí una mirada, ¿quién había reparado en mi presencia? Miré en dirección al escenario central y vi que Tony estaba junto a su señor y me señalaba. Henry por fin clavó sus azules ojos en mí y me sentí aterrorizada. ¿Alguna vez nombré las palabras “choque de planetas” cuando decía lo que Henry significaba para mí? Eso no fue nada en comparación con lo que sentí cuando me volví para mirarlo. No era un choque de planetas sino la *remake* de la explosión del maldito *Big Bang*. Tragué saliva sin dejar de mirarlo en medio de toda esa gente, las cámaras de televisión y los *flashes* de fotos. También Principito miró a esa desconocida de boina gris que dejaba entrever una cabellera negra y corta, bufanda de los colores del arco iris y tapado de lanilla gris.

Capítulo 5

Aún no puedo precisar cómo salí de aquel lugar. Solo recuerdo que hice un esfuerzo sobrehumano para librarme del embrujo de la mirada de Henry y corrí como si el mismo diablo me persiguiera. Tomé un taxi en la esquina del edificio de la Cruz Roja y luego me sumí en el oscuro mar de mis pensamientos.

Volví a la realidad cuando golpearon la puerta de mi habitación, era Xavier.

—¿Por qué tardaste tanto en abrirme? —Sus ojos se concentraron en la credencial que decía Francine Devon— ¡Fuiste al evento! ¿Qué ocurrió?

Lleno de emoción, Xavier me abrazó.

—Ya, ya. Está bien, chiquita. ¡No llores!

Entre lágrimas le conté de mi llegada al edificio de la Cruz Roja y cómo se dieron las cosas.

—Sé lo mucho que te importa Henry y por eso Tony y yo preparamos todo esto. Al principio no estuve de acuerdo porque me pareció una crueldad. ¿Tenías ganas de hablar con Henry?

—Vendrá a buscarme y no tengo ganas de volver a verlo, Xavier. Porque es el mismo caprichoso de siempre.

—Quiero irme —dijo Henry a Tony.

—Señor, esta gala es para recaudar fondos y, además, es muy importante para su fundación. Mire cuánta gente vino.

El Príncipe sonrió con una mueca horrible y saludó a todos. A lo lejos pudo ver que dos figuras familiares entraban al salón.

—¿Me disculpa? —pidió al presidente de la confederación y este asintió—
¡Tony! Tengo que desaparecer ya.

—¿Por qué? Ah, ya las veo... Están las mellizas Sfakianakis.

—Vámonos ya, Alysa y Alysia no me dejarán en paz.

—No veo la manera de salir de este embrollo. Siga charlando con el presidente que veo cómo lo hago.

—Solucióvalo.

Pero las gemelas se dieron cuenta de su presencia.

—¡Henry! ¡Henry! —chillaron las dos en medio de saltitos de júbilo y gritos de alegría.

Más molesto aún, el Príncipe se pasó una mano por la cara. Tony volvió a su lado y sonrió ya con miedo.

—Dos palabras.

—¿Estoy despedido?

—Estoy jodido.

Las Sfakianakis rodearon a su amigo y, luego de saludar al presidente, lo abrazaron.

—Qué casualidad. Papá nos pidió que viajemos a Suiza por negocios y nos enteramos del premio que te otorgaban. ¡Lástima que no llegamos a tiempo! —exclamó Alysia hablando con tanta rapidez que Henry casi no le entendió.

—Porque te quedaste dormida, tonta —hizo notar Alysia.

—¿Y quién apagó el despertador cuando sonó? ¡Fuiste tú!

—*Shhh*, chicas, ya está. Ahora me disculpan, pero tengo que seguir saludando.

—Pero termina rápido —pidió Alysia—, así vamos a un lugar más divertido. Tenemos que celebrar por tu premio y esta fiesta tiene tanta gracia como la cripta de mi bisabuela. Ya vámonos de aquí.

Eso era lo que Henry temía. Tony ni se atrevió a mirarlo.

—Sí, porque esta gala está bien aburrida —agregó Alysia.

—Chicas, mi señor tiene después algo importante que hacer —deslizó Tony con tacto.

—¿Algo secreto? ¡Te acompañamos así nos cuentas en el camino! —dijo Alysia con alegría.

Con lentitud, Henry miró de pies a cabeza a su asesor y se apartó un poco de sus amigas. Tony lo siguió como quien está a punto de ser apaleado porque, en el afán de salvar a su jefe, había metido la pata hasta el fondo.

—¡Perdón, señor! Estas chicas no saben lo que es no meterse en asuntos privados.

—Vamos, Henry. ¿Qué puede ser tan secreto? —indagó Alysia.

—Te ayudaremos —ofreció Alysia.

Pensativo, Tony arqueó una ceja y contempló a su señor.

—¿Pueden ayudarme? —preguntó a las mellizas.

—¡Claro! —afirmaron las dos.

—Inténtelo, nada pierde. ¿Me necesita para algo?

—No, Tony. Me quedaré un rato aquí y luego vamos a...

—¡A alguna fiesta! —chillaron las Sfakianakis a dúo.

—Tony, puedes retirarte. Gracias —dijo Henry.

El asistente hizo una inclinación e iba hacia la salida pero volvió sobre sus pasos.

—¿Señor?

—¿Qué pasa?

—¿Sabe qué día es hoy?

—Sí, ya sé cuál es.

—¿En serio? —dudó Tony muy contento—. Yo sabía...

—Es el día que voy a recuperar a mi Adrienne, me refería a eso. ¿Por qué

me lo preguntas?

—Por nada en especial, mi señor, me refería exactamente a eso. Con permiso, iré a ver a Adriana.

La charla no se le pasó desapercibida a las mellizas, que siempre tenían una opinión sobre el tema que fuese.

—¿Adrienne? ¿Adrienne Mora? —murmuró Alysia.

—Esto será complicado, Tony —dijo el Príncipe.

—Es tu ex —clamó Alysia.

—¡Shhh! — pidieron Tony, Henry y su propia hermana.

—Yo sabía que querías volver con ella —exclamó Alysia.

—Nosotras vamos a ayudarte.

—¡Con tal de hacer rabiar a Chelsy, te ayudaremos! Nos cae fatal.

Tony dejó el evento y a Henry en compañía de sus amigas. Que Dios lo ayude.

Pacheco nos encontró en la sala de estar del hospedaje. La tarde se presentaba muy fría pero un rayito de sol parecía querer colarse entre las nubes y decidimos aprovechar esa luminosidad.

—Hay que tener voluntad para sentarse acá a pasar frío gratuitamente — dijo. Luego se dirigió a mí, mirándome muy serio, y dijo:

—¿Y tú? Veo que no perdiste la costumbre de huir, mejor no hubieses ido a la entrega de premios. Dejaste a mi señor muy desesperado y a punto de abandonar la gala de la Cruz Roja que tan importante es para su fundación.

—¡Claro! ¿Qué puede opinar el señor que tiene como frase de cabecera: “Alteza, le obedezco en todo”?

—No te atrevas a imitarme.

—Basta de gritar —pidió Xavier—. ¡Tony! ¿Qué te pasa? ¿No ves que la

pobre Adrianita se encuentra muy triste y no sabe qué hacer con Henry?

—No te metas, pulgarcita. Esto entre Adriana testaruda Mora y yo.

—¡Dejalo, Xav! Total a él no le importo, solo vive por y para Henry.

—Sabes que no es así. Quiero que seas feliz, ¿acaso no te das cuenta?

—¿Querés que sea feliz? Entonces decile a tu señor, alias “Su alteza caprichoso real”, que no quiero verlo.

—No es cierto que no quieres verlo. ¡Mientes!

Se me llenaron los ojos de lágrimas y entonces Tony se enterneció.

—Lo siento mucho. Perdóname, Adrianilla.

Ya reconciliados, nos tomamos de las manos.

Luego de un rato en silencio, Tony volvió a ponerse sus elegantes guantes de cuero y vociferó:

—¡Vamos a tomar algo caliente que me congelo!

—Estábamos tomando sol —dijo Xavier.

Tony echó una mirada al cielo. El mínimo rayo de sol había desaparecido, el cielo estaba oscuro y con muchas ganas de largarse a nevar de nuevo.

Después de la gala de la Cruz Roja, Henry y las gemelas griegas fueron a un lugar apartado del *restó* del hotel en donde Henry se hospedaba. Eligieron ese ambiente y no la *suite* del Príncipe para no despertar falsos rumores. Ellas pidieron varias botellas de vino. “¿Cómo puede ser que no se emborrachen?”, pensó Henry y les contó todo. Fue increíble que ninguna se aburriera y pidiera ir a algún lugar divertido. Todo lo contrario, parecían tan abstraídas en el relato como si escucharan un cuento de hadas.

—A mí me fascinan las historias de amores principescos, ¿a ti no, hermana? —concluyó una conmovida Alysia.

—Me gustan. Y a ti han de gustarte mucho más porque saliste con media

realeza europea: los hijos de la princesa de Mónaco, el hermano del futuro rey de Noruega, el primo del rey de Holanda. Y si nos trasladamos a Medio Oriente tampoco perdonaste a ninguna cabeza coronada. Siempre dijiste que los árabes son muy apasionados.

—¿Y tú no? Acuérdate que en Mónaco también te metiste con uno de los hijos de la princesa. ¿Y qué hay de ese *affaire* que tuviste con el hermano menor del futuro rey de Jordania?

—Bueno, *shhh*... Chicas.

—Concentrémonos en ayudar a Henry para que recupere a Ariadne.

—Adrienne —corrigió Henry a Alysia.

—Ariadne me gusta más —prosiguió Alysia con entusiasmo—. Ya tengo un plan.

—Henry, entonces prepárate porque en cuanto pongamos en práctica la idea de mi hermana, Ariadne no te va a hablar nunca más. ¡Esta tonta lo arruinará todo!

—Pero miren quién habló... ¡la de la mente iluminada! —ironizó la otra.

Henry escondió la cara entre las manos. ¿Cómo se le había ocurrido que las Sfakianakis podían ayudarlo? Pero de pronto... ¡TAC! Algo lo golpeó en la cabeza. Asombrado, miró con curiosidad que se trataba de un abanico. Durante un segundo dudó:

—¿Robbie?

—¡Amigo!

Se dieron un abrazo y las gemelas saltaron con entusiasmo.

—¡Ah, veo que no falta nadie! —bromeó Henry mirando a su amigo, quien llegó acompañado de todo su séquito.

—Vine a visitarte porque Londres ya me aburrió, y no soporto a tu familia —dijo el magnate. Vestía, sobre un traje oscuro, una capa de piel blanca y un gorro de diseño ruso.

—Gracias, tenía muchas ganas de verte. ¿Y Miranda? ¿Se pelearon?

—No. Ella se está dirigiendo al *chatéau* donde se aloja tu Adrienne. ¿Qué haces a solas con estas dos?

—No puedo sacármelas de encima. Pensé que podrían ayudarme con Adrienne.

Robbie lanzó una carcajada.

—Ay, Henry. ¿Es un chiste? Yo me encargaré de ayudarte. Miranda hablará con tu Adrienne.

Tony usó sus mejores argumentos para enterarse si aceptaría ver a Henry. Mis titubeos lo ponían muy nervioso porque, a dos días de Navidad, su señor debía volver cuanto antes a Londres. Ningún otro compromiso oficial lo retenía en Suiza y era capaz de dejar plantada a su familia para los festejos. Con eso produciría un escándalo mayúsculo en el mundo entero y el padre de Henry consideraría a Pacheco el único responsable.

—¿Nos contará o no qué es lo que te pasa? —pregunté deseando que Tony relatara algo que me distrajera un poco.

Él me miró atontado.

—Sí, les contaré —y tomó un poco de su chocolate caliente. Sintió vibrar su celular. Era un *whats*, al leerlo sonrió.

—¿El Capitán Hascott? —preguntó Xavier.

—Me mandó un *Whats* deseándome una buena estadía en Suiza. Es muy amable.

—¡Ja! —exclamé inclinándome para mirarlo de cerca—. No me contaste nada.

—No pasa nada entre nosotros. Solo hablamos un par de veces por teléfono.

—Si hubieses visto lo lindo que es —interrumpió Xavier—. Tan educado y elegante. ¡Si no te apuras te lo robo, Tony!

—¡Pero qué impertinente! —Se quejó Tony con un ligero rubor en las mejillas—. Saben muy bien que no me gusta hablar de mi vida privada.

—Tony, ¿te gustaría darle un besito?

—Ay, Adriana, no te metas —reflexionó meneando la cabeza—. Eso no importa ahora. ¡Necesito relatarles acerca de la tristeza que me embarga en este momento!

—Se te ve muy compungido —hizo notar Xavier. Tomó un sorbo de chocolate y no se limpió el bigotito que le quedó.

—Estoy muy mal. ¡Mi señor se olvidó de mí en un día tan especial como hoy!

—¿Cuál? —pregunté revisando con disimulo mi celular por si era su cumpleaños y lo había olvidado.

Tony jugueteó con un botón de su saco y se acomodó en la silla. Luego dijo en un suspiro:

—Hoy, hace nueve años que tuve un hijo.

—¿¡Qué!?

Me miró divertido mientras se cruzaba de brazos.

—Me refiero a que cumpla nueve años al servicio de Henry y tengo de recuerdo la foto de su primer evento como su asesor. ¡La llevo siempre conmigo! —orgullosa, sacó la foto de su billetera para mostrarla.

Xavier se acercó a mirar la foto y exclamó:

—Ya sé que no puede negarse a las fotos que le pida la prensa, pero de ahí a posar al lado de una vaca.

Tony lo miró arqueando una ceja y vociferó:

—Verdaderos problemas tienes con tus lentes de contacto. No es una vaca lo que ves junto a Henry, sino a Chelsy engalanada con un vestido blanco con

manchas negras y un sombrero a juego.

El *coiffeur* se restregó los ojos y volvió a mirar la foto. Mis carcajadas resonaban por todo el lugar.

—¡Es cierto! Pero se la ve muy gorda con ese traje.

Tocaron de nuevo la puerta y Tony fue a abrir.

—¿Interrumpo? —consultó Miranda entrando a mi habitación.

Corrí a su encuentro y la abracé.

—Querida amiga, tenía muchas ganas de verte. ¿Cuándo llegaste?

—Hace una hora. Robbie se enteró de la entrega de premios de Henry y decidió venir. Imagínate el revuelo que armó, porque cuando a mi novio se le mete algo en la cabeza, no hay quién lo detenga. Por problemas climáticos, tuvimos que hacer escala en París y no llegamos a tiempo. ¿Qué es una simple tormenta de nieve para el señor Robbie Shott? Aun así se empeñó en venir y acá estoy. ¿Vamos a caminar y de paso charlamos?

—Vayan nomás así remarcan el bronceado que tienen —ironizó Pacheco—. ¡Por Dios!

—Dale, Miri, de paso charlamos —dije a la novia de Shott mientras me ponía un tapado negro encima del pulóver y una bufanda de color crudo.

Miranda se veía muy hermosa: estaba vestida con un tapado símil piel de castor en tono negro y un sombrero a juego. Sin maquillaje, su piel resplandecía. Me encontré con su guardaespaldas, anterior custodio mío, el fiel Mike. Lo abracé con cariño y salimos a caminar, él nos siguió a una distancia prudente. Pese al intenso frío, el paisaje no dejaba de ser conmovedor; las lucecitas de las casas y algunos edificios de dos o tres pisos, la nieve que brillaba a la luz de las calles, todo eso me enterneció. Pensaba en ello cuando me choqué con un hombre y una chica a la que llevaba de la mano. Imaginando que aquel choque fue intencional, Mike se acercó casi a trote.

—¿Dimitri? —dudé.

—Ah, Adrienne —dijo él con la cara encendida. No supe precisar si era debido a lo gélido del clima o por no saber qué responder.

—¿Qué tal? Me alegra mucho verte —hice de cuenta que no vi que llevaba de la mano a una señorita de pelo negro, ojos de serpiente y abrigo símil leopardo.

—Sí, lo mismo digo. Te presento a Cloe, ella es mi... mi prima.

Saludé a Cloe con la mirada y ella me miró con desdén.

—Espero que tengan una linda estadía en Suiza con tu... tu prima —remarqué con sarcasmo para darle a entender que no había creído en absoluto aquella mentira.

—Gracias, Adrienne. Te llamo. Que pases una bonita Navidad.

La tal Cloe iba delante de él y me alegré al pensar la violenta discusión que se desencadenaría después entre ambos. Su prima, claro, y yo nací ayer.

—¿Quién es ese? —preguntó Miranda con curiosidad. Empezamos a caminar de nuevo.

—Mi amante. O mi examante, como quieras llamarlo —respondí prendiendo un cigarrillo.

—Ex, así me gusta más —comentó ella sonriendo con malicia. Aunque no le gustó cómo Henry se había comportado conmigo, al saber que había entre nosotros una mínima posibilidad de reconciliación volvió a ponerse de parte de él.

—Veo que te ponés de parte de Henry, por lo que estoy pudiendo apreciar —se lo hice saber un poco molesta.

—Este saco no me gusta, Rob —protestó Henry mientras evaluaba el abrigo que le habían ofrecido.

—No entiendo por qué. Los arabescos que tiene en las mangas son muy bonitos. ¿Qué tal el brillo que tiene? ¿Y mis iniciales marcadas en plateado? Mis amigos nunca se quejaron. Y mi ropa no te iría bien, no tenemos el mismo talle. De haber sido así, te habría ofrecido algún traje mío.

“*Gracias a Dios*”, pensó Henry. Al verlo con un saco así, la prensa británica se reiría de él durante meses enteros.

—Claro, no tengo tu elegancia. —dijo para no herir los sentimientos de su amigo.

—Por supuesto. Con tu dinero y mi elegancia, siempre hicimos destrozos. ¿No es cierto? Cuántas chicas cayeron a nuestros pies. ¡Miles! —exclamó el magnate dándole un codazo de complicidad y luego agregó—: Es necesario que te vistas así para que pases desapercibido. ¿No te acuerdas que Adrianita hizo lo mismo para huir una vez de París? No me explico aún cómo los *paparazzi* no se dieron cuenta, la pobre daba lástima. Ahora rápido, tenemos que apurarnos.

Henry tomó ánimos y se puso el saco. Con semejante aspecto se sentía capaz de desfilarse en el carnaval de Venecia.

—Mi Miranda ya debe haber ablandado a tu Adrienne. ¿Acaso no tiene ganas de verla? Rápido, ahora te falta el gorro de piel —apuró Robbie.

Con un último esfuerzo, el Príncipe se calzó el gorro. Pero no se atrevió a mirarse en el espejo.

—Dale una oportunidad. ¿Qué son unos minutos de charla? —dijo Miranda.

—No sé.

Las motas de nieve bailaban a mi alrededor y tomé una entre dos dedos. Se esfumó. A mi lado, Miranda se desesperaba por una respuesta.

—¿Te das una idea de lo que sufrí a su lado? Ocultándome, mintiendo, huyendo. ¿Eso fue justo? Y después con el corazón en la boca y un miedo terrible a que lo maten aquella vez que lo secuestraron. Después, enfrentar a los *paparazzi* y luego a Chelsy. ¡No quiero volver a sufrir!

—¿No te gustaría ser feliz?

Me limité a mirarla. Mike nos observaba desde lejos.

—Porque ahora tenés un trabajo glamoroso, en compañía de Xavier. ¿Pero eso es ser feliz? —dudó la novia de Shott.

—Es una pregunta muy fea.

—Adri, es muy feo sufrir por amor. Pero es peor aún, sufrir por ser cobarde. Chelsy ya no está más con él. ¿Qué perdés con una simple charla?

—Mucho. Pero si no hablo con él siento que pierdo más —dije en voz casi inaudible.

—¡Qué lindo abrigo! —se burló Alysa dirigiéndose a Henry. Su hermana estaba tan muerta de risa como ella. Henry no replicó nada para no mandarlas a donde realmente se merecían.

—Chicas, les dije que hicieran silencio. Prometieron portarse bien —pidió el millonario.

Las gemelas asintieron y se quedaron calladas. Iban en dos vehículos: entre amigos y guardaespaldas no cabrían en un solo auto. Henry se sentía cada vez más ridículo con aquella ropa puesta, pero se tranquilizaba al contemplar a los amigos de Shott vestidos igual que él.

—Jefe, hay *paparazzis* a la vista —informó el chofer del auto que iba adelante—. Hay un auto que nos sigue.

—¡Mierda! —Se quejó Robbie desde su móvil—. Tal cual fueron nuestros planes, detengámonos en el *pub* que yo dije. ¿Entendido?

—Sí, jefe.

Estacionaron en la puerta del *pub* que Shott eligió. Robbie tomó a las mellizas por los codos, y Henry se mezcló entre sus amigos. El maldito gorro le pesaba y se sentía tan presentable como un bufón de la Edad Media. Fotógrafos, cámaras, luces. Henry se unió al séquito de Robbie y bajó la mirada ante los *flashes* de las cámaras. El camino hasta la entrada del *pub* se le hizo eterno. Cuando llegaron y mostraron sus credenciales *VIP*, Robbie le habló al oído:

—Alteza, siga a Jules, por favor—le aconsejaron.

Cuidadoso de no despertar sospechas, Henry siguió al descomunal Jules en dirección a la parte trasera del *pub*. Los amigos de Robbie simulaban seguirlo para que los demás concurrentes del lugar no sospechasen que algo raro estaba sucediendo. Cuando Jules se detuvo en la disimulada puerta, los camaradas de Shott pasaron de largo haciendo el mayor ruido posible.

—Por aquí, Alteza —señaló Jules.

—Si no sube rápido a la parte trasera del coche, en el *pub* pensarán que algo raro está sucediendo —dijo una voz grave desde el asiento de conductor del ordinario automóvil. Henry reconoció a Warren, uno de sus guardaespaldas, y entonces se sintió más tranquilo.

Se sumergió en la baulera e hizo un esfuerzo por acomodar su larga humanidad en aquel espacio.

Jules agregó:

—Lo llevan en dirección al *château*. Que tenga buen viaje, alteza —al cerrar el baúl, Henry se sumergió en la oscuridad.

“*Sí, un buen viaje. Sobre todo confortable*”, pensó.

Volvimos con Miranda de nuestro paseo y, sin decir nada, me senté junto

a mis amigos.

—¿Y? —consultó el *coiffeur* sin poder aguantarse.

—Voy a verlo. Pero solo hablaremos unas palabras.

Tony observó a Miranda y se lo agradeció con la mirada.

—Está bien —dijo con fingida indiferencia y su celular empezó a repiquetear en la mesa. Atendió con prisa.

—¿Hola? ¡Alteza! ¿Cómo? No le entiendo bien —murmuró paseándose por el cuarto— ¿Dónde se encuentra? ¿En dónde? Pero el señor Shott y sus ideas tan excéntricas. *OK*, entonces me dice que, en realidad si no lo están secuestrando, viene para acá. ¡Mi señor, no diga eso ni en broma! Y dígame, ¿la baulera tiene mal olor? Muy bien, dejo de preguntar sandeces. Que tenga buen viaje —iba a cortar pero se ve que su jefe siguió hablando—. No se lo dije como en una ironía, jamás piense eso de mí.

—¿Viene para acá? —se interesó Miranda.

—¡Y acaba de mandarme a la mierda! ¿Ustedes piensan que quizás en el bolsillo tenga mi cheque de Navidad? Puede caber en cualquier sitio. En su bolsillo, por ejemplo.

Xavier lo miró con enfado.

—No me mires así. Solo lo decía porque me encuentro corto de finanzas —se defendió el asistente.

Para el reencuentro me dejaron sola. Me quité el abrigo y peiné mi pelo hasta dejarlo brillante. Me miré al espejo. Se oyeron unos golpes en la puerta y abrí sintiendo que mi corazón se desbocaba.

Me hice a un lado para dejarlo pasar, no pude mirarlo a los ojos.

—Estás hermosa.

—Gracias —con una leve sonrisa miré el saco bordado de arabescos con las iniciales “*R. S.*” en letra gótica. Henry se echó una mirada a sí mismo y

murmuró:

—Quizás no puedas decir lo mismo de mí, ¿no?

—Tenés la nariz manchada con algo que se asemeja a hollín o quizás grasa de auto —hice notar. Y pregunté—: ¿En serio viajaste en el baúl de un auto? Qué incomodidad.

—No me importó, y es lo menos que pude hacer para llegar a ti, Adrienne. Me hice la tonta y busqué un pañuelito para limpiarle la cara.

—¡Si la prensa te viera así! Y el saco, te digo, no te ayuda demasiado con tu aspecto.

Empecé a limpiarle la punta de la nariz y un poco la frente. Él cerró los ojos y dijo:

—Extrañé tus manos suaves. Siempre tuviste ese perfume frutal. En ocasiones parecía que podía sentirlo en sueños. Ahora lo vuelvo a sentir de verdad, porque estamos juntos de nuevo, mi *carísima* —dijo abriendo los ojos y mirándome con intensidad. Solté el pañuelo y se cayó al piso.

—Henry, no pongas las cosas más difíciles —intenté levantarme para no mirarlo más. Henry me sostuvo de un brazo e impidió que me apartase.

—Adrienne, no huyas más de mí.

—Quiero que me sueltes —el contacto de su mano en mi ropa me llegaba hasta la piel.

—Nunca volveré a ser tan estúpido. Nadie podrá volver a separarnos; ni mi padre, ni mi hermano, ni el título al que me encuentro atado de por vida. Lo puedo dejar, no me interesa.

—¡No! No quiero ser humillada de nuevo y que me culpen por algo que no supe manejar en su momento.

—Adrienne...

—Es tu vida y yo tengo la mía. Nuestros mundos son diferentes. En algún momento se juntaron pero volverán a separarse porque no somos iguales.

—*Cara*, tienes que escucharme.

—Lo nuestro fue un error. Un error que nos costó muy caro.

—¡No fue un error ni es ahora un error!

—Pagué muy caro mi amor. Perdí tiempo, energía y también mucha autoestima. ¡Soporté todo pero ahora no tengo energías para volver a vivirlo!

Henry hizo que me sentara de nuevo y se acuclilló frente a mí. Me tomó de las manos.

—Te amo, Adrienne. ¿Me amas?

Quise encontrar odio en mi alma, hurgar en las llagas de mi corazón y abrir viejas heridas para detestarlo con todas las fuerzas de mi ser. Hacerle pasar todo lo que sentí en su momento. Rabia por ser excluida, humillada, apartada.

—Te amo. Te amo con toda mi alma. Mi *caríssima*. Mi Adrienne. Dame la oportunidad de hacerte feliz —sin reprimirme, enredé mis dedos por entre los suyos y susurré bajando la mirada:

—Sabés que te amo, que te amo mucho, porque nunca te olvidé. Pero no quiero que me lastimes más.

—Nunca, nunca más.

Temí que se acercara lo suficiente para darme un beso, pero a la vez anhelaba aquel momento, ese que con un beso suyo descongelara las escarchas de mi corazón que se llenó de invierno desde aquel día que vi las fotos donde se lo veía en brazos de Chelsy. Quería que aquel invierno, que en su momento me pareció eterno, dejara de aprisionarme en su gélida cárcel.

—Pasado mañana es Navidad y tenés que volver a Londres. Debes irte ahora mismo de acá, puede que en el hotel en el que te estás hospedando ya hayan notado tu ausencia —dije sin soltar su mano.

—Le diré a mis guardaespaldas que se alojen allí y pidan comida así piensan que todavía sigo en la *suite*, ¿te parece?

—No me parece que te quedes.

—¿Quieres que me vaya?

—No quise decir eso.

—Entonces voy a hacer eso. Ahora llamo a mis guardaespaldas y les doy la tarjeta de mi *suite* —sin soltarme la mano, empezó a palparse uno de los bolsillos traseros del *jeans*. Luego el otro bolsillo.

—¿Qué pasa?

—La billetera, no la encuentro.

—¿La olvidaste en tu habitación?

—Antes de salir del hotel recuerdo haberla puesto en un bolsillo. A no ser que... —y miró en dirección a la puerta.

—¡Allá está!

Henry fue a buscarla y, antes de volver a mi lado, escuchó un ruido y arqueó una ceja. Puso un índice en los labios incitándome a callar y de un brusco movimiento abrió la puerta. Miranda logró apartarse a tiempo, pero Tony y Xavier cayeron como dos chorlitos al piso. Al verse descubiertos, el peluquero hizo la pantomima de buscar algo en el alfombrado y Tony gritó con entusiasmo:

—¡Madrecita de Dios, esto es un milagro! ¡La encontré! Xavier, acá está tu lente de contacto.

—¡Gracias! —dijo el *coiffeur* siguiéndole el juego y tomando algo de los dedos de su amigo, haciendo el clásico movimiento de limpiarlo en su pulóver con el dibujo de reno.

—Qué lente tan transparente, hasta puedo decir que no la veo. ¿Podrías mostrármela?—pidió Henry con sarcasmo.

—Alteza, con todo mi respeto, se puede ensuciar aún más —se negó Xavier escondiendo la mano con la supuesta lente tras la espalda. Luego comentó—: Con permiso, tengo que ir a lavarla —se levantó y, luego de

inclinarse para reverenciarlo, se retiró.

—Y yo tengo que supervisar que lave la lente con cuidado. No vaya a ser que la dañe, son caras —agregó Tony y, luego de inclinarse también, se fue.

Henry se los quedó mirando y, meneando la cabeza, cerró la puerta.

—Estos dos no tienen remedio —dije a punto de reírme.

—Debería llamarles la atención por tratar de escuchar lo que hablábamos.

—No lo merecen porque pienso que, en una situación parecida, estaría junto a ellos tratando también de escuchar.

Se sentó a mi lado y me abrazó. Sin poder negarme, busqué refugio en su pecho.

—Solo quiero esto —remarqué.

—Como quieras.

—No quiero besos.

—¿Ni uno solo?

—Por ahora, no.

—De acuerdo —respondió, y se tumbó en la cama para luego atraerme con sus manos y que apoyara la cabeza en su pecho.

Sin apartarme de su lado, llamó a su guardaespaldas para entregarle la tarjeta magnética de la *suite*. Warren estuvo en la puerta de la habitación casi al segundo. Antes de irse, lo saludé y el guardaespaldas me respondió con mucha amabilidad. En eso, Dimitri se cruzó por el *hall* y se detuvo a mirarnos.

—Adrienne, ¡qué bien acompañada te veo! —exclamó con sorna.

Aquel tipo no me importaba en absoluto, pero no pude dejar de contestarle:

—Hace un rato también te vi muy bien acompañado. ¿Dónde dejaste a tu primita?

Sabía que los diminutivos que había empleado eran desagradables, pero no

me gustó que me hubiese tomado por tonta. Dimitri enrojeció de enojo, aunque su disgusto era por verme junto a Henry. Él podía salir con toda la población femenina de París, pero de ahí a que lo cambien por otro... Su viril orgullo masculino fue insultado.

—¿Quién es este fulano? —consultó Henry.

—Nadie. ¿Podés ponerte tu vistoso saco así vamos a dar una vuelta? —sugerí. No pensé en el riesgo de que alguien nos viera, porque estaba segura de que todo se encontraba bajo control.

Nos tomamos de la mano y, sin saludar a mi anterior amante, volvimos a la habitación. Warren le dedicó una clara mirada de advertencia antes de alejarse. Dimitri emitió un refunfuño y se fue en dirección a su *suite*.

Traté de hacer caso omiso del gorro estilo “David Crockett” que llevaba Henry en la cabeza, y ni hablar de su abrigo de arabescos. Una risa burbujeaba en mis labios cada vez que recorría con la mirada las iniciales “R. S.” de su abrigo. No me moría de ganas de salir, pero tampoco quería entregarme a Henry ni a una intimidad a la que después sería difícil escaparme. Creía tan poco en mi fuerza de voluntad como en la suya. La nieve era más abundante, pero para mí representaba una gran diferencia caminar junto a él que con Miranda. Volvimos a tomarnos de las manos como dos adolescentes e hicimos de cuenta que no existían el mañana, ni Navidad ni las obligaciones que pudieran separarnos. Henry se creyó el mismo cuento, pero aun así no pude evitar preguntarle si volvió a hablarle a Louis.

—No, ahora tengo mi propia fundación. Así es mejor.

Los imaginé uno en una punta y otro en un extremo mucho más alejado. Pese a tener derecho a guardarle rencor a Louis, me pareció mal que dos hermanos tan unidos no se dirijan la palabra.

—¿Y Amy?

—Ella es lo mismo que mi hermano. Ahora no pensemos en nadie más que en nosotros.

—Estoy intentándolo —agregué apartando motitas de nieve de sus cejas o alguna que se encontrara adherida a un mechón de su pelo.

—¿No me vas a dar un beso? —me tomó de la cintura acercándose más hacia él.

—Tu exótico gorro me distrae.

—No me contestaste. ¿Puedo darte un beso?

—Hen, te dije que no sé... —protesté sintiendo debilidad al tener su boca tan cerca de la mía.

—Ahora es un “no sé”, eso quiere decir que voy progresando. Soy un estúpido, ¿por qué en lugar de preguntarte no te beso?

—Porque antes eras un irrespetuoso y ahora no lo eres —conseguí decir mientras me inclinaba hacia atrás para evitar la tentación de besarlo yo.

—Irrespetuoso sigo siendo, en eso no cambié, *cara*.

—Pero hagamos de cuenta que cambiaste.

—No puedo dejar de ser lo que soy, y no huyas de mí.

—¡No puedo huir si me tenés aprisionada! —exclamé al hacer el esfuerzo de liberarme pero Henry me tenía bien atrapada entre sus brazos.

Dimitri estaba de muy mal humor: la estúpida de Cloe se había marchado muy ofendida. Inquieto y aburrido, caminó por la habitación. Después se arrojó en la cama, encendió la tele y en el noticiero de medianoche el conductor anunció: “*La gala de la Cruz Roja fue un éxito. Toda la alta sociedad suiza se reunió para homenajear al príncipe Henry de Gales en una ceremonia...*”. El examante de Adriana pegó un salto cuando vio la imagen

que proyectaba la pantalla. ¡Él! ¡El acompañante de Adrienne! Impasible, el periodista siguió relatando: “...*El príncipe fue condecorado por sus labores benéficas en África. Su fundación, continúa la obra de su fallecida madre, la querida y recordada princesa de corazones...*”. No sabía si sentirse ofendido porque Adrienne jamás le había demostrado verdadero interés o porque ahora se iba con ese infeliz sin importarle absolutamente nada de él. ¿No habían compartido varios meses juntos? “*Próximo a las Navidades, el Príncipe se refugia en el hotel donde se hospeda y mañana volverá a Londres para participar de los festejos junto a su familia*”.

—¡Mentira! —gritó Dimitri al locutor y también a la televisión.

Se asomó a la ventana y los vio. Estaban abrazados, tal vez a punto de darse un beso. Sin esperar un solo segundo, buscó su celular y apuntó en dirección a ellos. Esperó un poco más para obtener el tan preciado beso, pero no sucedió. Igual se notaba que eran mucho más que amigos. Con tener la toma no se conformaba, debía darle algún tipo de uso. ¿Qué tal llamar a algún medio de prensa? Debía ser uno británico para que el escándalo fuera más grande. Luego se acordó que Dudley Barton, el conocido periodista escocés se encontraba allí. Nadie mejor que él para difundir la noticia como si fuera un reguero de pólvora. Faltaba la llama de un fósforo. Estúpido príncipe. ¿Cómo se le ocurrió robarle una mujer? A Dimitri no se le robaba nada, y mucho menos una mujer.

Volvimos a mi habitación y ni me molesté en prender la luz. Le dije a Henry que esta vez era hora de que se fuera.

—Voy a tener que compactarme de nuevo en el baúl del auto —se quejó—. Además no quiero irme, luego se me hará más difícil volver. De día será más complicado.

—Yo tampoco quiero que te vayas, pero es mejor que partas ahora. Pronto va a amanecer.

—Faltan tres horas pero, como es invierno y está nevando mucho, supongo que va a aclarar bien entrada la mañana.

—¡Basta de poner excusas! ¡Sabés que me va a costar cada vez más que me dejes sola!

Me tomó de la cara y, sin decirme nada, me besó. Tan sedienta me encontraba de sus labios que no pude dejar de responder con más ardor todavía. Pasaron segundos, minutos u horas y aún continuábamos así, unidos. Henry se deshizo de mi boina y yo arrojé al aire su gorra estilo “David Crockett”, luego me desanudé la bufanda del cuello con tanto apuro que corrí el riesgo de ahorcarme. Henry hizo lo propio con su abrigo de arabescos y caímos en la cama cuando su maldito teléfono empezó a sonar. Henry maldijo en la oscuridad y lo detuve antes que apagara el celular. Miré la pantalla.

—¿Es Tony? Voy a matarlo.

—Dice “Dudley”.

—¿Dudley Barton?

—¿Quién es?

—Un amigo que es periodista. Es muy raro que llame, ha de ser algo grave. ¿Hola? —por fin había atendido y puso el celular en altavoz.

—Alteza, perdone que lo moleste a esta hora. Quiero ponerlo sobre aviso.

—¿Qué pasa?

—Saben que está con su exnovia en el *château* donde ella se hospeda. Acaba de llamarme un tipo diciéndome que tiene unas fotos robadas con la imagen de ustedes y pidió una suma.

—¿Tan pronto? —dudé.

—¿Cómo puede ser? ¿Eso cuando fue, Barton? —preguntó Henry.

—Hace unos minutos y, como no accedí a comprarlas, cortó muy molesto. Antes de eso, dijo que encontraría a alguien interesado en semejante material. Váyase ahora mismo de Suiza porque van a comprar las fotos y todo se sabrá.

—¡Henry, deberías partir ahora mismo! Yo me vuelvo a Francia —ofrecí.

—No quiero apartarme de ti, tiene que haber una solución. Barton, ¿por casualidad no conoces algún lugar donde me lleve a Adrienne sin que nadie nos descubra?

—Señor, puedo sugerirle algunos lugares pero, ¿no tiene que volver pronto a Londres para el festejo de Navidad en palacio? Lamento mi impertinencia.

—Volveré el mismo día. Por más que todo esto se sepa más tarde, los *paparazzi* no nos dejarán en paz, y no quiero que nos sigan.

—Le puedo dar un listado de lugares donde pueden dirigirse... —empezó a decir Barton. Alcancé a Henry una libreta y un lápiz para que tomara nota.

Por supuesto, no pudimos seguir haciendo lo que dejamos inconcluso antes del llamado de Dudley Barton. Nos vestimos con prisa y apenas tuve tiempo de llenar una mochila con una muda de ropa. Estábamos decididos a marcharnos, pero Henry quiso hablar antes con Tony.

—No creas que me olvidé de ti —dijo tendiéndole un cheque.

Al borde de las lágrimas, Pacheco se hizo el sorprendido.

—Pero, señor... mire usted lo que se viene a acordar. Usted siempre está en todo —comentó con voz conmovida. Xavier lo miró de reojo.

—Ya casi es Navidad y quizás tengas que hacer algún regalito a alguien muy especial que vuelve de Nueva York. ¿Dije Benjamín Hascott, quizás? No, no lo dije. Tal vez me confundí —deslizó Henry y le guiñó un ojo a su asistente. Tony se ruborizó y, pese al frío de la madrugada, empezó a abanicarse.

—Señor, las cosas que dice, cuánta vergüenza —exclamó sin cesar de

abanicarse con una mano, y con la otra acercó el cheque a los ojos para leerlo —. ¡Pero qué generoso es! ¡Muchas gracias! No es necesario que sea ahora, quizás puede esperar un poco más.

—No, esto te pertenece.

—Alteza, siempre habrá un momento más oportuno, ya verá.

Hastiado, Xavier le quitó el papel e iba a entregárselo a Henry, pero Tony se lo arrebató a tiempo.

—Lo dije en sentido figurado, tonto —le susurró a su amigo.

Henry tomó mi mano.

—¿Vamos a subirnos a la carroza de cuentos de hadas, chiquita? — preguntó en broma.

—No me parece muy gracioso. Ahora voy a sentir lo que es ser una valija.

Henry argumentó que la chaqueta que Robbie le había prestado era demasiado notoria y Tony le donó un abrigo que le quedaba un poco estrecho y corto, pero aun así pudo con los botones. Ni pensar en su equipaje que quedó en el hotel donde había dormido, no había tiempo para ello. Mike y Warren inspeccionaron que no hubiese moros en la costa y salimos al intenso invierno de las cuatro de la mañana. El chofer contratado para la ocasión prendió el motor del auto y Mike abrió el baúl. Titubeé antes de entrar.

—¡Rápido, Adriana! ¿Acaso sufres de claustrofobia? —se impacientó Tony mientras sostenía su gorrito de lana para que no se le volara.

—Quizás lo descubra ahora —dije con miedo y después indiqué a Henry —: Acomódate primero que, mientras tanto, yo tomo coraje.

Henry se metió en aquel reducto y, cerrando los ojos y con la cartera entre las manos, entré también. Mike cerró el capó y la negrura se hizo presente. El auto arrancó.

—*Caríssima.*

—¿Qué?

—¿Pido una copa de *champagne*?

—Henry, en estas circunstancias no soporto las bromas de nadie. Y no te hagas el vivo porque, en cuanto pueda moverme, te doy un carterazo.

—Antes de la llamada de Barton estábamos tan bien... ¿No te parece?

—Me agarraste en un momento de debilidad —argumenté mientras trataba de acomodar un codo en algún espacio libre. No había ninguno.

—¿Ahora no te sientes débil?

—¡Me siento encerrada! No me dijiste adónde vamos.

—No me acuerdo —dijo muy tranquilo. Casi me vuelvo loca:

—Encima esta oscuridad. En algún lado tiene que estar mi encendedor.

—¿Encendedor? ¿Te volviste loca? Podemos volar en mil pedazos.

—¿En serio?

—Te estaba haciendo una broma.

—Basta de bromas. Ya tengo de sobra con sentirme una maleta —busqué su pecho para aferrarme más a él. Sean unas pocas horas o unos escasos minutos a su lado, valía la pena sentirse equipaje.

Capítulo 6

Luego de aquella madrugada en que Adriana huyó junto a Henry, Miranda se volvió con Mike al alojamiento que compartía con su novio Robbie; mientras que Tony y Xavier se retiraron a dormir cada uno a sus respectivas habitaciones.

Xavier fue el primero en despertarse. Pidió un tardío desayuno de café y algunos entremeses y después se sentó en un sillón mientras miraba un poco de televisión. Afuera, el día se presentaba tan frío y triste como el anterior. El peluquero gimió con fastidio, ¡no había nada digno de ver en aquella pantalla, no por nada la llamaban la caja boba! Cambió por enésima vez de canal y fue a traerse la bandeja de desayuno. Estaba endulzando el café cuando escuchó desde la tele: “Nos encontramos en directo desde la puerta de entrada de la mansión Owen-Keller. La señorita Chelsy acaba de pedir una rueda de prensa para informar su ruptura sentimental con quien hubiera sido su futuro prometido, el príncipe Henry de Gales”.

—¡Qué! —chilló el peluquero trayendo su taza a todo trote para situarse en el sillón. No podía despegar los ojos de la pantalla. La imagen mostró a una Chelsy desolada, sin maquillaje y toda vestida de negro.

—La pantalla no la favorece —pensó el *coiffeur* en voz alta.

Chelsy dijo: “*Fueron muy generosos por haber venido a mi casa. Quiero anunciar la mala noticia que... —la rubia ahogó un sollozo y se tapó la cara con un pañuelito de seda. Después de un suspiro de pena, prosiguió con esfuerzo—: Su alteza real, el príncipe Henry y yo rompimos la relación que teníamos. No lo dije antes porque tenía la esperanza de que aún nos reconciliáramos, pero entendí que ya no podrá ser.*”

Otro periodista preguntó:

—Chelsy, nada nos entristece más que enterarnos del fin de su noviazgo. ¿Podrá informarnos el motivo?

Xavier contuvo el aliento y fue acercándose al sillón sin dejar de mirar la pantalla. Seguía revolviendo su taza.

—Mi novio... ¡Perdón! Su alteza. Bueno, Henry, mi adorado... hacía rato que con él no teníamos nada. Quiero decir, un acercamiento amoroso.

Apenas dándose cuenta de lo que hacía, Xavier siguió revolviendo su taza cada vez más rápido. Iba a inclinarse para tomar posesión del sillón.

—Chelsy, con todo respeto, lo que dijo fue muy ambiguo. ¿Podrá aclarar un poco más las cosas? —pidió una periodista bajita de una revista de chismes, conocida por sus preguntas punzantes.

—Siento tanta vergüenza, pero lo diré. Henry no pudo cumplir con sus deberes de novio. Creo que se volvió impotente.

Fue tal la impresión que sintió por las palabras de Chelsy, que Xavier erró en el intento de sentarse y cayó despatarrado. La taza estalló en el suelo y su contenido se volcó.

—¡Oh! —fue la exclamación de toda la prensa ante el comentario de la Owen-Keller.

—Con el respeto que se merece le informo lo siguiente: ¡La cantante norteamericana Lady Gaga se la pasa diciendo en su país que no conoció a nadie mejor que él! Además aduce que usted siempre fue un elemento decorativo en la vida del Príncipe —exclamó un fotógrafo sin poder contenerse.

En realidad, Lady Gaga dijo peores cosas de la Owen-Keller, tildándola de tonta, hueca, materialista, frígida y muchas cosas más.

—¿Quién puede tomar en serio las palabras de aquella señorita, que se porta como la peor de las ramera? No la juzgo, es una cantante y no habrá tenido una buena educación. ¡Además es muy amiga del magnate Robbie

Shott, y jamás develaría el secreto de Henry! Ay, ay... Esta conversación me está haciendo mal. Si me perdonan... —empezó a tambalearse.

—Una última pregunta y no la molestaremos más —ladró otro cronista con aspecto rudo de conductor de camiones—. ¿Quiere decir que, entonces, que usted fue quién lo dejó?

—Digamos que sí. ¡Perdónenme pero me siento mal! Quiero volver a mi casa, hace mucho frío —mientras pronunciaba estas palabras cruzaba los brazos sobre el pecho, como si el abrigo que tenía encima no la protegiese del intenso frío.

—¡Loca! —chilló Xavier levantándose del piso. Echó a correr en dirección hacia la puerta y fue en busca de Tony.

La entrevista a Chelsy continuó:

—No podemos creer lo que nos cuenta, Chelsy. ¿Sabe que está haciendo trizas la reputación del Príncipe con sus dichos? —indagó otro periodista.

—Solo cuento la verdad, y estoy explicando el porqué de nuestra ruptura. Estará en ustedes creer o no en mis palabras.

—¡Tony! ¡Tony! No creerás lo que dijo la bruja Chelsy sobre tu señor. ¡Despierta ahora mismo, perezoso! —gritó Xavier golpeando con todas sus fuerzas la puerta de la *suite* de su amigo.

—No es que no le creamos, pero amantes anónimas o conocidas de Su alteza jamás dijeron algo similar a lo que usted está insinuando ahora —dijo una voz desde la tele.

Aún dormido, Pacheco salió tambaleándose de la *suite*. Casi chocó contra la pared del pasillo porque tenía puesto un antifaz de raso para dormir. Usaba un pijama a juego de tono rojo vivo y de brillante satén.

—¡Pero por Dios, chaparra! ¿Qué te pasa? ¿Alguien te pisó el dedo gordo que estás chillando de esa manera?

El peluquero lo tomó del brazo y siguió a sus gritos:

—¡Tony! ¡Tienes que escuchar lo que está diciendo la mal teñida de la Owen-Keller a la prensa!

Como un ciego, Tony entró a la *suite* de su entrañable amigo. Al segundo exclamó desolado:

—¡No veo! ¡Quedé sin vista! ¡Por qué a mí! —se tocó los ojos cubiertos con desesperación.

Xavier se puso en puntas de pie y tironeó del antifaz. Tony se lo quitó.

—Ya me di cuenta. ¿Qué pasó? —Miró la pantalla y exclamó al encontrar a Chelsy—: ¡¿Qué hace esa mala semilla en la tele?!

—Escucha lo que dice. ¡Esto es un escándalo, esa mujer se volvió loca!

Desde la imagen del *Smart tv*, Chelsy dijo: “*Yo lo dejé porque ese problema que tiene, mi familia jamás podría soportarlo. ¡Le planteé la situación de ir a ver un especialista para tratar su problema de impotencia sexual y él se negó!*”.

—Nooo, yo mataré a esa cucaracha con título nobiliario. ¿Dijo de verdad impotencia sexual? —consultó Tony por si el oído le había jugado una mala pasada.

—Ay, esta rueda de prensa en verdad fue un error, creo que estoy a punto de desmayarme —protestó débilmente la Owen-Keller.

—Señorita, una sola palabra más —pidieron un par de periodistas a coro.

—Ay, ay —volvió a gemir Chelsy cerrando los ojos y se desvaneció ante la prensa. Se oyó un golpe sordo. Entró en escena su chofer y se la llevó en brazos.

—¿Escuchaste eso? Si se cayó de culo debe haber hecho un cráter en el suelo —reflexionó Xavier. Tony ya ni lo escuchaba, había ido en busca de su celular.

Me habré dormido, porque cuando el auto llegó a destino ni siquiera me di cuenta. Se sintió un sonido y luego la visión de una clara mañana porque alguien abrió el capó del auto. Hacía rato que había amanecido y la luz me hirió la vista. El frío de la zona y las motitas de nieve terminaron por despabilarme.

—*Cara*, ya llegamos —dijo Henry.

Salí del baúl del auto y todo empezó a girar a mi alrededor. Henry también salió pero con una agilidad superior a la mía.

—Adrienne, ¿qué te pasa?

—No me siento bien.

—Te ayudaré —reflexionó mientras me sostenía, instándome a caminar al hotel donde nos hospedaríamos. El conductor del auto nos siguió llevando mi mochila; al llegar a la entrada del alojamiento, entregó a Henry, junto a la mía, otra mochila similar.

—Por encargo mío, compró un poco de ropa además de esta mochila, por eso llegamos a Appenzell un poco más tarde de lo previsto. Espero que sean de mi talla.

—¿Estamos en...? —dudé confusa.

—Appenzell, una región montañosa de Suiza —informó Henry—. Estás en verdad muy pálida, *cara*.

—No me hagas caso, necesito una buena taza de té y una cama caliente.

—Una cama caliente, claro. Y muy cómoda y confortable, ¿verdad? —dijo guiñándome un ojo.

Comprendí muy bien lo quiso decir.

—A otra con ese cuento. Pedirás camas separadas, queridito.

Me miró con una desolación aparente y muy mal fingida.

—Una lástima, porque se supone que somos un matrimonio que vino de luna de miel y por eso mi amigo Barton alquiló, a mi nombre, una habitación

doble con una cama espectacular.

—En todo caso, seremos un matrimonio cuya novia es virgen, Henry. ¿En algunas culturas acaso no es bueno conservar la virtud hasta la noche de bodas? —dije muy divertida, no más para llevarle la contraria.

—Una recién casada virgen, claro... Eso se consideraba una virtud, pero hace más de un siglo. Adrienne, debes tener fiebre, por eso dices esas ridiculeces. ¡Entremos que aquí afuera hace un frío de los mil demonios! —pidió abrazándome.

El hotel era sencillo pero con una construcción muy típica en Suiza: se asemejaba a una gran casa de juguete hecha de madera y con muchísimas ventanas. Henry se disculpó por no pedir a Dudley que alquilase *suite* en algún alojamiento más lujoso. En realidad, el mismo Barton le aconsejó hospedarse en un hotel de tres estrellas para no llamar la atención. Caso contrario, la noticia no tardaría en llegar a la prensa y quién sabe si a alguien se le ocurriría hacer la conexión “hotel-elegante” con “príncipe escondido con su exnovia”, y eso era algo que ninguno de nosotros dos quería. Henry presentó sus papeles sin que el conserje siquiera hiciese una expresión de sorpresa, porque nada alteró sus pétreos rasgos. Quizás Dudley Barton había hecho mover sus influencias, porque Henry firmó el ingreso al hotel a nombre del señor Erik Fuerst.

—Rachel Fuerst. ¿Esa soy yo? —dije escribiendo mi ilegible firma, la cual no me molesté en disfrazar porque nadie podría adivinar si ahí decía Adriana Mora, Rachel Fuerst o Tutankamón.

El conserje se quedó con los papeles y dijo con un acento muy rudo al hablar en inglés:

—Bienvenidos al Adler Hotel, *Herr y Frau Fuerst*. Les deseo una encantadora estancia, estamos a su disposición —llamó a un botones para que llevase nuestras pobres y escasas pertenencias.

—¿Qué dijo el conserje? —pregunté a Henry—. Habló en un inglés muy raro.

—Típicas frases de un hotel cuando uno recién llega. La cuestión es al final de tu estadía, cuando presentan la cuenta y las amabilidades concluyen, *cara* —dijo con ironía.

El *bell boy* nos condujo a un viejo ascensor y ascendimos hasta el tercer piso. Abrió la habitación con una tarjeta magnética y esperó su propina. Henry buscó en la billetera y le entregó un manojito de billetes sin mirarlo a la cara.

—*¡Haben Sie einen guten Aufenthalt!*—dijo el muchacho saliendo de la *suite*.

—*Ich bedanke mich und wünsche Ihnen einen guten Abend*—respondió Henry y lo invitó con la mirada a que se fuera de una buena vez. El botones se retiró haciendo una respetuosa inclinación. ¿Se habría dado cuenta de quién era Henry en verdad? Tal vez estaba volviéndome un poco paranoica.

Tony discutía con una mucama de la mansión Owen-Keller.

—Me pasará ahora mismo con la señorita Chelsy o de lo contrario lo lamentará —la amenazó.

—Mira esto, Tony. ¡Es divertidísimo! —dijo Xavier mientras hacía uso del control remoto. Había mirado cerca de veinte veces la caída de Chelsy al final de la rueda de prensa y se estaba entusiasmando con eso.

—Ahí está de nuevo. Lo volveré a pasar —desde la pantalla, Chelsy se caía—. ¡Fuera abajo! —gritó Xavier aplaudiendo—: Escucha qué ruido hizo al caerse despatarrada al suelo. ¡Algo similar a una bolsa llena de patatas!

La amenaza de Tony surtió efecto porque la doncella que atendió el teléfono le pasó con rapidez la comunicación a Chelsy.

—Nunca pensé que Chelsy tuviese tanto ritmo para caerse, tiene hasta gracia de reggaetón. Ja. Tony, tienes que mirar esto —dijo el *coiffeur* sin despegar la vista de la tele.

Y para demostrar que Chelsy tenía gracia de reggaetón al caerse, Xavier buscó desde su celular una canción muy conocida y la combinó con la rueda de prensa de Chelsy. Al ritmo del tema musical, el *coiffeur* rebobinaba y avanzaba la rueda de prensa y parecía que Chelsy se caía sincronizada y musicalmente al ritmo de “Corazón” de Maluma:

*“Ahora me tocó a mí cambiar el sistema,
Andar con gatas nuevas, repartir el corazón sin tanta pena.
Ahora te digo goodbye.
Muito obrigado, pa' ti ya no hay...”*

—¡Hasta que por fin te dignas a atenderme, querida! —bramó Tony por celular sin hacer caso a la tele ni al entusiasmo de Xavier que gritaba entusiasmado “¡Maluma, baby!”—. Estás más loca que una cabra. ¿Qué ganas con decir esa mentira a la prensa acerca de mi señor? Fue un asqueroso embuste.

La Chelsy de la pantalla tambaleaba y se caía. Otra vez “Rebobinar” y volvía a levantarse. Mientras, la Chelsy del otro lado del celular de Tony, respondió, irónica—: Este es el comienzo de mi venganza, plumífera. Estoy más que segura de que tu jefecito está con aquella india sucia que tanto proteges.

—Chelsy de mi corazón, te aconsejo que no me desafíes. Una vez, arremangándome un poquito, te mandé al África a hacer labores benéficas. No creerás de lo que soy capaz cuando me enojo de verdad; a la Luna, ¡ahí irás a parar!

—A ti también te destruiré.

—No me hagas reír que se me remarcan las líneas de expresión,

queridísima. Yo sé muchos de tus “secretitos”, ¿sabes? Si piensas que mi lengua es muy filosa, espera a ver que lo que dijiste llegue a los Estados Unidos. ¡Tu archienemiga, la desprejuiciada Lady Gaga, se va a afilar las uñas y destapará la gran olla! Con un solo *twit* de su parte, te destruirá, amora.

La Owen-Keller lanzó un chillido de rabia, Pacheco siguió pinchándola:

—Tienes demasiados enemigos, Chelsy. Te costará muy caro lo que le dijiste a la prensa.

—Estúpido sirviente rosa, ¡me las pagarás! ¿Acaso te olvidas de que mi padre es muy amigo del príncipe Edward?

—A tu padre no le gustará ni un poquito lo que dijiste, Chelsyta. ¿Qué tal si Edward también se enoja? Tu familia tiene muchas deudas y sin el apoyo del Príncipe, los acreedores les caerán encima como una jauría de perros hambrientos. Ya te veo tratando... ¡de conseguir un trabajo! Cuenta qué te gustaría hacer: ¿empleada de *fast food* ofreciendo a la clientela la nueva hamburguesa con queso doble? ¿Cajera de un supermercado? ¿Dependiente de una tienda de ropa? ¿O barrendera de las calles de Londres?

—¡Te odio! —expresó Chelsy con lágrimas en los ojos y apretando los dientes mientras hablaba—. ¡Todo eso que me vaticinas, te pasará a ti, porque Edward te echará a patadas de tu puesto! ¡Tendrás que trabajar de *Drag Queen* en un teatro *under*! ¡Ese empleo es perfecto para ti, protagonista de “La jaula de las locas”! ¡Adiós!

Después de darme una ducha, me senté en la cama con el pelo mojado. Y estornudé con fuerza.

—Veo que mi esposa virgen se pescó un resfriado —dijo Henry.

—No lo creo —pero me incliné para estornudar de nuevo con gran estrépito—. Fue un simple acceso de alergia. Y respecto a lo de virgen, tal

vez más adelante deba confesarte algo.

Henry se inclinó hacia mí y me tocó la frente.

—No soy muy bueno en esto, pero creo que tienes un poco de fiebre. Igual no me asusta, porque de sarcasmo estás diez puntos, Adrienne.

—Me gustaría dormir un rato —dije con un dejo de amargura.

A la tipa se le ocurría resfriarse en medio de una reconciliación. Desde luego que no era lo que soñaba para esas pocas horas en compañía de Henry.

—OK, dejaremos que mi esposa virgen descanse un rato —dejó que me acostara y se acomodó a mi lado.

—Gracias.

Henry rio entre dientes.

—No me lo agradezcas ahora, ya me lo devolverás con creces.

—Sí que no cambias más. Y yo que sigo creyendo que vas a conmoverte con mi malestar.

—No seas tonta, ven —y me atrajo hacia él.

—Perdón, soy una jodida aguafiestas.

Me recosté en su pecho y escuché los latidos de su corazón mientras me sentí reconfortada por el calor de su cuerpo. Henry tenía puestos unos pantalones de ejercicio y una remera blanca, y yo temblaba debajo de mi suéter de lana, mis babuchas de algodón y los dos pares de medias de lana que cubrían mis pies. No estaba nada *sexy*.

—¿Por qué me pides perdón? Al contrario, me alegra que te pongas tan contenta de estar conmigo, al punto de levantar temperatura.

Abrí un ojo y le pegué un almohadazo.

—Sos tremendo, Henry. Aun así...

—¿Qué? —preguntó todavía riéndose, animándome a completar la frase.

—Te amo.

Me dio un beso y apagó la luz. Al minuto ya dormíamos pero antes de

terminar rendido por el sueño, dijo con voz queda:

—Yo también te amo, chiquita.

Un par de horas después, se levantó, tocó mi frente y al comprobar que aún tenía fiebre, llamó a recepción para encargarse a uno de los botones que fuera a una farmacia por un antibiótico.

Despierta a medias, pero con la sensación de que tenía un yunque sobre la cabeza, engullí la píldora con esfuerzo.

—No soy una buena compañera de viaje, ¿no?

—Eso no es verdad —se sentó a mi lado—. ¿En cuántos lugares del mundo nos encontramos? ¿Cuántos viajes compartimos ya?

—Digamos que me hiciste viajar de lo lindo: Londres, cuando te conocí. Después París, Venecia, El Cairo...

—Ese sí fue un lugar de mierda. Bah, en realidad la mierda fui yo. Después...

—Ajá. Después me fui muy enojada a Holanda, deseé que me metieras la corona en...

Lanzó una carcajada.

—Me imagino dónde me tendría que haber metido la corona. Fui a Ámsterdam a buscarte y nos quedamos a dormir en aquel departamentito que alquilaste, luego de tu explosivo *omelette* de hongos alucinógenos —se frotó el estómago y se cruzó de piernas en la cama, sentándose como un indio—. Muy rica, pero nos cayó muy mal. Cuando seas mi mujer por suerte, no será necesario que cocines.

Aparentando enojo, arrojé uno de los almohadones en su dirección.

—Ya vas a ver cuándo haga de nuevo una *omelette*.

—Te recomendaré que no vuelvas a elegir esa clase de hongos. Hasta el pobre de Tony se quejó de que sus abanicos se fueron volando por la ventana. Aun cuando lo recuerdo, no puedo parar de reírme.

—También al día siguiente hice un desayuno para los dos —agregué recostándome en la almohada que quedaba en el lecho.

—Espantoso.

—¡Cuanta maldad!

—Casi quemaste la cocina y le pusiste sal al café.

—¡Basta de criticarme, señor príncipe! No te tiro la otra almohada por la cabeza porque me queda una para acomodarme —dejé de hablar porque volvió a picarme la nariz y tuve una seguidilla de varios estornudos. Henry me pasó un paquete de pañuelos descartables.

—¡Mierda, odio este resfrío!

—A dormir de nuevo —ordenó muy serio.

De verdad me sentía muy cansada, pero protesté con amargura:

—No quiero dormir.

—Basta de protestar.

—Qué aburrido soy, te hago dormir —comenté abrazándome a su cuerpo y acariciando su espalda.

—Es que tengo mucho sueño. Quizás hasta me hayas contagiado.

—No fue mi intención —dije mientras mis manos recorrieron con suavidad su cuerpo por debajo de su remera.

—Te pediría que no hagas eso, Adrienne, o terminaré olvidándome que estás convaleciente —advirtió en mi oído en un susurro sensual.

Reí con malicia. Henry volvió a apagar la luz.

—¿Qué podés encontrar de sensual en una mujercita que estornuda quince veces seguidas y tiene la nariz tan roja como la de un payaso?

—Claro que sí. Esa nariz tuya me gusta mucho.

—Que peligro, pero aun así quiero pedirte algo.

—Lo que quieras y, aunque sigas acariciándome, prometo portarme bien. De tan bueno que soy, me paso de idiota.

—Quiero un beso, pero un beso de verdad.

Me tomó de la cara, me besó con ternura, que luego mutó en pasión. No solo me uní más a su cuerpo, sino que me enrosqué a él. Pensé que ese beso no terminaría nunca o, corrección: que concluiría en algo que debía volver a pasar entre nosotros.

—Basta —dijo casi sin aliento.

Quise preguntar a los gritos “¿por qué?” pero contuve mi lengua a tiempo.

—Ahora no, no estás bien —dijo con una firmeza que me dejó pasmada. Iba a protestar pero, en medio de la noche y el silencio de la habitación, volví a estornudar con fuerza. Tanteando la mesita de luz, busqué mi pañuelo de papel.

—Ahora a dormir, y nada de juegos.

Amy corrió al despacho de su marido.

—Lou, ¿no vas a creer lo que dijo Chelsy acerca de tu hermano!

Louis apartó la mirada de la *notebook* y la miró con simpatía.

—Nada bueno ha de ser, mi amor. Está muy molesta por la ruptura de la relación, y no es porque ame a mi hermano, sino que ya se veía disfrutando del lugar de esposa que ocuparía y gastando a manos llenas la parte de la fortuna que dejó nuestra madre.

Amy negó con desesperación.

—Es aún peor. ¡No te imaginas el horror de sus comentarios! Llegó a decir que Henry es...

—¿Qué es qué? —preguntó Louis con impaciencia.

—Que no funciona como hombre.

Su marido echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—No le veo gracia alguna.

Louis no podía parar de reír. En medio del carcajeo y sin poder hablar, atrajo a su mujer y la sentó sobre las piernas. Amy no parecía en absoluto divertida, sino indignada.

—Louis, no es para reírse. Destruyó la reputación de tu hermano.

Louis se apartó de un manotazo las lágrimas que le corrían por los ojos.

—Amor, mi hermano podrá ser cualquier cosa, y si hay algo que tiene es mala reputación, pero por lo contrario a lo que Chelsy dice. Puede comentarse que es un pésimo novio, y en eso le doy toda la razón del mundo. La verdad que con tu comentario conseguiste terminar con mi malhumor. Te adoro.

—Sigo sin verle la gracia, esa mujer es peligrosa. ¿Qué tal si se entera tu padre? ¡Un escándalo traspasará las fronteras y dará vueltas alrededor del mundo entero!

Louis tomó una actitud de reflexión.

—Henry es muy astuto, y esto le servirá como pantalla.

—¿Para qué? Que el mundo entero diga que es un impotente sexual no creo que sirva de nada.

—No sé, pero creo que mi hermano está con Adrienne.

—Oí decir que no quiere saber nada con Henry y que hasta tiene un novio en París.

—Ese novio no debe representar nada, querida. Ella ama con locura a Henry y él también a ella. ¿Piensas que no hará todo para recuperarla? Presiento un encuentro entre ellos dos.

—Ojalá. Si ellos vuelven, tu padre se pondrá furioso. ¿De parte de quién estarás?

—Eso no se discute. Es más que obvio.

Amy lo observó incómoda, no pudo adivinar de parte de quién iba a ponerse Louis. Intuía que ese momento se presentaría muy pronto.

—Qué aburrido es esto sin Adriana, amigo —se quejó Xavier caminando por la ciudad junto a Tony. Como estaban hartos de la tranquilidad de la posada, tomaron el auto y fueron a recorrer Berna, la capital de Suiza.

—Ya va a volver, ¡miren a la chaparrita tan envidiosa! —lo reprendió Pacheco subiéndose el cuello del abrigo.

La tarde suiza era glacial y no paraba de nevar. La ventisca hacía salir nubes de sus bocas mientras conversaban.

—No soy egoísta, pero ¿la estará pasando bien con el iracundo de tu señor?

—No ofendas a mi jefe, atrevido —advirtió Tony vislumbrando un café en la calle siguiente de donde caminaban y anhelando tomar una taza de chocolate caliente. ¿Algo más fuerte quizás? Tal vez un licorcito, para calentar el cuerpo. En realidad había otras cosas más interesantes para calentar el espíritu, pero no las tenía, claro.

—No lo ofendo, solo digo la verdad. Aunque supongo que estará hecho una seda con ella. ¡Qué envidia! Una pareja de enamorados prodigándose mimos por doquier. Y yo teniéndote a mi lado—dijo señalándolo con un gesto despectivo—. Peor es nada.

—Lo mismo digo, chaparra. Vamos ya a ese café que me congelo, y antes de criticarme ponte un buen par de tacones.

El clima cálido del local les devolvió el buen humor, además el lugar estaba casi vacío y los atendieron al instante. Tony se contentó con un licorcito de chocolate mientras que Xavier sucumbió ante un capuchino y una porción de torta.

—Estás pensativo, ¿te pasa algo? —preguntó el peluquero.

—Me siento solo, ¿hace cuánto que no estoy enamorado?

—Bastante. ¿A qué viene eso?

—No lo sé. ¡Me siento tan triste! —concluyó Pacheco al borde del llanto.

—Ay, Tony, el melodrama no te va —suspiró Xavier poniendo los ojos en blanco.

Tony no le hizo caso y, tras tomar otro sorbo de licor, continuó con su perorata posando el dorso de la mano en su frente de manera teatral:

—¡Qué solo estoy! Necesito un aliciente, una señal, un llamado —como si fuera mágico, su teléfono empezó a sonar.

—¿Querías un llamado? Ahí lo tienes —dijo Xavier mientras comía la torta y le señaló el bolsillo del saco.

Tony sacó el móvil del bolsillo y volcó la mirada en Xavier.

—Es Ben Hascott—exclamó—: ¿Qué hago? ¿Qué le digo? ¿Estoy bien? —sacudió la melena con coquetería.

—Estás divina, querida. Al menos que presiones “videoconferencia” no te verá, tonta.

—No quiero que me vea en estas fachas. ¿Te gusta el *ringtone* que le puse a los llamados de Ben?

—Me encanta. ¿Es “*Close to you*” de The Carpenters? Vintage, pero preciosa canción.

Cerraron los ojos deleitándose con la melodía. Tony acercó el celular a su pecho, muy cerca de su corazón, y meneándose al ritmo de la canción entonó:

*“Why do birds,
Suddenly appear?
Everytime you are near,
Just like me.
They long to be
Close to you...”*

—La voz de la Carpenter lo es todo, pobrecita —admiró Xavier y, volviendo en sí, chilló desesperado—: ¡Atiende, estúpida, que colgará!

—Ay, es verdad. Hola, Ben. Qué grata sorpresa.

—Gracias, Tony. Lo mismo digo —respondió Benjamín desde el otro lado de la línea.

—Pregúntale si un día, en Londres, puede llevar un amigo para mí y salimos los cuatro —dijo un esperanzado Xavier en un susurro.

—*Shhh* —Tony se sacó el zapato amenazando con tirárselo por la cabeza, y siguió hablando con Hascott—: Cómo te decía, ¿te puedo tutear? Gracias. ¿Qué si sé dónde está Henry?

—Te pregunto por él porque estoy recién llegado a Londres y los programas de chismes no paran de repetir la entrevista de su exnovia. Esa mujer se volvió loca.

—Ben, ¿podrás guardar un secreto? Supongo que siendo ustedes tan amigos, él te lo diría. Está escondido en algún lugar de Suiza en compañía de Adriana Mora. Ni yo sé dónde se encuentran.

—Ahora entiendo por qué no responde mis *WhatsApp*.

—Es cierto —dijo Tony con tristeza, pensando que Benjamín había llamado solo para indagar acerca de Henry.

—Ojalá sea así, él está loco por esa chica.

—Sí, se aman mucho.

—Tony, ¿podría preguntarte algo? —consultó Ben con suavidad—. Espero que no te ofendas.

El asistente de Henry abrió bien grande los ojos y Xavier se acercó a saltitos con silla y todo para no perder detalle de la conversación. Se apegó al móvil de su amigo.

—Dime —susurró Tony con un hilo de voz.

—No quiero ponerte en un compromiso, tal vez si no tuvieses nada que hacer.

—Esa lenteja de Hascott, da tantas vueltas que ya me mareó. Es un

carrusel —dijo Xavier muy nervioso y en voz baja.

—Cuando estés de vuelta en Londres, podríamos encontrarnos a tomar una copa. ¿No?

—¡Me encantaría! —exclamó Tony.

—Ahí la tienes a la regalada. Sácate el moño rojo de la cabeza, mamona —siseó Xavier.

—Quise decir... Sería una estupenda idea, claro —corrigió Tony simulando una indiferencia que no sentía.

—Perfecto, entonces cuando vuelvas, escíbeme.

—Apenas vuelva —empezó a decir el asistente y Xavier meneó la cabeza con desaprobación. Entonces Tony prosiguió—: Cuando tenga tiempo, entonces, te mensajearé. Gracias por el llamado.

—De nada, nos estamos viendo. Feliz Navidad, Tony. Felicita a Henry de mi parte por su reconciliación con Adrienne.

—Se lo diré. Feliz Navidad.

—Y te hacías el indiferente, ¡te informo que te salió tan mal! —dijo Xavier cuando Ben cortó la comunicación.

—Estoy pensando qué puedo ponerme —reflexionó Tony abriendo su abanico, pese al frío empezó a lanzarse aire—. No tengo un mísero trapo para arrojar sobre mi persona. Una cita. ¡Cuánto estrés!

Las ocho de la mañana. Nos vestimos rápido y bajamos. Se notaba que los dos estábamos muertos de hambre, habíamos dormido tanto que nos pasamos de largo la cena.

—*Herr y frau* —dudó el camarero al acercarse a nuestra mesa para servirnos el enésimo plato de tostadas.

—*Fuerst* —concluyó Henry a la defensiva.

—*Herr* Erik Fuerst, creo que se dieron cuenta de quién eres —dije eligiendo otra tostada para cubrirla de mermelada. Me sentía famélica.

—Querida Rachel, ¿o prefieres *frau* Fuerst?

—No prefiero nada. ¿Si se dieron cuenta y avisan a alguien de la prensa?

—*Cara*, es un riesgo que tendremos que correr. De alguna manera, en algún momento se sabrá. No me importa.

—Cierto.

Después del desayuno fuimos a dar un paseo. El sol había salido, y cuando empezamos a caminar la pesada ropa que llevábamos nos incomodó un poco. La gente de aquel pueblito parecía mirarnos con curiosidad, como si tuviéramos un cartel en la frente que decía “Turistas”, pero se mostraron amables y tranquilos. Aquel 23 de diciembre lo estaba pasando de lo mejor aunque sabía que era mi último día con Henry, él debía tomar un vuelo de regreso a Londres para festejar Navidad en compañía de su familia. Quizás aquel pensamiento exteriorizó mi tristeza porque Henry se detuvo y consultó:

—¿Qué te pasa? —acarició mi pelo.

—Nada.

—No me mientas, ¿estás pensando que pronto nos separaremos?

—Pienso si algún día nos van a dejar en paz, para estar tranquilos y juntos.

—Nadie se entrometerá de nuevo entre nosotros. Esta vez no lo permitiré.

Me abrazó y seguimos caminando mientras recorríamos el casco antiguo de la ciudad. Más y más casitas de madera con muchas ventanas y de diferentes colores ante mis ojos. Qué bonito lugar. Tomé de nuevo la mano a Henry y él besó mis dedos.

—Me encargaré de todo.

—¿De tu padre también?

—De todo y de todos. Eso incluye a mi padre.

No respondí. Caminamos durante horas, tomamos un almuerzo tardío en

un restaurante con aspecto de posada. Probamos el típico queso de la región y engullimos una serie de platos suizos. Y empecé a ponerme muy nerviosa. En el momento del postre, observamos por la ventana del lugar que la tarde se presentaba muy oscura.

—Qué raro.

—Adrienne, lamento cortar la inspiración de tu *fondue* de chocolate pero debemos apurarnos porque se viene una fuerte tormenta de nieve.

—*Mèrde*.

Mi atrevimiento era extremo: había desayunado como un cerdo y, no contenta con todo lo que había comido, me enfurecía dejar el postre sin terminar. En lugar de levantarme, apuré la cuchara para terminar mi *fondue*. Al verme tan concentrada en comer y haciendo sonar mi cucharita contra el recipiente del postre, Henry se contuvo para no reírse.

—Adrienne, ya vámonos de aquí —insistió después.

Envolviéndome en mi abrigo, tomé la mano de Henry y salimos corriendo en dirección al hotel. Nos habíamos alejado varias cuadras de nuestro alojamiento y una ventisca nos azotó la cara. A nuestro alrededor no había nadie.

—Debemos ser los únicos tontos que nos encontramos aún en plena calle —comentó Henry entrecerrando los ojos. El frío nos golpeó con cada paso que fuimos dando, a duras penas conseguimos llegar a nuestro hotel. Subimos corriendo a la *suite* y Henry consiguió cerrar la ventana que se había abierto por el fuerte viento de la incipiente tormenta de nieve. Prendí la luz; eran las cuatro de la tarde pero parecía medianoche.

Me quité el sombrerito y el abrigo, desanudé la bufanda y me deshice de las botas. Henry me abrazó mientras me besaba el cuello.

—¡Piedad, por favor! Estoy llena como un tonel.

—¿No es una buena manera de asentar la comida? —dudó con picardía.

—Me siento redonda como un queso suizo. Quizás me convendría tomar primero un té.

Un nudo se me instaló en la garganta. ¡Oh, era el miedo que me estaba torturando! En realidad estaba retrasando el momento de intimidad con Henry, no por falta de ganas sino porque estaba cada vez más nerviosa. Él no quiso presionarme, dejó que pidiera el dichoso té y llamó a su amigo Dudley Barton.

—¡Su alteza! ¡Majestad! —exclamó Barton al escucharlo—. No sabe todo lo que pasó desde que usted se fue de la ciudad.

—¿Qué pudo haber pasado en tan poco tiempo, Barton? Estás asustándome —dijo Henry preocupado.

—Su novia... Mejor dicho, ¡su exnovia! Anda diciendo que es un bueno para nada.

—Qué novedad. Eso siempre lo dijo, y hasta llegó a decírmelo en la cara unas mil veces.

—Soy yo el que no se expresó bien. Pero al diablo, se lo diré, total se enterará apenas mire la tele o lo que dicen en las redes: Chelsy dijo que usted no podía complacerla íntimamente.

—¿Qué? —dijo Henry y empezó a reírse como un loco.

—Lo que acabo de decir, Su alteza... Usted quizá no pueda... ¡Perdón! No lo expresé como en burla. Me refiero a que usted debe parar... ¡No, no quise decir eso tampoco! —Dudley estaba desesperado porque, al querer aclarar las cosas, parecía que más vocablos referidos al “supuesto” problema de Henry salían de su boca. Y mi novio se descostillaba de risa.

—Entiendo, en realidad quieres decir que debo detener a Chelsy, ¿no?

—¡Eso!

—Y dado que no sirvo para otra cosa, porque soy un impotente, ¿no te parece que al menos tengo que compensar esa falta con un poco de intelecto?

—No le haga caso a esa señorita, hasta parece una loca, señor.

—Que diga lo que quiera, no me importa —dijo Henry indiferente encogiéndose de hombros y atrayéndome hacia su pecho—. Ahora debo cortar porque me encuentro con mi novia, mi verdadera novia, Barton.

—Claro, entiendo. Cuando se casen...

—Por supuesto que tendrás la exclusiva, Dudley.

—Señor, es usted muy generoso. Quería advertirlo sobre esto, muchas gracias por haberme llamado. Menos mal que se tomó a bien los rumores que extendió la señorita Owen-Keller. Ya se callará, lo dice nomás por rabia, alteza.

—Conozco de sobra a Chelsy. Y gracias por hacerme reír tanto.

—Los dejo ahora en paz. ¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad, Barton —Henry cortó la comunicación, para dirigirse a mí en chiste—: ¿Ves que al final no represento ningún peligro? Tanto que te preocupabas por tu virtud, novia virgen. Quiera o no, terminaría respetándote.

—Y yo que pensé que si mantenía mi pureza hasta el día de nuestra boda me vería recompensada. ¿Entonces será así? —agregué con elocuencia lanzando una risita.

—Chelsy hasta me da lástima. Está loca de verdad.

—Quiere destruirnos a los dos. Ya con esto nos dio verdaderos indicios de que es capaz de todo. ¡ La voy a dejar calva a la mal teñida esa. Tendrá buenos motivos para decir que soy una india y también una salvaje.

—Podrá hacer y decir lo que quiera, pero no volverá a separarnos —dijo con tranquilidad—. Te lo juro.

No pude contenerme y me arrojé sobre él para besarlo.

—¡Mañana ya es Nochebuena y tu hermano no dio señales de vida!

¿Tienes idea de dónde se metió? —preguntó Edward.

—No lo sé, padre. Él y yo no nos dirigimos la palabra desde hace ya un tiempo y, por lo tanto, ya no me hace partícipe de sus planes —respondió Louis.

—¿Puede saberse por qué?

—No lo diré porque eso es entre Henry y yo.

—Por alguna idiotez, seguro. Me parece muy estúpido de su parte que no se hablen como si fueran dos adolescentes enojados. Pero en fin... —utilizó el marcado rápido del teléfono inalámbrico de la sala, esperó unos segundos y apoyó el teléfono de manera ruda en la mesa.

—Y ese irresponsable de Pacheco que tampoco responde mis llamadas. Me escuchará cuando retorne de su viaje, aquel inútil.

—Papá, es vísperas de Navidad y Tony goza de un período de vacaciones de invierno. Tal vez ni él sepa dónde Henry se encuentra —comentó Louis.

Con la reacción de su padre, tuvo la certeza de por quién debía tomar partido cuando se supiera la reconciliación de Henry con Adrienne.

El beso que le di a Henry despertó en mí la pasión que tenía olvidada. Mi cabeza era una mezcla de sentimientos, pero lo que tenía en claro era que lo seguía deseando como siempre e intuía que a él le pasaba lo mismo. Nuestras respiraciones entrecortadas se unieron junto a ese beso que no terminaba nunca. Con el apuro de dos amantes que hacía tiempo que no se veían y por fin volvieron a encontrarse, nos deshicimos de cada una de las prendas que teníamos puestas. Su boca se adueñó de mi cuello y sus manos exploraron mi cintura y mi espalda. Me aparté de él de manera instintiva.

—Adrienne, ¿qué te pasa?

Afuera, se escuchaba el ruido amortiguado de la tormenta. No sé quién de

los dos había apagado el velador pero la luz de la calle se filtraba en la habitación. Miré a Henry, estaba en ropa interior y admiré su cuerpo perfecto. Luego me detuve en su perfil: la curva de su nariz, sus labios finos y la sombra de preocupación que le alteraba las facciones. Me extendió los brazos. Como si fuera una película, retazos de recuerdos se acumularon en mi mente con una serie de imágenes nefastas: la tarde que recibí las fotos de revistas amarillistas donde se podía ver a Chelsy y a Henry besándose, luego la posterior pelea que tuve con él que desencadenó gritos y llanto. Después recordé cuando viajé a Afganistán: el viaje en *jet* hacia Dubai con un Henry inconsciente y golpeado después de su secuestro, la espera angustiante para confirmar si se salvaría o no, la indiferencia de Louis, la humillación a la que fui sometida por parte de Chelsy...

—Adrienne, deja que me acerque —dijo Henry sacándome de mi *flashback*.

—¡No! —dije alejándome de nuevo mientras me cubría el pecho—. No quiero que me lastimes más. Haciendo el amor con vos me estaría entregando en cuerpo y alma, y cuando antes lo hice, me dolió mucho perderte.

—Me conoces bien, no haremos nada que no quieras, *cara*. ¿Puedo abrazarte? —preguntó después con dulzura. Asentí en silencio.

Me abrazó y sentí su perfume, seguía usando la misma fragancia que me encantaba. Me besó las mejillas, la frente y los párpados.

—Tenés que contarme todo. Quiero ser siempre tu novio, tu amante, tu futuro marido y también tu amigo y confidente. No habrá nunca secretos entre nosotros, mi Adrienne.

—Tengo un miedo atroz. De sufrir de nuevo, de que me duela el corazón y el alma.

—Te entiendo porque yo también. Ninguna mujer logró que sintiera lo mismo que ahora. Tal vez no debería haber sido tan brusco dejándome llevar

por el deseo de hacerte el amor, pero no pude contenerme. Eres tan hermosa —depositó sus labios con suavidad en mi hombro. Lancé un suspiro de satisfacción. Desde el momento que tuvimos intimidad, el sexo con él fue único.

—Yo tampoco pude, lo que me pasa es tan fuerte —dije con sinceridad. Tragué saliva con esfuerzo, me costaba hablar—. Pero todos los fantasmas de nuestra separación se amontonaron en mi mente y me salí de clima.

—Lo sé, pero la idea es que ahora nos olvidemos de todo —apoyó dos dedos sobre mi mentón y acarició mi labio inferior con el pulgar. Sonreí un poco más tranquila—. ¿OK? —volví a asentir—. ¿Sabes? Por un momento pensé que te avergonzabas de mí, porque te cubriste cuando quise tocarte —bajé la mirada y no supe si me cubría el pecho para que no me viera o me resguardaba el corazón para que no volviera a hacerme daño.

—Tomé conciencia de lo que haríamos. Me di cuenta de que estaba prácticamente desnuda por fuera... y también por dentro.

¿Qué podía perder? Nada. Si no me animaba a entregarme a él, perdería mucho más. Y solo Dios sabía lo que deseaba ser suya. Era una mujer de carne y hueso con formas y olores de mujer, con necesidades, miedos y fobias. Ya era hora de que dejara los pensamientos de lado, las reflexiones serían para otro momento. Nunca actué a medias tintas y no lo haría ahora.

—Esperá —pedí. Me solté el pelo con un movimiento enérgico. Las hebillas cayeron en el suelo y dejándome llevar por un impulso, pedí—: Quiero que me desnudes del todo.

Solo quedaban las medias y la tanga, cuando Henry me quitó todo, aparté los brazos de mi pecho.

—Ahora quiero que vos hagas lo mismo.

Se quitó los *boxers* sin despegar la mirada de mis ojos y luego me abrazó. Volví a embriagarme con el aroma de su loción masculina y el calor de su

piel. Me aparté pero esta vez para que me tomara de la mano y me condujera a la cama. Me acosté en el lecho apoyando la cabeza en la almohada. Inclinandose hacia mí, Henry volvió a acariciar mi cara.

—Mi amor —dijo sin dejar de sonreír—. ¿De verdad estás segura?

—Sí —volví a besarlo y esta vez me olvidé de todo, dejando en mi cabeza solo la idea de disfrutar de sus besos y caricias.

Henry me recorrió entera con los labios. Se detuvo en mis pechos y, cuando acarició mis pezones con su lengua, me estremecí de pasión. Era como si volviéramos a conocernos, a explorarnos como si nunca hubiera existido ningún encuentro de intimidad entre nosotros.

—Ay, Adrienne. Siempre me gustaron tus manos, no dejes de tocarme.

Sus dedos empezaron a acariciar mi clítoris y luego se adentraron en mi interior, explorando. Henry se acomodó encima de mí y cuando me penetró los dos soltamos un suspiro de satisfacción. Lo envolví con mis piernas, quería sentirlo bien adentro. No hubo dulzura en el acto, sino un deseo frenético de ser complacido. Henry me tomó de las caderas para que me subiera sobre él.

—Cabálgame como tú lo sabés hacer, Adrienne.

Me senté sobre él y lo tomé de las muñecas moviéndome de manera brusca. Él acompañó mis movimientos con embestidas. Parecía que la pasión se había adueñado de nosotros a tal punto de volvernos salvajes.

—Movete más. ¿No podés moverte más? ¿O no sabés? —lo desafié a los gritos, hasta puedo jurar que estuve a punto de lanzar una carcajada. Entre la pacata que se había asustado cuando le desabrocharon el sostén y la bruja lasciva que estaba sobre Henry haciendo exigencias a viva voz había años luz de distancia. Tal vez en otra vida, la inquisición me habría quemado con leña verde para que ardiera durante varias horas. Esa tarde me lo hubiera merecido.

—¿Así que quieres más?

—Sí. Y voy a tener que darle la razón a Chelsy, que te olvidaste todo lo que sabías.

Una vena le latió en la frente y arqueó una ceja. Se sostuvo de los respaldares de la cama y con una sonrisa malévola me embistió de tal manera que no tuve tiempo de articular palabra.

—No me pareció gran cosa. ¿Eso es todo lo apasionado y salvaje? Qué decepción —dije con crueldad.

En otras circunstancias me hubiera arrepentido de decir aquella frase, porque un tipo cualquiera se le hubiera bajado toda autoestima, o en el peor de los casos, me hubiera arrojado por la ventana para que me arregle como pudiera, así en pelotas en medio de la tormenta de nieve. Pero Henry no era así, él siempre recogería el guante, y de paso me daría una lección para cerrarme la boca. Me tomó de las caderas bajándome de encima de él y me acomodó de costado, poniéndome de espaldas. Me alzó una de las piernas y entró en mí casi con furia. Con cada movimiento me sentí en el cielo. Decir que vi las estrellas fue poco, más bien creo que llegué a contemplar toda la vía láctea. Alcancé el orgasmo con un placer que nunca había sentido, a tal punto que me pareció un tormento. Un tormento exquisito.

—Nunca me desafíes, Adrienne —dijo Henry. Me mordió el lóbulo de la oreja y volvió a embestirme con más ímpetu—. O lograrás que me porte así —nueva embestida y llegó para mí el orgasmo número dos. No pude emitir una sola palabra más, solo disfrutaba. Cerré los ojos y me concentré en recuperar mi manera natural de respirar.

—Adrienne, me dejaste muerto —lo escuché decir, por el tono se lo notaba exhausto—. Siempre es tu culpa.

—¿Yo? —pregunté indignada volviéndome hacia él para mirarlo a la cara y señalándome—. ¿Yo culpable de qué, atrevido? No puedo respirar como la

gente porque me dejaste así.

—Deberías fumar menos —dijo riéndose mientras se tapaba los ojos con el dorso de la mano. Se acomodó de espaldas sobre las almohadas, pese a la cruda temperatura del invierno suizo; los estábamos muertos calor—. Y no volver a desafiarme.

—Yo no te desafié.

—Debí grabarte así te escuchabas. Mentirosa —dijo abrazándose.

—Te volviste pensativa de nuevo, ¿qué te pasa? —preguntó después de un rato. Afuera, la tormenta de nieve azotaba las calles del pueblito que habíamos elegido para refugiarnos. Ahora, simplemente, después de hacer el amor con pasión, nos contemplábamos. Deseé que ese momento fuera eterno.

—No estarás triste, ¿verdad?

—Estoy tan sorprendida que, contra todo pronóstico, haya perdido la virginidad de una buena vez.

—Fue tu recompensa por no haber confiado en lo que dicen las malas lenguas acerca de mi persona.

—Una mala lengua. Haceme acordar que aparte de los pelos le arranque también esa lengua tan larga y venenosa que tiene.

Nos volvimos a dar un beso.

—¿Y ahora?

—Estaremos juntos de nuevo, y esta vez para siempre.

—Pero debemos separarnos. ¿Y cuando tu padre se entere?

—Mi padre se enterará porque, detrás de las tonterías que dijo Chelsy, llegará a sus oídos que volvimos a estar juntos, Adrienne.

Temía perderlo de nuevo. Esta vez no podría soportarlo.

—Si mi padre no está enterado de todo cuando retorne para víspera de Navidad, se lo diré.

—¿Y si esperamos un poco más? Quizás, después de las fiestas, puedas ir

en secreto a mi departamento por unos días.

—Esta vez no quiero esconderme como si fuera un delincuente.

—¿Y si no me acepta de nuevo? Tendrás que someterte a sus mandatos.

—¡Jamás!

—Pero él es tu papá. No quiero que vuelvas a enfrentarlo por mi culpa.

—Tomaré otras medidas.

—Louis tampoco me quiere.

—No necesitamos ni a Louis ni a nadie. Quiero que seas mi novia a la vista de todo el mundo y el mundo entero lo sabrá.

—Todo eso me da un *déjà vu* horrible.

—Esta vez no dejaré que nadie te humille ni te mire por encima del hombro. Como mi novia tendrán que respetarte. Eso también incluye a mi padre; no permitir que diga una sola palabra en tu contra.

Otra vez tuve miedo. ¿Esta vez permitirían dejar que estuviéramos juntos de una buena vez y en paz? Dejando de lado aquellos oscuros pensamientos, me obligué a dejarme llevar por el optimismo de mi novio, el hombre al que tanto amaba. Más tarde, fuimos a cenar y a la vuelta volvimos a unirnos dejando rastros de pasión y de amor en nuestra piel. Después nos quedamos abrazados, envueltos en nuestros saltos de cama de algodón y con todas las luces apagadas observando la nieve caer. De madrugada, Warren fue a buscarnos a la posada y reprimí el nudo en la garganta al ver la sencilla habitación que habíamos compartido y ahora debíamos dejar. ¡Otra vez íbamos a separarnos! En esas felices horas a su lado, Henry había revivido mi amor. Lo amaba más que nunca y me aferraba a la idea de que él también correspondía a mi amor.

—Adrienne, nuestra separación esta vez será muy corta.

Tomé mi mochila y, tomando su mano, bajamos a la entrada del hotel para recibir a Warren. El guardaespaldas dejó el auto en una calle poco iluminada

y nos esperó allí.

—Warren, ¿cuáles son los planes?

—Tendrán que ubicarse de nuevo en la baulera, a medio camino de Berna, Ronald nos esperará allí y usted subirá junto a él a otro auto. Lleva consigo el equipaje completo, así que mientras alcanzo a la señorita Adrienne a la posada junto a sus amigos, usted irá al aeropuerto y tomará el avión de las siete de la mañana con destino a Londres. Yo los alcanzaré un par de horas después.

Henry pareció sorprendido ante la perfección de aquel plan, pero Warren malinterpretó su silencio y preguntó:

—¿Está de acuerdo? Sino podemos cambiar lo que organizamos de acuerdo a lo que usted ordene, alteza.

—No, el plan es muy bueno —dijo Henry sin dejar de sorprenderse.

Unos instantes después, ingresó de nuevo al baúl. Cuando se acomodó como pudo, me tomó de la mano invitándome a que hiciese lo mismo.

—Vamos, Adrienne, juguemos a ser maletas de nuevo.

—Muy gracioso —ironicé entrando también y acomodándome en aquel ínfimo reducto.

—Pensarás que estás para algo mejor que viajar como si fueras equipaje, ¿no?

Le devolví el beso y reflexioné:

—Supongo que por este sacrificio me espera algo muy valioso después.

—Una vida juntos y una tropa de cocineros para impedir que vuelvas a hacer una *omelette* con hongos alucinógenos.

Pasó un rato y el auto se detuvo. El capó se abrió en medio de la madrugada invernal y contemplamos la cara de Ronald, el otro guardaespaldas de Henry.

—Señorita Adrienne —dijo ofreciéndome la mano y salí del auto.

Cuando Henry también salió del escondite, el gigantón se metió en el otro vehículo y lo hizo arrancar. Warren permaneció dentro del suyo.

—Adrienne, creo que ahora llegó el momento de nuestra breve despedida —dijo Henry rodeándome la cintura con los brazos.

Me acomodé, como pude, mi sombrerito de terciopelo y lo abracé.

—Me gustaría que cuando llegues me llames.

—Luego del brindis de Navidad, si logro comunicarme, hablaremos un largo rato. Siento que no podría soportar no tenerte a mi lado.

—Te amo, Henry.

—Yo también te amo y con toda mi alma. Quiero darte algo que siempre fue tuyo —tomó una de mis manos, hurgó en el bolsillo y sacó un estuche de terciopelo. Al ver la cajita se me estrujó el corazón.

—Adrienne, esto te pertenece. Una vez te fue quitado de manera injusta, y esta vez vuelvo a ubicarlo donde debe estar: en el dedo anular de la mujer que amo. Lo tendrás puesto para siempre; y mi madre, desde dónde esté, será feliz por ello.

—Hen —me arrojé de nuevo a sus brazos y besé sus labios agrietados por el frío—. Te amo muchísimo. Hasta me da vergüenza tener este anillo.

—Señorita Adrienne —llamó Warren indicándome que me subiera al auto. Henry subió al coche que conducía Ronald. Mi gigantón arrancó el auto y el que llevaba a Henry hizo lo mismo. Nos miramos por última vez.

“*Te amo*”, dijo con la mirada y con una sonrisa triste. Motitas de nieve empaparon la ventanilla del automóvil. “*Te amo*”, respondí también sin hablar y le envié un beso. Los dos autos tomaron caminos diferentes: Henry en dirección al aeropuerto y yo en compañía de Warren rumbo a la posada para pasar Navidad junto a mis amigos.

—¿Se siente bien, señorita Adrienne? —preguntó el guardaespaldas mirándome por el espejo retrovisor del auto—. Puedo aumentar la

calefacción.

—Estoy bien de verdad. Gracias —contemplé el anillo de mi dedo anular.

Afuera hacía frío y la nieve danzaba ante mis ojos. El paisaje se presentaba triste y solitario, pero mi corazón se encontraba en paz. Había recuperado por fin al hombre que tanto amaba.

Capítulo 7

Pegué un salto y quizás hasta grité, porque Warren se revolvió inquieto en su asiento de conductor. Estábamos camino al *château*. A través de la ventanilla, los caminos se presentaban oscuros y siniestros.

—¿Está bien, señorita Adrienne?

Me toqué la cara y noté que una película de sudor recubría mi frente y mejillas. Estaba tan abrigada que tal vez fue ese el motivo por el que había tenido esa horrible pesadilla. Me deshice de la campera y tiré a un costado la bufanda de lana.

—La señorita gritó y me asusté.

—No es nada, Warren.

Sin dejar de manejar, me tendió un pequeño termo de metal y una taza.

—¿Quiere un poco de café? Tal vez le parezca inadecuado compartir conmigo la taza, pero es lo único que puedo ofrecerle. Le pido perdón.

—Warren, con el respeto que te mereces, ¿por qué me pides perdón?

—La señorita es la novia de su alteza, mi jefe y no tengo otra cosa para ofrecerle.

—Este café tiene un aroma excelente. Y debe ser mucho mejor que el que hago yo, que es una auténtica basura —dije entre risas. No me equivoqué, porque al probarlo me pareció muy rico.

Era plena mañana cuando Henry llegó a Londres. Un automóvil con placas gubernamentales lo esperaba en el tramo del aeropuerto que se encontraba destinado a los aviones o *jet* privados que utilizaba la familia real.

—Señor, lo espera el Primer Ministro. Desea conversar con usted —

informó el chofer.

Henry suspiró de frustración. Lo único que anhelaba en aquel 24 de diciembre era darse una ducha y llamar a Adrienne. No podía soportar su ausencia, pero tampoco podía desairar una reunión con el *premier*, sería muy mal visto por su familia y un punto en contra en la maltrecha relación con su padre. Se encontraba viajando para el despacho del Primer Ministro cuando su celular empezó a sonar. Miró la pantalla y decía “Despacho de Hans”. ¡El rey de Holanda! ¿Qué querría?

—Hola, Hans. Qué raro escucharte, y grato también.

—Henry, ¿qué tal?

—Muy bien, volviendo de Berna.

—Martina y yo vimos los dichos de tu exnovia en esa ridícula rueda de prensa que armó. Me causó risa, pero en cambio mi esposa estaba pálida de horror y asombro. Dijo que deberías hacerle una demanda legal porque es lo menos que se merece.

Henry nunca fue amigo de Hans pero le tenía mucha simpatía. En las reuniones de protocolo de ambos países, siempre habían tenido la oportunidad de conversar a sus anchas y hablar de la vida de cada uno. En una oportunidad, el entonces príncipe de Holanda llevó a su novia Martina: una rubia alta, delicada en sus maneras y con un rostro de ensueño. No pertenecía a la pequeña burguesía y ni siquiera había nacido holandesa, pero poseía tal brillo que podía competir con cualquier futura reina y superarla con creces. El carácter latino de Martina lo impactó, tenía un carisma que la rodeaba como si fuese un halo y envidió a Hans. ¿A quién no le gustaría tener una novia así? Cuando conoció a Adrienne le pareció que tenía aquella impactante personalidad. Eso era lo que poseían ambas, tan distintas físicamente: se salían del molde. Henry volvió a la actualidad y contestó refiriéndose a Chelsy:

—Dejemos que hable y diga lo que quiera, en una de esas se muerde la lengua y termina envenenada.

Hans lanzó una carcajada y agregó después:

—Jodido problema. ¿No, Hen? ¿Y tu exnovia? No la Owen-Keller, sino Adrienne Mora... Porque no solo Chelsy hizo su aparición en los medios, es más, creo que todo lo que ella dijo fue opacado por las fotos que salieron hoy mismo.

—¿Te refieres a las fotos en Suiza? —Henry estaba sorprendido.

—Sí, en las que te estás muy acaramelado con Adrienne. Algún hijo de puta las vendió a una revista.

—Gracias, Hans. Era ya bastante fantasioso de mi parte imaginar que nadie nos siguiera hasta allá, pero pensé que aún no se sabría.

—Lo imaginé. Cuando Martina y yo éramos novios, viajaba seguido a los Estados Unidos para verla y, por más en secreto que quise mantenerlo, siempre se supo. En ese sentido, siempre estuvimos condenados, Hen. La intimidad no existe para nosotros.

¿Quién mejor que Hans para comprenderlo? Había elegido una novia que mucha gente no miró con buenos ojos, nacida en un país sudamericano y sin ningún barniz de nobleza en la sangre. Sin embargo, luchó con todo y contra todos y jamás se le pasó por la cabeza dejar a Martina porque la opinión pública no estuviese de acuerdo. Pero él había tenido algo muy valioso a su favor: su madre, la reina Margarita, deseó conocer a Martina, y ni bien conoció a la joven, la adoró.

—Perdón por esta conversación, me desvié del verdadero motivo de mi llamada —prosiguió Hans—: Después de las fiestas, Martina y yo tenemos programado un viaje a Reino Unido, y me encantaría que hablemos. Creo que te serviría de mucho saber en detalle cómo fue el comienzo de mi noviazgo con Martina, una plebeya que no merecía ser mi mujer, y mucho menos

calzarse la corona de futura reina de Holanda, según la opinión de muchos miembros de las demás casas reales europeas. Tu padre fue uno de ellos.

—Nunca coincidí con mi padre, Martina siempre me pareció encantadora.

—Gracias. Antes o después de las reuniones de agenda protocolar, si te parece bien, podremos juntarnos a conversar. Martina se muere de ganas de conocer a Adrienne, pero supongo que no estará en Londres para la fecha de nuestro viaje.

—No lo creo. Pero será en otra oportunidad.

—O quizás puedan venir ustedes dos a Holanda.

Henry iba a responder pero, a lo lejos y del otro lado del teléfono, se escuchó una voz infantil que decía en holandés “¡Papito! ¡Papito!”. Hans apartó un poco el teléfono y respondió por lo bajo con mucha dulzura:

—Perdón, mi hija menor vino a buscarme. Debemos ir a visitar a mi madre y está loca por ver a su abuelita.

—Adiós, Hans. Y muchas gracias.

Llegué al *chatéau* y me despedí de Warren. Fui a mi cuarto a cambiarme de ropa y más tarde toqué con suavidad la puerta de la *suite* de Tony que me abrió con cara somnolienta.

—Ah, ya llegaste. Pide algo para desayunar y despierta al bueno para nada de Xavier —dijo caminando con paso propio de recién levantado.

A nuestro amigo el *coiffeur* no fue tan fácil sacarlo del lecho: tuve que golpear la puerta durante cinco minutos. Vencida y con dolor de nudillos, le mandé un *WhatsApp*: Salió con prisa de su cuarto, tenía los cabellos en punta y el móvil en la mano.

—¡Adriana! Ya llegaste, ¿no sabes lo que pasó!

—¿Vas a contarme lo de Chelsy? Ya lo sé.

—Qué mujer más desagradable. Algún día pagará sus fechorías todas juntas.

—Voy a desayunar con Tony, ¿vendrás?

—¿Algo jugoso para contar? ¿Te reconciliaste?

Muy sonriente, extendí mi mano izquierda.

—¿Esto responde a tu pregunta?

—Oh. ¡El anillo de la “princesa de corazones” volvió a tu dedo! —Me lanzó una mirada cargada de comprensión mientras me daba palmaditas en el dorso de la mano—. Este anillo se quedará allí, nadie volverá a sacártelo, Adriana. ¡Tendrán que pasar por sobre mi cadáver; esa bruja de Chelsy esta vez tendrá que vérselas conmigo!

La reunión de Henry con el *Premier* fue breve cuando su teléfono empezó a repiquetear. Era su hermano. Pensó en no responder pero le pareció cobarde de su parte, así que preguntó con tono cortante:

—¿Qué mierda quieres?

—Hola, Hen. Supe que llegaste de viaje hace un par de horas.

—Sí, esta noche nos veremos en el palacio de abuela. Ahora estoy cansado y te agradecería que te ahorres el saludo, no me interesa. ¿Algo más?

—Padre vio tus fotos con Adrianne y está que revienta de rabia, mi consejo es que esta noche le hables lo menos posible.

—Y eso te alegra mucho, ¿verdad? Y aprovecho para decirte que me cago en tus consejos. No los necesito.

—No me alegro por las trabas que seguís teniendo con Adrianne. ¿Qué tal si luego conversamos?

—Tal vez si estoy aburrido se me dé la gana. Adiós, Louis.

—Creo que ya te pasas de resentido. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

—Adiós, Louis —repitió Henry con frialdad y cortó la comunicación.

Mis amigos estuvieron atentos a los que les conté.

—¿Y entonces? —preguntó Tony con ansiedad e hizo un elegante revoleo de manos. ¡Tac! El dardo que tenía en un puño casi llegó al blanco.

—Me dijo que enfrentará a su padre si era necesario. Pero yo quiero que el papá me acepte. Sé lo que es tener un padre complicado, porque pensé que solo el mío se llevaba las palmas.

Tony volvió a sentarse frente a mí y Xavier tomó otro dardo. Se arremangó para que su elegante camisa no lo molestase y tiró el dardo como un arma mortífera. Estuvo a punto de caerse pero no dio en el blanco.

—¡Diablos! Te toca, Tony.

Tony eligió un nuevo dardo. Lo estudió con entusiasmo, sonrió y dijo después:

—Adrianilla, no sueñes con tener así de fácil el aval de Edward. Deberás hacer una serie de jugadas muy inteligentes. Como esta, fíjate.

Se concentró en su objetivo, dar en un blanco que resultó ser la cara de Chelsy: En el centro del juego había una foto de la Owen-Keller durante un acto oficial, cuando era aún novia de Henry, saludando con una mano enguantada a un público británico que nunca la soportó del todo. Tony lanzó el pinche y ¡TAC! llegó a dar en la mejilla de una Chelsy muy sonriente. El juego del tiro al blanco con la imagen de mi rival como centro había sido una idea de Xavier.

—¡Le di en el blanco! ¡Le di en el blanco! Con este dardo no necesitaré darme una inyección de *Botox* —Tony daba saltos de alegría.

—Mentira —se enojó Xavier—. El centro es la nariz operada, no le acertaste.

Dirigiéndose a mí, Tony agregó:

—Aun así no podremos sortear a Edward para llegar a la reina, tenemos que encontrar una manera.

—¡Quiero estar al lado del hombre que amo! ¿Por qué es tan difícil?

El asistente de Henry señaló la sortija que recuperé:

—Ese anillo es la prueba de su amor, del cariño infinito que te tiene.

—¿Y qué pasará esta noche en palacio? ¿Hablará con su papá?

Xavier abrió la puerta para recibir el periódico. Lo hojeó con indiferencia pero al llegar a una página lanzó una exclamación.

—¿Qué pasa? —quiso saber Tony.

El *coiffeur*, blanco como un papel, extendió el diario ante nuestros ojos y leímos el titular de la página de espectáculos: “El príncipe Henry y su exnovia... ¿Reconciliados?”. El *copete* decía: “Por Roger Spinker. (Enviado especial a Suiza) Tras los dichos de su exnovia acerca del supuesto mal desempeño íntimo del príncipe, aparecieron imágenes de Su alteza real en compañía de la criticada Adrienne Mora. Se los ve acaramelados y a punto de besarse. ¿Encuentro fortuito? ¿Reconciliación en puerta?”.

La fotografía era muy clara. Nos mostraba abrazados.

—¡Mierda y más mierda! —Dijo Tony arrebatando el diario a su amigo—. ¿Quién habrá sido el asqueroso al se le ocurrió robar estas imágenes? Ahora sí que estamos bien jodidos.

—¡Tony! ¡Tony! Lo que te hará el vejete Edward cuando vuelvas a Londres —agregó Xavier en voz baja.

—¡Cállate, idiota! ¿Estará mi jefe enterado de todo esto?

—Sí, lo temíamos.

—¿Qué importa ahora? No puedo llamar a Henry, sería demasiado arriesgado. ¿Qué tal si en lugar de volver a su casa se dirigió al palacio? ¡Necesito saber quién fue el que tomó las fotos para entablar una demanda

contra este inmundo *château*!

—Claro, esas fotos fueron tomadas desde el interior del hotel —dijo Xavier muy pensativo.

—¡Dimitri! ¡Fue Dimitri!

Llamé a mi examante, y respondió al primer timbrazo.

—Adrienne, *ma belle*. ¡Qué sorpresa!

—¡Ridículo!

—*Chèrie*, ¿ese te parece un cariñoso saludo de vísperas de Navidad?

—Dimitri, no quiero jugar. No entiendo tu actitud, tienes un buen pasar económico. ¿Por qué quisiste arruinarme de esa manera?

—Sencillo, Adrienne. No me gusta ser el paño de lágrimas de una cualquiera que me usó como a un idiota. Además me hice de una buena suma adicional por vender tus fotos. Gracias por este inesperado regalo de Navidad.

—¡Esas fotos son robadas!

—Yo también te quiero, linda. Qué tengas una bella Nochebuena.

Antes de cortar, oí que me arrojaba un beso. Con lágrimas en los ojos, tiré mi móvil bien lejos y se abrió en el piso, dejando la batería y sus demás partes esparcidas alrededor.

Tenía ganas de escuchar la voz de su *caríssima* pero no pudo comunicarse con ella, el teléfono estaría apagado. Frente al espejo se acomodó el uniforme negro compuesto por un saco de cuello redondo, pantalones de corte recto y adornos que engalanaban los hombros y mangas. Las medallas relucían en el pecho, bien cerca de su corazón se encontraba Las Alas de Plata, condecoración recibida por su padre que le otorgó el grado de Piloto Mayor de helicópteros. El mayordomo le entregó la banda amarilla y roja que Henry

debía ubicar debajo de una de las charreteras que pendía del hombro izquierdo y estirla envolviéndose la espalda.

—Alteza, ¿necesita algo más?

—Llama a este número de teléfono.

—¿Adrienne Mora?

—La señorita Adrienne, quisiste decir. ¿No es cierto?

—Discúlpeme, mi señor. No quise ofenderlo.

—Cuando logres comunicarte con ella, avísame —dijo Henry con sequedad.

Mathew volvió a la sala, con paso propio del rango que ocupaba en la casa. Henry se sintió culpable por la reacción que tuvo con Mathew. Nadie tenía la culpa, porque nunca le dio el lugar adecuado a Adrienne cuando tendría que haberlo hecho. ¿Por qué solo le dio ese derecho a Chelsy? Mathew volvió a los cinco minutos.

—Intenté llamar pero el teléfono se encuentra apagado. ¿Desea algo más?

Era lo único que faltaba, no poder hablar con su *caríssima*. Más tarde llamaría a Tony para que lo comunicase con ella. Envuelto en sus pensamientos, ordenó:

—Saca mi abrigo del *placard*.

—¿Cuál?

—Ese cruzado y largo, y también mi boina celeste de ceremonia. Aquella que tiene un escudo al costado y un ribete de color azul oscuro.

La boina que llevaría esa noche, para completar su vestuario protocolar, la usaría para saludar desde uno de los balcones principales del palacio de la Reina.

—No quise molestarlo en su descanso, pero llamó hace un par de horas Su excelencia, el futuro duque de Worcester —agregó Mathew.

—¿Qué dijo Charles?

—Le desea una feliz Navidad desde Hawai.

—¿Desde dónde? —gritó Henry con peor humor—. ¿Y cuándo vuelve?

—No lo sé, mi señor. Dejó un saludo para usted.

—Diablos —farfulló Henry ya de pésimo ánimo. Miró el reloj de la sala principal. Las siete de la tarde, debía irse.

—¿Creen que mi teléfono tiene arreglo? Lo tiré con tanta rabia que explotó en el suelo.

—Tu novio llamará a mi celular, mira si no lo conoceré, *¡ja!* —Me aseguró Pacheco— Ahora termina de arreglarte que te sacaré una foto.

Me peiné y concluí mi arreglo con un brillo en los labios. El festejo de Navidad solo nos incluía a nosotros tres, pero Xavier insistió en que nos vistiéramos de etiqueta. Me habían obligado a lucir un hermoso vestido de color verde esmeralda de tela de raso con mangas hasta la mitad del codo y escote redondo. Era largo al punto de tapar mis feas rodillas. Lo combiné con unos zapatos del mismo color.

—¿Lista? —preguntó el peluquero ofreciéndome el brazo—. Imagina que soy Henry, querida.

—Claro, si hacemos de cuenta que lo secuestraron en un safari en África y alguna tribu salvaje ensayó con él un método de achicamiento hasta dejarlo de un metro y medio de estatura —agregó Tony.

—¡Pérfida! Estoy muy elegante, ¿vieron que bonita camisa tengo? Me la regaló Amy para mi cumpleaños.

—Muy bonita tu ropa, ahora quietos que deseo una foto de ustedes dos. Príncipe Henry diminuto, te quiero bien erguido —indicó Pacheco a Xavier mientras tomaba el móvil y gritó—: Adriana, por favor, pon a la vista tu anillo de compromiso. ¡Con lo que nos costó recuperarlo, por Dios Santo!

Luego de sacarnos la foto me puse seria.

—¿Ahora qué te ocurre? —preguntó Xavier mirándome con preocupación —. ¿Una náusea?

—Ya bastantes habas se cuecen en Londres como para que vengas con semejante tontería, Adriana —dijo Tony de malhumor.

—Se me ocurrió que Chelsy podría encontrarse esta noche en los festejos del palacio.

Bastante práctico, Xavier tomó su móvil y dijo:

—Es fácil de saber, llamaré ahora mismo a Amy así salimos de dudas.

—Adrianilla, no seas ridícula —reprendió Tony—. Con el escándalo que armó, no asomará la nariz ni a un kilómetro del palacio. Andrew Owen-Keller deberá ser quien más lo lamenta. ¡Al borde de la quiebra, pensará en la succulenta cena que se perderá, encima gratis!

Mis dos amigos estallaron en carcajadas. Pero yo seguí seria.

—¡Fuera esa cara de preocupación que hoy es Nochebuena! Telefonaré a la hermosa Amy y nos enteraremos de todos los pormenores. Quizás hasta me diga quién es la más ridícula de la fiesta —dijo el *coiffeur* con mucho entusiasmo y al comunicarse al número que quería, dijo—: ¡Querida Amy! ¿Cómo estás, mi reina?

Cuidadosa de no arruinar mi elegante atuendo, me senté muy tiesa en una silla. Tony abrió la puerta y dejó pasar al camarero con un carrito que contenía una bandeja repleta de pan, quesos y nuestra cena, además de una botella de vino.

—Dime, ¿llegó Henry? —preguntó Xavier.

—Es Xavier —informó Amy posando el celular en el pecho. Una diadema de brillantes adornaba su pequeña cabeza.

—¿Ni siquiera esta noche ustedes dos pueden dejar de chismorrear? —dijo Louis en broma mientras se miraba en uno de los espejos de la sala del palacio y se ponía los guantes. Al igual que el resto de los miembros masculinos de la familia real, lucía su atuendo de ceremonia. Estaba vestido de uniforme de acuerdo a su rango militar—. En dos minutos debemos estar saludando desde el balcón. No te demores, mi amor.

—En dos minutos, querido —cuando el hermano de Henry se alejó, Amy se concentró en la llamada y susurró—: Henry acaba de llegar y Edward apenas lo saludó. El aire de este lugar se corta con un cuchillo. ¡Xavier, tengo ganas de irme ya!

—Calma, querida, Los nervios traen arrugas —advirtió Xavier.

—La cena será un desastre. Y Edward trae una cara tan larga que llega hasta las mazmorras del palacio. Espero que los cubiertos no vuelen durante la comida.

—No lo creo, la Reina estará presente. Todos andarán con pies de plomo al menos por esta noche. Dime una cosa, ¿por alguna de las casualidades Chelsy se dejó caer por allí?

—Es lo único que falta. Ella y sus padres fueron invitados pero no vinieron. Xav, no te enojés, pero debo estar en el balcón ahora mismo para el saludo de Nochebuena. Deséame suerte en esta difícil cena. ¡Y Feliz Navidad!

—Feliz Navidad, Amy.

Amy corrió al balcón. Se ubicó al lado de su marido y advirtió las caras de quienes la acompañaban: Louis mirando con simpatía a su hermano quien apenas le devolvía el gesto porque toda su atención se desviaba en el padre de ambos, quien lo observaba con muchísimo enojo. Al llegar la Reina en compañía de su marido, todo cambió. Henry ofreció su brazo para que la dama se apoyara en él y así acompañarla al estrado del balcón principal,

Louis la tomó de la mano. La señora, muy elegante, levantó una mano enguantada y saludó a la multitud. Los demás la imitaron con grandes sonrisas y los *flashes* de las cámaras brillaron. Luego del saludo a sus súbditos, la Reina pidió que una de sus damas de compañía la llevaran a su cuarto a cambiarse, y con eso parecía que los ánimos habían vuelto a la normalidad: Henry arqueó una ceja y se sacudió la falsa sonrisa de folletín, Edward recuperó su agria expresión y Louis tomó la mano de su mujer para llevarla a la sala de fiestas. Las únicas que no modificaron su ánimo fueron las princesas de York, hijas del príncipe Bernard, hermano de Edward. Las jóvenes se encontraban exultantes, pellizcaban y hacían bromas a Henry para hacerlo reír.

—¿Todo igual con tu hermano? —consultó Amy a Louis.

—Sí, creo que la cena de vísperas de Navidad nos quedará atragantada.

Comí poco y las dos copas de vino que bebí me dejaron alegre. Tony y Xavier pidieron una botella más y se encontraban de risa en risa. Golpearon la puerta y el visitante resultó ser Mike, guardaespaldas de Robbie.

—¿Mike, qué hacés acá?

—El señor Shott alquiló una casa cerca de este *chatéau* y los invita a brindar por la Nochebuena. Traje la camioneta para llevarlos.

—¡Yo creo que estaría divertidísimo! —opinó Xavier.

Asentí y dije entonces a Mike:

—Llévanos.

La Reina se retiró a descansar, se encontrada agotada por la hora avanzada y, en cuanto se fue, un clima de tormenta empezó a sobrevolar la mesa. El

primero en atacar fue Edward.

—Es complicado el hecho de recibir premios en un país extranjero —dijo con una sonrisa malévol—. Uno se imagina que se encuentra seguro de los *paparazzi* y ¡zas! Se descuida. Tenemos muestras de ello.

Henry trató de ignorarlo pero su padre prosiguió con los comentarios repletos de sorna:

—Es importante cuidar la imagen, la prensa te sigue a todas partes. ¿Y si uno se encuentra en pésima compañía? Después no queda más que lamentarlo.

—La prensa puede ser una aliada o una pésima rival, papá —dijo Louis—. Es difícil discernirlo. Aunque por ahora se porta dentro del todo bien con nosotros.

Se hizo el silencio y Amy aprovechó para comentar con una gran sonrisa:

—La fundación que preside Louis organizó un viaje a Mozambique. Mi padre contribuirá para la construcción de un hospital para niños, ya se lo pedí y aceptó muy gustoso.

—Muy bien, Amy —felicitó Edward—. Eso se llama casarse con la mujer adecuada.

Con furia, Henry lanzó su servilleta al piso. Louis decidió hacer lo posible para evitar el desastre y agregó:

—El trabajo de Henry en el orfanato que inauguró hace un tiempo fue excelente. Tony está arreglando una visita oficial a Zimbawe para la construcción de un centro de apoyo a las víctimas de la violencia. ¿Es cierto?

Henry contestó con un parco:

—Aún no se encuentra decidido.

—Sería muy interesante el trabajo en aquel lugar —dijo Amy.

—Chelsy hizo un muy buen trabajo a tu lado para la construcción del orfanato cuando fue... Tu novia —agregó el príncipe Edward.

—¿Te parece que lo haya hecho por gusto? Tu amigo Andrew Owen-Keller le ordenó que fuera conmigo.

—Chelsy no está acostumbrada a esos menesteres, es una muchacha mimada.

—Papá, no le gusta ayudar a nadie más que a sí misma. Tiene asco de la gente pobre, se ponía a llorar porque la picaba un mosquito o se quejaba al ver sus uñas llenas de polvo. Una vez, cuando un nene del orfanato apoyó la carita en su vestido, por poco se muere de espanto. ¿Esa es la mujer adecuada que querías para mí?

—Lou, vámonos de aquí —suplicó Amy a su marido. Ya adivinaba la pelea que estaba a punto de armarse entre su cuñado y su suegro.

—¿Y esa mujer con la que volviste a encontrarte sí es la adecuada para ti? ¡Otra vez tonteando con aquella tipa! —gritó Edward.

—¡No la llames de esa manera!

—La llamaré como me plazca. ¿No te das cuenta de que solo le interesas por el dinero de tu madre y tu título, imbécil?

—No confundas a Adrienne con Chelsy. Está aterrada por quedarse en la ruina y por eso deseaba casarse conmigo.

Edward ignoró la respuesta de su hijo menor y prosiguió lleno de furia:

—¿Dónde está el anillo que heredaste de tu madre? ¡Seguro que en el dedo de aquella muerta de hambre! ¡De esa indigna de entrar a esta familia!

Henry salió del salón y su padre también se levantó dispuesto a seguirlo:

—¡No me dejarás con la palabra en la boca como siempre te atreviste a hacerlo!

—Yo me voy, no soporto más —dijo Amy—. Estaré en casa.

Louis la besó en la frente y se dirigió al despacho de su padre, donde se celebraría entre Henry y Edward una discusión con ribetes bélicos. Todos los relojes del palacio empezaron a sonar dando las doce de la noche. Los

presentes de la mesa se encontraban en silencio: el príncipe Bernard, la madrastra de Henry y Louis, y demás nobles presentes, entre ellos Ferdinand, el padre de Charles, quien no venía teniendo una buena racha con su único hijo, un cabeza fresca preocupado por las fiestas y divertirse a lo grande. Las únicas animadas en esa espantosa noche eran las princesas de York, que entrechocaron sus copas y exclamaron: “¡Feliz navidad!”.

La casa donde se celebraba la Nochebuena de Robbie Shott era una mansión blanca y rodeada de enormes pinos salpicados por la nieve que no cesaba de caer. Al llegar, contemplamos una enorme pelota plateada de boliche que engalanaba el techo del salón de fiestas y luces de colores acordes con la fecha. La música era pegadiza, invitaba a bailar y todos los que estaban allí parecían contentos. Robbie me tomó de las manos ni bien me vio. Tenía puesto un gorrito de Navidad y un elegante traje negro.

—Adrianita, gracias por venir.

—Estoy bien, ¡gracias por invitarme a tu fiesta! —dije también a Miranda que me rodeó los hombros con un abrazo protector. Ella siempre estaba muy *sexy*: se había puesto un vestido rojo de mangas largas con detalles de piel blanca en el escote y puños. También calzaba botas con los mismos adornos blancos y se había puesto sobre la cabellera rubia una corona hecha con ramitas de muérdago.

Cuando se hicieron las doce de la noche, la música cesó, se encendieron las arañas de cristal y brindamos con entusiasmo.

—Me hubiera gustado mucho que estuviera Henry —deseó *Robbie* en voz alta.

—*Rob*, ¿pensás que Adriana no? —preguntó Miranda.

—Me imagino que sí. Mejor se hubiera quedado en Suiza festejando

Navidades con nosotros, en lugar de aburrirse en grande con el amargado de Edward y aquel insípido de Louisito.

Acompañamos sus comentarios con carcajadas.

—¿Qué habrá pasado con Ivette? ¿Ginette? ¿Ivonne? —dudó el magnate chasqueando los dedos porque no acertaba con el nombre.

—Quiso decir, ¿Chelsy? —aventuró Xavier sin mirarme.

Para sortear el mal momento hice fondo blanco con mi copa de *champagne*.

—Esa zorra disfrazada de señorita bien —dijo Miranda con disgusto—. Nunca la soporté.

—¿Saben? Mejor no hablemos de Chelsy —pidió Tony para mi inmenso alivio y mostró mi anular de la mano izquierda—. ¡Adrianita recuperó su anillo!

—¡Qué bueno! ¿Entonces se casan? —preguntó Robbie y gritó a la servidumbre—: Más *champagne* ahora mismo.

—¿Nos invitarán? —preguntó Miranda con recelo.

—¡Todavía no nació quién ose impedirme la entrada a algún lugar! —Shott terminó la frase con el dedo índice en alto.

Era evidente que su padre quería demostrarle que no aceptaba a Adrienne... ni la aceptaría nunca. Edward no contaba que Henry había heredado su mismo carácter y la facilidad para enojarse. En realidad, todo comenzó cuando el hermano de Louis tenía unas pocas horas de vida; dicen que la primera vez que Edward lo contempló, achinó los ojos y entonces dijo a su mujer, la princesa Daria: “*Yo quería una niña. ¡Y te salió tan pelirrojo como tu familia!*”, y se retiró algo contrariado. En cambio con Louis fue todo distinto desde el principio: él era el heredero a la corona y, lejos de la

impetuosidad y soberbia que a Henry tanto lo caracterizaron, el hijo mayor siempre se mostró sereno, tanto que parecía un ángel al lado del manojito de nervios que era su hermano. La opinión pública siempre marcó una línea imaginaria como si los dos pelearan en bandos contrarios: Lou, el principito de apariencia cálida que toda matrona soñaba para su hija y por otro lado se encontraba Henry, la oveja negra de la familia. La única vez que Henry vio a su hermano imponerse de verdad y defender su postura fue cuando apareció en escena Amy Marshall- Sullivan. Louis discutió con su padre y logró blanquear a su novia plebeya.

Henry abandonó los pensamientos y retornó al momento actual. Su primer deseo fue abandonar el palacio de un portazo. Pero apenas, dándose cuenta de lo que hacía, llegó a uno de los despachos del primer piso, tal vez para continuar la pelea con Edward.

—Arruinaste nuestra noche de festejo, ¿estás contento?

—Saquémonos de una vez las caretas. No arruiné la cena ni te enojaste en el momento de la comida de Nochebuena.

El rostro de Edward se puso rojo y rumió su ira sin saber bien qué decir. Lo había dejado sin argumentos.

—Tengo razón, ¿no? —preguntó su hijo con ironía, y después prosiguió en el mismo tono sarcástico—: Mi decisión ya está tomada, continuaré mi noviazgo con Adrienne estés o no de acuerdo. Ella vendrá a Londres a la vista de todo el mundo, no tengo por qué esconderla. Ahora me voy.

—Lograré revocarte el título y tu derecho de sucesión al trono.

—No podrás sacarme mi título como lograste hacerlo con mi mamá, porque soy tu hijo. Además eso lo decide el parlamento y mi abuela. Sin su consentimiento no podrás hacer nada. Y agradezco tu bondad, porque no quiero ser rey.

—Yo seré rey. ¡No te olvides de eso!

—¡Muy bien, te felicito, futuro rey! —dijo Henry mientras aplaudía. Conocía a su padre como para saber que ese gesto lo enfurecería más.

—Del dinero que ibas a heredar de tu madre a los treinta y cinco años, no tocarás ni un centavo.

—Ese dinero no es tuyo, porque ese dinero se lo dejó madre —dijo una voz desde la puerta y, asombrado, Henry contempló la figura de Louis. ¿Cuándo había llegado?

—¡Este no es asunto tuyo! —gritó Edward cada vez más fuera de sí.

—Fue el dinero de mi madre y, tal cual lo dejó en su testamento, Henry y yo vamos a heredar la parte que nos corresponde. En cuanto al título de mi hermano, no podrás revocar nada. El derecho a la sucesión al trono no está sujeto a tu decisión.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te atreves a desafiarme? Soy el primero en la sucesión al trono, eso no se puede negar.

—¿Y quién dijo eso? ¿Alguien te lo aseguró?

—Me decepcionaste —alcanzó a decir Edward con voz temblorosa y su fulminante mirada se volcó en su hijo menor—. En cuanto a tu tema, no creas que te saliste con la tuya.

—Vámonos, Hen. Papá necesita estar solo.

—Ustedes dos piensan que lograrán gran cosa. Louis, en algún momento hablaremos de esta indecorosa conducta tuya. Lograron arruinarme la noche. ¡Fuera de mi vista!

Henry miró a Edward con lástima. Su padre era un hombre de poco más de sesenta años, pero en ese momento le pareció un anciano. Derrotado, acabado, casado en segundas nupcias con una mujer que nunca pudo llenar el vacío que dejó la incomparable y recordada Daria, “la princesa de corazones”. Corine se mostraba poco atractiva, lucía una belleza llena de arrugas que ni el mejor maquillador podía disimular y la gente nunca le había

tenido demasiada devoción. Henry también comprendió que Edward iba justo con ella: encorvado, con su escaso pelo gris a punto de caérsele del todo y las mejillas mustias. Soñaba con ser rey pero el pueblo británico, demasiado exigente, jamás le perdonaría un divorcio además de un segundo matrimonio hecho ya en la madurez. Estaban ávidos por coronar al apuesto Louis y a su hermosa esposa. Alejándose de esos pensamientos, acompañó a Louis a la sala de fiestas. Tomaron asiento uno en frente de otro y el mayordomo principal les sirvió una copa de *champagne* para brindar.

—Feliz Navidad —dijo Louis levantando su copa.

—Feliz Navidad —repitió Henry aún pasmado por la forma en que Louis se comportó con Edward. Tuvo ganas de preguntarle cuáles eran sus planes pero su hermano ya había adivinado sus pensamientos y comentó:

—Estoy harto de que mi padre pretenda seguir manejando nuestras vidas. Y no te sacaré nada de lo que te pertenece, lo dijo para amenazarte.

—Eso no me preocupa, y sus amenazas jamás me perturbaron en lo más mínimo. Lo que anhelaba ya no lo tengo, quería que aceptara a Adrienne... por las buenas. Como no desea darme ese gusto, si quiere guerra la tendrá.

—Hen, no batalles más con papá, ¿alguna vez te dio resultado?

—¿Estás censurándome? No me importa tener aliado alguno en esta familia. Después de fin de año visitaré a Adrienne en París, luego la traeré conmigo a Londres y punto.

—Deberías esperar.

—Estoy harto de esperar, y de tanto esperar, dejé que humillaran a Adrienne de la peor forma. A ver, señor reflexivo, ¿cuál es ahora tu consejo?

—¿Y desde cuando tanto interés? Dijiste que te cagabas en mis consejos.

—Pero ahora no. ¿Qué se te ocurre?

—Deja a padre en mis manos, y veré cómo me las arreglo. Y no huyas a Francia, sino quedaría en evidencia que discutieron. Imagino que no desearás

a la prensa metida en todo este lío.

—Es lo que menos quiero. Además recordé que es probable que vengan Hans y su esposa en una visita oficial.

—A mí también me gustaría conversar con él, pero intuyo que no le caigo muy bien —musitó Louis.

Henry ahogó un bostezo, apoyó la espalda en la silla y replicó:

—Louis, tengo sueño y quiero llamar a mi novia. ¿Podrías hacer el esfuerzo de redondear la idea que se te ocurrió?

—Está relacionado con Hans, ¿por qué no llevas a Adrienne a Holanda?

—Adrienne no es mi novia oficial. Nada me molestaría más que allá la trataran como si fuera una simple acompañante.

—Hans jamás dejaría que ella sea tratada así.

—Debería hablar antes con ella. Quizás cuando se entere de la reacción de mi padre no quiera saber nada con exponerse en un país extranjero.

—Tal vez si Martina la invitase.

—Martina tiene nada más que curiosidad por mi novia y no creo que haga nada sin el consentimiento de su suegra, la reina Margarita. Hablaré con Hans, ¿y sabes qué? Mañana mismo vuelvo a Suiza. No quiero caras de culo ni una cena de mierda como la de esta noche.

—¿Mañana a Suiza? Padre estará insoportable.

—Puede hacer lo que quiera, me voy a Suiza. Buenas noches, Louis.

—Yo también me voy, Amy me está esperando. No te preocupes, ya me encargaré de padre.

Con banda de sonido y micrófono incluido, *Robbie* decidió deleitarnos con su propia versión de “*We Wish You a Merry Christmas*”. Estaba tan entusiasmado que pidió aplausos por doquier. En realidad ya eran más de la

una de la mañana y, como Shott la había cantado antes de la cena, pensó que era una crueldad del destino que Tony y Xavier y yo nos perdiéramos semejante espectáculo.

—¡Por Dios! Abomino esa condenada cancioncilla —comentó Tony mientras se abanicaba con malhumor.

—Me van a sangrar los oídos —dijo Xavier horrorizado luego que el acople de sonido por poco nos mata a todos.

*“We wish you a Merry Christmas,
We wish you a Merry Christmas,
We wish you a Merry Christmas,
And a Happy New Year.
Oh, bring us a figgy pudding,
Oh, bring us a figgy pudding and a cup of good cheer...”*

Robbie chillaba mientras sus amigos se encontraban en total éxtasis haciendo una ridícula coreografía. Algunos hasta tenían puestas máscaras con rasgos de renos.

Las gemelas griegas, las Sfakianakis, que habían llegado desde otra celebración de Nochebuena, también se unieron a aquella extraña danza. Al conocerlas, se me pasó por la cabeza pensar si Henry había tenido una aventura siquiera con alguna de las dos, aunque Miranda me aseguró que no, que solo eran amigas de mi *Principito* y quise creerle. Cuando me fueron presentadas, las hermanas se arrojaron sobre mí envolviéndome en una cacofonía que incluía halagos, risitas y comentarios poco entendibles. Prometieron llevarme a una de las tiendas más exclusivas de París para regalarme un traje por mi pronto compromiso con Henry. “Qué suerte que eres tú la que te casas con él y no la tal Chelsy”, dijeron mientras se daban codazos. Ahora las contemplaba bailar y aguantaba para no reírme a los gritos. Tony sintió vibrar su móvil y protestó a los gritos mientras lo sacaba

del bolsillo de su saco:

—¡Es mi señor! ¿Cómo diablos voy a poder escucharlo con semejante alboroto? —decidió atender mientras se tapaba el otro oído—: ¡Hola, Feliz Navidad, alteza! ¿Qué dice? ¡Ah! Entiendo, vuelve recién de la cena de Navidad del palacio. ¿Adriana? Está a mi lado. Su teléfono se rompió y por eso le pasaré la llamada.

—¡Hola, mi amor! —saludé de buen humor cuando tuve el celular de Tony pegado a mi oreja—. Voy un rato afuera así hablamos con tranquilidad.

Sin perder detalle de lo que me decía, me puse el abrigo. Una vez afuera, pude comprobar que mi capacidad auditiva no había sido restringida por causa de los gritos del magnate Shott.

—¿Qué es esa música? —quiso saber Henry.

—Tu amigo *Robbie* nos invitó a brindar por Navidad.

—Sus fiestas son muy divertidas, pero lo malo de Navidad es aguantarse el momento en el que canta un repertorio completo de villancicos. No te habrás reído, ¿verdad?

—Estuve a punto. ¿Cómo lo pasaste en la cena del palacio?

—Espantoso, no comí y ya llegué a casa. Voy a cenar algo porque me doy cuenta de que tengo un hambre horrible.

—Ah, ¿pero podrías ahondar más? Porque Barton tenía razón: las fotos que nos sacaron, se vendieron y salieron en todos los diarios y revistas.

—Ya está, Adrienne, lo sabe todo el mundo. ¿Para qué esconderse?

—Pero, ¿lo sabe tu padre?

—Sí, y eso te lo contaré en detalle mañana.

—¿Y hoy por qué no?

—Porque mañana volveré a Suiza.

—¿En serio? Tal vez esté muy mal que vengas, me refiero a que quizás a tu familia no le guste, pero... ¡Pero yo me alegro! Te extraño tanto.

—También te extraño. Y te amo, Adrienne.

—Te amo. ¿No vas a adelantarme nada?

—Me reconcilié con mi hermano.

—¡Qué buena noticia! —exclamé muy contenta pero a la vez intuía que Henry se limitaba a contarme la parte benévola de su retorno a Londres.

—Sí, ahora deberías volver a la fiesta de *Robbie* porque se ofenderá si no te ve saltando en tu silla y con lágrimas de emoción.

—¿A qué hora venís?

—Supongo que por la noche, no lo sé bien.

—Te espero, mi amor.

—Adiós, *cara*. Te amo.

Una vez concluida la conversación, volví al festejo de Shott con una sonrisa.

Capítulo 8

Esa misma noche, luego de volver de la casa de *Robbie*, apenas dormí. Con mis amigos jugamos a las cartas hasta las cinco de la madrugada y me fui a la cama sabiendo que permanecería despierta hasta bien entrado el día. Contrario a lo que había imaginado, dormité un par de horas. Al levantarme, mi cuerpo no manifestó cansancio. ¿Tenía esa sensación de euforia porque vería a Henry muy pronto? Pero tanto Tony y Xavier me hicieron saber sus opiniones ni bien me crucé con ellos durante la hora del almuerzo.

—¡Por Dios! —exclamó Pacheco.

—Qué ojeras —lo secundó Xavier.

—Nada que con maquillaje no se pueda corregir, ¿no? —contesté.

—Vamos a hacer maravillas con ese rostro tan hermoso que tienes —aseguró el pequeñito *coiffeur*—. ¿Cuándo viene tu novio?

—Me dijo que por la noche, pero desearía que hable antes en buenos términos con su padre, porque adivino que deben estar disgustados... Pero me hace bien saber que arregló sus diferencias con Louis.

—Él te aceptará, Adri —opinó Tony y, luego de elegir el menú, dijo con exasperación al camarero—: Que la ración sea doble, ¿entendido? No me vengan con un plato gigante decorado con dos guisantes y una diminuta porción de puré en el centro.

—Tony, no puedo creer que tengas tanto apetito. Siempre te gustó comer sano para cuidar la línea.

—Pasa que esta, luego de hablar con Ben Hascott, tiene una angustia oral, mi querida... Vuela de los nervios, como si fuera la primera cita en su vida que tiene —relató Xavier sosteniéndose las manitas y poniendo los ojos en blanco.

—¡Una cita con Ben Hascott! ¡Tony, qué buena noticia! —exclamé muy feliz.

Tony se puso rojo de la vergüenza y pegó un abanicazo en la cabeza de Xavier.

—No tenías por qué contarle. ¿No ves que Adriana está nerviosa porque mi señor llegará esta noche? No debemos distraerla con pequeñeces.

—¡Ay! —exclamó Xavier y le devolvió el cachetazo en el hombro.

—Me interesa y mucho. Quiero que toda la gente que me rodea sea feliz. Hascott tiene muy buena figura y es muy apuesto. Además, Henry me dijo que es una excelente persona. Tony, ojalá se te dé.

—Veremos, veremos. Es solo una cita —dijo tratando de restarle importancia.

—Es solo una cita... —repitió el *coiffeur* en broma—, esperemos que sea pronto porque, con la dieta repleta en grasas que vienes siguiendo, a ver cómo le haces para caber en la silla.

—Pero que enana tan envidiosa, ya te gustaría encontrarte en mis zapatos.

—Estoy muy alegre por tu buena fortuna, pero si te portas tan insoportable, Hascott saldrá volando, ¡y adiós, futuro festejante!

—¿Qué les parece una porción de torta de chocolate? ¡Necesito ahora mismo la carta de postres!

—Basta con este tema, mamá —pidió Chelsy mirándose las uñas. Esa *manicure* nueva que le cobró barato resultó ser lo indecible de torpe.

—Estúpida, ¿estás escuchándome? —Gritó Sophie con los ojos en llamas — Estamos en la ruina. ¡En-la-ruina! ¡Y todo por tu culpa!

—Eso deberías decírselo a mi padre, él se gastó todo su dinero, el tuyo y el que hubiese sido mi herencia en sus negocios idiotas —respondió la rubia

mientras se ponía de pie de un salto—. Y lo poco que nos queda lo desperdicia en prostitutas. ¿Qué culpa tengo yo en todo eso?

—Te dije que esa conferencia de prensa que habías dado en contra de Henry fue un error, ahora Edward no nos dirige la palabra.

—Edward no nos habla porque no sabe qué decir ante la reconciliación de Henry con aquella india sucia de Adrienne, imbécil.

Luego de aquella súbita explosión suya se sintió muy tranquila y volvió a sentarse frente a su madre.

—Pero ya está, por el momento, perdí —y tomó un sorbo de *whisky*.

—¿Cómo que ya está? Ahora subsanarás tu error. Charlarás con Amy, ella convencerá a su marido.

—Hablar, ¿con quién? No pienso rebajarme frente a esa asquerosa plebeya sin clase.

—Lo harás, o de lo contrario le daré la baja a tus tarjetas de crédito. Se acabaron los lujos, los vestidos y los zapatos. ¡Todo, Chelsy!

—No puedo creer que me sometas a semejante bajeza. ¡Soy tu hija! Y sabes que aquella mujercita me odia.

—Si Louis a través de ella no logra ablandar a Edward, tratarás de hacértele la amiga y, tal vez con eso, pueda hablar con su padre y quiera hacer negocios con el tuyo, querida. ¡Es necesario!

—¡No, no quiero! Dame otra alternativa, tiene que haber alguna más. ¡Por favor, mamá!

—La otra alternativa es Robbie Shott, tiene tanto dinero o más que el viejo Marshall-Sullivan. Deberás avanzar a través de su querida. ¿Se llama Miranda?

Chelsy se largó a llorar y corrió hacia el jardín. Se encontró con Byron y se refugió en sus brazos.

—Ya lo escuché todo, señorita. Cálmese —dijo con ternura mientras le

acariciaba el pelo.

—¿Vamos a tu habitación?

Byron tragó saliva. Nada mejor que tener a la señorita para sí, pero era de día y cualquiera podría sorprenderlos. Incluso la misma Sophie.

—Llévame allá, por favor. ¿Acaso no me quieres?

—Claro que la quiero.

—Entonces llévame allá. Necesito estar con alguien que me ame, porque tu amor es genuino, ¿no?

—Sabe que la amo.

—¿Vamos a tu habitación? —volvió a preguntar Chelsy abriendo la camisa de Byron con rapidez y acariciando el pecho firme. Luego su mano se deslizó un poco más abajo. Acarició la cremallera del pantalón con expresión inocentona.

—Byron, ¿tengo que rogarte? —pidió con voz de niña afligida.

—No, no. Iremos ahora, pero entre de nuevo a la sala y vaya por la parte trasera de la casa. Nos encontraremos en la puerta de mi habitación.

Chelsy miró a los costados y, al asegurarse que no había nadie, se abrazó a él y lo besó con intensidad. Después se despegó del chofer y fue corriendo de nuevo a la sala de estar de la mansión. Byron la saludó con la mano y se alejó rumbo a la cocina.

Ninguno de los dos supo que no se encontraban solos. El testigo salió de detrás de la pared donde se ocultaba para mirar a su antojo aquella sorprendente escena.

Henry ya tenía el equipaje hecho. Louis lo miraba desde un sillón cercano mientras saboreaba un café. En dos horas partiría de nuevo a Suiza.

—¿Vuelves el...?

—El dos de enero —respondió Henry mirándolo con una sonrisa.

—Ah, qué bella fiesta de fin de año pasaremos Amy y yo en compañía de padre.

—Lou, nadie te obliga a soportar a Edward. ¿Por qué con Amy no se toman unos días de vacaciones en algún lugar?

—Tendré que considerar esa buena idea tuya porque Amy ya tuvo bastante con la cena de Navidad en el palacio y no me parece justo que vuelva a pasarla tan mal.

—¿Y yo? ¿No has pensado que los ataques de nuestro padre fueron dirigidos a mí y no a tu mujer?

—Sí, por supuesto. Por algo me puse de tu parte —se apresuró a responder Louis.

Henry arrugó la nariz en señal de desconfianza. Le pareció haber notado algo en su comentario que hizo que dudara de que en verdad fuera genuino. Luego desechó la idea, por más orgulloso que fingiese ser, tener a su favor a Louis no era algo para desperdiciar.

—Lo sé. Ahora prepárate porque tenemos una entrevista —comentó después.

—¿Se puede saber con quién? No quiero entrevistas con nadie.

—Ando corto de tiempo, y sé que tú también. Pero se trata de Dudley Barton. Le debo una, o varias.

—¿De qué te sirvió si de todas maneras las publicaron?

—Pero sé que él no las compró, porque me avisó cuando se las ofrecieron. ¿Podrás darme ese gusto? De esa manera harás dos buenas acciones: dirás en la entrevista que aceptas a mi novia y de paso no permitirás que al pobre Barton lo echen de su trabajo.

—Hen, Barton conseguiría trabajo en cualquier lugar, la gente lo adora.

—Pero será difícil dejar que otro sea autorizado por la casa real para que

nos entrevistaste. Es uno de los pocos que tiene carta libre para ello. Además, Barton no es veleidoso, otro podría agarrarse de cualquier cosa que digamos para dar a entender que papá no acepta a Adrienne. Edward no creerá que fue una estrategia amarillista, dirá que fue hecho por mí y a propósito nada más que para desafiarlo.

—Tampoco creerá ahora en mí, pero ya no me importa. Igual será mejor no darle razones para enfurecerlo aún más. Entonces aceptaré la nota.

Henry se arrojó sobre su hermano y lo abrazó. Al igual que cuando eran chicos, se empeñó en alborotarle el pelo y desacomodar su impecable vestimenta.

—¿Terminaste? —preguntó un ceñudo Louis.

—Casi, pero ya tenés un aspecto menos acartonado.

—¡Estúpido! —antes de irse, se encargó de darle un último manotazo en el pelo a Henry para dejarlo tan despeinado como él.

Una de las mucamas abrió la puerta y entraron Barton y John, el fotógrafo que siempre lo acompañaba en las entrevistas. Curioso dúo formaban aquellos dos: Dudley Barton era muy rubio, delgado y altísimo. En cambio el otro era bajito, moreno y con una panza perfecta en su redondez. Dudley era muy simpático y hablaba hasta por los codos, John se mostró parco en las palabras y bastante serio. Henry bajó a recibirlos y le dio un apretón de manos a cada uno.

—¡Su alteza-majestad! Gracias por este favor.

—No es nada, Barton. Tomen asiento y pónganse cómodos. ¿Café? ¿Una copa?

—Café —gruñó John y el príncipe dedujo que, además de eso, no diría nada más en toda la nota.

—Un poco de agua. Gracias —pidió Dudley con una sonrisa acomodándose en una silla y John también hizo lo mismo. Henry se instaló

en su sillón favorito frente a ellos.

Mathew dijo:

—Mi señor, ¿le traigo agua al señor Barton en un cubo de plástico? Recuerde que en la nota anterior dejó caer dos copas de cristal y una taza de porcelana.

—No ofendas al señor Barton de esa manera, Mathew. No quiero cubos de plástico en mi casa —después preguntó con ironía—: ¿Acaso tomas la bebida en un recipiente así, como si fueras un perro o un pájaro?

—Mi señor, no pretendo ofender a nadie. ¡Pero por favor haga memoria! —Dijo el mayordomo—. Míster Pacheco perdió la cabeza aquella vez que vino el periodista porque hizo añicos parte del juego de vajilla, y usted sabe que perteneció a la reina Victoria... Dijo que si lo dejábamos, arrasaría con la vajilla completa de la casa.

Henry suspiró de enojo y el sirviente tragó saliva.

—Mathew, con mi vajilla haré lo quiero. La remataré en cualquier mercado de pulgas, la arrojaré por el aire como si jugara al *frisbee* o la dejaré caer al suelo como si se tratase de un puto casamiento griego. ¿Quedó claro?

—Quedó clarísimo, alteza.

Louis hizo su aparición en la sala de estar tan bien peinado como siempre. Barton se levantó de golpe y sacudió su copa llena de agua. Unas gotas cayeron en la cara del fotógrafo, quien bufó de enojo, y a Henry le aterrizó algo de líquido en el ojo.

—¡Señor futuro rey! —saludó el periodista.

Antes de que Barton se empeñase en hacer su voluntariosa y torpe reverencia, Henry le sacó la copa de cristal:

—Yo la tengo. Gracias —dijo con una sonrisa.

—Hola, Dudley —saludó Louis viendo como el delgado Barton enredaba

su larguirucho cuerpo tratando de homenajearlo por su título. Los brazos se movieron como si le fueran a salir alas y planeara salir volando por uno de los ventanales. En la cara del hermano de Henry burbujeó el nacimiento de una risa.

Una vez que Louis se puso cómodo en la sala comenzó la entrevista.

—Alteza, ¿qué opina de la señorita Adrienne?

—Sé que ama a mi hermano y que ese sentimiento es recíproco. No la conozco muy bien, pero intuyo que es una buena persona. Lo demostró cuidando de él cuando se encontraba convaleciente luego del secuestro que sufrió en Afganistán.

—¿La aceptaría como novia oficial del príncipe Henry?

—Por supuesto. Con mucho gusto.

—¿Cuándo será la presentación?

—Muy pronto —respondió Henry mirando a su hermano y ambos sonrieron. John disparó su cámara, enfocándolos.

—Se dijo que Su alteza real la duquesa de Cambridge, su esposa, conoció a la señorita Adrienne. ¿Qué hay de cierto en ello?

—Eso ocurrió unos días antes de nuestra boda. Amy quedó prendada de Adrienne, ella de mi mujer y luego... sucedieron varias cosas: mi casamiento y Adrienne no pudo concurrir, el secuestro de Henry y... —Louis empezó a titubear porque no sabía si nombrar a Chelsy o no.

—Con Adrienne nos acabamos de reconciliar. Eso es lo que importa —agregó Henry. Dudley pidió a Mathew una botella de soda. El mayordomo se la trajo y el entrevistador empezó a maniobrar para despojarla de la tapa.

—Pero Amy está muy contenta por mi hermano y Adrienne. Sin dudar lo ella le daría la bienvenida a nuestra familia —concluyó Louis.

—¿Y vuestro padre, el príncipe Edward? Lo siento, tengo que preguntarlo —se disculpó Barton. Mientras preguntaba hacía fuerza con la tapa de la

botella.

La tapa salió de la botella que tanto se esforzó en abrir... pero con el ímpetu de un misil ruso, tal vez por causa del gas de la soda. Todos los que estaban presentes la vieron surcando el aire y hacer un ¡PLOP! definitivo en uno de los cuadros de la pared, con tan buena puntería que resultó ser el óleo que mostraba a Edward y a Corine cuando recién se habían casado. La tapa aterrizó en la fresca sonrisa de la mujer de Edward y se encargó de sacarle pintura a uno de los pulcros dientes del retrato. Ahora ella lucía como si le faltase uno de los incisivos centrales. Una de las doncellas que justo pasó por allí, observó el cuadro, soltó una risita y huyó a la cocina.

—*¡Oh!* Lo lamento —se disculpó el periodista.

—Que óleo de mala calidad, hoy en día hacen las pinturas cada vez peores —comentó Louis—. Por suerte fue un regalo, la pintura no salió ni un penique.

Henry retomó la entrevista y agregó con respecto a la relación que mantenía con su padre:

—Él siempre quiso lo mejor para mí. Y lo mejor para mí es Adrianne.

Dudley sonrió con astucia y decidió no ponerlo en un aprieto.

—Eso es todo. Les agradezco esta nota —dijo levantándose de un salto y pegó con la rodilla la bandeja que contenía la jarra de agua, las copas y las tazas, empujándola hacia el suelo. ¡Crash! Todo se hizo pedazos. Henry agradeció que no estuviese Tony, porque del disgusto hubiera elegido unos de los cristales rotos para cortarse las venas.

Louis se tapó la cara con las manos bramando de risa como un endemoniado.

—No cambias nunca, ¿eh? —dijo Henry acostumbrado a la torpeza de Barton.

El periodista sacó su billetera.

—¿Cuánto es? No me hice cargo de los destrozos durante la nota anterior.
¿Pago todo ahora?
—Nada, Barton, ya te debo mucho. Gracias por venir.
—¿Y la cristalería que dejé caer? Parecía fina.
—Es barata. No importa —dijo Henry sorteando los cristales rotos para no pisarlos y acompañar a Barton y John hasta la puerta.

El *coiffeur* me miró con ojo crítico durante varios segundos.
—¿Así vas a esperarlo? —preguntó Xavier un poco inseguro.
—¿Qué tiene?
—Te traduzco lo que Xavier quiso decir —dijo Tony con mala cara—. *Jeans* grandes, remera barata, pulóver que no dice nada y zapatillas gastadas.
—¿Y cómo se piensan que estuve en Appenzell cuando Henry y yo nos reconciamos? Peor que ahora. Les aseguro que ahora me bañé y me perfumé.

—*Aggg*, pero qué falta de *glamour*. No quiero escucharte, ¡me matarás de un disgusto!

Xavier se lo quedó mirando. En todo el día, Tony no había dejado de comer. Y agregó con la boca llena de chocolate:

—Me refugio en la comida para no asesinarte. ¡Fuera de mi vista!

—A Henry le gusta cómo me veo así vestida.

—¿Estás segura? ¿Cómo si fueras a vender maquillaje?

—Es que no puedo pensar en otra cosa más que en su llegada. Quiero que me cuente todo.

—Mientras te arreglabas para convertirte en “la duquesa vendedora de maquillaje”, me mandó un *whats*. Ya está por llegar y recibió en su casa al periodista Dudley Barton. Lo que no me dijo es con cuantas copas menos

contamos en la casa, porque *ese* será buen periodista, pero en cuanto a su forma de moverse, bastante torpe es. ¡La vajilla que fue de la reina Victoria! Vale una fortuna.

—¿Y qué te dijo?

—Louis también estuvo en la entrevista. Y dijo en la nota que te acepta como novia de su hermano.

—Lo veremos —manifesté indiferente.

Martina siempre estuvo acostumbrada a la buena vida, a las elegantes cenas celebradas en las mansiones en compañía de la *elite*, pero nada podía compararse con el lugar en dónde vivía en la actualidad. Tardó un tiempo en amoldarse a los lujos del palacio dónde se mudó con el amor de su vida, Hans, rey de Holanda. En ese momento mientras la escuchaba hablar, él la miraba con el mismo embeleso del primer día que se conocieron en la fiesta de una amiga en común.

—Tony me habló maravillas de ella y quiero conocerla —sentenció Martina hablando de Adriana.

—Quizás tu amigo sea demasiado condescendiente y la chica no valga gran cosa. Me refiero a que linda es, pero...—dijo el príncipe Hans.

—¿Más linda que yo?

—Eso nunca. Y lo sabes muy bien —para abrazarla, la atrajo hacia su pecho—. Digo, ¿qué tal si en verdad la chica no está a la altura de las circunstancias?

Aquel comentario no le gustó a Martina, y como siempre habló a su marido con la verdad.

—Hasta pareciera que te pusieras de parte de aquel antiguo de Edward. Adriana se merece el lugar que ocupará en caso de casarse con Henry. ¡Y

cómo no ha de merecérselo! Aguantarse a Henry no es para despreciar, creo que es peor que tú...y eso ya es mucho decir.

En lugar de enojarse, Hans lanzó una carcajada.

—Es cierto. Hay veces que lo miro y siento que es una copia mía de hace algunos años. ¿Pero no mejoré siquiera un poquito? —preguntó con dulzura.

—Sí, y creo que Adriana está obteniendo lo mismo de Henry. ¿Eso no demuestra que son el uno para el otro?

—Tal vez tengas razón, cuando Henry habla de ella lo hace como si fuera su otra mitad. En cambio, aquella tonta muñequita rubia con la que estuvo...

—La tal Chelsy es un modelo de estupidez personificada. Y Margarita piensa lo mismo que yo.

—Ustedes dos se complotaron desde el día en que se vieron por primera vez —dijo Hans en broma haciendo hincapié en que su madre, la reina Margarita, apenas conoció a Martina, la consideró perfecta para él—. A veces pienso que es más madre tuya que mía, mi amor.

—Ella sabe cuánto la quiero. Y le preguntaré si es conveniente invitar a Henry y a Adriana a Holanda.

—Estás poniéndole demasiadas fichas en esa chica sin siquiera haberla visto nunca.

—Eso se llama intuición, querido. No sé por qué, pero presiento que es necesaria mi intervención en esta historia. ¡Nadie habla de una presentación formal!

—¿Y cuál es el siguiente paso si llega a caerte bien?

—Tu madre, Hans. Ella es muy exigente, puede que yo demuestre empatía y haga buenas migas con Adriana, pero si a Margarita no le cae bien, supongo que tendrá que lidiar sola y respaldarse en el amor de Henry. Qué no es poco, por supuesto.

—Hablares con mi madre, si así lo deseas.

—Dirá que sí, y de acuerdo a eso, llamarás a Henry y le dirás que venga a Holanda en compañía de su novia.

En uno de sus esfuerzos por divertirme, mis amigos hicieron lo imposible por levantarme el ánimo. Esta vez se habían propuesto armar un “musical” con el tema de Gloria Gaynor, *“I will survive”*.

Ver a Tony con una peluca corta de rulos negros y con la tez teñida de tono chocolate hasta el cuello, un bastón en la mano como si fuera un micrófono y emulando la moda de los años setenta de la Gaynor, fue algo que no pude resistir.

Hacía la mímica de la canción, bailando al ritmo del tema:

*“First I was afraid
I was petrified
Kept thinking I could never live
without you by my side
But I spent so many nights
thinking how you did me wrong
I grew strong
I learned how to carry on...”*

Si algo hacía falta a ese cuadro bizarro, fue escuchar el ruido de unos patines y observar a Xavier subido a unos *rollers*, vestido con un enterizo de brillante tono violeta con lentejuelas y un moñito negro en el cuello. El video era así, Gloria Gaynor cantando y una bella joven negra bailando en patines. Por supuesto que ellos no se querían quedar atrás. Tony siguió gesticulando y desde el oscuro maquillaje que lo envolvía, sobresalían los dientes y el blanco de los ojos. Xavier no se había maquillado para parecer negro, pero danzaba en sus patines con maestría. La voz de la cantante estadounidense llenó la

suite.

Las carcajadas brotaron de mi boca como una catarata sin fin. Con cada estrofa de la melodía, Tony me señalaba haciendo los pasos de la coreo como si el espíritu de Gloria se hubiera apoderado de su cuerpo.

Llevado por la música, y como si fuese la protagonista de la película “Castillos de hielo”, el *coiffeur* dio una vuelta tras otra sin marearse. Su enterizo violeta brillaba con intensidad. El “*cris-cris*” de sus patines era tapado por la voz de Gloria Gaynor. Oímos abrirse la puerta de la *suite*, era Henry con una mochila colgada al hombro. Evidentemente se había agotado de llamar a la puerta.

—Ya veo lo interesados que están en que llegue de mi viaje —exclamó sonriendo y luego arqueó una ceja al ver al peluquero deslizarse con maestría en sus patines y haciendo círculos en torno a él.

—¡Alteza! —gritó el *coiffeur* haciendo una reverencia sin dejar de patinar.

—Xavier —exclamó Henry haciéndose oír por encima de la potente y bella voz de Gloria Gaynor—. ¿Qué es esto? —preguntó después empezando a reírse.

—Una *súper* coreo. ¿No te encanta? —consulté arrojándome a sus brazos.

—Ya lo estoy viendo. Ustedes siempre encuentran recursos para no aburrirse —y se encontró con la ahora oscura tez de su asistente—. ¿Tony?

—¡Mi señor! —gritó Pacheco mostrando el impoluto blanco de sus dientes con una sonrisa. Los rulos de su peluca se agitaron al hacer la acostumbrada reverencia cortesana.

—Nosotros ya nos vamos, basta por hoy de música disco. Xavi, sal de *Spotify* y trae el móvil. Hazme ese favor, querido.

—Cómo no, mi reina de la música disco —luego de poner fin al tema de la Gaynor, por fin renació el silencio. Siguió deslizándose en sus patines

haciendo piruetas, quería seguir adelante con la coreo.

—¡Ya basta, *Sonja Heine!* —lo reprendió Tony, comparándolo con la famosa patinadora norteamericana de los años cuarenta—. Vámonos, mi señor y Adriana necesitan intimidad. Hasta luego.

—Eres tan hermosa, y te quiero tanto.

—¿Aun así? —pregunté avergonzándome por mi sencilla ropa. Tony tenía razón, por lo menos debía haberme maquillado.

—¿Cómo así? —dudó sin dejar de mirarme. Vista a través de sus ojos, me sentí preciosa.

—Tengo esta facha, los chicos me reprendieron. ¿No te parezco la princesa del maquillaje de catálogo?

—¿Piensas vender maquillaje por catálogo, *caríssima?* Puedes hacer lo que quieras, por supuesto. Pero pensé que te interesaba manejar los negocios de Xavier y diseñar zapatos.

Me levantó del suelo y enroscó mis brazos sobre sus hombros. Él tomó asiento y me sentó sobre sus piernas.

—Hen, quiero que me cuentes lo que pasó en tu vuelta a Inglaterra.

Me contó todo, ni siquiera obvió su enfrentamiento con Edward. Cuando escuché su relato sobre la oportuna intervención de Louis por defender los intereses económicos de Henry y su título, no evité estremecerme.

—Hen, ¿por qué tu padre me odia *tanto?*

—Se le metió en la cabeza que tengo que casarme con Chelsy y no quiere dar el brazo a torcer. Como le dije a mi hermano, si quiere guerra la tendrá.

—Yo tengo que hablar con él. Quiero que me explique el motivo de tanta humillación de su parte.

—*Cara.*

—Yo nunca te hice ningún mal. Él deberá enterarse del amor que te tengo, y que si así lo desea, no voy a tocar un solo centavo de todo lo que te

pertenece.

—Eso no, Adrienne.

—¡Pero no quiere que nos casemos! ¿Cómo lo lograremos sin su consentimiento?

—Adrienne, de nada sirve hacernos problema por cuestiones que no podremos solucionar de inmediato. Vamos a dormir, tendremos tiempo de sobra para charlar sobre este tema y también de cosas positivas.

—Puede que tengas razón, te vas a ir el 31 de diciembre, y no falta mucho.

—Estuve pensando... si así lo prefieres, quedarme en Suiza hasta el dos de enero. También en compañía de “Gloria Gaynor y la patinadora”. ¡Dios! Jamás creí que tendría a aquellos dos pegados a nosotros todo el tiempo.

—Qué buena idea.

—Vamos a dormir.

No quise hacerme rogar de nuevo.

Cuando nos acostamos y apagamos la luz del velador, sonó su móvil.

—¿Quién será? —pregunté confundida, pero mi novio ya había atendido.

—Hola, Hans. No, no es ninguna molestia, llegué a Suiza hace poco y me encuentro en compañía de mi novia.

Le hice un gesto de duda consultándole con quién diablos estaba hablando.

—El rey de Holanda —se concentró en la conversación por teléfono—. Le transmitiré a Adrienne el saludo de tu parte, lo mismo digo para tu encantadora esposa. ¿Qué refiriéndome a tu esposa, la palabra “encantadora” está de más? Deberías haberte casado con una mujer un poco menos agraciada, ¿no te parece? Y no aceptaré los mismos cumplidos respecto a mi novia, así que te pediría que no te pases de listo —esta vez lanzó carcajada—. Me gustaría saber a qué debo el placer de tu llamada: te escucho.

Al enterarme que era Hans quien llamaba, recordé a Martina, su esposa. Luego de saber que Tony había sido su asistente personal y profesor de

protocolo antes de desempeñarse como asesor de Henry, me vinieron más ganas de conocerla. Al parecer mi deseo iba a ser materializado, porque escuché decir a Henry:

—¿Invitarme en compañía de Adrienne a Holanda? Mi novia y yo estaremos encantados de visitarlos.

—Qué detalle —deslicé ya empezando a sentir nervios. Tony me llenaría de indicaciones y consejos, además de armarme un lista gigante de lo que “no debía hacer”. Pero resultó que eso no era lo peor:

—¿Mañana?—dudó Henry—. Hans, perdón por dudarle, pero quizás debería consultarlo con Adrienne.

Ni bien la mirada azul de mi novio se posó en mis ojos, asentí. Al diablo, la suerte estaba echada.

—Adrienne y yo viajaremos a Holanda mañana mismo, Hans.

Capítulo 9

—No hables más de la cuenta.

—Está bien.

—No la tutees a no ser que ella te autorice a tratarla con tanta informalidad.

—Ajá.

—Ni hablar de tomarte esa clase de libertades con Hans, ¡y no hace falta mencionar que eso queda prohibido con Margarita!

—¡OK! —grité al borde de la exasperación.

Lo que me había imaginado, se estaba cumpliendo. Tony me llenó de indicaciones como si fuera la más tonta y maleducada de las mortales. Pacheco me llevó a su habitación y no cesó de adoctrinarme en cuanto a los “No” y a los “prohibido” durante mi visita a Holanda. Al parecer teníamos para rato, porque no paraba de enumerar consejos parlotando casi sin respirar.

—¿Entendiste?

—Sí.

—¡Y basta de contestarme con monosílabos! En París, cuando ya estemos en enero, tú y yo hablaremos muy claro sobre las lecciones de protocolo que tomarás.

—¿Las que? —pregunté mientras abría bien grande la boca para reírme con ganas. Claro, los modales de futura duquesa me serían de mucha utilidad en ese momento, sobre todo cuando mi futuro suegro se negaba a considerarse como tal, al punto de no querer ni verme la cara.

—No te hagas la graciosa, oíste muy bien. Tomarás clases de lunes a domingo. Ininterrumpidamente.

—No quiero.

El asistente de Henry, me pegó con el abanico en el dedo.

—¡Ay!

—Pareciera que retrocedimos en el tiempo y estoy contemplando a la básica Adriana de hace tiempo cuando hizo su primer viaje a Londres. ¡No me hagas perder la paciencia porque aún no llegó el desayuno y voy a morder a alguien, mira...! —dejó de hablar, porque Xavier llegó y le metió una manzana en la boca.

—Para que dejes de amenazar —dijo mientras Pacheco luchaba por insultarlo, pero pensándolo mejor, empezó a comerse la fruta con evidentes exclamaciones de regocijo. El *coiffeur* prosiguió dirigiéndose a mí—: querida: cada vez que *esta* se ponga fastidiosa, no tienes más que alimentarla y, ¡Santo Remedio!

—Tony tiene razón, Xav. Tengo mucho miedo de meter la pata. ¿Si no le agrado a Mart? —Tony alzó una ceja mientras comía la manzana hasta el corazón. Me corregí—: *A Your Royal Majesty*, Reina consorte de Holanda y Señora de Orange-Van Weill, quise decir.

—No pasa nada, querida. —me tranquilizó Xavier—. No te preocupes, en caso de que las cosas no salgan de la manera que esperamos, lo entenderemos.

—Gracias —dije no muy aliviada pensando que me costaría muy caro quedar mal con los miembros de una de las casas reales más importantes de Europa.

Mientras viajábamos a Holanda en compañía de los guardaespaldas, Henry dijo:

—*Cara*, no tomes tan cuenta las palabras de Tony, se pasa de estricto. Lo que haremos es solo una visita informal a Hans y a Martina. Ellos son muy

sencillos.

—Hablas como si fueran los vecinos de la esquina. Claro, estás acostumbrado a moverte en círculos selectos. Pero, ¡yo no!

—Martina es muy humilde, no se porta como una estirada. Hará lo posible para hacerte sentir bienvenida.

—¿Me lo prometes?

—¿Qué cosa?

—Que no son unos estirados.

—Claro, jamás te llevaría a algún lugar dónde te miren mal.

Un auto nos pasó a buscar y antes de bajar del avión, tratamos de resguardarnos detrás de viseras y anteojos oscuros. Pero era una trampa bastante falible, la prensa y los *paparazzi* se arremolinaron a nuestro alrededor. Eran decenas de ellos enarbolando micrófonos, teléfonos celulares, cámaras de fotos y de televisión.

—El príncipe en compañía de su novia, la futura duquesa de Sussex. ¡Alteza, por favor unas palabras!

—¿Es una visita oficial? —preguntó otro extendiendo un móvil.

—No es una visita oficial —respondió mi novio—. Vinimos a visitar a unos amigos. Ahora, con permiso, tenemos poco tiempo.

—Señores, y sus amigos son nada menos que sus altezas reales, los reyes de Holanda— informó un tercer cronista.

—¡Señorita Adrienne, unas pocas líneas para la nota de portada! — imploró un cuarto reportero—. ¿Con esto confirman el noviazgo oficial?

Sonreí con timidez y no miré a ninguno. Sabía que no debía responder.

—Permiso, nos encontramos apurados. Gracias por venir, pero no brindaremos notas a nadie. Buenas tardes —dijo Henry y los *flashes* de las cámaras siguieron deslumbrándonos hasta que subimos al auto.

El rato de descanso pasó rápido como un suspiro. Henry insistió en que

tuviese total libertad para vestirme, no era necesario que llevase un vestido de fiesta ni mucho menos. Elegí algo sencillo: una camisa con mangas tres cuartos, falda hasta las rodillas a tono, zapatos de tacos altos y un sacón negro. Peiné mi flequillo hacia el costado y dejé mi cabellera suelta, nada de horquillas en el pelo o uno de mis informales peinados “a lo que me importa” que Tony y Xavier siempre contemplaron con horror. Y completé todo con un delicado brillo en los labios.

—Estás muy hermosa. Quiero que te sientas tranquila —dijo Henry cuando me vio lista para la merienda con los príncipes. Me refugié en sus brazos y tragué saliva. Iba a dar lo mejor de mí, lo demás ya no se encontraba en mis manos.

Los *paparazzi* volvieron a seguirnos durante el trayecto del hotel al palacio real, pero esta vez sin intentar sacarnos una palabra. Se limitaron a fotografiarnos y a murmurar. Cuando subimos al auto, me pareció escuchar que uno dijo:

—Se encuentra vestida con mucha sencillez, pero sin duda luce perfecta— y disparó el *flash* de su cámara.

A lo que otro respondió:

—La elegancia la lleva en la sangre, estamos viendo el nacimiento de una futura duquesa. ¡Viva, Adrienne!

—¡Viva Adrienne! —clamaron los demás *paparazzi* a coro cuando el coche arrancó.

—Estoy observando a alguien que está ganándose la simpatía del periodismo holandés —dijo Henry a mi oído.

—¿Cómo? Si ni siquiera les hablé.

—No hace falta, Adrienne. Todos te adorarán.

—Me sentiría feliz con que solo me acepten.

El trayecto duró unos minutos. Los portones de entrada del palacio se abrieron y el auto estacionó. Henry fue el primero en bajar y me dio la mano para ayudarme a hacer lo propio. Nos recibió el secretario de la casa real, reverenció a Henry y besó mi mano. Nos condujo al interior del castillo, dónde nos dejó en manos del jefe de mayordomos, que nos señaló el camino y al llegar a una de las lujosas habitaciones, anunció en voz alta:

—Altezas, llegó el príncipe de Gales junto su novia, la señorita Adrienne.

Unos sonrientes Martina y Hans se levantaron del sofá y vinieron a recibirnos. Hice una ligera pero bien estudiada reverencia.

—Por más que Tony te lo haya indicado, no lo permito— dijo Martina sin dejar de sonreír, tomándome de las manos, además de darme un beso en cada mejilla— Bienvenidos, se encuentran en su casa.

La miré con detenimiento: con más de cuarenta años y tres embarazos, Martina lucía tan hermosa como siempre. Estaba vestida con un sencillo traje de pantalón y saco de color vino, además de una nada ostentosa camisola blanca. Como únicas joyas llevaba unos pendientes de perlas y el anillo con el escudo de la casa de Orange.

—¿Y bien? —preguntó contemplándome mientras arqueaba una ceja—. ¿Cómo lo hiciste?

—¿A qué se refiere? —pregunté con ingenuidad y al instante desee morderme la lengua. Estaba segura de que eso se encontraría entre los famosos “No” de Tony.

—Primero quiero que me tutees, no soy tan vieja.

—¡Perdón, jamás pensaría eso! Luces tan joven y por supuesto que lo eres.

—¿Y yo no?

—Adrienne está hablando con tu mujer, y su halago no te incluye, Hans —comentó Henry.

—Veremos si luces tan bien como yo a mi edad, lo dudo.

—Ajá, ya lo creo. ¿Y también con esa panza?

—Y también con la misma calva incipiente de tu padre.

—Basta de interrumpir. ¡Hombres! —dijo Martina—. Te pregunto Adriana, ¿cómo lo hiciste? ¿Cómo lo lograste? —señaló a Henry—. Un verdadero cabeza fresca como este, un azote de la familia real, que parecía que ninguna mujer sería capaz de detener y de pronto tan enamorado. ¿Cómo lograste ese milagro?

—Tengo ganas de irme —dijo mi novio e hizo el ademán de irse, esta vez los cuatro nos empezamos a reír—. Martina, sin duda eres bastante franca.

—¡Oh! Sí, siempre digo la verdad.

—La verdad no lo sé —respondí muy tranquila—, siempre fui yo. Con mi carácter difícil y todo.

—El temperamento fuerte es esencial. Nunca fui sumisa —dijo Martina.

—Y ya lo creo, quien puede saberlo mejor que yo —reconoció Hans con los ojos en blanco— ¿Te acuerdas cuando nos conocimos en la fiesta de nuestra amiga y te invité a bailar? Siempre me dijiste que bailé muy bien y te conquisté por eso.

Martina lanzó una risita.

—Les comenté a mis amigas de la fiesta... —y dijo la frase en español—: ¡Es de madera! —y las dos nos echamos a reír.

Henry y Hans no entendieron, por lo cual Martina volvió a la conversación en inglés para traducirlo: “*¡That you are made of wood!*” —esta vez los dos acompañaron nuestras risas.

—Debes haberte lucido de verdad —opinó Henry a punto de reírse de nuevo.

—¡Por supuesto! Un día de estos te doy unas clases.

—Te lo agradezco, pero no sé si tendré tiempo. Y además dijeron que al verte bailar pensaron que tenías puestos dos zapatos del mismo pie.

—Pero debes ser muy dulce —dijo Martina continuando con la conversación inicial.

—Supongo que algunas ocasiones soy dulce, ¿verdad, mi amor?

—Bueno...—dudó mi novio y Martina y su marido volvieron a reír, también acompañé sus risas—. En tu primer viaje, cuando nos conocimos, te enojaste y me vaciaste una jarra entera de agua en la cabeza.

—Te lo habrás merecido —exclamó Martina.

—Tony estaba horrorizado y cuando presencié la escena de la jarra, se tiró al piso pensando que por poco el hotel se caía sobre nuestras cabezas. Lo vi arrojar de panza, Louis no paraba de reírse —agregué. Era increíble que hubieran pasado ya dos años de ese episodio.

El matrimonio tampoco no podía más de la risa.

—Ese Tony, flor de personaje. Era todo un prodigio, pero salía con cada cosa —contó Hans—. Antes de nuestro casamiento, Martina y él eran como uña y carne, a tal grado que se hicieron muy amigos. Hasta creo que ella se casó conmigo para permanecer junto a él día y noche, y sospecho que sacándome el cuero entre los dos. Y ellos decían que en realidad practicaban holandés y normas de protocolo. ¡Mentira! No hacía más que voltear la cabeza y los veía murmurar todo el santo día —Hans hizo el gesto de hablar sin parar, poniendo la mano frente a la boca en actitud de secreto. Sin duda quedó muy gracioso. Su mujer estaba roja de tanto reírse.

—No digas eso. Claro que practiqué mucho holandés y aprendí todo lo que me enseñaron, pero también hablábamos de otras cosas.

—¡Sacarme el cuero, por ejemplo! Hen, trata de abrir bien los ojos, porque Adrienne y su asistente no dejarán de hablar sobre ti.

—Y lo peor es que en realidad es *mi* asistente —aclaró Henry con una sonrisa.

—¡Ah! Entonces amigo, lamento informarte que en realidad es más

asistente de ella que tuyo.

—Una noche me cambió por él. Y también por una sesión de café, chismes y esmalte de uñas. Reunión de chicas.

—¿Lo ves? Entonces tenía razón.

—Hen, no cuentes solo una parte. Estábamos en plan de reconciliación, fue en Venecia. Y también se encontraba el *coiffeur* Xavier.

—Otro más. Son como el combo de “dos por uno”, viene Pacheco, y de regalo sorpresa, también el dichoso Xavier —dijo Hans.

—Son encantadores, no seas tan malo, Hans. ¿Están en el hotel que ustedes? Qué vengan —pidió Martina con entusiasmo.

—¡Oh, Dios! —dijo Hans uniendo sus manos en actitud de rezo, arrancándonos nuevas carcajadas—. Casi me da un *deja vu* de mis tiempos de noviazgo con Martina. ¿Ahora también? ¿Encima de nuevo los dos? Qué más da, Hen. Vamos a mi estudio a charlar, porque aquel dúo va a acaparar toda la atención de nuestras damas.

—No vinieron, se quedaron en Suiza —informé.

—Pero qué pena. ¡Henry, qué chico egoísta! Tan egoísta como mi marido, por eso se llevan tan bien.

—¡Gracias, querida! ¿Te dije acaso que también te amo con toda mi alma? —comentó Hans y le arrojó un beso.

Martina le tiró otro beso, su marido la atrajo hacia sus brazos, y dijo después:

—Que no te extrañe que de pronto aparezcan. Martina tiene una especie de telepatía con Pacheco, sin duda ahora se abrirá la puerta y llegará el famoso dúo.

—Adrienne también sufre de la misma obsesión, temo que la vida que tengamos en común algún día incluya también a aquellos dos —acotó Henry.

El mayordomo llegó a la sala e informó que la cena sería servida en unos

minutos. Habían pasado dos horas y ni nos dimos cuenta.

—Se quedan a cenar, ¿no? —preguntó Martina en una afirmación.

—No queremos negativas —agregó Hans.

—Sí, encantada. Muchas gracias.

—Por supuesto —agregó Henry mientras me tomaba de la mano y nos dirigíamos junto a la pareja en dirección a uno de los comedores. En el camino no dejamos de hablar y reír.

Una vez dispuesto nuestro lugar en la mesa, llegaron las hijas de los reyes de Holanda: Beatrix, quien algún día sería coronada como la reina de Holanda, que con trece años se mostraba muy seria y tenía maneras de una adolescente muy correcta, detrás venía la traviesa Juliana de once, y la tímida Wilhemina de diez. Me parecieron adorables, sobre todo la más chiquita.

Martina pidió:

—Hijas, es hora de ir a dormir. Saluden a Adriana y a Henry y vayan a lavarse los dientes.

Las tres nos saludaron y se retiraron.

—¡Qué lindas! Y la más chiquita, toda modosita y callada —no pude dejar de comentar.

—En cambio Juliana es tan verborrágica y habladora como yo —señaló Martina—, pero le caíste bien, porque hay veces me preocupa las cosas que pueda llegar a decir.

—Entonces tuve suerte.

—Y sigue portándote bien, Adrienne. Porque en caso de que no aceptes mi propuesta de matrimonio, estoy decidido a esperar a que Juliana tenga edad de casarse —dijo Henry.

—Ni se te ocurra —siseó Hans en burla empuñando un cuchillo de postre, pero pensándolo mejor, lo dejó en su lugar y continuó diciendo—. Es poco, mejor busquemos algo más amenazante— y esta vez alzó la cuchilla de cortar

pavo.

—¡Ja! Padre celoso —se burló Henry.

—Cuando tengas hijas me entenderás.

La comida fue divertidísima, las bromas y el encanto personal del matrimonio logró que me sintiera a mis anchas. Tomamos un *coñac* en la sala y nos levantamos para retirarnos cuando nos dimos cuenta de la hora que marcaba el reloj.

Miré la hora de mi reloj pulsera y al instante apareció el mayordomo con nuestros abrigos. Me ayudó a ponérmelo y Henry dijo con divertido acento:

—Adrienne, creo que cambié de opinión. Aún no terminé con la visita, tomaré una última copa y me llevaré una de las botellas llenas para el camino. En toda mi estadía en Holanda, me dedicaré a vaciar el sector de bebidas de mi amigo Hans.

—Y yo me las cobraré cuando vaya de visita a tu casa y al palacio de tu padre — sentenció Hans y se dirigió al mayordomo—: en la próxima visita del príncipe de Gales, te pido que guardes todo bajo llave. Estos ingleses son el colmo de atrevidos, te muestras hospitalario ofreciéndole la mano y se abusan tomándote el codo.

Tuve esperanzas de que Martina me cayera bien, pero experimenté una agradable sorpresa con su marido. Me pareció muy sencillo, simpático y con un sentido del humor muy marcado. Henry fue muy acertado al aceptar la invitación de su amigo, nunca sentí un indicio de desprecio o incomodidad en compañía de ellos.

—Mañana por la tarde, ¿vamos a jugar al tenis?

—Claro, Hans. Pero Adrienne...—empezó a decir Henry, y Martina lo interrumpió:

—Adriana puede venir a tomar el té conmigo, a partir de las cuatro estaré libre de mis obligaciones. ¿Vendrás?

—Encantada —respondí dirigiéndome a ella, quien me hizo un guiño de complicidad.

—Te espero, tenemos muchas cosas de qué hablar.

Su sonrisa y sus ojos brillantes me confirmaron que le había caído de maravillas y aprobaba mi noviazgo con Henry.

Más tarde, Henry me preguntó como la había pasado en compañía de Martina y Hans.

—Me sentí muy cómoda.

—Es el comienzo de todo lo bueno. Verás que las cosas van a ir arreglándose de a poco.

—Gracias, Hen.

—¿Por qué me lo agradeces?

—Por arriesgarte de esa manera por mí, me llevaste a conocer a tu amigo Hans, sin saber si haría un buen papel.

—¿Cómo no lo hubiera hecho? Estaba seguro de que ellos te considerarían tan dulce como yo.

Me contó que unos días después de llegar a Afganistán, su superior lo echó de la tienda que compartía con un compañero por haber peleado con él, y tuvo que instalarse en la tienda de Hascott. Charlaron mucho sobre sus vidas y se hicieron grandes amigos. La noche del secuestro Ben Hascott quiso defenderlo.

—Me gustaría conocerlo, parece un buen tipo —dije con sinceridad.

Henry remarcó que su amigo era una buena persona. Tiempo después, cuando Henry volvió a Londres para terminar su recuperación en su casa, Ben lo fue a visitar. Y a Chelsy no le había hecho ninguna gracia.

—¿Y que le hace gracia a esa mujer? Ahora mismo debe estar preparando alguna maldad para separarnos de nuevo. Si me la cruzo me va a conocer —

agregué molesta—. Qué se divierta entonces con el chofer y no nos moleste más.

—No sabía que conocieras a Byron —se sorprendió.

—¿Así se llama? No, nunca lo vi en mi vida. Pero Tony me dijo que era muy apuesto y que por aguantarla demostraba tener una paciencia de oro.

—¡Ese Tony! ¿Qué es lo que no sabe? —dijo mi novio entre risas—. Pero Chelsy no se metería con alguien tan humilde como su chofer, jamás.

Chelsy se estaba arriesgando mucho, pero no le importaba. Y lo demostró cuando se levantó de la mesa durante la comida sin darles ninguna explicación a sus padres. Se deslizó a través de la cocina y a la vista de todos los sirvientes, caminó al cuarto de Byron.

Cuando llegó a la puerta, empezó a golpear con evidente ansiedad, hasta que un somnoliento Byron decidió por fin levantarse de la cama y enterarse de quien lo molestaba en su descanso.

—¿Señorita, qué hace aquí? Sus padres se están cenando en la sala —dijo sorprendido.

—Eso no te importa, déjame pasar —dijo Chelsy entrando al cuarto con su fino porte de siempre. Le gustaba tanto Byron que ni le molestaba la sencillez de la estancia—. Ahora olvídate de esa tonta paranoia, quiero que me demuestres que soy todo en tu vida.

Byron no se hizo rogar. La tomó de la cintura conduciéndola a la cama mientras le brindó un sinfín de caricias y besos. Pero a ninguno de los dos se le ocurrió poner el cerrojo a la puerta. No advirtieron que no estaban solos.

Sin perder el tiempo, el mayordomo James sacó varias imágenes de ellos con una cámara de fotos. Hasta se sorprendió, porque nunca había visto a la hija de sus jefes con una sonrisa tan genuina. Ni siquiera cuando era novia del

príncipe de Gales. ¿Estaba enamorada?

James sacudió la cabeza y dejó de pensar en cosas que no le concernían. Debía concentrarse en las fotos. Las malditas fotos que le proporcionarían una buena cantidad de dinero.

Contento, y pensando en lo redituable de aquel material de intimidad robada, sintió que una mano se le posó en el hombro. Con sorpresa, giró la cabeza y contempló a Chelsy, con el pelo alborotado, la ropa arrugada y la mirada cargada de furia.

—¿Estabas espionando, infeliz?

—Señorita, no sé de qué me habla.

Ella lo tomó del brazo, empujándolo a una escalera cercana al jardín para que sus padres no vieran esa sorprendente escena. Lo soltó por fin al llegar a su habitación, con un seco ademán le exigió que entrase, y cerró la puerta.

—¡Perro! ¿Cómo te atreves a morder la mano que te da de comer? — exclamó alterada.

—Señorita, no me hable así.

—Te hablo como se me antoja, ¿escuchaste bien? ¡Asqueroso siervo! ¡Rata! ¡Naciste para servir a la gente de sangre noble como la mía, porquería!

—Cállese.

—¿Qué? —Chelsy pensó que no había oído bien.

—Qué se calle, o de lo contrario todo el mundo sabrá lo que acabo de presenciar.

Ella preparó una mano para darle un cachetazo, pero James fue más rápido y la tomó del antebrazo.

—Me las pagarás, le diré a mi padre que viniste a abusar de mí y te echará a la calle.

James siguió haciendo presión sobre la tierna piel de Chelsy hasta hacerla arrodillar. La rubia tenía lágrimas de dolor en los ojos.

—Usted no se encuentra en condiciones de insultarme. ¿Su padre está enterado de que se escapa a la habitación de su chofer para revolcarse con él? ¡Señorita, ahora las reglas las hago yo!

—No te atrevas a exigirme nada, ellos no te creerán. ¡Van a despedirte por maltratarme de esta manera!

—Nada me causa tanto placer como verla humillada de esta manera y arrodillada a mis pies. Si la prensa viera a la hija del conde, pidiendo piedad a un simple sirviente. ¡Deme dinero, mucho dinero, o le muestro a su padre y a la prensa las fotos que tengo en mi poder!

Chelsy se retorció de dolor e intentó golpear al mayordomo, pero él era más fuerte y no pudo zafarse de su mano. Por más esfuerzos que realizó tampoco pudo ponerse de pie.

—Mientes, mugriento siervo— dijo con firmeza pese a las lágrimas y el dolor en el brazo.

—No miento, señorita. Aunque no sé si podría llamarla de esa manera, por como la vi portarse recién en la habitación de Byron. ¡Venda sus joyas y deme mucho dinero y me callaré!

—¡Suéltame! —gritó la rubia y se largó a llorar con más fuerza. Ese bruto le estaba haciendo daño y estaba a merced de él.

—¡Suéltala, mierda! —dijo una voz y Chelsy vio a Byron, que, con rapidez, golpeó en la cara a James. El mayordomo cayó. Chelsy logró erguirse como pudo y se refugió en los brazos de su chofer.

James se levantó y se limpió un hilillo de sangre que le corría por los labios.

—Esto también te incluye a ti. ¡Ayudarás a esta puta a conseguir el dinero suficiente para que no venda las fotos o destruiré su reputación!

Byron volvió a enfrentar a James. Curiosamente, habló en español y con evidente acento latino salpicado de desprecio:

—No vuelvas a llamarla así o te mataré a golpes, desgraciado *hijoe'puta*.

—La llamo como quiero, y háblame en inglés, muerto de hambre. Ella no es ninguna señorita, sino una puta cualquiera.

Byron lo tomó por la camisa y lo derrumbó al piso para golpearlo a gusto.

Chelsy empezó a gritar:

—¡Basta, Byron!

El chofer siguió golpeando a James con furia.

—Aprenderás a respetar a la señorita porque voy a matarte. ¿Te quedó claro?

Tanto fue el revuelo, que Andrew Owen-Keller, entró y empezó también a gritar.

—¿Qué es esto que veo? ¡Byron y James, fuera de la habitación de mi hija! ¡Los dos se encuentran despedidos!

—No, papá —dijo Chelsy a los gritos y frotándose el brazo marcado por la mano de James—. No despidas a Byron, él me defendió.

—Byron, es una orden, basta de pelear.

El chofer volvió en sí y soltó a James, quién gimió de dolor y escupió un poco de sangre.

—James, fuera de mi casa. Haré la transferencia de lo que te debemos a tu cuenta —exigió el señor Owen-Keller.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, y sosteniéndose el costado, James se puso de pie y empezó a tambalearse en dirección a la puerta. Su elegante traje estaba hecho jirones y roto en algunas partes. Tenía un ojo amoratado.

—Me las pagará. Se arrepentirá toda su vida de esto. Ya verá —amenazó a Chelsy.

Andrew lo miró con curiosidad y luego de dirigir otra mirada al chofer, dijo:

—Ya hablaremos sobre este episodio, Byron. Retírate, que quiero hablar a

solas con mi hija.

El señor Owen-Keller apretó los labios hasta convertirlos en una línea blanca y Chelsy escondió las caras entre las manos.

—Basta de lloriquear, Chelsy. Exijo una explicación.

La rubia levantó su rostro bañado de lágrimas para mirar a su padre.

Al día siguiente, a las cuatro en punto, bajé del auto que me habían enviado para trasladarme al castillo dónde vivía Martina.

El día se mostraba frío. Caminé a la entrada y el jefe de mayordomos hizo una ligera inclinación al verme.

—Buenas tardes, señorita Adriana. Su alteza real Martina, reina consorte de los Países Bajos, la espera en su despacho. ¿Me hago cargo de su abrigo?

—Buenas tardes. Es usted muy amable —dije.

Dejé que el sirviente me guiara hacia dónde se encontraba la mujer de Hans y golpeé la puerta.

—Adelante.

Martina me saludó con tanto entusiasmo como el día anterior.

—Pero qué puntualidad, te estás volviendo tan inglesa como tu futuro marido. Pasá, ponete cómoda. Cómo verás, en ausencia de mi esposo y tu novio, no hace falta que hablemos en inglés.

—Buenísimo —dije mientras me acomodaba en un sillón, Martina tomó asiento a mi lado. Apareció una mucama con una bandeja con café y repleta de exquisiteces.

—Vamos a saltar la dieta por hoy, yo no debería, pero tomémonos esa libertad. ¿Tony te mantiene a dieta?

—En realidad lo intentó al principio. Tiempo después se resignó, porque soy un caso perdido.

—Me muero, pobre Tony. A mí todo lo contrario, como siempre me sentí insegura de mi silueta, y como soy tan alta, corro el riesgo de volverme robusta. Me impuse una dieta de ensaladas, porque temía engordar mucho. ¡Pacheco me corría por todos lados con un plato de carne o pollo para que me alimentara mejor!

—Me dice que no fume tanto.

—¿Fumás mucho?

—A veces bastante.

Deberías conocer a Margarita, es un encanto.

—Me fascinaría, pero aún no.

—Quizás todavía no te sientas segura, y te entiendo, porque la familia de Henry se portó muy mal con vos.

—No soy de su clase. Quizás no ven con buenos ojos que no sea inglesa, no tenga dinero ni un título universitario. Además Henry y yo nos conocimos por casualidad.

—Ya lo sé, en un *chat*. Pero aun así podría haberte dado una oportunidad, Edward está siendo muy severo. Suerte que Henry no escucha sus órdenes, porque Louis...

—Louis es muy distinto a Henry, lo que me dolió fue que no me haya defendido ante la humillación a la que me sometió Chelsy en el sanatorio, cuando Henry fue operado, luego del rescate en Afganistán.

Martina lanzó una bocanada de humo y me miró con sorpresa.

—Eso no lo sabía. ¿Qué te dijo esa tonta muñequita rubia?

—De todo.

Le contó lo que seguía, hasta concluir con mi huida del hospital de Dubai, corriendo como una loca. Martina no dejó de lanzar exclamaciones de indignación, a tal punto que cuando agregué que Chelsy torció mi mano para quitarme el anillo que había sido de la madre de Henry, se tapó la boca y

ahogó un “¡No!”

—¡Pero qué tipa más mala! —exclamó dispuesta a llenar mi taza.

—Dejá que yo me sirvo el café.

—No seas tonta. No se me van a caer los anillos, dejate de joder.

—Gracias —y aspiré el aroma del café con deleite.

Martina retomó la conversación, preguntando:

—¿Y Louis dejó que ella te dijera aquellas cosas y ni siquiera te defendió en nombre de su hermano?

—Dijo que Henry aún no estaba bien de salud y que dejara de gritar.

—Pero no te defendió. En resumen, dejó que Chelsy siguiera maltratándote. Te debe una disculpa, ¿y qué tal Amy?

—Ella fue a verme a París poco antes de su boda. Siempre me ofreció su apoyo y algún día, cuando la vuelva a ver, le agradeceré ese gesto.

Martina alzó una ceja.

—Mejor que el marido. Ella entiende lo que nosotras vivimos...era tan plebeya como lo fui yo alguna vez.

—Y como lo soy yo.

La mujer de Hans me tomó de la mano con camaradería.

—Pero pronto vas a dejar de serlo, Adriana.

—¿Y mientras tanto?

—Volverás a tu vida, seguirás trabajando con Xavier y tendrás que lidiar con los *paparazzi*. Cuidarás estar siempre impecable y no harás ninguna declaración a la prensa. Mucha atención con eso, porque cada cosa que digas, y no esté aprobada por la casa real, será un punto en tu contra.

—La casa real no va a aprobar mi noviazgo con Henry si el señor Edward y la reina no me aceptan como tal.

—Con más razón aún. Harás de cuenta que te cortaron la lengua, porque podrías pagarlo muy caro. Igual no sé para que lo digo, porque Tony seguro

que te lo dijo muchas veces.

—Miles, y a cada rato.

—Hablando de Tony, lo llamé y viene en camino con Xavier. Deberán llegar en una hora.

—Ellos fueron mi cable a tierra durante todo este tiempo.

—También fueron el mío hasta que me casé. Sos muy afortunada al contar con la amistad de ellos. Después vendrán las clases de protocolo estrictas, y te adoctrinarán en eso. Y no te rías, pero van a enseñarte cosas que hasta te parecerán ridículas, pero son reglas ineludibles. También vas a olvidarte lo que son unos *jeans*, a no ser que los uses en la intimidad. Tu inglés es muy bueno, lo mismo que el acento, pero vas a tener que hablarlo como si hubieras nacido allá. ¿Sabés que vas a dejar de ser argentina?

—Sí.

Había tratado muchas veces el tema con Henry y también con Tony y Xavier. Pero Martina siguió enumerando *ítems* que si bien ya conocía, me hicieron helar la sangre:

—Los hijos que tengan, por más que no lleguen a reinar, se encontrarán en la línea de sucesión al trono. Si te divorciás de Henry, ellos se quedarán con él. No importa la razón por la que te separes, pero si decidís volver a Argentina, Henry decidirá los horarios y los días de visita.

—Sí, eso lo sé —balbuceé sirviéndome un poco de agua en la copa y la apuré hasta dejarla seca.

—En cualquier acto de carácter oficial, deberás caminar detrás de Henry, Louis o Amy dado su título y jerarquía, porque por más que te conviertas en “su alteza real”, siempre tendrán un rango más alto que el tuyo. Quizás se contemple que vayas algunas veces de la mano de tu marido, pero nunca podrás mostrarte tan efusiva con él. Y “*esto*” —dijo señalando su cigarrillo y el mío—, solo entre cuatro paredes. Serás muy criticada si te ven fumando en

público, es un vicio que mucha gente, e incluso la casa real, ve con muy malos ojos.

—¿Y con mis amigas? —pregunté pensando en lo mete pata que podía ser Alejandra si se esmeraba.

—En Reino Unido, y siempre que haya algún representante de la casa real, no podrán tratarte simplemente de “Adri” o “Adriana”. Seguro no les gustará, pero en presencia de ellos, deberán llamarte “Su alteza real”.

—Van a pensar que me agrandé.

—Algunos pensaron eso de mí y pasarás por lo mismo, pero deberás hacer oídos sordos a todo lo que digan. ¡Y que tus amigas sujeten su lengua! Ni bien te conviertas en la novia oficial de Henry a los ojos del mundo entero, te aconsejo que les adviertas que no hablen ni den detalles de ustedes.

—Lo voy a hacer, muchas gracias.

—De nada, igual pese a que esto te caiga como un baldazo de agua fría, no será tan malo. Después te gustará. ¿Te agrada la idea de ayudar a Henry en sus labores benéficas?

—Sí, me encantaría. Nunca hice alguna tarea así, pero me gustaría mucho. No quiero convertirme en una estatua de cera que sirva solo para saludar, sonreír, posar para las fotos oficiales o caminar al lado de Henry. ¡Quiero ser útil!

Martina sonrió aún más.

—Henry dio con la mujer indicada, no se equivocó para nada al elegirte. Vas a viajar mucho, te instalarás en lugares que no sean para nada cómodos y con climas extremos, pero si te gusta ayudar y amás tanto a Henry como creo, tu vida no se limitará a limitar al de una figurita de cera que use sombreros para los actos oficiales, sonría hasta que le duela la mandíbula y agite la mano hasta que sienta hormigueo en la muñeca. Te harás querer por la gente, y van a darte la bienvenida como me la dieron a mí en Holanda cuando

empecé a noviar con Hans.

—¿Me querrán?

—Eso depende de vos, pero si conservás tu sencillez y ese encanto personal que te envuelve, se van a encariñar y mucho.

—Ojalá.

—Seguro.

Un mayordomo de librea (¿Cuántos eran?), golpeó la puerta y ante la orden de Martina de que entrara, y anunció:

—Majestad, el señor Anthony Pacheco O' Higgins y su amigo, el prestigioso estilista Xavier, llegaron. ¿Los hago pasar?

—Sí, hazlos pasar —dijo Martina en holandés y al escucharlos exclamó en español— ¿Qué fue eso del “prestigioso estilista”?, seguro que fue idea tuya, Xav. ¿Dónde están?

Cuando entraron, escuchamos los acordes de “*Dancing Queen*” de Abba. Tony lo había elegido en su celular y luego de hacer una reverencia a la anfitriona, junto a Xavier empezó a cantar, después de estrictas reverencias cortesanas:

*You can dance, you can jive,
Having the time of your life.
Ohhh... see that girl, watch that scene,
Diggin' the Dancing Queen...”*

Martina empezó a reírse y yo también. Tony y Xavier siguieron cantando, tomados del brazo y señalándola siempre. Después tomaron del brazo a Martina, invitándola a bailar.

—Ay, basta. Me van a ver bailando con ustedes y pensarán que me volví loca —se quejó mientras se reía.

Los cuatro nos acomodamos en los sillones.

—¡Qué buenos tiempos! ¿No, mi reina? —preguntó Xavier—. ¿No te viene a la mente el recuerdo de la prueba de peinado para tu casamiento? Tony puso esta misma canción y nos pusimos a bailar. Nos dejamos llevar tanto por la música que no oímos entrar a su alteza real, en ese entonces era tu prometido, que nos tildó de dementes.

—Claro que me acuerdo. ¡Siempre nos divertimos tanto!

—¿Y cómo les va a ustedes? —preguntó Tony.

—Muy bien —dije muy contenta—. Estábamos charlando.

—Así me gusta, como dos reinas que son. No me refiero a los títulos, sino porque resplandecen con o sin corona.

—Dos reinas, con dos reinas —dijo Martina muy divertida mientras los señalaba.

—Cuatro reinas —corrigió Xavier.

Se acercaron con una nueva bandeja con cuatro copitas de licor y entonces Martina, al alzar la suya, exclamó:

—Por Adriana.

—Por Adriana —repetieron nuestros amigos también alzando sus copitas.

—Por Su Majestad, la Reina Martina —grité con mi copa en alto.

—¡Por su alteza, toda una reina! —dijeron Tony y Xavier.

—¡Por las cuatro reinas presentes!

—¡Por las cuatro reinas presentes!

—Basta de intentos de brindis que tengo la garganta seca de tanto cantar y bailar—protestó Tony, y entre risas hicimos chocar nuestras copitas de cristal.

Después de tomar, Xavier preguntó:

—¿Y dónde se encuentran sus altezas reales, marido y novio?

—Jugando al tenis, con el frío que hace volverán azules —explicó Martina

meneando la cabeza, y vio lo que estaba haciendo el *coiffeur*—: Xav, basta de servirme. ¡No quiero más licor!

—Una copita más, mi reina. ¿Qué hace una copita?

—Una sola.

—*Hey*, yo también quiero. No me dejen afuera —pedí.

—Y hablabas de las salidas de copas de tu novio, ¿y qué es lo que veo ahora? —hizo notar Pacheco, arrancándonos nuevas carcajadas. Y un poco ofendido y agitando su copa, reprendió a Xavier—: ¿Y yo, chaparra? ¿Soy uno de los óleos que cuelgan de las paredes que no me sirves a mí también?

—Te estás comiendo todo, ¿y también te tomarás todo? Tony, nos pondrán la escoba detrás la puerta para que nos vayamos —reflexionó Xavier en voz alta.

Copitas llenas. Brindis. Copitas vacías. Mis anécdotas con las de Martina se mezclaron entre risas y exclamaciones de los cuatro. La reina indagó a los recién llegados sobre novios o amigos especiales y el *coiffeur*, negó:

—No, mi reina. Estoy más solo que el uno. Aunque uno que yo sé, no puede decir lo mismo —y dirigió una mirada significativa a su amigo.

—¿Tienes novio? ¿Quién es?

—Nadie, Mart. Esta pulgarcita fabuladora que inventa cuentos, no le creas nada.

—Y te estás sonrojando, ¿por qué si es mentira? Pacheco, no me mientas porque te conozco muy bien.

—No miento, mi reina. De verdad que no hay nadie en mi vida.

—El capitán segundo Hascott —agregué a media voz y Tony me pellizcó el brazo—. ¡Ay!

—¡Ah, bueno! —exclamó Martina admirada—. Qué pretencioso, eh.

—No pasa nada —dijo Tony con evidente nerviosismo y cambiando de tema, consultó mirando a los alrededores—: ¿Es que en este gigantesco

palacio no hay nada de comida para ofrecer a tu querido amigo y exasistente, mi reina? Muero de hambre.

—Ya lo ves, le preguntas algo sobre el tema y le dan ganas de comer — comentó Xavier cruzando las piernas y mirando el cielorraso—. Se pone loco, loco.

Pero la conversación fue interrumpida por la llegada de Hans y Henry, que hablaron acerca del frío de los mil demonios que hacía. El mayordomo se llevó sus abrigos. Hans dijo a modo de confidencia a mi novio, pero más bien a propósito:

—¿Qué te dije? Los llaman con el pensamiento y vienen.

—No importa en el lugar donde se encuentren, pero dan con la forma de llegar corriendo —comentó Henry.

—Igual nosotros ya nos íbamos, alteza —dijo Xavier con humildad.

—Hicimos solo una visita de cortesía, y de paso saludamos a algunos amigos que tenemos en Holanda —aclaró Tony y su móvil empezó a sonar. Al ver su cara de preocupación, Henry preguntó:

—¿Es mi padre?

—No, mi señor. Es James, el mayordomo de la familia Owen-Keller.

—¿James? ¿Para qué?

—No sé, alteza. Con permiso —se disculpó ante todos los presentes, sobre todo en consideración a Martina y Hans, los anfitriones. Y se dirigió a hablar a un costado de la sala.

Empezamos a charlar de otra cosa, cuando escuchamos:

—¡Qué!

Nos mantuvimos callados pero no dejábamos de hacernos señas respecto a lo que pudo haber escuchado el asistente de Henry.

Tony terminó de hablar y dijo a Xavier:

—Vámonos, ya. Estamos importunando. Gracias por su hospitalidad.

Altezas —y se inclinó hacia los presentes.

—No pienses irte sin contarme lo que te acabas de enterar —pidió Martina.

—¡Uh! Chismes...vamos a mi despacho, Hen —dijo Hans con una sonrisa.

—¡Pero este es bien grave! —chilló Tony con el celular en la mano. Hans hizo un gesto de indiferencia y Henry lo siguió, pero no pudo dejar de escuchar:

—Chelsy es la amante de su chofer. Y esto viene de hace meses.

Martina se tapó la boca mientras que mis labios se arquearon hasta formar una O mayúscula (al final de tanto hablar pavadas la noche anterior, le había dado en la tecla), lo mismo que Xavier. Henry volvió sobre sus pasos y Hans le dijo:

—Diablos, Principito... tu exnovia resultó ser una verdadera caja de sorpresas.

—Más bien sería como una de esas muñecas rusas, que cuando la abres, resulta que encuentras otra más pequeña adentro, ¿y sabes qué?

—¿Sí?

—Sí esto llega a saberse, además de quedar como un impotente, también seré un cornudo. Poca cosa, ¿No?

Y empezaron a reírse con ganas.

Capítulo 10

—No lo puedo creer, Hen. ¿Qué te dije anoche?

—No me acuerdo —dijo mi novio mientras se servía una nueva copa de vodka.

—Acerca de Chelsy y su chofer. Y ni me creíste.

Martina me miró muy asombrada y preguntó:

—¿De verdad que sabías algo? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Es que no lo sabía, Mart. Lo dije por decir, y por lo que nos acabamos de enterar, me parece que adiviné.

—¡Qué escándalo! —chilló Pacheco—. Señor, esto no puede trascender, ¿hará algo al respecto?

—Por las cosas que estuvo diciendo Chelsy, se merecería que James hable con la prensa y se sepa todo —dijo luego de una pausa—, pero el escándalo me salpicaría a mí también, y mi padre pensaría que me aprovecho de esto para que acepte a Adrienne. Se complicaría todo, y no quiero caer en todo este juego —y dirigiéndose al príncipe de Holanda, preguntó—: ¿Puedo ir a tu despacho a hacer unas llamadas? Necesito hablar con James y con mi hermano.

—Te acompaño.

Cuando Henry y Hans se retiraron, Martina llamó a uno de los mayordomos y pidió *champagne*.

—¿Qué celebramos, mi reina? —indagó Xavier.

—¡Vamos! Tomen sus copas.

—Querida, nos estás dejando con la intriga y eso no está nada bien. Dinos de una buena vez que festejamos —protestó Tony.

Martina se puso de pie, y alzando su copa, dijo:

—Por Adriana y su próximo compromiso con Henry.

Sin entender, alcé también mi copa y arriesgué:

—¡Salud!

—Y por la caída de Chelsy —agregó Martina—, aquella molesta mosquita muerta.

Tony agregó:

—*Touché*. ¡Eh, perdón! Quise decir.... ¡Salud!

Hans llevó a su amigo al despacho y ofreció:

—Ahí está el teléfono, habla cuanto quieras.

—Gracias, Hans.

—No lo agradezcas, si te pasas de listo, haré llegar la cuenta a tu casa — dijo con una sonrisa malévola.

—Quédate, preferiría saber tu opinión.

—Es un verdadero bochorno. ¿Piensas hablar con el mayordomo de la casa de Chelsy?

—Sí.

—Si no quieres que ese individuo hable, deberías hacer dos cosas: la primera, ofrecerle un poco de dinero.

—¿Y la segunda?

—Asustarlo para que no abra la boca, y quizás hasta conseguirle un nuevo trabajo.

—¡Qué! ¿Y qué hizo de bueno por mí aquel tipo para ofrecerle tantos favores? ¿Por qué deberé asumir la culpa de los líos de Chelsy?

—Hen, si no haces nada, aquel infeliz venderá las fotos a alguna revista amarillista. ¡Y quién sabe lo que dirá después la prensa!

—No lo considero justo.

—Escucha. ¿Por qué arriesgarte? Lo que menos necesitas ahora, es un escándalo. ¿Tu padre y el padre de Chelsy son muy buenos amigos?

—Sí, fueron juntos a la escuela allá por el año mil ochocientos, creo —reconoció Henry con una sonrisa—, pero oí decir a mi hermano, que papá está muy ofendido por lo que Chelsy dijo de mí a la prensa.

—Tu padre apoyará a Owen-Keller, y si no haces nada, permitiendo que Chelsy se vea envuelta en este escándalo, pensará que te estás aprovechando de la situación tratando de que vea las virtudes de Adrienne y eso no le gustará.

Reflexivo, Henry volvió a quedarse callado. ¡Menudo problema! Aunque la explicación de Hans era compleja, sabía que su padre también lo era. Lo acusaría de mostrarse contento por aquel lío de Chelsy ya que los ojos del mundo entero se fijarían en Adrienne, en *su* Adrienne. La prensa la ensalzaría, pero a la vez, Edward le bajaría el pulgar.

—Tienes razón. Hablaré con Lou.

A diferencia de Henry, que vivía siempre al revés del mundo y prefería la noche, Louis siempre disfrutó del día tomando una cena temprana. Se encontraba cenando en compañía de su mujer, cuando empezó a sonar su móvil. Amy dejó los cubiertos y dijo a su marido:

—Lou, que raro que no apagaste tu teléfono.

—Porque mi hermano está afuera, y desde que cumplió trece años, nunca dejó de meterse en líos —se fijó en la pantalla del teléfono y dijo a su esposa con ganas de reírse—: ¡Ah, veo que justo es él! A ver con qué se viene ahora.

Amy, le devolvió la sonrisa, meneó la cabeza y prosiguió con el plato principal de la cena.

—Hen, qué linda sorpresa —suspiró Louis hablándole a su hermano—.

No estaba haciendo nada interesante, tan solo cenando. No me molestas, tuve la intuición de que te metiste en un lío del que no sabes cómo salir. ¿Qué pasó esta vez? Tu vida está llena de sorpresas.

“¿Y ahora que habrá hecho Henry?”, pensó Amy un poco molesta.

Louis escuchó el insulto de Henry y lanzó una carcajada.

—Qué grosero. Y bien, ¿qué deseás de tu pacato hermano?

—¿Qué pasa, amor? —interrogó Amy no pudiendo disimular la curiosidad.

—Tu cuñado y la capacidad que tiene para meterse en problemas. Ya te contaré —volviendo a concentrarse en el llamado, preguntó a Henry—: ¿Qué es lo que hiciste? Para interrumpirme la cena espero que valga la pena.

En el elegante comedor no volaba ni una mosca, y Amy buscó a alguno de los sirvientes que se encontraban en palacio. No había ninguno y en la estancia reinaba el silencio. Un silencio demasiado sospechoso.

—Qué Chelsy y su chofer, ¿qué? —exclamó dando una palmada en la mesa del comedor—. Claro, ya entendí todo. Cómo eres un impotente... —Louis lanzó otra carcajada. Amy escuchó una nueva grosería de su cuñado y también se rio—. ¡Hey! Estoy atando cabos, ¿por qué te ofendes tanto?

—Esa zorra... —murmuró Amy refiriéndose a Chelsy.

—Está bien, basta de bromas. ¿Qué quieres que haga por ti? —preguntó Louis—. Ajá, de acuerdo: citarás al mayordomo de los Owen-Keller a palacio y hablaré con él. *OK*, está bien. ¿Y puedes hacer memoria cuando hace *muuuucho* tiempo te dije que no era bueno mezclarse con Chelsy? ¡Cuánta razón tenía! Sí, después dile a James que lo espero.

—¿Recibir aquí a James? —dudó su mujer.

Sin dejar de hablar, Louis extendió su mano y le acarició los dedos.

—De acuerdo, ¿Le haré un cheque por...? ¿Cuánto? ¡Mierda! Hasta te hubiera salido más barato llevar a Chelsy y pagarles a tus secuestradores para

que se queden con ella. Está bien, le ofreceré a James ese dinero. Pero más vale que me lo devuelvas —y cortó.

—Estoy harta de esa mujer, Lou —dijo Amy muy enojada—. ¿Cuándo va a ser el día que deje de traernos problemas?

—Andrew Owen-Keller nos deberá un gran favor. ¿Ya no comes más?

Apretando los labios y con el disgusto pintado en las facciones, la joven soltó los cubiertos.

—Se me fue el apetito. No soporto hacer nada beneficioso por Chelsy. Se merecería que aquel mayordomo venda las fotos.

—Se lo merece, pero a mi padre no le gustará. Sabés lo complicado que es.

—Y muy injusto. Estará muy de acuerdo en sacarles las papas del fuego a los Owen-Keller, pero sin embargo no es capaz de recibir a Adrienne. ¿De dónde llamó tu hermano? ¿De Suiza?

—No, está en Holanda. En el palacio de Hans y Martina.

—Es una vergüenza. Ellos que ni siquiera son familia reciben a Adrienne, mientras que nosotros no lo hicimos.

—Padre es muy difícil, amor.

—¿Y no te parece un buen gesto hacia tu hermano recibir a su novia en Londres?

Louis meneó la cabeza sintiéndose un cobarde.

—Amy.

—Ya lo sé, aún no se puede... pero me parece muy injusto.

—¿Quieres escuchar?

Hans asintió y Henry marcó el número que Tony le había escrito en un papel, a continuación puso el teléfono en altavoz, pero decidió preguntar—:

¿Nadie de aquí escuchará?

—La gente que trabaja en este palacio no es tan chismosa como los sirvientes ingleses.

Del otro lado de la línea, el teléfono sonó varias veces, tantas que Henry estuvo a punto de colgar. Hasta que una voz cansada, dijo:

—¿Hola?

—James, soy Henry.

La voz enmudeció un instante y luego murmuró:

—¿Alteza?

—Sí. Te llamé porque estoy enterado de lo que pasó con Chelsy.

—Señor, nunca fue mi intención molestarlo de alguna manera. ¿Cuál es el motivo de este honor?

Henry miró interrogativamente a Hans y este asintió.

—Te llamo para pedirte que esas fotos que tienes en tu cámara... no quiero que las vendas.

James pareció sorprendido, pero aun así se las arregló para hablar con la educación propia de un mayordomo.

—Alteza, no comprendo su petición. Y perdone que lo interrogué, ¿no sería beneficioso para usted que la señorita Chelsea sea tapa de todas las revistas sensacionalistas por el escándalo con Byron? Con eso, la prensa inglesa aceptará a su novia. Sé todo lo que la señorita Owen-Keller hizo en perjuicio suyo para separarlo de la señorita Adrienne. Ella merece ser castigada, ¿no le parece?

Por un momento, Henry se sintió tentado a dejar las cosas como estaban. Lo que James decía no era descabellado, pero después se arrepentiría. No era poca cosa tener a su padre en contra.

—No, no me parece. Este escándalo no será bueno para mí. Y por eso te pido que llames a mi hermano y vayas a palacio a verlo. No quiero que por

nada del mundo esas fotos salgan a la luz. No te preocupes, tendrás tu recompensa.

—¡Gracias, alteza! —dijo James con alegría en la voz—. Yo sabía que tratar con usted no es lo mismo que tratar con el señor Owen-Keller, a quien llamé para saber cuándo estaría depositada la indemnización en mi cuenta y me dijo que en unos días... tal vez ni siquiera me pague.

—Igual te advertiré algo —dijo Henry con seriedad—. Nada de trampas con respecto a esas fotos, ¿oíste bien? No aceptaré traiciones de nadie.

James se quedó callado y tragó saliva. Sabía que Henry no era benévolo con quien le jugaba sucio y decidió no arriesgarse. Entonces prosiguió con exagerada amabilidad:

—¡Mi señor, jamás piense en ello! Respetaré el trato con usted. Ahora llamaré a su alteza real, su hermano, para ir a palacio. Es usted tan generoso... se lo agradezco mucho.

Henry no dijo nada más y colgó.

—¿Qué opinas? —preguntó al marido de Martina.

—Creo que se callará y no venderá las fotos. Pero no estés tan seguro —dijo Hans.

—Seguro no estoy, pero al menos lo pensará dos veces —agregó Henry.

Después del incidente con James y Byron, Andrew Owen-Keller interrogó a su hija pero no logró sacarle ninguna confesión.

—Tu madre no sabe nada de esto, y será un secreto entre los dos. ¿De acuerdo? —dijo antes de irse.

Chelsy asintió con tristeza y por fin su padre la dejó sola.

Más tarde, cuando se encontraba acostada y leyendo una revista, alguien golpeó la puerta.

—¿Sí?

—Señorita, soy Byron.

Chelsy abandonó el lecho de un salto y se puso un coqueto salto de cama rosa de raso. Tomó asiento frente a su escritorio y tomó el cepillo para peinarse. Cuando se sintió en condiciones, pidió en voz alta:

—Pasa.

—Discúlpeme, pero quise saber cómo se sentía —dijo el chofer y se acuclilló frente a ella.

Chelsy se apartó la manga de su elegante salto de cama y le mostró el brazo.

—¡Ese bruto! Si la vuelve a tocar lo asesinaré —dijo Byron y empezó a besar las marcas.

Ella apartó al brazo.

—¿Qué haces aquí?

—Me quedé preocupado porque su padre pidió quedarse a solas con usted y temí que le dijera algo sobre nosotros dos.

Ella reaccionó echando la cabeza hacia atrás y lanzando una carcajada. Byron la miró con un poco de enojo.

—¿Se está riendo de mí?

—No me río de ti, solo me pareció gracioso tu comentario. ¿Imaginaste que iba a admitir lo nuestro ante mi padre?

—Pero...

—¿Quieres que me desherede? —lo interrumpió—. Mi padre está en la ruina, pero no tiraré por la borda lo poco que pueda llegar a dejarme. Ese tonto de James se lo buscó, mi padre hizo muy bien en dejarlo en la calle.

—¿Y yo? ¿No quiso que su padre me dejara en la calle porque me quiere?

Chelsy se inclinó y por un instante Byron creyó ver un poco de dulzura en aquellos ojos tan hermosos. Pero fue un instante, porque ella volvió a sonreír

con suficiencia.

—Supongo que te tengo *algo* de cariño. Y me gustas mucho. Cómo también me defendiste, no quise que mi padre te despidiera, no lo merecías. Además... —acercó sus labios a él—. ¿Cómo nos vamos a seguir divirtiendo si trabajas en otro lugar? Es más fácil si sigues siempre a mi lado.

Byron se deshizo de su caricia y preguntó con voz glacial:

—¿Entonces no me quiere?

—Claro que te quiero, tonto.

Byron caminó hasta la ventana y miró el jardín, en donde se encontraban los árboles agitándose por una ligera nevisca. La vista le pareció preciosa, porque desde su pobre habitación, que más era más bien una buhardilla sin siquiera una pobre ventana, no tenía acceso a aquel paisaje invernal. Y ahí tomó conciencia de la diferencia que lo separaba de Chelsy; todo no se reducía a la vista de un paisaje, ese detalle lo hizo recordar su charla con Donovan, el cocinero de la mansión.

—¿Y qué estás mirando? ¿Hay algo más bonito que yo allá afuera?

Él giró la cabeza para mirarla y entonces reunió fuerzas para decir lo que acababa de confirmar.

—Ya veo lo que me quiere. Solo soy un juguete para usted. Como le dije una vez, un simple recadero, y ahora, uno de tantos amantes que pueda llegar a tener. ¿Verdad?

—¿Uno de tantos? ¿Qué pretendes decir con eso? ¡No, Byron! Nunca me sentí tan contenta con alguien como contigo. No sé muy bien lo que es el amor, si eso es lo que deseas saber —dijo con amabilidad y hasta con honradez.

—¿Entonces dejará de pensar algún día en el príncipe de Gales?

Cuando escuchó la pregunta, Chelsy se deshizo del abrazo y volvió a la banqueta junto al espejo. Se sentó en ella, cruzó las piernas y sin saber qué

hacer, empezó a peinarse de nuevo.

Un instante después, pudo ver el reflejo de Byron a través del espejo.

—Usted nunca fue franca conmigo. Responde lo que le conviene.

—Una cosa es lo que siento, y otra es lo que debo hacer.

—Él no la quiere y está haciendo lo posible para casarse con otra mujer. Y usted misma reconoció que nunca lo quiso, ¿por qué se empeña en volver con su alteza real?

Chelsy dejó el cepillo y miró a Byron con una vaga sonrisa de Gioconda.

—Byron, hay cosas que no entiendes.

—Claro que entiendo. ¡Usted tiene miedo!

—No seas ridículo. ¿Miedo a qué?

—Miedo a una vida sin dinero. Siente terror a tener la existencia de un pobre como yo. Se horroriza al pensar que su padre lo perderá todo y deba sacrificarse como casi todo el mundo.

—¡No quiero escucharte! ¡Mentira!

—¡No quiere escucharme porque digo la verdad! El príncipe de Gales nunca le movió un pelo, pero es capaz de destruir el verdadero amor que él siente por aquella humilde muchacha que lo quiere sinceramente solo para salirse con la suya.

—Cállate.

—Desprecia mi amor porque no tengo un centavo. Y rechaza un sentimiento verdadero por un puñado de vestidos de diseñador y una vida vacía llena de lujos y comodidades. Quizás algún día obtenga lo que tanto desea, casarse con alguien con título al que desprecia pero que pueda darle mucho dinero para gastar.

Chelsy se tapó los oídos, pero las lágrimas empezaron a brotar y sin poder contener tantas verdades y el dolor que le producía escucharlas, apoyó la cabeza en el escritorio y sollozó porque las manos no ahogaban las palabras

de Byron.

—Algún día será vieja y cuando se mire al espejo, no verá ese hermoso cabello rubio ni aquella piel tan blanca y perfecta, ni esos labios que incitan a besarlos, ni tampoco esos ojos que conmueven corazones. ¡Verá su belleza gastada, la amargura en su tez, y su alma se pudrirá de vacío! Entonces podrá llenarla con anillos, zapatos e incluso con una corona. Ojalá consiga muchas alhajas para llenarlo —y se fue dando un portazo.

Chelsy se miró al espejo y empezó a sentir aquel vacío del que Byron le había hablado. Sin el chofer se sentía incompleta. Se incorporó de un salto, y como una loca, abrió la puerta y empezó a gritar:

—¡Byron, vuelve! ¡No es cierto lo que dije! ¡Te quiero!

Salió al pasillo y se deslizó por escaleras. Estaba dispuesta en ir tras su amado, cuando una mano la tomó del hombro.

—¿Quién? —alcanzó a preguntar volviéndose a quien la aferraba y al reconocer el rostro que la miraba con unos ojos celestes como los suyos, consiguió balbucear a duras penas—. ¿Madre?

Sophie Owen-Keller la fulminó con la mirada y sin darle tiempo a reaccionar, le espetó un cachetazo en plena cara.

—¡Estúpida! ¿Cómo te atreves a meterte con un chofer muerto de hambre?

Amy caminó a través del despacho de su marido, se detuvo frente al escritorio que los separaba y lo miró.

—Quiero escuchar la conversación con James.

—Tal vez la visita no sea breve, ¿no estás cansada? —consultó Louis, rodeando el escritorio para acercarse a ella.

—Quiero estar presente.

Un mayordomo anunció:

—Altezas, llegó James.

—Que pase —dijo Louis apoyándose en el respaldo de una silla y Amy se acomodó en uno de los sillones cercanos a la ventana.

El hermano de Henry y su mujer estaban al tanto de la pelea que el exmayordomo de la familia Owen-Keller había tenido con Byron, pero al verlo se sorprendieron por el mal aspecto físico que mostraba James: un ojo amoratado, el labio partido, la nariz inflamada y caminaba hacia ellos rengueando como si fuera un anciano.

James se inclinó en una reverencia para homenajearlos, pero en aquel intento sus facciones se ensombrecieron de dolor y al erguirse no pudo evitar tambalearse.

—Altezas, les pido disculpas por el aspecto que tengo —dijo al matrimonio sin atreverse a mirarlos a la cara.

—Antes de hablar contigo, mi hermano me puso al tanto de todo —comentó Louis tratando de no observar al pobre mayordomo con lástima—. Toma asiento, por favor.

—No quiero molestarlo. Sé que es tarde.

—Siéntate, hazme el favor. Por lo que veo, no te encuentras en condiciones de mantenerte de pie por mucho tiempo.

Louis caminó cruzando la estancia y apoyó la espalda en una pared cercana a la ventana, cruzó los brazos y las piernas sin quitarle la vista.

—Escucho —dijo.

—¿Qué quiere que diga, mi señor?

—Quiero escuchar todo de tu propia boca.

—Me da un poco de vergüenza, yo no suelo comportarme de manera tan ruda, la señorita Chelsy logró sacarme de las casillas y la maltraté. Byron no hizo más que defenderla.

—Cuenta todo desde el principio.

Con paciencia y lentitud, James sacó la cámara fotográfica de un bolsillo, la encendió y se la extendió.

—Primero vea las fotos que tomé de ellos.

Louis tomó la cámara. Amy casi saltó del sillón y se acercó a su marido también para mirar las imágenes. El hermano de Henry no hizo ningún gesto de sorpresa pero su mujer no cesó de lanzar exclamaciones a medida que su esposo iba pulsando el botón para pasar de una foto a otra. No eran fotos lascivas, pero dejaban al descubierto el sentimiento que unía a Chelsy con Byron.

—No parece Chelsy —dijo el príncipe sin dejar de observar las fotos—, no recuerdo haber visto en sus ojos esa misma felicidad cuando estuvo con mi hermano.

—Se la ve tan hermosa —agregó Amy sin despegar la mirada de las fotos que iba mostrándole Louis, quien al contemplar junto a su esposa la última de las imágenes, apagó la cámara y se la extendió de nuevo a su dueño.

—Escucho —volvió a repetir con poca paciencia.

James no se hizo rogar. Luego de tomar un poco de agua, contó con lujo de detalles todo lo que había sucedido, y no comenzó con lo que había presenciado en la habitación de Byron, si no que ubicó como principio cuando escondido en el jardín, los vio darse un beso. A medida que el sirviente iba relatando todo, Amy no disimuló su sorpresa y Louis siguió en la misma actitud seca de antes. Cuando por fin concluyó con su relato, James palpó nerviosamente una de las pecheras de su camisa.

—¿Qué buscas?

—Perdón, alteza. Mis cigarrillos, y me doy cuenta de que los olvidé —el mayordomo se fijó en la expresión del anfitrión y se apresuró a disculparse —: no pienso fumar en su presencia. Jamás me mostraría tan irrespetuoso

frente a ustedes, solo que ni bien saliese de aquí...

Louis se acercó a su escritorio, abrió un cajón y le extendió una cigarrera de plata.

—Toma uno o los quieras. Yo no fumo y mi mujer tampoco, pero los tengo en caso de que algún invitado desee hacerlo. Ahora considérate también mi invitado.

—No, sus altezas... no podría —pero al mirar a Amy, esta asintió a desgano.

James tomó un cigarrillo, Louis se lo encendió y el mayordomo saboreó la primera bocanada con deleite.

—Gracias, yo sé que ustedes se sienten obligados a ser amables conmigo porque la situación lo amerita y no porque lo merezca. Jamás perdí el control de esa manera, pero la señorita Chelsy me trató tan mal que ni siquiera reflexioné en lo que estaba haciendo. No soy un ser tan despreciable como deben pensar —volvió a darle otra titubeante y nerviosa calada a su cigarrillo, porque la mano le temblaba.

—No te creo un ser despreciable, James. Pero ninguna mujer, por más repulsiva o mala que sea, merece que se la maltrate físicamente. Pero eso está en ti ahora cerremos este trato de una vez por todas.

James también quería irse volando de aquel lugar, aquel chico que tenía edad como para ser su hijo le dio a entender que no soportaba mirarlo a la cara. Sin perder el tiempo, buscó la cámara y sacándole la tarjeta de memoria, se la entregó al príncipe.

—Muy bien, James. Y supongo que no habrá copias de las fotos que vimos mi mujer y yo, ¿verdad? —dudó Louis clavándole su mirada azul.

El exsirviente de Chelsy se puso rojo de furor.

—¡Mi señor, cómo se le ocurre pensar en tal cosa! Jamás me atrevería a hacerle una jugada tan sucia a quien algún día será mi rey. No hay tal copia,

solo me limité a guardar la cámara para esperar a qué pudiera hacer con ella.

—Eso es lo que pensé, pero no quería dejar de asegurarme de ello — confirmó Louis y abrió otro cajón.

Tomó posesión del sillón de escritorio con la chequera en las manos y con su estilográfica garabateó una suma. Sin preámbulos se lo extendió al otro, quién no hizo caso esta vez de su lamentable estado físico y corrió a recibir el papel. Lo miró y empezó a reír, emocionado.

—Es usted tan generoso, mi señor. Con esto podré mantenerme por un buen tiempo hasta conseguir un trabajo —dijo James con voz emocionada sin dejar de mirar el cheque.

—No me lo agradezcas a mí, es a mi hermano a quién deberás dirigir tus alabanzas. Podés hacer con el dinero lo que te plazca, pero quizás no te haga falta para mantenerte.

En el golpeado rostro de James hubo un asomo de duda.

—Alteza, no lo entiendo. ¿A qué se refiere?

—Hace un rato hablé con mi tío, el duque de York. Me dijo que uno de los mayordomos de su palacio está pronto a jubilarse y desea a alguien con experiencia, le propuse que ya tenía a la persona indicada y ese desde luego que eres tú. Mañana tienes una entrevista a las nueve de la mañana.

James se quedó sin habla, y Louis temió que a aquel individuo le fuera a dar un ataque al corazón. Amy ahogó una risita histérica.

—Alteza, seré su eterno servidor por el resto de mis días. Se lo juro, nunca dejaré que nadie hable mal de usted, jamás permitiré que...

—Está bien, no es necesaria tanta perorata. Los halagos me disgustan. Como te dije antes, es a mi hermano a quién tienes que agradecerse. Ahora lárgate, porque mi esposa y yo estamos muy cansados. Gracias por venir.

James se inclinó hacia Amy, y antes de que esta pudiera reaccionar, empezó a besarle la mano.

—Señora, gracias por dejar que mi pobre persona sea recibida en su presencia —se dirigió a Louis con el intento de ponerse de rodillas. El futuro rey se enojó y lo apartó de un manotazo.

—¡Mierda, James! ¡Fuera de aquí antes de que me arrepienta! ¿De qué manera tengo que decirte que te largues de una buena vez?

El mayordomo volvió a ponerse de pie y se fue sin darles la espalda, cumpliendo el rígido protocolo al igual que su padre, su abuelo y su bisabuelo, mayordomos como él.

Cuando James se retiró, Amy se limpió la mano besada en el borde de los sillones, y Louis suspiró de alivio.

—Todo esto es culpa de mi padre. Solo por él mi hermano debe gastarse su dinero de esta manera.

—Y lo peor es que lo hace por salvar la reputación de aquella fulana de Chelsy —dijo ella—. Pero ya todo pasó, Lou.

—¿Estás bromeando? Esto recién comienza, no creo que Chelsy se quede de brazos cruzados. Tú y yo sabemos que ella no es de la que se quedan calladas y quietitas sin hacer nada.

Amy se abrazó a él y dijo:

—Claro que no bromeo, pero al menos déjame la esperanza de que aquella mujer por fin nos deje en paz.

—¡Entra de una buena vez! —dijo Sophie empujando a su hija. Chelsy se dejó arrastrar hasta la habitación y una vez adentro, intentó deshacerse de la mano de su madre.

— ¡Suéltame!

—¿Piensas dormir?

—Mamá, me gustaría mucho que hagamos de cuenta que no has visto

nada y me dejaras sola.

Eso bastó para que la señora Owen-Keller perdiera de nuevo la paciencia.

—Todo el personal doméstico de la casa debe estar enterado de que te dejaste seducir por un chofer muerto de hambre. ¿Qué tal si alguno se le ocurre hablar de más y sus dichos llegan a la prensa? —los ojos se le agrandaron ante un nuevo descubrimiento que acaba de hacer—. ¡Seguro que James te vio con Byron y quiso chantajearte!

Chelsy tembló ante el enojo de su madre. ¿La echaría de la casa?

—¡Contesta! ¿James los descubrió y por eso discutiste con él?

—Sí, mamá. Él nos vio y no solo eso, también tuvo el tupé de sacarnos fotos.

—Maldito traidor. Pese a las protestas de tu padre, siempre le dije que ese sujeto iba a terminar perjudicándonos, y cuánta razón tuve. Ahora se volverá rico vendiendo aquellas fotos y tu reputación quedará arruinada para siempre.

Chelsy se largó a llorar. Estaba desesperada.

—Si papá accede a pagarle una buena suma por su silencio además de la indemnización por haber trabajado aquí, se callaría.

—Estúpida, sabes muy bien que tu padre no tiene esa suma de dinero.

—¿Y qué puedo hacer?

—Ir ahora mismo a ver a Amy a su residencia, al palacio de Kensington.

Sophie se desesperó porque Chelsy la miró sin decir nada.

—¿Qué te pasa, idiota? ¿Acaso se te olvidó dónde queda Kensington?

Eso a Chelsy tampoco le importó, estaba acostumbrada a que su madre subestimara su inteligencia.

—Claro que lo sé, tonta. ¿Pero sabes la hora qué es?

—Es una emergencia. Ve ya, ellos sabrán dónde se encuentra Henry.

—Está en Holanda junto a Adrienne, fueron a saludar a los reyes... aquella india sucia tratará de hacerse amiga de Martina, esa plebeya

ambiciosa venida a más que se casó con aquel borracho de Hans.

—¿Y luego vendrán a Londres?

—Claro que no. Edward no quiere ni oír hablar de ella.

Sophie se mantuvo reflexiva durante unos segundos y dijo:

—Entonces es ahí adónde debes ir.

—¿A Suiza?

—Como Henry no querrá saber nada de escándalos, y aunque los protagonistas tú, lo salpicará también a él. Ya habrá arreglado todo para que James no venda las fotos.

—Es increíble la capacidad de imaginación que tienes. ¿Qué te hace pensar que Henry quiera ayudarme?

—No estoy segura, pero lo averiguarás ahora.

El palacio de Kensington, localizado en los jardines del mismo nombre; es donde se alojan varios miembros de la realeza británica. Louis y Amy, duques de Cambridge y futuros reyes de Inglaterra, luego de su casamiento, se mudaron y viven allí en la actualidad. También el príncipe Edward y su mujer conviven en uno de los departamentos de aquella residencia. Daria, la fallecida princesa de corazones, exmujer de Edward y madre de los príncipes Louis y Henry, poseía allí su vivienda y despacho en Kensington hasta el día de su muerte.

Obedeciendo las órdenes de su madre, Chelsy se vistió con su elegancia de siempre y un seco Byron la llevó hasta la entrada del palacio. Ella se moría de ganas de hablar con el chofer, pero al comprobar que él ni siquiera la miraba, el orgullo Owen-Keller se hizo presente y también lo ignoró. Lo único que le dijo cuando llegaron fue:

—Ya vuelvo.

A lo que Byron respondió con sequedad:

—Sí, señorita.

La rubia lo miró con enfado, se bajó del auto y esperó a que un guardia del palacio abriera los enormes portones.

Cuando uno de los mayordomos anunció la tardía visita de Chelsy, Amy no pudo creer en tanta desfachatez.

—Lou, ¡esa mujer no tiene cara! ¿Cómo se le ocurre venir a estas horas?

Como toda respuesta, el futuro rey acomodó uno de los almohadones por detrás de la cabeza y siguió leyendo como si nada.

—¿Qué quieres que haga? ¿Mandarla a echar? —dijo sin dejar de leer. Aunque una sonrisa divertida le surgió en los labios, Amy seguía seria.

—No pienso recibirla. Que se vaya por donde vino. Daré órdenes al respecto.

—Hazlo, mi amor. No tengo ganas de ver a Chelsy, ya bastante tuve hoy con James —suspiró Louis volcando su mirada azul en Amy.

—Espérame despierto —enfaticó ella.

Louis lanzó una carcajada.

—Si vas a arrojar a nuestra inesperada visita por la ventana, asegúrate de que nadie te vea.

—Qué gracioso —dijo Amy levantándose de la cama.

Se puso una bata de raso, acomodó su largo cabello castaño y se dirigió a uno de los salones principales que lindaban el comedor.

—¿Señora? —dudó Oswald. El mayordomo se sorprendió. Supuso que el matrimonio real se encontraría durmiendo. Sin perder el tiempo, hizo una inclinación en dirección a ella.

—Me informaste que la señorita estaba en la puerta, ¿verdad?

Oswald asintió.

—Ni mi marido ni yo recibiremos a esa mujer.

El mayordomo seguía incómodo. A la mujer de Louis no se le pasó desapercibida la actitud. Alzó una ceja, se cruzó de brazos y lanzó un suspiro de rabia sin quitarle la mirada de encima.

—Señora —carraspeó el sirviente—, no es mi intención cuestionar sus órdenes ni mucho menos, pero la señorita Owen-Keller amenazó con echarme si no mandaba a abrir las puertas de entrada de palacio para que usted la recibiera.

Pese a la rabia, eso a Amy le hizo mucha gracia. Para sorpresa del mayordomo, echó la cabeza y lanzó una carcajada.

—¿Echarte, dijiste? —dijo sin dejar de reírse—, Oswald, ella no es nadie aquí. Puedes dejar de preocuparte por eso, infórmale que ni mi marido ni yo estamos dispuestos a recibirla —giró sobre los talones, con intenciones de volver a sus aposentos, junto a Louis. Pero cambió de parecer. Oswald siguió ahí, parecía pegado en su sitio.

—Señora —dudó él con temor. La futura reina, duquesa de Cambridge, pese a su anterior condición de plebeya, casada con su alteza real, el príncipe Louis, duque de Cambridge, heredero de la corona británica, tenía más poder que *lady* Chelsy Owen-Keller, hija de Andrew Owen-Keller, conde de Brighton.

Oswald no quería estar en medio de aquel lío, estaba ansioso por irse. Pensativa, Amy posó el índice sobre los labios.

—Y dile esta frase tal cual la estoy pronunciando: si vuelve a poner los pies en este lugar, seré yo la que la mandaré a echar y a patadas —dijo ella sin que la sonrisa se le fuera de la cara.

—Como usted diga —balbuceó el mayordomo.

—Buenas noches, Oswald —dijo Amy mientras se retiraba.

—Buenas noches, señora.

Chelsy se encontraba discutiendo con uno de los guardias reales de entrada, cuando Oswald se dirigió a los jardines de entrada del palacio de Kensington.

—Hasta que por fin vuelves —tronó la rubia con disgusto, agarrada a los barrotes de uno de los portones.

—Disculpe, señorita.

—¡No te disculpo nada! Abre estos asquerosos portones que quiero entrar —Chelsy dirigió su desdeñosa mirada al guardia que le había negado a la entrada—: Y en cuento a ti, imbécil: mañana te encontrarás sin trabajo por la manera indecorosa de tratarme.

—Señorita, yo cumpla órdenes.

La Owen-Keller lo hizo callar con un despreciativo gesto con la mano. Sus ojos celestes se detuvieron en Oswald.

—Su alteza real, la duquesa de Cambridge me está esperando —luego de pronunciar eso hizo un mohín de disgusto.

Chelsy no consideraba apta a Amy para hablar de ella nombrándola por su título real, pero los rangos de realeza debían cumplirse a rajatabla; ella como hija de un conde, décimo octavo en la línea de sucesión al trono, debía respetar a alguien con un rango más alto que el suyo.

—Lo siento, *lady* Owen-Keller, pero su alteza real, no la recibirá —murmuró Oswald sin mirarla a los ojos.

El rostro de la rubia se descompuso hasta parecerse a una de las gárgolas de la iglesia de *Notre Dame*. ¿Cómo aquella asquerosa plebeya, sin un ápice de sangre azul en la sangre se atrevía a despreciarla de esa manera?

—¡Estás mintiendo! Quiero que abras ya el maldito portón —chilló al

borde de un ataque de nervios.

—No puedo dejarla entrar, su alteza real no quiere recibirla. Dijo que no vuelva más a este palacio, o de lo contrario la mandará a echar y a patadas. Con permiso, debo retirarme —Oswald hizo una seca inclinación, pegó la vuelta y se fue, dejándola con la palabra en la boca.

—¡Maldito siervo! —chilló Chelsy hecha una furia y agitó con violencia los barrotes del portón.

Byron la observaba desde el auto. Enojado como estaba, siguió en su puesto de asiento del conductor. Chelsy agitaba los barrotes y los guardias la miraban sin expresión.

—¡Mañana mismo todos van a quedarse en la calle! ¡Ya verán cuando su alteza real, el príncipe Edward, se entere de semejante desacato! —la oyeron gritar.

El chofer oyó por encima de los gritos de Chelsy, un trueno. Se acercó a la ventanilla y miró el cielo: estaba de un espeso color morado. El agua-nieve no se hizo esperar. Salió del auto y fue en busca de Chelsy.

—Pero qué hace gritando agarrada a los barrotes —dijo tratando de arrancarla de su lugar. Ella se negaba a irse. Byron apeló a toda la paciencia que tenía disponible y le habló con ternura—: Señorita, vámonos de aquí. La duquesa no la recibirá y lo único que ganará será un buen resfriado.

—¡Déjame en paz! —Chelsy no quería resignarse, con el pelo y las ropas húmedas protestó y trató de apartarlo de su lado. Tenía las manos heladas.

Byron suspiró. ¡Qué difícil hacían las cosas las mujeres! Pero se le ocurrió una idea: era lo único que lograría hacer cambiar de parecer a Chelsy, y de esa manera evitar que los dos siguieran tomando frío.

—La acompañaré a Suiza a esperar al príncipe Henry si usted me promete una cosa —dijo con pesar.

—¿Qué cosa? —para la rubia aquello era una novedad y le interesaba

muchísimo.

—Vámonos de aquí porque hace un frío de los mil demonios, y le juro que iré a Suiza con usted —repitió el chofer con resignación.

Capítulo 11

Pese a la cercanía de Navidad, Chelsy se las arregló para llegar a Suiza y conseguir alojamiento. Desoyó las críticas de su padre, las protestas de su madre y saliéndose con la suya, viajó con Byron. El chofer seguía enojado, aunque pudieron más sus ansias de tenerla cerca sin las restricciones de los padres de la rubia que el orgullo herido, pero hizo lo posible para hacerle saber a la Owen-Keller que aún no la había perdonado.

—¿Sabe qué? Creo que fue una mala idea venir hasta aquí, persiguiendo a su alteza real cuando sabe que a él usted no le mueve ni un pelo —dijo con mala cara.

—¿Vas a decirme lo que tengo que hacer, Byron? Me lo prometiste, me acuerdo bien cuando juraste que vendrías conmigo a Suiza.

Byron dejó de mirarla y resopló con fastidio, después de abandonar el palacio de Kensington, intentó disuadir a Chelsy de hacer ese viaje a Suiza sin ningún resultado positivo. Era caprichosa.

—Entonces si dirás cosas desagradables mejor que te calles —dijo ella—. ¿No ves que pronto será año nuevo? —y empezó a sonreír. A Byron se le iluminaba el alma al verla tan contenta, porque la alegría la hacía ver más bella.

Llegaron al alojamiento y caminaron hacia a la recepción mientras un botones se hacía cargo del equipaje: un total de seis valijas. El chofer se espantó.

—¿Era necesario tanto equipaje? Usted dijo que vendríamos por un par de días.

—Byron, ya me estás hartando con tus quejas. No podía llegar hasta aquí nada más que con dos trapos para que luego la prensa se ría de mí o me acuse

de estar mal vestida.

—La prensa se reirá de usted pero por hacer el ridículo, su alteza real volverá a Suiza en compañía de su novia y su presencia sobraré aquí.

—*¡Shhh!* Por favor, vengo a hacer el *check-in* de una habitación a nombre de Chelsea Owen-Keller —ignoró a Byron para dirigirse a la recepcionista.

La chica de la recepción buscó unos papeles y dijo con voz seca:

—Lo siento, señorita. Su tarjeta de crédito no tiene fondos, de todas maneras le reservamos la *suite*. ¿Realizará el pago de otra manera?

Chelsy empezó a boquear como un pez fuera del agua.

—Pero... ¿qué está diciendo, señorita? ¡Mire bien, mi tarjeta es una AMEX dorada! A ver tome, verifique —le tendió el plástico.

—Ya pedimos información.

—¿Cómo se te ocurre tratarme de esa manera, ordinaria?

—Le vuelvo a repetir y no insista: esa tarjeta no tiene fondos. ¿Pagará de otra manera?

—No.

—Si me disculpa, tengo otras cosas que hacer. Buenos días —la recepcionista le dio la espalda y empezó a atender a otras personas.

Chelsy se volvió hacia el chofer.

—¡Byron! Esa mujer me maltrató.

—Usted empezó primero, señorita. Y deje que yo pague, por favor.

—¿Quién? —preguntó la Owen-Keller con escepticismo—. Si no tienes ni dónde caerte muerto —agarró al chofer del antebrazo, alejándolo de la recepción.

—Tengo mis ahorros.

—Pero ni los ahorros de tu vida entera servirían para pagar una hora en este hotel.

—Como quiera, si no desea mi ayuda nos iremos a un hotel más barato,

¿qué le parece una posada? —él sabía que Chelsy jamás aceptaría eso.

—¡Qué horror! Está bien, si así lo prefieres hazte cargo como puedas.

—Gracias —el chofer volvió a recepción, ante la estupefacta mirada de la rubia extrajo una AMEX dorada similar a la de ella (aunque con fondos) y realizó el *check-in* de la *suite*.

Chelsy no salió de su asombro.

—Puede cerrar la boca o de tanto tragar aire se resfriará. Vamos a la *suite* —siguió a un botones que se hizo cargo de todo el equipaje.

—B-Byron —balbuceó Chelsy cuando entraron al ascensor junto al *bell boy*—. ¿Cómo te las arreglas para tener una tarjeta tan valiosa?

El chofer sonrió con expresión indulgente.

—Señorita, usted sabe tan poco de mí, despreocúpese. En cuanto lleguemos a la *suite*, le recomiendo descansar en la habitación que yo me las arreglaré en algún sillón o sofá.

Robbie Shott y compañía irrumpieron al hotel como una ruidosa comitiva: ya sea por la ropa ostentosa que llevaba o la forma de hablar impetuosa que el millonario se manejaba. Quienes ocupaban la recepción giraban las cabezas para contemplarlos.

—Robbie, no entiendo por qué venimos de nuevo a un hotel. ¿Qué tenía de malo la casa que alquilamos? —preguntó Miranda.

—Mi amor, era muy fría y los sirvientes muy torpes. Creo que voy a despedir a mi representante por contratar a semejante grupo de inútiles, este hotel nos vendrá mejor. Y tendremos la casa para el festejo de año nuevo, cuando Henry vuelva de Holanda haremos un festejo de película, ya verás.

La pareja charlaba entre sí, seguida de cerca por los guardaespaldas y amigos incluidos, dirigiéndose en dirección a los ascensores.

—Como gustes, ya no te digo nada, siempre hacés todo a tu antojo — agregó Miranda. Conocía muy bien a su novio para objetar algo, además le daba lo mismo una casa que un hotel.

Robbie empezó a correr.

—Se nos está yendo el ascensor. Rápido, Miranda. ¡Y ustedes podrían apresurar un poco el paso, tarados! —ladró a su gente.

Al verlos, Chelsy se quedó de piedra. Ella también estaba esperando el ascensor, junto a Byron, para subir a la *suite* que ocuparían. El millonario tampoco pudo disimular la sorpresa, Miranda se puso seria de repente.

—Qué linda sorpresa. Podríamos arreglar un día para tomar el té —ironizó la Owen-Keller con una sonrisa.

Shott no le hizo gracia aquel sarcasmo y muy serio, la señaló.

—¿Viniste a arruinarle la vida a mi amigo? Te aseguro que no voy a permitírtelo, *Patsy*.

—Hipócrita —dijo Miranda a la rubia sin poder contenerse.

—Vine a recuperar a mi novio, y ustedes no van a impedírmelo. Y me llamo Chelsy.

—Será Adriana quien te lo impedirá.

Chelsy se largó a reír. Por detrás de su cabeza se asomó Byron con cara de circunstancia. Aún no entendía qué hacía allí; Shott y su gente, menos.

—Querido Robbie, esa salvaje no me amedrenta en lo más mínimo — contestó Chelsy mirando al millonario con altanería—. ¿Ahora nos permiten llegar a nuestra *suite*? Fue un gusto encontrarme con todos ustedes, pero necesito descansar. Con su permiso, ya nos veremos en otra oportunidad para charlar. ¡Apriete el botón de subir que quiero ir a mi habitación! —indicó después al botones. Con una sonrisa de satisfacción y un ademán de burla a modo de saludo, dejó que la puerta del ascensor se cierre en la cara de Robbie y de su novia.

—¿Ya llegó? —preguntó Henry.

—Sí, amigo. La encontramos recién en los ascensores de la entrada. Esa mujer no tiene límites. ¿Puedes creer que también trajo al chofer? —Robbie no pudo aguantarse, y ni bien puso un pie en su habitación, llamó a su amigo.

—Pobre tipo, no te la agarres con él. Byron no tiene la culpa, debe estar hechizado por Chelsy.

—Embrujado seguro, porque esa tipa habrá venido desde Londres en escoba. No habrá hecho falta que tome el *ferry* o un avión porque es una bruja —Robbie lanzó una carcajada por su propia ocurrencia. Al percibir silencio desde el otro lado de la línea, dijo—: Perdón Hen, hace rato que no vivo una situación tan bizarra y me hizo gracia.

—A mí también se me antoja ridículo todo esto, aunque lamento no tomármelo con tanto humor. Mañana volveremos a Suiza.

—No te digo de pasar por el hotel donde me hospedo porque tal vez tengas la mala suerte de encontrarte con *Betsy*.

—Habrás querido decir con Chelsy.

—Bueno, esa.

—No voy a dejar de visitarte porque ella esté en el mismo hotel, la prensa pensará que le tengo miedo. Enfrentaremos la situación y quedará en ridículo delante de todo el mundo; pues se lo buscó. Hablaremos después, ahora estamos en palacio junto a Hans y Martina. Adiós, Robbie. Y gracias por las novedades.

—Oímos todo —dijo Hans en cuanto Henry guardó el móvil.

Martina me lanzó un guiño de complicidad, como no pude sonreír por la rabia que sentía, mostré los dientes con una mueca ridícula. Me sentí el gato bocón de Alicia en el País de las Maravillas.

—¿Qué puedo decir al respecto, Hans? No solo mi padre complica las

cosas, sino que también mi ex parece haber perdido la cordura —agregó Henry.

—Le voy a dar tantos golpes en la cabezota que se le van a acomodar las ideas —gruñí desde el sillón en el que estaba sentada en compañía de Martina.

—Adriana, tienes que hacer de cuenta que ella no existe. Intentará provocarte para demostrar que eres una maleducada y que el lugar de duquesa te queda grande. No le des el gusto —aconsejó mi nueva amiga.

—El gusto me lo voy a dar yo cuando la deje pelada. Le voy a tirar los pelos hasta sacarle todas esas asquerosas extensiones. Ya van a ver, ¡tendrá que aprender la lección por las malas!

—Adrienne, mi *caríssima*.

—No intentes detenerme, esa mujer me las va a pagar una por una. Por su culpa estuvimos separados un montón de tiempo, nunca se lo voy a perdonar.

—No se peleen por culpa de Chelsy—interrumpió el rey de Holanda.

—No vale la pena —dijo una voz y todos nos dimos vuelta para saber quién hablaba.

—Mamá —dijo Hans con una sonrisa y fue a su encuentro.

—¿Qué no hay por el momento ese plato que le pedí? Pues consígalo ahora mismo entonces. No quiero otro menú, llámeme cuando tenga lo que le he pedido —gruñó Chelsy y cortó la comunicación.

—¿Por qué tiene que ser tan desagradable? Un poco de amabilidad no cuesta nada.

—Byron, no te portes como si fueras mi padre. Y no te hagas el tonto, porque aún no me dijiste lo que quiero saber.

—¿A qué se refiere?

—¿Estás tomándome el pelo? Ay, con tu permiso me sacaré los zapatos. Me duelen mucho los pies.

—¿Quiere que le haga unos masajes?

—¿Estás tratando de que olvide lo que te pregunté? ¡Ay, sí! —Chelsy lo pensó mejor y se sacó los zapatos. Dejó los pies sobre las rodillas de Byron.

—Relájese, ¿qué tal si esta noche vamos a cenar?

—Mi tarjeta está bloqueada y mis padres no tienen un centavo. ¡Ah, me acordé! Vas a decirme ahora mismo qué haces con semejante tarjeta de crédito.

—Es parte de mi intimidad —Byron hundió el pulgar en la planta del pie de su ama, quien no pudo reprimir un grito de placer—. A usted no le debe interesar un pobre empleado como yo.

—Tan pobre no has de ser para tener una AMEX Dorada.

Byron se puso serio e incluso triste.

—Señorita, forma parte de mi pasado. Y preferiría no mencionarlo.

Chelsy iba a abrir la boca para hablar pero empezó a sonar el teléfono de la *suite*. En cuanto escuchó lo que le informaron, pegó un salto y zafó el pie de entre las manos de Byron. Al colgar empezó a reírse a los gritos.

—Gracias por la patada en la cara que estuvo a punto de darme cuando la llamaron por teléfono. ¿Y a qué se debe tanta alegría? —protestó Byron.

—El botones al que le pagué para que obtenga información para mí me dijo que escuchó una conversación de Shott y por lo que me contó, al parecer hablaba con Henry. ¡Mañana llegan a Suiza!

Él se levantó del sillón y empezó a dar vueltas por la *suite*.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó Chelsy.

—Usted es increíble. Hace unos minutos se quejaba de que su tarjeta de crédito está bloqueada y que sus padres no tenían un centavo.

—¿Y qué? —la Owen-Keller se encogió de hombros con indiferencia.

—Pese a eso se las arregla para derrochar dinero que no tiene en gastos inútiles.

La rubia se acomodó en el sillón y le lanzó una mirada de suficiencia.

—Son gastos necesarios, muy necesarios. Pienso en mi futuro, Byron.

—¿De qué habla? Si el príncipe la mirase con un poquito de interés coincidiría con usted, pero yo diría que hasta la detesta.

—Está un poco confundido porque esa india sucia lo sedujo con sus habilidades sexuales y por eso se fascinó con ella, pero ya volverá a mí. Ten paciencia y lo verás.

Esa última frase terminó con la paciencia de Byron, quien buscó en su mochila una bufanda y se puso la campera.

—¿A dónde vas?

—A caminar un rato, creo que el frío que hace afuera me dará menos escalofríos que escucharla.

Chelsy lo detuvo en la puerta.

—Espera, no quiero quedarme sola. ¿No íbamos a cenar juntos?

—Bien sabe que la amo, y por eso odio que hable del príncipe, que quiera hacer el ridículo delante de la prensa por él y que se empeñe en hacerle la vida imposible a esa pobre chica que se enamoró de su ex cuando su único pecado fue lograr que también se enamore de ella.

—Byron, no me dejes solita —pidió ella mientras lo abrazaba. Usaba los diminutivos para conseguir lo que quería. Y esta vez sabía que con Byron le saldría bien. Surtió efecto: el chofer arrojó su mochila a un costado y tomó asiento frente a ella.

—Entonces compórtese de una manera civilizada. Si se empeña en seguir adelante con sus planes, por lo menos haga una excepción por esta noche.

Ella arqueó una ceja y decidió seguir su exigencia.

—OK, por ti haré una tregua. ¿Qué pido de comer?

Tragué saliva cuando la vi llegar. ¡Margarita, en persona!

—Margarita, ¡qué sorpresa! —exclamó Martina al contemplar a su suegra. Mientras la sostenía de las manos, le dio un beso en cada mejilla.

—Espero no haberme perdido nada de la interesante charla.

—Llegaste a tiempo, mamá. Henry y su novia vinieron a cenar, mañana vuelven a Suiza —terció Hans

La señora sonrió al ver a mi novio.

— ¡Ja! Veo que estás portándote bien. ¿Quién fue la que hizo semejante milagro? —dijo con una sonrisa acariciando la mejilla de Henry.

—Margarita, sabe usted que siempre me porté bien.

—Claro, tan bien como mi Hans antes de ponerse de novio.

Henry lanzó una carcajada.

Ni bien la suegra de Martina se instaló en un sillón, dos de sus lacayos ordenaron café y algunos entremeses del gusto de Margarita. Cuando detuvo su mirada en mí, pensé que la cara me estallaría de la vergüenza.

—Ven, querida. Quiero verte de cerca —pidió siempre sonriente.

Tratando de que no me temblaran las piernas me acerqué e hice una reverencia cortesana.

—Veo los frutos de las enseñanzas de Tony Pacheco. No es necesario que vuelvas a reverenciarme. Acércate por favor.

Margarita me tomó la cara para que la mirase a los ojos. Pude sostenerle la mirada a duras penas. Luego de observarme a gusto sonrió aún más.

—¡Qué bonita! —exclamó con dulzura—. Y esos ojos son tan expresivos, aunque veo fuego y carácter en ellos. Y bien qué lo habrás necesitado —y miró a Henry.

Todos estallamos en carcajadas.

—¿Cuál es tu nombre, querida? —me preguntó la reina.

—Adriana, alteza.

—Acerca la silla y charlemos, Martina quédate. Ustedes dos, par de charlatanes, caminen para otro lado.

—Además de mi abuela, usted siempre fue mi reina favorita. ¿Y ahora me echa? —se quejó Henry en broma.

—Y a mí hijo también, fuera los dos.

—Cuando mi madre ordena algo más vale obedecerle, Hen. Vámonos que ya son tres para criticarnos.

—Charlas de señoras, prefiero evitarlas. ¡Hasta luego! Vamos por unas copas al despacho de mi amigo Hans.

—Pueden tomar todos los tragos que quieran, en la cena nos reuniremos. ¡Adiós!

Chelsy salió de la habitación y se situó en el *living* de la *suite*. Al verla, Byron lanzó un silbido de admiración.

—¿Te gusto?

—Es usted una reina.

La rubia se acomodó en uno de los sillones cercanos a Byron y le sonrió.

—Me alegro que te guste. Este vestido me lo puse pensando en ti.

—Es del mismo color que sus ojos.

—¿Y los zapatos?— alzó uno de los pies para mostrar los *stiletto*s de taco alto y cubiertas de raso celeste.

—No entiendo mucho de moda, sabe que soy un poco bruto. Pero son bonitos, hacen juego con su belleza.

—Entonces entró Tony con un matafuego, por poco nos mata del susto. Nos llenó de espuma, además de hacer que Henry se ponga furioso...

—Por favor, querida. Esto es tan divertido —dijo Margarita llevándose un pañuelito de seda a los ojos. La risa la había hecho lagrimear.

—¿Sigo? —pregunté—. La veo cansada, no quiero fatigarla.

—Hace tiempo que no me río tanto. Sin duda Henry y tú no tuvieron tiempo de aburrirse. ¡Y ese Pacheco! Solo a él puede ocurrírsele hacer una entrada tan majestuosa, ya me acuerdo de sus locuras en mi palacio. Extraño la diversión que había con su presencia. ¿Eso pasó en Holanda?

—Sí, al día siguiente que cociné una *omelette* con hongos alucinógenos. Quedamos muy mal.

—Esa noche Martina me avisó que me pediría prestado mi médico personal. Cuando me contó el motivo, pensé que iba a explotar de tanto reírme. Adrienne, al igual que mi nuera —y tomó con afecto la mano de la mujer de su hijo—. Eres una mujer fuera de serie.

No pude reprimir un rictus de tristeza.

—¿Por qué esa cara tan seria? Tienes el amor de Henry y eso no es para despreciar.

—Usted sabrá que el papá de Henry, el señor Edward, no me acepta.

—¡Ese viejo aburrido! Ya doblegará su orgullo, no sabe lo que se está perdiendo al no conocerte. Ustedes, las mujeres de los nuevos miembros de la realeza europea, darán una nueva cara a las monarquías de este siglo.

—Me gustaría que la familia de Henry me acepte, alteza. A veces se me hace difícil todo este cambio en mi vida, al principio sufrí mucho, y ni hablar cuando me separé de Henry y pasó lo de Afganistán.

—Recuerdo el secuestro. También me enteré de que viajaste hasta allá y no permitiste que te separaran de él por nada del mundo.

—Hubiera querido quedarme más pero Chelsy me echó. Y ahora me

entero de que está acechando a mi novio en Suiza.

—¿Dejarás que te derrote aquella mujercita? Sí es así, la Adrienne que veo frente a mí estaría decepcionándome.

—No se dejará derrotar, Maggie. Adriana ama a Henry, y la Owen-Keller se quedará con las ganas de lograr su propósito —agregó Martina con una sonrisa.

—Así me gusta —Maggie tocó mi mejilla—. Volverás a Suiza con nuevos bríos y la talla perfecta de una futura duquesa, de lo contrario a Tony Pacheco le dará un infarto —se escuchó sonar el teléfono—. Oh, Mart. Seguro que es tu marido de nuevo importunando con la dichosa cena. Dile de mi parte que siga charlando con Henry y que no molesten más.

Martina atendió el intercomunicador.

—Sí, amor. Dijo Maggie que sigan charlando de sus cosas mientras toman un par de copas —la princesa alejó un poco el tubo de teléfono y dijo a su suegra—: su hijo manda a decir que si siguen con las rondas de whisky, Henry y él terminarán borrachos, y que será su culpa.

—¡Hombres! Mi marido era así de aguafiestas —informó Margarita con picardía.

—¿Escuchaste lo que dijo tu madre? Eso para que no pienses que lo dije yo —informó Martina a Hans.

—Henry y yo nos morimos de hambre. En quince minutos estaremos todos en el comedor —respondió Hans.

—Ya lo dije, nos reuniremos en el comedor.

—¿Cuándo va a terminar el aquelarre? ¡Eh, perdón! Quise decir la reunión —más allá de la voz de Hans se oyeron las carcajadas de Henry—. Mamá, para completar lo que está pasando ahora solo nos falta la presencia de Pacheco y su amigo, Xavier.

—¿No les dije? Ya estarán por llegar y nos acompañarán en la cena —dijo

Margarita con voz firme.

—¡Ay, Dios! Me lo suponía —dijo Hans con voz quejumbrosa y colgó.

Tony y Xavier se hicieron presentes un rato después y Margarita bromeó sobre “las cinco reinas presentes”. La madre de Hans pidió a la servidumbre unas copitas de licor para festejar la reunión.

—Veo el excelente trabajo que están haciendo con esta muchacha —dijo a los recién llegados.

—Adriana es de buena madera, Maggie —acotó Xavier.

—¿Escuchaste? Dijo que soy de madera —dije a Martina en español y las dos nos reímos. Explicamos a Margarita el chiste y ella nos acompañó en las carcajadas.

—Maggie querida —dijo Tony hablando con la madre del rey, Margarita escuchó con atención—, en cuanto conocí a Adriana me di cuenta de que ella es perfecta para Henry: su porte, su sentido del humor y hasta el carácter. Una chica débil o demasiado dulzona no encajaría con el temperamento de mi señor. Adriana supo imponerse, no dejarse arrasar por sus manejos impetuosos e infantiles, cuando tuvo que enojarse o discutir lo hizo y las palabras de Henry no hicieron mella en su forma de ser. Si no hubiera sido por la molesta de Chelsy, podrían estar ya comprometidos.

—La conocí en un viaje oficial que hice a Londres, no me gustó para nada —opinó Margarita sin sonreír—, me pareció demasiado egocéntrica, como si todo el mundo supiera que ella era perfecta para Henry.

—A mí me tocó peinarla por un tiempo, ¡es tan fastidiosa! Pero me di el gusto de dejarle el pelo hecho un desastre una vez. ¿Te acuerdas cuando le cambiamos el sombrero de Dior por el del pájaro embalsamado? —preguntó Xavier a Tony que lanzó un “¡Juaaaaaaaaaaaaaa!” tan largo y audible que un lacayo asomó la cabeza para saber qué estaba pasando.

Tony nos contó el episodio y nos reímos tanto que nos dolió la mandíbula. Margarita opinó (el pañuelito de seda recorría su ojos para quitar molestas lágrimas de risa) que eso fue peligroso, la asociación protectora de animales no era poca cosa; pobre Chelsy, que no era justo dejarla tan mal parada. Martina agregó que dejara de hacerse la piadosa, que ni ella misma se lo creía. Volvimos a estallar en carcajadas.

—¿Terminó la reunión de señoras? Escucho sus risitas por todo palacio, a ver si nos cuentan qué es lo gracioso —dijo Hans irrumpiendo en el salón.

—¿Quieres que ordene la cena? Prometo ser amable y aceptar el menú que se encuentre disponible.

—¡Hey! ¿Adónde va? —Byron impidió que Chelsy saliera de la cama y la atrajo de nuevo hacia él. Los dos bebían *champagne* mientras se prodigaban besos y mimos.

—Está bien, nos quedaremos un rato.

—¿Tiene algo urgente que hacer?

—Mi estómago está gruñendo de hambre, no es lo más romántico que dije en mi vida pero no puedo mentirte, Byron.

—Entiendo, la acaparé toda para mí y no la dejé en paz —dijo él mientras rememoraba el rato anterior junto a Chelsy: una fantástica sesión de sexo en la cama y luego en el *jacuzzi*. Lo volvieron loco los gemidos y las caras de satisfacción con que lo miraba pidiéndole más, se la veía más bonita y genuina, sin esas poses frívolas con las que se mostraba ante todo el mundo. La Owen-Keller haciendo el amor era adorable y ya la sentía suya. Pero una pregunta invadió su mente: ¿Alguna vez ella se había mostrado tan ardiente y excitante con Henry? Los celos lo cubrieron como un manto negro.

—¿Me estás escuchando? —Chelsy lo miró de cerca—. ¿Qué es lo que te

pasa?

—Nada. ¿Qué le parece si vamos a cenar al *restó* del hotel? Yo invito —la llenó de besos en el cuello, en la boca, en el pelo, en los hombros y en los pechos. Y a Chelsy se le fue olvidando el hambre que tenía. O al menos ya no pensaba en la comida. Un ronroneo de deseo lo confirmó.

—Vámonos ya, o de lo contrario dirá a sus padres que la maté de hambre —agregó Byron.

—¿Entonces están de acuerdo con el menú que elegí?

—Sí, Robbie —corearon sus amigos y hasta los guardaespaldas.

Miranda ahogó una risita en la servilleta, como si Shott les dejara alternativa para elegir una comida diferente a la suya; en el mejor de los casos se ponía furioso y vociferaba que no tenía memoria más que para los negocios y no para recordar cincuenta platillos diferentes.

—¿Escuchó? Entonces traiga lo mismo para todos y el mejor vino, por favor.

Miranda paseó la mirada por todo el *restó* mientras su novio encargaba la cena al camarero. Se le heló la sangre cuando la vio llegar junto a ese chico morocho tan pintón. ¿Era su chofer? Buen ojo tenía esa para elegir a sus empleados.

—¡Jefe! Allí está la señorita Owen-Keller —hizo saber Mike, el guardaespaldas.

—¡Diablos! Y veo que vienen para acá.

—Esa mujer no tiene vergüenza. Mejor anulemos el menú y ordenemos que lo lleven a nuestra *suite* —propuso Miranda dispuesta a retirarse del *restó*. No quería tratos con la ex de Henry. La detestaba.

Robbie impidió que su novia abandonara la silla. La mesa entera se quedó

en silencio.

—Déjala, mejor la vamos a enfrentar. ¡Eh! ¡Chelsy! —Robbie puso dos dedos en la boca y lanzó un silbido que hizo girar la cabeza de todos los comensales del *restó*.

—Qué tipo más vulgar, ahora dirán que yo me codeo con semejante personaje —dijo la rubia aún prendida del brazo del chofer.

—Señorita, yo diría que vaya a saludarlo. ¿O prefiere que vuelva a silbar?

—¡No, por Dios!

—La espero aquí.

—Acompáñame, así tendremos excusas de irnos al segundo. ¡Qué tedio! No soporto a aquel tipejo ni a ninguno de su entorno, Henry elige pésimo a sus amigos.

—Vamos ya, creo que le hace señas a usted —dijo Byron con burla al ver que Shott agitaba las dos manos en dirección a ellos.

—Así superamos de una buena vez este mal trago. ¿Estoy bien?

—Ya le dije que la señorita es una reina.

Cuando atravesaron el salón y llegaron a la mesa, todos siguieron callados. Chelsy se sintió devorada por veinte pares de ojos que la escrutaban y la miraban de pies a cabeza. Por fortuna lucía muy bien.

—Chelsy querida, qué grata sorpresa verte de nuevo —saludó Shott con una sonrisa falsa.

—Lo mismo digo, apenas entré al *restó* y te vi, no dudé en venir a saludarte. Me dije: “ahí está mi querido amigo Robbie, muero por intercambiar unas palabras con él”, ¿no es cierto, Byron?

—Fue la frase exacta, señorita.

—¡Pero no se queden ahí parados! Hay varias sillas desocupadas. Mi novia Miranda estuvo comentándome el maravilloso vestido que llevas puesto, quiere saber de qué diseñador es. Justo a su lado hay una silla

disponible. ¡Ay! —Miranda se cobró aquel comentario pegándole una patada en el tobillo.

Robbie disimuló el dolor y repitió el ofrecimiento, pero Chelsy se negó.

—Lo siento, pero tenemos una mesa reservada. Pero hablaremos en otro momento sobre mi maravilloso atuendo. Y a propósito de ello, ¿ese saco que tienes puesto no es demasiado brillante, Robbie? Pensé que lo había visto en el circo, o en algún carnaval.

El millonario arrugó el gesto y la rubia observó que aquel comentario sobre su ropa lo había herido. Byron no sabía dónde meterse.

—Es verdad, lo vi en el carnaval de Venecia, y me gustó tanto que me lo mandé a hacer en Londres.

—No parece de buena calidad —agregó Chelsy. El chofer le apretó el brazo con disimulo para que se calle de una buena vez.

Pero para sorpresa de todos, Robbie arrancó uno de los botones del saco y lo arrojó a la mesa.

—Pero cuánta razón tienes. Es cierto que es muy caro pero de mala calidad; se le salen los botones. Por hacerme el enorme favor de habérmelo dicho, te regalo este botón de oro, llévatelo para dárselo a tu papá, que bien arruinado está el pobre y si lo vende podrá pagar alguna de las muchas deudas que tiene.

La sonrisa de Chelsy desapareció y la de Robbie se agrandó. Le había dado un buen golpe a su ego.

Se hizo un silencio de incomodidad y Byron carraspeó antes de hablar.

—Señorita, ya deben tener nuestra mesa dispuesta. Señores, debemos retirarnos —hizo una respetuosa inclinación—, con permiso. Vamos, señorita —Chelsy se movía con gesto de títere.

—¡Tuve ganas de aplaudirte! Le diste su merecido, mi amor —dijo Miranda.

—Burlarse de mi ropa. Pero esa a mí no me va a amedrentar. Ahora se le deben haber ido las ganas de humillar a la gente —Shott estaba muy complacido.

—Al menos cada vez que quiera meterse con vos lo pensará dos veces.

—Ese individuo tan bruto, venir a decir eso acerca de mi padre —dijo Chelsy dolida por el comentario de Robbie Shott.

—Usted empezó. ¿No aprende de sus errores? Siempre se las arregló para tratar de humillar al señor Shott y él se las cobró todas. ¿No recuerda que cuando lo trató mal en la fiesta de cumpleaños de su alteza real, el señor Robbie llevó para vengarse a Lady Gaga?

—No seas estúpido, Robbie lo planeó antes de ese episodio. Me odia.

—Con la señorita Adriana nunca hubo ese problema, Shott jamás se metió con ella, sino todo lo contrario —hizo notar Byron y Chelsy casi se ahoga con su copa de vino.

—Porque ambos son de la misma clase —dijo la Owen-Keller con fastidio—. Mejor dicho ninguno de los dos tiene clase.

—¿No come? Justo que habían conseguido su bendito platillo por el que tanto protestó.

—¡Ya se me fue el apetito! —la rubia largó el tenedor de mala manera.

—Apuesto a que no dirá que no al postre —se le ocurrió una idea para aplacar el malhumor de su amante y se acercó más a ella para hablarle al oído —: Si así lo desea pediré que lo lleven a la *suite*, me muero de ganas por probarlo sobre su piel, con el helado y el dulce será más deliciosa.

Chelsy le acarició la frente y para satisfacción del chofer, un atisbo de deseo cruzó sus ojos celestes.

—No creo que sea más deliciosa con ese postre encima, aunque si quieres

haremos el intento.

Dejaron la mesa abrazados, susurrándose fantasías y frases subidas de tono. Miranda y Shott se quedaron de piedra al ver que abandonaban el *restó* entre risitas y miradas cómplices.

—¿Sabés qué es lo peor?

—¿Qué? —Miranda miró a su novio con curiosidad.

—Esos dos como pareja lucen muy bien, creo que Chelsy debería dejar de molestar a mi amigo y blanquear la relación que tiene con su chofer. Además él no es quien dice ser.

—¿A qué te referís?

—Otro día te lo explico.

Henry se enojó con su amigo, insultó, pataleó y hasta puteó cuando se enteró de los planes de Shott.

—Es demasiado arriesgado, a veces Robbie me enoja con sus ideas. ¡Decirle al dueño del hotel en el que se hospeda que honraremos el lugar con nuestra presencia! Ahora el tipo no para de llamarme por teléfono para que nos hospedemos allí, lindo clima reinará con Chelsy hospedada en una de las *suites*. Seguro que eso quiere: prensa y escándalo amarillista.

—Hen, mi amor. ¿Tu papá no se queja de que estás dilapidando tu herencia a manos llenas por mi culpa? Esta vez no tendrá nada que decir porque el hospedaje es gratis y además agarraremos el toro por los cuernos enfrentando a Chelsy —agregué abrazándome a él.

—Yo tampoco estoy de acuerdo, mi señor —opinó Tony—. Adriana, en cuanto las dos se vean las caras, aquella mujer infernal se las arreglará para provocarte en todo momento y si reaccionas tomándola de los pelos frente todo el mundo conseguirá lo que quiere, ponerte en ridículo.

—No voy a dejarla, seré toda una dama —dije mientras me miraba al espejo y completaba mi ropa con un hermoso sombrero.

A duras penas me reconocía, Martina tenía razón, la Adriana de *jeans* y maquillaje apenas perceptible estaba desapareciendo. Al menos a la vista de todo el mundo. Pero *Lady* Adriana Mora había nacido.

—Yo concuerdo con Adriana, es mejor enfrentar la situación y cuanto antes sea, mucho mejor —opinó Xavier.

—¿Estás contradiciendo a mi señor, maleducado?

—No, Tony. Su alteza real entenderá la postura de Adriana y la mía. Y no está enojado conmigo, ¿verdad?

Xavier quiso tomar la mano de mi novio y él retrocedió un paso. Henry apreciaba al peluquero, aunque no tan de cerca. Para que mi amiguito no se sintiera menospreciado, le pegué con un peine en la muñeca además de decirle en broma:

—¡Eh! No toque, señor, que es mío.

—Nadie toca a la realeza, confianzudo —agregó Pacheco.

—Si todo sale mal, al que voy a tocar para llenarle la cara de puños es a Robbie, porque intuyo una estadía escabrosa en aquel hotel de Suiza —gruñó Henry.

—No hay tiempo para quejas porque perderemos el avión. Tenemos que saludar a Martina, Hans y a Maggie.

—A la madre de Hans le caíste de maravillas, quien lo hubiera pensado. Es mi padre a quien tendrás que conmover ahora, *carísima*.

—Con el debido permiso, mi señor; a su alteza el príncipe Edward solo lo conmueve los caballos.

—Claro, todo lo que no se tire gases y coma alfalfa está afuera de su campo visual—susurró Xavier entre risitas.

—¿Qué?

—Xavier comentó que Adriana y usted lucen muy bien, alteza. Vamos ya, porque el coche nos espera en la puerta.

Byron se desperezó sin abrir los ojos y tanteó el lugar de la cama dónde había dormido Chelsy; lo encontró vacío. Se dirigió al *living* y contempló a la rubia ya vestida para salir.

—¿Sería impertinente preguntar adónde va?

Chelsy pareció restarle importancia a su comentario porque siguió hojeando el diario sin levantar la vista de lo que leía.

—No voy a ningún lado, pero hace poco recibí un mensaje de texto del botones al que “contraté” para que me informe acerca de Robbie y me avisó hace un rato que Henry llegará dentro de muy poco.

—¿Y qué hará? ¿Comprar flores para homenajear a la señorita Adrienne?

—Pasaré por alto tus ironías —dijo Chelsy con rabia—, y como soy educada te lo contaré: cuando ella pise este hotel junto a Henry, me presentaré allí mismo para darles mi saludo de bienvenida. ¿No ves el traje tan bonito que tengo puesto? Es de color índigo, su favorito.

—¿El color favorito de quién?

—¡De Henry, idiota! —gritó Chelsy de muy malhumor.

Como toda respuesta, Byron cruzó el *living* como un huracán y se dirigió al dormitorio.

—Byron, perdóname. No fue mi intención responderte de esa manera, pero esta situación me pone muy nerviosa. ¿Qué estás haciendo?

—Lo que usted ve, me largaré de aquí —respondió el chofer y después de abrir la mochila empezó a cargar sus efectos personales. Cuando terminó de arreglar su equipaje, dijo con tristeza—: pero no se preocupe, no la dejaré sola, alquilaré otra *suite* en este hotel para acompañarla en el viaje de vuelta a

Londres.

—Quiero que te quedes conmigo —la rubia intentó agarrarlo del brazo pero él se zafó.

—¿Para qué? ¿Para ver como se humilla delante de su alteza real y él la ignora? ¿O intente provocar a esa chica que nada malo le hizo más que enamorarse de su ex? —cerró la mochila y la tiró en la cama, se puso una camisa, se abotonó los *jeans* y se calzó los mocasines.

—Tú no entiendes, esto es necesario, muy necesario.

—Usted tiene sus razones y yo tengo las mías: la amo, la deseo y quiero estar con usted todo el tiempo. Pero no así, señorita Owen-Keller. Adiós.

Byron aprovechó para calzarse la mochila al hombro e irse cuando entró un camarero con la bandeja del desayuno.

Cuando el sirviente se retiró, Chelsy se mordió el labio inferior y al pestañear una lágrima apenas perceptible le cruzó por la mejilla. La limpió de un manotazo y sonrió. Fuera los sentimentalismos, debía concentrarse en su objetivo.

—¡Adrienne! ¡Adrienne!

—Una foto, señorita Adrienne.

—¡Con nosotros, la futura duquesa de Sussex!

—¡Adrienne! ¡Te amamos, Adrienne!

—Señores, hagan lugar. Su alteza real y su novia van a bajar del auto.

Al ver semejante escena pensé que iba a morirme del pánico. Henry notó mi incomodidad y me apretó la mano para infundirme ánimo. Todos gritaban, desde los empleados del hotel, hasta los periodistas y la gente común que se acumulaba en la entrada para decirme: ¿Qué me amaba?

Agitaban flores y papeles con lapiceras para que les firme un autógrafo.

Los guardaespaldas y hasta Tony y Xavier me rodearon para apartarme de aquel caos que se había formado. ¿Toda mi vida tendría que aguantar eso? Miré a Henry y él me sonrió. Sí, valía la pena. Y todos estaban contentos de verme.

Caminé hacia a la entrada del hotel, sonreí a los presentes y también a las cámaras.

Llegamos a la recepción y a duras penas los botones pudieron cerrar las puertas del lugar. La gente que fue a vernos seguía gritando y saludándonos, ¿cómo aguantaban semejante frío? Ya había empezado a nevar.

—Bienvenidos a este hotel, agradezco el honor de su visita. Alteza, y señorita Adrienne, siéntanse como en su casa. Mi nombre es André Benoît —dijo el dueño del hotel.

—Encantado de conocerlo, André. Y gracias por la invitación, mi novia Adrienne y yo nos sentimos muy contentos de alojarnos en su hotel.

Varios fotógrafos (intuí que habían vendido la exclusiva a determinados medios) tomaron algunas imágenes nuestras.

—Pasen al *restó*, preparamos un *catering* en su honor. La mejor *suite* del hotel se encuentra a su disposición, lo mismo para la gente que los acompaña.

—Ya quiero darme un baño de inmersión —deslizó Tony a Xavier.

—¡Mi amigo Henry! —exclamó Robbie Shott entrando a la estancia con los brazos abiertos. Lo acompañaba Miranda tan despampanante como siempre.

Shott y Henry se abrazaron para saludarse y aproveché para colgarme del brazo de Miranda. Al menos ahora iba a compartir notoriedad con alguien.

—¡Qué lindo traje! Y el sombrero te queda muy bien —dijo mi amiga mientras me observaba con una sonrisa. Entre murmullos empezamos a hablar en español-argentino.

—¿En serio? Me encantó ni bien lo vi, pero tengo la sensación de llevar

un barco encima de la cabeza, debe ser por la falta de costumbre. ¿La viste a...?

—¿A esa? —Miranda hizo un mohín de desagrado—. Sí, anoche y acá mismo. No sabés como se me revolvió el estómago cuando llegó en compañía del chofer.

—Y se atreve a seducir a mi novio delante de la cara de aquel pobre tipo que está muerto con ella.

—Hasta me da lástima el pobre. ¡Está rendido de amor!

El dueño del hotel cedió el lugar de honor a un huésped de honor: el príncipe de Gales. Y al lado del príncipe de Gales me senté yo, por supuesto, además de tomarle la mano. Me importaba muy poco el protocolo en un almuerzo informal como aquel. Sentí el peso de la mirada de Tony pero no me importó.

Empezaron a desfilar platos a nuestro alrededor, pensé que con lo nerviosa que estaba me iba a ser imposible tragar bocado y me limité a beber un poco de agua, pero lo peor estaba por ocurrir.

—¡Dios! No puedo creer que se haya atrevido a venir —susurró Miranda.

Seguí la dirección de su mirada y ahí estaba ella, bajando las escaleras como una reina. Maldita. Maldita Chelsy.

Los comentarios de la mesa no se hicieron esperar. Robbie charlaba con Henry, Xavier y Tony no dejaban de codearse y hacer comentarios sobre la llegada de la Owen-Keller.

André Benoît parecía incómodo, ¿qué hacer frente a una señorita que no estaba invitada y se presentaba como la caradura que era? Envió al *maître*, quién le dijo:

—Lo siento, señorita, pero este es un almuerzo privado. Si desea comer puede hacerlo en cualquiera de las dependencias del hotel, ya sea en la terraza

techada o en su *suite*. Ahora mismo enviaré a un camarero si así lo desea.

—Yo no quiero almorzar, solo quiero saludar a su alteza real, mi novio — dijo la rubia como toda la respuesta. El “¡Eh!” general se hizo oír en toda la mesa. Tony me rogó con la mirada que no hiciera ninguna escena, me costó mucho esfuerzo pero mantuve la expresión de una Gioconda.

—Señorita, tengo órdenes estrictas de no dejar pasar a nadie ajeno a este almuerzo. Usted no posee invitación y por lo tanto deberé impedir su entrada. No quiero parecer maleducado, pero le pido que se retire.

—Ya le dije que quiero saludar a su alteza real el príncipe de Gales. Es solo un minuto, y luego me retiraré.

—Mi amor, que la dejen pasar. —dije para sorpresa de todos.

—¿Adriana, te volviste loca?

—Estoy muy cuerda, Tony. Por favor, Henry, que la dejen pasar.

—Si estás segura... André, deje pasar a la señorita Chelsy.

El dueño del hotel parecía abochornado, pero hizo una seña al *maitre*, quien la dejó pasar. Chelsy lo miró con enfado y después de acomodarse el pelo caminó hacia la mesa.

—Gracias por el buen gesto, querido —dijo a Henry con una sonrisa—, me alegro mucho de verte.

—Y a mí me sorprende tu descaro. Querías saludarme, ¿estás satisfecha?

—Todavía no terminé. ¿Qué tal, Adrienne?

Y la enfrenté con la mirada. Nunca le tuve miedo a Chelsy y mucho menos en ese momento.

Capítulo 12

—¡Adrienne! Qué bien te ves.

—Gracias —dije con una sonrisa de satisfacción. Esa teñida no lograría inquietarme.

—Aunque debo señalarte un pequeño descuido, el traje y la textura de la tela no cuadran en esta comida informal.

Henry me apretó la mano y me lanzó una mirada de advertencia.

—¿Te parece? —dudé demostrando interés.

—Sí, cómo me das lástima... ¡perdón! —lanzó una risita y la cara de Henry tomó el mismo color de su pelo. Le acaricié la mano para tranquilizarlo y darle a entender que yo llevaría aquella conversación.

—Adelante, Chelsy. Tus consejos me interesan —la animé sin dejar de sonreír apoyando la mano en una mejilla. Toda mi atención estaría dirigida a ella.

—Me das un poco de pena, ¡pobrecita! Este no es tu ambiente, y por eso quiero aconsejarte: debes fijarte en combinar bien los colores y la textura de la ropa, porque la prensa te criticará mucho.

—¿No te ibas? Agradezco tu saludo, pero esta conversación está de más.

—Ya me voy, querido Henry. Estoy aconsejando a la futura duquesa de Sussex. No vaya a ser que la humillen por mostrarse tan corriente y vulgar como siempre.

—Hen, amor mío —susurré con dulzura. Advertí que mi rival dejó de sonreír cuando escuchó aquellas palabras que le dije a mi novio—: Los consejos de Chelsy me sirven de mucho. Es más, tengo algo que aclarar.

—¿Qué cosa? —la Owen- Keller abandonó su papel de falsa consejera, tal vez porque no se esperaba la tranquilidad que le estaba demostrando.

—Los trajes y colores de mi ropa los elijo junto a Tony Pacheco, que es experto en moda y protocolo, así que agradezco tus palabras.

—Pero...

—Y por más simple que me vista, supongo que cualquier *look* va bien con...—le planté mi anillo de compromiso en la cara, y dudé en tono inocente, arqueando una ceja—: ¿Esto?

—No te durará mucho.

—¿Qué? No te escucho, Chelsy. ¿Decías que este anillo es mío y va a acompañar al de la boda? Es muy sensato. Gracias, ya lo sabía.

—Edward no se va quedará de brazos cruzados, ya lo verás. Mi padre, el conde Owen-Keller, intervendrá en esta situación y se encargará de envenenarlo aún más. Disfruta de ese anillo mientras lo puedas tener.

Se fue con su pelo volando a su alrededor, tan digna como pudo. Zapatos caros, abrigo de marca y porte de reina, pero con eso y todo, el corazón de mi novio era solo mío. *Touché*, querida.

Escuché nada más que los aplausos de Xavier, porque todos se habían quedado estupefactos de la sorpresa. Sonreí a Henry y él ya relajado, me volvió a tomar de la mano.

—Sirvan la comida, por favor —ordenó el dueño del hotel y con disimulo guiñé el ojo a Miranda.

Chelsy entró a su *suite* como una tromba, arrojó su cartera sobre un sillón y buscó el teléfono.

—¡Papá! ¿Hoy vas a tu *club*? Necesito que hables con Edward, vi a Henry junto a aquella arrastrada mostrándose por Suiza como si ya estuvieran casados. Dile que es una ofensa a la casa real porque nadie aprobó el compromiso y esa mujer ya se considera la duquesa de Sussex. ¡Edward no

puede permitir aquel atropello a las normas de protocolo!

Mientras hablaba por el teléfono de la *suite*, Chelsy se movía impaciente por el *living*. Además de escuchar la voz de su padre, maniobraba con su celular, no paraba de mandarle mensajes de *WhatsApp* a Byron insistiéndole para que volviera a dormir con ella.

—¿Vas a jugar tenis? ¡Qué mejor oportunidad que esa! Invítalo y le hablas de lo que te dije recién. ¡No importa que estés resfriado! Ya tendrás oportunidad de descansar, ahora tu hija querida te pide este favor.

Byron no respondía y la estúpida de la recepcionista no supo decirle si había salido de su habitación, y además su padre rumiaba excusas. La rubia estaba furiosa.

—¡Ayúdame! —gritó por teléfono—. Malgastaste mi dinero, engañaste a mi mamá y estamos a punto de perderlo todo; siempre te perdoné y jamás te critiqué en nada. ¿Qué te cuesta complacerme en algo que te pido?

Andrew Owen-Keller volvió a negarse.

—¡Gracias por nada, papá! ¡Adiós!

Ni bien cortó la comunicación, volvió a marcar un nuevo número de teléfono.

—¿Hablo con la revista más famosa de Inglaterra? Qué bien, encantada. ¿Puede tomar nota? El príncipe Henry deja que la mujer a la que llama su novia se pavonee por Suiza afirmando que es la duquesa de Sussex, además de reírse cuando le advierten que tome una actitud más humilde porque aún no conoce en persona al príncipe Edward ni a nuestra querida reina.

Chelsy sonrió. ¡Ya vería esa india sucia ante quien se enfrentaba! Al ver las publicaciones de mañana se le irían las ganas de hacer sarcasmos baratos.

—Volverás a tu ropa de liquidación y a tus anillos de fantasía, Adrienne —murmuró mientras enviaba un nuevo *WhatsApp* a Byron.

“Gran revuelo en la capital de Suiza por la llegada del príncipe Henry y de su novia, la hermosa Adrienne Mora. Diferentes medios de prensa se dieron lugar en un conocido hotel cinco estrellas para fotografiar y filmar a la pareja. Adrienne Mora, una plebeya de origen argentino, muestra orgullosa su anillo de compromiso, que perteneció antes a la recordada princesa de corazones...”

Edward se despabiló a medias y con la boca abierta, siguió mirando el informe que pasaban por televisión. Su esposa había dejado la televisión prendida en un canal de un conocido programa de chismes.

Su mayordomo personal se hizo presente en el dormitorio con la acostumbrada taza de té que su alteza real consumía todos los días a las cuatro de la tarde.

“...Adrienne Mora, futura duquesa de Sussex, se pasea muy feliz junto a su novio, con quien disfruta una tranquilas vacaciones y planea celebrar un comienzo de año nuevo...”

—¡Qué es esto! —bramó Edward con los ojos en llamas luego de escuchar el último tramo del informe.

El mayordomo dejó la taza de té y unas galletas de avena en la mesa de luz.

—Discúlpeme la molestia, pero llamó el señor Owen-Keller. Dice que se comunique, telefoneó durante su siesta. Algo me comentó respecto a ese informe que están pasando por televisión.

—Eres bastante chismoso, por lo que veo. Ayúdame a ponerme la bata. ¡Rápido! Ahora me encerraré en mi sala de trabajo a hablar por teléfono. ¡Y que nadie me moleste!

—Por supuesto, señor.

Una vez instalado en su estudio y escupiendo veneno, Edward decidió hablar con Andrew Owen-Keller. Pero el sirviente fue corriendo a la cocina

para llamar a Tony Pacheco.

—¿Qué dices? Cálmate un poco que no te entiendo nada. ¿Cómo? ¡Diablos! Ahora mismo pondré en aviso a mi señor y a su novia. Gracias por la data, ahora ve a la sala principal porque Edward debe estar de los pelos. ¡Adiós!

—¿Qué pasó? —preguntó Xavier sacando apenas la cabeza de la piletta. Tony le relató todo lo que el mayordomo de Edward le había contado.

—¡Pero eso es una mentira! —exclamó el peluquero.

—Ya sé, tonto. Pero alguien debe haber “deslizado” aquella información a la prensa. Y ya podemos suponer quién.

—Chelsy. Siempre Chelsy.

—¡Me las pagará! Adriana estuvo muy bien poniéndola en su lugar, pero me imaginaba que “esa” se las cobraría de alguna manera. Ahora sal de esa piletta para acompañarme a la *suite* de Robbie Shott, mi señor está allí junto a Adriana.

—¡Ufa! Esta piletta climatizada es lo mejor de lo mejor.

—Sal de ahí, te digo.

Xavier buscó una toalla y se secó lo más rápido que pudo. En cuanto estuvo listo se calzó una bata de algodón blanco con corazoncitos rojos.

—¡Si serás maricona! ¿Piensas acompañarme así a visitar a mi señor?

—¿Qué tiene? —Xavier se miró—. Esta bata me queda pintada.

—¡Ponte algo decente y vámonos ya!

—Este color es tan aburrido —dijo el otro mientras se ponía la bata azul marino con el logo del hotel—, ¿y por qué te tengo que acompañar si es tu jefe y no el mío?

Tony lo tomó de la manga.

—Porque gracias a él estás disfrutando de este lugar sin poner una sola moneda. ¡Vamos de una vez!

Pese a estar enterados de lo que Chelsy había hecho, tratamos de pasar vísperas de fin de año con tranquilidad. A pedido de Robbie Shott, se dejó el salón principal del hotel para la celebración de noche vieja a nuestra disposición. Varios empleados trabajaron día y noche para decorar la sala para aquel 31 de diciembre.

Estaba entusiasmada como una nena, porque Miranda me regaló un vestido de fiesta de color azul Francia, con un hombro descubierto y largo hasta por debajo de las rodillas. Me fascinó lo bien que me quedaba, seguro que mi a Principito también le gustaría mucho.

Me encontraba arreglándome en la *suite* de Tony y Xavier junto a la novia de Shott, cuando entró Henry con el móvil pegado en la oreja. Lo acompañaba Robbie con cara de preocupación.

—¿Mi amor, que pasó? —pregunté adivinando un posible desastre.

—El discurso de año nuevo de papá, Louis dijo que tenemos que escucharlo.

Tony corrió a prender la tele y nos acomodamos como pudimos para escuchar las palabras del príncipe Edward. No se sintió ni el vuelo de una mosca.

“Además de estas palabras de buenos deseos para nuestro pueblo, quiero aclarar algo sobre mi hijo y su supuesta relación con la señorita Mora...”

El término “señorita” en la boca de Edward me sonó a sarcasmo. ¿Debía agradecerle aquel detalle? Según oí decir por ahí, el papá de Henry cuando debía hablar de mí, solo usaba la breve palabra “esa”.

Xavier salió del baño con una toalla en la cabeza, bata blanca y una crema

verde en la cara. Robbie Shott lo miró con sorpresa y Tony con enfado y cruzado de brazos. El peluquero se encogió de hombros y se acomodó en un banquito.

“...La casa real desmiente el rumor sobre el noviazgo de Henry y la señorita nombrada. En caso de existir dicha relación, es considerada por mi familia como algo de naturaleza informal...”

—¡Mierda, Principito! ¡Tu viejo sí que se la mandó! —dijo Robbie sin poder contenerse. Henry lo miró con enojo pero no respondió.

Desde la tele, Edward siguió hablando:

“Cualquier compromiso entre mi hijo y aquella joven no tiene validez...”

—¡Por supuesto que no tiene validez, si Henry y yo no anunciamos ningún compromiso! —deslicé tratando de quitarle importancia al asunto, pero al advertir la expresión que tenía Henry, me callé de inmediato.

“En particular, no tengo nada contra esa joven, por dicha razón resto importancia a lo que dice la prensa...”—agregó Edward desde la tele.

—Tony, quiero que apagues ese *Smart* —pidió Henry increíblemente calmo.

Lo miré enseguida porque conocía ese tono de voz, en realidad estaba furioso.

—Pero, mi señor...

—¿Estás sordo o qué? ¡Qué la apagues, te digo! —bramó mi novio.

Pacheco se cubrió los oídos y por poco no se tiró de palomita para agarrar el control remoto y cumplir con la orden. En otras circunstancias hubiera quedado gracioso pero más me preocupó la rabia de Henry.

Robbie se animó a preguntar:

—¿Qué vas a hacer?

—Hablar ahora mismo con mi papá. Ya le dije, si quiere guerra la tendrá.

—Creo que te estás precipitando, vamos a tomar un café a la terraza

techada.

Henry lo siguió y quise hacer lo mismo, pero Pacheco me lo impidió.

—Charla de hombres, déjalos. Henry está hecho una pila de nervios, seguro que después vendrá más tranquilo.

Después de recibir una llamada de la casa real, Tony buscó su *notebook* y empezó a tomar notas en la agenda.

—Maldita sea —dijo concentrado en sus tareas, sin mirarme. Lo observé esperando que no fueran malas noticias. Pero luego de un prolongado silencio, pregunté llena de ansiedad:

—¿Cuándo vas a decirme lo que está pasando?

—Ya termino de anotar lo que me comunicaron recién, pero si quieres te lo adelanto: la casa real me envió los compromisos de mi señor. Esto es algo imprevisto, me temo que es un manejo de Edward, pero Henry deberá cumplirlos a rajatabla, hay que ver de qué manera se lo diré.

—Me imagino que eso no me incluye a mí —solté en un hilo de voz. ¿Y ahora qué?

—Por supuesto que no, no estás casada con él y ni siquiera eres su prometida. Tendrá que ir solo, por eso te digo, esto es cosa de Edward.

Tragué saliva, pero aun así me animé a preguntar cuando era.

—El 10 de enero viajará a Belice y de allí a Jamaica. Y antes deberá volver a Londres para cumplir con algunos compromisos ya agendados.

—¡Qué! ¿Y cuándo voy a volver a verlo?

—Eso no es lo peor, después deberá ir a Brasil —agregó Tony mirándome con pena.

—¡Mi novio, siempre mi novio! ¿Y no puede ir Louis? ¡Claro, como Henry no está casado y él sí! —estallé hecha una furia.

—Louis viajará a los Estados Unidos por un entrenamiento militar; lo siento, querida. Si te sirve de consuelo, deberé acompañar a Henry porque llevo organizada su agenda. Si es que aún no me encuentro despedido, claro.

Casi no lo escuché, solo quería arrancarme el maldito vestido de fiesta y dormir hasta el mes siguiente. Como si nada, Pacheco prosiguió:

—No te preocupes, si alguna nativa le hace una sonrisita de más, la espantaré a abanicazos limpios, como a la mucama del hotel. ¿Te acuerdas, Adrianilla? Hasta le tiré mis zapatos por la cabeza.

Era una anécdota graciosa, pero no lo secundé en la risa.

La mucama le llevó el vestido y Chelsy se lo puso enseguida. Ni bien se miró al espejo, la rubia se sintió satisfecha: el vestido tenía la espalda descubierta y un escote generoso. Ya estaba perfumándose para dirigirse a la fiesta, cuando llamaron a la puerta. Era Byron. Chelsy lo dejó entrar y volvió a situarse frente al espejo.

—Ya me dijeron que piensa ir a la celebración del señor Shott. ¿Se volvió loca?

Ella no le hizo caso y se sirvió una copa de *champagne*.

—Voy a mirar cómo la gente sin clase se divierte —expresó con ironía.

—Y también está tomada, voy a impedir que salga en ese estado de la *suite*.

—¿Y que pensás hacer, atarme a la cama? ¡Oh! ¡Eso te encantaría, seguro! —quiso besarlo pero él la apartó aferrándola de las muñecas.

—No quiero su limosna.

—Me quieres, y me quieres tanto que no soportas que piense en casarme con Henry, ¿no es cierto?

—Cállese, y deje de tomar que voy a tirar esa botella por la ventana.

Chelsy se sirvió hasta la última gota de la botella y tomó de un solo trago todo el contenido de la copa.

—Mira el caso que te hago. A tu salud, Byron. Ahora me voy a la fiesta de Robbie Shott a amargarle el festejo de fin de año.

Byron sabía que no podría detenerla y entonces con resignación se ofreció a acompañarla.

—Listo, vamos que llegamos tarde para el brindis. Ponte esto —dijo ella y le tendió un antifaz.

Cuando Tony fue a hablarle sobre los cambios en su agenda protocolar, Henry ya estaba enterado por la conversación que tuvo con su padre. Le contó que hablaron con relativa tranquilidad cerca de un minuto, los siguientes quince se la pasaron discutiendo; al final de la charla empezaron a gritar y Henry cortó la llamada. Así estaban las cosas.

Me preparé para la fiesta como quien va a un pelotón de fusilamiento, pero me animaba una única razón: brindar por un comienzo de año un poco mejor. Sin mi novio por un buen tiempo todo se hacía cuesta arriba, pero confiaba en viajar a Argentina para visitar a mi familia y amigas por unos días y después reunirme con Henry en Brasil. Al no poder participar de ningún acto oficial junto a él, sentí un *déjà vu*, porque vi retornar a Adriana Mora alias la famosa novia oculta.

Creyendo que podían cambiar mi estado de ánimo, Tony y Xavier me hacían bromas para hacerme sonreír o me decían cosas lindas.

—No puedes negar lo bonito que te dejé el cabello, ese peinado te queda pintado.

—Gracias, Xavier.

—¡Hey, un poco de ánimo! ¿Y ahora cómo te sientes?

—Estoy como el culo.

—Yo también te quiero —respondió el peluquero ya resignado por mis feas contestaciones.

Henry vio mi cara y me dio un beso en la frente.

—Siento mucho todo esto, mi amor.

—Yo también y no sabes cómo. Tu papá nos está haciendo las cosas cada vez más difíciles.

—Tengo que cumplir con los compromisos.

—Tu agenda ya estaba organizada desde hace varios meses, y no figuraban Belice ni Jamaica.

—Se organizó a último momento y no me queda más remedio que ir, lo que menos me gusta es tener que separarme de ti, pero en Brasil nos reuniremos, quizás hagamos un viaje relámpago a Punta del Este, Robbie se ofreció a prestarnos su casa de José Ignacio.

—Me trae feos recuerdos porque ahí fui cuando nos separamos, pero estando a tu lado va a ser distinto —dije ya más animada.

Henry me tomó del mentón y me miró a los ojos. Esa mirada azul que ya adoraba.

—¡Qué expresión tan triste! Ahora a ponernos los antifaces, este Robbie que se le ocurre hacer un baile de máscaras. Será divertido, por suerte nos salvamos de los villancicos de Navidad cantados por él.

Le di un codazo en el costado y él rio entre dientes.

—Yo tuve que aguantar el repertorio completito.

—Eso es mentira, justo te llamé y tuviste que ir a afuera para hablar por teléfono.

—Vamos a la fiesta porque ya es tarde y *míster* Shott se va a enojar conmigo por retenerte fuera de su celebración.

Apenas entramos empezó a sonar el vals de la Bella durmiente de

Tchaikovsky. ¡Oh, y lo interpretaba una orquesta de verdad! La gente nos dejó en el centro.

—*Cara*, me parece que quieren que bailemos— dijo Henry.

—¿Un *vals*? Qué papelón, no lo bailo desde los quince —balbuceé deseando que mi antifaz de fiesta fuera un poco más grande para ocultar la vergüenza que sentía.

—No seas tímida, en algún momento tendrás que acostumbrarte.

—En la escuela de príncipes seguro que te lo enseñaron, había materias obligadas como *Vals* 1, 2 y 3, pero yo no lo sé bailar muy bien.

—Te ayudaré.

—Llevo tacos aguja.

—Me arriesgo. Vamos, bella durmiente —y me tendió la mano.

El calor me subía a la cara, pero haciendo de tripas corazón acepté su mano. Él, me daba indicaciones.

—Así, ahora apoya tu otra mano en mi hombro. Vamos, uno, dos...— susurró a mi oído. Sabía que en realidad tenía ganas de reírse.

—Quiero una bolsa de papel madera para mi cabeza —dije muerta de vergüenza.

—Vamos, Adrienne, esto es divertido. Uno, dos. Repite conmigo así no te pierdes.

—Uno, dos. ¿Por qué no ponen un *reggaetón*?

—En la fiesta de casamiento tendremos que abrir el baile y no habrá *reggaetón*. No pierdas el paso; uno, dos.

—Uno, dos. ¡Esto está bueno! Me siento una princesa de cuentos de hadas. El traje te queda bien, es como cuando Thalía hace de “María la del Barrio” y se imagina bailando con su príncipe.

—¿Quién es Thalía, una amiga tuya? —Henry no tenía idea de qué hablaba. Como príncipe británico conocía poco y nada acerca de culebrones

mexicanos.

Lancé una risita.

—Nada, digo tonterías. Este *vals* es mágico —mi taco aguja se incrustó en medio del pie de mi novio—. ¡Uy! Te pisé, mil disculpas.

—Hermoso taco de zapato.

—Perdón, mi amor. ¿Tony me lanza miradas asesinas?

—Está feliz, chismorreando con su amigo Xavier.

El baile concluyó y todos estallaron en aplausos, más calor a mi cara. Las luces se apagaron y empezó la música de fiesta. Suspiré de alivio.

Bailé *rock*, lentos, música de los ochenta y de los noventa. A nuestro lado, Robbie Shott hacía bailar a Miranda y todos la pasábamos muy bien... y yo, estaba feliz. Empezaba a olvidarme de Edward, el viaje de Henry a Belice y a Jamaica, luego el de Brasil cuando...

—Es Chelsy —dijo Miranda haciéndose oír a duras penas porque el tema “*Please me*” del grupo Poncho, en la voz del cantante Maxi Trusso sonaba con todo. No era una grabación, él estaba en una tarima, cantando en vivo.

La Owen-Keller y Byron irrumpieron en la fiesta vestidos de gala y con antifaces: el del chofer era negro y el de la rubia cubierto de pedrería de color índigo.

—Bella durmiente, llegó la bruja del bosque —dijo Tony al pasar cerca de mí haciendo girar a una de las chicas Sfakianakis al compás de la música. Las mellizas griegas habían llegado hacía unos minutos, parecían olfatear las fiestas, porque siempre caían cuando había alguna.

—¿”Betsy” aquí? —chilló Robbie disgustado refiriéndose a Chelsy—, no quiero a esta mujer en mi celebración de fin de año.

Miranda le dijo que no era conveniente echarla de la fiesta porque sería un escándalo. Shott miró a la ex de Henry con desagrado pero prefirió seguir el consejo de su novia. Yo no me mostraba tan paciente y se lo hice saber a

Henry.

—*Cara*, no te enojés. Chelsy vino a eso, a amargarnos la noche —dijo él tratando de convencerme.

Miranda se acercó aplaudiendo para cortar de cuajo un probable comienzo de discusión.

—¡Vamos a brindar! Y a contar.

El personal del hotel se hizo presente con bandejas llenas de copas de *champagne*. Chelsy y Byron recibieron también sus copas, ahora sí que estábamos todos. “*Poné los fideos*” hubiera dicho mi papá, pensé con ironía.

Robbie abandonó su expresión de enojo y subió a la tarima. Una gigantesca pantalla de televisión se encendió mostrando los últimos segundos del año.

—Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco...

Alysia y Alyssa Sfakianakis acompañaron el conteo con aplausos. Me puse tan contenta que ignoré a Chelsy, quien desde una lejana esquina del salón, siempre acompañada por Byron, sorbía de su copa.

—¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!— gritamos todos con entusiasmo.

—¡Feliz año! —chilló Robbie.

—¡Feliz año!

—¡Feliz año!

Henry y yo nos miramos y nos dimos un largo beso de amor. Silbidos y aplausos nos hicieron enrojecer.

—¡Miren a la futura pareja de casados! ¡Un viva por los duques de Sussex! —exclamó Shott—. Este brindis se lo dedicaré a ellos, a mis queridos amigos. ¡Salud!

—¡Salud! —alzamos las copas al mismo tiempo.

—Basta ya de brindar, ¡que siga la fiesta!

Las arañas de cristal se apagaron se encendieron las luces intermitentes

que hacían asemejar el salón a un boliche. Trusso continuó con su canción de inmediato.

Nos pusimos a bailar, Robbie pegó un ágil salto de la tarima y agarró a su novia de la cintura, instándola a danzar. Xavier tomó a Alyssa para que lo acompañara.

Tony se acercó a la Owen-Keller, que no paraba de tomar.

—Chelsy querida, qué grata sorpresa. Me llama la atención verte aquí, porque pensé que no estabas invitada.

—Yo voy a dónde quiero, plumífera. Ahora fuera de mi paso que quiero saludar a mi futuro marido.

—Chelsy, voy a mirar la hora en mi móvil y cuando levante la vista quiero verte fuera de este salón.

—¿Ah, sí? ¿Y si no que me pasará?

—Te voy a contestar con otra pregunta: ¿por qué no giras un poquito esa cabecita tan linda y hueca que tienes? Ahí está, qué obediente. ¿Ves a ese señor grandote de barba candado y antifaz cubierto de piedras *Swarovski*? Resulta que es el anfitrión de la fiesta y se llama Robbie Shott, ¿te acuerdas ahora de él? Es el hermano del alma de mi jefe y no te soporta. Su novia está tratando de convencerlo para que no te eche a patadas de esta fiesta, pero si lo fastidio un poco verás que no lo pensará dos veces.

—No me iré.

—Vámonos ya, señorita Owen-Keller. Esta gente no la quiere aquí —susurró Byron.

—Escucha al muchacho, qué bastante sensato es. Y veo que estás tomada, así que todo lo que hagas si bien será un desastre para mi señor y su novia también lo va a ser para ti, porque no hay peor cosa que una ebria haciendo el

ridículo. Al final te vas a quedar como novia de pueblo, vestida y alborotada.

Byron quiso tomarla del brazo pero Chelsy se zafó de un tirón.

—¡Déjenme en paz!

—Señorita, cálmese. Mejor pidamos el *champagne* en su *suite*.

Chelsy no se dejó convencer, casi derriba a Tony de un empujón para apartarlo de su paso y se dirigió tambaleándose al lado de Henry.

—Amor.

—¿Qué es lo quieres?

—Yo te amo.

—Eso es mentira. Y ahora quiero que te vayas, lárgate de una vez. Estoy con mi novia y esta es la celebración de mi amigo.

Xavier corrió a sostenerme de los hombros para contener mi ira, pero mi paciencia estaba a punto de terminarse. Miré a Byron y algo de mi cólera se disipó, ¡cómo sufría aquel tipo! Amaba a Chelsy de verdad, si ella no estuviera tan empeñada en hacerle caso a sus padres y fastidiarnos tanto a Henry como a mí por igual, valoraría el cariño genuino que le demostraba el chofer. Pero la Owen-Keller estaba ciega, impasible al desprecio de mi novio y al amor que demostraban los ojos de Byron. La noté borracha como un barril lleno de vino. Sus ojos inyectados en sangre se posaron en mí. Tomó envión y se me acercó.

—¿Y tú, zorra barata? —dijo arrastrando las palabras—. ¿Te piensas que un vestido de fiesta te hace tan refinada como para ser parte de la familia real?

Me acerqué mientras le dije al oído con fingida dulzura:

—No me provoques porque limpiaré el salón de fiestas con tu cabellera, querida Chelsy.

Lanzó la cabeza hacia atrás y carcajeó con ganas. Byron hizo un nuevo intento de frenarla pero ella se soltó.

—No hay caso —dijo después mirándome de arriba a abajo—, aunque la mona se vista de seda, mona se queda. ¡Muerta de hambre! ¡India asquerosa!

Todos estábamos serios salvo las mellizas griegas, que aplaudían contentas quizás pensando que todo lo que pasaba era algún tipo de celebración bizarra de fin de año. Chelsy seguía insultándome. Al parecer quería comprarse todos los números de la lotería para arrancar el año sin un solo cabello en la cabeza.

—¿Cómo se te ocurre pensar que la reina o el príncipe Edward van a aceptarte? —gritó tambaleándose con la copa en la mano.

—Vámonos ya, Adrienne —pidió Henry hablándome con dulzura, pero a duras penas podía prestarle atención con la perorata de su ex como desagradable música de fondo. Lo peor era que la Owen-Keller mientras hablaba también se había puesto a llorar:

—¿Cómo pudo haberme cambiado por ti? Yo soy bella, fina y distinguida. Mi padre es un conde y mi madre también tiene sangre noble. ¡Yo soy mejor! ¡Yo soy mejor! —lágrimas de rabia se le deslizaban por las mejillas y el maquillaje se le corría. Sus ojos celestes destilaban ira.

—*Cara...* —Henry me sostuvo de la muñeca y cerré los ojos un instante para serenarme y casi lo logré. Pero Chelsy volvió a la carga.

—¿De qué arroyo vinieron tus padres? —preguntó con maldad—. ¿Quién los conoce? ¡Han de ser tan sucios e insignificantes como tú! ¡Qué asco!

Me zafé de la mano de Henry y la tomé de los pelos con tanta fuerza que la hice arrodillarse. ¿Cómo se atrevía esa inmunda de sangre azul a hablar así de mis viejos? Me vino a la mente el recuerdo de mi papá ojeroso después de trabajar muchas horas manejando su taxi: ¿Cuántas Navidades o años nuevos esperábamos hasta bien entrada la madrugada para poder brindar con él

porque el pobre salía a trabajar mientras todo el mundo festejaba? Lo mismo cuando necesitábamos útiles escolares o festejar nuestros cumpleaños de quince, él iba a trabajar hasta el agotamiento. Y mi mamá también se sacrificaba. Pero Chelsy se llenaba la boca insultándolos cuando nunca conoció el sacrificio, jamás supo ni sabría de ello, y vi todo rojo furioso.

—Con mis padres no te metas.

—¡Ay! ¡Socorro, me va a matar!

Las gemelas griegas y Miranda corrieron a impedir que dejara calva a Chelsy, Henry me agarró del brazo para que dejara de tirarle de los pelos a su ex, pero era tanta la rabia que sentía que me aferré a su cabellera falsa con más ímpetu. Ella me clavó las uñas pero yo ni sentía sus garras.

—¡Basta, *cara!* Suéltala, no vale la pena. Vamos a la *suite*.

—¡Adriana, por favor! Suéltala —pidió Tony.

—¡Ay! ¡No se sabe comportar, me está matando! ¡Me va a matar!

—Suéltela, señorita Mora. Le prometo que no le hará más daño con sus palabras. Por favor, le juro que me la llevaré de aquí ahora mismo —era la voz de Byron, sentí tanta pena por él que ni lo pensé, y lo dijo con tanta dulzura que solté a Chelsy. Ella no paraba de llorar, y el chofer le tendió la mano para que pudiera incorporarse y se la llevó diciéndole palabras de cariño.

Miré mis manos y contemplé con horror que estaban llenas de pelo rubio.

—Vámonos, *cara*. Me parece que tenemos que ir a descansar.

—Sí, ya es hora —dije con calma.

Abrazada a mi novio, abandonamos el salón de fiestas.

En nuestra *suite*, Henry se quitó el saco y fue hacia la ventana. Me saqué el maquillaje y apenas, me encaminé al baño y me deshice del vestido de etiqueta. Revoqué las joyas y me puse mi ropa de dormir.

Al volver al dormitorio, Henry seguía en la misma posición. Me acerqué a

él y lo abracé. Le dije que lo sentía, que no estaba en mis planes hacerle pasar semejante vergüenza delante de sus amigos pero Chelsy lo había conseguido sacándome de las casillas.

Él seguía manteniéndose serio, con las manos en los bolsillos y siempre mirando por la ventana.

—Hen, si estás enojado, te imploro que por lo menos me hables. No me dejes así, me siento muy mal. Por favor.

—Adrienne, no estoy enojado, solo pensativo. Y no es tu culpa, me preocupa que todo se complique al punto de querer distanciarnos: Chelsy, mi padre, mi agenda, los viajes...

—¿Y qué quieres decir, que renuncias a mí?

—¡No! Es que a veces pienso que te hago llevar una carga muy pesada. ¿Nunca te planteaste que si fueras novia de un hombre común no sufrirías todo esto?

—Pero resulta que te amo a ti, tonto. Seas quién seas, no me importa todo lo que tenga que pasar para estar a tu lado.

Sonrió un poquito y me besó despacio en la boca, en la frente y las mejillas.

—Mi amor, mi Adrienne. Mi pequeña destructora de cabelleras con extensiones.

Le di un suave tirón de pelo y se echó a reír.

—Entonces ya ves lo que te espera si miras con cariño a alguna chica en tus viajes protocolares.

—Me quedaré calvo, ahora si me lo creo.

—Será lo de menos.

Me tomó en brazos y me apretó contra su pecho.

—Ven, celebremos la paz, dame un beso como la gente. El de la fiesta de recién estuvo muy flojo.

Byron hizo que se diera una ducha para que se le quitase un poco la borrachera tal vez para apaciguar su enojo, pero el baño hizo el efecto contrario: la rubia estaba más despabilada y también con un ataque de ira. El chofer le tendió la bata de algodón y ella se la sacó de un tirón.

Con el pelo mojado sobre los hombros y la suave bata en torno en su cuerpo, Chelsy apretó los labios y se arrojó en la cama, abrazando un almohadón. Byron le ofreció una taza de café.

—¿O prefiere un té de tilo?

—¡Prefiero ir a matar a esa india sucia! —chilló ella con mala cara—. Todavía me duele la cabeza de los tirones de pelo que me dio —agregó refregándose el cuero cabelludo.

Byron tomó asiento cerca de ella.

—Le dije que era un desatino presentarse en esa fiesta, usted estaba bebida y nadie de ese lugar la quería allí. Le dijo cosas horribles y ella se defendió, ¿qué esperaba?

—Es una bruta, siempre manejará las cosas a los golpes. Pacheco puede ponerle una diadema, un collar de diamantes o cubrirla por completo de oro, pero siempre será igual: una fulana que quiere ascender socialmente.

—¿Quiere saber que debe estar pasando entre ellos?

—No quiero escucharte.

—Pero me escuchará igual, tanto le plazca como no. Él la debe estar cubriendo de frases de amor y de cariño, porque la ama con locura.

—¡Cállate!

—Señorita, resígnese. Yo le puedo dar todo y más que su alteza real. Todo el lujo al que está acostumbrada...

Chelsy no lo escuchó sino que sonrió con dureza mientras pensaba:

“En cuanto tenga oportunidad la mataré. Voy a convertir a Henry en

viudo antes de casarse”, lanzó una risita. Byron se estremeció al escucharla.

Capítulo 13

Me desperté a las diez de la mañana, hora bastante temprana para un primero de año. Encargué el desayuno y a vistas de que Henry dormía con profundidad, no quise molestarlo. Sentí vibrar mi celular en la mesa y atendí.

—¡Querida! ¿Qué haces despierta? —exclamó sorprendido Tony. Era evidente que había llamado sin muchas esperanzas.

Después de comentar lo de Chelsy, me contó que Ben Hascott lo había llamado para saludarlo por el comienzo de año. Y después de hablar con él, no pudo pegar un ojo. Fue peor cuando el amigo de Henry le sugirió verse en cuanto Pacheco volviera a Londres. El tonito indiferente de mi amigo me hizo reír y se lo hice saber.

—Te morís de ganas de verlo, a mí no me mientas —dije sin dejar de reírme.

—Siento tantos nervios que voy a terminar con este desayuno tan succulento que me trajeron sin necesidad de ayuda. Xavier todavía no se levantó. ¿Quieres venir?

—Te tengo —Era Henry con cara de sueño y el pelo revuelto. Giré la cabeza con celular y todo para darle un besito, aunque parecía que él tenía otra idea más interesante rondándole por la cabeza.

Desde el otro lado de la línea, su asistente se percató de que mi novio quería que cortase la llamada lo más rápido posible.

—Olvídate de nuestra charla de desayuno —dijo con apuro—, después hablaremos.

Quise agregar algo (tal vez protestar) pero mi novio me arrebató el móvil.

—Adiós, Tony —exclamó con burla y cortó la llamada.

—¡Pero! Me estaba contando de tu amigo Ben, el pobre vuela de los

nervios.

—Vamos a la cama —empezó a besarme en el cuello y en el hombro. No me considero una santa y mucho menos soy de piedra. Y la idea de consumir el desayuno se me estaba yendo de la cabeza a una velocidad meteórica.

—Tengo hambre. ¿Quieres una tostada? —pregunté de manera evasiva. Me zafé a duras penas de su lado.

—Yo también, pero no quiero comer.

—¿Un café?

Henry se sentó frente a mí con una risa burlona.

—Está bien, Adrienne. Veo que no quieres lo mismo que yo.

Le serví una taza y le alcancé un plato con huevos revueltos. Él lo miró con indiferencia y agarró un tenedor para revolverlo sin probar bocado.

—No es eso, temo que estés tan cercano a mí y luego te vayas. Eres mi novio y te amo, ¿pero cuánto tiempo estaremos separados? Y me entristece añorar este día por mucho tiempo hasta que nos volvamos a encontrar.

Reconocí que era una idea tonta, pero ya empezaba a sentirme triste con solo pensar que en veinticuatro horas él no estaría a mi lado y yo me encontraría viajando rumbo a Francia.

—*Caríssima*, por esa razón tenemos que aprovechar este día. Puedo asegurarte que no pondremos un pie fuera de esta *suite* hasta mañana, y no por la presencia de Chelsy en este hotel.

Sin pensarlo dos veces, me senté encima de él con un vaso de jugo en la mano. Le di un beso en el pelo pero él me abrió la bata y corrió el bretel de mi breve camisón para morderme el hombro.

—Vamos ya a la cama, Adrienne.

—Hoy estás en malo.

—¿Y te molesta?

Como toda respuesta giré el cuerpo hasta quedarme sentada encima de él y

le rodeé el cuello con los brazos. Luego, arqueé la ceja con picardía.

—¿Eso contesta a tu pregunta? Me estoy muriendo de hambre, pero ahora me despertaste otro tipo de apetito —le mordí el lóbulo de la oreja y después deslicé la lengua por todo su cuello. Sentí que su deseo se le extendió en todo el cuerpo y sobre todo en el lugar donde yo estaba sentada.

—Me vuelves loco —se levantó sin soltarme y le rodeé la cadera con mis piernas. Me llevó hasta el dormitorio.

Byron se despertó asustado. ¿Qué era esa música? Tardó un segundo en averiguarlo: *“La marcha nupcial”* de Mendelssohn. Los acordes sonaban a todo volumen. ¿Quién había puesto ese CD? Sin despabilarse del todo, saltó de la cama y corrió a la sala de estar. Con horror contempló a Chelsy con un collar de diamantes en la cabeza y una sábana sobre la joya. En las manos llevaba uno de los arreglos florales de la mesa.

Estaba vestida con el camisón de raso blanco, la sábana a modo de velo y el collar en la cabeza.

—¡Señorita Chelsy!

—¡Silencio! Estoy casándome con el príncipe Henry.

Byron la sacudió por los hombros.

—Vuelva en sí, apagaré esa música.

—No escucho al obispo, ¿qué dijo señor? —la rubia corrió un poco la sábana y sonrió aún más como si hablara con alguien invisible, porque solo se encontraban ella y Byron. Agregó con la mirada perdida—: Claro, puede besar a la novia. Querido Henry, dame un beso. ¡Pero no tengo el anillo! Henry olvidó el anillo. ¿Dónde está mi sortija de esposada?

—Despabílese, es un sueño. Su alteza real hace años que se separó de usted y ahora tiene otra novia.

La boca de la Owen-Keller se abrió como una letra O mayúscula y sus ojos se agrandaron. Byron reconoció ese gesto, Chelsy estaba por tener un ataque de nervios.

—¡Mi novio quiere casarse con esa india sucia de Adrienne Mora! ¡Y me dejó plantada en el altar!

—Él nunca le pidió matrimonio y mucho menos la dejó plantada. Estamos en Suiza, usted vino por su cuenta y ahora se encuentra muy alterada. La llevaré a la cama para que descanse. Déjeme quitarle la sábana que lleva en la cabeza y el collar.

—¡No te robes mi velo! ¿No te parece una diadema perfecta? —Se palpó el collar que tenía sobre la cabeza—. Me la regaló la reina en nuestro compromiso, además recuerdo que me dijo que estaba feliz de que fuera esposa de Henry.

—Eso no es ninguna diadema sino un collar. Y deme ahora ese arreglo floral.

—¡Mi ramo de novia! Se lo prometí a Carol, ella es mi única amiga y nunca consigue novio, y por eso se lo arrojaré. Es un pacto que hicimos desde pequeñas.

Chelsy no pudo seguir hablando porque rompió a llorar con amargura. Byron le quitó la sábana y el collar; pero al ver que las manos de la rubia temblaban, no le quiso sacar las flores. Ella castañeaba los dientes y las lágrimas se le deslizaban por las mejillas, parecía una niña asustada. El corazón del chofer se estrujó de pena y la abrazó por detrás, apoyando la cabeza en uno de los hombros de ella.

—Dime que me casaré con él, que saludaré junto a la familia real desde el balcón de palacio. Prométeme que mis padres me mirarán orgullosos al saber que he cumplido con mi deber.

—Usted puede enmendarse y transformarse en una buena persona. Quiere

ser feliz, pero no lo será junto al príncipe Henry —Byron habló con dificultad, también lloraba.

—Cuando tenía quince años y mis padres me llevaron a un partido de polo a beneficio, mi mamá me señaló a un hermoso muchacho vestido de polista y de pelo rojo, y entonces me dijo: “Ese es el príncipe Henry, un primo lejano tuyo, y será tu marido. Papá y yo tenemos muchas deudas, con su fortuna nos salvará de la ruina” ¿Y sabes qué hice yo? Fui a su lado, entablamos una linda conversación y después me propuso una cita.

—Eso ya pasó, usted no quiere a su alteza real.

—¡Claro que lo quiero! Lo amo con toda mi alma.

—¡Miente! —Byron la zamarreó con fuerza.

—Me casaré con él, ¡viniste a interrumpir la ceremonia! Con o sin anillo me desposaré con él.

—Señorita, usted me asusta cuando la escucho hablar así, necesita descansar. Llamaré a un médico.

—¡No me estoy volviendo loca! Y quítame ahora mismo las manos de encima. ¡Eres un chofer y no puedes darme los privilegios que merezco!

—Claro que soy un chofer, pero no solo puedo darle riqueza, sino también amor.

—¡No me toques! ¡No me toques! —Chelsy le dio manotazos para que él la soltara—. ¡Todo me sale mal! Adrienne tiene la culpa. ¡La voy a matar! Y así a Henry no le quedará alternativa y se casará conmigo.

—Vamos a la cama, necesita descansar.

—¡Plebeyo asqueroso! ¡Eres igual que esa! Ustedes vinieron a interponerse entre nosotros. ¡Muertos de hambre! —Chelsy se tomó la cabeza con las dos manos y siguió llorando a mares.

—Cálmese.

—¡Suéltame! ¡No quiero que me toques más! ¡Ah! —la rubia estaba fuera

de sí, pegaba cachetazos y golpes, el arreglo floral terminó deshecho porque también lo utilizó para agredir a Byron. Después cayó desmayada. Con ella en brazos, Byron se dirigió a la puerta y gritó:

—¡Ayuda! ¡Necesito un médico!

Robbie Shott cortó la llamada y se cruzó de brazos con el teléfono en la mano. Nada lo contrariaba más que no lo atendieran.

—¡Suena y suena! —exclamó con mala cara.

—Dejalos en paz —Miranda le quitó el teléfono a duras penas.

—Alguno de ustedes levántese que deben ser ellos —dijo Robbie a sus amigos al escuchar unos golpes discretos en la puerta.

Eran Tony y Xavier. No había ningún lugar abierto para ir siquiera a tomar algo o por lo menos ver gente que no fuera del hotel y estaban muy aburridos.

—¿Y Principito y Adriana?— preguntó Shott con ansiedad.

—En su *suite*, supongo, señor Shott —respondió el peluquero—. No atendieron el teléfono en todo el día y ni siquiera recibieron el almuerzo. El camarero esperó largo rato junto a la puerta pero se cansó.

—¿Vos de que te reís? —chilló el millonario de mal talante al mirar la expresión de Miranda.

—Pretenden que una pareja que les queda un solo día para ellos antes de una larga separación venga a reunirse con nosotros. Ellos no van a venir, no sean egoístas.

Nadie dijo lanzó otro comentario pero se notó que todos pensaban que las palabras de Miranda eran muy ciertas. El silencio solo se cortó por los suspiros de enojo de Shott.

Abrí los ojos y contemplé la oscuridad del cuarto. ¿Qué hora era? Henry estaba de espaldas, me deslicé entre las sábanas hasta rodearle el abdomen.

—Tengo hambre —susurré mientras lo abrazaba.

—Y yo también. Voy a prender la luz así veo la hora —dijo sin mirarme. Al contemplar el reloj lanzó una carcajada. Pregunté qué hora era.

—Adivina.

—¿Las seis?

—No.

—¡Las siete! —dije mientras buscaba sus labios para darle un besito.

—Mmm..., no. Como las nueve de la noche, las nueve y treinta para ser más exactos —y se rio entre dientes.

Agarré uno de los almohadones de la cama y le pegué en el hombro.

—¡Pervertido! Con razón me duele la panza del hambre que tengo.

—En este día creo que bajé cinco kilos, aunque fue una dieta fabulosa, *cara mía*.

¡Glup! Respondió mi estómago. Los dos lanzamos una carcajada.

—Pidamos ya la cena porque me estoy descomponiendo.

—Me di cuenta. Tu estómago habló por ti —respondió al levantarse y me alcanzó el camisón—. Pide la cena mientras me doy un baño.

—¿Te acompaño?— pregunté con voz seductora.

—Es una buena idea, pero no ahora. Mejor lo dejamos para el postre — con la bata puesta se fue a dar una ducha.

Me puse el camisón, pedí la cena y al encontrar mi móvil observé que tenía muchos *Whats*, correos de voz y llamadas perdidas. Decidí llamar a Tony, quien sin decirme siquiera “Hola”, exclamó:

—¡Bruja sexópata!

Con vergüenza le pregunté si se había escuchado algo. Tony respondió que no hacía falta ser muy lúcido para adivinar lo que mi novio y yo

habíamos estado haciendo durante casi todo el día. Después, como quien no quiere la cosa, medio en broma y a la vez en serio, me consultó si no le daría después alguna “sorpresita”. Y decidí hacerle un chiste un poco pesado.

—¡Ah! Respecto a eso te quería comentar: abandoné las pastillas anticonceptivas —dije aguantando las ganas de reírme.

No lo podía ver pero ahogué una carcajada al imaginar que el asistente de Henry estaba a punto de tener un ataque.

—¡Dime que es mentira! —suplicó.

—Sí, es una broma, ¡no voy a repetir el mismo error! ¿Alguna novedad?

—No te iba a contar nada pero ahora que me decís te adelanto algo: es Chelsy. Tuvo que venir un médico a verla.

—¿Qué pasó? ¿Se mordió la lengua y se envenenó?

Tony relató lo que había escuchado por boca del propio Byron: al parecer la ex de Henry hizo una parodia de casamiento, hasta se había puesto una sábana en la cabeza a modo de velo. Pero lo peor es que La Owen-Keller se había creído su propio cuento. Pacheco juró que esta vez ella había enloquecido de verdad.

—A loca, loca y media —respondí a las carcajadas—. Si anoche casi le arranqué todos los pelos, esta vez le caigo encima a golpes y me voy a hacer un collar con sus dientes.

—¡Camorrera de mierda! —exclamó sorprendido ante mis palabras. Pero dejando de lado el tono de chiste, agregó—: Lo digo en serio, mucho cuidado con Chelsy. ¡Uh! Un llamado en espera, ¿será Ben?

—Capaz que sí. Más tarde hablamos.

—Claro, seguro. En un rato no te vas a acordar más de mí, ni siquiera vas a saber cómo te llamas. Deja en paz a mi jefe, que el pobre tome aire un segundo. Ojalá sea Hascott, ¡qué emoción! Adiós.

Cuando llegó la comida, Henry y yo ya estábamos bañados y sentados uno frente del otro. Decidimos estar no tan pegados para cenar como la gente. Una dieta solo de sexo nos consumiría a los dos.

Le expliqué entre risas lo de Chelsy, pero al igual que Tony, tampoco se lo tomó a la ligera. Con expresión preocupada me exigió que volviera a Francia lo más pronto posible y que Xavier me acompañara en todo momento. Además agregó que le pediría a Robbie que dejen de nuevo a Mike a mi servicio.

—Amor, estás exagerando —dije muy tranquila mientras cortaba un pedazo de pan— Chelsy no me hará nada, y menos después de que casi la dejé pelada.

Sin sonreír, Henry me agarró de la mano. Me incomodaba verlo tan preocupado.

—No corramos riesgos innecesarios, si se imaginó casándose conmigo puede hacer cualquier cosa —agregó acariciando mis dedos.

—Olvidémonos de Chelsy, disfrutemos este momento que es solo nuestro —dije guiñándole el ojo.

Mi gesto surtió efecto, porque lo vi relajarse y hasta sonreír. Con ademán burlón, plantó la servilleta en la mesa y sonrió de costado.

—¿Alguna muestra más de lo excitante que estuvo pasando entre nosotros durante todo el día?

—No quise decir eso y por algo me senté lejos, igual tu asistente me echó la culpa acusándome de hechicera lasciva.

—Hechicera lasciva, qué interesante. Te tengo un regalo, pero espero que me después me des algo a cambio —para acompañar sus palabras, guiñó un ojo con picardía.

—Entonces no es un regalo sino un trueque, tramposo —dije cruzándome de brazos—. ¿Qué me vas a pedir?

—¡Uy, tantas cosas! —juntó las manos sin dejar de reírse—. Pero eso viene después.

—Lo prometo, todavía tengo hambre y este postre tiene buena pinta.

Del bolsillo de la bata, Henry sacó un estuche y lo dejó cerca de mi plato.

—No debería aceptarlo —dije simulando seriedad. Volqué la mirada en mi novio y luego en el misterioso estuche—, vaya a saber una qué piensas pedirme después.

Pero por más que me esforcé por ocultarlo, estaba entusiasmada como una nena. Y me apresuré a abrir el estuche. Era una cadenita de oro con un corazón.

—¡Ay, es tan bonito! —dije emocionada sosteniendo mi regalo.

—Dice algo en el reverso.

Giré el corazón y decía: “Para mi *caríssima*, te amo. H”

Me acerqué a él y le di un beso, además de decirle que me pondría su regalo en ese mismo momento y que lo amaba con toda mi alma.

—Qué bueno, te ayudaré con la cadenita mientras te desvisto.

—¡Basta! Mejor me las arreglo yo sola.

—Eso que tienes en tu cuello es mi corazón, porque te lo robaste desde el primer día que te conocí, aunque fui lo bastante tonto como para no reconocerlo. Te amo, y ese corazón, mi corazón, te protegerá de todo peligro cuando estemos separados.

Me senté en sus piernas y lo besé con pasión. El postre quedó en el olvido, y el corazón me acompañó junto a mi novio al *jacuzzi*.

Al día siguiente aparecimos a desayunar a la *suite* de Robbie Shott, fuimos recibidos con bromas, silbidos y aplausos.

—¡Hasta que por fin vieron la luz! Pensé que estaban muertos —bromeó Shott guiñando un ojo a su amigo.

—Se los ve un poco pálidos, ¿habrán comido? —agregó Miranda secundándolo en el chiste.

—Ahora nos morimos de hambre —respondí acomodándome cerca de Tony y Xavier.

Robbie preguntó a Henry a qué hora se iba, y este le respondió que en breve. Luego mi novio consultó a Tony si ya estaba todo preparado. El asistente asintió en silencio. Y Henry volvió a charlar con su amigo.

—Quiero dejar a Adrienne al cuidado de Mike —pidió.

—¿Mike? Seguro, haces bien. Porque...

—¡No debías decirlo! —se enojó Miranda.

—Henry lo tiene que saber —se impuso el millonario y miró a Henry—: Chelsy se escapó de la *suite* con lo que tenía puesto, Byron fue a comprar un medicamento y cuando volvió ella ya no estaba.

—¡Yo lo sabía! —dijo Tony con alarma pegando un salto de su silla—. Adriana, ten mucho cuidado. Xavier, no le saques un ojo de encima.

El peluquero se dio la vuelta tan rápido que por poco se desnuca.

—¿Y qué haré yo si esa mujer se desquicia? Qué nos cuide Mike —agregó Xavier con los ojos bien abiertos del susto.

—¡Miedoso! Querrá hacerle daño a Adriana pero buscará la oportunidad cuando ella se encuentre sin protección. Con que no la dejes sola basta y sobra.

Me reí del miedo de los demás y resté importancia al asunto, sobre todo cuando Shott relató que la Owen-Keller ni siquiera tenía dinero encima. ¿Compraría un arma? ¿Con qué?

Más pendiente estaba de la partida de Henry. Cuando llegó el auto para llevarlo al aeropuerto, estallé en lágrimas. No quería volver a separarme de él.

—Si le cayera bien a tu papá esto no pasaría, lo hace a propósito.

—No llores, *caríssima*. Me duele mucho verte así —me envolvió en un abrazo y me apretujé en su pecho.

—Si lo ves no discutas con él, dile que quiero que hablemos los tres, que me dé una oportunidad para conocerme un poquito. No soy una interesada como Wallis Simpson.

—¿Quién? Por Dios, Adrienne, no te compares nunca con esa mujer. Vamos, una sonrisita — me tomó del mentón para que lo mire a los ojos—. Así está mejor, fuera esas lágrimas —deslizó un dedo en mi mejilla y me miró con amor—, esta noche te llamaré. Y no salgas sola, igual mi corazón te cuidará.

Sostuve mi cadenita y le di un beso.

—¡Señor! Estamos con el tiempo justo —gritó Tony haciéndole una seña al auto para que se acerque lo más posible a la acera.

La calle del hotel estaba llena de *paparazzi*. Le di un último beso a mi novio y él, siempre secundado por los guardaespaldas, se metió en el auto.

Con un nudo en la garganta lo saludé con la mano, pero al ver que su presa había huido, al amarillismo solo les quedaba yo. Se agolparon a la puerta del hotel y decidí volver a la *suite*. Al día siguiente retornaría a Francia y me concentraría en mi trabajo. Xavier me ofreció el brazo y se lo tomé.

—¿Puedo dormir contigo? Chelsy me da miedo —pidió en voz bajita.

—Soy yo la que debería tener miedo, pero ella no me asusta —dije mientras lo abrazaba—, duerme conmigo, será como compartir la cama con mi hermanita Macarena.

—¡Eso! Seremos como hermanas, nos acostaremos en la cama a ver tele, pediremos chocolates y me contarás todo lo que pasó en esas cuatro paredes —mi amigo ya había armado la tarde perfecta. Y me sentí animada, pero no dejé de pegarle un codazo.

—¡Chismoso! Claro que te voy a contar todo, pero no habrá detalles.

Aunque te adelanto que todo empezó con...—susurré en su oído y el *coiffeur* ahogó una exclamación con el dorso de la mano.

—¡Cuánta envidia! —exclamó mirándome con una expresión que me hizo soltar la carcajada—. Y yo que no tengo ni un perro que me ladre. Si ese es el comienzo, no me imagino lo que vendrá después.

Así abrazados, y sin dejar de charlar tomamos el ascensor en dirección a mi *suite*.

Byron no cesaba de buscar a Chelsy.

Recorrió las calles de la capital Suiza preguntando a los vecinos del lugar y haciendo varias averiguaciones discretas, no quería que por nada del mundo la prensa se haga eco de aquel acontecimiento. Ante todo deseaba proteger a Chelsy de cualquier peligro, sin saber que el peligro era ella misma.

Aprovechando que uno de los chóferes del hotel salió un minuto del auto, ella emergió de su escondite y probó una de las puertas. El coche estaba abierto y con las llaves puestas.

“Qué suerte tengo, en algún momento saldrá aquella estúpida y la convertiré en una mancha en el pavimento”, pensó Chelsy mientras hacía girar la llave.

De manera instantánea el motor cobró vida. Metió el pie en el acelerador y se alejó del hotel. Al escuchar el ruido de un auto, el empleado volvió sobre sus pasos y desesperado, corrió cuando la Owen Keller huía.

—¡Eh! ¡Auxilio! ¡Seguridad!

—¿Qué pasó? —preguntó Byron acercándose. Luego de buscar a Chelsy por todas partes, estaba muerto de cansancio.

—¡Robaron mi auto!

—¿No vio si fue una mujer?

El chofer dijo que no había llegado a verlo. Después anunció que llamaría a la policía.

—¡No, no lo haga! —pidió Byron.

—Usted está loco —dijo el otro—, me van a despedir del trabajo. Avisaré a seguridad para denunciar el robo. Con permiso.

Con Xavier logramos ubicar a Miranda para nuestra reunión improvisada. La novia de Shott se entusiasmó. Robbie y sus amigos, con guardaespaldas incluidos, jugaban a las cartas y ella se aburría a mares. Luego de dos cajas de chocolates, tres vasos de licor y una veintena de temas románticos sonando a modo de música ambiental, y tirados en mi cama, los tres nos contamos todos los chismes.

Empezaba a extrañar a Henry, pero al estar con mis amigos el momento se me estaba haciendo ameno. Compartimos la cena sin dejar de hablar y Xavier se quejó porque había dejado la *notebook* y el celular en la *suite* que ocupaba con Tony.

—Voy por mis cosas y seguiremos con la plática. Adriana, no nos contaste lo del momento en el que te dio la cadenita.

—Y lo que vino después, aunque me lo imagino —dijo Miranda guiñando el ojo con picardía—, voy un rato a ver a mi novio, aunque por lo que lo conozco, seguro que planea irse al casino. Prefiero quedarme con ustedes, todavía falta el resto de la historia de Adriana y no me la pienso perder. Pidamos una botella de *champagne* para saborear el final —sugirió Miranda mientras se ponía las botas.

—¡Sí! *Champagne* —dijo Xavier aplaudiendo—, vuelvo en un segundo.

Adriana, ya sabes —se puso serio—. No salgas de esta *suite* y no le abras la puerta a nadie. ¿Y la ventana? ¿La cerraste con persiana incluida?

—A menos que sea la mujer araña no creo que pueda llegar hasta acá, Xav —se burló la novia de Shott—. Adri, si querés le digo a Mike que suba un minuto.

—¡No sean bobos! No me va a pasar nada, vayan nomás.

Cuando me quedé sola fui por mi cartera. ¡Mierda! Me había quedado sin cigarrillos. Recordé que había visto un kiosco abierto hasta tarde y estaba solo a dos calles. Pensé en ir a buscar a Mike pero me pareció una tontería. ¡Xavier me había contagiado la paranoia! Me puse el tapado y me anudé la bufanda multicolor al cuello dispuesta a salir por mis cigarrillos.

La Owen-Keller buscó una estación de servicio para tomar un poco de agua y los empleados del lugar la miraron con sorpresa: como toda vestimenta, ella llevaba puesto un vestido sin mangas que más bien parecía un camisón.

Cuando volvió al auto decidió manejar hasta las inmediaciones del hotel, esperaría hasta verla, en algún momento tendría que salir la rata indígena. Malinche asquerosa. Una vez muerta Adrienne, Henry se casaría con ella.

Estaba llegando al hotel y la vio. ¡Adrienne, aquella india sucia y además sin ninguna escolta! La arrastrada se detuvo en una tienda y compró algo que lo metió en la cartera. Parecían cigarrillos. ¡Ja! Justo iba a cruzar, era su oportunidad de oro.

Chelsy lanzó una carcajada, al fin lograría su cometido, aceleró aún más cuando la vio detenida en mitad de la calle. Pero alguien saltó desde el asiento de atrás y le agarró el volante.

—¡Qué hace!

—¿Byron, qué hacés acá?

—Largue ese volante, ¿se volvió loca?

Un segundo antes de que el auto me arrollara, sentí que me agarraron de la cintura y me sacaban de paso, haciendo que rodáramos por el piso en dirección a la vereda.

—¡Mike!

—Al ver que no estaba en la *suite* fui corriendo a buscarla. Veo que llegué a tiempo —desde el piso vimos que el auto se alejaba sin control en dirección a la avenida.

Empecé a temblar y el guardaespaldas de Robbie me abrazó.

—Era Chelsy, me quiso matar —dije en *shock*.

Byron estaba desesperado, pese a que ganaba a Chelsy en peso y en estatura, además de ser un hombre, la rubia estaba tan fuera de sí que no podía quitarle el volante. Ella tenía a favor toda la fuerza que le daba su locura.

—Largue ese volante. ¡Deténgase! —gritó con un matiz de desesperación en la voz.

—¡Hiciste que le errara! La iba a matar, y arruinaste todo.

Siguieron gritando mientras luchaban por mantener el control de volante. El auto llegó a la avenida.

—Deténgase.

—¡Lo arruinaste todo! Te odio. ¡Ah! —Chelsy chilló de miedo, se habían metido en el carril contrario y un camión enorme avanzó hacia ellos y a modo de advertencia lanzaba bocinazos.

—¡Cuidado!

Byron logró quitarle el volante y esquivar el camión, pero el auto se estrelló contra un árbol, dejando la parte del asiento delantero y del acompañante totalmente destruido. Cuando llegó gente del lugar para ver el accidente, vieron que ninguno de los dos ocupantes se movía.

Capítulo 14

—No se mueva, señorita. Está en buenas manos.

La rubia se pasó los dedos por la cara y al retirar la mano estaba llena de sangre. La cabeza le dolía a horrores y la frente le ardía.

—No se inquiete, la llevaremos a un hospital.

—Es... es...

—No hable —el médico la instó a que se quede tendida en la camilla.

La gente del lugar y los ocupantes de otros autos que pasaban por allí luego del accidente, habían llamado a urgencias. Los enfermeros y la policía formaron un cordón protector para impedir el paso de los curiosos.

—Es que...—Chelsy intentó recordar, ¿había tenido un accidente? ¿Qué pasó? Imágenes confusas se agolpaban en su cabeza, ella gritando y alguien tratando de convencerla de que cambie, que sea buena persona. Ese alguien era...—¿Byron?

—Quédese tranquila. ¡Enfermera!

—Sí, doctor.

—La señorita está muy nerviosa, adminístrele un sedante.

—¡No quiero nada! ¿Dónde está *mi* Byron?

—Cálmese.

—¡Byron! ¡Byron! Deje que me levante. Tengo que encontrarlo.

—Señorita, usted no puede...

—Déjeme. ¿Está muerto?

—Enfermera, venga aquí.

La mujer se acercó a la camilla y le habló con dulzura.

—*Mademoiselle*, nosotros la cuidaremos —con un gesto discreto hizo señas a un enfermero fornido. Con cuidado y sin alterarla, debían aplicarle un

sedante.

—¿Y Byron?

—Thibaut, ayúdeme con la señorita. Despeje su brazo.

El enfermero la tomó del brazo y Chelsy se apartó como si quisiera hacerle daño. El médico se acercó para colaborar.

—Señorita, estamos aquí para ayudarla. Deje que mi gente haga su trabajo.

—Necesito a Byron, ¿por qué no contesta a mi pregunta? —se tapó los ojos y empezó a llorar, por más impetuosa que se mostrara se sentía muy débil, al intentar incorporarse todo le dio vueltas y aquellas personas le contestaban con evasivas.

Una mano suave le rozó la cara y aun sin abrir los ojos reconoció su calor.

—Señorita, estoy aquí.

—¡Byron! —Chelsy ignoró el dolor y se sentó. Por fin pudo contemplar ese rostro querido, quizás un poco magullado, con algunos golpes y un ojo hinchado, pero era él. El alivio le acarició el alma.

El chofer se dejó ayudar por una enfermera para que pudiera caminar con su pierna herida y se arrojó sobre su amada para darle un abrazo. Ambos se encontraban lastimados, pero estaban vivos.

—¡Byron! Pensé que... —no podía articular palabra de lo desesperada que se sintió al creer que él había muerto. Solo podía llorar de la alegría.

—Señorita Chelsy, tuve tanto miedo.

—Yo también.

—No llore más, y además tiene la cabeza lastimada.

—Me encuentro nada más que mareada, pero creo que tuvimos mucha suerte. ¡Ay!

—¿Qué le pasa?

—Me siento un poco débil.

Con ternura, Byron la ayudó a que volviera a recostarse en la camilla.

—Ahora iremos camino al hospital, apenas puedo caminar con esta pierna y usted tiene una herida muy fea en la cabeza.

Chelsy lo tomó de la mano.

—No me dejes, por favor —le rogó con desesperación.

—Iré con usted en la ambulancia, también necesito atención médica.

—¿Prometes que no vas a dejarme?

—Nunca, nunca la dejaré —y le besó la mano.

Chelsy sonrió con tranquilidad y dejó que le aplicaran un sedante.

—¿Sabes qué?

—Dígame.

—Quiero que una vez repuestos los dos, nos vayamos de aquí de inmediato.

Byron no entendió lo que la señorita quiso decir. Apenas podía andar con la costilla rota y su pierna magullada, pero a duras penas y ayudado por la enfermera, se subió a la misma ambulancia que Chelsy.

—Claro, que nos iremos de inmediato, en cuanto nos den el alta volveremos a Londres —dijo y le besó de nuevo la mano.

Ella sonrió luchando para que los ojos no se le cerraran y habló con dificultad. El sedante ya estaba haciéndole efecto.

—Quiero volver a Londres para buscar mis cosas... luego huiremos juntos.

—¿Qué? Está muy cansada, no sabe lo que dice.

—Estoy atontada pero sé muy bien lo que digo —los ojos le pesaban como si le hubieran puesto una moneda en cada párpado y la lengua era una oruga torpe, pero se esforzó por hablar con claridad—: no quiero vivir la vida que mis padres quieren para mí, mi vida es nada más que mía.

—Descanse.

—Te amo —Chelsy cerró los ojos, ya dormida.

Byron estaba perplejo. ¿Ella por fin había recapacitado o el calmante le hizo decir incoherencias?

—*Monsieur*, tome asiento. Usted está pálido, ¿siente dolor? —preguntó la enfermera.

—No es nada, puedo aguantarlo —respondió a la enfermera pero apretaba los dientes para no gritar. Una de las puertas del auto se le había incrustado en la rodilla y el pie casi no lo sentía.

Había hecho un esfuerzo sobrehumano para correr al lado de Chelsy y abrazarla, pero valió la pena. Ella por fin le dijo que lo amaba.

Negué con la cabeza y Xavier insistió.

—Toma esta pastilla, te va a hacer bien para los nervios.

—Te dije que ya estoy mejor, fue solo el susto del momento.

—Adriana, no me hagas enojar. ¡Toma esa pastilla de una buena vez, diablos! —me gritó mi amigo.

—¡No me trates así!

Rara vez había visto a Xavier tan enojado, así que aceptando un vaso con agua que me ofrecía Miranda, engullí la bendita pastilla sin contemplaciones.

—Nosotros nos vamos, ¿en serio te sentís un poco mejor?

—Sí, sí. Gracias, Robbie —le dije a Shott con voz neutral. Ya me sentía más tranquila.

—¿Querés que me quede?

—No, Miri. Estoy bien, gracias. Vayan a descansar, Xavier me va a hacer compañía.

Shott tomó de la mano a su novia e hizo un gesto a Mike. Dijo que había averiguado que Chelsy y Byron seguían en el hospital, pero pidió a Mike, que

se quedara en el *living* para cuidarme.

—Como mande, señor —respondió el guardaespaldas.

Ni bien Robbie y Miranda se fueron me dirigí a él.

—Mike, andá a descansar, por más leve que haya sido el daño que sufrió Chelsy en aquel accidente, dudo que venga a atacarme. En el hospital la mantendrán muy bien vigilada.

—Órdenes son órdenes, me quedaré acá hasta que el señor Shott lo disponga.

—Te lo estoy ordenando yo, acordate que trabajaste para mí.

—Usted misma lo dijo, *trabajé* para usted, pero ya no. Obedezco las indicaciones de mi jefe, el señor Robbie Shott.

—¡Siempre el mismo cabeza dura! —dije ya vencida—, este sedante es para tumbar caballos, así que no te voy a echar, estoy demasiado cansada. Pero mañana no te quiero ver acá.

—Me verá acá hasta que el señor Shott lo disponga, vaya a descansar. Este sofá es muy cómodo. Buenas noches, señorita Adriana.

—Pero...

—Buenas noches —repitió.

Antes de que volviera a replicar, se estiró hasta el velador, lo apagó y se tumbó en el sofá.

—Insolente —alcancé a decir con una sonrisa.

Xavier me agarró del brazo como si tuviera noventa años. Lo alejé de un manotazo.

—¿Qué hacés?

—Ayudándote a llegar a la cama.

—¿Tengo aspecto de estar a punto de morirme? —pregunté con hastío.

—Casi casi te moriste, sino fuera por Mike no estarías contando el cuento.

—Pero no pasó nada, y ahora dejame en paz que quiero dormir —espeté

de mala manera mientras me acostaba.

Xavier debería sentirse herido por mi malhumor así que para disculparme le di un abrazo de oso.

—No soy Henry, así que haceme el favor de no ponerte melosa, porque si no grito —amenazó.

—Ya sé que no sos Henry, pero sí mi hermanito.

—¡Ja! Ahora no me vengas con cariñitos, hermana gruñona. Buenas noches.

Le di un beso en la mejilla y nos dormimos abrazados.

Louis deseaba reconciliar a su padre y a su hermano, con la idea de propiciar una buena charla entre los dos, insistió a Henry para que fuera a la residencia de Edward, y así fue como se enteraron de la noticia.

—Ahora mismo me vuelvo a Suiza —dijo Henry.

—No, no vayas. Adriana está bien, tu amigo Robbie acaba de avisármelo —aseguró Louis. Era difícil frenar el temperamento de su hermano.

Tony decidió intervenir:

—Mi señor, escuche a su alteza real, también hablé con Xavier. Le aseguro que Adriana no tiene ni un rasguño, Mike llegó a tiempo.

En un arrebato de furia, Henry pateó la pared. Pacheco emitió un respingo pero Louis ni siquiera pestañeó.

—¡Tuve que dejarla sola por culpa de nuestro padre!

—Henry, Chelsy no estaba bien. —dijo Louis con tranquilidad—. Pero nunca supusimos que cometiera una locura semejante. No fue responsabilidad de nadie.

—En eso estás equivocado, si papá no se hubiese encaprichado en rechazar a mi novia, ella estaría aquí a mi lado y a salvo. ¡Qué vida de mierda

que tengo! Ni siquiera puedo proteger a la mujer que quiero.

Edward entró a la sala con cara de enojo.

—¿Qué son esos gritos? Estaba hablando por teléfono con Andrew Owen-Keller y casi no pude escuchar lo que él me dijo. ¿Sabes que su hija Chelsy se accidentó en Suiza? Y todo por ti, para reconquistarte. El pobre está deshecho y no tiene un centavo, me llamó para pedirme un poco de dinero.

Louis no apartó la vista de su hermano. Alterado como estaba lo creía capaz de cualquier reacción. Edward no había llegado en buen momento.

—¿Sabes cómo se accidentó Chelsy? —preguntó Henry con ironía.

—El auto dónde iba chocó, Andrew deberá despedir a ese inútil de Byron.

La cara de Henry tomó el mismo color de su pelo, estaba muy enojado y en dos zancadas atravesó la habitación para hablar cara a cara con su padre. Louis lo siguió. Tony quiso huir pero no encontraba la forma de salir de aquella habitación sin que nadie lo advirtiera.

—¿Sabes cómo se accidentó Chelsy? —repitió Henry.

—¿Eres idiota o qué?

—¡Quiso matar a mi novia! La lunática pretendía atropellarla con su auto, y “ese inútil de Byron”, así como lo llamas, evitó una tragedia. Ahí tienes a tu Chelsy, aquella novia perfecta que elegiste para mí.

Edward se puso pálido y empezó a balbucear porque no encontraba las palabras.

—¡Mi novia estuvo a punto de morir y todo por tu culpa!

—¿Ella está bien? —logró preguntar.

Louis lo miró con curiosidad. Era la primera vez lo veía conmovido por lo que pudo haberle pasado a la novia de su hermano; pero nervioso como estaba, Henry ni se dio cuenta de ello.

—Ella... ¿no sufrió ningún daño? —preguntó Edward preocupado.

—¡Y me vas a decir que te importa! —Henry rio con sarcasmo—. No

puedo creer en tu cinismo. Y para tu desgracia no se murió. ¡Qué pena! ¿No?

—¿Me crees un animal? ¡Jamás le desearía ningún mal a esa muchacha!

—No me importa lo que opines, te responsabilizo por lo que le pudo haber pasado a Adrienne —lo señaló mientras descargaba su enojo—, y también el accidente de Chelsy fue por tu culpa. Te dejaste llevar por el anhelo de Andrew Owen-Keller y permitiste que le llene la cabeza de sueños imposibles, ella se desquició por ustedes dos. Te desprecio como nunca, papá.

Se fue dando un portazo. Tony fue detrás de él.

—Louis, yo sería incapaz de alegrarme si a Adrienne le hubiera pasado algo grave —dijo Edward buscando apoyo en su hijo mayor.

—No importa, papá.

—¿Eso soy para ustedes? ¿Un monstruo sin sentimientos?

Louis no le contestó y le lanzó una mirada dándole a entender lo que pensaba antes de abandonar la estancia. Su padre se quedó solo y confuso.

Retorné a París en compañía de Xavier.

Sin mi Principito era inútil que me quedara en Suiza y deseaba volver al trabajo para poner en orden mi cabeza. Volver a la rutina me haría bien. Me despedí con pesar de mis amigos, Robbie debía retornar a Argentina para vigilar sus negocios y Miranda por supuesto que iría con él.

El invierno francés me abrazó con toda su melancolía y además del frío, “algo” que había olvidado me esperaba: la prensa amarillista. ¡Me seguían a todas partes! Al súper, a mi trabajo, a las clases de yoga, a la casa de Xavier... y hasta para comprar cigarrillos. Al término de la tercera semana estaba histérica y llamé a Martina.

—¡Auxilio! ¿Esto siempre va a pasar?

—Siempre, y en cuanto oficialices tu compromiso va a ser peor. Y no pienses que te complican la vida, es su trabajo, así que sonreíles y seguí caminando.

—Eso hago, pero la verdad que me molesta mucho tener que estar de punta en blanco todo el santo día.

Mi amiga se rio a carcajadas.

Se me hizo un nudo en la garganta y apuré mi taza de té de tilo. El atardecer se presentaba lluvioso y triste y como tenía un molesto resfrío me recliné en mi casa. Miré cómo las gotas repiqueteaban en el vidrio y se me encogió el corazón de la tristeza al contemplar como los relámpagos formaban hilos de plata en el cielo. Quería que Henry estuviera allí para abrazarme.

—Adri, ¿seguís ahí? —preguntó Martina.

—Perdón, me distraje.

—Una cosa que no te dije, mi marido habló con Louis.

—Te siento incómoda, ¿pasó algo?

—Esto te va a parecer bizarro, pero dice que Chelsy y Byron quieren disculparse con vos.

—¡Qué! —barboté muy asombrada.

No supe si me había subido una fiebre o me bajó la presión pero tuve que agarrarme de la mesada de la cocina para sostenerme. Tuve que apelar a mi gran fuerza de voluntad para preguntar—: ¿Se lamentará porque no pudo matarme y quiere terminar con el trabajo que no hizo bien la otra vez?

—¿Sabés qué? —prosiguió Martina—. Chelsy dejó la casa y se peleó con los padres, en unos días se va a Puerto Rico con él.

No podía salir de la sorpresa, ¡Martina intercediendo a favor de Chelsy! Aún me perseguía su cara de loca en sueños, cuando en ese momento la veía venir en auto dispuesta a convertirme en un dibujo perfecto de Adriana Mora

en el pavimento. En el sueño también me quedaba paralizada pero no venía Mike a rescatarme.

En el *living* tenía la *notebook* prendida. Como la había dejado a todo volumen por si Henry se conectaba a *Skype*, escuché el sonido característico de la llegada de un *mail*.

—Mart, esperá que voy a fijarme algo a la compu.

—Ahora tengo que irme, hablamos después —dijo Martina.

Dejé el teléfono en la cocina en la mano y corrí al *living*. Hasta podía tratarse de la llegada de *spam* a mi casilla de correo, pero intuí que se trataba de algo muy importante.

Al mirar la pantalla de la *notebook* y entrar a mi casilla me quedé estupefacta al encontrarme con un *mail* a nombre de “Bruno”.

Durante un par de segundos me quedé con la mente en blanco. ¿Quién era? Pero después recordé que ese era el verdadero nombre del chofer de Chelsy, Byron. Me acerqué una silla e hice *clic* sobre el mensaje. Leí:

“Señorita Adriana. Ante todo me disculpo por el atrevimiento de escribirle, pero en cuanto averiguamos su dirección de correo, Chelsy y yo decidimos que era lo correcto.

Ella se irá en breve conmigo a Puerto Rico y allí nos casaremos. Pero no quiere darle un nuevo rumbo a su vida antes de pedirle perdón por todo el daño que hizo, se encuentra profundamente arrepentida de sus actos de maldad. No la molestará nunca más.

Sin más que decirle, nos despedimos para siempre sin dejar de desearle muy buena suerte con su noviazgo y futuro matrimonio con el príncipe. Por lo que luchó y ama a su alteza real, se merece toda la felicidad del mundo.

Saludan atte.

Chelsy y Byron.

—¡Uf! —exclamé después tirándome en el sillón. Estaba exhausta.

Un rato después llamé a Tony.

—Que te mandó un *mail* disculpándose, ¿quién? —dudó sin poder creer lo

que había escuchado.

—Chelsy, y ya es la quinta vez que me lo preguntas —respondí con fastidio.

—Esa perra de pelo amarillo siempre fue incapaz de un gesto noble, y de repente escuchar todo lo que me cuentas me parece tan real como ver a Pie Grande caminando por *Picadilly Circus*.

—Tony, yo tampoco me lo creo. ¿En qué andan?

—Llevando el equipaje al auto, nos vamos *ya* al aeropuerto porque si llegamos cinco minutos tarde perderemos el vuelo a Belice.

—“Aramos” dijo el mosquito, ¿no? ¡Cómo si hubieras cargado una valija en tu vida! Mejor dicho, nunca te vi cargando nada más pesado que bolsas de compras después de que salimos del *shopping*.

—¡Por supuesto! Son estos torpes de guardaespaldas quienes se encargan de todo. ¡Apuren que nos deja el vuelo!

—No los trates así, de torpes no tienen nada.

—Habló la defensora de pobres y ausentes —se burló Pacheco—. Resulta que ahora te sientes canonizada porque perdonaste a “caderotas”. No me engañas, querida. Y si llegaste a manejar el carácter imposible de mi señor con cuatro gritos, de buena no tienes nada. ¡Ay! ¡Ay!

—¡Qué te pasa!

Se escucharon unos insultos y más gritos de parte de Tony. Las carcajadas de fondo de Henry acompañaron los aullidos de su asistente.

—¡Estos tontos arrojaron una de las maletas en mi pie!— exclamó Pacheco con voz de dolor.

—Disculpas, señor Tony— oí que dijo Warren.

—¡Qué disculpas ni que ocho cuartos! Sácame ahora mismo esa porquería de encima que llegamos tarde al aeropuerto, debemos tomar ese vuelo de inmediato. ¿Qué tenía esa odiosa maleta? ¿Cemento? —gruñó a los

gigantones.

—Te hacés el tonto y no me contaste tu cita con Ben Hascott —susurré con sorna.

—No me hago el tonto, es que se trató de algo tan hermoso que no puedo relatarlo a la ligera. En cuanto lleguemos a Belice te mando un *WhatsApp* adelantándote los pormenores y en José Ignacio, en el minuto cero que te despegues de los brazos de mi jefe te contaré todo.

—¿Son novios?

Desde kilómetros de distancia percibí la vergüenza de mi amigo.

—Adriana, no te burles. No somos novios... hay algo, pero es algo muy especial. Te dejo porque se nos va el avión.

—¡Mal amigo! Cuando nos veamos, no te dejaré en paz hasta que me cuentes todos los detalles.

—Sí, claro. Vas a estar pegada a mi señor día y noche y no creo que te acuerdes de mí. Ya te dije, llego y te mando un *Whats* —apartó el teléfono y lo escuché decir a lo lejos—. ¿Qué me miran? ¡Hagan arrancar de una vez el maldito auto!

—Sí, señor —alcancé a oír que dijo la voz correcta de uno de los guardaespaldas.

—Mi señor quiere saludarte —dijo Tony—, su teléfono sigue andando de mal en peor. Adiós, Adrianilla.

—Adiós, amigo.

—Mi amor —susurró mi novio.

—¡Ja! Te piensas que me chupo el dedo, resulta que se te descompone el teléfono cuando te vas de *tour* por destinos exóticos para aprovechar la ocasión de rodearte de bellezas sin que tu novia molesta te reclame —dije con malicia mientras paseaba por el *living* con el teléfono inalámbrico pegado en la oreja.

—Adrienne, sabes que este viaje no me gusta nada. Lo hago porque es mi deber, se programó para que represente a la casa real en ocasión del Jubileo de Diamante de mi abuela.

—Sí, sí claro. ¡Ojito, eh! Soy bruja, así que cuando quiera voy a espiar en mi bola de cristal para saber en qué andas.

—No te hagas problema, si me puedo despegar un minuto de la mirada de Tony será un milagro. Si vieras mi agenda protocolar, está repleta de compromisos, creo que al final de cada jornada terminaré muerto de cansancio. ¿Te acuerdas de la dieta de veinticuatro horas encerrados en la *suite, cara mía?* Bajamos tres kilos cada uno.

—¡Perverso! —exclamé mientras me reía—. Tengo que cortar porque termina mi hora de almuerzo y tengo que presentar unos informes, ya me pasé cinco minutos. Ahora me dejaste la mente en blanco.

—A mí no me pasó eso, tengo varios recuerdos frescos en la cabeza. Muy frescos y nítidos.

—Está Tony a tu lado. ¡Qué vergüenza! —dije con calor en la cara.

Mi novio apartó su celular y preguntó con ironía a su asistente:

—Eres sordo, ¿no?

—Por supuesto, soy “nítidamente” sordo. Y qué “fresco” está el día, mi señor. ¿No se dio cuenta?

—Me doy cuenta de algo y te lo digo en una sola palabra: despido.

—El pobre estaba a tu lado, no seas tan malo, mi amor —agregué mirando con nervios el reloj de la oficina.

—Es inútil que me haga problema —dijo mi novio—, seguro que tu amigo Xavier debe saber todo de nosotros, hasta el último detalle. Te amo y te extraño mucho.

—Yo también, mi amor. Y te extraño muchísimo.

—¡Mi señor, ya llegamos! Estamos con la hora justa, corramos —

interrumpió Tony.

—Se te va el avión, llamame cuando llegues a Belice. Chau, mi amor.

Capítulo 15

Xavier estuvo organizando una muestra de peinados por el cambio de estación y se había decidido a presentar mi línea de zapatos. Al principio me negué, pero me insistió tanto que cedí, pero dejé en claro que no quería que se supiera que los diseños eran míos.

—El desfile será un éxito —dijo Xavier y agregó pensativo—: pero no comparto la idea de llevarme toda la victoria. Los diseños son tuyos.

—Xav, no quiero darle motivos a la prensa para que me critique — interrumpí con energía. Tomé aire para proseguir—: Tengo que mantenerme tan silenciosa y callada como un ratoncito, además cada pavada mía será tapa de revista en todo el mundo. Debo cuidarme mucho y no causarle molestias a mi novio, que está haciendo un *tour* tan importante.

—Lo extrañas mucho, ¿no? —preguntó acariciándome la mejilla.

—A horrores, no puedo creer que ya haya pasado casi un mes de la última vez que nos vimos. Por eso quiero mantenerme ocupada, anoche me quedé despierta hasta tarde para terminar el último dibujo de zapatos para tu desfile de la próxima semana.

—Eres muy exigente contigo misma, tienes que descansar. Ahora nos vamos a almorzar, apaga ahora mismo esa *PC* o me enojo.

—¡OK, señor jefe! —exclamé en broma—. Henry debe haber llegado a Belice, estará muerto de cansancio por la diferencia de horario.

—Tony estaba muy nervioso, me temo que si en Belice asignan a alguien como asistente de Henry, habrá guerra. No soporta que nadie se ocupe de los compromisos de su señor —agregó mi amigo.

Belice es un país de América ubicado al norte con México y al oeste y al sur con Guatemala. Es una monarquía constitucional, el jefe de estado es la misma reina de Reino Unido y pertenece a la *Commonwealth*.

Para representar a su abuela, Henry había llegado allí para comenzar su *tour* por motivo del Jubileo de Diamante de Su Majestad.

—Señor, despierte. Ya estamos por aterrizar en la capital —dijo Tony con suavidad.

Henry abrió los ojos y miró su asistente.

—Tengo tanto sueño —dijo en medio de un bostezo—, y olvidé ajustar mi reloj a la hora de este país. ¿Qué hora es?

—Las nueve de la mañana. Vamos que lo esperan.

—Uf, estoy molido, ¿mi traje luce bien?

—Excelente, el color gris le queda pintado. ¡*Oh*, los acordes de “*Dios salve a la reina*”! Debe bajar.

Henry bajó la escalerita del avión mientras se escuchaba el himno. Era un día despejado y ya hacía calor.

Con una sonrisa estrechó la mano del primer ministro, del gobernador y de la representante de la embajada de Belice. Saludó con un movimiento de cabeza a los altos generales que lo homenajearon con un saludo militar. Se situó en un palco preparado especialmente para él y así recibir el homenaje de la milicia por su misión de representar a la reina.

Detrás del alambrado que separaba el aeropuerto privado de la calle, gente del lugar lanzaba ovaciones y agitaba carteles de bienvenida.

Ya en el hotel, mientras desayunaban, Tony tomó su agenda y empezó a leer:

—A las 13.00 tiene un almuerzo en su honor en la embajada inglesa. A las 15.30 reunión con el primer ministro y el gobernador. 18.30: cóctel con la alta sociedad del país, 19.30: desfile homenaje por el Jubileo de Diamante de

Su Majestad. 20.00, cena de gala y baile en el palacio de gobierno. 22.00...

—¿Y se puede saber cuándo dormiré? —preguntó Henry con fastidio.

—¿Es una pregunta o un sarcasmo, mi señor?

—Tengo sueño y necesito un baño, me siento cansado y polvoriento.

¿Puedo llamar a Adrienne y descansar un par de horas?

—Una hora y media, recuerde que si no llegará tarde al almuerzo en su honor.

—¡Ay, eres peor que un sargento! Voy a descansar.

Dieron unos golpecitos en la puerta y Tony fue a atender. En la entrada se encontraba una morena robusta de mediana edad, traje blanco, anteojos con armazón de carey del mismo tono y gesto serio.

—Buenos días, *míster*. Me llamo Caroline Becerra, soy experta en protocolo y relaciones públicas; me asignaron como asistente provisoria de su alteza real, el príncipe Henry.

Sin que la invitaran, se acomodó en un sillón mientras hojeaba una carpeta llena de papeles.

—¡Mucho gusto! Yo soy Tony Pacheco O' Higgins, experto en protocolo y relaciones públicas, mano derecha y asistente privado de su alteza real. ¿Quiere pasar? —ironizó al verla tan cómoda.

Caroline no le hizo caso y siguió hurgando en sus carpetas.

—Aquí tengo los compromisos de mi señor. ¿Dónde se encuentra él?

Antes las palabras de la señorita Becerra, Pacheco por poco no se muere de la impresión.

—¿A qué te refieres con “*mi señor*”? —preguntó con ironía acercándose a ella—. Querida, el puesto está ocupado, su alteza tiene quien lo asesore en temas de protocolo, así que ve a ofrecer tus servicios a otro lado.

—Quiero hablar con su alteza real.

No sin fastidio, Pacheco le informó que el príncipe había ido a descansar.

La señorita Becerra lo miró desafiante mientras se cruzaba de brazos.

—Quiero hablar con él —insistió.

—¡Eres una atrevida! Él no tiene nada que hablar contigo. Ahora si me disculpas, tengo que ir a mi *suite* a elegir mi traje de esta tarde y mi señor se molesta mucho si escucha ruido porque le cuesta conciliar el sueño. Por tu culpa nos reprenderá a los dos.

—Usted hace las cosas difíciles, y no me voy de aquí hasta intercambiar unas palabras con su alteza.

Tony tomó aire para contenerse.

—Linda, tú no me conoces, así que te daré la oportunidad de que desaparezcas tu humanidad vestida de blanco y tus anteojos de carey antes de que me enfurezca de verdad.

Caroline volvió a mantenerse en su postura: no se quería ir. Quería asesorar al príncipe acerca del vestuario y sus compromisos protocolares. Eso fue demasiado para Tony.

—¡Niña, yo ya lo elegí todo! —exclamó el otro con enojo—. Y no necesito que andes por ahí inmiscuyéndote dónde nadie te llama. Mi señor ya tiene elegida la ropa que usará durante todo su *tour*. No metas la nariz en los asuntos de mi jefe; y te informo que cuando tú has ido, yo fui y volví cuarenta veces.

—¡Pero qué es este escándalo! Vayan a gritar a otro lado —dijo Henry apareciendo en la sala de estar de la *suite*.

Se notaba que recién salía de darse una ducha porque aún tenía gotitas de agua en el pelo, iba descalzo y llevaba puesta una bata de algodón.

—Nada, mi señor. Ya me voy. Y dispéñeme por los ruidos. ¡Vámonos ya, querida! —explicó Tony y agarró de la manga a la experta en protocolo.

—¡Déjeme! —protestó ella zafándose de su mano y se dirigió hacia Henry haciendo una reverencia—. Mi señor, soy su asistente personal, me llamo

Caroline Becerra.

—Mucho gusto, pero le informo que ya tengo asistente —dijo Henry y con una sonrisa señaló a Tony—, el señor Pacheco maneja mi agenda desde hace varios años y está al tanto de mis actividades protocolares.

—¿Pero y de las extra protocolares? Mi señor, no todo debe ser trabajo y agenda. Puedo encargarme de mostrarle la riqueza cultural de este país con un paseo por la noche dónde no faltará nada. Habrá ron en cantidad, bailes típicos y chicas.

—Mi señor no tendrá tiempo para eso —interrumpió Tony muy molesto. Sospechaba que la tal Caroline exhibiría a Henry además de mares de alcohol como para emborrachar a todo el Caribe, una colección de fulanas de lo más pintoresca.

—¿Baile típico? —dudó Henry con entusiasmo.

—Sí, y le aseguro que se divertirá de lo lindo. ¡No sabe cuánto esperó la gente de este lugar para recibirlo! Toda niña bonita de este país vendrá a la celebración, las bailarinas estarán locas de alegría por enseñarle unos pasos de nuestras danzas.

—En realidad soy un poco torpe —rio Henry—, mejor dicho, creo que haré el ridículo. Pero si la gente de este país desea homenajearme con semejante festejo, no diré que no.

—Pero, mi señor... —protestó Tony.

—Ni una palabra más, arregla todo con la señorita Becerra para esa celebración. Voy a dormir y haré después un llamado importante— se refería a Adriana.

—Señor, insisto.

—¿En qué idioma hablo que no me entiendes? —dijo Henry con enojo e hizo callar a Tony con un arqueado de cejas, señal de que estaba perdiendo la paciencia—, me voy a dormir. Caroline, agradezco su preocupación. Hasta

luego.

—¿Necesita más almohadas? —insistió ella y Tony volvió a agarrarla de la manga.

—Ya te calé, queridita. ¡Más almohadas, claro! Todo por meterte en su habitación.

—¡Qué irrespetuoso! Quiero que esté cómodo.

—Cómodas son mis medias. ¡Fuera de aquí!

Cuando estaba poniendo la llave en la cerradura para entrar a casa, sonó mi móvil. Sabía quién era sin necesidad de mirar la pantalla.

—¡Mi amor! Qué grata sorpresa —exclamé muy contenta.

—Adrienne, necesitaba escuchar tu voz. Recién despierto de una siesta y ahora me iré a almorzar.

—En Francia son las seis y media de la tarde —dije mientras me sacaba la cartera y el abrigo haciendo retumbar el piso con el taconeo de mis *stiletto*s.

Quería unos mates en ese mismo momento. Puse el agua a calentar y busqué el termo para saborear unos amargos en compañía de la voz de mi novio a la distancia.

—Te extraño, Hen. ¿Cómo va tu visita?

Henry me contó que el día que le esperaba sería interminable por la cantidad de compromisos que debía cumplir. Además por la noche, según lo recomendado por la señorita Becerra, se organizaría un baile típico en su honor.

—Mañana me verás intentando bailar —agregó riéndose.

—¿Asistente provisoria? ¿Y Tony? Debe estar de los pelos.

—Ni que lo digas, intuyo que en los dos días que me encuentre aquí peleará como perro y gato con Caroline.

—¿Caroline? Mmm —dije muy seria—. ¿Y es bonita?

—Es una linda señora.

—Lo de señora no me tranquiliza. Estás intentando decir que es mayor, pero si es atractiva me pondré celosa igual.

—Pronto nos reuniremos, no veo la hora de verte.

—Señor, el almuerzo —anunció un molesto Tony a lo lejos.

—Tengo que irme. Te escribiré luego por *Whats*.

—No quiero que estés tan pendiente de mí si eso hace que descuides tus obligaciones, amor mío.

—Te amo, mi *caríssima*.

Henry ya se había cambiado y se disponía a salir cuando Pacheco entró a su habitación.

—Mi señor, ¿se encuentra en condiciones de salir? Se lo ve exhausto.

—Quiero divertirme un poco.

—Permiso —dijo otra voz.

—*Ah*, tú aquí de nuevo —dijo Tony contemplando la figura de Caroline Becerra, quien estaba engalanada con un traje muy similar al de la mañana, pero esta vez de color rojo y el armazón de los anteojos haciendo juego.

—Vine a buscar a su alteza para la fiesta de esta noche. ¡Mi señor, está todo preparado!

—Gracias, Caroline.

—Soy tan eficiente —dijo la morena con una sonrisa radiante—, espero que me tenga en cuenta para trabajar junto a usted en un futuro, me encantaría conocer Londres. Voy a esperarlo en la sala de estar. Con permiso.

—Propio.

—¡Y esta que me quiere volar de mi puesto! —comentó Tony cuando él y

su señor se quedaron solos.

—No seas molesto, la pobre se muestra muy servicial.

—Menos mal que nos quedaremos aquí nada más que dos días, porque ya no soporto a esa mujer. Es una metiche.

—Voy a llegar tarde al festejo, ¿podrás dejar de parlotear un minuto?

—¿Se puso repelente? Mire que hace mucho calor y no me imagino el tamaño de los mosquitos de este lugar, deben ser gigantes. Traje un poco si quiere —y empezó a rociarle la camisa.

—¡Qué olor tan horrible! Prefiero que me piquen los mosquitos antes de tener este hedor encima —Henry tuvo que ponerse más perfume.

—Piense en el dengue. Usted ignora qué clase de pestes podrían pulular por aquí —y echó más repelente al ambiente.

—Acá no hay dengue y no quiero que al sentir semejante olor, la gente me recuerde con el apodo de “Harry el sucio.”

—A veces se muestra tan egoísta, siempre pienso en usted y sin embargo no pierde la oportunidad de regañarme.

La noche de Belice se presentaba perfecta, el cielo estaba lleno de estrellas, una gran luna reinaba en el cielo, y seguía haciendo calor.

El lugar de festejo estaba lleno de periodistas y curiosos. Las chicas levantaron carteles con palabras de cariño a Henry, sacaban fotos y filmaban con sus móviles.

Caroline fue junto a su jefe, el embajador, y llevaron al príncipe a una gran carpa. La mesa estaba llena de bebidas, algunas típicas.

—Me dará una gran borrachera con todo esto —dijo Henry en secreto a su asistente.

—Yo creo que si no mezcla bebidas, todo irá bien —comentó Tony un poco inseguro.

—En realidad, me haría bien un poco de alcohol. Si tengo que bailar delante de todo el mundo, sobrio no me animaría.

—Beba, usted beba. Salud —dijo el embajador mientras terminaba su bebida de un solo trago.

—De acuerdo —dijo Henry con timidez.

La gente que se encontraba en los alrededores empezó a aplaudir y a decir “¡Beba! ¡Beba!”

—Estamos jodidos —expresó Henry.

—Usted está jodido —manifestó Tony lanzándose aire con el abanico—, y tome un sorbo de ese brebaje antes de que nos linchen.

—Beba usted también —dijo el embajador dirigiéndose a Tony, además de darle una palmada en la espalda para animarlo. Pacheco tragó saliva además de negarse.

—Beba solo un poquito, el ron es excelente —insistió el embajador.

—Tony, no seas aburrido. Es más, hagamos algo: tomemos el trago a la vez.

—¡Qué buena idea! —Tony se dirigió a su señor—. Si me agarro una curda, ¿quién le llevará su bendita agenda?

—De eso se encargará Caroline —contestó el príncipe con una sonrisa.

—¿Quiere decir que si me emborracho me vuelan el trabajo? Pese a sus bromas pesadas, no lo haré quedar mal desairando a esta gente.

La multitud ahora gritaba “¡Beban! ¡Beban!”

—A la una, a las dos...

—Señor, me temo que no es conveniente.

—Vamos, o le diré a la señorita Becerra que se ocupe de todo y viaje con nosotros a Las Bahamas.

—¡Mierda! Qué más da, usted ganó. A la cuenta de tres me la juego y tomaré esto.

—¡A la una, a las dos y a las tres!

Luego de beberse todo el contenido del vaso, Henry emitió un resoplido y pestañeó con rapidez un par de veces mientras que Pacheco se sintió un dragón, incluso abrió bien grande la boca mientras le salían lágrimas de los ojos. Caroline, el embajador y el público presente lo señalaron mientras se reían.

—En breve escupo fuego, ¿quiere sacar un cigarrillo? —dijo Tony con un hilo de voz— Porque se lo prenderé sin necesidad de encendedor, esta porquería es bien fuerte —sacó un pañuelito y se secó las lágrimas.

—A mí me gustó.

—Y claro, le recuerda épocas pasadas, cuando la botella era su amiga inseparable.

—Ahora otro trago típico de mi país —interrumpió el embajador, e hizo señas a una camarera que se acercó con una bandeja con tres vasos.

—¿Cuento de nuevo? —bromeó Henry a punto de reírse.

—Otra vez no, mi señor —suplicó Tony uniendo las manos en actitud de súplica.

—¡Beba! ¡Beba! ¡Beba! —ahora el grito del público era acompañado de aplausos.

—Una, dos... ¡tres!— gritó Henry y junto a Pacheco apuraron el vaso.

La bebida era aún más fuerte que la anterior, Tony sintió que una llamarada lo envolvió por completo.

—¡Uf! Qué trabajo tan duro, ya me vengaré pidiendo un buen aguinaldo y un aumento.

—Al menos no sentirás cuando te piquen los mosquitos.

—La bebida lo volvió muy gracioso.

—Mi señor, vamos a la calle principal. Un conjunto de bailarinas lo espera en la calle para homenajearlo —pidió Caroline.

Tony bufó su enojo y la mujer le dedicó una sonrisa de triunfo.

En la tarima principal, las bailarinas con trajes típicos se movían al son de la música. Una de ellas, que tenía una gran flor blanca en el pelo y un vestido lleno de colores tomó del brazo al príncipe y lo animó a enseñarle unos pasos.

—Soy un poco torpe en realidad —confesó Henry. Pero ante la mirada cálida del público pudo hacer algunos movimientos, haciendo girar a la joven con gracia. Se sintió ridículo pero la estaba pasando muy bien.

Más tragos, más danzas típicas. Un discurso de Henry. Se hicieron las dos de la mañana y junto a Tony volvieron al hotel. Los gigantones desaparecieron a sus habitaciones.

—Mañana tiene que estar levantado a las siete porque le prepararon una excursión. No iré con usted dado mi estado calamitoso. Buenas noches — Tambaleándose, Tony luchó por meter la tarjeta para entrar a su *suite* y no pudo ingresarla.

—Creo que estás borracho.

—Es esta estúpida tarjeta, se atoró.

—A ver, dame eso —y de la mano de Henry, la tarjeta ingresó y la puerta se abrió.

Después de la cena, me puse a chatear con Ximena. Mi amiga siempre fue alegre y me preguntaba mil cosas a la vez, pero ahora me pareció que estaba un poco apagada; me contestaba con monosílabos y se quedaba en silencio durante grandes ratos.

—¿Se puede saber qué te pasa? —tipeé con exasperación.

—Nada, un poco pensativa. Y estoy esperando a que me vengán a buscar.

—¿Quién?

—Un chico.

—¡Ah! —escribí con una sonrisa además de agregar a mi frase un emoticón con una boca llena de dientes—. ¿Y con quién, puede saberse?

—Se llama Charlie.

—Qué interesante, ¿cuántos años tiene?

—Veintinueve.

—¿Y es lindo?

—Lindísimo, y muy simpático.

—No pongas tanto entusiasmo —ironicé con palabras y otro emoticón—, en otras ocasiones me contabas que estabas saliendo con alguien pero llena de felicidad y expectativa. ¿El tipo es casado?

—No, es soltero.

Vi llegar un *mail*. Era de Amy. Me decía que la agregue al *Skype*.

—Xime, bancá un toque porque la mujer de Louis me pidió que la ingresara en mi lista de contactos.

—*OK* —contestó mi amiga. Ximena estaba más que rara y ya estaba empezando a preocuparme.

Amy comenzó a hablarme ni bien la acepté como contacto.

—¡Qué bueno que también podamos hablar por este medio! ¿Cómo estás?

—Muy bien, Adrienne. Gracias por agregarme. ¿Sabes? Quizás haga mal en decirte esto, pero hoy hablé con Edward.

Antes de seguir con una charla tan importante, iba a decirle a Ximena que me esperara pero figuraba como desconectada. La ventana de Amy se encendía constantemente. ¿Estaba relatándome todos los insultos de Edward? Pero me concentré de nuevo en Ximena, ya le preguntaría a Alejandra qué es lo que estaba pasando para mostrarse tan seca conmigo. Aquel Charlie, ¿le haría daño ese tipo y temía que si me contaba la verdad yo le aconsejaría que lo dejara? Dejé archivado ese problema para cuando llamase a Alejandra y seguí chateando con Amy. Leí en un segundo lo que ella anotó. Increíblemente, le

respondí:

—¿El señor Edward podría darme una oportunidad?

—No sé, pero se mostró interesado por mi opinión sobre ti. Lou me matará con esto que te estoy contando, pero a mí me parece un gran avance. Le dije que me pareciste una buena chica y nunca te interesó la plata de Henry.

—¿Y qué dijo?

—Se quedó pensando. Pero vamos por buen camino, Adrienne. Iré viendo la reacción de mi suegro y te informaré cómo van las cosas.

—Gracias, Amy.

—Estoy segura de que todo mejorará, Henry y tú tienen que estar juntos y tranquilos porque se lo merecen.

Cuando me acosté a dormir, no dejé de pensar en todo lo que me dijo la mujer de Louis. ¿De verdad todo empezaría a mejorar? Casi no podía esperar el día en el que Henry y yo compartiéramos una vida en común sin que nadie nos mirase mal o alguien de la familia se opusiera. ¿Faltaría mucho para que eso fuera una realidad?

Tony no pudo levantarse de la cama a causa de la resaca. A las seis de la mañana del día siguiente, Henry lo fue a visitar.

—¿Cómo te sientes?

—Destruído, recuérdeme que no vuelva a probar una sola gota de ron en toda mi vida. Intentaré levantarme por la tarde para ayudarle con sus compromisos, sino Caroline se adueñará de mi puesto.

—No seas idiota, nadie se adueñará de nada, el puesto es tuyo.

—Gracias, mi señor. Qué pena siento mientras converso con usted desde la cama como si fuera un perezoso. Pero no tiene idea lo que me duele la

cabeza —en medio de un suspiro, se plantó un bolsita llena de hielo en la frente—. ¿No será que la Becerra estará preparando un rito vudú para sacarme del medio? —dudó mientras Henry se reía.

Cuando llamé a Alejandra, ella se alegró mucho.

—Adriana, ¡qué linda sorpresa! Me enteré de que tu novio está en Belice. Lástima que no pudiste acompañarlo. ¿Cómo van tus diseños de zapatos?

—Muy bien, Ale.

Con el teléfono inalámbrico pegado entre la oreja y el hombro, me incliné hacia el horno para inspeccionar la carne con papas que se estaba cocinando. Si Henry se burlaba tratándome de pésima cocinera, ya vería la sorpresa que le esperaba cuando saboreara uno de mis platos. Había invitado a Xavier a cenar.

—Me alegro, en unos meses me caso con Patricio. Espero verte en la boda, en unas semanas te hago llegar la invitación.

—Voy a ir aunque sea sola. Si las cosas mejoran, me presentaré con Henry, pero ya comprenderás que para que eso pase tengo que estar comprometida con él. Ojalá que Edward ceda.

—Ahora que no tenés que lidiar con esa Chelsy haciéndote la vida difícil pensamos que por fin estarías tranquila, sin embargo ese señor te lo complica todo poniéndose en contra de tu noviazgo con su hijo.

Le conté mi charla con Amy.

—Calma, Adri. Las cosas se van a arreglar —dijo mi amiga dándose aliento.

Abrí la puerta del horno y sentí el aroma de la carne sazonada con especias y contemplé que las papas tenían un aspecto dorado. Apagué todo para que la cena estuviera a punto para cuando mi amigo llegara con el vino.

—¿Y qué me decís de Ximena? La otra vez cuando le avisé que estaba conectada al *Skype*, me pareció que se conectó por compromiso. Ale, ¿qué es lo que le pasa? ¿Sabés algo del tipo con el que sale?

Se hizo un silencio en la línea y miré el reloj. Ya eran las ocho de la noche, Xavi no tardaría en llegar. Haciendo lo posible para provocarme una tortícolis por mi incómoda postura, llevé los platos y los cubiertos a la mesa sin soltar el teléfono del hombro.

—¡Hola, Alejandra! Aquí Adriana llamando desde el planeta Tierra. ¿Tu cabeza sigue en Júpiter?

—Perdón me distraje, tengo que colgar. Terminó mi hora de almuerzo y debo seguir con el trabajo.

—No me contaste nada de Ximena. ¿Qué me ocultan ustedes dos?

—Sabés que no me gustan las mentiras, siempre te lo dije cuando ocultabas tus viajes en el trabajo para reunirte con Henry.

—No entiendo por qué te hacés la pelotuda cuando te pregunto algo importante. Ya hablaremos vos y yo de ese tema —escuché sonar el timbre—, te salvó la campana, pero no creas que la próxima vez vas a zafar.

—No me metas en este asunto, yo no voy a decir ni una sola palabra, es a Ximena a quien tenés que pedirle explicaciones. Y no quiero culparte, pero creo que siguió tu ejemplo.

Xavier se cansó de tocar el timbre y abrió con su propia llave.

—¿Qué quisiste decir? Te tengo que dejar porque ya llegó mi amigo.

—Lo que escuchaste, Ximena está cometiendo los mismos errores que vos. No te digo más nada. Un beso. Chau.

Lancé una carcajada.

—¿Me vas a decir que está saliendo con otro príncipe? No estoy para bromas. ¿Hola? ¡Hola! —se oyó el ruido del tono. Me había cortado.

—¿Por qué no abriste la puerta? —preguntó mi amigo con enojo.

—Estaba hablando con Alejandra, y me dijo algo raro.

—¿Qué cosa? —preguntó Xavier colgando su abrigo y su boina en el perchero del *living*.

—Nada, no importa. ¿Preparado para probar una exquisitez?

Xavier maniobró con la botella de vino que había traído y le sacó el corcho. Sirvió el contenido en dos copas y me tendió una. Las chocamos y nos tomamos un trago.

—Estoy preparado. ¿No es una tortilla de hongos, no? Espero que no hayas optado por hongos alucinógenos como los que compraste en Holanda.

—¡Siempre con eso! —dije simulando enojo—. Tony y Henry me tienen harta con ese asunto. ¡Ya vas a ver cuando pruebes la carne con papas que está en el horno! Te vas a chupar los dedos. Voy por la comida.

—Excelente, ya te puedes casar, mi querida —dijo muy satisfecho luego de probar el plato que hice—. Aunque en tu caso no hace falta que aprendas a cocinar. Está muy rico.

—¿En serio?

Me preguntó si quería más vino.

—Por supuesto, y tengo un *champagne* enfriándose en la heladera.

Mi amigo me miró con sorpresa.

—¿Qué celebramos?

Que me siento feliz, que tengo muy buenos amigos y que pronto me reencontraré con mi novio.

—Mi querida, me encanta verte con esa sonrisa, te hace aún más bonita. Todo va a salir bien, ya vas a ver.

—Gracias, amigo. ¿Qué tenés para contarme? ¿Algún chismerío nuevo?

Xavier tomó una actitud reflexiva y de pronto abrió bien grandes los ojos.

—¡Sí que tengo un chisme bien fuerte! Desde lo de Chelsy no surgía nada más escandaloso en Londres.

Chelsy no solo había dejado plantada a su familia, sino que se dio el lujo de brindar una conferencia de prensa en el aeropuerto antes de huir con Byron, su antiguo chofer, devenido en novio y futuro marido. El joven la llevaría a vivir a Puerto Rico, y para sorpresa de todos, era hijo de un poderoso hombre de negocios de su país de origen. Aburrido de los lujos de su tierra natal, había ido a trabajar a Inglaterra sin privilegios y justo había conseguido trabajo como chofer en la mansión Owen-Keller. Todo esto lo contó a la prensa en el aeropuerto, mientras una entusiasmada y feliz Chelsy, lo miraba embelesada. Miramos eso en un noticiero francés, tanto Xavier como yo no pudimos creerlo. Hablamos del tema por semanas enteras.

—¡Contá, contá! —pedí aplaudiendo con entusiasmo.

—Se trata del primo de tu novio, el duque de Worcester.

—¿A ese que le gusta la fiesta y el...? —hice un gesto de darle duro a la botella.

—Sí, ese. Resulta que hace meses que no pinta por Europa. Su padre habla de cortarle los víveres, porque llama muy pocas veces y anda tonteando por América.

—*Mmm*, no me cae bien. A ver si en una de esas se encuentra con Henry y se lo lleva en busca de fulanas.

—No está en el Caribe, las malas lenguas hablan de que anda rondando por los Estados Unidos o incluso Sudamérica.

—Xavi, entre ambos lugares hay un par de kilómetros de diferencia, me parece que tus informantes de chismes no son una fuente confiable —dije a los gritos desde la cocina. Estaba sacando el flan que había preparado. Sin postre no había chismes que valieran la pena.

—¡Mi fuente es muy confiable! Pero lo que pasa es que Charlie se volvió tan escurridizo que ni los *paparazzi* pudieron echarle el guante. Pero seguro que anda rompiendo corazones por ahí. Se habla incluso de una mujer que le

voló la cabeza.

—¡Guau! ¿A ese? No creo, Henry habló una vez de presentárselo a Ximena pero no quiero a ese tipo viéndole la cara a ninguna de mis amigas.

—Escuché decir que ya es un caso perdido, que pronto aparecerá en Londres con su supuesta novia. Ya veo que se presenta con una bailarina de *Pole Dance* y a su viejo le dará un infarto.

Escondí mi enojo en la difícil tarea de servir el flan sin hacerlo papilla. Pese a mi reciente triunfo culinario seguía mostrándome torpe.

—¿Por qué esa cara? ¿Dije algo malo?

—No deberían reírse de aquella chica.

—¡Ay, Adriana! Ni siquiera sabemos si esos rumores son ciertos.

—Tal vez sea una chica humilde, sin sangre noble como yo, trabajadora.

—¿Charles con una mujer que trabaje y sea una buena persona? Evidentemente no lo conoces, queridita. A él solo les fascinan esas que les gusta la noche y andan medio desnudas en las discos y los lugares de moda.

—No juzguen si no saben, a ver si todos se sorprenden.

—Me sorprenderé mucho si lo que dices puede llegar a cumplirse. ¿No hay un poco de crema para acompañar este flan?

—Hay dulce de leche.

—*Agg*, demasiado empalagoso. Primero hagamos un brindis. Por tu futuro compromiso y nuestra amistad.

—Chin chin —dije chocando mi copa con la de Xavier.

Capítulo 16

Durante el segundo día Henry recorrió las *Ruinas de Xunantunich*, un yacimiento arqueológico de la cultura maya que lo dejó asombrado, situado cerca de la ciudad de Benque Viejo del Carmen. También admiró otra construcción emblemática denominada *El Castillo*. Caroline Becerra le informó que se la consideraba la segunda edificación precolombina más alta de Belice, tras El templo del Caracol.

—¿Vio qué fascinante es este lugar, mi señor? —dijo ella con una sonrisa de orgullo. Era una mañana calurosa, pero había valido la pena llegar a semejante altura.

—Es un lugar increíble, las vistas desde aquí arriba son impresionantes.

—Espere a ver la fiesta que preparé esta noche en su honor. El lugar estará repleto de chicas lindas —y le dedicó un guiño de complicidad.

—Caroline, aunque la casa real no haya dicho nada oficial, quiero aclararte que soy un hombre comprometido.

La cara de la señorita Becerra se desinfló como un globo pinchado.

—De todas maneras puede divertirse un rato y bailar con las niñas que estarán invitadas. No veo por qué su novia se molestaría.

—Confía en mí pero es muy celosa. Además mi asistente echará humo por la boca si me ve haciéndome el soltero fatal mientras ella no está a mi lado.

—*Su* asistente —agregó la experta en protocolo poniendo énfasis en la primera palabra—, me parece que no le da demasiada libertad de movimientos. Usted se sentiría más cómodo si yo manejase su agenda.

—Agradezco tu preocupación, pero Tony es mi fiel servidor desde hace varios años y no pienso tomar otra persona en su lugar. ¿Terminamos con el paseo? Quiero ver cómo se encuentra. Cuando lo dejé estaba muy enfermo.

—Eh, claro. Ya nos vamos —e hizo una seña a la bandada de gente que los seguía.

El día estuvo cargado de compromisos: otro desfile en honor a Henry, un nuevo discurso, otro cóctel en compañía del gobernador y del primer ministro y la inauguración de la calle que llevaba el nombre de la reina.

—Su majestad me ha pedido que les mande mis mejores deseos. Recuerda con mucho cariño sus visitas a este hermoso reino y habla de la calidez de la bienvenida que recibió en su último viaje. Solo lamento que ella no pueda estar aquí y deban conformarse conmigo —bromeó Henry y todos sonrieron. Prosiguió—: Aunque soy su nieto, sé que hablo por todos cuando digo que la reina es una inspiración para nosotros —los aplausos no cesaron y saludó con una sonrisa.

Estaba encantado por la manera en que la gente lo trataba pero a la vez deseaba desaparecerse al hotel para llamar a Adrienne y sacarse la camisa que se le pegaba a la espalda por el calor. Y los malditos mosquitos eran un tema aparte: Tony tenía razón.

Llegaron a Las Bahamas y les ofrecieron otro cálido recibimiento.

La Mancomunidad de Las Bahamas es un estado independiente que pertenece a la *Commonwealth* británica de las Naciones, ubicado en el océano atlántico, al norte de Cuba, al noroeste de las islas Turcas y al este de la península de Florida.

Henry estaba muy contento con el *tour* pero no fue así en el caso de Tony. Había consumido una comida muy pesada y tuvo fiebre, dolor de estómago y un malestar general.

—Ay, mi señor. Cuánto lo siento —dijo mientras lo contemplaba desde su cama cuando Henry fue a visitarlo por la noche luego de un largo día de compromisos protocolares.

—No es nada, le puede pasar a cualquiera.

—Tenga cuidado con esos platos, no vaya a ser que termine como yo — advirtió el asistente cuando vio que el príncipe consumía unos cangrejos de tierra cocinados al vapor. Había ordenado llevar la cena a la *suite* de Tony para hacerle un poco de compañía mientras este revolvía con expresión triste su taza de té.

—No me hará nada —contestó Henry—, y me temo que tus problemas de estómago son un pretexto para chismorrear con Adrianne y hablar por teléfono con Hascott durante horas.

—¿No se cansa de burlarse de mí? Tanta ropa fina que he elegido para este viaje y aquí me tiene, verde como un prado irlandés.

—El verde de tu cara te sienta muy bien, habría que combinarlo con un pijama del mismo color.

—Voy a decirle algo y espero que no se ofenda.

—Si quiero me ofendo. ¿Qué pasa? —dijo Henry en broma.

—Necesito que se retire, quiero descansar.

—Entiendo, esa cara de culo no dice otra cosa que “Lárgate de una vez, no me fastidies más”.

—Jamás diría eso y le imploro que no se burle más de mí. Cumpla con su agenda o me sentiré peor —y después de decir esto, se tapó con la sábana hasta la cabeza.

Al día siguiente Henry tuvo un pequeño contratiempo: la embarcación de las Reales Fuerzas de las Bahamas tuvo un desperfecto mientras daba un paseo junto al gobernador y varios diplomáticos. No hubo manera de repararlo y tuvieron que cambiarse de transporte. Henry agradeció que Tony no estuviera presente en ese momento, porque no le hubiera hecho ninguna

gracia quedarse varado en medio del océano y mucho menos pegar un salto para llegar al otro barco. El asistente no se destacaba por ser atlético ni gustar de los paseos en alta mar.

Apenas me enteré de lo que pasó con la embarcación dónde mi novio se encontraba, lo llamé muy preocupada. La prensa había inflado la noticia llegando a decir que se encontraba herido, cuando en realidad no había sufrido ni un rasguño. Luego me aseguró que contaba los días para volver a verme.

—Con tantas chicas lindas a tu alrededor, lo dudo —dije con tristeza.

—No seas boba, sabes que no existe ninguna mujer en mi mente más que tú. Mañana llegaré a Jamaica, y luego viajaré a Brasil. Falta menos para vernos, Adrienne.

—Sí, me muero por verte. Además esta noche es el desfile de Xavier y mostrará algunos de los diseños de zapatos que hice. No te preocupes, mi amor. Nadie sabe que son míos, Xavier dirá que los hizo él.

Henry dijo que le parecía injusto que Xavier se luciera con mis creaciones. En verdad yo no lo lamentaba. Agregué que seguiría diseñando porque había encontrado una tarea creativa que me fascinaba.

—Cuando seas mi mujer patentarás tu marca y la prensa y el mundo entero se enterará de que los zapatos son el fruto de tu trabajo —agregó mi novio.

—¿Y Tony? —pregunté para cambiar de tema.

—Enfermo. Me hace acordar a un compañero de campamento que conocí cuando era niño; se agarraba todas las pestes, era al único al que picaban los mosquitos y siempre pisaba hiedra venenosa. No la está pasando muy bien pero ya sabes cómo es, seguro que mañana estará de nuevo de pie.

—Dile que lo extraño.

—¿Y a mí no? —preguntó en broma.

—No seas infantil y celoso, claro que te extraño. Y siempre te lo digo. Te amo.

Daban un paseo por el jardín del castillo dónde vivían. Era una mañana fría aunque había salido el sol. Louis admiró la belleza de su mujer a la luz del sol de vísperas de primavera. Amy tenía la nariz roja por el frío pero sus ojos azules brillaban, su boca era como una fruta madura que merecía ser besada y la besó con pasión. La duquesa se entregó a ese beso, el viento le movía el cabello largo y castaño.

—Ay, Lou. Te amo tanto... —dijo al oído de su marido.

—Yo también, hermosa. Vámonos al cuarto así estamos a solas.

Ella, siempre en sus brazos, le sonrió con ternura. Acarició el cabello rubio oscuro de su marido y asintió, movilizada por el deseo que él siempre le demostraba.

Luego de pasar unos buenos ratos juntos, retomaron la conversación sobre Adriana y Henry.

—Seguro que es a Adrienne a quién investiga, mi amor.

—Sería bastante estúpido de su parte cuando puede preguntarle a Henry o hasta Tony que opinan de ella.

—Amor, hablás como si no conocieras a tu padre. Quizás haciendo las cosas a su manera se dé cuenta de que Henry está enamorado de una buena mujer. La cuestión es si aun así no se convence de ello. ¿Qué pasará si no aprueban su matrimonio con Adrienne?

—Lo conozco demasiado para asegurarte que dejará de lado su título y se irá a vivir con ella fuera de Inglaterra. Perderé a mi hermano.

Amy se sintió indignada.

—¡Es tan injusto! Debemos hacer algo para que eso no ocurra. Nunca me

perdonaré no poder hacer nada de nuevo por Adrienne y tu hermano.

Louis la abrazó y ella se refugió en su pecho.

—Amy, eso no sucederá. Llegado el momento, te prometo que algo se me ocurrirá para impedir que eso suceda.

—¡Va a empezar el desfile y todavía no te vestiste!

—Ya voy —dije a Xavier.

Estaba dándole un último vistazo a los zapatos que se usarían para el desfile. Hice un gesto a una modelo para darle a entender que podía salir al escenario.

—¿No te das cuenta de que algún *paparazzi* puede estar en este evento? Si te ven mal vestida será un escándalo, y cuando Tony se entere nos matará a los dos.

—Ya voy, ya voy. Qué denso que sos —respondí al mismo tiempo que corría a cambiarme de ropa.

Para la ocasión elegí un vestido celeste y zapatos a juego. Me planché el rebelde pelo (había crecido bastante porque le prometí a mi Principito dejármelo largo de nuevo) y me maquillé con sencillez. Cuando estaba rociándome con un poco de perfume escuché los gritos de Xavier acompañado con golpes en la puerta.

—Adriana, date prisa. ¡Empieza el desfile y te quiero sentada en la butaca de la primera fila!

—¡Ya voy!

El espectáculo transcurrió sin contratiempos. Los asesores de Xavier habían alquilado el salón principal de un hotel cinco estrellas para hacer la presentación de la nueva temporada de peinados. Ante tamaño evento, toda la alta sociedad francesa se hizo presente en el lugar.

Observé con curiosidad que quienes antes no me dirigían siquiera una mirada considerándome solo una empleada, ahora se deshacían en elogios por mi vestimenta y mi peinado. Claro, a sus ojos ya no era la encargada administrativa de las peluquerías de Xavier, sino la novia del príncipe de Gales, y se notaba en la sonrisa de quienes me sacaban charla.

La colección de peinados fue aplaudida a rabiar y no pude evitar ponerme roja cuando mi amigo se presentó en el escenario para hablar:

—Señoras y señoras, ahora tengo el agrado de presentarles una novedad: mi línea exclusiva de zapatos, a la que llamaré “*TOP Secret*” ¡Fuertes los aplausos para la primera modelo!

Haciéndose a un lado señaló a una hermosa chica que lucía uno de mis diseños. Los aplausos no se hicieron esperar. Satisfecha, me acomodé en mi asiento a contemplar el paso de las esculturales chicas que transitaban por la pasarela.

—Las modelos son divinas, pero los zapatos no están mal —dijo una voz a mi lado.

Al mirar en esa dirección me encontré con un hombre de mediana edad vestido con elegancia. Parecía un actor de cine.

—Sí, es verdad.

—¿Los hizo usted?

—¡No, cómo cree! Son de una diseñadora por ahora desconocida, pero los diseños son buenos.

—Estoy convencido de que fue usted quien los diseñó —dijo con ganas de reírse.

—Puede creer lo que quiera, señor, y me halaga con su idea.

—Disculpe la impertinencia, no me presenté: me llamo Jordan Olivier. Y todo el mundo la conoce, usted es Adriana Mora —me ofreció la mano y se la estreché.

—Sí, encantada.

—Lo mismo digo. Es más bonita que en las fotos de las revistas.

—Gracias por ser tan amable.

Decidí concentrarme en el desfile pero al parecer Jordan quería retomar la conversación.

—¿No extraña a su novio? Escuché por ahí que se encuentra haciendo una gira en el caribe por motivo del Jubileo de Diamante de la reina de Inglaterra.

Sonreí de manera enigmática y opté por tomar la misma actitud que con los invitados ilustres del desfile cuando me preguntaron por mi noviazgo con Henry.

—No voy a hablar de ese tema, señor Olivier. Sepa disculparme.

—Entiendo, los ingleses son tan contenidos. Espero que usted, siendo latina, no pierda su frescura; sería una lástima.

—¿Es usted francés? Su inglés es impecable, casi no tiene acento.

—El suyo tampoco. ¿Y no se siente mal por el desprecio del príncipe Edward?

Ese hombre ya me estaba importunando, pero no quería volver a actuar de manera inapropiada como lo hice con Chelsy la vez que la tomé de los pelos en la fiesta de fin de año de Robbie Shott.

—Señor Olivier, no responderé a ninguna pregunta que se refiera a la casa real británica o a sus altezas reales el príncipe Edward o el príncipe Henry. No lo tome como un desaire de mi parte, pero considero que puedo elegir de lo que deseo hablar. Gracias.

Pensé que Jordan Olivier se ofendería por mis palabras, pero en lugar de eso me sonrió.

—La comprendo. Y me disculpo por ser tan impertinente, solo lamento que la familia real británica la trate de tan mala manera y quise darle mi opinión. Los franceses somos mucho más hospitalarios, jamás hubiéramos

tomado una actitud tan mezquina y cerrada. Ahora me voy, y agradezco esta charla tan agradable y le deseo una vida feliz al lado de su príncipe.

—Pero...

—No diga nada más —tomó mi mano para darle un beso—. Adiós, señorita Mora.

Cuando se fue, me di cuenta de que el desfile había terminado y todas las modelos se reunieron en la pasarela para rodear a Xavier y saludar a los presentes. Los *flashes* de las fotos empezaron a brillar y varios fotógrafos apuntaron sus cámaras hacia mi lado. Era evidente que estaban enterados de mi presencia en ese lugar así que me refugié en una de las *suites* reservadas para el cambio de ropa y peinados de las modelos.

Me serví una copa de vino y mandé un *WhatsApp* a Xavier. Cuando guardé el celular sentí unos golpes en la puerta. ¿Mi amigo ya estaba en camino?

—¡Adrienne! —dijeron dos voces a dúo. Eran las mellizas Sfakianakis y se me tiraron encima para darme un abrazo como si fuéramos amigas de hace años.

—¡Qué linda sorpresa! Pasen.

—No estamos solas —dijo Alysa.

—¿Trajeron a sus novios? No hay problema, esperamos a Xavier y vamos a brindar a casa —las conduje a la sala de estar.

—No, no. Trajimos a unas amigas —afirmó Alysa con una sonrisa.

—¿Quiénes son? —las amigas de Henry eran buenas pero un poco alocadas. Empecé a preocuparme.

—Pasen —dijo una de ellas y entraron dos chicas. Estaban elegantemente vestidas y llevaban sombreros. Una de ellas era pelirroja como mi novio y tenía una sonrisa muy parecida a la de él. La otra, más alta y delgada me pareció hermosa.

—Son las primas de Henry, las princesas de York, Emily y Grace —informó Alysa.

—¡Pasen! Y tomen asiento.

Emily y su hermana ingresaron a la *suite* y como no supe qué hacer ensayé una reverencia para homenajearlas.

—¿Te das cuenta? Ella nos reverencia —dijo Grace a la hermana.

—Yo no soy nada.

—¡Claro que sí! Eres la novia de nuestro primo.

—La futura duquesa de Sussex. Y también nuestra prima.

—¿Ustedes... me aceptan?

—¡Claro! ¿Por qué no? Además papá no está de acuerdo con la conducta de nuestro tío —respondió Grace, la pelirroja—. Vinimos al desfile porque las mellizas griegas son nuestras amigas y aseguraron que trabajabas para Xavier, que a su vez es nuestro amigo.

—Los zapatos son divinos, ¿los has hecho tú? —preguntó la guapa Emily.

Iba a negarme pero pensé que era absurdo mentirles a las primas de Henry. Aún sin conocerlas me di cuenta de que ellas me guardarían el secreto.

—Sí, son míos.

—Lo sospechamos, y además nos dimos cuenta de que no dirías nada por perjudicar a Hen ni darle lugar a que tío Edward tome mal tu actitud de querer sobresalir delante de la prensa y la opinión pública.

—¡Nada más lejos que perjudicar a Hen y darle motivos a su papá para que piense mal de mí! Por eso Xavier decidió ayudarme presentando los zapatos como si fueran su creación.

Grace dijo que encargaría algunos pares y que no veía la hora de lucirlos en el próximo evento protocolar. Su hermana estuvo de acuerdo. Le agradecí a las dos y también a las mellizas griegas por haberlas acercado a mí.

—¿Pero qué hacen dejando la puerta abierta? Los *paparazzi* se matarían

entre ellos por conseguir una foto exclusiva de esta escena —dijo una voz.

—¡Xavier! —exclamamos todas.

Él cerró la puerta y luego de saludarnos se situó al lado de las Sfakianakis, quienes empezaron a abrazarlo mientras lo llenaban de besitos.

El peluquero nos reprendió por haber sido tan descuidadas. Acto seguido, pidió una copa de vino.

—¡Lo logramos, amigo! —dije muy contenta—. Tengo todo preparado en casa para festejar. Están todas invitadas.

Jamaica es una isla perteneciente a las grandes Antillas y está situada en el mar Caribe. Está a seiscientos treinta kilómetros del subcontinente centroamericano, a ciento cincuenta kilómetros al sur de Cuba y a ciento ochenta kilómetros al oeste de la isla de la española, en la cual se encuentran Haití y República Dominicana. Forma parte de la mancomunidad de naciones "*Commonwealth*"; en concordancia con el sistema de monarquía constitucional.

Cuando llegaron a Jamaica, Henry y Tony ya mostraban signos de agotamiento.

—¿Puedes dejar de quejarte un minuto? —pidió Henry a su asistente. Se le notaba en la cara lo molesto que estaba.

—Hace calor y aún me siento un poco débil, mi señor. Ahora que arribamos a Jamaica aún nos queda Brasil. Siento que con este *tour* envejecí veinte años y para serle sincero, no veo la hora de que termine de una buena vez.

—Ya que insististe tanto en acompañarme, ahora te aguantas y basta.

—Claro, como usted no se descompuso por la comida...

—Alteza, el conductor me avisó recién que ya llegamos al orfanato —

interrumpió Warren señalando un edificio alto en donde fotógrafos, medios televisivos y decenas de niños estaban esperando en la puerta.

La camioneta se detuvo y bajó de ella un apresurado Tony para hablar unas palabras con el secretario de prensa de la embajada. Henry bajó detrás de él y una bandada de chicos, entusiasmados al ver por primera vez a un príncipe de verdad, chocó con el asistente y por poco lo tiraron al suelo.

—¡Auxilio, vienen los hunos! —dijo Pacheco tapándose con el sombrero y escudándose detrás de su abanico, estaba muerto de miedo. Al mirarlo, Henry estalló a carcajadas y después se concentró en los chicos, flexionando las rodillas para hablarles de cerca, escuchar sus opiniones y recibir todo su cariño.

—Gracias por los besos y abrazos —dijo al grupito infantil que no dejaban de hacerle preguntas.

—¿Es un príncipe de verdad? —Henry asintió con una sonrisa. Sus ojos azules recorrieron las caritas del pequeño grupo que se había arremolinado a su alrededor. El cabello rojo centelleaba con la luz del sol. Tenía la nariz respingada y las mejillas bronceadas. Si Adriana lo veía en ese momento hubiera suspirado de amor, estaba más apuesto que nunca.

—¿Un príncipe valiente igual que el de los cuentos? —dudó otro nene de unos seis o siete años.

—¡Le falta una capa y una espada! —dijo una niña mostrando varios espacios negros en la boca, donde se le habían caído los dientes de leche.

—Y con el salvajismo que demostraron al recibirlo, para protegerse de ustedes no le vendría mal un escudo medieval —susurró Pacheco—. Niñito, no toques mi abanico. ¡Es muy fino y puede que lo rompas! —el culpable de su reto, tiraba de la base del abanico, riéndose. Varios chicos lo secundaron en la risa, pero Tony ya estaba histérico—. No, con esto no se juega. ¡Señor, este chiquillo me está molestando! —aulló de mal humor.

—¡Shhh! —lo amonestó el príncipe—. Ve con los organizadores. Yo me iré con los niños para que me muestren sus dibujos —de todos los que estaban a su alrededor se fijó en el más chiquito y tímido—: ¿Te gustaría que te lleve? —preguntó con suavidad, y el nene, de tez oscura, dientes muy blancos y pelo crespo, asintió con el pulgar metido en la boca.

Henry lo alzó en brazos y seguido por los otros nenes, entraron a la sala de juegos.

—¿Se encuentra bien, señor Pacheco? —le preguntó una de las organizadoras de la visita a la escuela—. Disculpe a los chicos, hacía semanas que esperaban al príncipe y cuando lo vieron llegar se pusieron locos de alegría y noté que casi lo derriban. Sepa disculparlos.

—Digamos que sí —contestó el asistente de manera áspera. Al contemplar su abanico notó una grieta en la base y lo revoleó al tacho de basura.

Grace y su hermana me sugirieron que hable con su padre.

—Me gustaría, pero quizás no sea el momento —deslicé un poco insegura.

—Está buena la idea de mi querida Grace. Adriana, ¿traigo un poco más de vino de la cocina?

—Sí, Xavi. Pero yo no tomo más. Me duele la cabeza.

—¡Tenemos que festejar! —exclamó Alysia con entusiasmo. Iba por la cuarta copa de vino pero no le vi un atisbo de embriaguez. Se la notaba muy fresca y su alegría era genuina.

—No tengas miedo de nuestro padre, es muy distinto a tío Edward —comentó Emily con su copa de vino en la mano y mirando mi departamento con atención, expresó—: tu casa es muy bonita.

—¿De verdad? Vivo con sencillez, no soy como Chelsy.

—Era tan mala que nadie la aguantaba, las cosas por su nombre —dijo

Xavier dejando la botella arriba de la mesa y empezó a aplaudir—. ¡Vamos a hacer otro brindis! Por Adriana la diseñadora y futura duquesa de Sussex!

Llenamos nuestras copas y brindamos. Grace empezó a reírse. Todos la miramos con curiosidad.

—¿Qué te pasa? —preguntó su hermana—, pareciera que estás borracha.

—No, no lo estoy. Me río porque parece mentira que nuestro primo se comprometa. Emily y yo siempre le hacíamos bromas diciéndole que solo una débil mental como Chelsy querría casarse con él.

—Parezco inteligente, pero al final parece que todos descubren la verdad —dije y todos se rieron a coro.

Grace se disculpó aduciendo que no pretendió ofenderme, además de explicar que siempre habían pensado que mi novio jamás se casaría, que solo una estúpida uniría su vida a la de él. Aunque tanto ella como su hermana veían a Henry tan cambiado que se notaba que le ponía límites.

—Tampoco ando con un látigo de acá para allá, no sé qué les habrá dicho Henry, pero no soy tan mala —aclaré por las dudas—. Lo que sí, no tengo demasiada paciencia.

—¡Ni que lo digas! —manifestó Xavier y volvimos a reírnos. Después me señaló—: “Esta” maneja todo con puño de hierro, chicas. No crean en su carita de buena. Es todo un montaje, créanle al tío Xav que siempre dice la verdad.

—A mí me parece bien, mi primo antes se mostraba como un caprichoso y egocéntrico que nadie soportaba. ¿Te acuerdas, Emi?

—Sí, además con esas ojeras que mostraba en los desfiles o eventos dónde teníamos que asistir todos. ¡Se la pasaba trasnochando!

—Eso ahora pertenece al pasado. ¡Otro brindis!

—Xavi, basta de descorchar botellas porque mañana me voy a levantar con un dolor de cabeza espantoso —pedí mirando con pesar cómo mi amigo

me llenaba la copa de vino.

—¿Y? mañana es sábado. Podrás dormir a tu antojo.

—Mejor no tomes tanto, Adrienne. Mañana quiero que nos visites al hotel donde estamos alojadas. Tenés que conocer a una persona —dijo Emily.

—¿A quién?

—A nuestro padre —dijeron las dos y por encima de ellas, mi mirada se encontró en la de Xavier. ¿Cómo se comportaría el tío de Henry al conocerme?

Ni bien mis invitados se fueron (ya hablaría al día siguiente con Xavier), llamé a Tony.

Apenas atendió sentí un barullo que por poco me dejó sorda.

—Soy Adriana, ¿me oís? —pregunté a los gritos.

—Apenas, acá hay mucho ruido.

—¿Dónde estás?

Tony explicó que se encontraban en el estadio Indias Occidentales, ubicado en Kington. Henry correría una maratón con el campeón olímpico, héroe nacional del país. Imaginando la escena lancé una carcajada.

—¿Competiendo con un campeón olímpico? Decile de mi parte que es un caradura.

—Estoy un poco lejos, pero ahora se lo diré. ¡Qué calor que hace! Me estoy cocinando con este bendito traje y no dejan de empujarme. Porque tu futuro marido es un inconsciente; saluda y da besos a todo el mundo, ¿y a quién pisan y empujan para acercársele? A mí, por supuesto.

—Te quejas de lleno, yo daría todo por estar en tu lugar.

—¿Con cuarenta grados y cocinándote al sol? No lo creo, y cuando lo acompañes a todos lados, me vas a dar la razón. ¿Qué pasa que me llamas? Aunque te hagas la misteriosa intuyo que algo te preocupa, ¿o me equivoco?

Mientras apagaba las luces del *living* y me dirigía al dormitorio con el

teléfono inalámbrico pegado a la oreja, le conté todo.

—¿Es muy antipático? —pregunté después con ansiedad refiriéndome a Bernard.

—Diría que es fríamente cordial. No fue muchas veces a ver a mi señor, así que no puedo decirte gran cosa de él; nada más que está casi siempre de acuerdo con Edward.

—¿Le caeré bien? —pregunté con el alma en vilo.

Me acomodé en la cama, pero me di cuenta de que con los nervios que sentía difícilmente conciliaría el sueño. Así que fui a la cocina para prepararme un té de tilo.

—La verdad no lo sé, pero por supuesto que tienes muchos puntos a tu favor si le caíste bien a las hijas. Ellas me agradan mucho, cada vez que venían a casa, nos poníamos los tres a sacarle el cuero a Chelsy. ¡Nos reíamos tanto!

—Tony, tengo tanto miedo.

—Te entiendo, mi reina. Pero por algo las cosas se están dando de esta manera, mañana acepta la invitación, no lo dudes.

—Por supuesto, ahora me voy a tomar un tecito de tilo para calmar la ansiedad y a dormir. ¿En qué anda Henry?

—Haciéndose el gracioso y nadie puede parar de reír, la gente lo adora. ¡Y la broma que le hizo al atleta diciendo que mire para otro lado para salir corriendo primero! Uf, por suerte ya termina la exhibición. Quiero irme ya a mi *suite* para darme un baño y disfrutar del aire acondicionado. Te tengo envidia por estar allí tranquila y con un clima como la gente.

—¿Me estás jodiendo? Hace un frío tremendo, y extraño a horrores a mi novio. Vos debés extrañar al tuyo —dije con malicia a ver si Tony deslizaba algo acerca de Ben Hascott.

—No me vas a hacer pisar el palito, tramposa. Y se te enfría el té, así que

duerme un ratito que en cuanto se desocupe mi señor seguro que te llamará.

Le hice caso y al despedirme de él tomé el té que ya estaba tibio. Después me tapé hasta la nariz y puse el inalámbrico en la almohada de al lado. Henry no tardaría en llamar.

Louis decidió no esperar a que su mujer se despertara y fue a la residencia de su padre, que quedaba a unos metros de distancia de dónde vivía. Lo encontró en el comedor leyendo uno de los cuatro diarios que hojeaba antes de empezar con sus compromisos del día. Su mayordomo principal le estaba sirviendo una taza de café.

—Papá.

La hoja del diario crujió al bajar y la mirada azul de Edward observó a su hijo con curiosidad. El mayordomo hizo una reverencia a ambos y se retiró.

—Qué grata sorpresa, ¿me acompañas a desayunar? —preguntó con su frialdad de siempre.

—Sí, y también quiero hablar.

—De acuerdo. ¡Simón!

—Mande, alteza —el mayordomo se presentó al instante. Conocía de sobra la poca paciencia de su señor.

—Una taza de café para mi hijo y...

—Nada más. No tengo apetito —agregó Louis.

Cuando quedaron a solas de nuevo, Edward estudió la expresión de su hijo pero decidió dejar que él empezara con la charla. Louis preguntó:

—Papá, ¿qué es lo que estás haciendo?

Edward dejó el diario al costado de la mesa y observó cómo el sirviente volvía a aparecer en el comedor, llenó su taza y la de su hijo. Los guantes blancos tomaban con precisión la cafetera. Nueva reverencia y el mayordomo

desapareció en dirección a la cocina.

—Vamos al grano, porque tanto tú como yo no queremos perder el tiempo. ¿Si lo sabes para qué preguntas? Mandé a investigar a la novia de tu hermano y espero los informes —dijo Edward después de un silencio prolongado.

—Puedes pedir información sobre ella a Henry o a Tony. También a mi mujer.

—Ya hablé con ella —interrumpió Edward muy serio—, y me dio su opinión. Pero necesito una visión panorámica del tema. Ya me equivoqué con Chelsy y no quiero cometer el mismo error...con aquella señorita.

—Tienen un nombre, se llama Adrienne. A Henry no le gusta que la nombres de esa manera, con tanto desprecio.

Edward lanzó una carcajada y aún sonriente tomó un sorbo de café.

—¿No decías que ella no te agradaba? ¿Que te parecía vulgar, que no sabía comportarse y la llamabas la “ambiciosa secretaria y compañera de cama de Hen”? Lou, no puedo creer que tomes en cuenta todo lo que te diga tu mujer; bastó con que la hermosa Amy diga una palabra y opines lo mismo.

Louis reconoció haber juzgado mal al principio a Adriana.

—¡No vengas ahora a convencerme de lo contrario! —dijo Edward pegando un puñetazo en la mesa. Se lo notaba de mal humor y las mejillas se le pusieron coloradas.

—Poco importa lo que tú y yo opinemos —agregó Louis.

—¿Te parece que no importa? Debemos ser precavidos y por eso leeré con atención esos informes.

Louis sintió sonar su móvil y extendió una mano para instar a su padre a esperar un poco. Pensó que el *WhatsApp* era de su mujer pero hizo una mueca de asombro al mirar la pantalla del teléfono.

—Tío Bernard está en París y te vas a sorprender mucho de lo que dice en

su mensaje.

—Ya nada me toma por sorpresa, pero dime —manifestó Edward con indiferencia.

Era una hermosa mañana sin nubes y pensó en proponerle a su esposa un paseo a caballo por los bosques que lindaban el castillo. Sus ojos azules se concentraron en el ventanal mientras pensaba aquello, pero la voz de su hijo lo sacó de sus reflexiones al escuchar lo que leía:

“Lou, me encuentro en París junto a tus primas. Al parecer hicieron amistad con la novia de tu hermano y la invitaron a almorzar con nosotros. Dicen que es una chica agradable y como padrino de Henry no dudaré en conocerla.”

Edward no se mostró sorprendido y preguntó a Louis si necesitaba algo más mientras desdoblaba el segundo diario para leer. Era señal de que la charla ya había culminado.

—No, papá. Solo te diré algo muy rápido: quiero aclararte que no voy a permitir que por tu culpa mi hermano tenga que ir a vivir fuera de este país para ser feliz junto a Adrienne. No volverás a separar a esta familia por un capricho tuyo. Con permiso.

El padre le dedicó una mirada glacial pero no hizo otro comentario y volvió a concentrarse en la lectura del diario. Louis ya se había ido cuando llegó a desayunar su mujer, quien tomó asiento frente a él.

—Buenos días.

—Buenos días, querida.

—Escuché todo desde la sala y coincido con tu hijo —dijo Corine enfrentándolo con la mirada— y larga ese maldito diario cuando te estoy hablando.

—¡Hermosa mañana la de hoy! ¿Están complotándose para arruinarme el humor antes de las nueve? ¿Y ahora qué te pasa? —Edward plantó el diario

en la mesa de un manotazo.

—Lou tiene razón, y no entiendo esa actitud tan estúpida de mandar a investigar a esa pobre chica. ¿Ella hizo algo que te disgustó? ¡Cuidó a tu hijo menor enfrentándose a todo el mundo! ¿Qué es lo que quieres para Henry, una idiota como Chelsy? ¿Una descerebrada que se dedique a comprar ropa y tapar la cabeza con sombreritos? ¡Todo este tiempo estuviste obligándolo a que tenga un matrimonio infeliz como el que tuviste con su madre!

—¡Basta! —dijo Edward al borde de un ataque de nervios.

—Te pido un poco de sensatez. ¿Quieres perder el cariño de tus hijos? Poniéndote en contra de Adrienne solo vas a lograr que la gente común se solidarice con ella y te deje en un lugar muy mezquino. Te advierto que te acusarán de tonto y de mal padre.

Edward se tomó la sien, quería serenarse antes de pelear con su mujer. En su mano brilló el anillo de casado y en el meñique la sortija de oro macizo con el escudo dónde tenía un dibujo de tres plumas blancas sobre una corona: el emblema del Príncipe de Gales.

Xavier me nombró los rimbombantes títulos del tío y padrino de Henry, pero al mirarlo a la cara se me fueron de la cabeza como por arte de magia. Estaba tan nerviosa que no supe qué decir cuando llegué al *restó* y lo miré: Bernard me pareció un tipo apuesto, con una sonrisa luminosa y el pelo rubio oscuro encanecido. Lo azul de su mirada me hizo acordar a mi novio.

“Su alteza real, príncipe de Reino Unido, Duque de York, Conde de Inverness, Barón Killyleagh y Caballero de la Orden de Jarretera.”—dijo la voz fantasmal de Xavier dentro de mi mente. No sé por qué mi amigo se había empeñado en que me lo aprendiera, sabiendo que la ansiedad podía jugarme una mala pasada.

Así que saqué a Xavier de la cabeza, farfullé un saludo de bienvenida por lo bajo y besé en las mejillas a Grace y a Emily.

—Qué tal, un gusto —dijo Bernard con una sonrisa dándome un apretón de manos.

—No seas tan protocolar, siéntate —dijo Grace tomándome de la mano. Su hermana Emily se ubicó al lado mío.

Un camarero nos tomó el pedido del almuerzo. Nunca supe lo que pedí y no tenía idea del plato que me tocaría en suerte.

—Por fin te conozco, Adrienne. No tuve mucho tiempo para hablar a solas con Henry pero noté su cambio de temperamento desde que ustedes empezaron a tener una relación —dijo Bernard.

—Para bien, por supuesto —agregó Grace.

—Me halaga que me hayan invitado a almorzar con ustedes —dije pensando que si me mostraba tal cual era, sería cosa de ese señor caerle bien o no.

—Quería conocerte y no salgo mucho de Inglaterra. Y agradezco que hayas aceptado la invitación. Mis hijas estuvieron contándome que les caíste muy bien.

—Papá, no seas tan serio. La pobre está muerta de miedo, ¿no ves que se puso toda colorada?

—Estoy bien, Emily, gracias. Y pueda que me ponga colorada, porque es más fuerte que yo —dije con voz firme. Y me dirigí a Bernard—: Para serle honesta, alteza, reconozco que estoy muy nerviosa.

Expresarle hizo que no se me desbocara el corazón, de esa manera me evitaría un patatús en medio del almuerzo. Entonces me concentré en las palabras de Bernard.

Llegó la comida y me obligué a probar los platos que iban llegando a nuestra mesa. En medio de eso, Bernard me mató a preguntas, pero a medida

que el interrogatorio iba avanzando noté seguridad en mis respuestas. Me pareció un tipo honesto ya que no se molestó en hacerme creer que yo era la novia perfecta para su sobrino. Grace y Emily descomprimían la situación haciendo comentarios divertidos en algún que otro momento, haciendo que el padre lanzara carcajadas que retumbaban por todo el *restó*. Fue muy acertado, porque a solas con él la charla se me hubiera antojado una verdadera tortura medieval.

Durante el postre, Bernard siguió lanzando preguntas al estilo: “¿Y a qué se dedican tus padres?”, “¿Vives sola?” O “¿O cuáles son las cosas en común que tienes con mi ahijado?” Pero la peor pregunta llegó cuando estaba comiendo la última frutilla de mi ensalada de frutas. Casi me atraganté cuando lo escuché consultar:

—¿Estás dispuesta a entrevistarte con Edward y la reina en tu próxima visita a Inglaterra?

Mientras me limpiaba con la servilleta reflexioné si aquella era una pregunta malintencionada o una invitación camuflada. ¡Dios! ¿Por qué tenía que pasar por todo esto para que la familia de Henry me acepte? Por suerte, Grace gruñó:

—Papá, no estás siendo claro. ¿La estás invitando o le consultas si le gustaría entrevistarse con el tío y la abuela?

—Es una invitación. Si ella acepta, le diré a mi hermano que hable con Henry para que los dos viajen a Inglaterra —al ver mi cara de estupefacción, agregó también con una sonrisa—. Será muy pronto.

—Por supuesto que estaré encantada de conocer a su alteza y a su majestad —dije con firmeza devolviéndole la sonrisa.

Capítulo 17

Si no me morí durante el almuerzo con el tío y las primas de Henry, estuve a punto cuando abrí la puerta de casa y me salió al encuentro un ansioso Xavier gritando:

—¡Cuéntame todo ya!

—¡Casi me matás de un síncope! ¿Por qué no me avisaste que me esperabas acá? No tengo otra cosa en la cabeza más que el dichoso almuerzo con Bernard y te me tiras encima como si fueras uno de esos muñecos con resorte que salen de sorpresa.

—Dame el saco y la boina así te sientas a hablar a tus anchas. No me pienso ir hasta que me cuentes todo.

—Qué pesado —protesté sin fuerzas mientras mi amigo me ayudaba a sacarme el abrigo.

A Tony se le cerraban los ojos del aburrimiento, todo le parecía tan monótono e irreal que parado como estaba y pese a los aplausos, cerró los ojos y se puso a dormir apoyado en una pared.

El hospital de niños dónde se encontraba junto a su jefe estaba lleno de gente, hacía un calor de morir y cada lugar gubernamental que visitaban tenía el mismo programa: discurso, aplausos, corte de cintas y descubrimientos de placas alusivas. Pero en una oportunidad, Henry descubrió una estatua en homenaje a la reina, la imagen era la de una mujer desnuda en una posición de bailarina de ballet. Aquello a Tony le pareció surrealista.

—Qué indecencia —deslizó en el oído de Henry.

—Al menos tiene una buena delantera —respondió el príncipe aguantando las ganas de reírse.

Pero en el hospital, Tony apenas podía soportar lo tedioso del protocolo. Sin darse cuenta, se apoyó en la pared y casi se durmió. Alguien le tocó el brazo y volvió en sí con un sobresalto. Sin despertarse del todo, abrió los ojos y empezó a aplaudir.

—¡Bravo! ¡Bravo! —exclamó mientras todo el mundo lo miraba con hilaridad. Henry arqueó una ceja, y siguió charlando con una niña que le mostraba un dibujo que había hecho para él.

—*Míster*, lo toqué porque estaba sonando su teléfono y al parecer se durmió —informó la mujer del embajador de Jamaica.

—Gracias —dijo Pacheco con una sonrisa mientras sacaba el *iPhone* del bolsillo de la camisa.

Cuando leyó en la pantalla “despacho de Amy”, se extrañó mucho. La mujer de Louis no era de llamar, ¿habría pasado algo importante?

“*Mierda*”, pensó disgustado por perder la llamada y el teléfono empezó a sonar de nuevo. Atendió al instante.

—Amy querida, recién escucho el teléfono. ¿Qué pasó, mi reina?

Miró a los costados y con el teléfono en mano salió al pasillo. No había nadie, todo el personal del hospital estaba adentro, atentos a la presencia de su señor. Igual debía entrar rápido, la visita a esa sala sería de unos pocos minutos y sería muy mal visto que el asistente de su alteza real estuviera charlando por teléfono. La gente del lugar lo tomaría como una falta de respeto, amén del enojo posterior de su jefe.

—Tony, lamento molestar. Pero es algo importante —dijo Amy.

—Nunca molestas. Es más, me hiciste un favor porque casi me duermo.

—Hablé con Emily y me contó que Bernard invitó a Adrienne al palacio para entrevistarse con Edward y la reina. ¡No puedo creer que las cosas se

dieran de esta manera! Aún no reacciono, pero no me parece malo.

—¡No me digas! —Tony buscó algún recoveco para continuar hablando más tranquilo. Esa charla era muy importante para el futuro de Adriana y Henry.

—Creo que Edward todavía no sabe nada, pero no dirá que no. Lo que no me gusta es que no esté convencido de aceptar a Adrienne. ¿Qué opinas?

Tony escuchó a lo lejos hablar a su señor, señal de que se entrevistaba con los médicos del lugar. Aún tenía tiempo para seguir conversando con Amy. Entonces prosiguió con la charla:

—Opino que es inaudito y no entiendo nada, porque no me enteré de que Adriana conoció a Bernard —dijo a Amy—. Pero voy a matar al petiso de tu peluquero personal, Amy; así que ve buscándote otro que te arregle el cabello. Ese tonto de Xavier no me contó ni una sola palabra de lo que me estás diciendo.

—Quizás Bernard se lo dijo a Adrienne como una idea a futuro.

—No lo creo, esto me suena a pronto.

—Esa es la misma palabra que me nombró Emily cuando me contó todo. Bernard le dijo a Adrienne que la entrevista con Edward y la reina sería “muy pronto”.

—Adriana debe estar de los pelos. Tu familia me vuelve loco y eso que la conozco de hace años.

—¿Crees que pronto será en unos días?

—El “pronto” del que hablas será... a ver —con el teléfono en mano, buscó la agenda—. Henry y yo partimos para Brasil pasado mañana, la visita durará seis días y después en Punta del Este se reunirá con Adriana, entonces estaremos allí una semana. Si la entrevista con la reina es un hecho, la casa real me pasará la fecha de un momento a otro.

—Adrienne no está conectada al *Skype*, ¿me das su teléfono así la agrego a

WhatsApp?

—Deja que yo lo hago, y después te contaré. En un rato mi señor tiene una fiesta de *reggae* a la que no pienso ir porque estoy hasta la coronilla de aquella música. ¿Te llamo en ese momento? Tal vez sea muy tarde en Londres, por las dudas te escribo al *chat* del celular, ¿te parece?

—¡Perfecto!

—¿Tu marido estará cuando tu cuñado y su novia se entrevisten con Edward y la reina?

—Por cómo es Edward, no creo que quiera que Louis y yo estemos presentes.

—*OK* —dijo Tony prestando atención a las voces que se acercaban, no eran solo fragmentos de conversación, sino también aplausos y ruidos de *flashes* de fotos. Debía apurarse.

—Mi reina, te tengo que dejar. Mañana te llamaré. ¡Te quiero!

Pacheco se hizo el hizo el distraído. Guardó el teléfono y la agenda y se unió al séquito diplomático sin que nadie advirtiera su ausencia.

—¿Qué andas ocultando? Tú y yo vamos a hablar claro ni bien entremos en la camioneta —susurró Henry con disimulo. Llevaba a un nene de la mano.

—Es algo muy importante. Pero pose para las fotos y salude a todos así nos volamos de aquí.

Como si fuera una autómatas dejé que los días corrieran. Estaba tan cargada de cosas que me sorprendí cuando Miranda me llamó para decirme que Henry le había pedido a su amigo Robbie la casa de Punta del Este.

—Cierto, tengo la cabeza en los pies. En realidad, quedé en llamar yo —me disculpé.

Y hablando de olvidos corrí a la cocina como una loca porque estaba hirviendo unas verduras para la cena, y mientras me ocupaba de unos bosquejos de diseño ni había mirado la hora. ¿Se habrán quemado? Al mirar la olla me di cuenta de que faltó poco.

—No es para menos, sé que estás a *full* con el diseño de zapatos y Robbie me comentó sobre tu posible reunión con el padre de Henry y la reina —dijo Miranda.

—Ese tema me tiene muy nerviosa. Pero aún falta, ¡hace tanto que no veo a Alejandra y a mis viejos! Tendría que hacer un viaje relámpago a Buenos Aires pero mi mamá me aconsejó que no fuera, porque la prensa no me dejaría en paz. ¿Vos pensás que estarían tan molestos como acá?

—Yo creo que sí. Pero fijate, por ahí te hace bien ver a tu viejos y a tu hermanita.

—¡Ya sé! —exclamé muy contenta—. Podrían ir a Punta del Este un par de días y de paso les presento a Henry. ¿Qué te parece? ¿Crees que Robbie se moleste?

—Él te adora y vos y yo sabemos que Henry más que un amigo es como si fuera el hermano que nunca tuvo.

—¡Bárbaro! —y oí una carcajada que resonó a través de mi teléfono—. ¿De qué se ríe Robbie?

—Está hablando con tu novio. Lo llamó especialmente para burlarse de su baile de *reggae*.

—¿Había muchas chicas? —pregunté llena de celos.

Para no pensar cosas que no eran decidí no mirar el noticiero ni chusmear videos de *YouTube* para saber más acerca de su viaje. Sabía de sus actividades por boca del propio Henry (me llamaba una o dos veces al día) o por el parte diario informativo de Tony. El asistente se había convertido en mis ojos y en mis oídos. O eso creía.

Miranda lanzó una risita de burla.

—Adriana, no seas paranoica. Tu novio tiene toda la onda.

—¿Con quién tiene onda? ¿Notaste algo raro en los videos o en los noticieros que están cubriendo el *tour*? —las palabras me salían a borbotones. “Doña Celosa” como me decía Henry cada vez que me cargaba, volvía a asomar la nariz.

—No imagines cosas que no son. Y para quedarte tranquila mirate los videos que te vas a divertir mucho.

—Si hay chicas no lo creo.

—Son bailarinas, y casi adolescentes.

—Alguien que tenga dieciocho años no me parece tan adolescente —dije no muy convencida.

—No se puede hablar con vos, me gustaría darte un tirón de orejas en este preciso momento para que dejes de imaginar boludeces.

—¡Extraño tanto a mis amigas! Las chicas de la oficina me miran como si me hubiera crecido un tercer ojo desde que saben que volví con Henry. No quiero mostrarles mi preocupación porque andá a saber si alguna me vende a la prensa.

—Es peligroso, mejor no cuentes nada. Llamame cuando quieras, iría a Punta del Este pero Robbie me prohibió que los moleste. Además si están tus padres voy a molestar.

Cuando Miranda cortó la comunicación, volví a pulsar el botón para retomar el llamado que tenía en espera. De tanto hablar por teléfono me volvería sorda, pero no me importaba.

—¿Hola?

—*Caríssima*, pensé que estabas con Xavier, pero mientras aguantaba las burlas de Robbie, supe que estuviste hablando con Miranda. ¿Cómo estás?

Entre risas, Henry preguntó si había visto los videos de Jamaica de los que

tanto se había burlado su amigo Shott. De manera seca le informé que no los había visto pero que también sabía que se rodeaba de chicas.

—Sí —dijo y lanzó una carcajada—. El único que decía “¡Bravo!” mientras aplaudía fue Tony.

—¿Cómo estás?

—Exhausto. Y tu amigo, que un tiempo atrás fue mi fiel asistente no para de quejarse, en algún momento le meto una patada y se vuelve en avión a Londres. Se queja del calor, de la comida, de la gente demasiado cariñosa, de los chicos que por abrazarme lo empujan o lo pisan.

—Falta poco, mi amor. En una semana estaremos en Punta del Este. ¿Te gustaría conocer a mi familia? Te lo hago en pago por conocer a la tuya.

—Quiero que disculpes a mi tío Bernard.

—Te repetí miles de veces que está todo bien, es tu padrino. Fue muy amable y correcto. Tus primas son muy simpáticas.

—Quiero conocer a tu familia.

Imaginé a mi sencilla familia intimidada por el palacio de la reina; mi papá sin saber qué decir, mi mamá muda de los nervios y mi hermana haciendo preguntas que no debía. Sería una reunión muy interesante. Con esa imagen en mi cabeza se me puso la piel de gallina, entonces pedí:

—Mejor no hablemos del encuentro con mi familia y tu familia. Aún nos queda Punta del Este.

—Casi no puedo esperar a verte.

—Yo tampoco.

—Señor, se nos va el vuelo —oí decir a Tony muy cerca.

—Ya voy —respondió Henry con sequedad—. ¿Ves lo que te digo? Tony está hecho un fastidio, se piensa que apurándome el *tour* va a terminarse más rápido. Cuando llegue a Brasil te llamo.

Tres días después ya tenía el equipaje hecho y había hablado con mis papás para que pasen un fin de semana junto a nosotros y ellos aceptaron encantados. Macarena no cabía de gozo. En un momento me preguntó si era necesario que llamara a Henry “su alteza real” cada vez que le hablara.

—No seas tonta, Maca. No es necesario.

—Buenísimo, porque se me olvidaría siempre.

—Me lo imaginé. ¿Seguís escapándote de tus clases de inglés? Mirá que cuando hablemos con mi novio me voy a dar cuenta si progresaste en el idioma.

—Ahora voy siempre, mis compañeras me preguntan si es para comunicarme con mi futuro cuñado pero siempre lo niego. Sé que si digo que sí alguna va a hablar y por ahí te meto en un quilombo. ¡Pero me llenan de preguntas! Si vas a usar corona, si vas a ser princesa, si es cierto que vas a vivir en un castillo como Martina, la reina de Holanda... son unas pesadas.

—Dentro de poco vas a ser libre de decir lo que quieras, pero te pido que por ahora pienses antes de contestar alguna de esas preguntas. ¿Me lo prometés, piojito?

—¡Boluda, ni una estrella de cine aparece en tantos programas! También cuando voy camino al cole paso por un kiosco de diarios y veo miles de “Adrianas” mirándome desde las tapas de las revistas. Me repito siempre: “esa es mi hermana”.

Me conmovió escuchar que Maca tuviera un atisbo de orgullo en la voz. Al principio, cuando se enteró de casualidad por una indiscreción de Alejandra que salía con Henry, temí lo peor. Lejos de juzgarme, se convirtió en la primera aliada de mi familia y me consoló cuando me separé de él. Cuando le confesé que habíamos vuelto, me dijo que no soportaría que Henry volviera a hacerme sufrir como antes. Respondí que esta vez sería distinto porque ya nadie podría separarnos y se quedó conforme.

—Maca, te dejo porque se termina mi hora de almuerzo y recién vi entrar en sesión del *Skype* a Alejandra.

—Listo, nos vemos en Punta en tres días.

—Perfecto —dejé mi celular en el escritorio para abrir una ventana de conversación y escribirle a mi amiga.

—¿Estás? —tipeé mirando la pantalla de la compu con ansiedad.

Nadie me respondió y al toque observé con amargura que figuraba como desconectada. ¿Qué mierda le estaba pasando? Ni hablar de Ximena, que hacía años luz que no hablaba con ella porque nunca atendía mis llamados y de tres *Whats* que le mandaba me respondía uno y con suerte. Quería decirle a las dos que me encontraba feliz porque me reuniría con Henry en Punta del Este. No lo sabrían hasta que los dos estuviéramos allí porque Tony movía sus influencias para que el viaje se mantuviera en secreto de la prensa el mayor tiempo posible, y por la misma razón yo haría el viaje en el *jet* privado de Robbie. Tomaríamos muchas precauciones para pasar unas vacaciones en paz, alejados de los *paparazzi*.

Tony ya estaba mareado con la cantidad de compromisos que cumplía con su señor en Brasil: visitar colegios, hospitales, y ofrecer discursos junto a los diplomáticos de aquel país. Henry participó en toda clase de eventos deportivos; una maratón y un partido de *rugby*, todo a beneficio de comedores infantiles. Pero esa calurosa tarde se celebraría un partido de vóley y la cantidad de gente que presenciaría el partido era multitudinaria.

—¡Ay, cuántas cosas! —Se quejó desplegando su abanico, el sol aún pegaba fuerte—. Ya de verlo en la cancha, me da calor y fatiga.

—Esto es bárbaro, Tony. ¿Ahora entiendes por qué termino el día muerto de cansancio?

—Ni que lo diga, mi señor. Le juro que me agoto de solo pensar en el partido. ¡Y qué pintoresca le queda esa remera!

Henry se dio la vuelta para mostrar la remera con los colores de Brasil, en donde se podía leer su nombre en grandes letras verdes junto al número once. La gorra tenía los mismos colores.

—Ahora iré al partido, y para que no te agotes tanto de solo verme jugar, te sugiero que vuelvas al hotel.

Tony estuvo a punto de llorar de la alegría. Se estaba muriendo de calor y según su propia opinión olía como un caballo.

—¿Me lo dice de verdad? ¡Es usted tan generoso! —dijo uniendo las manos—. Admiro sus cualidades deportivas, y le deseo de todo corazón que disfrute del partido. Con su debido permiso, me vuelo ahora mismo de aquí —con una gran sonrisa y un floreo de su abanico, salió corriendo del predio.

Cuando iba a ordenar a Warren que haga arrancar la camioneta, se acercó Henry a trote.

—¿Qué pasa, mi señor?

—Uno de los jugadores no vendrá y quiero pedirte un favor.

Pacheco miró esa sonrisa y empezó a negar con la cabeza.

—No, no jugaré. Sabe que daría mi vida por usted, pero ni sueñe que use una camiseta parecida a la suya y ni hablar de esos pantalones de tela tan... particular. La ropa deportiva no combina con mi elegante personalidad.

Henry lo retuvo aferrándolo de la camisa.

—*Hey*, ¿adónde vas? No tan rápido, dije que quiero que me hagas un favor.

—Mi señor, no me pida eso.

—Es una orden.

—Se lo imploro por las cenizas de mi abuelita.

—Tu abuelita toma clases de esquí, practica paracaidismo y está mejor de

salud que tú y yo juntos.

—Esa no, me refiero a mi otra abuelita, la de parte de mi padre.

—No quiero excusas. Jugarás ese partido.

Lo tomó del brazo para asegurarse de que no escaparía.

Tony entró a los vestidores y se cambió la ropa. No necesitó verse al espejo para darse cuenta de que la remera le quedaba grande y los pantalones lo hacían sentirse como un alfeñique. En términos generales, se sentía hecho un asco.

Unos minutos después, Henry le dio una palmada en la espalda y casi lo obligó a salir a la cancha. Al ver entrar al príncipe, la gente empezó a aplaudir y a agitar banderitas con los colores de Brasil y de Reino Unido. Pacheco se bajó la visera de la gorra y tragó saliva, quería pasar lo más desapercibido posible.

—Por favor, se lo pido por las cenizas de...—dijo haciendo el último intento por convencer al caprichoso de su jefe.

—¿Y ahora las cenizas de quién? ¡Basta de hablar de muertos!

—Prometa que por favor no dirá mi nombre. Soy tímido por naturaleza.

—Apuesto a que mi amigo Hascott se morirá de gozo al verte en la tele. Pero no diré nada, lo prometo.

Con una seña disimulada pidió el micrófono al director del evento y antes de hablar al público, dijo a Tony guiñándole un ojo—: ¡Te mentí!

—Por favor, por favor —suplicó Tony una vez más.

Henry prendió el micrófono y sin hacerle caso, tomó la palabra dirigiéndose al público presente.

—Gente, quiero que coreen el nombre de mi asistente, es un poco tímido, ¿saben? Y necesita aliento. Empecemos: ¡Tony! ¡Tony! ¡Tony! —para estupor de Tony, el príncipe también empezó a aplaudir.

La gente no tardó en imitarlo. El clamor de “¡Tony! ¡Tony! ¡Tony!” se

escuchó en todo el estadio. El asistente paseó la mirada por toda esa marea de gente coreando su nombre, y no supo si quería llorar o morirse, o las dos cosas al mismo tiempo. Y luego juró a su señor que presentaría la renuncia.

—Qué pena, porque no la aceptaré hasta que concluya este partido —respondió Henry muy tranquilo.

—Usted no tiene corazón.

—Basta de lloriquear, y más vale que me ayudes a ganar el partido, porque de lo contrario mañana regalaré todos tus abanicos a los chicos del hospital que voy a visitar.

—¡Eso no! Mejor máteme, pero no se meta con mis abanicos. ¿Adónde me ubico?

—En el fondo, te cederé el honor de hacer el saque.

—¿Sabe qué? Acabo de recordar que dejé un pavo en el horno y me tengo que ir. Es una pena, ¡adiós! —hizo el intento de huir y Henry lo retuvo de la remera. Varios rieron al ver esa escena.

—El partido solo durará unos minutos, no seas aguafiestas —dijo Henry y se dirigió a su equipo—. Muchachos, Tony hará el saque inicial.

—Eh... ¿Cómo era? —el asistente tomó la pelota y empezó a hacerla rebotar contra el suelo—. Tengo treinta años, saque la cuenta de hace cuánto terminé la escuela.

—Treinta años, claro —repitió Henry lanzando una carcajada.

Tony hizo el saque inicial y empezó el partido. Durante el juego tuvo que reconocer que la estaba pasando bastante bien. Incluso remató varios ataques ganando puntos para su equipo.

—Muy bien, Pacheco O'Higgins. Sigue así y te mandaré a las olimpiadas a representar a Inglaterra —se burló el príncipe.

—Ya me las cobraré, no sé de qué forma, pero no esto no quedará así —respondió Tony.

Henry fue llamado por el encargado de relaciones públicas de la embajada y al volver a la cancha se pasó para el otro lado de la red. El jugador del equipo contrario tomó su lugar.

—Ahora pertenezco al otro equipo, así que te pido que seas lo más torpe posible o reduciré tu salario a la mitad —advirtió en broma.

—¿Y dejar que gane? —preguntó Tony haciéndose oír por encima de los gritos del público—. ¡Ja! No me haga reír que se me remarcan las líneas de expresión —después de hablar, hizo rebotar la pelota contra el suelo mientras caminaba y tomó su lugar en el campo de juego.

El árbitro dio el *OK* y el partido se reanudó. Tony hizo el primer remate y marcó un tanto. Flexionando una rodilla en el suelo, alzó una mano señalando el cielo con el índice. La multitud lo ovacionó.

—¡Te odio! —gritó Henry—. ¡Volverás nadando a Londres!

El partido siguió su curso. Henry y Tony parecían enemigos y ambos gritaban a sus compañeros que debían ganar.

—Este tanto que haré se lo dedicaré a usted. ¡Deje de posar para las fotos y juegue!

—Ya lo veremos —gritó Henry y pegó un salto, preparándose para hacer un ataque. Su remate atravesó la cancha y el “¡Oh!” general lo hizo convencerse de que había fallado. Pero al mirar con detenimiento vio que Pacheco estaba tirado en el suelo. Su remate había ido a parar a la cabeza de Tony.

—¡Ay! ¡Ay! —se quejó este tomándose la frente.

Henry pasó por debajo de la red y corrió a socorrerlo. Estaba avergonzado pero también muerto de risa.

—Perdón, fue sin querer. Pero veámosle el lado positivo, tienes una cabezota muy dura. ¡Arriba! —le dio la mano para ayudarlo a que se ponga de pie.

—Me tiene envidia porque soy hermoso, elegante, y juego como los dioses. Lindo chichón me quedará como recuerdo. “*Made in Brasil*” diré cuando me lo pregunten.

La gente mientras reía empezó a aplaudir. El partido concluyó y todos los jugadores se saludaron. Además de una ovación general para Henry también la hubo para Tony. Fue el rey de la tarde.

No consulté a nadie sobre mi decisión por miedo a que me dijeran que era una locura, así que con la idea bien firme en la cabeza, caminé hasta el buzón y eché la carta adentro. Escribir esas líneas fueron las más difíciles de mi vida, pero estaba convencida de que era lo mejor.

Me dolía la cabeza por la falta de sueño, pero ignorando aquella molestia llegué a la oficina. En la puerta estuve a punto de prender un cigarrillo, pero noté que un hombre parecía estar siguiéndome. Puteando por lo bajo dejé el vicio para más tarde.

Xavier se encontraba en su despacho cuando entré. Sin levantar la vista de unos papeles, dijo:

—No te siento olor a nicotina. ¿Decidiste dejar de fumar?

—Ojalá —respondí tomando asiento en el sillón que estaba contra la pared —creo que me estaban siguiendo y pensé que podían ser un *paparazzi*. Por eso decidí no arriesgarme.

—Hiciste muy bien, pronto tendrías que considerar la idea de dejar el cigarrillo.

—No me pidas eso ahora, Xav. Estoy demasiado nerviosa —de mi cartera saqué una carpeta—, traje algunos bocetos de zapatos. Quiero que me digas qué te parecen. Sabés que me voy mañana a Punta del Este y allá no voy a tener tiempo de diseñar.

—Los miraré ahora y después te digo qué me parecen —y se fijó en mi cara—. ¿Estás ansiosa porque te vas a encontrar con tu novio o pasó algo más?

—Nada —mentí.

Se hacía difícil caminar entre tanta gente que había alrededor: la milicia, los guardaespaldas y el personal de la embajada. Se encontraban en ese momento recorriendo una de las favelas más conocidas de Río Janeiro. Quienes presenciaban la visita de Henry gritaban, agitaban carteles y teléfonos celulares.

Tony se dio vuelta de manera brusca y Henry lo miró con curiosidad.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Es que... alguien me tocó.

—¿Dónde? —preguntó Henry.

—¿Dónde qué?

Henry se detuvo ante los celulares que se asomaban para sacarles fotos y sonrió para posar. Brillo de *flash* y siguió su camino. El asistente iba a su lado mientras hablaban en susurros.

—¿Eres o te haces? Te pregunto dónde te tocaron —insistió Henry estrechando la mano de una adolescente negra que de la emoción, le arrojó también un beso.

—Un poco por debajo de la espalda —dijo Tony sonrojado.

—¿Cuánto por debajo de la espalda? ¿Mucho? —Henry se mordió el labio inferior para no carcajear.

—Me... pellizcaron una nalga.

—El culo, te tocaron el culo. ¿Tanto misterio por eso? Igual creo que Hascott no se molestará por eso. No te preocupes. ¿Tienes la billetera?

Tony se palpó el bolsillo trasero del pantalón.

—No la robaron. Usted y sus benditas bromas. Es igualito a su novia, que no para de hacerme preguntas engañosas. ¡Cuántas escaleras! ¿A dónde vamos?

—Recorreremos toda la favela.

—La palabra “toda” en este caso me genera escalofríos.

—Ya hablamos de tus insoportables quejas en todo el *tour*.

Tony se hizo a un lado y Henry se acercó a unos nenes que lo llamaron a los gritos, y recibió de ellos unas cintitas para atarse a la muñeca. El príncipe repartió besos y agradeció los regalos con una sonrisa.

Siguieron bajando por unas calles de cemento y alrededor había más casitas, todas en estado precario. Lo peor era la aglomeración y los aullidos de entusiasmo de la gente. A cada rato se escuchaba: “¡Henry! ¡Henry!”. La milicia local vigilaba con gesto torvo y los guardaespaldas tenían mil ojos porque el príncipe se acercaba a todo el mundo.

—Tenga cuidado, este no es buen lugar para ser tan cordial.

—No me molestes.

—¡Señor príncipe! —gritó una señora con una criatura en brazos. Salió de su casa cuando Henry y la comitiva bajaron las escaleras. Tony dedujo que ella podía tener una edad promedio entre los treinta y sesenta años, a tal punto la mujer se veía envejecida por la mala vida y la pobreza.

—¿Qué querrá? —se interesó Henry consultando al encargado de relaciones públicas de la embajada.

—Hablar con usted, alteza.

Henry se acercó y tomó la mano de la mujer; el nene que tenía en brazos le dio un beso y ella señaló su vivienda: una construcción del tamaño de una habitación grande y armada con ladrillos acumulados uno encima de otro que no tenían una apariencia muy uniforme. La mujer señalaba la puerta.

—¿Está invitándome a entrar? —preguntó Henry a la traductora.

Ella asintió con la cabeza.

—Pero usted no irá allí, ¿verdad? —consultó Tony con miedo. Se quería mandar a mudar a de ese sitio lo más rápido posible.

Henry ni lo miró y entró a la casita. Para desesperación del asistente, los guardaespaldas no estaban a la vista. ¿Y la policía?

Un perro le salió al encuentro y los ladridos del animal lo obligaron a correr de nuevo a la seguridad de las escaleras principales del barrio. Varias risas resonaron en el lugar.

Henry salió de la casita y besó las manos de la señora. Tony fue a su encuentro con cara de desesperación y agitando el abanico mientras caminaba.

—¡Hasta que por fin sale! ¿Cómo se le ocurre meterse a un lugar que no conoce? —dijo el asistente.

—Me invitaron, y yo fui.

—Me di cuenta. ¡Uf! Pareciera que el día no termina nunca. Menos mal que pasado mañana ya nos vamos.

Henry lo miró mal.

—No vuelvas a quejarte del calor porque recorrerás este complejo rodando por las escaleras. ¿Has entendido? —dijo de mala manera.

Pacheco arqueó una ceja, se ajustó la visera y siguió caminando. A pedido de su jefe se había puesto una remera y unos *jeans*, e hizo bien, porque hubiera desentonado vestido de traje. Henry, que vestía una chomba azul marino y pantalones negros; seguía estrechando las manos que se estiraban por tocarlo. Por las dudas, Pacheco se alejó un poco.

—¿Habló con Adriana? Ella ya mañana se va a Punta del Este —preguntó mirando con desconfianza hacia los costados.

—Apenas me desperté —dijo Henry—. La escuché un poco rara, no sé

qué es lo que le pasa. Espero que mi padre no se le haya dado por hacerle una llamada tratando de convencerla para que se separe de mí.

A las seis de la tarde me sentía exhausta, Xavier me invitó a cenar a su casa pero le dije que quería descansar. En realidad lo que necesitaba era confiarle mi secreto a alguien. Por eso ni bien llegué a mi departamento largué la cartera y el abrigo en el sofá del *living* y agarré el teléfono para llamar. Cuando me atendieron, simplemente pregunté:

—Amy, ¿podés ayudarme?

Capítulo 18

Henry ya tenía el equipaje hecho. Estaba todo listo para partir a Punta del Este.

Tony llegó a la *suite* y su señor lo miró con enojo.

—Veo que mi *suite* parece una carpa. ¿Podrías hacerme el favor la próxima vez de golpear la puerta?

—Lo lamento, mi señor.

—Viniste a decirme algo, adelante —y se sentó a escucharlo.

—Tengo mis dudas sobre el viaje de Punta del Este. ¿De verdad quiere que vaya allá con usted? Me sentiré el protagonista de la película “*Sobra uno*”.

—Aunque tu idea sea viajar a Londres para correr a los brazos de Ben Hascott...

—¡Mi señor! No es por eso.

—Ya lo sé, solo estoy haciéndote una broma. De verdad necesito que viajes conmigo, el padre de Adrianne es un poco chapado a la antigua y no verá con buenos ojos que me muestre tan cariñoso con ella, por decirlo de alguna forma.

Tony entendía cada vez menos.

—¿Y qué haré yo? ¿Saldré de paseo con los dos y les avisaré cuando no haya nadie a la vista para que se den un beso? Mi señor, perdón si peco de atrevido, pero me parece surrealista. No creo que exista un padre así.

—Según lo que Adrianne dijo, que una vez que estemos casados él no dirá nada, pero mientras tanto...

—Entiendo, y se lo diré con todo respeto: ¡qué trabajo de mierda que tengo!—exclamó uniendo las manos y mirando el cielorraso.

Amy decidió ayudarme. Me confirmó por teléfono que mi mensaje a Edward había llegado y que se encontraba a resguardo. Lo recibiría en cuanto pudiera mezclar la carta con el resto de la correspondencia. Le agradecí su gesto y colgué.

Con el tema de la carta aun rondándome por la cabeza, se me fue el hambre, así que me contenté con un tazón de sopa crema mientras miraba sin mirar un programa de la tele. El tema de la carta enviada no me dejaba en paz. Pero lo hecho, hecho estaba.

Antes de acostarme puse el despertador a las seis de la mañana, Xavier pasaría a las seis y media por mí, luego de mucha insistencia de mi parte, decidió acompañarme a José Ignacio. Cerré los ojos y creo que me dormí al instante. El despertador sonó lo que me pareció un segundo después y con la sensación de tener el cuerpo apaleado, tomé fuerzas para levantarme de la cama, me di un duchazo y mientras tomaba un café apareció Xavier.

—Quiero una taza bien cargada, por favor —balbuceó con voz de dormido.

Le serví su café y corrí al baño a secarme el pelo.

—¿Trajiste la peluca? —pregunté después mientras me peinaba el pelo para atrás y me hacía un rodete a lo Eva Perón.

—¡Por supuesto! Siéntate así te ayudo a ponértela. Pero, Adri, me parece que no hará falta; hace un frío de locos, está lloviendo y aún no amaneció. ¿De verdad crees que haya algún *paparazzi*?

—Nunca se sabe. A ver, ayudame.

—Quédate quieta —dijo mientras me acomodaba la peluca. Era de largo cabello rubio con algunos mechones que terminaban en bucles. Cuando Xavier me dijo que estaba lista, corrí al espejo y al contemplarme lancé una risita.

—¿Qué es lo gracioso? —preguntó con tono ofendido cruzándose de brazos.

—¿Me viste bien? Parezco una mala imitación de Chelsy —me aparté el largo flequillo de la peluca y seguí riéndome.

—Eres más linda, además Chelsy y tú no tienen parecido ni el dedo gordo del pie — se puso de pie de un salto y empezó a aplaudir—. ¡Vamos! La camioneta de Robbie Shott va a aparecer muy pronto y debemos estar listos. Abrígate que hace frío.

—Parecés mi vieja —protesté abotonándome el tapado.

—Vamos a inspeccionar el departamento. ¿Apagaste todas las luces?

—Sí.

—¿El gas?

—Sí, sos un pesado. Y mi vecina tiene las llaves, le dije que le eche un vistazo a mi casa de vez en cuando.

Tomé mi valija y Xavier la suya. Cuando llegamos a la puerta, el cielo tenía un color gris pizarra y no solo estaba lloviendo, sino que parecían caer baldazos de agua.

—¿No te lo dije? No hay nadie. Además tienen planeados todos tus movimientos —dijo Xavier refiriéndose a la prensa.

El *hall* de entrada era una heladera, así que dejamos nuestras valijas y nos calzamos nuestros mitones de lana.

—Por las dudas —y vi los faros de un vehículo.

—¿Era esa la camioneta? Habrá que asegurarse.

—Es una camioneta gris y negra, Robbie me dio esa descripción cuando hablamos por teléfono. Dale, vamos.

Sin saber que Tony le había planteado lo mismo a su jefe hacía unas horas y a miles de kilómetros de distancia, Xavier preguntó:

—¿Estás segura de que quieres que vaya a Punta del Este? Henry me

mirará como a un estorbo.

—No seas idiota, él sabe que vas, y además va Tony para allá.

Observamos que la camioneta se estacionó en la entrada y ordené a Xavier que salgamos del edificio de la mano. Antes de eso, se puso una gorra de lana que le tapaba el pelo y se enroscó la bufanda.

Caminamos apenas unos metros pero la tormenta nos castigó de lo lindo. Tuve miedo que por el temporal, el *jet* de Shott no saliera. Pero se veían pequeñas porciones de cielo azul en medio de las nubes, señal de que la lluvia cesaría. La camioneta se alejó de París, adentrándose en la campiña. Nos dirigíamos a la mansión francesa de Robbie, allí esperaríamos un par de horas a que la tormenta amainara y tomaríamos el *jet* que saldría de allí mismo, de la pista privada de aquel inmenso terreno.

—Esto es sorprendente —dijo Xavier ya en la camioneta sacándose los mitones y buscando su teléfono en el bolsillo del abrigo— dejó mi negocio para viajar a Punta del Este... ¿A qué? ¿De vacaciones con mi novio? No, a tenerle la vela a mi amiga para que se vea con su amor. ¡Soy un estúpido!

Lo abracé y le di muchos besos en las mejillas.

—La rubia falsa te lo agradece —dije con una sonrisa.

—*Na*, no me quieras convencer.

—¿A quién vas a llamar?

—Al bueno para nada de Tony, a ver en qué anda. Por lo menos me siento aliviado, va a compartir la misma mala suerte que yo. Acompañante de novios, además de *coiffeur* agregaré eso a mi *currículum vitae*. Qué fracaso.

—Tal vez no te atiendan —manifesté rascándome la cabeza. La peluca me daba calor y me hacía picar el cuero cabelludo—. Acordate que hoy es la fiesta de despedida que hizo la embajada para Henry y deben estar allí.

—Me importa un cuerno —y luego de marcar esperó a que lo atendieran.

Tony tenía un dolor de cabeza terrible y la música de samba le estaba taladrando los oídos.

Henry miraba con indiferencia aquella danza de raíces africanas y tomaba los tragos que ofrecían los camareros. El embajador y varios diplomáticos lo rodeaban con sus correspondientes vasos en mano y la conversación en inglés era interrumpida de vez en cuando por alguna carcajada.

El príncipe lucía muy cansado, pero la reina de la belleza aún no había aparecido y los organizadores del evento tomarían como un desaire que él se retirara antes de la llegada de la joven. Apenas el círculo de gente que lo acompañaba se alejó, Tony corrió hacia él agitando el abanico.

—Deje de tomar porque mañana tendrá un espantoso dolor de cabeza — recomendó muy serio.

—No me emborracharé antes de viajar, no soy como alguien a quien estoy mirando —dijo Henry y se terminó su copa de un solo trago.

—¿Se refiere a mí? —preguntó el asistente señalándose el pecho—. Sabe lo medido que soy con la bebida, y si me agarré una borrachera en Belice fue nada más que por su culpa.

—Deja de quejarte.

—Solo digo la verdad, pero quiero aclararle... —se interrumpió porque el teléfono empezó a sonar—. Es Xavier, con su permiso —hizo una reverencia y se alejó unos metros.

Con mala cara, Henry hizo un gesto aburrido con la mano y se dirigió hacia un diplomático y su mujer, que en opinión de Tony, con el vestido que tenía puesto parecía un gran loro verde. Lo encendido de su ropa parecía brillar por las luces intermitentes de los *flashes* de las cámaras de televisión.

—Acá estoy, “fumándome” la última fiesta de este *tour* —dijo Tony a su amigo por teléfono—. ¿Van en camino a la mansión de los Shott? Bien, yo deseando que venga la bendita reina de la belleza para volarnos de aquí con

mi señor —además de hablar por teléfono veía que Henry seguía charlando. Se lo veía sonriente, derrochando encanto y simpatía pero él, que lo conocía mejor que nadie, sabía que todo era una puesta en escena. Volvió a la realidad cuando Xavier le preguntó si lo estaba escuchando.

—Sí, estoy escuchándote, chaparra. ¿Qué te parece estupendo estar en Brasil y me tienes envidia? Porque no te diste un paseíto por una favela, no estuviste a un tris de que te muerda un perro ni te tocaron el culo, mi querido.

La música de samba cesó y los invitados se situaron al costado de un escenario. Henry subió los escalones para tomar la palabra y ofrecer un discurso. Tony caminó hasta allí sin dejar de hablar por teléfono.

El discurso había terminado y llegó la reina de belleza. Era una bonita mulata de veinte años y de un poco más de un metro ochenta de estatura, que con los tacos que tenía puestos estaba casi a la altura de Henry. Entre aplausos y con una sonrisa, el príncipe bajó del escenario y una mano lo agarró del hombro. Henry se volvió sorprendido.

—Sí, Xavier. Ya le diré a Ben que te presente un amigo, si serás pesado —dijo Tony por teléfono con los ojos en blanco.

Miró para el lado de Henry y lo encontró hablando con una morena de figura despampanante y curvas que quitaban el aire, era ella la que le había tocado el hombro. Tenía puesto un vestido con el que parecía una sirena, que se le pegaba al cuerpo como si fuera una segunda piel.

—¡Uy! —chilló el asistente contemplando la escena—. Veo que mi señor se verá pronto en apuros. Esa seguro que se acercó a Henry con otras intenciones. ¡No le digas ni una palabra de esto a Adriana! Nos veremos en Punta del Este.

Guardando el teléfono en el bolsillo del saco, caminó a grandes zancadas para acercarse a ellos.

—¿Qué tal, querida? Con permisito —pidió mientras empujaba a la

morena para situarse en medio de los dos—. Qué lindos dientes —elogió después sacando el abanico y empezó a lanzarse aire además de mirarla de pies a cabeza.

—Gracias —respondió ella y sonrió mostrando más los dientes perfectos.

Era un lindo ejemplar y por dicha razón, una perfecta tentación para cualquier hombre. ¿Tenía los ojos celestes? No, eso ya era demasiado.

—Tony, ella es Alicinha Do Santos. Quiere hacerme una entrevista —dijo Henry. Parecía fascinado por aquella belleza.

—Encantada —ella estrechó la mano de Tony sin dejar de sonreír.

—Lo mismo. Pero querida, lo siento en el alma. Mañana partiremos muy temprano de viaje y mi señor está muy cansado.

Alicinha Do Santos hizo un mohín de tristeza. Nadie podría resistirse a ese gesto tan tentador, pero Tony se mostró inmovible.

—Son solo unas preguntas. Puede ser en la *suite* de su alteza.

—Claro, en su *suite* —dijo Tony con los ojos bien abiertos. Esa mujer era una descarada.

—Imposible. Pero hablando de todo un poco no te registro, ¿de qué medio eres? —Tony empezó a buscar en la agenda.

Ella nombró el diario para el que trabajaba y el asistente se encogió de hombros.

—De cualquier manera, te lo agradezco. Será para otra vez— manifestó con la misma voz monocorde y pensó—: “*En la próxima visita, cuando Adriana esté casada con él, a ver si te le acercas.*”

Henry le besó la mano para despedirse y cuando él no la estaba mirando, Alicinha dirigió a Tony una mirada de furia. En un segundo esa cara tan hermosa se transformó en la mueca de una gárgola.

“*¡Ja! Está furiosa porque le calé las intenciones*”. Reflexionó Tony con una sonrisa triunfal y sin dejar de mirarla, cerró el abanico, además de gritarle

—: Hasta pronto, querida. Lindo vestido. ¡Y qué bien te quedan las lentes de contacto de color! Adiós.

Edward leyó con atención el informe que le había mandado por *mail* el detective que contrató para investigar a Adriana. Además había un adjunto de fotos de la que sería su nuera (Si decidía aceptarla) en distintos momentos del día, pero lo mejor fue una grabación de una cámara oculta. Se la veía hablando con el detective, que se hacía llamar Jordan Olivier.

“*Incredible*”, pensó, sin despegar los ojos de la pantalla.

En la grabación, la novia de su hijo negaba ser la diseñadora de la nueva muestra de zapatos que presentó aquel afeminado bajito por el que Amy sentía tanto cariño.

Estaba tan atento a la conversación de Adriana con Jordan Olivier, que no se percató de la presencia de su mayordomo.

—¿Mi señor? Aquí le dejo su taza de café.

—Está bien. Ahora lárgate que estoy ocupado —dijo sin mirarlo.

—Con permiso.

A solas de nuevo en el despacho terminó de ver la grabación. No se le pasó desapercibida la seguridad de la joven, el aplomo de sus palabras, el excelente acento a la hora de hablar en inglés. ¿Estaba tomando clases de protocolo con Tony Pacheco? Seguramente. Aunque no podía dejar de reconocer que Adriana tenía brillo propio, el carisma del que toda persona que había hablado con ella, reconocía. ¿Sería que en verdad se le había ido la mano al ponerse en contra de la relación de Henry con aquella muchacha?

—Mi señor. Lamento importunarlo —dijo el mayordomo.

Edward se sobresaltó, había estado tan concentrado en sus pensamientos que esta vez tampoco lo escuchó entrar a su despacho.

—Dime —dijo con la misma poca paciencia de siempre.

El sirviente extendió una mano enguantada con un papel. Era una carta.

—Por un momento pensamos que era una broma, pero de todas maneras decidí entregársela —manifestó Simón con un ligero encogimiento de hombros.

Edward estudió el sobre con curiosidad, dándole vueltas sin encontrar la razón de aquella misiva tan extraña.

—Es para mí —murmuró mirando el sobre con expresión aburrida—. Gracias por traérmelo.

Apenas salió el mucamo, rasgó el sobre y se puso a leer el mensaje. Su indiferencia quedó en el olvido, porque aquellas palabras escritas en el papel hicieron que levantara las cejas con sorpresa.

—¡Simón! —gritó releiendo la carta—. Llama a Louis.

Con esa orden tan tajante, el sirviente no llegó a entrar el despacho y se fue corriendo en dirección al teléfono del pasillo.

Xavier y yo llegamos a José Ignacio a la madrugada del día siguiente luego de un viaje agotador de muchas horas de vuelo. La casa de Robbie Shott, pese a ser muy bonita y gigantesca, tenía un impresionante olor a guardado.

—Hace rato que aquí no se abren las ventanas —dijo mi amigo arrugando la nariz ni bien entramos.

—Voy a preparar algo ligero para comer y nos vamos a dormir. Por suerte Miranda me dijo que la alacena se encuentra bien provisionada —agregué mientras ubicaba la valija a un costado.

—Deja que cocinaré yo. Abre todo y cambia la ropa de cama.

Le hice caso y fui al *living*. Abrí los ventanales que lindaban con el jardín,

después hice lo mismo con las ventanas de los cuartos del primer piso. Parecía mentira que hacía un tiempo viví sola en aquella mansión, sin consuelo por haber perdido a Henry. Me senté en la cama que había ocupado en ese entonces y lancé un suspiro. Ahora por suerte era todo distinto. Si al menos Edward hubiera leído mi carta...

—¡Ya está la comida! —Oí gritar a Xavier desde el piso de abajo—. ¿Te moriste allá arriba?

—Ya bajo. Pará que saco las sábanas y acolchados. Estaba abriendo todo.

Dejé preparados los cuartos para que nos acomodemos más tarde cada uno en su respectiva habitación y en el pasillo me encontré con Xavier, que tenía puesto un delantal de cocina lleno de corazoncitos rojos y lilas.

—¿En qué te quedaste pensando?—consultó apoyando las manos en las caderas. Se lo veía preocupado.

—En cosas tristes, me colgué con eso.

Me dio una palmadita en la espalda.

—Eso ya pasó. Bajemos que ya está la comida.

—¿Qué hay de comer?—pregunté bajando las escaleras detrás de Xavier.

—Arroz con atún.

—¡Guau! Te re esmeraste —dije con burla.

—¿Y qué quieres que haga si no hay otra cosa más que enlatados? Mañana vamos al súper, porque si recibimos a Henry con eso, Pacheco pondrá el grito en el cielo. Ayúdame a poner la mesa. Dale.

—Sí, ya voy.

Comimos en silencio y a las apuradas para ir a dormir rápido. Los dos estábamos muertos de cansancio. Nos despedimos con la misma prisa y creo que ni bien pegamos la cabeza en la almohada, cada uno en su habitación, nos quedamos dormidos.

Al día siguiente, Xavier me despertó a las nueve de la mañana. Luego de

un desayuno de café y algunas galletitas que trajimos desde Francia, empezamos a limpiar.

—Además de *coiffeur* y acompañante de novias vírgenes, ¿también soy la mucama María?—gruñó el peluquero pasando el plumero por los alrededores de las muebles y lámparas de pie.

—No te quejes que ya terminamos —dije pasando el trapo de piso, y luego de reflexionar un instante, agregué—: ¡Ah! Y ya no soy virgen.

—¿Y tendrás la desvergüenza de entrar a la iglesia vestida de blanco cuando te cases? Igual no te preocupes que no diré nada.

Nos reímos hasta que nos dolió la mandíbula.

Una hora después me puse la peluca y los anteojos de sol y fuimos al supermercado. Compramos de todo, desde comida hasta artículos de tocador.

—Adriana no exageres, ni que fuéramos a vivir acá por seis meses. Y basta de meter carbohidratos. Vamos a engordar de lo lindo —mientras hablaba sacaba del carrito de compras algunos chocolates y galletitas.

—Mis viejos se van a quedar dos días y no voy a poder hacer nada con Henry. Pienso llenar todo ese tiempo comiendo —dije entre risas.

El peluquero me miró con curiosidad.

—¿Tú me aseguras que ni siquiera...?

—Nada.

Xavier meneó la cabeza siguiéndome a través del pasillo del súper lleno de góndolas.

—La verdad que no puedo creerlo. ¡Hace tanto tiempo que no se ven y parece increíble que no puedas tocarle un solo pelo a tu novio! Tu papá no puede ser tan anticuado.

—Vos no conocés a Roberto, Xav. El viejo es jodido, va a analizar al pobre Henry con una lupa y además lo va a llenar de indicaciones. Es buen padre pero a veces se pasa de cuida. Pero para eso van a estar Tony y vos.

Llegamos a la fila de las cajas registradoras y esperamos nuestro turno para pagar.

—¿Y qué haremos Pacheco O' Higgins y yo para ayudarlos?

Lo abracé apoyando la cabeza en su hombro.

—Primero y principal, avisarnos cuando mis papás se hayan dormido así mi novio entra a mi cuarto —dije con una sonrisa condescendiente.

—¿Y si tu papá nos sorprende? Ya veo que esa noche nos echa a la calle y Tony y yo dormiremos en la playa.

—Ya nos arreglaremos.

—¡Qué fin de semana complicado! En fin, veremos qué pasa.

Cuando volvimos a la casa acomodamos todo en la heladera y en los rincones vacíos de la alacena. Xavier se fue a dormir una siesta y yo seguí ordenando alguna que otra cosa, igual la casa era tan grande que difícilmente iba a terminar de hacer todo.

A eso de las tres de la tarde escuché llegar un auto. Ruido de pisadas y golpes en la puerta. Apenas corrí a abrir, Macarena se me tiró encima. Tenía el pelo teñido de color turquesa. Raro que Don Roberto Mora la dejara.

—¡Adri!

—Piojito, te súper extrañé—dije abrazándola.

Nuestros papás entraron cargando sus valijas. Allí estaban: Mercedes y Roberto. Mi mamá, siempre delgada y elegante pese a estar vestida de manera informal, y mi papá, con su conjunto deportivo y su panza de taxista, los bigotes renegridos y el pelo cortado casi al ras. En el dedo anular de la mano izquierda llevaba el anillo de casado, y en el meñique otro anillo con el escudo de *Racing Club*. En el cuello una cadena de oro también con el escudo de *Racing Club*. Y en breve prendería un cigarrillo con su encendedor también con el escudo del *club* de sus amores. No hace falta decir que era fanático de ese equipo de fútbol y si tenías la ocurrencia de expresar algo

negativo, aunque sea lo mínimo de su *Racing* querido, podía irte muy mal.

—Hijita —dijo mamá dándome un suave beso en la mejilla—. Qué linda estás, aunque un poco pálida.

—Es el clima europeo, mamá. Dejen las valijas y entren que les preparo unos mates.

—Nena, cómo estás —saludó mi papá abrazándome y olí la colonia que usaba desde que tengo uso de razón—. Yo no quiero mate, mejor traeme un *vermut*.

A mi mamá eso no le gustó.

—Roberto, es muy temprano para tomar alcohol. Además tenés que bajar esa panza, acordate de lo que te dijo el médico.

—Mecha, no me molestes con el bendito colesterol —dijo papá en un refunfuño mientras le pegaba una palmada a su abultado estómago. Pareció acordarse de algo de repente, porque mirando hacia el *living*, preguntó—: ¿Dónde está Enrique?

—Es *Henry*, papá —corrigió Macarena.

—Má sí, yo lo digo en cristiano, y en cristiano se dice Enrique.

—Todavía no llegó —dije señalando los sillones de la sala de estar—. Maca, llevá la bandeja con el termo y el mate que yo le preparo el *vermut* a papá. Pasen al *living*. Pónganse cómodos.

Roberto dejó las valijas a un costado y para mi sorpresa, de una bolsa de lona sacó una jaula.

—¿Trajiste al Chingolo? —dije no pudiendo creer que mi papá se aventurara a traer al pobre pájaro de paseo.

—A mi Chingolo le encanta pasear —abrió la jaula y el perico, al que imaginé muerto de miedo por viajar en una bolsa de lona, salió de su casita y trepó hasta la mano de Roberto.

Él empezó a silbarle, el pájaro le respondió con una catarata de palabras,

cantos y gorjeos.

—Qué casa tan grande y linda —admiró mi mamá acomodándose en un sofá tal vez para no seguir hablando de la mascota.

—Es del amigo de mi novio.

—¿De Robbie Shott? —preguntó Macarena con los ojos bien abiertos y lanzó un silbido de admiración—. Fuaaa. ¡Sí que tiene plata!

Pero Roberto siempre tenía que expresar su opinión o hacer alguna pregunta incómoda, era de esa clase de gente que no se callaba nada. Decidí que en caso de que fuera necesario, traduciría a Henry solo lo que me pareciera correcto.

—¿Ese empresario que fabrica chocolates y anda con un peinado raro y se pone ropa toda brillante? —preguntó pasándose la mano por el bigote.

—Sí, papá. Y no es raro...es excéntrico —remarqué.

—En mi barrio se lo llamaría de otra manera, nena. Bueh, ahora contanos de vos.

Hablamos un rato largo y ya cuando estábamos en lo mejor de la charla, se apareció Xavier. Me levanté para presentarlos.

—Papá y mamá, este es mi amigo Xavier. Maca, vos que siempre quisiste conocerlo, acá lo tenés.

El peluquero bajó el tramo de las escaleras con pasitos cortos y elegantes. Y se adelantó para besar la mano de mi mamá.

—Señora mía, estoy a sus pies.

—Qué divino —dijo mi mamá con una sonrisa.

—Señor, un gusto —saludó a mi papá con un apretón de manos pero lo vi retorcerse con un dejo de dolor cuando mi viejo le dio el conocido apretón de manos “bien a lo hombre”.

—Igualmente, pibe. ¿Un *vermut*?

—No, gracias —Xavier agitó la mano. En verdad le había dolido el saludo

de mi papá.

—¡Hola, Xav!—saludó mi hermana.

Xavier le dio un beso en cada mejilla.

—¡Qué jovencita tan linda! —dijo mientras la hacía girar para admirarla—. A ver cuándo encontramos un joven apuesto para esta princesita. ¿Tal vez un noble inglés? ¿Un conde, algún duque de dieciocho años?

Roberto asomó el bigote sobre su vaso de *vermut*. Se lo veía serio.

—Sobre mi cadáver. Ya bastante tengo con una hija mía a punto de irse a vivir a un castillo en el culo del mundo.

Xavier se puso verde y al mirarlo escondió una carcajada en la bombilla del mate.

—¡Oh! Fue solo una broma, estimado señor —dijo mi amigo con una mano en el pecho. Para consolarlo, Maca lo abrazó.

—Pa, ¿puedo dormir en el mismo cuarto que Xavier? —preguntó ella. El *coiffeur* le había caído bien al instante.

—¡Ay, sí! ¡Por favor! —pidió Xavier expectante. Daba saltitos de entusiasmo, imitando a mi hermana.

—¡Qué! ¿Cómo se atreven a...? —empezó a sulfurarse mi papá

Mi mamá se inclinó para susurrarle algo al oído y se calmó al instante.

—Bueno, está bien.

—Señor mío, le juro que soy inofensivo.

—Ya sé, pibe. Mi señora me acaba de decir lo mismo. No hay problema —dijo mi papá poniendo los ojos en blanco con El Chingolo sobre el hombro.

Después de los mates les mostré la habitación dónde pasarían la noche. Mi papá junto a Xavier llevaron un silloncito-cama a la habitación que compartiría con Macarena.

—La cama cómoda es para mi princesita —dijo el peluquero haciéndole

un guiño de complicidad a mi hermana. Y ella lo tomó de la mano con una sonrisa.

Fuimos a descansar y más tarde cenamos en el jardín. Con mi mamá y Xavier hicimos un par de pollos al horno y varias ensaladas. Tuvimos que comer rápido porque empezaron a caer unas gotas. El cielo estaba encapotado y se veían algunos relámpagos.

—Qué macana, y yo que quería ir mañana a la playa —se quejó Maca con tristeza.

—Bueh, tomemos un cafecito en el *living* —dijo mi papá.

Volvimos a sentarnos a charlar con una taza de café en la mano y cuando nos retirábamos a dormir, oímos llegar un auto. Xavier se asomó por la ventana.

—¡Es su alteza! —exclamó con los ojos bien abiertos.

—Uh, espero que papá lo trate bien —murmuró mi hermanita.

—Yo también, a veces no sé si es peor nuestro papá o el de Henry —le dije en el mismo tono bajo.

—No, no. Papá es peor.

—¡Ay, qué Dios me ayude! —dije en tono compungido abrazándola.

Unas horas antes, en casa de su padre, Louis leía con atención la carta que había llegado para Edward.

—¿Y? ¿Qué piensas? —preguntó muy serio.

Louis se rascó la barbilla y clavó los ojos azules en los de su padre.

—Es de Adrienne, no cabe duda.

Edward se acomodó en el sillón y sacudió su vaso de *whisky*. Los cubitos de hielo tintinearón haciendo eco en medio del silencio aplastante del despacho.

—Yo tampoco, y ninguna mujer escribiría estas líneas —murmuró con indiferencia—. ¡Sería demasiado desinteresada o muy loca!

—O está muy enamorada de mi hermano.

—Tal vez —Edward estaba confundido—. Pero por derecho le correspondería una suma de dinero al mes como sueldo por sus compromisos protocolares.

—Pero ella dice que seguiría trabajando junto a Xavier y lo que pagarían como futura duquesa de Sussex lo donará a algún comedor infantil o...

—A beneficio de la fundación de Henry. Lo leí varias veces para convencerme de que en verdad había interpretado lo mismo.

—Papá, Henry no es ningún tonto. ¿Piensas que podría casarse con alguien como Chelsy? Adrienne es muy distinta, además una vez me contaron que cuando se separaron quiso devolverle todas las joyas y ropa que él le obsequió. Está siendo sincera; yo no la conozco pero sin equivocarme te aseguro que lo que escribió es cierto.

—Si está siendo sincera, entonces firmará un documento.

Louis no podía creer lo que estaba escuchando. Con enojo se levantó haciendo caer la silla.

—¿Piensas de verdad hacerle firmar algo legal?

—Por supuesto, si tanto quiere a tu hermano, lo hará. Y mientras lo firma le miraré la cara para ver qué expresión pone.

—Henry jamás te lo perdonará.

—Tu hermano no tiene nada que ver, esto es entre ella y yo.

—Papá, deberías tener cuidado. Estás jugando con fuego.

—Sé muy bien lo que hago.

De un manotazo, Louis arrancó su saco del perchero.

—No sé para qué me pides una opinión si haces lo que quieres —dijo mientras se iba del despacho.

Capítulo 19

Apenas lo vi me arrojé a sus brazos. ¡Por fin estábamos juntos!

—*Caríssima*.

—Mi amor.

—Besame en la mejilla —dije entre dientes.

—¿Qué? —Henry me miró con sorpresa.

—No se te ocurra darme un beso en la boca que papá nos está clavando la mirada.

—¡Ah! Con razón sentí un calor en la nuca —dijo con una sonrisa.

Le saqué la gorra y le acaricié con ternura el pelo rojo. A lo lejos oí que mi papá lanzó un carraspeo de impaciencia.

Tomé de la mano a mi novio y lo presenté a mi familia.

—Papá, mamá, Maca. Él es Henry.

Mi mamá fue la primera en adelantarse.

—Mucho gusto en conocerte, querido —dijo dándole un beso en la mejilla—. ¡Qué ojos tan lindos! —dijo en un inglés impecable. Sospeché que había desempolvando sus libros del secundario para darle una repasada al idioma.

—Gracias, señora —respondió Henry.

—¡Hola, *chico Oxford!* —exclamó mi hermana mucho más desenvuelta hablando en inglés y acercándose para darle un beso en la mejilla, imitando a mi mamá.

—Lo recuerdo, me llamaste así durante un buen tiempo. Mucho gusto.

Mi papá se adelantó lo suficiente para extender una mano en señal de parco saludo.

—Qué tal, Roberto Domingo Mora para servirle —dijo de manera seca.

—Mucho gusto —respondió Henry en español. Quiso tocar al Chingolo,

que estaba instalado sobre el hombro de Roberto, sobre su eterno repasador a cuadros. Estuve a punto de decirle que no era buena idea hacerse el amistoso con el pájaro porque parecía compartir la mala opinión de su dueño. Y así fue, casi le arranca el dedo.

Roberto ni se dio cuenta del gesto del Chingolo, solo se quedó sorprendido de otro detalle:

—¿Hablás en español? Mirá que yo no hablo ni una gota de inglés.

Traduje en inglés lo que mi papá dijo.

—No sé español, lo siento mucho —dijo Henry al mismo tiempo que se ponía rojo, igual de rojo que su pelo. Maca hizo esta vez de traductora, a lo que mi papá respondió:

—Y yo siento mucho que te robes a mi hija y te la lleves lejos de mí, fosforito.

—¡Roberto! —exclamó mi mamá en tono escandalizado.

—¿Qué dijo?—preguntó Henry.

—Qué tenés el pelo tan rojo que parecés un fosforito —traduje. Macarena lanzó una carcajada.

Se hizo un silencio incómodo y Tony empujó la puerta para entrar. Desplegó el abanico y dejó la valija en el piso.

—Qué tal, soy Tony Pacheco O’Higgins, colaborador y mano derecha de su alteza. ¡Qué tiempo tan horrible! Mi señor y yo estamos muertos de cansancio.

Saludó a cada uno de nosotros con un beso en la mejilla y una sonrisa.

—Ahora vienen los guardaespaldas trayendo el equipaje de su alteza. ¿Dónde duermo?

—Conmigo —le dije tomándolo del brazo.

—¿Este también es de la misma “especie” que el tal Xavier? —dijo mi papá en voz baja cuando Tony y el *coiffeur* empezaron a subir las escaleras

alejándose de nosotros, pero lo escuché bien claro.

—Roberto, no seas bruto. No voy a usar el mismo vocabulario que vos, pero podés quedarte tranquilo con Tony —afirmó mi mamá.

—¿Y yo dónde duermo? —preguntó Henry.

Maca le tradujo la pregunta a mi papá.

—En la habitación que está al lado de la nuestra, para que no haya sorpresas. A ese *fosforito* lo voy a vigilar bien de cerca —dijo Roberto mirándolo de reajo. Y entró al dormitorio que ocuparía junto a mamá no sin antes señalarle a mi novio el cuarto más lejano, que además estaba pegado al que ellos ocuparían.

Abrí la boca para traducir a gusto y *piacere mio*, pero Henry me interrumpió:

—Ya sé que me llamó fosforito, lo demás no lo entendí aunque adivino que me tiene entre ceja y ceja.

—Dale tiempo, amor. Mi papá no es malo, solo un poco complicado. Pero le vas a caer bien, te lo aseguro.

—Esperemos, porque si no estos dos días que se quede aquí serán eternos. Dame un beso —y me tomó de la cintura.

—En la mejilla —me puse de costado alejando la boca lo más posible.

Henry esquivó mi mejilla y me dio un beso muy rápido en los labios.

—¡Eso es trampa! —le dije al oído.

—Soy bueno para los besos robados. Quiero otro.

—No te abuses, porque a papá Mora no le importa que seas un príncipe y vas a dormir en el jardín. Y te aviso que está lloviendo fuerte.

—Me arriesgaré —agregó en voz baja.

No pude resistirme a un buen beso estando en sus brazos. Lo miré a los ojos, dispuesta a darle un beso como la gente. Cerré los ojos, me acerqué de a poquito a él y...

—¡A ver los enamorados! —exclamó mi papá mientras aplaudía—. ¡A dormir que ya es tarde! ¡Buenas noches! ¡O “*gut naig*” para vos, fosforito!

—Se van a casar, Roberto. Dejalos en paz, son grandes —oí que le dijo mi mamá.

—Cuando estén casados pueden hacer lo que quieran, ahora no. Adriana, andá a dormir con “Poly”.

—Con Tony, papá. Y ya me voy.

—Vos también, fosforito. Y largá a mi hija —advirtió señalándolo antes de entrar a su cuarto. Vestía una remera blanca con el escudo de *Racing Club* y unos *shorts* de gimnasia. En la parte central de la remera en grandes letras rojas se leía: “Sos mi vida”.

—Ya lo oíste, fosforito. Soltame de una vez —dije entre risas. El nuevo apodo de Henry me hacía reír.

—Hasta luego. En cuanto escuche que se durmieron, te escribiré por *Whatsapp* así voy a tu cuarto.

—Vos no conocés a mi papá, va a dormir con un solo ojo.

—No importa, arregla detalles con Tony, que yo le digo a Xavier y a tu hermana, que los tengo también al lado, que nos avisen.

—Vas a decir que soy una tarada, pero me da un poco de cosa hacer algo con mis viejos tan cerca.

—Aunque sea para darnos un beso de verdad, si tanto te preocupa.

—¡Adriana y fosforito, último aviso que doy! —exclamó Roberto con voz de trueno.

—Esa es la última advertencia de mi papá. Hasta mañana, mi amor.

Amy y Louis fueron a bailar y se divertieron de lo lindo. Luego los invitaron a la casa de unos amigos a tomar unas copas y volvieron tarde.

La duquesa no cesó de observar a su marido, pese a la alegría que demostraba, ella lo notaba preocupado. Pero sabía que Lou necesitaría desahogarse con alguien.

Él no sabía qué hacer, y antes de dormir le contó todo acerca de la carta de Adrienne y la reacción de Edward. Amy lo escuchó en silencio y luego de reflexionar un instante, dijo:

—No cuentes nada. Si se lo dices a tu hermano, se armará un lío terrible. Discutirá con tu padre, y él dejará en la nada lo de la visita de Adrienne a la reina. Tal vez si Edward conoce a Adrienne en persona, puede que cambie de opinión.

Nervioso, Louis se pasó la mano por el pelo.

—Henry se enfadará conmigo cuando se entere de que yo sabía todo acerca de la carta de Adrienne.

—Amor, eso corresponde que Adrienne se lo diga.

—¿Y lo del documento legal que mi padre piensa hacerle firmar? Imagínate la cara que pondrá cuando papá plante esos papeles en la mesa para que Adrienne los firme. Le caerá como un baldazo de agua fría.

Amy meneó la cabeza. Con el carácter del suegro y la impetuosidad de su cuñado no faltarían los problemas.

—Dejemos que las cosas se den como se tengan que dar.

Louis la atrajo hacia él y ella apoyó la cabeza en su pecho.

Cerré la puerta del cuarto y corrí a sentarme en la cama de Tony, al lado suyo.

—Compañero de cuarto, por dos días y medio voy a tener veda sexual. Así que contame todo acerca de Ben Hascott —dije en tono confidencial—. Mientras tanto, me pongo el *pijama*.

—¿Qué quieres que te cuente?

Pegué un salto y saqué uno de mis pijamas del *placard*. Era demasiado santurrón: un conjunto de remera y pantaloncito corto de color celeste con rayas azules.

—Cómo se nota que no pasarás la noche con mi señor: esa ropa de dormir debe haber sido la misma que utilizaste en algún campamento adolescente — dijo Tony con una sonrisa.

Él estaba siempre elegante, con un pijama de raso gris. Llevaba el cabello suelto. Siempre lo tenía atado con una colita y todo peinado hacia atrás, pero ahora le caía sobre los hombros en hermosos rizos castaños.

Cuando volví a ocupar mi sitio, le palmeé la pierna.

—No te desvíes del tema. Ahora contame todo.

Pacheco bajó la cabeza y se ruborizó todo.

—¡Uf, qué complicado que sos! —pero se me ocurrió una idea, y pregunté —: ¿Querés que traiga un poco de licorcito? Y unos chocolates.

Tony lanzó una carcajada.

—¿Pretendes emborracharme para que suelte la lengua? Estoy muy cansado.

—Entonces asumí que hasta que no me cuentes lo de Ben Hascott, no voy a dejarte en paz.

Me agarró de la mano y se acercó a mí.

—Acepto el licor y los chocolates.

Puse un dedo en los labios para hacerlo callar. Los dos nos reímos.

—¿Estás escuchando esa voz? —dije sin dejar de reírme—. Es la de mi papá, y va a tardar un buen rato en dormirse. Voy y vengo, así que andá preparándote, ¿escuchaste?

Salí de la habitación, así como estaba, descalza; y en puntas de pie bajé las escaleras. Ya de vuelta con mi provisión de alcohol, copitas y dulces, escuché

a mi amigo.

Me contó la primera cita con Ben: cómo se dieron cuenta de que tenían muchos gustos en común, porque compartían la misma afición a la ópera, los libros y hasta en la música.

—Seguimos en el *restó* hasta mucho después de terminar la comida. No dejábamos de hablar, hasta que empezaron a apagar las luces invitándonos a irnos —agregó.

—¿Y después?

—Al día siguiente nos encontramos, y al otro y al otro... así fue toda la semana y también la siguiente. Creo que nos vimos todas las películas que había en la taquilla y las obras de teatro disponibles. Hablamos por teléfono a diario y por *Whats*. Hasta que un día me dijo... —y se quedó callado.

—¿Y? ¡No me dejes en ascuas!

—Es que me cuesta —acercó su copita—, dame más de esto, se me secó la garganta.

—Con tal de que sigas hablando yo te sigo sirviendo.

Tony carraspeó y me miró a los ojos. Se le hacía complicado hablar del tema pero relató con voz casi inaudible las palabras de Ben:

—Me dijo: “te parecerá estúpido, pero creo que me estoy enamorando de ti.”

Lancé un grito de entusiasmo y escuché a lo lejos la voz de trueno de Roberto:

—¡A ver si se callan que estoy viendo la tele!

—No le hagas caso a mi papá, se piensa que todavía tengo trece años —tomé de las manos a mi amigo—. ¡Tony, qué linda noticia! ¿Y vos qué le contestaste?

—Le dije, “yo también te pareceré un estúpido, pero siento lo mismo” Y a partir de ahí no volvimos a separarnos, hasta que debí viajar con mi señor a

Belice. Adriana... —sonrió de manera tímida y se me acercó, como quien hace una confidencia—: Ben es muy especial, hace años que no siento nada así por nadie. Me da un poco de miedo mostrarme vulnerable, pero necesito que alguien me ame y me contenga.

Lo abracé y le di un beso en la mejilla.

—Amigo, todos necesitamos un amor. Vos sos una buena persona, un poco mandón, eso sí —le di un cachetazo de broma en el hombro—, pero muy dulce. Me alegro mucho por vos.

—Gracias, Adri. Cuando vuelva a Londres, si todo sigue bien entre los dos, nos vamos a comprometer.

—Soy muy feliz por vos. Y quiero conocer a Ben, me lo tenés que presentar.

—Cuando pase lo de la entrevista con la reina y seas la novia de mi señor ante todo el mundo, conocerás a Ben. Es un ser bondadoso, no tiene un atisbo de maldad. Te agrada mucho y seguro que tú también a él.

Nos interrumpieron unos golpecitos en la puerta.

—Ese debe ser mi jefe —dijo Tony.

Agregué que no creía que fuera Henry, porque teniendo el cuarto de Roberto pegado al suyo, estaría bien enterado de que aún mi papá seguía despierto.

Corrí a abrir. Eran Macarena y Xavier. Al mirarlos lancé una carcajada: los dos tenían puesto una especie de engrudo blanco en la cara y algo verde cortado en pedazos en la frente, mejillas y mentón. Y para culminar esa visión horrorosa y risible, cada uno llevaba una gorra de baño transparente en la cabeza.

—¡Pero qué horror! —exclamó Tony con los ojos desorbitados—. Parece que se escaparon del tren fantasma. ¿Qué hacen en esas fachas?

Xavier hizo un gesto para que baje la voz y dijo en voz apenas audible:

—Adriana, su alteza quiere verte en el jardín.

—¿Y cómo saben? Apenas Henry o ustedes abrieran la puerta, papá saldría al pasillo. Recuerden que “fosforito” y yo tenemos prohibidas las visitas nocturnas.

—¿Quién es “fosforito”? ¿Mi señor? —preguntó Tony alzando una ceja.

—¡Ah! Es que su alteza y nosotros establecimos una conversación en clave: un golpe en la pared para decir “Si” y dos para el “No”—explicó el peluquero. Macarena asintió apenas, tal vez para que no se le cayeran los pedazos de fruta o verdura que tenía pegados en la cara.

—¿Código de golpes en la pared? —dudé—. Parece como si estuviéramos en la cárcel.

—¿Y cómo llegaron a la conclusión de que Adriana se encontrará con él en el jardín? —quiso saber Tony.

—Fueron varios golpes —informó Macarena—. No lográbamos acertar con el lugar en que Henry pensaba encontrarse con vos.

—De tantos golpes, iban a terminar haciendo un agujero en la pared —agregué pensando en el estado en el estado que le habrían quedado los nudillos a mi novio. Era una situación muy bizarra—. ¿Y papá no les dijo nada? Se debe haber dado cuenta de que salieron del cuarto.

Xavier mostró con actitud triunfante un esmalte de uñas y Macarena enarboló un termo de café.

—Conversación de chicas —dijeron a dúo.

—¿Y vas al jardín sí o no? —preguntó mi hermanita.

Antes de responder, vimos que en la semipenumbra del cuarto y desde la ventana brilló un relámpago.

—Y yo les diría que no es buena idea —comentó Tony—. Está lloviendo a cántaros.

Xavier tomó la mano de mi hermana.

—Entonces vamos a avisarle. Dos golpes en la pared para el “no”. Ya volvemos. Princesa, abre la puerta.

Tony le efectuó un castañazo en la gorra de baño.

—No seas estúpido, ¿para qué está la tecnología? ¡Ay, Dios! Tengo que estar en todo —de la mesita de luz buscó su celular y llamó a Henry por videoconferencia de *Whatsapp*, apenas atendió oímos que le dijo—: ¡Mi señor, usted perdió la cabeza, afuera hay una tempestad terrible! Está bien, pongo el teléfono en altavoz así Adriana también lo escucha.

—Adrienne, quiero verte —se quejó mi novio, se lo veía de malhumor y con expresión aburrida.

—Henry, yo te amo, pero ni en pedo salgo al jardín. Nos vamos a empapar —gruñí.

—Entonces voy a tu cuarto. Tu padre prendió la tele a todo volumen y no sé si es una provocación hacia mí o qué, pero estoy escuchando el sonido de un partido de fútbol, aquel que Maradona hizo el gol a Inglaterra con la mano. No para de lanzar exclamaciones como un demente y grita “¡Vamos, Diego!” cada segundo y medio. Creo que recién es el primer tiempo, así que no podré pegar un ojo hasta dentro de dos horas.

Todos reímos.

—Muy propio de papá —dije limpiándome las lágrimas de risa se me deslizaron por las mejillas—. Ya sé que estás sufriendo, amor mío, pero tenele paciencia.

—Necesito una compensación, aunque sea un buen beso. En realidad necesito otras cosas más, pero no lo diré porque está presente tu hermanita.

—Va a ser un lío, pero está bien. Ya veremos cómo nos arreglamos. Ahora mando a Macarena y a Xavier para que te avisen y te venís para acá.

—De acuerdo.

Le devolví el teléfono a Tony.

—Y yo les sostengo la vela, ¿no? Mierda, tendré que irme yo también — dijo buscando su salto de cama.

Xavier y Macarena abrieron la puerta y mi hermana se asomó al pasillo. Los tres salieron en dirección a su cuarto y de manera repentina se abrió la puerta de la habitación de mi papá.

—¿Qué pasó?— preguntó.

—Nada, señor. Olvidamos en mi cuarto las tazas para servirnos el café — respondió Xavier.

—Es hora de dormir, dejen de dar vueltas que me estoy perdiendo el partido.

—Papá, viste ese partido un montón de veces, andá a descansar —dijo Macarena.

—Está bien —Roberto dirigió la mirada hacia Tony y hacia mí, que estábamos asomados a la puerta de nuestro cuarto—: ¿Y ustedes dos?

—Mirábamos nomás.

—A dormir —gruñó como última respuesta y luego de meterse en su cuarto dio un portazo.

Macarena corrió a golpearle la puerta a Henry y este salió al instante.

—¡Apúrese! —chilló Xavier en voz baja y siempre de la mano con Macarena, entraron a su habitación.

Descalzo y vestido con un pantalón de deporte y remera blanca, Henry iba en mi dirección y Tony en la opuesta, para encerrarse con Macarena y Xavier. Pero se oyó un “¡Blum!” y Roberto se asomó desde su habitación.

—¿Se puede saber por qué tanto alboroto? ¡Ya están grandes para jugar a las escondidas!

—Yo me voy al cuarto de mi amigo y su hija. Vamos a hacer unas competencias con el juego de la oca, es que adoramos lo desafiante y moderno de ese juego. ¡Qué cabeza fresca que tengo! Me lo olvidé —dijo

Tony improvisando.

Roberto observó a Henry con curiosidad.

—¿Y a vos qué se te perdió, fosforito?

—Tony, inventa lo que se te ocurra —pidió Henry a su asistente.

—Al baño —respondió Pacheco señalando para el otro lado—. Aún se confunde.

—Decile que voy a comprarle un *GPS* para que no vuelva a perderse. “*Gut naig*”, fosforito.

—Buenas noches —dijo Henry (era una de las pocas frases que sabía decir en español) y alzando una ceja, dio la vuelta y se dirigió al baño.

Miré a mi papá y le hice un gesto de saludo de lo más inocente.

—Qué no vea algo raro, ojito con ustedes dos. No quiero que hagan nada hasta que tengan un anillo de oro en el dedo anular. Me voy a ver el partido. Chau —cerró la puerta con otro elocuente ¡*Blum!*

Tony se asomó desde el cuarto de Xavier y silbó. Henry salió del baño tratando de hacer el menor ruido posible. El asistente y el peluquero, junto a Macarena, se asomaron para mirarlo desde el interior del cuarto.

—Mi señor, decidimos con Xavier y Maca que es mejor que vengan al cuarto de ellos. Está más alejado que los otros —susurró Pacheco.

—¡Pero la gran puta, me están mareando!— protestó mi novio en voz muy baja— Ven, Adrienne. ¡No es gracioso, basta de reírte!

—Me siento como de trece años. Dale, apurémonos.

Pasé por lado del cuarto de mis papás con todo el sigilo posible y lo tomé de la mano. Macarena, Xavier y Tony salieron del cuarto a las corridas, (también tomados de la mano, vaya a saber uno por qué) Henry y yo nos cruzamos con ellos. En el ínterin de cambiar de habitación, Roberto volvió a asomarse a la puerta. Todos nos detuvimos y solté a Henry. De los nervios, Tony lanzó una risa nerviosa y empezó a abanicarse.

—¡Qué hacen todos en el pasillo! —bramó mi papá. Vi que se le agitaba la vena paterna en la frente. Ya estaba sospechando algo.

—Voy al baño— se me ocurrió decir.

—Olvidé el termo de café en el cuarto de Adriana y Tony, y como no me gusta la oscuridad le dije a Xavi que me acompañara —barbotó mi hermana.

—Y ya que estaba los acompañé —dijo Tony palmeándose la frente—, recordé que el juego de la oca lo dejé en mi habitación. ¡Qué cabeza la mía! Y mi señor tiene insomnio.

—Ya veo —dijo mi papá cruzando las manos en su voluminoso abdomen y se acercó a Henry—. Mi mujer se quiere dormir y yo tengo ganas de ver el partido de México 86'. ¿Me acompañás, fosforito? Vamos al *living*, el plasma de tu amigo el chocolatero tiene también un *DVD*.

Henry hizo un gesto de no entender.

—Quiere ver el partido de fútbol con vos. El del mundial —traduje y agregué—: No te olvides de que te amo.

Macarena ahogó una risita. Henry dijo que sí con la cabeza y mi papá le palmeó el hombro. Empezaron a bajar las escaleras.

—Ahora vas a ver lo que es el Diego, fosforito. Ya sé que no me entendés un carajo, pero vas a ver lo que fue “la mano de Dios” o “*gots jand*” en tu idioma. Además te sirvo un *fernet*, no hay cosa mejor en el mundo —oí decir a mi papá a medida que los dos bajaban.

Tony y yo volvimos a nuestro cuarto y Macarena y Xavier al suyo. Ya veríamos de qué forma podríamos arreglarnos para darnos un beso de verdad, pero sería ya al día siguiente.

Cuando me desperté, Tony ya no estaba en la habitación. Miré el reloj: las nueve de la mañana. Abrí la ventana y contemplé el cielo de color gris plomizo, pero hacía calor y al menos ya no llovía.

Impaciente por saber lo que me depararía la mañana, me puse el salto de cama, bajé al comedor y encontré a Roberto leyendo el diario. Estaba con cara de enojado.

—Buen día, papá.

Asomó el bigote y contemplé su gesto adusto y sus anteojos de lectura de armazón de metal negro.

—¿Vas a desayunar algo como la gente o le vas a entrar a la fritanga que se está cocinando el fosforito?

—¿Fritanga? —Lo miré con curiosidad y luego recordé—: ¡Ah! Huevos revueltos, Henry desayuna eso. Yo prefiero las medialunas.

—Igual reconozco que me sorprendió: pensé que por ser “un principito” no sabía siquiera hacerse un huevo pasado por agua. ¡Aggg, pero qué olor a fritanga!

Tony salió de la cocina.

—Por suerte fuimos con Xavier y Macarena a la panadería del centro y trajimos facturas, mi señor está preparando su desayuno —se sentó al lado de mi papá con un plato donde descansaba una solitaria medialuna.

—Se nota que “se está preparando su desayuno”, apesta toda la casa con sus benditos huevos fritos —rezongó Roberto.

El asistente no supo qué responder, así que optó por morder su medialuna.

—Voy a saludar a mi novio —dije, aprovechando para huir.

Roberto volvió a hacer crujir el periódico para observarme por encima de la página de deportes.

—Pedile que abra las ventanas, el olor a frito me descompone las tripas —después de lanzar un suspiro iracundo volvió a leer la página de deportes mientras murmuraba—: Este diario no me gusta, y Macarena se tarda mucho en traer el que siempre compro.

Abrieron la puerta de entrada, era mi hermana que corrió a la mesa del

comedor.

—Acá está el diario, papito —dijo mientras le entregaba el periódico y además le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, nena. Sentate a desayunar.

Cuando entré a la cocina vi a mi novio sirviéndose los huevos revueltos en el plato y lo abracé por detrás mientras apoyaba la cabeza en su hombro.

—Buen día, mi amor.

Aún tenía el pelo húmedo, parecía haberse duchado hacía poco tiempo. Llevaba una bata de algodón sobre el pijama.

Él se volvió hacia mí y me dio un apasionado beso en la boca.

—Está mi papá en el comedor.

—Tengo hambre. Y no me refiero a la comida.

—Cuidado, fosforito —advertí en broma mientras me dejaba besar el cuello—, mi papá no entiende inglés pero no es ningún tonto.

Y para qué lo dije, porque desde el comedor, se oyó la voz de trueno de Roberto:

—¡A ver si la cortan con el besuqueo que quiero que desayunemos todos juntos!

—Vamos, Hen. Es la advertencia de fuego de papá.

Henry llevó el plato con su desayuno y yo busqué dos tazas para tomar café con leche.

Ocupamos nuestros puestos en la mesa del comedor y mi mamá se sentó con nosotros, no sin antes servirse un vaso de jugo de naranja. Xavier untaba un pan con manteca, Tony comía una segunda medialuna y Maca sorbía su taza de chocolatada. En un momento todos nos sobresaltamos porque Roberto lanzó una exclamación.

—¡La puta!

Mamá lo miró con mala cara.

—Roberto, ¿qué te dije de las vulgaridades en la mesa?

—Mil disculpas —dijo mi papá con burla y se concentró de nuevo en el diario—, pero esto quizás les interese: ¡Tu foto está en la primera página de la sección de espectáculos, fosforito! ¡Y también Xavier con una rubia teñida! Pero resulta que la rubia sos vos, Adrianita.

—¡*Mèrde!* —protestó Xavier pidiendo el diario, y al mirar donde estaba la nota, dijo—: las fotos no nos hacen justicia. ¡Miren la cara de idiota que tengo! Adriana, tampoco te ves muy bien.

Le quité la sección de espectáculos y comenté en inglés:

—Se enteraron de que Henry no viajó a Londres y saben que estoy en Punta del Este. Seguro que en la sección de espectáculos de mañana sale la noticia que estamos juntos. Maca, traduce lo que dije a mamá y a papá.

—Eso ya lo sabíamos, pero por suerte la casa de Robbie está tan protegida que no podrán llegar ni siquiera a los límites del terreno —dijo mi novio encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Mi amor, se treparán a los árboles o escalarán el muro de entrada. Sabés que ellos siempre se las arreglan para conseguir una foto exclusiva.

—Pero eso no quiere decir que nos vamos a quedar sin ir a la playa —intervino mi hermana—. ¿No, mamá?

—No sé, hija. Veremos que deciden tu hermana y su novio.

—Vamos igual a la playa —dije—. Está nublado pero hace mucho calor, además pasé tanto frío en Europa que no veo la hora de ponerme un traje de baño.

Henry me guiñó un ojo y le sonreí con picardía. Mi novio se encontró con la mirada de Roberto, que se bajó el párpado inferior en un claro gesto de “ojito”.

—¡Papá, tengo treinta y dos años! ¿Por qué no puedo pasar un día de

playa con mi novio? ¿Qué querés que me ponga, un cortinado encima? —estallé llena de malhumor. Henry me tomó de la mano para que me tranquilice.

—Claro que podés ir a la playa con *tu* fosforito, hija. Pero Maca y tus amigos te van a acompañar.

—¡Qué! —se escandalizó el *coiffeur* y Tony le pegó una patada por debajo de la mesa, el cambio de Xavier fue instantáneo, porque con una sonrisa forzada, agregó—: Por supuesto, no nos perderíamos un paseo por la playa ni locos.

Terminé mi café y corrí a ponerme el traje de baño, bastante sobrio teniendo en cuenta que estaba de vacaciones con mi novio, porque no podía caer con una *bikini* escandalosa delante de la mirada de Roberto. Así que me puse un conjunto de dos piezas de tono lila, un vestidito playero encima, sandalias a tono y una gorra blanca con visera. Al salir del cuarto, Henry (vestido con una remera blanca y shorts largos de baño hasta la rodilla) me aprisionó en sus brazos.

—Te sacaría todo.

—Tendrás que esperar a que mis viejos y Macarena no estén, así que paciencia, novio fogoso —dije mirándolo a los ojos.

Mi papá hizo su aparición en el último tramo de la escalera, tenía puestos unos *shorts* de algodón, una camisa a cuadritos (los botones que le tapaban la panza estaban a punto de estallar) y ojotas. Se cubría la cabeza con una gorra estilo *Gilligan*. Al parecer contaríamos con su presencia en la playa. ¡Carajo! No podría mostrarme tan apasionada con mi novio.

—¡Pero ustedes son de no creer, todo el tiempo pegados! —comentó Roberto con los ojos en blanco y uniendo las manos para dar un aplauso—. Vamos a la playa, a ver si toman un poco de sol. Te convendría ponerte un

protector solar muy alto, porque si no vas a terminar como un camarón, fosforito. ¡Despéguese! —y siguió aplaudiendo, para que acatemos su orden—. Andando, che.

Le hicimos caso y lo seguimos en dirección a la salida de la casa, siempre tomados de la mano.

De camino a la playa, Maca no cabía de gozo, se le pasaba charlando con Tony y Xavier sobre el vestido que llevaría el día de mi boda con Henry; el peinado que se mandaría a hacer y lo que dirían sus compañeros de colegio cuando la vieran por televisión.

“Si Edward me acepta”, pensé con miedo.

—¿Adrienne, qué te ocurre, mi amor? —preguntó Henry deteniéndose y tomándome de la cara.

—Tengo algo que decirte, pero cuando lleguemos a la playa. Nos sentaremos a solas y te cuento.

—¿Es grave? —preguntó poniéndose serio.

—Es algo que hice.

El móvil de Henry empezó a sonar y haciéndome un gesto para que lo disculpara, atendió:

—¿Qué pasa, papá? Sí, estoy en Punta del Este, me encontré con mi novia —me tomó de la mano de nuevo y seguimos caminando—. ¿Ya tienes la fecha de encuentro en el palacio de la abuela? ¡Perfecto! Acuérdate que no puede ser en menos de una semana —asintió mientras el padre le hablaba—. *OK*, en ocho días nos vemos a Londres. Adiós.

—¿En ocho días?

—Sí, si tus padres se van mañana, tendremos tiempo para disfrutar unos días de intimidad —e hizo un guiño de picardía—, no te dejaré salir de la cama en toda nuestra estadía en José Ignacio. Me cobraré con creces todos la abstinencia que me estás haciendo sufrir.

—¡Qué pervertido! —exclamé entre risitas—, ya veo por qué mi papá te caló desde el principio, sos terrible.

En la playa vimos que Roberto, con ayuda de mi mamá, acomodaba en la arena unas mantas. Abrieron la sombrilla y mi papá se dispuso a preparar el mate. Maca, Xavier y Tony plantaron sus reposeras y empezaron a embadurnarse de protector solar. De mi bandolera, saqué una toalla enorme, la extendí sobre la arena y tomé asiento. Palmeé el suelo y Henry se sentó a mi lado.

—Le mandé una carta a tu padre —dije. Y le conté todo lo que había puesto en la carta y cómo Amy me ayudó para hacérsela llegar. Henry se mostró preocupado. Sin dejar de hablar, y siguiendo el consejo de mi papá, le hice sacar la remera (eso no contribuyó a concentrarme en la conversación que comencé) y busqué el protector solar.

—Le dije que te amo y que no me importa seguir siendo plebeya y no necesito de tu dinero. Siempre trabajé y no me molestará seguir haciéndolo —agregué.

Henry se había puesto de espaldas para que le esparciera el protector solar en la piel, pero giró la cabeza y me miró de reojo.

—No es justo que ofrezcas tamaño sacrificio a mi padre y a la casa real, Adrienne. Además quedaré como un idiota frente al mundo entero porque todos dirán que no fui capaz de defenderte.

—¡Es que yo no lo necesito, mi amor! —dije haciéndolo girar para que una vez frente a mí, pudiera ponerle protector solar en la cara.

—Claro que lo necesitas e hiciste muy mal en no consultarme antes de enviarle aquella carta.

—¿Consultarte para qué? Seguro que me hubieras prohibido enviarle la carta. Pero ya está, si con eso él se convence de que mi amor por vos es genuino, no me importa que nadie haga una reverencia delante de mí. Pasé

treinta y dos años sin homenajes, y puedo morir sin tenerlos nunca.

—No me parece justo, y se lo haré saber a mi padre —tenía el disgusto pintado en la cara.

—¡Pero dejá que primero me acepte! Por favor.

Sonrió mientras me acariciaba la mejilla.

—Sabes que no puedo negarte nada y por eso te aprovechas de eso. Pero aún falta para que volvamos a Londres. En su momento, ya veré cómo arreglo las cosas —vi que una sombra de preocupación se cernía sobre él, aunque jamás lo hubiera admitido—, tú no te preocupes por nada.

—Sí, amor —y luego de observar que Roberto desplegaba el diario, dije —: dame un besito.

Nos besamos de manera recatada y después me quité el vestidito para aprovechar la escasa resolana que ofrecía aquel mediodía y empecé a esparcirme el protector solar. Henry me lo sacó de la mano.

—¿Te ayudo? Quizás de esa manera te perdone por ser tan impulsiva como siempre.

—Pasame el protector por la espalda, que no llevo —pedí, pero pensándolo mejor, también agregué—: me voy a quedar sentada, no quiero tumbarme en la arena. No confío en vos.

—Y lo bien que haces, ni yo confío en mí.

No hizo ninguna otra acotación y empezó a esparcir el protector solar por mi espalda. Demasiado suave por decirlo de alguna manera. Suspiré al sentir el contacto de sus manos en mi piel y me obligué a respirar hondo para no perder la compostura. Continuó pasando las manos de manera suave, aunque ya me estaba acariciando.

—¡Basta! —exclamé empezando a reírme.

Roberto se sacó los anteojos de sol y con ademán enojado mientras agitaba en nuestra dirección una medialuna a medio comer, comentó:

—Mi hija no tiene una espalda tan grande para que tardes tanto. No te pases de vivo, fosforito —y miró para lado de Xavier y los otros—, “Poly”, mejor ayudala vos.

—¿Se refiere a mí? —respondió Pacheco mientras se señalaba con el índice—. Mi señor ya termina, solo está encandilado por el sol y se demora porque no ve muy bien —y gruñó en inglés—: Alteza, el padre de Adriana dice que usted es un aprovechado y se está pasando de listo.

—¡Pero la re mierda! ¿Es que ni siquiera soy dueño de acariciar a mi novia? —se enojó Henry.

Un rato después, mientras Henry y yo nos quedábamos tumbados tomando sol, (me prometió que se portaría bien) Roberto y Mecha volvieron a la casa porque planeaban preparar un asado.

Sin mis viejos (principalmente sin la presencia de Roberto) a Henry se le ocurrió una idea, y sin perder el tiempo dirigió la mirada a Macarena, Xavier y Tony, además de preguntar en tono casual:

—Creí escuchar que tenían algo que hacer pero muy lejos de aquí, ¿o me equivoco?

Tony lanzó al aire la revista *Vogue* que tenía en la mano y se puso de pie de un salto, como un soldado raso que recibe una orden militar.

—Justo le comenté eso a Xavier y a Maca, mi señor —lo dijo de manera tan seria que me dieron ganas de reír—. Vimos una nube muy oscura a varios kilómetros de aquí y nos morimos de ganas de saber si traerá una tormenta o no—. ¿Y ustedes qué me miran? ¡En marcha! —reprendió a Xavier y a Macarena, que con mala cara plegaron sus reposeras, se calzaron los morrales y junto a Tony se fueron del lugar casi a trote.

—Muy bien —dijo Henry mirándome mientras giraba para ponerse de costado y me tomaba de la cintura—. Por fin solitos.

Me anudé el pelo en un rodete y me acerqué más a él.

—Dame un beso.

—Si quieres provocarme, allá tú. Pero asume luego las consecuencias — dijo divertido.

Tomé la iniciativa agarrándolo de la cara. Fue un beso largo, apasionado, que nos dejó sin aliento. Tuve que utilizar toda mi fuerza de voluntad para cortarlo.

—Ya está.

—Eso es trampa, ahora me dejas peor que antes —murmuró respirando de manera acelerada—. Dame otro.

La tentación estaba allí, ¿pero cómo una podía resistirse a un novio tan hermoso como el mío? Volví a inclinarme hacia él pero en el momento de darle otro beso, se apareció mi mamá mirando para otro lado. De haber podido creo que hubiera llegado con los ojos vendados.

—Chicos, perdón la interrupción, pero quería avisarles que ya va a estar el asado. No miro, ¿eh? Los esperamos —y se fue tan rápido como vino.

—Tu mamá me cae mejor — sentenció Henry con una sonrisa.

—No seas malo, mi papá es un buen tipo. Dale unas horas, vas a ver — dije levantándome con la ayuda de mi novio, que me dio la mano para que me ponga de pie.

—Veremos, por ahora no me la está haciendo tan fácil como debería.

—Andando.

Juntamos nuestras cosas, me puse el vestidito, él la remera y volvimos a la casa.

La casa real había decidido fecha y hora del encuentro en palacio con Adriana, Henry, el príncipe Edward y la reina. Además de los allegados a la familia real, nadie debía hacerse eco de aquella noticia, porque de lo contrario

llegaría a oídos de la prensa.

Edward parecía cada vez más parco y de malhumor. Discutía con su mujer, con Louis y trataba a sus empleados de peor manera que siempre. Corine y el hermano de Henry decidieron no hacerle ningún comentario respecto a la llegada de Adriana a Londres porque sabían que más que hablar, ladraría.

—Tu suegro está de pésimo talante, Amy. No hay quien lo aguante —le confesó Corine a la mujer de Louis mientras tomaban el té.

—Falta poco para que conozca a Adrienne, espero que la trate bien. Por lo menos le dio la oportunidad de que viniera a Londres para conocerla. Ella es encantadora.

—Te creo, si Chelsy era lo opuesto y no la soportabas. A mí tampoco nunca me cayó bien y a Edward le disgustaba que le llevara la contraria.

—Pero ahora pensemos en Adrienne. Ni bien llegue a Londres y se instale aquí, la voy a visitar. Voy a demostrarle que siempre estuve de su lado.

—Yo también la visitaré, y no me importa si Edward está de acuerdo o no —dijo Corine mientras le tomaba la mano.

Después del almuerzo, Henry se encerró en su habitación para hablar con Louis.

—¿Alguna novedad sobre papá? —preguntó mientras miraba a través de la ventana.

Se sorprendió al ver a Roberto salir al jardín con el termo lleno de agua y la jaula del Chingolo, porque lo hacía durmiendo una siesta. El señor Mora también llevaba un grabador portátil y el mate. El príncipe le hizo un ademán de saludo y lo escuchó decir en español algo que por supuesto no entendió, pero el padre de Adriana concluyó la frase con una palabra que no necesitó

traducción: fosforito.

Louis habló muy rápido o él estuvo muy distraído, porque tuvo que pedirle que le repitiera todo.

—¿Estás sordo o qué? —se burló Louis.

—Es que vi salir al papá de Adriana al jardín, por eso me distraje.

—¿Cómo va eso?

Roberto desplegó la reposera, se sentó y buscó el termo. Llenó el mate con yerba y mirando hacia los costados, como quién hace algo que no debe, le puso azúcar. Henry dirigió la vista hacia otro lado para no reírse: había escuchado decir a Adriana que el señor tenía prohibido endulzar cualquier cosa con algo que no fuera edulcorante.

—Ya te lo contaré en breve, es para un capítulo aparte; destacado, diría yo. Háblame de papá —le dijo a su hermano por teléfono.

—¿Qué te puedo decir que no sepas? Está intratable, no hay quien lo soporte. Hasta Corine le huye, a veces los oigo pelear como perro y gato.

—¿Papá peleando con Corine? Esa es toda una revelación.

—Nuestra madrastra está a favor de tu noviazgo con Adrienne.

Henry se sentó en la cama y lanzó una carcajada porque había faltado muy poco para que aterrizara en el piso.

—¡Deberías advertirme antes de contarme cosas tan sorprendentes! Casi me caigo de culo.

—Es la pura verdad. Lamento que tus vacaciones sean tan cortas pero Amy, Corine y yo no vemos la hora que llegue la fecha de tu reunión con papá y la abuela, porque él está insoportable. Trato de no cruzármelo porque me hace perder la paciencia.

Henry volvió a mirar la ventana y observó que Roberto terminó el primer mate. Para no levantarse de la reposera, pateó para su lado el grabador portátil que estaba sobre el pasto. Cuando lo tuvo en sus manos apretó “*play*”.

Los acordes del tango “*La última curda*”, cantado por Roberto Goyeneche, empezaron a escucharse a todo volumen.

—¿Y esa música? ¿Es tango? —quiso saber Louis.

—Sí... el papá de Adrienne es un personaje: no solo pone trabas hasta para que le dé un buen beso a su hija, sino que temo que también se ponga a cantar.

Desde el jardín, Roberto le leyó los pensamientos, porque cerró los ojos y con cara de deleite, mientras agitaba el mate vacío a modo de micrófono, entonó:

*“Lástima, bandoneón,
mi corazón,
tu ronca maldición maleva.
Tu lágrima de ron,
Me lleva,
Hacia el hondo bajo fondo
Dónde el barro se subleva...”*

—¿Está cantando ahora? ¡Pero canta bien!

—¿Qué?

—¡Encima de colorado, sordo!

—¡Estúpido! Lo escucho más a él que a ti. ¡Y no entiendo de qué putas te ríes tanto!

—No me estoy riendo, es que pesqué una gripe muy fea. Tengo tos —en realidad Louis se reía a carcajadas.

—¿Una qué?

—¡Que no quiero hablar con colorados sordos! Quién sabe, por ahí el señor te quiere enseñar a bailar tango. ¿Cómo te ves?

—¡Adiós! —Henry cortó la comunicación entre las carcajadas de su hermano y el canto del papá de Adriana. Luego se tiró en la cama.

—Perdón, mi señor —dijo Tony asomándose a la puerta—, hay tanto alboroto y como supuse que no me había escuchado, decidí entrar.

—Pasa —dijo el príncipe sentándose mientras se cruzaba de brazos.

—¡Qué buen tango! —dijo Pacheco para suavizar el momento. La cara larga de su jefe era bastante evidente.

—Lo hace a propósito, me vio hablando por teléfono y justo, qué casualidad, se puso a cantar a los gritos.

—Tenga un poco de paciencia, el señor Mora se porta un tanto complicado, pero no es malo. Y perdone mi impertinencia, pero si lo compara con su padre, es casi un ángel.

—Lo sé, pero si al menos se aprendiera mi nombre, creería que tengo posibilidades de que me acepte como el futuro marido de su hija.

—Claro que lo acepta, pero lo está poniendo a prueba. Ya verá que finalizando su estadía en Punta del este lo llamará por su nombre en español: Enrique. No sea tan ambicioso, tampoco pida que se lo diga en inglés.

—No importa, hasta creo que me estoy acostumbrando al apodo de “fosforito”.

—Es que tiene cierto *Glam*, ¿no le parece? —ante la cara de desconcierto de Henry, el asistente carraspeó para seguir hablando—: Pero no vine a eso, sino a decirle que ya está todo organizado para el paseo de esta tarde. No ponga esa cara de felicidad porque por un rato tendrá que soportar mi presencia además de la de Maca y Xavier.

Tony dejó de hablar porque el viento abrió la ventana. Con Henry contemplaron al señor Mora desde el jardín, que agitó el puño contemplando el cielo mientras lanzaba una sarta de maldiciones porque se le había volado el gorrito *Gilligan* de la cabeza. Roberto después apagó el grabador, juntó el equipo de mate, plegó la reposera y entró a la casa llevando la jaula del Chingolo.

—Al menos por el momento no tendremos serenatas ni canto de periquitos. O quizás nos deleitará junto a Goyeneche y a toda su orquesta desde el *living* —comentó Tony en un suspiro.

—Parece que lloverá feo y el señor Mora nos hará problema para que salgamos.

—Vamos ya, ¿o no quiere darle unos besos a la pobre Adrianita que sufre tanto cómo usted? Le prometo que seremos unos chaperones condescendientes, nos largaremos rápido.

—Si antes no se larga la tormenta. *OK*, me cambio de ropa y bajo. Pero no le digas nada a Adrienne acerca del paseo, me refiero a donde nos dirigimos realmente.

—Para nada, permiso —aseguró Tony haciendo una reverencia.

Mordí un bizcochito de grasa con deleite mientras recibía el mate que me alcanzaba Maca. Xavier también estaba presente en la habitación aunque él tomaba un café con leche. Pero un golpe en la mano me hizo soltar el bizcochito. Con sorpresa observé que era un abanico, que terminó en el piso.

—¡Bingo! —Gritó Tony desde la puerta cerrando los puños en un gesto triunfal—. ¡Qué puntería!

—Tengo abstinencia, ¿qué querés? —dije con fastidio.

—Pacheco tiene razón, deja de comer —agregó Xavier—. Ahora acércate, mi reina, que te termino de arreglar —Abrió un estuche de maquillaje—, la sombra color tierra te queda hermosa. El corazón de su alteza estallará de amor cuando te vea.

Micaela se arrojó de panza en mi cama mientras lanzaba un suspiro.

—¡Xavi, sos tan romántico! —exclamó uniendo las manos, no obviemos la expresión bobalicona.

—La verdad es que soy todo un poeta —dijo el peluquero con una sonrisa de orgullo—, además de un artista, claro. Miren cómo la dejé a esta, que ni siquiera me lo agradece.

Por supuesto que se refería a mí, por eso hice el ademán de estrellarle el mate en la cabeza.

Tony se puso a aplaudir con impaciencia.

—En marcha porque mi señor nos espera. ¡Vamos, a levantar esas asentaderas, rápido!

En el *living* me encontré con Henry, quien me tomó de la mano.

—Estás tan hermosa, no puedo dejar de mirarte.

—Gracias, amor. Estoy oyendo a papá en la cocina, estará preparándose algo para picar y bajar los trescientos termos de mate que se tomó de merienda. ¿Nos creerá que vamos a la playa?

—Tony dirá algo muy convincente. No te preocupes.

—Eso espero.

Macarena, Xavier y Tony bajaron las escaleras para unírseles en el supuesto paseo por la playa.

Al llegar junto a la puerta, escuché que mi papá nos estaba llamando. Pasamos a la cocina y por lo que pude ver, no había fallado en mi pronóstico: Roberto estaba utilizando una de las mesadas de la cocina; picaba sobre una tabla de madera unos pedazos de salami, se notaba que mi mamá no estaba presente para recordarle que estaba a dieta.

—¿Y ustedes a dónde van? ¿No ven que del cielo van a caer chinos haciendo *kung fu*? —preguntó en tono despreocupado sin levantar la mirada de la picada que se estaba preparando.

Pese a sus trabas con el idioma español, Henry comprendió que mi papá nos estaba preguntando dónde diablos iríamos con semejante tormenta a punto de desatarse. Así que estiró el pie de una manera sutil para pisar a

Pacheco.

—Eh... a caminar por la playa, estimado señor. Si se larga a llover, Xavier, Maca y yo nos volveremos, pero su alteza llevará a Adriana a tomar el té acá a unas pocas cuerdas. Sabe que ellos deben estar al resguardo de los *paparazzi*, reservé el lugar para eso —explicó Tony

—¿Y cuánto se quedarán allí? Porque se va a largar un temporal que *mamma mía*, eso es tan seguro como que me llamo Roberto Domingo Mora.

—Una hora y media, papá. Eso es lo que vamos a tardar —dijo improvisando.

—Claro, como máximo en dos horas estaremos aquí —dijo Henry. Su asistente se apresuró a traducirlo.

Mi papá se dirigió a mi novio con el cuchillo en la mano, el mismo que utilizó para cortar el fiambre que pensaba comer.

—Y dígame, usted: ¿para qué necesita la media hora extra? —consultó enarbolando el cuchillo.

Conocía el tono de Roberto, cuando le hablaba a alguien sin tutearlo era una clara evidencia de que estaba empezando a disgustarse. ¡Los pretendientes que me había espantado por tratarlos de esa manera!

Xavier se apresuró a hacer de traductor esta vez.

—Para volver, señor. El lugar se encuentra a cierta distancia. No iremos lejos, se lo prometo —dijo Henry.

—Dijo que no vamos a ir lejos, papá. Te doy mi palabra.

Roberto ni siquiera pestañeó, lo cual fue doblemente preocupante.

—Trátela con respeto, ella es una chica de familia. ¿Oyó bien? —agregó muy serio y volvió a la mesada para proseguir con su tarea: cortar un poco de queso *gruyere*. Aunque ahora utilizaba el cuchillo con mucha más energía.

—Hen, mi papá dijo que...

—Ya entendí, no lo traduzcas —respondió mi novio—. Y qué me va a

atravesar con el cuchillo de lado a lado si me paso de listo, tampoco necesita ninguna traducción. Vamos.

En la entrada de la casa, los guardaespaldas nos esperaban dentro de la camioneta de vidrios polarizados que Robbie usaba cada vez que se quedaba en José Ignacio. Con visera y anteojos de sol, Henry echó un vistazo alrededor. A unas dos cuadras de la casa, el mar se mostraba embravecido, el cielo estaba negro y no había gente caminando por el lugar.

—No hay moros en la costa, alteza —aseguró Warren. Se refería a los *paparazzi*.

—Perfecto. Llévennos al lugar acordado —dijo a los guardaespaldas y me dio la mano para que subiera. Tony se acomodó a nuestro lado con Maca en las rodillas y por último Xavier entró cerrando la puerta.

Llegamos al *restó*. Xavier, Tony y Maca se bajaron. Yo iba a hacer lo mismo pero Henry me retuvo del brazo.

—¿Y quién te dijo que los sigas?

—¿Y entonces?

—Tú te quedas conmigo, nosotros iremos a otro lugar para estar solos — con una sonrisa cómplice saludó a mis amigos y a Macarena. Ellos se apresuraron a entrar al lugar ante mi cara de estupefacción.

—¡Traidores! Ya van a ver en casa —les grité mientras Henry cerraba la puerta de la camioneta.

—Vamos, Warren.

—Sí, alteza —el guardaespaldas puso en marcha la camioneta.

—Henry, no me gustan los misterios —dije sin dejar de preguntarme hacia dónde nos dirigíamos.

Él agitó un manojito de llaves ante mis ojos.

—Son del departamento que Robbie tiene oculto en el centro de José

Ignacio, *caríssima*. Perdón por faltar a la palabra de tu padre que se merece todo mi respeto, pero necesito un rato de intimidad con la que será mi esposa.

El departamento no quedaba a mucha distancia. Bajamos de la camioneta cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Me cubrí el pelo con la capucha de la campera y Henry se ajustó la visera blanca. El edificio era lujoso, y el vigilante del lugar (al parecer estaba avisado de que Henry aparecería por allí) no nos dedicó ni una sola mirada cuando entramos. Subimos al ascensor junto a Warren y él se quedó en la puerta, custodiando. Pese a ser un lugar muy vigilado, Henry no podía andar sin por lo menos la compañía de alguno de sus guardaespaldas.

Entramos al departamento de dos ambientes: lo encontré cálido y decorado con poca suntuosidad. Apenas había iluminación, solo la de la luz de una lámpara de pie ubicada en el *living*, cerca de un sofá de dos cuerpos. Se notaba que alguien había estado allí, seguramente Warren o Ronald, para dejar todo en orden.

—Dame un beso —dijo Henry bajándome la capucha. Arrojó la visera al sofá y me abrazó. Respondí a su beso con pasión, apretándome a su cuerpo. Por el ventanal del departamento se escuchaba el repiquetear de las gotas de lluvia golpeando contra el vidrio.

Macarena, Tony y Xavier conversaban entre sí, hacía una hora y media que entraron al café para merendar. Adriana y Henry no habían llegado para buscarlos.

—Me duele la panza de tanto comer —suspiró Macarena.

—Entonces no comas más, querida. Tres *muffins* y una porción de torta ya

fueron suficientes, ¿no te parece? —hizo notar Tony señalando el plato vacío.

—Estoy angustiada, si Adri y Henry se demoran un poquito más y llegamos tarde, papá se va a poner como loco. Además está lloviendo mucho —agregó Macarena.

Los tres echaron una mirada panorámica al lugar y a excepción de una pareja que se encontraba en una mesa muy alejada a la de ellos, no había nadie más.

—Tu papá se pasa de estricto, Maca. Creo que... —empezó a comentar Xavier, pero dejó de hablar cuando las luces del café empezaron a tintinear.

La camarera se acercó a la mesa para traerles la cuenta e informar que debido al temporal iban a cerrar el local. Temían un corte de luz general y no querían arriesgarse a un robo.

—¿Nos está echando? —preguntó Xavier.

—Cerraremos en breve —dijo la empleada sin moverse de la mesa, esperando el pago.

—Está bien —Tony hurgó en el bolsillo del saco para buscar la billetera—. ¿Aceptan tarjetas de crédito?

—Por el momento no.

—¡Mierda! Bueno, aquí tiene —el asistente sacó un billete para pagar en efectivo—, quédese con el vuelto. En una de esas no nos deja en la calle a merced de esta horrible tormenta.

Al ver la exorbitante propina, la camarera sonrió.

—Daremos unos diez minutos más de gracia para que no se vayan en medio de la lluvia. Con permiso.

—Gracias, querida. Eres un encanto.

Las luces volvieron a tintinear. Y Macarena abrió la cartera para buscar su celular que estaba sonando. Cuando miró la pantalla ahogó un grito.

—No conozco el número, pero seguro que es papá. Debe estar llamando

desde la casa de Robbie. ¿Qué le digo?

—No atiendas, deja que me encargará yo —dijo Tony recibiendo el teléfono de las manos de la hermana de Adriana. Cuando atendió, les hizo un guiño a Macarena y a Xavier—. Qué tal, señor Mora. Soy Tony, atendí porque Maca se fue al baño con Adriana. ¿Qué está lloviendo mucho? Sí, estamos al tanto. ¡Ah, allá se cortó la luz! Tenemos a los guardaespaldas de mi señor para que nos cuide y vinimos en camioneta, así que no se preocupe. Siempre es un gusto hablar con usted. Hasta luego.

—Cualquiera se daría cuenta de lo mentiroso que eres —dijo Xavier con una sonrisa.

Los tres lanzaron una carcajada pero dejaron de reír cuando todo el salón quedó a oscuras.

—¡Estamos jodidos! —exclamó Pacheco—, ahora sí que nos echarán a la calle. ¿Por qué estos dos se tardan tanto?

El celular de Tony empezó a repiquetear en la mesa, le había llegado un mensaje de texto.

—¡Es mi señor! Ya está afuera. ¡Vamos! —dijo luego de leer el *Whats*.

Los tres salieron del café con rapidez y se resguardaron como pudieron de la lluvia hasta llegar a la camioneta. El primero en entrar al vehículo fue Tony, que se acomodó cerca de Adriana. Lo siguió Macarena, que se sentó en sus rodillas y por el último Xavier, a quien el viento le impedía cerrar la puerta de la camioneta.

—¡Chaparrito manos de manteca, cierra rápido esa puerta que nos estamos mojando! —le gruñó Tony al peluquero.

—¡Ya voy! Es que el viento... —empezó a decir Xavier, pero se interrumpió cuando desde el asiento de acompañante de conductor, Warren estiró la mano y con un ¡*Plaf!* cerró la puerta. El peluquero ahogó un chillido de espanto, porque apenas tuvo tiempo de sacar la mano.

Capítulo 20

Edward leía los informes que le iba alcanzando su secretario privado.

El antiguo reloj de pie dio una sola campanada; pero dejando de lado el cansancio y pese a lo avanzado de la hora, el príncipe decidió seguir con la tarea que estaba realizando.

Permaneció en su despacho sin saber bien si le interesaba leer la información obtenida sobre la futura familia política de su hijo o por no cruzarse con Corine y terminar discutiendo como venía pasando desde hacía ya un tiempo. Siguió leyendo los documentos donde se informaban los antecedentes de Roberto Mora, el papá de Adriana.

—No tuvo problemas con la ley, y es un... ¿taxista? —dijo en voz alta uniendo las cejas.

—Sí, mi señor. Antes fue cocinero en un restaurante humilde y también trabajó de pintor de brocha gorda —agregó el secretario.

—Ajá, cuanta elegancia. Miren el consuegro que me tocará en suerte.

—Alteza, permítame hacer un comentario —pidió el empleado.

—Adelante.

—Mi señor, mírelo de esta manera: la señorita Adriana, con su origen humilde y trabajador, caerá muy bien a nuestro pueblo. La casa real y usted, quedarán muy bien si la aceptan.

—Es una buena estrategia, creo que tienes razón —agregó Edward frotándose la barbilla con una media sonrisa—, pero eso no quiere decir que la acepte de buenas a primeras —salió de su reflexión y miró con desprecio a su secretario—: Basta de plática que estoy ocupado. ¡Déjame solo! Y me pides un café.

—Alteza, recuerde que el café le quitará el sueño y usted ya de por sí sufre

de insomnio.

Con los ojos en llamas, Edward saltó de su sillón como si tuviera un resorte.

—¿Desde cuándo te di permiso para que cuestiones mis órdenes? ¡Quiero quedarme a solas!

El secretario hizo una inclinación y se fue. Cuando escuchó cerrar la puerta, el padre de Henry empezó a analizar el expediente de Mercedes, la mamá de Adriana.

—Maestra de jardín de infantes, profesora de lengua y literatura, ningún antecedente penal... —siguió leyendo para sí.

Corine entró al despacho, llevaba puesto un salto de cama. Detrás de ella, venía el mayordomo personal del príncipe Edward. El padre de Henry levantó la vista.

—Querida, pensé que estabas durmiendo —dijo sorprendido.

—Vine a hacerte un rato de compañía —respondió ella y luego indicó al sirviente—: Deje la bandeja en el escritorio de mi marido.

Simón dejó la bandeja con las tazas en el espacio libre que había entre la *notebook* y los papeles. Luego hizo una inclinación y se retiró.

—¿Qué es lo que te quita el sueño cómo para estar levantado a estas horas?— preguntó la mujer tomando asiento en el sillón que estaba frente a su marido. Edward la estudió con la mirada: la veía tan hermosa como cuando la había conocido, muchos años atrás. Pero se puso serio de nuevo.

—Leyendo información sobre la futura familia política de Henry —gruñó con poca paciencia.

Ella hizo una sonrisa desdeñosa.

—Me suponía que estarías haciendo eso. ¿Al utilizar la palabra “futura” quiere decir que aceptas a Adrienne?

—Yo no dije que la aceptaba. ¡El padre de esa muchacha es un taxista! —

exclamó Edward volcando la vista hacia la bandeja—. ¡Y esto que me trajeron no es café!

—No beberás cafeína antes de dormir, tomarás un té de hierbas.

Edward refunfuñó con mucho disgusto pero su mujer ni siquiera pestañeó.

—Toma ese té y escúchame con atención: sabías que la familia de la novia de tu hijo es muy humilde. ¿Qué profesión pensabas que tendría ese buen señor? ¿Empresario?

—Eh, no...—Edward parecía confuso—, pero un taxista no era lo que esperaba.

—No seas tan estricto. Ahora me iré antes que empecemos a discutir. Buenas noches.

Se retiró dejando a su esposo con la palabra en la boca.

Las calles de José Ignacio se encontraban a oscuras por causa del apagón general de luz que había en toda la ciudad. Ronald, que estaba al volante de la camioneta, manejaba con lentitud y mucho cuidado. Se veían pocos vehículos por los alrededores. La lluvia caía copiosamente y de vez en cuando variaba de intensidad. Todos largamos un suspiro de alivio cuando llegamos a la casa.

—Será cuestión de bajar muy rápido. ¿Alguno tiene un paraguas? —preguntó Henry.

—Yo, pero lo utilizaré para mí —dijo Tony y al ver la expresión de mi novio, lanzó una carcajada—. Mentira, alteza. No tengo nada. Xav, abre la puerta.

Xavier se ajustó la capucha de la campera y salió de la camioneta dando saltitos. Lo seguimos Maca, Tony y luego Henry y yo. La oscuridad era total, en la ventana de la casa (aún estábamos un poco lejos) vimos algunos

foquitos de luz muy tenue, seguro que mi mamá había prendido algunas velas.

Ronald y Warren vinieron con nosotros; con toda la ciudad a oscuras, ni locos dejarían a Henry a merced de algún peligro, pese a la negativa de mi novio, ellos insistieron en acompañarnos.

Pasamos por el jardín en dirección a la casa a las corridas. El viento y la lluvia nos azotaron de lo lindo.

—No veo un carajo —protestó Maca.

—Ven, princesa. Dame tu mano —dijo Xavier y cuando tendió los dedos hacia ella, perdió pie y cayó sentado al piso. Tony corrió a socorrerlo.

—¡Pero será de Dios! Qué petisito más torpe.

—Deje, señor Pacheco. Yo le ayudaré —se ofreció Ronald y tomando a Xavier por el brazo lo hizo levantarse de un salto. Pero debido a la fuerza desmedida que empleó el guardaespaldas, Xavier se tambaleó y estuvo a punto de caerse de nuevo. Lanzamos una carcajada.

—Xavier, ¿estás borracho o qué? —Se quejó Tony, había subido la campera hasta la cabeza, en un intento por cubrirse un poco de la lluvia —entremos a la casa, a ver si por tu culpa nos pescamos una pulmonía.

Brilló un relámpago iluminándonos el camino y antes de que pusiera la llave en la cerradura, Roberto abrió la puerta.

—¡Les dije que se venía una tormenta terrible y ustedes se empeñaron en salir igual! Ya me estaba preocupando, por suerte no tardaron. Entren.

—No pensamos que la tormenta fuera tan fuerte —dijo Macarena.

—Yo me voy a cambiar, recién me caí —agregó Xavier.

—Acá tenés una vela —mi mamá le tendió una vela ubicada en su correspondiente soporte. Luego el peluquero se dirigió a las habitaciones del primer piso. Warren y Ronald estaban bien quietos a un costado de la puerta y mi papá los miró con curiosidad.

—¿Y estos grandotes, son guardianes de tu fosforito, hija?

—Sí.

Roberto se encogió de hombros.

—Hay comida de sobra, así que también están invitados. ¿Alguno de ustedes dos habla en cristiano?

Ronald y Warren dijeron que hablaban en español y mi papá le dio una palmada en la espalda a cada uno. Era una escena curiosa, porque los dos guardaespaldas eran aún más altos que mi novio y mucho más fornidos. Roberto en cambio era más ancho que alto y los dos empleados de Henry le llevaban como dos o tres cabezas de estatura.

—Pasen al comedor —ofreció mi papá con una sonrisa. Henry se lo quedó mirando, quizás pensando que nunca lo había tratado a él con tanta cordialidad.

A la luz de las velas, la casa de Robbie ofrecía un aspecto fantasmagórico. Fuimos al comedor y nos acomodamos cada uno en su sitio. Habían puesto dos candelabros en la mesa y varias velas dispersas a lo largo del *living* y las escaleras. Un recién cambiado Xavier hizo una inclinación de cabeza a modo de disculpa y tomó asiento.

Mi mamá trajo la fuente a la mesa y empezó a servir. Henry se levantó para ofrecerse a ayudar.

—¿Qué? ¡Ah, ayudar! De ninguna manera, querido —mi mamá no se manejaba muy bien en inglés pero como toda anfitriona se negó a dejar que mi novio la ayudase.

—Mi señor, yo ayudo a la mamá de Adriana —dijo Tony haciendo el gesto de levantarse.

—No, Tony, yo me ocupo de ayudar a la señora. En serio, deme los platos.

—Bueno, qué amable —agradeció mi mamá un tanto confusa.

Aquel gesto no se le pasó por alto a Roberto, que alzando las cejas con

expresión de desconcierto y con cierto matiz de indiferencia, comentó:

—Prueben los canelones a los cuatro quesos que están bárbaros, era el plato que más me elogiaban en el “boliche” que trabajé de cocinero. Alguno de ustedes tradúzcanse a Enrique, por favor.

Si mi papá empezaba a llamarlo así, quería decir que lo iba aceptando como mi futuro marido.

—Hagan honor al plato que hice para ustedes y coman de una vez, che. Vos, nene...eh —Roberto señaló confuso a Xavier—. El que se cayó de culo en el jardín, pásame la sal.

—¡Roberto! ¿Qué te dije de las malas palabras en la mesa? ¡Ni hablar de que ahora hay gente que no conocemos, además está el novio de tu hija! —protestó Mecha.

Todos reímos y al traducírselo a Henry, también lanzó una carcajada.

—Ma sí, yo hablo como me parece. Traducíselo a tu amor, Adrianita. No creo que él se ofenda por mis palabras.

Traduje a mi novio lo que mi papá dijo y él, con una sonrisa, alzó el pulgar para informar que estaba todo *OK*. Roberto miró a Mecha.

—¿Ves que el “quía” no se molestó? Ahora no quiero que se hable más, coman. Tengo otra fuente en el horno, porque en presencia de Roberto Domingo Mora nadie se queda con hambre, ¿se oyó?

Todos hicieron honor a la orden de mi papá y se oyó ruido de cubiertos, además de mi murmullo al traducir cada palabra a Henry. Mi novio probó bocado, y volvió a alzar el pulgar en señal de que la comida en verdad estaba deliciosa, mi papá lo miró con una sonrisa.

A la hora del postre volvió la luz.

—¡Justo a tiempo! —exclamó mi papá muy contento y miró a Henry—. ¿Te gusta el flan con dulce de leche?

Luego de la correspondiente traducción, Henry asintió.

—Una ración doble para él, Mecha —pidió mi papá.

Henry se tocó el estómago y murmuró en mi oído.

—Papá, dice que después de haber comido tres platos de canelones, siente que explota —traduje.

—Dale una media porción entonces, Mecha.

Henry volvió a asentir. Yo sabía que estaba lleno, pero hizo el esfuerzo de aceptar el postre para no despreciar el ofrecimiento de mi papá.

—Ahora que dejó de llover y no hace frío, me gustaría que después hablemos un rato en el jardín. Nos fumamos unos puchos mientras tomamos un cafecito —Roberto hizo señas exageradas, poniendo énfasis en las palabras “jardín”, “puchos” y “cafecito” para que Henry lo comprendiera. Estuve tentada de decirle que mi novio no era estúpido, que era muy distinto a no entender el idioma, pero me contuve a tiempo.

—Alteza, el señor Mora dijo que...

—Ya entendí, Tony —dijo Henry—. *OK* —agregó mirando a mi papá.

Luego del postre, nos dispersamos. Mi mamá se dirigió a su cuarto a leer un rato, Maca y Xavier a su habitación y yo los seguí, con mala cara. En circunstancias como esa, me hubiera gustado ser mosquito para escuchar la conversación que tendrían mi papá y mi novio, los dos hombres que más amaba en el mundo.

Henry y Roberto fueron al jardín, cada uno con una reposera en la mano. Tony secó la mesa y dejó allí la bandeja con las tazas y la cafetera. Después de la tormenta, el aire de la noche aún seguía húmedo, pero las nubes avanzaban por el cielo a gran velocidad. Se podía ver la luna llena que se asomaba, junto a algunas estrellas.

Cuando tomaron asiento y Roberto empezó a servir café para ambos,

Pacheco acercó una reposera y se sentó frente a los dos. El papá de Adriana lo miró con disgusto.

—Dije una conversación a solas, vos andate con mi hija.

—Estimado señor, le recuerdo que su alteza real no habla en español, así que tendrán que contar con mi presencia —aclaró Tony en tono seco, estaba muy ofendido—. Deje que yo serviré el café.

—No, lo sirvo yo. ¡Es verdad! Pero ojito con irle con el chisme a Adrianita.

—Mis labios están sellados, señor Mora.

—Bueh, más vale que así sea. Entonces ya que estás, decile a “tu patrón” que mis hijas son el tesoro máspreciado que Dios me dio, y que Adriana es una chica demasiado buena.

Ni bien terminó de escuchar lo que Tony tradujo, Henry respondió:

—Sé que quiere mucho a Adrienne y yo le aseguro que la adoro, señor. Le prometo de todo corazón, que la cuidaré y haré lo imposible para hacerla feliz.

Roberto escuchó con atención las palabras de Henry traducidas por Tony. Tomó un sorbo de café y prendió un cigarrillo, antes de eso le ofreció el paquete a Henry, quien tomó uno. Ya no tenía el vicio pero de vez en cuando en algún evento o reunión aceptaba fumar.

—¿Vas a cuidarla? ¿Me lo prometés? Mi hija no está acostumbrada a tu vida y sé que está muy asustada. Quiero que la ayudes en todo, sobre todo que tu familia la trate bien. ¿Qué dice tu papá?

Henry no quiso mentirle y siempre traducido por Tony, habló con la verdad.

—Tuve algunos problemas con mi padre porque no aceptaba mi relación con su hija, pero sabe que es la mujer de mi vida y dentro de una semana viajaremos a Londres para entrevistarnos con él y mi abuela.

—No permitas que la lastime, ella es una chica sin maldad.

—Asumo mi responsabilidad de protegerla de todo y de todos.

—¿Enfrentándote con tu viejo?

—Se trata de mi vida y no permitiré que ni siquiera mi padre se interponga en mi felicidad. De todas maneras, esperamos que la reunión con él y mi abuela salga bien.

—¿Y si tu familia no acepta a mi hija?

—Ella será mi esposa, no me importa nada más. Pero no es algo malo que mi padre quiera conocerla. Mi cuñada y mis primas ya la aceptaron, sé que también la mujer de mi padre quiere acercarse a ella. Adrienne se hace querer, señor. Por eso la amo y la gente de mi país también la amará.

Roberto se limpió una lágrima con la manga del suéter.

—No puedo creer que mi Adriana se case, che. Lo que no pensé es que fuera a elegirse como marido a un tipo tan *lungo*, colorado y feo como vos, fosforito —dijo a modo de broma.

Tony no sabía si traducir o no lo último, pero ante la insistencia de Henry lo hizo. Cuando escuchó las palabras de Roberto, el príncipe lanzó una carcajada.

—Pero parece que sos un buen tipo, así que llevátela nomás y hacela feliz. ¡Pero qué no me vaya a enterar que la pasa mal, porque...!

—Se lo juro, señor.

El papá de Adriana se frotó los ojos.

—Debe ser el cansancio, porque me arde la vista —se lo veía aún emocionado, pero jamás lo hubiera reconocido—. Vamos a la casa porque es tarde y ya terminamos la charla y el café. Dale, a dormir.

Henry extendió la mano sin demasiadas esperanzas de que Roberto la acepte, pero el señor Mora la estrechó, además de sonreírle. Al ver esa escena, Tony estuvo tentado de pegar saltos de alegría y correr a contarle

todo a Adriana, pero debía guardarse las ganas hasta llegar a la casa. Caminaron dejando el jardín y Roberto le dijo a su futuro yerno además de afirmarlo con señas:

—Mirá lo bueno que soy que dejo que le des un beso de buenas noches a mi hija. Pero uno solo, tampoco te abuses. ¿Entendido?

—OK —dijo Henry—. Gracias.

Roberto se dirigió a Tony.

—Este se hace el tonto pero de a poco está aprendiendo a hablar en español. Está metido con mi Adrianita hasta el caracú. ¿Vos que opinás, Poly? —y le pegó un codazo en las costillas.

—Ah... sí. Claro, lo del caracú es tan... elocuente. Tiene razón —respondió Tony refregándose el costado con disimulo.

El día siguiente pasó tan rápido como un suspiro: desayunamos, fuimos un rato a la playa (hacía mucho frío), almorzamos unos bifés a la criolla que mi papá preparó y Henry elogió a través de la traducción de Tony. Antes de la comida, mi papá se tomó un plato de sopa, ritual que cumplía a rajatabla aunque fuera un día caluroso como el presente, antes prendió el aire acondicionado.

Por la tarde, luego del cafecito y las masas de la merienda, mi familia se preparó para el viaje de regreso. Warren los llevaría en camioneta hasta el puerto y de allí tomarían un buque directo para Buenos Aires.

—Enrique, cuidame a la nena —pidió Roberto a mi novio mientras los guardaespaldas llevaban el equipaje al baúl del vehículo.

—La cuidaré, señor —afirmó mi novio muy serio.

—Nada de macanas antes del casorio.

—Mi señor afirma que no hará ninguna tontería antes del casamiento —

dijo el asistente de manera solemne. Esbocé una sonrisa disimulada porque recordé que estuvimos a punto de mandarnos una “macana” similar hacía un par de años, porque como un par de idiotas no nos habíamos cuidado. Pero Roberto no sabía nada de eso, ni lo sabría. De ser así, hubiera ardidado Troya.

Mientras, él seguía muy ocupado taladrándole los oídos a mi principito:

—Ojito que yo no me como ninguna. Decíselo, che —nuevo codazo en las costillas a Tony, quién se refregaba el costado dolorido mientras traducía.

Mi mamá inspeccionó que todo el equipaje estuviera en la camioneta y después de mirar su reloj pulsera, corrió a nuestro lado.

—¿Todavía dándole indicaciones a ese pobre chico, Roberto? ¡Vamos a perder el viaje!

—Ya vamos.

Hubo algunas lágrimas en medio de los besos de despedida, pero vi con emoción que mi papá le dio un abrazo a mi novio. Pese a las dificultades con el idioma, los dos se entendieron con gestos y miradas.

Cuando la camioneta partió con mi familia, empecé a llorar con desconsuelo mientras agitaba la mano para saludarlos. Henry me abrazó.

—*Cara mía*, no quiero que estés triste. Vamos un rato a descansar —murmuró en mi oído mientras entrábamos a la casa.

—Los necesitaría tanto en Londres... tengo miedo.

Henry agregó que no debía temer, que él estaba para protegerme y asegurarse de que su familia me recibiera como correspondía, su futura esposa. No me lo confesaba pero sabía que tenía dudas sobre la decisión de su padre.

Tony y Xavier tomarían el avión de regreso a Londres un par de horas después. Mientras esperaban que se hiciera la hora de partir, trataron de alegrarme diciéndome que tendría en San Ignacio unas buenas vacaciones con mi novio y que en Londres harían lo imposible para ayudarme, que no se

moverían de mi lado. El peluquero no cesó de repetir que el peinado que me haría y el maquillaje que tenía pensado para engalanarme me dejarían preciosa. Tony agregó que en cuanto llegara pasaría por la *boutique* para echarle un vistazo a los trajes y/o vestidos que usaría allá, principalmente pondría cuidado en la ropa que llevaría la fecha de mi entrevista con el señor Edward y la reina.

Esta vez sería Ronald quien los llevaría al aeropuerto. Luego de despedirse de ellos, Henry subió con el celular en la mano, tenía que hacer una llamada muy importante.

—Querida, nos vemos dentro de seis días. ¡Fuera esa cara de susto! Todo va a salir bien, “Godzilla” dará el brazo a torcer, ya verás —Tony se refería a Edward, como mi novio no estaba presente no se preocupó por llamarlo de la manera que se le viniera en gana.

—Te ayudaremos, ¡vas a estar divina! Me instalaré contigo para colaborar en lo que necesites —agregó Xavier acariciándome la mejilla con ternura.

Sabía que sin ser aún aceptada por la familia real, no debía ni considerar la idea de vivir en la casa de Henry. Todo estaba en manos de lo que la reina decidiera.

Desde la puerta de entrada, Ronald hizo sonar el claxon de la camioneta y entonces mis amigos se apresuraron a abrazarme.

—Disfruta y descansa —dijo Tony.

—Atiende bien a tu novio —susurró Xavier además de hacerme un guiño de complicidad.

Henry bajó las escaleras arqueando una ceja.

—¿Todavía aquí? Perderán el avión y nos les pienso dar alojamiento —comentó abrazándome.

—Claro, ahora que no le hacemos falta, quiere tirarnos a la calle como un par de bolsas llenas de desperdicios. Él sería una bolsita pequeña, pero... —

dijo Pacheco señalando al *coiffeur*, que cometió la maldad de darle un codazo en el lugar preciso en el que Roberto le había pegado antes. El asistente se inclinó de dolor.

—¡Váyanse de una buena vez! —dijo Henry.

Xavier y Tony salieron cargando sus bolsos de mano. Henry y Adriana los saludaron con la mano. Antes de subir a la camioneta, el peluquero volvió a la entrada de la casa.

—Perdonen, me olvidé el...—¡Blam! la puerta se le cerró en la cara—, el secador de pelo y el cepillo de dientes, gracias —agregó Xavier apoyando la mejilla en la puerta—. Bueno, tendré que comprarme otros.

—Petisa lenteja, ¡vámonos que nos deja el avión! —gruñó Tony ya acomodado en la camioneta. Para hablarle a su amigo sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Ya voy, ya voy! Y tan apurada la Tony Pacheco porque se muere de ganas de ver a Hascott.

—Eso es asunto mío, no te metas. Lo dices de envidia.

Los dos primeros días a solas, Henry y yo casi los pasamos en la cama. Ronald y Warren nos llevaban las provisiones para comer, como si estuviéramos presos. Aunque desde mi punto de mi vista, era una cárcel muy placentera. Henry no lo decía pero estaba segura de que opinaba lo mismo que yo. Recibimos llamadas de Amy y hasta una vez me pasó la llamada con quién sería mi cuñado, Louis.

—Adrienne, quiero disculparme por lo mal que me porté contigo. Esta vez será distinto, espero que aceptes mi perdón.

—Lo acepto, Louis. Gracias por tu buena predisposición. Nos vemos en unos días.

—Serás muy bienvenida. Amy yo te visitaremos en el hotel. También recibirás otra visita que creo que te agradará mucho.

—¿De quién? —pregunté sorprendida. Con el teléfono en altavoz, oí la risa a coro de Henry y Louis.

—Ya verás. No te adelantaré nada, y mi hermano tampoco. Pero es algo positivo.

Corté la llamada con un gran signo de interrogación dibujado en la mente.

—¡Ah! Yo no te diré nada —dijo Henry con una sonrisa cargada de misterios.

—¡Malo! Y yo que pensaba hacerte el pastel de carne que tanto te gusta, para que después no digas que te tengo a dieta de *delivery*.

—¿Es un castigo por mantener en secreto lo que tanto te inquieta?

Le di un codazo en el estómago.

—¡Te dije que ahora sí sé cocinar!

—Yo también cocino, entonces haremos el pastel de carne los dos juntos.

¿Te parece, mi amor?

—¡Ah, el principito se va a ensuciar las manos! —dije en broma—. Mirá vos.

Durante los siguientes días, cocinamos juntos, nos hicimos los tontos cuando estuvimos en la playa y veíamos a lo lejos el brillo de una cámara de fotos. Tanto que hicimos por ocultar nuestras vacaciones de la prensa, pero al final fue inútil, una multitud de periodistas acampó en los alrededores de la casa de Robbie.

Amy me informó (al igual que Louis también a Henry) que la noticia sobre mi llegada a Londres también se sabía. A estas alturas, a mi novio y yo

eso nos tenía sin cuidado, en breve el periodismo también se enteraría de mi reunión con el señor Edward y la reina.

Los despertares con Henry a mi lado me llenaban de felicidad. Dormíamos abrazados, y no dejábamos de mirarnos con ternura todo el tiempo, emocionados por tenernos uno al otro.

De vez en cuando me asaltaban las dudas y una noche me desperté en plena madrugada, había tenido una pesadilla. Al verme sentada en la cama y con expresión de terror, Henry se preocupó. Se sentó a mi lado luego de prender la luz de uno de los veladores.

—Amor, ¿qué te pasa?

—Tu papá, me decía que no era aceptada, porque no soy para vos. Él y tu abuela me rechazaban.

Henry me tomó de los hombros y me abrazó. Me sentí reconfortada al sentir el calor de su amor.

—Solo fue una pesadilla, nada de eso pasó, Adrienne.

—¿Y si pasa? ¿Si viajo a Londres y tu papá dice que no y...?

—*Shhh*, tranquila. Por favor, fue un mal sueño. No es verdad —y empezó a darme besitos en la frente y en las mejillas.

—Pero puede pasar

—Tranquila, mi amor. Vamos a dormir, no pasará nada de lo que soñaste.

Apoyé de nuevo la cabeza en la almohada y él me abrazó por debajo de los cobertores apoyando la cabeza en mi hombro.

—Te amo, Adrienne. Nunca pero nunca nos van a separar.

—Yo también te amo.

El día de la partida, nos levantamos tarde. Desayunamos sin separarnos ni un minuto y cuando lo vi vestirse para tomar el avión junto a Ronald, lo abracé. Yo partiría una hora después junto a Warren.

—En cuanto llegues al hotel, me llamas al celular.

—Claro que sí, no te vas a librar tan fácilmente de tu novia pesadita — susurré en su oído sin dejar de abrazarlo.

—Eres la pesadita que más quiero en el mundo. Hasta luego, mi amor.

Nos besamos de manera apasionada. Los guardaespaldas hicieron la vista a un lado porque se sintieron incómodos. Se subió a la camioneta y lo saludé con la mano. Para no ponerme triste, di un par de vueltas por la casa para dejar todo en orden. Warren y yo pedimos un *taxi* para ir al aeropuerto.

Un rato largo más tarde, ya en el avión, me quedé tildada pensando.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Sí, Warren.

—Si quiere algo solo dígalo y llamaré a la azafata.

—Estoy bien, nada más que un poco nerviosa.

El guardaespaldas de Henry sonrió con calidez.

—Todo saldrá bien, debe tranquilizarse. Su alteza hará lo imposible para que se encuentre a gusto. Todos le darán el lugar que se merece.

—Gracias por tus palabras, me emocionan mucho —dije dándole una palmadita en la mano.

Tomé un libro y a duras penas logré concentrarme en la lectura, Warren se dedicó a dormir. Me acordé de que toda la gente que me quería me apoyaba y estaba feliz por el paso que iba a dar. Daría todo de mí para agradar al papá de Henry y a la reina sin dejar de ser yo misma. Mi esencia no cambiaría, era la misma Adriana de la que Henry se había enamorado y continuaría siendo así.

Capítulo 21

Desperté a eso de las seis de la mañana. La azafata nos alcanzó el desayuno, además de anunciar que en breve aterrizaríamos en Londres. Después de beber el café y morder una tostada, fui al baño y me adecené un poco: me lavé la cara, me peiné y me puse un poco de base de maquillaje y un ligero brillo en los labios.

Después del anuncio del incipiente aterrizaje del avión, me cubrí la cabeza con una boina y la mitad de la cara con unos anteojos de sol. Llevaba *jeans*, unas botas de cuero negras hasta las rodillas, un suéter de hilo negro de cuello redondo y encima un saco de lanilla azul Francia.

—No soy una ruina, ¿no, Warren? —consulté a modo de chiste.

—La señorita luce muy bien, lástima que los lentes de sol tengan que taparle la mitad de las facciones.

—Y menos mal, porque la prensa me va a criticar de lo lindo. ¿Habrá muchos periodistas? ¿Y *paparazzi*?

—Todos.

Lancé una carcajada.

—Siempre admiré tu sinceridad, Warren.

—Jamás se perderían la llegada de la futura duquesa de Sussex. Usted ya es noticia desde hace mucho. Sonría, mire hacia abajo y deje que yo los aparte. De todas maneras, el señor Pacheco estará en el aeropuerto para recibirla.

Tony ya venía esquivando a la prensa desde hacía un par de horas, porque llegó al aeropuerto *Heathrow* con mucha anticipación.

—¿Qué opina usted, como mano derecha de su alteza real, sobre la llegada de la señorita Adrienne Mora a Londres? —preguntó un cronista.

—No opino nada, déjeme en paz que estoy ocupado —dijo Pacheco apartando el micrófono—. ¿No le dije que no quiero entrevistas? Viene importunándome desde que llegué aquí.

La marea de *paparazzi* y reporteros se abalanzó hacia la entrada del aeropuerto porque apareció Adriana. Warren, haciendo lo posible para que no la molestaran demasiado, trató de apartarlos, pero no lograba su cometido. Tony tragó saliva y a través de codazos y empujones, corrió para llegar hasta ella.

—¡Adriana, Adriana! —gritó con desesperación. Parecía nadar en medio de ese mar de gente, cámaras de televisión y *flashes* de fotos. De vez en cuando hacía movimientos con el abanico para allanarse el camino.

—¿Tony? —dudó ella buscándolo con la mirada. Los murmullos y las preguntas del periodismo, la confundían y la mareaban. Los micrófonos y los teléfonos celulares, además de las caras que la analizaban abalanzándose sobre ella, intentando buscarle algún defecto, la apabullaban.

—¡Señorita Adrienne! ¿Pronto deberemos llamarla Su alteza real?

—Solo una pregunta, señorita Mora: ¿Qué siente en estos momentos? ¿Nervios? ¿Felicidad?

—¿Extraña a su alteza real, su novio?

—¿Se siente como la nueva Martina, la reina de Holanda?

—Señores, déjenos pasar —pidió el guardaespaldas haciendo de escudo protector.

Tony no podía llegar a ella, cuando la vio a unos metros, levantó su abanico.

—¡Aquí estoy!

Adriana se aferró a la mano de su amigo y pudo llegar a su lado. En medio

del ruido y los gritos del periodismo y de los *paparazzi*, se dieron un abrazo.

—Vamos, estos están insoportables —dijo Tony—. Warren, pon orden.

—Sí, señor Pacheco. ¡Apártense, por favor! La señorita no responderá preguntas ni posará para ninguna foto —vociferó el guardaespaldas.

—Descansarás un rato, luego verás a mi jefe y después haremos gimnasia —dijo Tony.

—¡Qué! Vos estás loco. No puedo más de cansancio —protestó Adriana.

—Las pesas las traje desde casa, están en mi morral —el asistente palpó su bolso de cuero—. Te hará bien, el ejercicio tranquiliza.

—Lo que me va a tranquilizar es salir ya de acá. Siento que no puedo respirar.

—¡Señorita Adrienne! ¡Una sonrisita, por favor! —pidió un fotógrafo. La novia de Henry sonrió pero bajó la mirada.

—¡Solo una foto! Sáquese los anteojos.

Tony Pacheco se volvió furioso hacia el fotógrafo.

—Ella no se sacará nada, irrespetuoso. ¿Quién es usted para exigirle eso? Apártese de nuestro camino que la señorita está cansada.

—Necesito una foto.

—Y yo necesito que vuele de aquí.

—Usted se cree demasiado por ser el asistente del príncipe de Gales.

Pacheco abrió bien la boca y quedó mudo ante tanta falta de respeto. Se llevó una mano al pecho y el tono de su cara adquirió un subido tono rojo. Adriana lo tomó de un brazo y Warren por el otro, querían contenerlo antes de que perdiera por completo los estribos.

—¡Límpiese la boca antes de nombrar a Su Alteza Real, el príncipe de Gales, atrevido! ¡Es el nieto de su majestad, nuestra querida reina! ¿O acaso no lo sabe, ignorante?

—¡Claro que lo sé, pero apártese porque quiero hacer mi trabajo, imbécil!

—¡Insolente! —gritó Pacheco y le plantó su morral en la cabeza. El golpe desmayó al fotógrafo, quién cayó despatarrado al piso.

—¡Lo maté! —chilló el asistente con espanto. Toda la prensa allí reunida ahogó una exclamación.

—¡Tus pesas para que yo hiciera gimnasia, con razón se desmayó! —murmuró Adriana simulando horror aunque tenía muchas ganas de reírse.

Fue un verdadero infierno llegar al hotel. Ya vestida con una bata de algodón sobre el camisón, me serví un té de hierbas en compañía de Tony y Xavier. Nos tiramos en la cama y miramos el informe de un importante noticiero londinense. El conductor del programa informó desde la tele:

“Se produjeron importantes disturbios durante la cobertura periodística por la llegada de la novia del príncipe de Gales, hasta se informó que hubo un herido. Anthony Pacheco O’Higgins, secretario privado y mano derecha de su alteza real, agredió a un fotógrafo a golpes.”

Pegamos un grito cuando vimos una foto de Tony enarbolando el abanico y mirando hacia la cámara con expresión demente.

El locutor carraspeó antes de retomar el informe: “...fuentes cercanas a la casa real, aseguran que el agredido se encuentra fuera de peligro, pero lucirá un gran chichón en la frente durante varios días...”

—Ya ven, ahora quedaré como un violento. Con esa expresión parezco uno del *Clan Manson*. ¡Adriana, has visto en qué términos me habló aquel individuo! —se quejó el asistente. Al sonar su celular con un Whatsapp, leyó en voz alta con tristeza—: “*Muy bien, Tony. La próxima vez ábrele la cabeza a golpes, así en una de esas me haces quedar peor. Henry.*”

—Al tipo le vas a tener que pagar la cámara, se hizo mierda contra el piso —agregué sin dejar de mirar las imágenes de mi llegada a Londres.

—Seguro que mi señor me lo va a descontar del sueldo. ¡Qué calamidad!

Xavier lanzó una risita señalando la tele. Allí se veía la cara furiosa de Tony, impidiendo que las cámaras tomaran imágenes tan de cerca.

—¡Pareces poseído! ¡Uh! Te enfocaron una pata de gallo —comentó.

—Yo te vi un grano, a un costado de la nariz, cerca del *piercing*. ¡Ahí, justo! ¿Lo viste? —agregué.

Pacheco se tapó la cara con las dos manos.

—¡Qué feo me veo! Claro, se vengaron por lo que le hice a ese tipejo, y me tomaron mi peor perfil. Noticiero de porquería, no lo miro más —y apretó el botón del control remoto, apagando el televisor.

—¡Eh! —protesté.

—Adrianita luce divina, las cámaras de televisión la adoran, ¡quiero seguir viendo la cobertura de su llegada! —se quejó el peluquero.

Tony se dirigió a mí.

—En breve llegará mi jefe, primero se encargará de ponerme verde a insultos durante un buen rato y después te verá. Pero esta noche te quiero en la cama bien temprano.

—Bueno.

—A solas.

—¡Ya sé! No soy tan estúpida, Henry va a volver a su casa —dije y después abracé a Xavier, que escondió la carita en mi hombro—. ¿Puede quedarse mi amante?

—De ninguna manera, porque acuérdate que debes lucir fresca y descansada. Y si Xavier se queda, van a chismorrear toda la noche. Mañana llegaré a las ocho en punto.

—¿Para qué tan temprano? El té con el papá de Henry y la reina es a las cinco de la tarde.

—Quiero que te pruebes cada uno de los trajes que compré para ti. Debes

lucir perfecta.

—¿Cuántos trajes son?

—Quince.

Para ahogar una puteada escondí la cara en la almohada.

Mis amigos se calzaron los zapatos ni bien llegó mi novio. Tony lo miró con expresión compungida. Henry le devolvió la mirada con severidad y dijo secamente:

—Vuelve a la casa, tú y yo hablaremos después.

—Sí, mi señor —respondió el asistente haciendo una reverencia. Xavier lo imitó y se fueron. Henry extendió los brazos hacia mí con una sonrisa.

—Por fin solitos de nuevo. Aunque esta vez me quedaré solo un rato. Ven. Me abracé a él y lo miré. Nos besamos una y otra vez.

—Me alegro que estés en Londres, ojalá mi abuela nos dé su consentimiento para que vivas en casa o nos mudemos a alguno de los departamentos de Kensington.

—¿Antes de casarnos?

—Seguro que nos dejarán.

Henry se dedicó a hacerme mimos y a decirme, como siempre, dulces palabras. Sabía que estaba preocupada por el evento del día siguiente.

—No te olvides que mañana estaré a tu lado. Y no debes preocuparte por mi padre, te tratará con respeto.

—Te veo muy tranquilo —dije mirando sus ojos azules.

Él suspiró antes de hablar.

—Porque lo estoy, todo saldrá bien. Luego del té en palacio, iremos a cenar a mi casa y recibiremos una visita.

Le di un beso en la mejilla y pregunté:

—¿De Amy y tu hermano?

ingenió para tenerme a dieta gran parte de la estadía y me obligó a practicar el acento británico.

Sin mirarme, mientras se limaba las uñas, dijo:

—Ahora seré aún más riguroso, así que come.

Saqué las tapas a las fuentes y finalmente me di cuenta de que todo sería peor que hacía dos años: había nada más frutas. ¡Ah! Y si hablamos de infusiones: solo café negro. Ni una gota de leche.

—¡Hola! Desayuno, ¿dónde estás? —comenté con ironía.

—Tampoco te abuses con el café.

Desayuné lo que pude y me fui a dar una ducha. Al volver ya había llegado una señora con los trajes y/ o vestidos que Tony había encargado para que luciera en la merienda con Edward y la reina. Estaban todos desplegados sobre la cama, durante mi ausencia la habían arreglado para ubicar el vestuario que debería probarme. Los zapatos se encontraban alineados a un costado de la sala de estar de la *suite*, eran todos de color negro o azul oscuro. (Había unos diez pares).

—Vení, ¡acércate que no mordemos! —dijo Pacheco.

Yo me encontraba en la puerta del baño mirando todo ese despliegue de indumentaria que debería probarme hasta el cansancio. Me crucé de brazos, apoyándome en la pared. Sentía cómo las gotas de mi pelo húmedo caían sobre el cuello de mi albornoz de algodón. Pacheco me exigió en un grito que me cubriera la cabeza con una toalla, humedecería los cuellos de los trajes y/o vestidos.

Como un vendedor, se me acercó después con el primer par de zapatos, los tomaba como si fueran de cristal.

—*Christian Loubotin* —susurró con una sonrisa cargada de secretos. Eran negros, con apenas plataforma y con un taco muy alto. Tenían un diseño muy clásico. Luego los dejó en el piso y buscó otros—: *Jimmy Choo* —el par era

también muy clásico, de color negro y de un material parecido al terciopelo.

—Son tan bonitos. ¿Y dónde están los de *Manolo Blahnik*? —pregunté con ansiedad.

Pacheco me los tendió.

—¡Son hermosos! *Stilettos*, como a mí me gustan.

El asistente de Henry sonrió con dulzura, mientras acariciaba el taco de uno de los *stilettos*.

—La marca preferida de la princesa de corazones, adoraba sus diseños —pero dejó de sonreír para mirarme con aires de un maestro a quien un alumno un poco rebelde lo distrae de sus deberes—: ¡Pero primero tienes que probarte los trajes y vestidos! Debemos apurarnos. Porque a la una traen el almuerzo, luego pasaremos por los jardines y a las dos y media vendrá Xavier para ayudarte con el peinado y el maquillaje.

Las pruebas de traje y vestidos fue lo más agotador del día... y eso que aún no le había visto la cara a Edward. Tony me gritaba para que camine, me hacía detener de golpe para cambiarme el par de zapatos o me arreglaba el pelo (ya estaba seco) de una manera que podría llegar a combinar con el estilo de ropa que llevaría.

—¡Porte de dama! Alza la barbilla, camina con majestuosidad. ¡Serás la esposa de un príncipe!

Seguí probándome ropa: un vestido color petróleo, estrecho en la cintura y con la falda ligeramente acampanada. Luego un traje de falda y camisa color violeta con cinturón fino y mangas estrechas. Le siguió un vestido color café, con pequeños botones que iban desde el cuello hasta el pecho. Tony me ayudaba a probármelos, me alcanzaba los zapatos, luego me hacía caminar. Cuando se sabía satisfecho, asentía en silencio; cuando el atuendo completo no lo terminaba de convencer se ponía a gritar para que me sacara todo y volviera vestida con otro conjunto.

Luego de dos horas y cuando pensaba que no iba a terminar más con esa actividad agotadora, me sorprendió con:

—Es perfecto. Fino y discreto. Irás así a la merienda con Edward, el traje te queda pintado. A la salida del hotel habrá miles de *paparazzi* tomándote fotos y no podemos correr el riesgo de que digan que Tony Pacheco no sabe asesorar a la novia de su alteza real.

Había algo de la frase que no me había gustado y se lo pregunté. Él se puso serio y dijo:

—No me gusta contradecir a mi señor pero intuyo que hoy no verás a la reina, Adrianita. Edward no te la hará fácil, así que ve convenciéndote de que si no lo conformas, te quedarás con las ganas de ver a su majestad.

—¡Pero la casa real anunció que tomaré el té con ella!

—Si no conformas a su hijo, eso quedará pendiente.

—Pero...

—Basta de preguntas. No tenemos tiempo para ello —nos dimos vuelta porque entró un camarero con una mesa con rueditas dónde estaba el menú que consumiríamos en breve. Intuí que no habría nada de mi agrado: todo sería de dieta. Pero se me había ido el hambre de golpe, ni siquiera un manjar podría tentarme.

—Tony, no quiero esta comida. Dame un cigarrillo.

El asistente me interrumpió con mala cara y me sacó el paquete de las manos. El encendedor estaba en mi cartera.

—Adriana, quieras o no, vas a comer unas verduras. Para enfrentar al padre de Henry necesitas energías, y por eso es necesario que me hagas caso.

Destapó una de las fuentes y arrugué la nariz al ver los alimentos: había algo de pollo asado y también papas hervidas, zapallo y zapallitos.

Una hora más tarde, el *coiffeur* revoloteaba a mí alrededor. Me hizo sentar

en una silla con respaldo bajo y uno de sus ayudantes, del cual no retuve el nombre, me hizo las manos. Solo puso en mis uñas un discreto color vía láctea.

Xavier me planchó el pelo, antes puso una ampolla nutritiva en las puntas y acomodó mi flequillo al costado. Después se dedicó a mi rostro: sombras color tierra para mis párpados superiores; cobertor de ojeras para los inferiores, polvo volátil, perlas tonalizadoras para mis mejillas, mentón y frente y rímel marrón para mis pestañas.

—Sí, sí —dijo con satisfacción luego de concluir con su trabajo—. Esta es la Adriana que quiero ver, la que saludará desde el balcón con un hermoso vestido de novia, un velo de cuentos de hadas y de la mano de su alteza real. La duquesa de Sussex.

Al escuchar sus palabras, me ganó la melancolía. Sentí que las lágrimas se agolpaban a mis ojos, ansiosas por salir.

—¡Adriana, no puedo creer que estés llorando! Estropearás el trabajo de Xav —criticó Tony con dureza. Pero el peluquero luego de echarle una mirada de fulminante ira me abrazó.

—¡Déjala en paz! —gritó observándolo con reprobación—. ¿No ves que tiene mucho miedo? Reprendiéndola solo conseguirás que se sienta más triste.

Tony decidió dar por terminado el tema aplaudiendo con impaciencia.

—Suficiente. Ahora los abrigos —y sonriendo con misterio, añadió—: para que no se piensen que soy tan malo, tengo una sorpresa para Adrianita.

Me probé los abrigos con la idea de que sería tan tedioso como con la ropa y los zapatos, pero en cuanto me calcé un torerito de terciopelo con cuello *mao*, Tony dijo:

—Te queda perfecto. Ahora quédate aquí... —lo miré con sorpresa porque noté que le dio poca importancia. Él tomó su celular, que estaba sonando y

agregó mientras abría la puerta—. ¡Sorpresa!

Al ver quien estaba en la entrada, temí que la mandíbula se me cayera hasta aterrizar en el alfombrado de la *suite*. Tony y Xavier se alejaron con discreción.

Ximena me contemplaba desde la puerta. Acostumbrada a verla siempre vestida con ropa de oficina o con *jeans* y zapatillas, casi no la reconocí: llevaba un conjunto de saco y pantalón verde oliva y unos tacos altísimos. ¿Y eso que tenía en la cabeza, qué era? ¡Una boina ladeada! Ella que siempre dijo que las odiaba.

—¡Adri! —exclamó y se me tiró encima para abrazarme. Me quedé estática durante un par de segundos, sin reaccionar. Después alcancé (como pude) a abrazarla.

—¿Qué... qué hacés acá?

Me sonrió con un poco de vergüenza y pude ver sus ojos impecablemente maquillados.

—Vine a verte y de paso a contarte que estoy comprometida —dijo extendiendo la mano y pude admirar su anillo: una piedra azul sobre una fina cinta de oro.

—Hay algo de lo que me perdí —balbuceé aun desconcertada—. ¿Quién es el afortunado? ¿El tal Charlie?

—Sí, sí. Pará, lo tenés que conocer...—se asomó a la puerta y llamó con dulzura— mi amor, tenés que conocer a Adri, una de mis mejores amigas y novia de tu primo Henry.

—¡Qué! —grité y me encontré cara a cara con el famoso Charlie. Pude reconocer esa sonrisa, se le parecía mucho a Henry. Aunque Charlie era tirando a rubio y mi novio es pelirrojo, se notaba el parecido entre ambos.

—Adrienne, un gusto conocerte. Por fin te veo —dijo con una voz cargada de sensualidad. Y no habló en inglés sino que se expresó en un español

impecable.

Besó mi mano y luego rodeó los hombros de mi amiga con un brazo. Ximena era bajita, pero pese a los zapatos que llevaba, Charlie con su metro ochenta, la hacía parecer chiquitita e indefensa.

—Bueno, la verdad que me sorprendieron. ¿Dónde está Pacheco, que tengo ganas de matarlo? Y en cuanto vea a Henry, también recibirá lo suyo. ¡Era la única tonta que no sabía nada! —y le pegué un cachetazo suave a Ximena en el hombro—. ¡Te lo tenías guardado, eh!

Nos sentamos un ratito en la sala de estar mientras saboreábamos un té. Ximena me contó que Charlie la había traído a Londres para que conociera a su padre. El anciano duque quedó encantado con ella.

—¡Por fin una chica honrada! —contó Charlie que dijo el señor muy contento alzando las manos al cielo y los dos, luego de mirarse amorosamente, se echaron a reír.

—El papá de mi novio nos aceptó, Charlie me regaló este hermoso anillo —Ximena lo volvió a mostrar.

Tony nos interrumpió unos minutos después informando que era casi la hora de irme.

Abracé a mi amiga, saludé a Charlie con un beso en la mejilla y subí en medio de una nube de *flashes* de cámaras de fotos y de televisión, al auto que me esperaba. Ximena me hizo la promesa de que más tarde junto a su prometido iría a cenar a mi *suite*. Nos acompañaría también Henry, su hermano Louis y Amy.

Mi amiga me saludó con una sonrisa. Jamás la había visto tan feliz y enamorada. En breve, al subir al altar junto a Charlie como su esposa y a la muerte de su padre, se convertiría en *Su Gracia*, la duquesa de Worcester. Cosa de no creer, tanto despotricó contra Dios y el mundo diciendo que nunca encontraría a su príncipe azul y resulta que lo halló en el primo de mi

principito.

El coche que llevaba a Adriana, llegó a destino: la residencia de su alteza real, el príncipe Edward.

—Tranquila, querida —dijo Tony palmeándole la mano—. Mi señor te esperará para llevarte al despacho de su padre.

—Quiero pestañear y que sean las ocho de la noche para recibir a mis amigos y festejar que todo salió bien.

Tony se puso serio.

—No huyas de la realidad, Adrianita. No se puede adelantar el reloj —el auto se detuvo en la puerta del palacio—. Andando, ponte de pie. ¡Allá está mi señor!

Adriana bajó del auto tratando de cuidar para que su vestido azul no se arrugue. El príncipe Henry la tomó de las manos.

—Mi amor, no veía la hora de que llegaras.

—¿Viste a tu padre?

—Almorcé con él y luego se encerró en su despacho a hablar por teléfono. Le pasaron un llamado de tío Ferdinand, el papá de Charlie.

Adriana esbozó una sonrisa irónica. Con un poco de culpa, Henry la abrazó y caminaron en dirección a la residencia.

—Sí, ya sé que no te conté lo de mi primo y tu amiga. Pero me enteré de su noviazgo hace muy poco.

—¡Ya hablaremos vos y yo de eso! ¿Cómo puede ser que Ximena no me haya dicho nada?

Henry explicó a Adriana que Ximena había tenido miedo de su reacción.

—Hablaremos bien esta noche. Papá te espera —agregó Henry y volcó la mirada hacia su asistente sin dejar de abrazar a su novia—: Tony, Amy

quiere que vayas a su casa.

Tony hizo una inclinación y cruzó la calle dirigiéndose a la residencia de Louis. Parecía más bien un barrio privado, porque el palacio se dividía entre sí en varios departamentos. Adriana se sintió apabullada ante tanto lujo. Una cosa era ir de visita como cuando fue invitada junto a Henry a visitar a los reyes de Holanda; pero vivir allí... la animaba tener cerca a Amy, que siempre le ofreció su amistad. Además Charlie y Ximena le dijeron que luego de su compromiso, y con el visto bueno del duque Ferdinand y de la reina, vivirían allí después de que el compromiso fuera oficializado.

—Mi amor —le dijo Henry acariciándole la mejilla—, hace mucho frío aquí. ¿En qué pensabas? Vamos que mi padre nos espera.

—Perdón, Hen. Me distraje en reflexiones. Estaba pensando en lo grande que es este palacio. ¿Vamos a vivir acá?

—¿Ves esas ventanas? —Dirigió su mano para señalarlo—. Ese es el departamento uno, tú y yo nos estableceremos allí. Y por aquí, pasando el jardín de los costados —esta vez señaló a su izquierda—. Vivía mi querida madre, allí tenía su departamento y su despacho privado.

—No importa dónde vivamos, yo quiero estar todo el tiempo con vos.

Henry besó el pelo de su novia y luego la miró con ternura.

—Estás tan hermosa, no veo la hora de que estemos a solas. Quiero que liquidemos este asunto con mi padre, visitemos a mi abuela y luego me quedaré contigo en el hotel o vamos a mi casa. Ven, Adrienne. Adelante — ella tomó su mano, caminaron hasta la puerta de entrada y un mayordomo abrió la puerta.

—Selden, ella es la señorita Adriana Mora, mi novia.

El sirviente hizo una reverencia.

—Señorita, sea usted bienvenida a este palacio. Simón, el mayordomo privado de su alteza real, el príncipe Edward, los espera en el recibidor del

despacho de su alteza real. Adelante.

Adriana pensó en todas las cosas que debería aprender, que serían muchas. Subieron por unas escaleras y en el recibidor, los esperaba el mayordomo del padre de Henry.

—Alteza, señorita Adriana Mora —dijo haciendo una respetuosa reverencia, y abrió una puerta doble de roble—. Pasen, mi señor los espera. En breve traeré el té.

Henry fue el primero en pasar y tomó de la mano a su novia. Adriana dio unos pasos entrando a la estancia y recorrió el despacho con la mirada. Un enorme escritorio se encontraba en medio de la sala, había un gran sillón de cuero y varios sillones alrededor. Unas plantas se encontraban cerca del ventanal que mostraban el jardín delantero del palacio. Edward miraba hacia el jardín.

—Padre, llegué con mi novia —dijo Henry abrazándola.

Edward se volvió hacia la pareja de novios y al verle la expresión, Adriana dio un paso atrás y Henry lo enfrentó con la mirada.

—Papá, ¿no vas a saludar a mi futura esposa? —preguntó ya empezando a enojarse.

El padre de Henry se acercó a ellos y miró a Adriana de pies a cabeza.

—No hay caso: por más que la mona se vista de seda, mona queda. ¡Vulgar, es tan vulgar!

—¡No la trates así! ¡No te lo permito! —gritó Henry fuera de sí.

Edward ignoró a su hijo y se enfrentó a Adriana.

—No contenta con engatusar a mi hijo, también animó a su amiga, que es tan poca cosa como usted, para que seduzca al estúpido de mi sobrino. ¡Qué alto que pican ustedes dos! Mi primo, el duque de Worcester, es un pobre viejo que cualquiera que no trabaje de meretriz, la aceptaría gustoso como novia ideal para el bueno para nada de Charlie. ¡Pero yo no soy así!

—¡Basta, papá! —exclamó Henry rojo de ira.

—Señorita, usted no es bienvenida aquí —dijo Edward señalándola—. No puedo hacer nada para impedir la boda de mi sobrino con su amiga; pero sí para que mi hijo, un príncipe, se case con alguien sin fortuna ni abolengo como usted. Pero jamás me equivoqué con respecto a sus artimañas, terminé por convencerme cuando se apresuró por “acomodar” a su amiga con alguien de la nobleza.

—No es así, señor —dijo Adriana con un nudo en la garganta pero mirándolo a los ojos—. Yo nunca supe hasta ahora que mi amiga Ximena...

—¡Cállese, atrevida! Además de vulgar, es una ignorante —gritó Edward con los ojos en llamas—. ¡Yo no soy un “señor”, sino su alteza real, el príncipe de Gales! ¡Diríjase con respeto a quienes tienen sangre real!

La mandíbula de Adriana tembló y los ojos se le llenaron de lágrimas. Henry la miró y se le partió el corazón de pena. Pero cuando cruzó sus ojos azules con los de su padre, la ira los volvió tan fríos como témpanos de hielo.

—Jamás voy a perdonarte esta humillación a la mujer que amo —dijo con voz increíblemente tranquila pero cargada de odio.

—¡Váyanse! ¡Fuera de mi despacho, fuera del palacio de Kensington! —dijo el padre como toda respuesta.

—Nunca más volveré a dirigirte la palabra. Para mí es como si estuvieras muerto, papá —agregó Henry abrazando a su novia.

Me deshice del abrazo de Henry y bajé las escaleras corriendo como una loca. Me largué a llorar y ciega por las lágrimas, casi choqué con Selden. Al verme hecha un mar de llanto, el mayordomo me observó con gesto confuso y abrió la puerta de entrada. Salí al jardín y sentí que unas manos me sostenían por los hombros.

—¿Adrienne? —dijo una voz y me encontré con el hermoso rostro de la mujer de Louis.

—¡Ay, Amy! —alcancé a decir y me arrojé a sus brazos sin parar de llorar.

Henry me siguió hasta allí.

—Adrienne, mi amor —pidió—. Vamos al hotel.

—No quiero estar con vos ahora, necesito serenarme.

—Adrienne, quiero que hablemos de esto. Por favor.

Mi novio quiso despegarme de los brazos de mi amiga pero ella se lo impidió.

—La llevaré a mi casa, cuñado.

—Pero...

—Louis irá a tratar de arreglar la situación con Edward. Deberías volver allá.

—Quiero irme al hotel —logré decir mientras luchaba para tomar aire.

—Adrienne... —Henry quería abrazarme y darme ternura, pero yo no soportaba tenerlo cerca luego de lo que había pasado.

—Ahora no, Hen —volvió a decir Amy—. Vamos, Adrienne.

Edward volvió a asomarse por la ventana para contemplar la figura de Amy junto a la de Adriana. ¿Esa mujer no tuvo la suficiente vergüenza para irse del palacio? Disgustado por lo que acababa de ver, corrió la cortina y se acomodó en el sillón cercano a su escritorio.

Henry le estaba dando más problemas de los que necesitaba. Era cierto que no estaba en sus planes que esa joven al que su hijo consideraba su novia tomara el té con su madre esa misma tarde. Primero se encargaría de examinarla con lupa y hacerle muchas preguntas, además de observar su forma de hablar y comportarse. Pero de alguna manera, la noticia del compromiso entre Charlie y la amiga de ella lo había enfurecido. Estaba

convencido de que la novia de Henry era una cazafortunas con amigas igual de ambiciosas que ella. Pero no se burlarían de él, impondría su autoridad negando su autorización para que Henry desposara a aquella arribista.

—¿Así que estás aquí todavía?

—Corine —dijo Edward a su esposa. Ni siquiera había escuchado cuando ella entró al despacho—. No quiero que nadie me moleste, ¿podrías dejarme a solas?

—¡Jamás pensé que me había casado con un estúpido y ahora lo estoy confirmando! —respondió ella—. ¿Qué es lo que estás haciendo? ¿Quieres que la prensa y la opinión pública se nos arrojen encima? ¡A tu hijo Henry no le temblará el pulso! Dejará Londres e incluso Inglaterra para casarse con esa chica. Y se armará un escándalo terrible.

—Ella no es la adecuada. ¿Tú sabías que animó a su amiga para que conquistara a Charlie? Tendremos de parientes a dos arribistas. En todo caso a una, porque a la otra la eché y jamás pondrá los pies en este lugar.

Corine le dio la verdadera versión de los hechos: Adriana no estaba enterada de nada y que había sido una casualidad que el primo de Henry y Louis conozca a Ximena. Pero Edward no quiso escuchar razones. Cansada de que su marido le lleve la contraria en todo y no aceptara su explicación, se fue dando un portazo.

Capítulo 22

—¿Quieres más té? —preguntó Tony.

Negué con la cabeza. Hacía un rato largo que estaba en la casa de Amy y apenas había podido hablar.

—Querida amiga —dijo Amy poniendo una mano sobre mi hombro. Sus ojos reflejaban mucha dulzura—. Te aseguro que esto se arreglará. Bastará con que mi marido hable con Edward para que él entre en razón y te acepte.

—Me dijo cosas tan feas —dije con un hilo de voz sonándome la nariz con un pañuelito de papel. Estaba convencida de que gasté toda la provisión de *Kleenex* de la casa—. Siento que nada de lo que pueda llegar a hacer logrará convencerlo.

Tony se levantó de la silla y empezó a caminar por el *living* de la sala de estar. Se lo veía enojado. El asistente siempre creyó que el papá de Henry me haría las cosas muy difíciles, pero cuando se enteró de la humillación por la que me había hecho pasar se puso como loco.

—Como dice mi jefe, si quiere guerra la tendrá —manifestó sin un atisbo de sonrisa.

—¿Qué estás queriendo decir? Yo no puedo enfrentarme a él —dije mirándolo con curiosidad.

Y durante las dos horas que pasaron seguimos debatiendo. Amy lanzó como idea la posibilidad de llamar a las princesas de York, primas de Henry, para que apoyaran el desfile de peinados de Xavier y el relanzamiento de mi línea de zapatos, invitando a *la crème de la crème* de la sociedad londinense, además de hablar con su marido y permitir que la fundación que había creado junto a Louis sea la destinataria de las ganancias que produjera aquel desfile. Escuché las propuestas pero seguí negándome.

Louis se empeñó en hacer cambiar de opinión a su padre. Tarea titánica porque Edward parecía encaprichado en no aceptar a la novia de su hermano.

—Papá —dijo Louis tratando de mantener la calma—, no te estás mostrando razonable. Criticas la tozudez de Henry pero eres igual a él. De esta manera no llegaremos a nada bueno. La familia real no puede ni deberá tener al periodismo ni a la gente de este país en contra.

—Louis, no quiero que esa señorita se case con tu hermano. ¿De qué forma puedo decírtelo para que lo comprendas?

—Entiendo tus palabras, pero lo que no logra entrarme en la cabeza es el por qué, si sabes que Adriana no estaba enterada del noviazgo de Charlie con su amiga, te agarras de eso para no aceptarla. ¿O tengo que pensar que encontraste la excusa perfecta?

Edward avinagró la expresión pero decidió esquivar la mirada de su hijo. Los ojos de Louis le hacían acordar a los de su primera mujer: siempre tan dulces pero ante una situación que creía injusta, aquella mirada se transformaba en fuego. Louis tenía mucho de la princesa de corazones.

—No me refugio en ninguna excusa. ¡Y quiero que me dejes solo! ¿Acaso nadie de mi familia ya respeta mis decisiones? Ordenaré a Simón que no deje entrar a nadie más a mi despacho. Adiós, Louis.

Su hijo mayor se puso de pie. Pero antes de irse lo fulminó con la mirada. Otra vez sus ojos le hicieron acordar a los de Daria, su primera esposa.

Se quedó pegado a su recuerdo por unos instantes pero después lo espantó regodeándose en su ira.

Volví sola al hotel. Me puse el pijama y me acosté. Los nervios que había

pasado durante esa tarde me habían agotado así que me dormí enseguida

No sé en qué momento, me despertó un peso en mi cama. Alguien se había sentado. Y una mano me acarició el pelo y las mejillas.

—Mi amor, mi *caríssima*.

Abrí los ojos y me senté en la cama. Sin titubear, Henry dejó que me arrojara a sus brazos.

—No quise avisarte que vendría porque temí que no quisieras verme.

—Perdón, mi amor. Estaba tan triste por el rechazo de tu papá que en ese momento solo quería volver al hotel y encerrarme sin ver a nadie. Por suerte encontré a Amy y gracias a sus palabras y al apoyo de Tony y Xavier pude serenarme un poco.

—¿Y yo? ¿Por qué no quisiste recurrir a mí, Adrienne?

—¿Cómo haremos para poder solucionar esto? No podremos casarnos sin el consentimiento de tu papá y el de la reina. ¡Seamos razonables! No quiero que dejes todo para seguirme. Te creo capaz de eso y me aterra.

—Puedo dejar todo sin ningún dolor, lo que jamás aceptaría es separarme de ti. Volvería a sentirme igual a cuando estuvimos separados: muerto en vida.

Seguimos hablando del tema e intenté utilizar los mejores argumentos para convencerlo, pero Henry era muy cabeza dura; ya estaba pensando en recurrir a su padrino Bernard para que interviniera a favor nuestro con Edward y la reina. En caso de que nada de eso resultara, haría uso de su fortuna personal para establecernos en Australia y a los treinta y cinco años, ya estaría en condiciones de heredar la parte del dinero que su madre le había dejado y podría seguir invirtiendo ese capital en propiedades u otros negocios. De esa manera no pasaríamos apuros económicos.

A mí me asustaba que ya ideara planes, amén de pensar en la reacción de

los míos cuando se supiera que la familia real me había rechazado: Roberto pondría el grito en el cielo, además de ordenarme que volviera inmediatamente a Buenos Aires.

Cada vez que yo comentaba que no quería que dejara su país y mucho menos que se pelease a muerte con su padre por mi causa, me llenaba de besos y caricias. Interrumpía mis frases con miradas de amor y palabras cargadas de cariño.

Nos levantamos después para recibir a nuestras visitas.

Ximena no podía con la culpa, y nomás verme se puso a llorar con amargura mientras su novio la consolaba. Me pidió perdón durante un rato largo además de repetirme hasta el cansancio que de haber sabido que perjudicaría mi futuro compromiso de esa manera, hubiera elegido otra fecha para la presentación con el padre de Charlie. Le dije que no fuera estúpida, que ella no tenía culpa alguna por el incoherente accionar de Edward.

Al rato llegaron Louis y Amy. El hermano de mi principito tenía una expresión de vergüenza, dijo que no tenía cara para informar lo que había sido la reunión con su padre: fue imposible convencerlo, pero afirmó que no vacilaría en volver a reunirse con él al día siguiente. Su mujer era todos ánimos y dulzura: me dijo que no sabía de qué manera, pero que finalmente todo tendría una solución.

Apenas comí. Escuché a nuestros invitados con una sonrisa, y puse lo mejor de mí para hacerles pasar una buena velada.

Después de la cena y el café, todos se retiraron. Henry insistió en quedarse a pasar la noche conmigo y lo dejé. Contrario a lo que pensé ni bien Edward me echó de su despacho, ahora necesitaba tenerlo a mi lado todo el tiempo. Al día siguiente, cerca de las seis de la mañana, me dio un beso de buenos días. Quise levantarme y ordenar el desayuno para que pasemos juntos un

rato más, pero él se negó. No quería desvelarme y me instó a que siguiera durmiendo. Después de que se fue, me sumergí en un sueño inquieto y frágil.

Tony llegó a las ocho y me encontró desayunando. Pidió solo café para él. Sabía que llegaría y por eso lo esperé vestida con uno de los trajes que había adquirido para mi presentación con la reina.

—Así me gusta —dijo admirado—. Como futura duquesa de Sussex debes vestirte y comportarte como tal.

Iba a responderle, pero justo tocaron la puerta. Tony fue a abrir.

—Señor Pacheco, en la recepción se encuentra *Su gracia*, el duque de Worcester —informó el botones—. ¿Lo hago pasar?

Tony me miró y yo asentí. Volvió a cerrar la puerta.

—Acepta el destino y no pongas objeciones, querida. Todo pasa por algo. ¿Quieres que los deje a solas?

—No, por favor. Quién sabe lo que me dirá y después de lo de ayer por la tarde, no quiero que nadie más me humille. En caso de que se ponga desagradable, necesito que alguien que me quiera se encuentre a mi lado.

—*Su gracia* es un señor muy agradable, te caerá bien. Ahí lo escucho llegar.

Me apuré a alisarme el pelo y recordé con alivio que hasta me había maquillado.

—¡Estás perfecta! —dijo Tony mientras abría la puerta. Al ver aparecer a la visita hizo una reverencia.

El duque de Worcester tendría unos setenta y algo de años, pero pese al bastón que llevaba, caminaba con gallardía. Era alto, delgado y con el pelo totalmente blanco. Su cara me resultó agradable, sus ojos eran celestes y muy cálidos. Apenas miró para mi lado, imité a Tony, reverenciándolo.

—No quiero que vuelvas a repetir eso, ¿entendido? Soy Ferdinand, un gusto —le extendí la mano, él la besó y me miró con una sonrisa—. ¡Qué rasgos tan lindos! Me haces acordar a mi querida esposa. Era así de bonita y con esa sonrisa llena de luz.

—Le agradezco, *Su gracia*.

—Soy solo Ferdinand. ¡Basta de títulos y homenajes! Tony, ven a ayudarme —el asistente se apresuró a tomarlo del brazo para que se acomodara en uno de los sillones de la sala de estar. Una vez que se sentó, Ferdinand, dejó el bastón a un costado. Luego miró con cariño a Pacheco—. Gracias, muchacho. ¿Podrías mandar a pedir mi bebida predilecta?

—Claro, enseguida traerán su medida de *whisky*. Mucho hielo, ¿verdad? ¡A estas horas! ¿No le dijo su médico que...?

—Estupideces, eso es lo que dice —lo interrumpió el papá de Charlie—. Sí, con mucho hielo. Qué buena memoria que tienes, siempre tan eficiente.

—Y usted es muy atento. Con permiso, iré a hacer un llamado.

En cuanto Tony nos dejó a solas no tuve ni un dejo de miedo.

—Ahora concentrémonos en usted, jovencita —agregó el señor una vez que me senté frente a él—. ¿Sabe que pretende entrar a una familia repleta de desquiciados? Con o sin corona, no hay ninguno que se salve. ¡Estamos todos locos! Y puedo asegurarle que yo soy uno de los peores. Se lo advierto porque aún tiene tiempo de arrepentirse y salir volando de Inglaterra.

Lancé una carcajada y Ferdinand me imitó. Nos caímos bien al instante. Cuando Tony volvió, hablábamos hasta por los codos.

Por la tarde, Adriana recibió a Corine, la mujer de Edward. Venía acompañada de Amy.

Decidieron tomar el té en una de las terrazas del hotel. La tarde se mostraba primaveral porque no hacía frío. El sol iluminaba y daba calor.

Las tres mujeres conversaron mucho y Corine no dejó de elogiar a la novia de su hijastro por su acento perfecto de inglés, su forma de comportarse y su personalidad arrolladora.

Corine empezó a hablar de la ceremonia, del vestido, de los invitados... ¿Vendría Martina junto a su marido? ¡Seguro! De acuerdo con ella, Amy asentía y agregaba detalles. Adriana quería creerles, pero en el fondo no se sentía tan convencida.

Cuando Adriana les contó sobre la visita de Ferdinand, las dos dijeron que el duque de Worcester era todo un personaje. Sin pensar en lo que diría la casa real británica, se había casado con una plebeya estadounidense.

—Cuando esos dos se reúnen, siempre terminan discutiendo con violencia.

—Pero después se amigán y continúan hablando como si nada —dijo Amy guiñándole un ojo.

Edward se sentía agotado, y decidió tomar una cena temprana e irse a la cama. Sentía que el día anterior estaba unido al presente sin ningún tipo de interrupción. Sí, había dormido, pero despertándose cada hora y acordándose de que Corine no estaba a su lado y ni siquiera le hablaba.

El comedor de su casa estaba demasiado silencioso, y el ruido de los cubiertos, lo hacían poner nervioso. Simón, a su lado, le iba llenando la copa de jugo y le acercaba los diversos platos que iba consumiendo. Hacía tiempo que no comía carne pero sentía un malestar en el estómago, así que pidió a su mayordomo personal que se llevara el jugo y trajera solo agua. Tampoco aceptaría el postre.

Se escucharon unos golpes, pero no parecían haber sido hechos por una mano... sino tal vez por un bastón. Edward ya sabía quién estaba por entrar.

El mayordomo de la sala abrió la puerta y Ferdinand entró con su porte orgulloso de siempre.

—¡Por Dios, qué frío que hace aquí! —dijo acercándose a la mesa dónde Edward estaba comiendo—. Claro, si no hay calor de hogar, porque dejando de lado a los mayordomos, estás más solo que un perro. Querido primo, deberías dejar que alguien te acompañe a cenar. Y observo que tu mujer eligió otro lugar donde tomar su comida, ¿por qué será?

Las palabras cargadas de sarcasmo dichas por el papá de Charlie hicieron que a Edward se le fueran del todo las ganas de terminar su cena.

—Llévate todo —ordenó a Simón, y este se apresuró a retirar los platos—, y abre las ventanas de mi despacho, iremos allí. Porque mi primo apestará todo con su asqueroso cigarro.

—Siempre tan naturista —ironizó el duque de Worcester y mientras caminaba despacio en dirección al despacho junto a Edward, palmeó el hombro de Selden y pidió—: no te olvides de mi *whisky*. Qué sea doble y con mucho hielo, por favor.

—¡Basta de tomar alcohol a todas horas! ¿Acaso no escuchas a tu médico personal? ¡Lo tienes prohibido! —dijo Edward sentándose en su sillón, frente al escritorio—. Mira como estoy yo. Tomo poco alcohol, no fumo y como sano. Viviré por muchos años.

Ferdinand se sentó frente a él y echó la cabeza hacia atrás, lanzando una carcajada. Mientras se reía, hizo sonar el bastón contra el piso.

Cuando Ferdinand terminó de reírse y se limpió las lágrimas de risa con un gran pañuelo, se encontró con la cara de enojo de Edward.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó con la voz cargada de ira.

—Nada más lejos de ello, querido primo. Por más que no tengas ningún vicio y termines comiendo alfalfa en compañía de tus preciados caballos, vivirás muchos años pero sin compañía. Tus hijos te perderán el respeto y tu mujer se aburrirá con tu malhumor —dejó de sonreír y pegó un taconazo con el bastón—. Y hablando de eso: ¿Qué es lo que estás haciendo, viejo estúpido? ¡Ese empeño tuyo de arruinar la vida de tu hijo menor me está alterando!

A Edward no le gustó en absoluto que su primo le hablara así. No sabía bien si le había molestado más que lo tratara de estúpido o que lo llamara viejo.

—¡Viejo serás tú! —respondió con las mejillas rojas de furor.

Nuevo taconazo de bastón en el piso y Edward se quedó callado.

—¡Déjame hablar! Siempre recuerdo tu maldita manía de interrumpir cuando la gente está hablando. ¿Acaso el estirado Príncipe de Gales no acepta que le lleven la contraria? ¡Te conozco desde que naciste! Yo tenía doce años cuando tu madre te puso en mis brazos. Y por eso, soy el más viejo de los dos. Así que quieras o no, me escucharás.

Henry volvió por la noche y decidimos no tocar el tema del enojo de Edward y su rechazo a que sea su esposa.

Nos amábamos. Sentíamos que uno sin el otro estaba incompleto. ¡Ojalá el mundo no se empeñase en separarnos! Ya habíamos tenido demasiadas trabas: el desprecio inicial de Louis, después Chelsy y siempre Edward.

Y hablando de él, Louis telefoneó a medianoche. Dijo que Edward y Ferdinand seguían reunidos en el despacho. Me sorprendió saberlo, porque pese a vivir en el mismo palacio, con los departamentos bastante alejados

entre sí, las noticias llegaban igual de rápido.

—Al parecer todavía no se pusieron de acuerdo —agregó mi novio al cortar la comunicación.

—¿Y eso sucederá en algún momento?

Lanzó una risita.

—Siempre discuten, pero Ferdinand es un viejo duro, aún más que mi papá. Mañana el despacho apestará a cigarro y a whisky, pero hasta que los dos no se pongan de acuerdo, ninguno se retirará.

El padre de Henry sintió que nunca se podría sacar el olor a cigarro de su despacho. Decidió ordenar a Simón, que en cuanto Ferdinand y él se fueran de allí, se dejarían todas las ventanas abiertas. Al día siguiente prenderían algún incienso y se pondría la calefacción al máximo, porque con el viento de la madrugada, su sala de trabajo se transformaría en una heladera.

No quería oler su suéter, estaría apestado con ese horrible hedor a nicotina. Tenía unas ganas terribles de cambiarse y volver con otra muda de ropa, pero sería lo mismo; al rato apestaría a cigarro.

Debía reconocer que los argumentos que utilizaba su primo no eran descabellados: él sabía desde hacía un tiempo acerca del noviazgo de su hijo con la amiga de Adrienne. Ximena, por temor al rechazo de su amiga, solo esperó a encontrarla en Londres para confesarle la verdad.

—Esa muchacha es un encanto, si Charlie la deja escapar, lo desheredaré —dijo Ferdinand prendiendo el décimo cigarro. Edward arrugó la nariz pero decidió no protestar, su primo prosiguió sin reparar en el disgusto que le producía observar que prendiera un nuevo cigarro—: muy educada, simpática... se nota que adora a mi hijo. Investigué todo sobre ella: siempre

trabajó, no tiene ningún antecedente desagradable. Su familia es sencilla pero también honesta.

—¿La investigaste? —para Edward eso fue muy sorprendente. Tuvo que levantarse para demostrar lo estupefacto que estaba.

Ferdinand lo miró con desagrado.

—Claro que sí. ¡Soy viejo pero no idiota! No encontré nada malo en ella. ¿Si es plebeya? Por supuesto, pero no me molesta... mi mujer también lo fue. Ximena cambió a mi Charlie; ahora quiere trabajar, hace meses que no va a fiestas nocturnas y decidió ayudarme con mis negocios. Estoy agradecido de que ella haya llegado a su vida, porque antes, los diarios amarillistas cargados con noticias tuyas acerca de la última borrachera que se agarró o besando a mujeres de dudosa reputación me preocupaban. Y tu hijo también cambió para bien desde que empezó a salir con Adrienne. ¿No lo notaste?

Edward pensó que sí, pero se abstuvo de reconocerlo.

—Gastó mucho dinero en hacerle regalos —titubeó encogiéndose de hombros—, se la pasó viajando junto a ella.

—Siempre el maldito dinero de por medio —comentó Ferdinand de manera cortante—. ¿Por qué te preocupa eso si tu hijo es feliz? Ella lo quiere de verdad.

—Eso es lo que dicen, pero no termino de creérmelo. Cuando se ve a un joven que no es nada feo, además de ser un príncipe multimillonario, creo que muchas les nace el amor de manera repentina. ¿O no lo crees así, primo?

—Mejor llama a Simón así me trae un café. Porque si te contesto, es probable que te enojés mucho. Y lo que quiero es que razones —opinó Ferdinand muy serio sin quitarle la mirada de encima.

El mayordomo llegó con una bandeja de infusiones y siguieron charlando. En un momento, el padre de Charlie mientras revolvía su café, preguntó:

—¿Qué encontraste en los antecedentes de Adrienne y de su familia? — Edward bajó la mirada y su primo lo señaló con el bastón—. Y no me mires con esa cara de nada, porque sé que lo hiciste.

—Una familia sencilla, algo así como lo que encontraste en los antecedentes de la novia de tu hijo. No hay ningún universitario. El señor, el padre de familia, es un taxista.

—¿Y desde cuándo eso se transformó en una deshonra?

—No, no lo es —Edward se sentía confuso. Era muy tarde y el cansancio le estaba jugando en contra. Odiaba darse cuenta de que le estaba dando la razón a su primo—. Pero esperaba algo mejor para mi hijo, una muchacha con educación, fina, sin que haya necesidad de adaptarla durante meses a nuestra forma de vida...

—¿Cómo Chelsy? —preguntó Ferdinand lanzando una nueva carcajada y dando bastonazos al piso. Sin el alfombrado, todo su despacho quedaría marcado, pensó Edward mientras escuchaba los constantes “*TAC. TAC. TAC*” del bastón.

—Ella parecía ideal —agregó Edward.

—¿Dónde estaba lo ideal? De familia noble, pero en ruinas. Su padre vive pidiendo prestado, su madre es una arpía y la chica resultó más loca que una cabra. Charlie juró que una vez quiso atravesar a Henry con una lanza de metal porque llegó cinco minutos tarde a una cita. Estaba loca de atar, y además era una interesada. ¿Sabías que huyó con su chofer?

—Pero Adrienne también puede ser interesada.

Ferdinand terminó su café y prendió un nuevo cigarro.

—Te enojarás con esto, pero te contaré lo siguiente: hoy fui a verla. Se nota que es amiga de Ximena, porque me pareció tan simpática que charlamos durante horas. Deberías darle una oportunidad, si no lo haces

tienes mucho para perder: tu hijo se la llevará lejos de Inglaterra y se casará igual con ella, la prensa te liquidará y la opinión pública dirá que no te adaptaste al nuevo siglo.

Edward abrió y volvió a cerrar la boca. Ante el desconcierto del príncipe, Ferdinand prosiguió con su discurso:

—A tu madre no le gustará que el periodismo amarillista vuelva a ensañarse con la familia real. Ahora me voy, te dejo tu querido y pulcro despacho lleno de humo. ¡Ojalá mañana siga con el mismo olor y te acuerdes de mí! Adiós.

Ferdinand se levantó a duras penas y tuvo que ser ayudado por Selden, que lo acompañó hasta la entrada, donde lo esperaba su chofer.

Henry estaba dormido y recién consiguió despertarse cuando el teléfono ya había sonado varias veces. Palpó la mesita de luz y lo encontró. Sin molestarse en ver quien llamaba, atendió. Adriana ni se había movido, estaba a su lado durmiendo.

—¿Hola?

—Henry.

—¡Papá, no me molestes! —gritó de malhumor y Adriana sin incorporó de golpe—. Te dije que no quiero hablarte más.

—Espera, no me cortes. ¿Estás con tu novia?

—Aunque te disguste, sí. Y no me importa lo que digas, ya te aclaré que no cambiaré de opinión. ¿Quieres que se vaya de Inglaterra? Lo hará, pero conmigo —y cortó.

—Hen, decile a tu papá que mañana mismo retorno a París.

—Te irás cuando lo decidamos. Él no puede echarte —el celular volvió a sonar—. ¡Pero la gran puta! Seguro que es él de nuevo, voy a apagar el teléfono así no nos fastidia más.

—Quizás quiera decirte algo importante.

—Nada de lo que me diga lo será.

—Atendelo, por favor.

La abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Está bien, pero si empieza a decir estupideces voy a colgar —tomó el teléfono de nuevo y atendió—: Papá, ¿qué quieres? Te atendí porque mi novia, a la que tanto despreciaste, me lo suplicó.

—Es con ella que quiero hablar. ¿Podrías pasarle la llamada?

—Pondré el celular en altavoz, y si escucho que le dices algo desagradable, tan solo una cosa, volveré a cortar.

—Está bien.

Henry le pasó el teléfono.

—Quiere hablar contigo, pero también escucharé lo que te dice. No importa que no estés de acuerdo, pero si te falta el respeto voy a arrebatarte el teléfono para cortar la comunicación.

Adriana asintió en silencio. La tranquilizó que su novio la rodeara con los brazos y apoyara la cabeza en su hombro.

—¿Alteza?

—Sí, que tal, señorita. Hablo rápido así no la importuno porque sé que es muy tarde. ¿Vendría mañana a entrevistarse conmigo?

—Está bien, alteza.

—Le agradezco, puede acompañarla mi hijo si aún no está tan enojado conmigo. ¿Le parece bien a las cuatro de la tarde?

—Por supuesto.

—Entonces la espero en mi despacho. Qué tenga usted una buena noche.
Hasta mañana.

—Hasta mañana, alteza.

Adriana tendió el teléfono a Henry.

—Mi amor, ¿quieres saludar a tu papá...?

Pero el príncipe cortó la llamada y dejó el celular en la mesita de luz. Aún seguía con mala cara, pero no pudo dejar de conmovirse con la sonrisa de felicidad de su novia. Sin hablar, los dos se abrazaron, felices.

Henry se fue cuando llegó Tony. Cuando el asistente y yo estábamos tomando el café del desayuno, le conté sobre la llamada de Edward.

—Respira tranquila, esta vez saldrá todo bien —dijo mientras untaba una tostada de pan negro con mermelada.

—¿Y lo decís con esa indiferencia? Después de su llamado no pude pegar un ojo.

Pacheco me miró con la taza de café en la mano.

—Hiciste muy mal, porque estás preocupándote sin motivos.

Suspiré sosteniéndome la cabeza. No veía la hora de terminar con todo eso, nunca me había sentido tan agotada. Pensaba en eso cuando Tony abrió la puerta. Me quedé boquiabierta. ¿Nunca terminaban las sorpresas?

—¡Miranda! ¡Robbie! —dije mientras me ponía de pie de un salto y extendía los brazos en dirección a ellos. Los dos me abrazaron emocionados. Tony llamó para pedir más café y tostadas.

Nos sentamos los cuatro para seguir charlando. La novia de Shott se disculpó por no haber podido llegar antes a Londres. Un malestar la había hecho caer en cama por varios días.

—¿Pero ahora te sentís mejor? —pregunté sosteniéndole la mano. Se la veía pálida, pero tan hermosa como siempre.

—Sí, mucho mejor. Tuve que hacerme una serie de análisis para descartar cualquier enfermedad. Y Robbie estaba como loco, tenía más miedo que yo.

—*Mi* Miranda siempre tuvo una salud de hierro y por eso la obligué a que fuera al médico. Y menos mal que lo hice, ¿verdad, amor? —sonrió el millonario mientras acariciaba la mejilla de su novia—. Ni vos ni yo pudimos creer cuando el doctor nos confirmó el resultado de tus análisis. Decíselo a Adrianita.

—Adri, estoy embarazada —agregó Miranda con los ojos llenos de lágrimas de emoción. Me subió un nudo en la garganta y nos abrazamos las dos a llorar de alegría. Tony también la felicitó por la buena noticia.

—Creo que *algo* tengo que ver con el estado de Miranda. ¿Y por qué nadie me felicita? —dijo Robbie simulando enojo.

—Felicitaciones a vos también, querido Robbie.

—Nos casaremos luego que se celebre tu compromiso —dijo el futuro padre con orgullo—. El médico aseguró que no habría ningún peligro en que viaje en avión, así que vinimos a acompañarte, además tu amiga estaba loca por verte.

—¿Y? ¿Cómo te fue con Edward? —quiso saber Miranda. Veía cómo Tony le iba acercando platos llenos de tostadas además de pedazos de tortas y mermeladas. En su estado debía cuidarse y comer, insistía.

Les conté todo: el rechazo del padre de Henry, todo lo feo que me había dicho, además de echarme a los gritos del palacio. La intervención de Louis, el disgusto de Corine y su apoyo a mi causa. Y por último la visita de Ferdinand.

—Habló con Edward y al parecer lo convenció de volver a recibirme. No

sé cuál será el resultado de mi entrevista con el papá de mi novio, pero al señor duque le agradeceré toda la vida haberme ayudado de esa manera.

—Todo va a salir bien, Adri —dijo Miranda con una sonrisa.

—Ahora mismo empezaremos con la prueba de trajes —informó Tony.

—No, vos en tu estado tenés que descansar —dijo Robbie ante la mirada suplicante de Miranda. Ella quería quedarse conmigo.

—¡Por favor, amor mío! Voy a estar bien. En cuanto me sienta cansada, subiré a dormir un rato.

—Yo la cuidaré, señor Shott. Y no la dejaré ponerse de pie. Se lo aseguro —terció Tony.

Durante la prueba de ropa, sentí una especie de *déjà vu*, sin la presencia de Miranda todo era igual al día en el que me presenté al palacio de Kensington para hablar con Edward. Cuando me probé el quinto traje, los dos volvieron a aplaudir. Esa era la ropa que utilizaría para entrevistarme con Edward.

Xavier llegó más tarde, me peinó y maquilló. Cuando estuve lista, mandamos a llamar a Robbie para que diera su opinión.

Al verme, el magnate lanzó un silbido de admiración.

—¡Miren lo bonita que se puso la novia de mi amigo! ¡Ja! No es ningún idiota —dijo tomándome de la mano para hacerme girar—. Tenés al igual que mi Miranda, un porte de reina. Si Edward no te acepta, basta con que me avises y retiraré todas las inversiones que tengo con la casa real. Vamos a ver si eso le gusta.

Como Miranda aseguró que se sentía perfectamente, fuimos a caminar por el jardín del hotel. Cuando volvimos del paseo, Henry estaba esperándonos

en mi *suite*. Se abrazó con su amigo y al enterarse de la noticia del embarazo de Miranda, felicitó a los dos.

—Esta noche nos reuniremos en mi casa. Ya ordené una cena especial, y ahora con esto que me acabo de enterar, será una celebración por partida doble —dijo con alegría. También agregó que Amy, Ximena, Louis y Charlie estaban invitados.

—Señor, ya es hora de irnos —dijo Tony.

—Vamos, *caríssima* —Henry me abrazó y caminé junto a él en dirección a la salida del hotel.

—Todo va a salir bien esta vez —agregó Miranda.

—Adrienne, ya sabes cómo funciona esto: corremos al coche y nos meteremos dentro muy rápido —advirtió Henry después de saludar a nuestros amigos.

Lo tomé de la mano y los guardaespaldas nos rodearon. Afuera, los *paparazzi* y periodistas se abalanzaron sobre nosotros, era un mar lleno de caras que empezaron a hacer preguntas y a elogiar mi ropa. Una vez a salvo, Warren cerró la puerta y se ubicó en el asiento del conductor. Cuando el custodio iba a arrancar el auto, vimos la cara de Tony, y su expresión de terror pegada en el vidrio de la ventanilla. Los periodistas le tiraban la ropa y lo empujaban mientras ladraban preguntas y hacían chocar los micrófonos, teléfonos celulares y cámaras de televisión contra él.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡No me dejen aquí! —gritó desesperado. Y en un arranque de nervios empezó a golpear a fotógrafos y reporteros por igual con su abanico—. ¡Mi precioso traje, lo están arruinando! ¡Fuera, salvajes!

—Warren, entra a ese inútil y larguémonos de aquí —ordenó mi novio con cara de disgusto.

—Sí, alteza —dijo el guardaespaldas. Cuando salió del auto, agarró a

Tony por el cuello del traje, lo arrojó al interior del auto como si fuera un fardo, cerró la puerta y volvió a ocupar su puesto de conductor.

—Gracias, alteza. Estuve a punto de ser engullido por esas fieras del amarillismo —dijo el asistente ordenando su saco, y luego abrió el abanico para lanzarse aire. Al verlo partido, exclamó al borde de las lágrimas—: ¡Miren cómo lo rompieron! ¡Mi abanico, mi precioso abanico comprado en China!

—¡Silencio! —dijo Henry muy enojado y me tapé la boca para ahogar una risita—. ¡Basta ya de gimotear por el puto abanico o abriré la puerta para tirarte por el camino!

—Lo lamento, mi señor —se disculpó el asistente bajando la cabeza.

El trayecto en auto prosiguió sin problemas.

Capítulo 23

El padre de Henry los esperaba sentado en su sillón. Cuando los vio llegar, se levantó para recibirlos.

—Gracias por haber vuelto.

—Gracias a usted por haberme invitado —dijo Adriana haciendo una reverencia.

—Adrienne, te dejo aquí. Esperaré afuera —dijo Henry con sequedad. Le dio un beso en la frente y se dirigía camino a la puerta, cuando Edward lo llamó:

—Hijo, quiero que te quedes.

Henry lo miró con furia.

—No te tengo confianza, y por eso me quedaré afuera hasta que termine tu entrevista con mi novia. Una palabra de ofensa hacia ella y entraré para llevármela. ¿Quedó claro?

—Henry, necesito que acompañes a tu novia. Hablemos los tres, te lo suplico.

Su hijo lo miró asombrado. Edward nunca se hubiera rebajado a rogar a nadie y por eso volvió a entrar a la sala. Aun así, siguió manteniéndose serio.

—Tomen asiento, es un gusto volver a verlos —dijo Edward con una sonrisa. Cuando Henry y su novia se acomodaron cerca del escritorio, el padre volvió a su sillón.

—Les agradezco por haber venido. Ahora, señorita —y dirigió la mirada a Adriana—, me contará todo acerca de usted.

—Cómo no, alteza —respondió ella.

Simón entró con una bandeja con té y café. Edward siguió formulando preguntas: si le gustaría aprender todo acerca del protocolo de una futura duquesa, además de viajar en representación de la casa real inglesa para ayudar en la fundación benéfica de su hijo menor.

—Claro, es lo que más deseo. Me agradecería mucho ser útil —respondió ella y su novio le acarició la mano con ternura.

—Perfecto —sentenció Edward. Seguía muy sonriente—. Le agradezco su visita. Ahora volveré a mis quehaceres.

Henry se levantó tan rojo de ira que fue imposible distinguir si su color de pelo lo era aún más. Miró a su novia con una sonrisa y le dijo:

—Amor, te acompañaré hasta el auto.

—Hen, me gustaría que me acompañes —dijo ella con una sombra de preocupación en la voz.

—No, vamos a la entrada.

Durante el trayecto al jardín de entrada del palacio, miré a Henry. Estaba muy tranquilo pero lo conocía muy bien: era como un tigre en reposo o un volcán a punto de explotar.

—Mi amor, ¿qué tal si me acompañas al hotel? —pedí más que sugerir.

—No, yo me quedaré. Allá viene Tony.

Vimos que el asistente se moría de ganas de saber cómo había salido todo y por eso preguntó con ansiedad:

—¿Ya está? ¿Su alteza real, el príncipe Edward dio su consentimiento?

—No, me agradeció la visita —respondí sin mirar a mi novio.

—¡Qué! —exclamó Pacheco con los ojos bien abiertos—. ¿Nada más? — y dejó de hablar cuando cruzó miradas con su jefe. El color de los ojos de Henry parecía haber mutado de azul a negro.

—Tony, lleva a mi novia de vuelta a su hotel —dijo con voz neutra—. Más tarde iré para allá.

A lo que Tony respondió con una tranquilidad que no sentía:

—Por supuesto, mi señor. Vamos, Adrianita.

Henry me dio un beso en la frente y volvió a entrar en la residencia de su padre. Tony me tomó de la mano y dio unos golpecitos en el vidrio para que Ronald hiciera arrancar el auto. Luego me ayudó a subir al coche.

Henry observó cómo el auto en el que iba su novia se alejaba y entró de nuevo a palacio.

Al sacar a Adriana de la cabeza solo le quedó la furia que sentía y el enojo lo envolvió como un manto negro.

Los sirvientes lo miraban y huían de su paso, espantados.

Llegó a los aposentos de su padre y Selden se apartó de la puerta, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

Cuando lo oyó llegar, Edward levantó la vista de los papeles que estaba mirando.

—No quiero que nadie me interrumpa, ¿por qué no te fuiste con tu novia? —dijo mirando a su hijo como de pasada y volviendo a la lectura de unos documentos.

Henry pegó tal puñetazo a la mirada lustrada del escritorio, que la jarra de cristal repleta de agua saltó de su sitio y se hizo pedazos en el alfombrado.

—¡Quiero que me mires!

—¿Estás demente o qué? —gritó Edward poniéndose de pie, a la vez que sorteaba los cristales rotos para no pisarlos.

—¡Te burlaste de mi novia! ¿Para qué la hiciste venir? Para reírte en su cara, ¿no?

—Yo no hice tal cosa. Le di la oportunidad de que viniera a verme, de conocerla, charlar...

—¿Y por qué no diste tu consentimiento para casarnos? ¿Cuántas veces necesitas que ella venga a humillarse hasta que se te ocurra decirle que la aceptas? ¿Dos más? ¿Diez? ¿Veinte?

Edward se echó para atrás, nunca había visto a su hijo tan enojado. De todas maneras, optó por no tomar la misma actitud que él.

—Es parte del protocolo, las reglas son así. Pensaré en mi decisión y luego...

—¡Me cago en el protocolo! —lo interrumpió Henry a los gritos—. ¡Antes que el maldito protocolo estoy yo, que soy tu hijo! ¿No podrías dejar de lado por una vez en la vida tus obligaciones reales de mierda?

—¡Basta! —dijo Edward—. Veo que no puedes mostrarte razonable, dices ser un adulto y no te comportas como tal. Ahora fuera de aquí que necesito pensar.

Edward se estremeció al sentir el portazo, Henry se había marchado.

Ronald vio salir al príncipe y no hizo preguntas. Se limitó a abrir la puerta del auto y ocupar su puesto de conductor.

—Vamos a casa, Ronald —dijo Henry con voz neutra—. Prepararé un bolso de viaje. Y cómo te contrató mi padre, es tu decisión seguirme o no.

—Por supuesto que lo acompañaré —dijo el guardaespaldas sin hacer preguntas ni inmutarse.

Henry hurgó en el bolsillo para buscar su celular e hizo una llamada:

—¿Adrienne? Mi amor, necesito que tengas todo listo para irnos lo más pronto posible de Inglaterra. Ahora voy a mi casa, dile a Tony que lo espero. Te amo, adiós.

Y cortó antes de que su novia pudiera preguntarle algo. Acto seguido, Henry volvió a usar su teléfono.

—¿Hola, Rob? Amigo, necesito que me hagas un favor: quiero que me prestes tu *jet*, Adrienne y yo volaremos a Australia. ¿Tu casa de Sidney estará disponible? Perfecto, la necesitaré hasta poner en orden mis papeles y establecerme allá. Ahora pasaré por mi casa y arreglaré mis cosas para irme lo más rápido posible de este país. Hasta luego.

Miranda me tomaba de las manos mientras trataba de calmarme, sin saber que se avecinaba lo peor.

Unos golpes sonaron en la puerta y corrí a abrir. Eran Robbie y Tony, los dos con el teléfono en la mano. Quisieron entrar a la vez pero chocaron entre sí.

—Uno a la vez, los dos no pueden entrar —dijo Miranda.

Tony hizo una inclinación y Shott fue el que entró primero caminando a zancadas, Pacheco lo siguió.

—Adrianita, no sé qué es lo que pasó entre Edward y mi amigo, pero presiento que no fue nada bueno. Henry me pidió el *jet* para irse a Australia y mi casa de Sidney, quiere que vayan a establecerse allá —dijo Robbie.

Me quedé muda, entonces lo de Henry no era solo una amenaza. Miranda saltó del sillón para tomarme del brazo, quizás temiendo que me cayera redonda al suelo. Pero fue Tony quién perdió la cabeza.

—¡No puede ser! —exclamó con los ojos desorbitados—. ¡Con razón

Ronald me llamó para que fuera ahora mismo a nuestra casa! —su celular empezó a sonar—. ¡Es Ronald de nuevo! —exclamó mientras atendía—. ¿Qué pasa? Si mi señor está impaciente, dile que ya voy para allá. ¡Ah, vienes a buscarme! ¿Qué ni bien lleguemos a casa harás tus maletas? Mirá Ronald, mejor no me cuentes nada más, porque estoy muy alterado. Te espero.

—Yo no quiero irme a Australia —dije negando con la cabeza—. Y se lo voy a decir a Henry.

Tony se puso el saco y guardó el celular.

—No es momento para que hables con él, ya veré yo qué es lo que se puede hacer. Aunque no sé si podré hacerlo cambiar de opinión. Quedate con Miranda y el señor Shott.

—¿Y te pensás que puedo sentarme cruzada de brazos a esperar como todo se desmorona? —pregunté presa de los nervios—. ¡Quiero ir con vos!

—Te enojos o no, te lo prohíbo. Ahora me voy porque Ronald no tarda en llegar —y se fue.

Robbie intentó llamar varias veces a Henry, pero su teléfono estaba apagado.

—Sabe que querré convencerlo de que no se vaya, y por eso no quiere atenderme —dijo luego de desistir de su propósito.

—Voy a hacer algo más productivo, llamaré a Amy —dije.

La esposa de Louis atendió al instante y tuvo la paciencia suficiente para aguantarme; escuchó con atención todo lo que sabía. En medio de nuestra conversación apareció Louis a su lado. En pocas palabras, mientras yo esperaba del otro lado de la línea, le relató lo que había pasado.

Tony se paseaba de un lado a otro sin dejar de mirar como Henry llenaba un bolso.

—Señor, como su consejero y mano derecha, le ruego que se serene un segundo y piense: no puede huir a Australia llevándose a Adriana. Tenga en cuenta que será un escándalo.

Henry lo observó casi divertido.

—Parece mentira que conociéndome como me conoces, me pidas que reflexione y tema a un escándalo. Sabes que nunca me importó lo que piensen los demás —dijo con una sonrisa y siguió con su tarea.

—Ya sé que usted siempre hizo lo que quiso, y me encargué desde mi lugar de asistente privado de decirle en lo que estaba de acuerdo y en lo que no. Espere un par de días, no huya.

El príncipe le pegó un manotazo al bolso y volvió a mirar a Pacheco, aunque esta vez con menos simpatía.

—Estoy al tanto de tu relación con Ben y no soy tan egoísta como para imponerte un viaje a Australia sin retorno. Si así lo quieres, te libero de tu trabajo. Les pediré a mis abogados que redacten tu carta de recomendación para que cobres todo el dinero que te corresponde, porque haremos de cuenta que soy yo el que te despide.

Tony tomó aire antes de hablar.

—Señor, este es mi trabajo, y Ben nada tiene que ver con eso. No es por mí que le sugiero que no se precipite, sino por usted mismo. Usted me dijo que su padre es un hombre difícil y que hizo desembocar esta situación de manera que usted se canse y se vaya de aquí junto con Adriana. Y entonces, ¿por qué le da el gusto?

—Quiero ser feliz con la mujer que amo, ¿es tan difícil de entender? —dijo Henry perdiendo la tranquilidad, ya estaba elevando el tono de voz—.

Por eso vuelvo a lo mismo: ¿Te vas conmigo sí o no?

—¿Qué pregunta! Con todas las canas verdes que me sacó durante estos años que trabajé a su lado, ¿se piensa que lo abandonaré justo ahora?

Henry sonrió y le palmeó la espalda. Aunque su sonrisa era triste.

—Ya lo sé, y te lo agradezco. Adrienne va a necesitarte mucho.

Se oyeron unos pasos y los dos se volvieron ante la visita inesperada. Era Louis.

Estaba tan nerviosa que no pude ni llorar, ¿y quién lo hizo en mi lugar? Mi amigo Xavier. El pobre sollozaba sin consuelo.

—¿Tu boda, aquella boda que planeamos tanto! Y resulta que al final te irás y no habrá nada.

—Xavi, yo no me voy a ir —dije con firmeza.

Me miró con los ojos rojos llenos de lágrimas.

—¿Y qué piensas hacer, quedarte aquí? Henry no permitirá eso —y siguió llorando a mares mientras se restregaba los ojos con los puños.

Cuando pensaba contestarle, entró Miranda junto a Amy. Xavi la vio, hizo una reverencia y luego de pensarlo un segundo, se arrojó a sus brazos para gimotear a gusto. La mujer de Louis le palmeó la espalda para infundirle ánimo, aunque me miró extrañada.

—Nos queremos tanto que yo tengo ganas de llorar y él lo hace en mi lugar —dije a modo de explicación.

Louis miró el bolso y luego a su hermano.

—¿Qué es eso?

Henry terminó su equipaje y se sentó a un costado de la cama.

—Tony, déjanos solos —ordenó.

Pacheco hizo una reverencia y se retiró cerrando la puerta detrás de sí.

Louis seguía de pie y empezó a caminar por la habitación.

—Creo que te estás precipitando.

Henry no lo dejó seguir.

—Lou, no quiero escuchar opiniones sobre lo que debo hacer. No pretendas hacerme cambiar de opinión porque te aviso que será inútil.

—Ya lo sé, eso lo viví desde que éramos chicos. ¿Pero sabes qué? Ya no eres un niño. ¿Te parece que huyendo arreglarás las cosas?

Henry le explicó que lo suyo no era una huida, estaba harto de ver cómo su padre seguía humillando a Adriana.

—Papá cambiará de opinión, es más, dará su consentimiento. ¿Por qué no tienes un poco de paciencia?

—Ya tuve paciencia durante más de dos años. ¿Qué más tengo que esperar? Además sé que Adrienne no puede más. Aunque no me lo dice, la pobre está deshecha de los nervios; la amo y la haré mi esposa aquí o en cualquier parte del mundo.

—¿Y te has puesto a pensar que no estás siendo egoísta exponiéndola a un escándalo?

—Me importa muy poco lo que diga la gente, seremos felices muy lejos de este país. —dejó el bolso al costado de la cama y golpeó la puerta—. Tony, ya sé que nunca te fuiste de ahí. Prepara tus cosas que en breve nos vamos.

La voz ahogada de Pacheco se oyó desde el otro lado de la puerta.

—Ya tengo todo listo, mi señor.

—Ahora me voy —dijo Henry ubicando las agarraderas del bolso sobre uno de los hombros—, pasaré la noche junto a Adrienne en el hotel y mañana muy temprano volaremos en el *jet* de Robbie rumbo a Sidney.

—Iré contigo al hotel —agregó Louis pensando que aún tenía el trayecto en auto para lograr disuadirlo.

La mujer de Louis seguía alentándome, sin sospechar mi negativa de abandonar Inglaterra. Cuando entró Henry a mi *suite* en compañía de su hermano, me abrazó con sentimiento.

—Mi marido seguro que lo convenció —dijo después con una sonrisa y tuve ganas de soltar una carcajada, porque mi novio traía un bolso de viaje.

—Adrienne, mi amor. Mañana temprano viajaremos a Sidney —dijo Henry mientras intentaba besarme, pero se lo impedí alejándome de él.

—Qué tengas un buen viaje, porque yo no me voy —respondí muy seria.

—Adrienne, estás muy impresionada por la reacción de mi padre. Todo estará bien, mi amigo Robbie nos prestará su casa.

—¡No me voy! ¿Qué es lo que no entendés? —grité enfurecida.

Todos los presentes se retiraron de la *suite*. No querían verse mezclados en una pelea de pareja, aunque a Henry y a mí nos tenía sin cuidado su presencia.

—Pero, *caríssima*... no tenemos nada que hacer en Inglaterra —dijo mi novio con sorpresa—. ¡En Australia nos casaremos!

—¡No soy un mueble para que me traslades de un lado para el otro!

Como era de prever, Henry se enojó por mi respuesta. No me importó, porque no me impondría una decisión suya.

—Mi amor, jamás te consideré un mueble. Nos amamos, y podremos ser felices en otro lugar. Solo tú y yo, sin que haya de por medio permisos reales o reglas de protocolo.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿No entendés que nunca podría ser feliz sabiendo que estás dejando todo por mí? Y me doy cuenta de que tampoco pensaste en mi familia: mi papá se enterará en breve de que el señor Edward no me aceptó y no estará de acuerdo en que me case en esas condiciones, como si fuera una vergüenza para la casa real. Soy una mujer humilde pero también tengo mi orgullo. Quiero esperar unos días para saber la decisión de tu padre.

—Yo no voy a esperar, Adrienne. Mañana me voy.

Me volví a sentar en el sillón y lo miré con frialdad.

—De acuerdo, entonces me separo para siempre de vos. Si decidís radicarte en Australia, hazelo solo. Yo retornaré a Francia con Xavier.

Henry me tomó de los brazos y me miró a los ojos.

—¿Permitirás que un capricho de mi papá nos separe? ¡Yo te amo! —y me abrazó con desesperación. No pude responder a su gesto y lo aparté.

—Yo también te amo. Pero no voy a permitir que decidas por mí —le dije con los dientes apretados.

Así estábamos, con nuestra relación pendiendo de un hilo.

Edward seguía sentado en el sillón, con la cara escondida entre las manos. No quiso comer nada y permaneció durante horas encerrado en su despacho.

Estaba tan concentrado en sus pensamientos que se sobresaltó al oír unos pasos. Era Selden, tenía un teléfono inalámbrico en la mano.

—Mi señor, lamento interrumpirlo. Pero es su alteza real, el príncipe Louis. Insiste en hablar con usted.

—OK, dame el teléfono —pidió Edward y cuando el mayordomo lo dejó solo, escuchó con atención lo que su hijo mayor tenía para decirle.

Con Henry no logramos ponernos de acuerdo, pero tampoco queríamos separarnos. Cuando nos acostamos a dormir, intentó besarme pero me negué.

—Adrienne, por favor. No huyas de mí, quedamos en esperar, te estoy dando el gusto. ¿Entonces por qué no aceptas mi cariño? —preguntó de manera dulce, pero no logró conmovirme.

—Hen, no quiero pelear.

—Yo tampoco —dijo acariciándome la cara.

Me refugié en sus brazos y hundí la cabeza en su pecho. Aspiré su perfume, disfruté del calor de su amor. En ese momento éramos solo los dos. ¿Por qué me empeñaba en quedarme en Inglaterra? Ni yo misma lo entendía, pero sabía que debíamos esperar.

Mi celular sonó como si fuera el tiro de una ametralladora dejándome la mente en blanco. ¿Quién sería? Medio aturdida miré en dirección a Henry. Ni se había movido, dormía profundamente.

Observé la pantalla de mi teléfono, era un mensaje mandado por Amy a través de *WhatsApp*, decía que Edward nos esperaba a Henry y a mí a las nueve de la mañana.

—¿Pero qué hora es? —dudé en voz alta. Mi novio se movió en la cama y dando un suspiro se tapó los ojos con el dorso de la mano.

—¿Qué pasó, cara? —preguntó con adorable voz de dormido y uno de los

ojos cerrados.

—Un mensaje por *Whats* de Amy —y leí en voz alta lo que la mujer de Louis me había enviado. Él no se sorprendió ni un poco.

—¿Y qué pensás?

—Habrá sido obra de mi hermano, y no sé cómo logró convencerlo. Pero a diferencia de la otra vez, mi padre ni siquiera te llamó para concertar la cita.

Le dije que era probable que su padre supiera a través de Louis que él pensaba irse de Inglaterra llevándome con él. Tal vez el marido de Amy no fuera lo suficientemente indiscreto como para contarle que además estuvimos a punto de separarnos.

—Voy a levantarme, ¿dónde habrá ido Tony?

—Se habrá quedado en alguna *suite* de este hotel.

—Si es así lo voy a llamar —iba a ponerme la bata para levantarme pero mi novio impidió que saliera de la cama.

—Eh, no te vayas. Aún es muy temprano.

Xavier y Tony llegaron dos horas después. Henry les preguntó, con cierto tono de sarcasmo en la voz, si eran hermanos siameses. Por consideración a él, los dos lanzaron una carcajada fingida pero noté que no tenían humor ni para sonreír, a los dos se los veía cansados y tenían ojeras.

Me llevaron a su *suite* y otra vez empecé a elegir atuendo para la nueva reunión con Edward. No hubo demasiados cambios de ropa ni una elección eterna de zapatos. Para esa mañana londinense de lluvia no hubo bromas, ni elogios, y ni siquiera frases de aliento. Xavier me peinaba en silencio, Tony buscaba un abrigo y una boina para completar mi vestuario y el asistente del *coiffeur* me hacía las manos.

A las ocho y media, Henry fue a buscarme. Se lo veía muy serio. Corrimos desde la entrada del hotel hasta el auto. La calle estaba repleta de curiosos, periodistas y *paparazzi*. En esta ocasión, Tony se apuró para seguirnos, quizás temiendo que sucediera lo de la tarde anterior, cuando fue casi aplastado por la marea amarillista.

Cuando Adriana, Henry y Tony llegaron a la residencia de Edward en el palacio de Kensington, la lluvia se había transformado en diluvio. Al ver la seriedad de los dos, Tony dijo:

—Quizás este día tan feo sea un símbolo de buen presagio. ¿No lo creen?

—Tony... —empezó a decir Henry sosteniendo un paraguas mientras Adriana se abrazaba a él para no mojarse.

—Sí, ya sé, señor. Mejor me callo.

Tony le dio un beso en la mejilla a Adriana y deseó suerte a los dos. Se fue alejando en dirección a la residencia de Louis con su paraguas negro y blanco y su vestuario prolijo y perfecto. Adriana lo miró hasta que lo perdió de vista.

—*Caríssima*, liquidemos este asunto de una buena vez.

—Está bien, mi amor —dijo ella refugiándose de nuevo en los brazos de su novio— Vamos a ver a tu papá.

Caminaron en dirección a la casa de Edward mientras la lluvia caía con intensidad y los relámpagos iluminaban las nubes oscuras de tormenta.

Capítulo 24

Llegaron al despacho de Edward, y luego de los saludos de cortesía, el príncipe tomó asiento, los animó a que se sentaran frente a él y los miró con preocupación.

—Louis me contó que pensaban marcharse a vivir a Australia. ¿Cómo decidieron eso si yo aún no había vuelto a citarlos para hablar? —preguntó acomodándose en su sillón.

Adriana miró a Henry, este asintió con la cabeza y ella decidió tomar la palabra.

—Alteza, eso aún no lo habíamos decidido —dijo con firmeza—. En realidad fue un proyecto digamos que... posible. Pero antes de viajar a Australia, quise quedarme para volver a hablar con usted.

—¿Henry? —dudó Edward entrelazando las manos sobre el escritorio.

—No quiero que me hables, estoy sentado aquí por consideración a mi novia. ¿Querías hablar con ella? Adelante, pero no vuelvas a dirigirme la palabra.

Edward abrió la boca, volvió a cerrarla y bajó la mirada. Luego dirigió los ojos hacia Simón, que entró a la estancia. Cuando el mayordomo se fue, el padre de Henry miró a Adriana con una sonrisa. A su lado, Henry lo miraba cruzado de brazos y con los labios apretados.

—Señorita, en la carta que hace poco me hizo llegar, decía que renunciaría a todo por mi hijo. ¿Sigue manteniendo esa promesa? —Edward la miró con atención. Henry se puso rojo y estuvo a punto de marcharse, pero Adriana le suplicó con la mirada para que se quedara.

—Por supuesto, nunca lo dudé y estoy dispuesta a hacerlo —respondió ella sin debilidad en la voz—. Quiero mucho a Henry, alteza. Si usted necesita que firme algo para respaldar mi afirmación, lo haré ahora mismo.

—Adrienne, no lo hagas —pidió Henry.

—Hen, no me importa renunciar a todo si puedo estar siempre a tu lado. Alteza, ¿tiene un documento para firmar?

—Aquí mismo —dijo Edward sacando unos papeles del cajón del escritorio. Lo dejó en la mesa—. Léalo con atención, señorita. Y tómese todo el tiempo que quiera para revisarlo. Hijo, dejemos que ella revise cada uno de los puntos del documento. Vamos afuera.

Henry volvió a mirarlo con furia, pero Adriana se acercó para acariciar la mejilla y el pelo de su novio. Al príncipe se le suavizó la expresión y al mirarla, sus ojos transmitieron ternura. Edward los observó asombrado.

—Vamos, Henry —pidió luego de carraspear. Quiso tocar el hombro de su hijo, pero este se apartó. Los dos se retiraron del despacho y Simón cerró la puerta.

Adriana empezó a leer el contenido de los papeles.

Padre e hijo aguardaron en una salita contigua al despacho, Edward hizo el intento de hablar, pero Henry ni lo miró.

Luego de diez minutos, Simón asomó la cabeza por la puerta entreabierta de la salita.

—Altezas, la señorita dijo que ya leyó el documento. Los espera en el despacho.

—De acuerdo —respondió Edward y se puso de pie. Henry lo imitó y ambos volvieron a entrar al lugar anterior.

Al verlos llegar, Adriana se puso de pie para volver a hacer una reverencia. Edward la miró complacido y volvió a tomar asiento en su sillón. Ella dejó el documento nuevamente en la mesa.

—¿Dónde firmo?

—Al final del escrito.

—¿Tiene usted un bolígrafo, alteza?

—Claro que sí, tome mi estilográfica —ella recibió la lapicera ribeteada en oro y plata y firmó. Luego le tendió el documento a Edward. Henry miró la escena con los labios tan apretados que los convirtió en una fina línea blanca.

—Bien, todavía tiene oportunidad de arrepentirse.

—Alteza, estoy muy segura de lo que hice.

—De acuerdo. Presten atención, por favor —Henry dirigió su desdeñosa mirada en dirección a su padre.

Edward sacó una gran tijera de uno de los cajones del escritorio y empezó a hacer trizas el documento. Henry lo miró asombrado y Adriana no podía creer lo que sus ojos estaban viendo.

Cuando el documento estuvo del todo destruido, Edward arrojó los papeles cortados al cesto de basura.

—Creo en su palabra, así que decidí que no era necesario que renuncie a nada para ser la esposa de mi hijo. Les doy mi consentimiento para que se casen.

—Muchas gracias, alteza —murmuró Adriana con los ojos brillantes.

Edward estrechó su mano y luego la de su hijo. Henry ya sonreía.

—Ahora los acompañaré al palacio de mi madre, la reina. Ella quiere conocerla.

—Con todo gusto, alteza.

Simón abrió las puertas del despacho y todos contemplaron a Tony, que estuvo a punto de caerse.

—Perdonen, altezas. Quería asegurarme si necesitaban algo.

—No necesitamos nada, señor Pacheco —manifestó Edward con expresión indiferente—. Hace años que comprendí que usted es incorregible. Acompañe a la novia de mi hijo en el auto rumbo al palacio de su majestad. Yo iré con Henry en otro vehículo.

—Como usted ordene, alteza.

Ni bien el auto se puso en marcha, me arrojé a los brazos de Tony. Los dos lanzamos exclamaciones de alegría y también empezamos a llorar.

—Ya está, Adriana. El mal momento pasó, querida. ¡Todo está bien! —dijo pasando las manos por mi pelo con ternura sin dejar de estrecharme contra su pecho, pero lloraba de alivio tanto o más que yo.

—Tenía tanto miedo —murmuré en su oído con la voz entrecortada por la emoción.

—Lo hiciste muy bien, el padre de mi señor por fin logró entender que eres la mujer perfecta para Henry.

—¿Y si no le gusto a la reina y se opone a que me case con mi novio?

—La reina sigue de cerca la relación de ustedes, y si no estuviera de acuerdo en que fueras la esposa de su nieto preferido jamás te recibiría. ¡Vamos, a secar esas lágrimas!

Empezó a limpiarme las pestañas y las mejillas.

—Listo, ahora te vuelvo a poner un poco de polvo volátil y rímel. Con tu

belleza no será necesario maquillarte demasiado.

Tony logró recomponerme el maquillaje justo a tiempo, porque el auto se detuvo en las puertas enrejadas de *Buckingham Palace*, a la espera de que uno de los tantos guardias del lugar nos dejara entrar. Si el palacio de Kensington me había parecido impresionante, al ver la residencia de la reina me quedé pasmada.

Traté de mantener la compostura cuando entramos, decir que era enorme y majestuoso era poco. Henry jamás se apartó de mí, siempre me tuvo de la mano.

Al entrar al despacho de la reina, me incliné ante ella en una respetuosa reverencia cortesana. Ella se acercó a mí y me sonrió. Henry y Edward la saludaron pero después nos dejaron a solas. Mi novio abandonó el despacho dirigiéndome una mirada cargada de amor. Lo saludé con una inclinación de cabeza.

La reina y yo hablamos durante un buen rato, siempre se mostró amable y dispuesta a escucharme. Me elogió por mi acento al hablar y la elegancia de mi ropa. Cuando me preguntó si estaba dispuesta a dejar de ser plebeya y adaptarme a la vida de una duquesa, dije que sí sin ningún titubeo. Ella sonrió aún más por mis palabras y al igual que Edward me dio la bienvenida a la familia. Antes de irme, dijo que era necesario que tomara clases de protocolo para desempeñarme en mi nueva vida pública. Prometí que estudiaría con ahínco para estar a la altura de Henry como esposa suya. Cuando confirmó que ya había escuchado todo lo que necesitaba saber, llamó a su asistente personal.

—Avisa a mi hijo y a mi nieto, por favor —pidió.

Al instante entraron Henry y Edward. Mi novio se situó a mi lado y me tomó de la mano.

—Edward, tuve una conversación muy interesante con Adrienne. Ella comenzará con las clases de protocolo en unos pocos días —dijo sin que la sonrisa se le fuera de la cara y luego le habló a mi novio—: Henry, tu futura esposa es un encanto.

Me despidió con palabras cálidas e hice otra reverencia al retirarme de la sala.

A la noche, fuimos a la casa de Henry y recibimos a nuestros invitados: Amy y Louis, Miranda y Robbie, Ximena y Charlie. También estaban presentes Tony y Xavier. Luego de la cena, Henry abrió una botella de *champagne* y brindamos.

—Por mis amigos Robbie y Miranda, futuros padres —dije levantando mi copa.

—¡Salud! —dijimos todos.

El peluquero iba a beber, pero Tony le dio un codazo.

—¡Ay! Si serás bruto, casi me haces tirar la copa —gruñó Xavier con enojo.

Antes de que siguieran peleando, Henry tomó la palabra:

—Por Adrienne, mi futura esposa —y con la copa en la mano, se dirigió a mí—: El amor de mi vida, mi dulce *caríssima*, a la que amo con toda mi alma.

—¡Salud! —exclamaron Amy, Louis, Ximena, Charlie, Tony y Xavier.

Dejando de lado el protocolo, chocamos nuestras copas. Hubo risas, bromas y conversaciones distendidas. Terminamos la reunión muy tarde. Tony se retiró silenciosamente a su cuarto luego de dar las buenas noches.

—Por fin solitos —preguntó Henry—. ¿Te quedarás a dormir?

—Como quiera usted —respondí abrazándolo. Él me levantó en brazos y lancé una risita.

—Lo logramos, Adrienne. Por fin juntos para siempre. Te amo —dijo mirándome con esos ojazos azules que ya adoraba.

—Yo también te amo, Hen.

Volvimos a besarnos una y otra vez. Tenía razón: por fin estaríamos juntos. Para siempre.

Dos días después, la reina anunció que me establecería en un departamento cercano a la casa de Henry. Una vez oficializado nuestro compromiso, me mudaría junto a mi novio al palacio de Kensington, residencia que seguiríamos ocupando también luego de nuestro casamiento.

Mi nuevo departamento, amplio y lleno de luz, ubicado en el corazón de Londres, tenía dos habitaciones: en la primera dormía (la mayoría de las veces junto a Henry) y el otro cuarto, Tony Pacheco lo utilizaba para darme clases de protocolo. Era increíble todas las cosas que debía aprender, y el asistente se empeñaba en que perfeccionara aún más mi acento británico. Además de conocer las fechas conmemorativas, debía memorizarme todas las normas de etiqueta. Tony me enseñaba de lunes a sábado, y me iba trayendo cada vez más libros sobre historia, geografía y arte que los leía con mucha atención en mis ratos libres o antes de ir a dormir.

Los días se fueron transformando en meses, y acompañaba a Henry a todos los eventos. Los *paparazzi* y reporteros de diversos programas de televisión nos seguían a todas partes, pero ya me había acostumbrado a su presencia constante.

Llegó el mes de junio y Gran Bretaña se vistió de fiesta para celebrar los sesenta años de reinado de Elizabeth II. La monarca presidió el desfile de mil barcos por el Támesis de Londres desde su propia embarcación.

El majestuoso desfile, que comenzó en el puente *Albert*, reunió góndolas, veleros, barcos militares, y embarcaciones de recreo, transportando a cerca de veinte mil personas.

La reina, junto a su marido, el duque de Edimburgo, y a otros miembros de la familia real, ocupó el barco "*Spirit of Chartwell*", que había sido adaptado y decorado para la ocasión.

Todos los hombres de la familia real asistieron al desfile con sus uniformes militares, mientras sus parejas llevaban coloridos vestidos con sombreros en tonos rojos.

En el resto del millar de embarcaciones, viajaban, además de los miembros de la familia real, políticos, personalidades del mundo del espectáculo y el deporte del país, autoridades de las naciones de la *Commonwealth*; los Marshall-Sullivan, padres de Amy, y los Mora, familia de Adriana.

—Miren la fiestonga que se armó. ¡Flor de joda que se mandaron estos, eh! —dijo Roberto Mora, sin dejar de mirar con asombro la alegría de los británicos. Pese a lo frío y lluvioso del día, estaba encantado con lo que veía.

—¡Roberto! —dijo su mujer ruborizada de vergüenza—. Callate que te pueden oír.

—Quién nos va a oír, mujer. Nadie nos entiende.

—¡Esto es tan emocionante! —exclamó Macarena, la hermana de Adriana—. Además la filarmónica de Londres y las bandas son lo mejor. Miren: ¡allá está Adriana junto a su futura familia política! —señaló el "*Spirit of Chartwell*".

—¡Adrianita! —gritaron los Mora a coro.

Adriana se volvió hacia ellos con una sonrisa. Estaba vestida con un traje color lila y una boina a juego. Siempre de la mano de su novio, saludaron. Henry dejó de lado el protocolo y le dio un beso en la mejilla. Louis y Amy se situaron a su lado.

La reina junto a su marido, miraban atentos el desfile. El príncipe Edward, acompañado por Corine charlaban entre sí.

Miré a mi novio y le sonreí.

—¿Estás contenta, mi amor? —me preguntó.

—Mucho. Sobre todo porque hoy zafé de la clase de protocolo de tu asistente. ¡Es tan exigente!

—¿Pero te trata bien? —preguntó con seriedad—. Porque si no lo mataré —luego se acercó más como quien dice un secreto—: Me gustaría darte un beso de verdad pero aquí no se puede.

Me reí ante su comentario, lo que él llamaba un beso de verdad nos mantendría unidos durante varios minutos. Nada apropiado para mi primer evento protocolar.

—Y vos estás muy elegante con tu uniforme —dije mientras miraba su ropa, además de desviar la conversación hacia otro rumbo—, y me fascinan esos guantes y tu boina celeste.

Hablando de boina, me toqué el pelo con preocupación y él lanzó una carcajada.

—Por suerte la mía no se voló —agregué con alivio.

—Ya te acostumbrarás, las primeras veces también sentí lo mismo —dijo

Amy acercándose a nosotros de la mano de Louis. Lucía un hermoso vestido rojo con un tocado en el pelo del mismo color. Louis, al igual que su hermano, también estaba engalanado con un uniforme militar.

—Y esta noche es el concierto. Ya verás la cantidad de artistas que vendrán —agregó mi futuro cuñado.

Una embarcación pasó muy cerca de nuestro barco y observé quienes estaban allí: Ximena junto a Charlie y al padre de este, el duque de Worcester. A mi amiga se la veía radiante, su compromiso ya estaba oficializado.

—Mi primo sin su cigarro, qué milagro —murmuró Edward con una ceja alzada y su pétrea expresión de siempre. Caminó cerca de nosotros con Corine del brazo.

Mi mirada se encontró con la de Ferdinand, le dediqué la mejor de las sonrisas y él me guiñó un ojo. Después miró con disimulo a todos los ocupantes del barco e hizo girar un índice alrededor de la sien. Recordé los dichos sobre sus parientes, que estaban todos locos y reí con disimulo. ¡Entonces quería decir que yo no estaba mejor que ellos! Si aquella iba a ser mi familia, o ya estaba loca o pronto empezaría a estarlo. Henry no entendió mi actitud pero me miró muy contento.

Un mes después, la casa real oficializó nuestro compromiso. Henry me llevó de vacaciones de Escocia y al volver del viaje, nos enteramos de que Tony había arreglado una entrevista con el reportero preferido de mi novio, Dudley Barton.

—Estás muy bonita —dijo Pacheco dándole una ojeada a mi vestido color crudo una vez que terminé de arreglarme—, pero aléjate de ese periodista, porque te volcará café encima.

—Cuidado con hablar mal de mi amigo, Tony.

—Es la verdad, mi señor, y usted lo sabe. El señor Barton será un excelente entrevistador pero pareciera que tiene manteca en las manos. Si la vajilla tuviera patas, saldría huyendo de él.

Henry se dirigió a mí:

—No le hagas caso, es un exagerado.

Y en cuanto a mí, no veía la hora de conocer a ese personaje tan bizarro.

Dudley Barton llegó con dos asesores y su eterno compañero de trabajo, el poco conversador fotógrafo John. El despacho reunía a otros periodistas y también a un camarógrafo, todos con sus correspondientes credenciales de permiso para acceder a la reunión.

La entrevista se celebraría en el palacio de Kensington, futura residencia de los Duques de Sussex y sería transmitida en todo el mundo. Todos querían a conocer a Adriana.

El rubio y altísimo entrevistador sonrió con sus dientes salidos apenas vio a Henry.

—¡Su alteza, majestad! Gracias por concederme la exclusiva de su compromiso —dijo estrechando la mano del príncipe.

—Era en lo que habíamos quedado, ¿verdad? —Henry abrazó a Adriana y la instó a que se acerque—. Quiero presentarte a mi futura esposa, Dudley.

—¡*Oh!* Con el debido respeto, qué bonita es usted, señorita Adrienne — exclamó el periodista dispuesto a besar la mano de la novia de Henry.

En el momento de acercarse, la alfombra le jugó una mala pasada; tropezó y estuvo a punto de caerse. Desde un costado de la sala, Pacheco se tapó los ojos con una mano.

—¿Estás bien, Barton? —preguntó Henry tratando de mantenerse serio, mientras agarraba del brazo al entrevistador—. Que mi Adrienne sea hermosa no es motivo para que quieras arrojarte sobre ella.

—¡Jamás piense eso, señor! —Barton se puso todo rojo de la vergüenza. John emitió un gruñido de desagrado y Adriana ahogó una risita.

Pacheco empezó a aplaudir con impaciencia.

—Mi señor debe cumplir con otros compromisos, señor Barton. Tiene usted cuarenta minutos de tiempo para entrevistarlo a él y a su novia.

Barton comenzó la entrevista y John fotografió a la pareja. Henry estaba muy elegante con su traje oscuro y una corbata del mismo color azul que sus ojos. Adriana resplandecía con un traje color crudo, su cabello peinado en una cola a caballo y el flequillo impecablemente peinado al costado.

—Alteza, cuénteles al mundo cómo conoció a su novia —pidió Dubley Barton.

Henry relató a la prensa presente y al mundo entero que se habían conocido por casualidad una noche, por medio de un *chat*. Explicó que al principio vivían peleándose, pero que luego se hicieron amigos.

—Él no se quedaba atrás, haciéndome enojar. Pero más allá de eso, nos hicimos buenos amigos —agregó Adriana con una sonrisa.

—¿Nada más que amigos? —dudó Barton.

—En realidad no nos vimos por *Webcam* por un tiempo. La primera vez que la vi me pareció hermosísima.

Henry siguió contando cómo Adriana se enteró de su verdadera identidad, que en esa ocasión ella estuvo a punto de no hablarle más.

—Pensé que todo era un mal sueño —dijo la novia de Henry con la mirada cargada de recuerdos—. Además me sentí mal porque me había mentado,

pero después volvimos a hablar.

—¡Qué distinto hubiera sido nuestro destino si no hablábamos más! No estaríamos por casarnos, mi amor —Henry la miró con dulzura.

—Es una gran historia de amor, la plebeya latina y el príncipe británico —dijo Barton retomando la palabra—: El público adora a Adrienne, porque ella se convertirá en su esposa más allá de la diferencia de *status*. ¿Cómo resultó asumir que había nacido un sentimiento profundo entre ustedes? Señorita Adrienne, quiero saber lo que le ocurrió.

—Fue difícil, sobre todo viajar y teniendo a mis amigas en contra. ¡Nadie más que ellas podía conocer la verdad! Mis padres se enteraron varios meses después. Pero decidí seguir viendo a Henry.

—¿Y usted, alteza?

Henry reflexionó unos minutos antes de hablar.

—No podía asumir que extrañaba a Adrienne, que no soportaba vivir sin ella. Me costó vencer el orgullo y cuando lo logré, nos separamos al poco tiempo por un malentendido.

En la atmósfera se sintió la incomodidad sobre el verdadero motivo de separación de la pareja. Barton, bien enterado de la situación, decidió no nombrar a Chelsy, verdadera culpable de aquella pelea entre los dos.

—Claro, usted se refiere a Afganistán —manifestó después—. Sus días en un campamento secreto por una misión militar; que terminó de manera abrupta, con su secuestro. De esa manera, se conoció en todo el mundo que la señorita hizo lo imposible para reunirse con usted. Señorita Adrienne, ¿de qué manera decidió viajar para acompañar a su alteza real?

—Ni lo dudé —aseguró ella muy seria—. En ese momento, estábamos separados. Pero sentí en mi corazón que corría peligro y viajé hasta allá.

Adriana dejó de sonreír y bajó la mirada. Intuyendo que ese recuerdo

doloroso aún le hacía mal, Henry la tomó de la mano. Ella le acarició los dedos.

—¿Qué sentí? —prosiguió ella—. Desesperación. Angustia. Terror a perderlo, no hubiera podido soportarlo. Ese viaje en *jet* fue uno de los momentos más difíciles de mi vida.

En el despacho se hizo un silencio absoluto. Barton carraspeó antes de hablar.

—Cambiano de tema, ¿cómo fueron las vacaciones que se tomaron en Escocia? ¿Allí se celebró la propuesta de matrimonio?

—Fue un momento hermoso, decidimos no ir a ningún hotel, sino a una casita en las afueras. Henry me regaló esta pulsera con corazones —relató Adriana.

—¿Y usted que le obsequió? —quiso saber Barton.

—Un suéter tejido por mí y también cociné para él un pastel de carne y papas. Su comida preferida.

—Mi amor, ¿me permites agregar que se te olvidó apagar el horno y salió demasiado dorado, por no decir quemado? —dijo Henry y todos empezaron a reírse.

—¡Pero lo comiste igual, y dijiste que estaba delicioso! —Adriana no podía hablar de la risa—. Vas a dejarme muy mal parada ante todo el mundo —y le habló al periodista—: Señor Barton, yo cocino bien y juro que mi novio se comió tres porciones de pastel en un abrir y cerrar de ojos.

—Las partes que no estaban quemadas, sí. —dijo Henry en un tono confidencial que arrancó nuevas carcajadas.

Barton indagó acerca de las clases de protocolo, Adriana respondió que estaba muy contenta con sus progresos y seguía estudiando con mucha dedicación. Agregó que también estaba emocionada porque después del

casamiento, Henry uniría su fundación benéfica a la de su hermano, para trabajar en conjunto y ayudar a los más necesitados.

—Ya tenemos la agenda programada, después de la luna de miel viajaremos al África para controlar la construcción de una nueva sala de pediatría —dijo Henry—. Adrienne comparte las mismas ideas que yo, ella me secundará en todo y tendrá un papel fundamental en la fundación.

—Señorita Adrienne, la querida princesa de Corazones, madre de su alteza real, dedicó los últimos años de su vida a ayudar al prójimo. ¿Qué piensa usted de ella? —consultó Barton.

—Sostengo la misma idea que mi futura cuñada, la duquesa de Cambridge. La madre de Henry, con su ayuda desinteresada a través de su fundación, es un ejemplo a seguir para mí.

—La boda fue fechada para dentro de un mes y medio, ¿qué es lo que siente?

Ella sonrió a su novio, y él le devolvió la sonrisa.

—Siento felicidad, no veo la hora de que llegue ese día.

—Les deseo una hermosa boda a los dos. Yo estaré por las inmediaciones cubriendo el evento. Gracias por esta entrevista.

—¿Por qué en las inmediaciones? Quiero que estés con nosotros, estás invitado a la boda, Barton. En breve te llegará la invitación —dijo Henry.

El periodista se puso tan contento que casi se larga a llorar de la emoción.

—¡Les agradezco tanto, invitado a una boda real! Estaré allí, por supuesto. Le diré a una amiga que me acompañe.

En un entusiasta alzar de manos, chocó con Simón, quién traía una bandeja con café y otras infusiones. El mayordomo logró detener la caída de la bandeja a tiempo pero no pasó así con la jarra de agua, que mojó el pelo y

un poco de la camisa de Barton, que estaba sentado. Adriana ahogó una exclamación, el periodismo presente estalló a carcajadas, un disgustado Tony abandonó la sala y el príncipe meneó la cabeza con una sonrisa.

—No cambias más, Barton.

—Lo siento, su alteza, majestad. Ya sabe que soy muy torpe —y miró su ropa—. Por suerte no mojé el despacho, el agua se cayó en mi camisa.

—Gracias por tu presencia.

El periodista besó la mano de Adriana e intentó abrazar al príncipe, pero este se apartó.

—Desde lejos está bien, vas a mojarme el traje.

Al día siguiente Henry y yo ocupamos el departamento 1 ubicado en el palacio de Kensington. Allí seguiría con las clases de protocolo que me brindaba Pacheco.

La noche posterior a nuestra mudanza celebramos una reunión y los invitados empezaron a llegar; Miranda resplandecía con su incipiente panza de embarazada junto a Robbie Shott, que no cabía de felicidad. Luego se presentaron nuestros vecinos: Amy junto a Louis y Charlie con Ximena. Xavier llegó en compañía de Tony y de su novio, Ben Hascott. Se dio un abrazo con Henry, y este lo presentó a los demás.

El amigo de Henry saludó a todos con una sonrisa y después Pacheco lo acercó a mí.

—Adrianita, Ben. Los presento —se dirigió a su novio con dulzura—. Luz de mis ojos, quiero que conozcas a mi alumna de protocolo.

—¿Eso soy para vos, mal amigo? ¿Solo tu “alumna” de protocolo? —y le di un cachetazo de broma en el hombro, para después hablarle a su

acompañante—: Ben, un gusto conocerte.

—Igualmente, Adrienne. Henry me habló mucho de ti, y Tony no dice otra cosa de tu persona más que elogios. Con permiso, voy a charlar con Henry y su hermano —hizo una respetuosa inclinación. Cuando se alejó, me colgué del brazo de Tony.

—¡Qué lindo es! —elogié—. Te felicito, tenés buen ojo, ¿eh? Y veo que va muy en serio lo de ustedes.

—Por supuesto, Ben y yo nos iremos a vivir juntos. Seguiré trabajando como asistente de mi señor, pero no me mudaré aquí. Después de que ustedes se casen, viajaré con él a la Argentina y luego de su luna de miel, los acompañaré al África.

Capítulo 25

Llegó el día de mi boda. Tony, junto al modisto, sus asesores y Xavier me vistieron, maquillaron y peinaron como si fuera una muñeca. El vestido confeccionado por Valentino era hermoso: con escote en forma de V lleno de perlititas, mangas hasta el codo, ajustado en la cintura y con una caída suave, nada suntuosa, que terminaba en una cola de dos metros. Me peinaron de una manera sencilla y Xavier ubicó sobre mi cabeza la tiara de brillantes que había sido de Daria, princesa de Gales.

Me contemplé en el espejo de pie y por primera vez tomé conciencia de que lo que había soñado durante tanto tiempo se estaba transformando en realidad.

Ante tanto esplendor de seda, raso y una tiara de brillantes que había sido de una princesa y que ahora me adornaba la cabeza, me largué a llorar. Mi mamá corrió a abrazarme.

—¡Pero, Adriana! ¿Qué te pasa? —chilló Pacheco y después se dirigió a mi mamá—. ¡Y usted, señora, con todo el respeto que se merece; con su amor maternal le está arruinando el peinado a su hija!

Macarena, que estaba muy bonita con su vestido color *champagne* y un chal a juego, se acercó para preguntarme en un susurro:

—¿No estarás arrepentida de casarte, no?

En medio de las lágrimas empecé a reírme y lo negué.

Volviéron a recomponer mi maquillaje y dejé que me acomodaran el velo. Tony me dio indicaciones sobre cómo apartarlo de mi cara de manera adecuada cuando sintiera que me molestaba. Ahora mi tocado de novia estaba completo.

Salí del cuarto con la ayuda de mi hermana y de mi mamá, que me sostenían la cola del vestido, lista para encontrarme con mi papá.

—¡A la pelota! ¿Pero esta es mi hija o una princesa de cuento? —exclamó Roberto admirado. Se lo veía muy elegante, con su impecable *chaqué*, corbata y pantalones a juego y una rosa blanca en la solapa.

—Princesa no, papá. Duquesa —le dije con una sonrisa—. ¿Me vas a sostener para que no tropiece? Desde hace dos noches que vengo teniendo la misma pesadilla.

—Si va al lado de su padre, usted no se va a tropezar, hija —respondió mi papá, fiel a su forma de hablar en tercera persona sobre sí mismo y de no tutearme en ocasiones especiales, como aquella—. Vamos al auto porque ya se hizo tarde. Su fosforito ya debe estar en la iglesia.

—En la abadía, Roberto —corrigió mi mamá. Se ubicó su sombrero, lo mismo que mi hermana. Mi papá tenía una galera en la mano.

—En la abadía, está bien. Vamos, hija.

Henry terminó de acomodarse su traje de gala. Al igual que su hermano, se casaría de uniforme militar, de acuerdo a su nuevo rango como capitán de regimiento de Azules de la Guardia Real.

El uniforme era negro, con ribetes de color rojo en mangas y cuello; los galones y la banda que le cruzaba el pecho y el cinturón, estaban bordados en oro. Del lado del corazón lucía todas sus condecoraciones.

El príncipe había elegido como lugar para vestirse la casa de su hermano Louis, que ahora lo miraba mientras terminaba de vestirse. El futuro rey ya estaba listo, engalanado con su uniforme azul marino de la Fuerza Aéreas Reales.

Tony Pacheco entró a las corridas.

—¿Nunca vas a sacarte la maldita costumbre de entrar sin llamar? —gruñó Henry mirándolo a través del espejo de pie.

El asistente se inclinó ante los dos y se apoyó en el marco de la puerta para tomar aire.

—Se me hizo tarde, mi señor —dijo con un hilo de voz—. La novia está por salir hacia a la abadía.

Henry se asomó a la ventana, el auto negro que llevaría a Adriana estaba estacionado en la puerta. Quería ver a quién sería su esposa, pero contempló las cortinas. Louis las había corrido para impedir que viera a Adriana antes de llegar a la abadía.

—¿Quieres tener mala suerte?

—¡Mi señor, no debe ver a la novia antes de casarse! —agregó Tony.

El trayecto en auto lo hicimos en silencio. Observamos la enorme cantidad de gente que llenaba las calles agitando banderitas y coreando mi nombre. Con una mano sostenía el ramo de novia, y con la otra saludaba, sin dejar de sonreír.

Estaba segura de que Roberto no lograba asimilar que yo me casaría con un príncipe, y por eso miraba con atención la reacción de la gente, que apenas divisaba el auto que me llevaba, gritaba y saludaba hacia mi dirección. Un mar de caras que se desdibujaba por la distancia y la velocidad del automóvil negro que nos llevaba.

Cuando llegamos a la abadía, Roberto me dio un beso en la frente. A través del velo, acarició mis mejillas con manos torpes. Amé más que nunca sus manos de hombre humilde, trabajador.

—Qué seas feliz con Enrique, hija —por su voz intuí que se esforzaba para no llorar.

—Gracias, papá —respondí con un nudo en la garganta.

—¡Qué quilombo! Liquidemos esto, Adrianita.

Cuando el coche se detuvo, un militar con el uniforme repleto de condecoraciones se acercó para hacerme un saludo con una inclinación de cabeza. Roberto me preguntó con preocupación:

—¿Quién es ese fulano?

—Se encarga de abrir la puerta y ayudarme a salir según las normas de protocolo de una boda real, papá.

El hombre me consultó con señas si estaba preparada para dejar el vehículo y dije que sí. Luego de mi confirmación, abrió la puerta del auto tendiéndome la mano y los gritos del público que se encontraba en las inmediaciones del lugar para presenciar la boda, se volvieron más fuertes, casi frenéticos. Después de tantos ensayos y consejos del asistente de Henry y también de Xavier, no me sentí tan apabullada. Pero de todas maneras, vivirlo en directo era muy intenso.

Por fortuna, conté con la ayuda de Alejandra y Ximena, que se convirtieron en mi madrina y mi dama de honor. Ellas se hicieron cargo de la cola de mi vestido. Mis dos amigas estaban nerviosas, pero admiradas por mi aspecto.

Las campanas de la abadía empezaron a repiquetear, el sonido fue secundado por el “¡Oh!” general del público allí reunido. ¿Será porque la novia había llegado? Un momento: ¡La novia era yo! Sonreí aún más sin dejar de agitar la mano para saludar a todos.

Antes de subir los escalones de la abadía extendí la mano hacia mi papá, y tal como él prometió, no tropecé ni una sola vez. Al entrar al salón, sonaron

las trompetas de ceremonia y luego un coro que cantaba de manera tan dulce que estuvo a punto de hacerme llorar de nuevo.

—Tranquila, Adri. Vos seguime que ya llega su fosforito —dijo mi papá.

Seguí caminando con la mirada clavada en el altar. Mientras Roberto me llevaba de la mano, me acompañaban las tres hijitas de Martina y Hans vestidas de gala, además de Ximena y Alejandra, sosteniendo la cola del vestido. El obispo, que iba delante de nosotros y nos casaría a Henry y a mí, estaba ataviado con un manto bordado en oro,

En medio de mi nerviosismo y a través de mi velo distinguí a Bernard y sus hijas, las princesas de York; Corine junto a Edward, Amy, Robbie y Miranda, Dudley Barton junto a una chica rubia, la reina Martina y su marido, el rey Hans. Ximena ya estaba situada al lado de Charlie y de su padre, el duque de Worcester. Y delante de todos, se encontraba su majestad la reina, junto a su marido, el duque de Edimburgo.

Me embargó la emoción cuando vi llegar a mi Henry, vestido con su uniforme militar en compañía de su hermano.

La llegada del novio fue tan coreada y festejada por el público como la de Adriana. Las campanas repiqueteaban dándole un marco festivo a la mañana algo fresca y nublada del casamiento.

Henry salió del auto e hizo los saludos militares de rutina. Se acomodó el uniforme y entró junto a su hermano, padrino de la boda, a la abadía.

—¿Nervioso? —dudó Louis.

—Muy. Pero quiero estar aquí —la conversación entre los príncipes era en murmullos.

—Se te ve muy colorado. ¿Llevo la cola de tu vestido?

—Soy colorado, por si no te diste cuenta, estúpido. Y me muero de los nervios, además tus bromas no son buenas —respondió Henry procurando mostrar una sonrisa radiante.

—Llegó tu hora, hermanito, ahora sí que estás jodido. Aquí está la novia —replicó Luis en broma. Su hermano estaba nervioso, pero nunca lo había visto tan feliz.

Con los ojos brillantes, Henry se volvió a mirar a Adriana. La vio más hermosa que nunca. El velo le cubría las facciones que ya amaba, la tiara resplandecía en la pequeña y delicada cabeza. Ella le dedicó la más hermosa de las sonrisas, y él la amó aún más.

Robbie ya estaba harto. Miró a su lado, encontró a Miranda llorando. Volvió la cabeza hacia el otro costado; la madre de Adriana y Macarena se deshacían en sollozos. Xavier y Tony no eran la excepción, el peluquero estaba deshecho en lágrimas y el asistente se secaba las mejillas con un pañuelito de seda. Con disimulo, el magnate se acercó a Charlie y a Ferdinand.

—¿Alguien se murió y no me enteré? Esto de la lloradera me tiene cansado —dijo en voz muy baja a los dos.

Cuando el obispo empezó a hablar, miré de reojo a mi papá. Sabía que varios expertos en protocolo, contratados por la casa real, habían viajado a Buenos Aires para instruirlo en la ceremonia. Roberto, que no había terminado la escuela secundaria porque tuvo que trabajar desde chico, asumió la enseñanza como un estudiante a punto de terminar una carrera universitaria. En pocos meses no lograría manejar el idioma inglés, pero tenía buen oído. Y además Tony se había ocupado de traducir su cartilla de ceremonia con los himnos y las palabras del obispo así como los votos de

matrimonio dichos por Henry y por mí. Ante las palabras del obispo de entregar mi mano a quien sería su yerno, lo hizo con determinación y sin ningún titubeo.

Y volviendo a mí, temía que no me saliera la voz al repetir las palabras del obispo en el momento de jurarle amor eterno a Henry, además de fidelidad y ser una buena esposa en las buenas y en las malas, así como en la salud y la enfermedad. El anillo de bodas entró en mi dedo con facilidad; pese a haberme alimentado bien, había adelgazado, las pruebas del vestido de novia me lo habían confirmado, porque tuvieron que achicarlo un par de veces.

Con mis nervios a flor de piel y tratando de espantarlos, y sin pensar que mis manos temblarían, no tuve problemas con el anillo de mi principito. Después unimos nuestras manos, y el religioso nos dio la bendición final.

Alejandra, mi madrina de bodas, se acercó nuevamente para hacerse cargo de la cola de mi vestido. Ya unidos en matrimonio, Henry y yo nos acercamos para reverenciar a la reina, quién nos saludó con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

Nuestra salida de la abadía fue acompañada por el *Vals* de La bella Durmiente de Tchaikovsky, mi preferido; y también por el repiquetear de las campanas. La gente volvió a gritar y agitar banderitas.

—Ya no tienes tiempo de arrepentirte, mi amor —dijo Henry.

—¡Ni loca! Con lo que me gusta esto.

Llegó nuestro carruaje de bodas, tirado por cuatro caballos blancos, que nos llevaría al palacio de la reina, para el saludo en el balcón.

—¿Le apetecería acompañarme en este paseo? Compré este hermoso carruaje para usted, su alteza real, duquesa de Sussex.

—Cómo no, su alteza real, duque de Sussex —dije y supuse que me leía los labios. Entre el entusiasmo de la gente y las campanadas de la abadía, era

complicado escucharnos—. No te olvides de ponerte los guantes, por favor. Porque después Pacheco estará insoportable y la que paga el pato soy yo.

—¡Cierto! Y Tony tanto que te fastidió con los detalles de la ceremonia y soy yo quien se olvida de las cosas —Henry se ubicó sus guantes blancos, la gorra del uniforme e ingresó al carruaje abierto. Me tendió la mano y subí.

La marea de gente que esperaba en la calle para saludarnos gritaba nuestros nombres, y nosotros respondíamos con una sonrisa y un saludo. La Guardia Real, con sus mejores galas, nos acompañó montada a caballo.

—*Caríssima*, la gente te adora. Seguro se preguntarán quien es el tipo colorado de gorra que te acompaña en el carruaje.

—Adriana Mora, explebeya, ya casada con Henry, príncipe de Reino Unido, Duque de Sussex; será tratada de su Alteza Real. Su flamante apellido de esposa es Mounbatten-Windsor. ¡Adriana, te queremos! El cuento de Cenicienta se convirtió en una realidad. Ahora nos dirigiremos al palacio de la reina para presenciar el saludo desde el balcón y el beso de los novios. Los saluda, Renato Salas, ferviente admirador desde siempre de la duquesa Adrienne, como la llaman los británicos —dijo el periodista amarillista, enviado especial desde Argentina. Agitó una banderita con los colores de Reino Unido y la foto de Adriana y Henry.

Renato dejó el micrófono y el camarógrafo, gruñó:

—Salas, no seas mentiroso, al principio detestaste a Adriana y la humillaste delante de todo el país criticándola de interesada y mentirosa.

—¡Eso fue al principio! ¿No te acordás que después le pedí disculpas públicas? Adriana se merece todo esto y mucho más. Y avisale al dormido de Gómez, que deje de papar moscas que ya llegó al palacio.

—Uh, ¿sabés qué? Me olvidé de apagar la cámara, salió todo al aire. Acordate que estamos en vivo.

Llegamos a palacio y nos recibieron Tony y Xavier. No sé de qué manera se las arreglaron para llegar a tiempo. Con sorpresa vi que apenas entré a la sala contigua al balcón principal, se inclinaron en una reverencia. Me di cuenta de que todavía no me había acostumbrado a que me hicieran ese tipo de honores.

—Alteza, vamos a retocarle el maquillaje. ¡Qué ceremonia más hermosa! —chilló mi amigo el peluquero. A su lado, Tony controlaba el estado de la tiara, el velo y el vestido de novia.

Adriana, siempre de la mano de Henry, salió al balcón.

—Adrienne, demostremos al mundo lo mucho que nos queremos.

Ella asintió con la cabeza y saludaron.

—Te amo —dijo Henry.

—Yo también —respondió ella.

Se acercaron para darse un beso y el “¡Oh!” del público presente demostró lo feliz que se sentía por la pareja.

—No fue el beso que quería darte, pero esto es para la gente. Después nos daremos otros más a nuestro estilo —susurró el príncipe en el oído de su esposa.

—¡Más te vale!

Siguieron saludando y apareció la familia real a pleno para acompañarlos: Louis junto a Amy, Corine y Edward, la reina y su marido. También se acercaron los Mora al balcón: Mercedes, Macarena y Roberto.

—*¡Kiss! ¡Kiss! ¡Kiss!* —volvió a pedir el público.

—¿Les damos el gusto? —preguntó Adriana a su esposo.

—¿Por qué no? —dijo Henry y volvió a besarla entre los vítores del público y los saludos en el balcón de ambas familias.

La fiesta privada de casamiento se hizo por la noche en la casa de Edward. Además de mis padres y mi hermana, y algunos miembros más cercanos de la familia real, también estaban nuestros amigos.

—¿Preocupada? —preguntó Henry. Luego me tomó de la cintura y me dio un beso en la cabeza.

—¿Yo? No.

Henry, que no era tonto y además me conocía muy bien, no se creyó ese cuento.

—Es por tu padre, ¿no?

—Tenés razón. Lo que me deja un poco más tranquila, es que Roberto no maneja el idioma inglés y tu papá no sabe español.

—Adrienne, no podrás evitar que mantengan aunque sea una mínima charla. Tendrá que intervenir Tony para traducir. Y eso es bueno, porque manejará él la conversación.

Lo miré muy seria.

—Mi papá, pese a cómo te trató al principio, es un caballero.

—Ya lo sé, por más que me llame fosforito por toda la eternidad.

Le dije que estaba hablando en serio, pero acalló mis protestas con beso. Debo reconocer que es un buen antídoto para los nervios.

—¿Más tranquila?

—Casi.

—Qué suerte, porque allí se acercan —dijo. Y con angustia, me volví a contemplar la escena.

Cómo anfitrión, Edward sacó una copa de *champagne* de una de las bandejas y se la ofreció a mi papá, quien la aceptó gustoso y se lo agradeció con un gesto. Tony, que parecía tener ojos en la espalda, se disculpó con Ben y corrió al encuentro de los consuegros.

Henry y yo miramos desde la distancia cómo Roberto y Edward, traducidos por Pacheco, se enfrascaron en una charla. Al principio, ambos lucían incómodos. Pero después se relajaron e intercambiaron frases.

El padre de Henry hizo un mohín de sorpresa y escuchó con interés, Roberto siguió explayándose, y como era su costumbre, hizo grandes gestos con una de las manos porque con la otra sostenía la copa. Edward habló unos minutos, se acercó más y le palmeó la espalda, Roberto repitió lo mismo y se rieron a carcajadas.

Tuve la tentación de refregarme los ojos, supongo que no lo hice para no malograr mi maquillaje. Henry estaba tan atónito como yo. Los consuegros se saludaron muy sonrientes y cada cual ocupó un lugar distinto en el salón; mi papá volvió junto a Maca y Mecha, y Edward con Corine. Tony volvió a acompañar a su novio.

—Esto lo tengo que saber. Ya vuelvo, mi amor —dije y me despedí de Henry con un rápido beso en la boca.

Fui con mi familia y escuché cómo Roberto les explicaba a mi mamá y a mi hermana la charla con Edward.

—No voy a decir que mi consuegro es la mar de simpático porque mentiría, pero parece un buen tipo el *quía*, pese a lo *finoli* que se porta. Se me ocurrió decirle que me gustaron los caballos del carruaje que llevó a Adri

porque eran bonitos y me hacían acordar a los que tenía mi abuelo. ¡No saben lo contento que se puso! Creo que le gusta hablar del tema, porque antes de volver a Buenos Aires me invitó a visitar el establo donde tiene cinco de sus mejores ejemplares. ¿Y me voy a negar? Con la fiestonga que se armó para el casorio, no me da para despreciarlo. Además ahora somos familia, ¿no les parece?

Miré a mi hermana, porque era la única de mi familia que estaba enterada del *vía crucis* que pasé con Edward para que Henry y yo nos casemos. Y mi papá con solo hablarle de caballos en una conversación de cinco minutos ya se lo había metido en el bolsillo.

Dirigí la mirada hacia mi suegro y lo vi hablando con su mujer, pude leer sus labios y entendí:

—No será un noble, pero si le gustan los caballos tiene clase. Me cayó bien.

Durante la fiesta, Henry y Adriana charlaron con cada uno de los invitados. Engalanado con un *smoking*, un entusiasta Dudley Barton esperaba su turno. Cuando la pareja se acercó, el periodista hizo una reverencia. Su acompañante, una joven rubia y bajita, lo imitó, un poco insegura.

—Altezas, la ceremonia de casamiento estuvo muy emocionante —dijo Barton—. Y la fiesta es muy linda, gracias por invitarme. Quiero presentarles a mi amiga Ágata, es escritora.

—Para mí es un honor haber acompañado a Dudley. Gracias por todo —dijo la joven. Algo en su acento le llamó la atención a Adriana, por eso le preguntó:

—¿Sos argentina?

—Sí, llegué hace unos meses. La saga de libros que presenté en América ahora se lanzará en Europa y Dudley me ayudó mucho. Somos grandes amigos.

Pero Adriana intuyó algo más, el cronista miraba embelesado a esa belleza, parecía perdidamente enamorado de ella.

Macarena se acercó a las dos parejas y al reconocer a la acompañante de Barton, ahogó un gritito de emoción.

—¡No sabía que estabas invitada! Amo tus libros, soy tu fan número uno. ¿Cuándo vas a lanzar la siguiente saga? —comentó agarrando las manos de la escritora.

Ya de madrugada, los invitados partieron y nosotros también a nuestra casa. El equipaje estaba preparado. Tenía pensado cambiarme mi vestido de seda de color crudo por algo más informal, cuando Henry me atrajo de la cintura.

—¡Hey! No tan rápido, ¿adónde crees que vas?

—Nos va a dejar el avión, estamos retrasados.

—No aguanto más, dame un beso.

Le dije que un beso llevaría a otra cosa y... perderíamos el avión. Además ver a mi marido tan lindo, con su elegante *smoking*, sus ojos azules y su pelo rojo terminaría por barrer mis ansias de mantener mi cabeza en frío.

Me dejé besar y acariciar, lo mismo que quitarme el vestido, o en eso estábamos. Cuando unos golpes en la puerta nos hicieron reaccionar.

—¿Quién es? —preguntó Henry con fastidio. Estábamos en la cama, él ya tenía la camisa desabotonada.

—Soy Tony, mi señor. En cinco minutos vendrá el auto a buscarlos.

Pensé en decir algo pero mi principito volvió a besarme. Con volver a probar sus labios tuve la sensación de que me habían practicado una lobotomía.

Otra vez golpes en la puerta.

—¡Por Dios! —protestó Henry—. ¿Todavía sigues ahí?

—El auto. Ya llegó el auto que los llevará al aeropuerto.

—Ya vamos.

Corrí a cambiarme, y Henry hizo lo mismo. Media hora después llegamos al aeropuerto.

No tenía idea de dónde iríamos de luna de miel, era una sorpresa. Henry se lo tenía bien guardado.

La tripulación contaba con dos expertos pilotos y una azafata, que nos sirvió un abundante almuerzo.

Cuando el *jet* estaba cruzando el océano, me di cuenta de que nuestro destino de luna de miel era:

—¿Punta del Este? ¿A la casa de Robbie?

—Sí y no. Ya verás.

Llegamos al aeropuerto internacional de Punta del Este, y de allí nos metimos en una combi de vidrios polarizados.

Henry sacó un pañuelo negro.

—*Cara*, tendrás que ponerte esto.

—¿Jugando al gallito ciego? Ya estamos grandes para eso, Hen —bromeé

haciéndome la tonta. Aunque estaba encantada.

—Tu sorpresa. Vamos, déjame ponerte esto —y me tapó los ojos con el pañuelo.

—¿Qué ves?

—No veo nada —dije y reí.

Sentí que la combi se detenía. Henry me ayudó a bajar.

—Cuidado, hay unos escalones.

—Si no son tan empinados como los de la abadía, está todo bien.

Era raro caminar con los ojos tapados. La brisa del mediodía primaveral me acarició la cara y desordenó mi pelo. Mi mano se aferró a la de mi marido.

—Ya llegamos. Warren, abre la puerta.

—Cómo no, alteza.

—Bueno, *cara*. Voy a alzarte, ¿está bien?

—*OK*— respondí y puse la mano en su pecho. Deje que me alzara en brazos y le rogué que caminara despacio, porque con los ojos tapados empezaba a marearme.

Entramos y Henry volvió a dejarme en el suelo.

—Adrienne, puedes sacarte el pañuelo.

Me lo saqué con rapidez y cierto matiz de desesperación porque ya no podía más de la intriga. Observé el amplio *living*, pintado en tonos pastel, los muebles hermosos y nuevos, lo mismo que los sillones. Contemplé algunos cuadros y alfombras. Fui recorriendo la propiedad y llegué al comedor, había una mesa amplia y seis sillas. Y flores por todos lados.

—Linda casa te alquilaste, mi amor —dije abrazándolo—, perfecta para nuestra luna de miel.

—No es alquilada, la compré para ti —dijo Henry y lo miré estupefacta.

—¿Para mí? No, Hen; la casa debe valer una fortuna, además tenías pensando comprar una en Australia.

—Sé que serías feliz estando cerca de tus padres, y viéndolos tan seguido como nuestros deberes protocolares nos lo permitan. Durante las vacaciones vendremos aquí y ellos también podrán visitarnos.

—Gracias. No puedo decirte otra cosa. Te amo, te súper amo —dije llenándolo de besos y caricias. Ronald y Warren se hicieron humo, cerrando la puerta tras de sí.

—Yo también te amo. Mi Adrienne. El amor de mi vida, mi pequeña *carísima*, siempre tan salvaje. ¿Te muestro nuestra habitación?

—Te doy el gusto pero con dos condiciones: la primera es que subas las escaleras llevándome en brazos, y la segunda que solo vayamos a mirar el dormitorio.

Como toda respuesta, me alzó de nuevo en brazos. Rodeé su cuello con las manos.

—La primera ya la cumplí, pero de la segunda no estoy tan seguro de poder contenerme, acuérdate que no tuvimos noche de bodas. ¿Lo intentamos?

—Siempre tan mentiroso, no vas a hacer nada para contenerme, maridito mío.

—Palabra de honor que lo intentaré.

—No me hagas reír, mentiroso.

Henry subió las escaleras llevándome con él.

Epílogo

Gabriel apagó el grabador. Tanto el periodista como yo necesitábamos agua y debido al calor, estábamos también extenuados. Bebimos de mi cantimplora hasta quedar satisfechos.

—Alteza, es una gran historia de amor. Usted debería escribir un libro — dijo con una sonrisa.

—Ya te dije que me llames por mi nombre, Gabriel. Y no pienso escribir un libro, estoy concentrada en la tarea de acompañar a mi marido en todo, nuestra fundación es para nosotros algo primordial. La sala de pediatría deberá estar terminada en unos pocos días, porque después viajaremos a otros lugares para ayudar.

—Es usted admirable, cuando en realidad debería estar disfrutando todo el lujo que podría brindarle su título, sin embargo quiere ayudar al prójimo.

—No soy una ociosa, ni nunca lo seré. Y además deberé descansar cuando Henry y yo tengamos hijos. Ahí deberé estarme quieta, porque mi marido no me permitirá viajar tanto.

Se oyeron unos pasos y una mano apartó la tela de la entrada de la tienda en la que estábamos Gabriel y yo. Era Henry.

—*Cara*, ¡a que no sabes! Nos iremos ahora a un lugar muy especial, nos avisaron recién que nos llevarían allá. ¿Quién es este tipo? —una vena le palpitó en la frente. Conocía esa vena; tomaba cierto relieve cuando estaba enojado o al borde del enojo como pasaba en ese momento.

—Es un periodista argentino, se hizo todo el camino hasta acá para entrevistarme, el pobre.

—¡Váyase! Usted no tiene permiso para venir aquí, este es un lugar en

donde se debe entrar con la debida autorización. ¿Dónde está la suya? Y entrégueme ese móvil —bramó mi marido con los ojos relucientes de ira.

El reportero se levantó de la silla como si tuviera un resorte e hizo una inclinación en homenaje a su título. Henry, que pasaba del metro noventa de estatura y no tenía paciencia, intimidaba al hombrecito, que era demasiado flaco y mucho más bajo.

Sentía el temor de Gabriel y también comprendía la reacción de mi principito, estaba harto de la prensa amarillista, y por sobre todas las cosas detestaba que alguien se acercara a nosotros sin ningún permiso, robándonos la intimidad. Me acerqué a él para abrazarlo.

—Él fue el primer periodista que me entrevistó luego de nuestra ruptura, ¿te acordás que te conté? —relaté con dulzura—. No lo denuncies, si se hizo semejante trayecto hasta acá, mínimamente merece que salga de este lugar sin tener problemas.

Henry resopló con fastidio pero la vena de su frente dejó de tener relieve. Era una buena señal.

—OK, pero retírese, por favor —dijo al periodista—. Mi mujer no brinda entrevistas que no estén autorizadas por la casa real, pero con usted haré una excepción.

Gabriel le tendió la mano y Henry se la estrechó con cierta desconfianza.

—Gracias, alteza —y Gabriel se dirigió a mí—: Alteza, ha sido un placer volver a entrevistarla—, se calzó su gorra, y salió muy rápido.

—No importa a dónde nos dirijamos pero ellos nos siguen a todos lados, es increíble —acotó Henry cuando nos quedamos a solas.

—Olvidémonos de él, ¿qué era lo que querías mostrarme?

Volvió a sonreír.

—Vamos afuera. Louis y Amy recién llegaron al campamento —me agarró de la mano y salimos de la tienda.

El calor era insoportable. Saludamos a los recién llegados y nos subimos a un *jeep* que nos llevaría a la reserva natural *Mokolodi*, ubicada a unos cien kilómetros. Tony también vendría con nosotros.

Calor y más calor. Llegamos al lugar. Los lugareños nos recibieron con alegría. Y nos hicieron señas para que nos acercáramos.

Uno de los encargados de la reserva traía en las manos una enorme pitón de cinco metros.

—¡Amy! ¡Adrienne! Vengan —pidió Louis mientras se acercaba al hombre que sostenía al animal junto a su hermano.

—¡Ni loca! —se negó mi cuñada con una sonrisa—. Adrienne y yo miraremos cómo ustedes se entretienen con ese bicho.

—¿Altezas? ¿Quién se atreve a ponerse este hermoso collar? —preguntó el cuidador del animal.

—Yo —dijo Henry y gritó en mi dirección—. Adrienne, no te preocupes. Mi testamento está a favor tuyo.

—¡No le veo la gracia! —dije en el mismo tono fuerte—. Si Louis te acompaña, me sentiré más tranquila.

—¡Gracias, cuñadita! —opinó Louis de manera irónica. Pero se acercó a su hermano.

El cuidador ubicó la pitón en el cuello de mi principito, quien hizo un gesto de terror. Amy y yo estallamos de risa.

—Creo que cambié de opinión —dijo Louis también muerto de risa al contemplar la expresión de mi marido.

—¡Este bicho pesa una tonelada! No me ahorcará, pero mañana moriré de

dolor de espalda. Te encuentra atractivo, hermanito. Creo que le gustas, mira cómo saca la lengua.

Louis se encogió de hombros y permitió que el cuidador le ubicara sobre la espalda lo que quedaba de la pitón. Henry tomó al animal de la cabeza, se la acercó a su hermano y repitiendo el gesto de esta, sacó la lengua. Nos arrancó nuevas carcajadas, era muy gracioso.

—¡Qué horror! Creo que me dará un infarto —dijo Tony en voz muy baja—. Ojalá que a mi señor no se le ocurra la brillante idea de cargar la boa en mi espalda.

—¡Tony Pacheco! Ven para acá —gritó Henry. Parecía haberle escuchado el pensamiento.

—¿Les saco una foto? Desde aquí se los ve espléndidos. Se los aseguro, altezas —dijo el asistente. Percibí el miedo en su voz.

—No quiero una foto, necesito que cargues con esta pitón.

—No cuente conmigo.

—Lo harás, y es una orden.

—¡Por favor! Se lo suplico por su amigo Ben. ¿No lo aprecia? Pienso casarme con él —el asistente unió las manos en actitud de súplica.

—No me conmueves ni un poco, sino quieres verme muy enojado, ven ahora mismo.

Pacheco fue con paso cansino, se inclinó como quién recibe una condecoración de la reina y entre Louis, Henry y el cuidador le subieron la pitón.

—¡Por Dios Santo! Si piensa deshacerse de mí, mejor despídame —dijo Tony—. Soy ecologista, pero reconozco que la pitón convertida en cartera y pendiendo de mi brazo, luciría mejor.

Amy y yo tomamos fotos con nuestros celulares. Posaron junto a la pitón, el cuidador, Henry, Luis y un pálido Tony. Hicieron bromas, se rieron y logramos varias imágenes de ese momento.

Cuando se llevaron la boa, ya Pacheco parecía tranquilo.

—¿Ves, Tony? No fue tan terrible —dijo Henry y le palmeó la espalda.

—Es cierto. Pensé que sería peor. ¿Me disculpan? Ya vuelvo, ¡hasta luego! —y se desvaneció, cayendo redondo al suelo.

—¡Tony! —gritamos Amy y yo.

Nuestros maridos fueron también a socorrer al asistente pero no podían más de la risa. Henry le arrojó agua en el rostro con la cantimplora. Tony volvió en sí.

—Ay, ya basta, Tony. No seas melodramático —Henry le dio la mano y Tony se puso de pie.

—Pensé que casándose dejaría de sacarme canas verdes, mi señor. Pero usted no tiene remedio.

—Soy realmente rebelde, ¿no?

—Rebelde y muy real —acotó Tony.

Fin

Agradecimientos

A mi primo Santiago, él siempre sigue mis progresos literarios y está feliz por mí.

A mi querida madre, todo te lo debo a vos.

Al Pantano de Fiona y sus diez años de aniversario. Mi querida Andre Vázquez, hermana del alma, vamos por más.

A las queridas administradoras de los grupos literarios: a Ale, Lu y Gaby de Espacio para autores y lectores, Pao de Lectoras Marplatenses y Cecilia de Divinas Lectoras. Gracias totales a todas.

A mis amigas escritoras, Karen, Romina, Vane y Daiana. Compartimos charlas de lectura, de escritura o de lo que sea.

A María Border, que siempre creyó en esta novela, por su generosidad y ánimos de siempre.

^[1] Fragmento de la canción “Hoy” de Gloria Estefan.